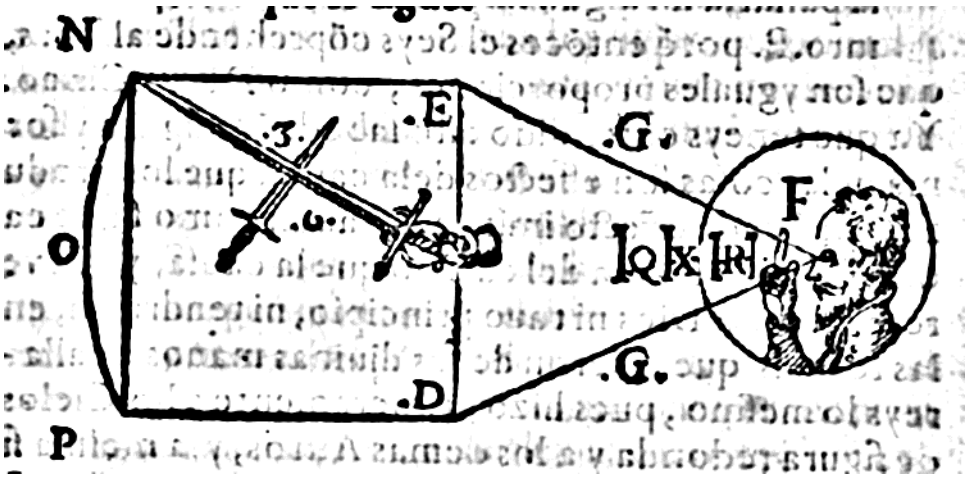
FILOSOFIA DE LAS ARMAS

Y DE SU DESTREZA Y DE LA AGRESION Y DEFENSION CRISTIANA

JERÓNIMO DE CARRANZA



Edición de Brent W. DeVos

© 2024 by Brent W. DeVos. Licensed under:

CC BY-NC-ND 4.0 DEED

Attribution-NonCommercial-NoDerivs 4.0 International

ÍNDICE

Dedicatorio 3

Introducción del editor 4

Portadas de la edición de 1582 9

Preliminares

- Poesía laudatoria de Carranza AL EXCELENTÍSIMO DUQUE DE MEDINA 11
- Licencia 28
- Aprobación 29
- Poesía laudatoria de Fernando de Herrera a Carranza 30
- Poesía laudatoria de CRISTÓBAL MOSQUERA DE FIGUEROA AL AUTOR 32
- Recomendación de Mathia[s] de Aguilar al duque de Medina Sidonia 36
- EXHORTACIÓN AL LECTOR DEL DOCTOR PEDRO DE PERAMATO 38
- Recomendación de Juan Jiménez al duque de Medina Sidonia 39

Prólogo de Jerónimo de Carranza 42

Diálogo primero que trata de la verdadera destreza y de la filosofía y consideración de su parte en universal. 50

Prólogo [del diálogo segundo] 106

Diálogo segundo que trata de la hipocresía de los bravos y de su corrupta disciplina 110

Diálogo tercero que trata de las causas naturales y de los efectos verdaderos de la destreza esencial 177

Diálogo cuarto 250

Declaración de lo que significa cada vocablo de los que tocan a la teórica de la arte." 323

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

A Joti, mi heroica madre

In memoriam

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Introducción

Permítanme decir desde el principio que no soy practicante de las armas, sino filólogo cuyo interés principal ha sido hasta ahora la Comedia del Siglo de Oro. Pero hacía años que topaba en la Comedia y otros géneros de la época con el nombre de Carranza, casi siempre asociado con la excelencia en la destreza con la espada, siendo la excepción más pública Francisco de Quevedo, que lo satirizaba. Poco sabía yo de la filología de las artes marciales de la época, pero se daba a entender que algo notable había escrito ese Carranza sobre la esgrima. Al ponerme a investigar el asunto para una nota explicativa, topé finalmente con *La filosofía de las armas*, impreso en Sanlúcar de Barrameda en 1582. Y me di cuenta de que con ese tratado Carranza había establecido las bases teóricas de la práctica o estilo de esgrima española que iba a dominar el mundo hispano durante por lo menos dos siglos, la llamada «verdadera destreza». Busqué una edición moderna a la que podría referirme para la nota, pero no la hallé, pues no existía. Encontraba sólo reproducciones facsimilares de la edición de 1582. Y los indicios tipográficos de todos los ejemplares consultados indicaban una sola tirada. ¿Cómo podía ser que una obra que tanta influencia tuvo no se volviera a editar? Fue ésta la pregunta que inició este proyecto.

La primera razón por la que *La filosofía de las armas* no se volvió a publicar es que el tratado de Carranza fue escrito intencionalmente para no ser popular. Se trata de una obra abstracta, erudita y difícil. Los preceptos de la verdadera destreza se infieren de las matemáticas, la geometría, la medicina, la física, y la filosofía, con referencias abundantes a las autoridades greco-romanas en estos y otros campos. Y las acciones físicas que componen la verdadera destreza no se expresan directamente, sino a través de diálogos socráticos y la argumentación aristotélica. Este libro tampoco le provea al lector con una serie de técnicas o movimientos o tretas específicas para usar en circunstancias particulares. Todo lo contrario. Aquí se presentan conceptos universales que el diestro, si es capaz de entenderlos, usará para adaptarse a todas las situaciones posibles. Este libro se dirigió explícitamente a la élite española, la nobleza letrada, instruida en los clásicos. De hecho, uno de los temas más destaca a través de toda la obra, es el desprecio de Carranza para todo lo popular, el rencor que expresa hacia el «vulgo ignorante». *La filosofía de las armas*, pues, no fue destinada a ser un «best seller». Como afirma Maria Teresa Dill Curtis, *La filosofía de las armas* sirve "the dual purpose of excluding those without the learning and experience to discern and grasp the conceptual framework while including those for whom these elite discourses would resonate. [...] This is not a handy manual in which one can easily look up specific information on a particular fencing-related topic. Carranza intentionally complicates the means of communicating his message to display his erudition and to discourage the uncommitted and uneducated reader." (p. 7, 59)

La biografía del autor también podría haber impedido ediciones subsiguientes de *La filosofía de las armas*. En 1584, dos años después de la publicar su libro, Carranza dejó el servicio del duque de Medina Sidonia, bajo cuyo mecenazgo había escrito e impreso *La filosofía* (Curtis, 23). El sevillano se mudó entonces a Madrid donde dedicó su tiempo y sus recursos a la adquisición de un puesto en la Corte, solicitando entre 1588 y 1589 testimonios sobre su carácter y su servicio a la corona en Portugal (Curtis, 23). Sus esfuerzos dieron fruto y en 1589 Felipe II le concedió el puesto de gobernador y capitán general de Honduras durante un período de seis años. El año siguiente Carranza partió a las Indias y allí sirvió hasta 1596. Pero no fue un período de ocio y lujo. Durante su estancia en Honduras don Jerónimo entró en conflicto político con la élite colonial (Hermoso Rivero 78-87), sufrió de mala salud y tuvo que repelar repetidos ataques de piratas ingleses y franceses (Curtis 27-29). Cuando Jorge Alvarado asumió el puesto de Gobernador de Honduras en 1596, Carranza estaba una situación financiera precaria. Poco sabemos de sus últimos años excepto que Carranza murió probablemente en Guatemala hacia 1606 o 1608

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

(32, Hermoso Rivero 92). En cuanto a la reedición de *La filosofía de las armas,* es plausible que, al dejar el mecenazgo del duque y emprender su propio camino, Carranza careciera de los fondos, el ímpetu y la oportunidad para reimprimir *La filosofía de las armas* dentro del período de licencia de doce años que terminó en 1594.

Pero si *La filosofía de las armas* fue tan innovadora, tan fundamental al desarrollo de la esgrima española, ¿por qué no se volvió a editar póstumamente, como se les hizo a otros autores de gran influencia en la época, como por ejemplo Garcilaso de la Vega? La respuesta está en la publicación por Luis Pacheco Narvaez en 1600 de *Libro de las grandezas de la espada en que se declaran muchos secretos del que compuso el comendador Gerónimo de Carranza en el cual cada uno podrá licionar y deprender a solas sin tener necesidad de maestro que le enseñe.* Como sugiere el título, Pacheco en su libro propone interpretar a Carranza, superar su dificultad teórica y permitir al diestro aprender los métodos de la llamada verdadera destreza de manera independiente. Es decir, con el *Libro de las grandezas de la espada* y con su prolífica producción libros relacionados durante su vida Pacheco hizo lo que Carranza aborrecía, popularizó la verdadera destreza. *La filosofía de las armas,* pues, se hizo redundante. Pocos se pondrían a navegar la complejidad y abstracción, los "secretos" de Carranza cuando tenían a mano las interpretaciones más claras y concretas de un supuesto discípulo del estimado don Jerónimo.

Han pasado ahora más de cuatro siglos y, tras más de un siglo de relativo abandono, a partir de la década de los 1990, ha habido un renacimiento de interés en las artes marciales históricas europeas (HEMA), y con ello un interés renovado en la práctica de la verdadera destreza. No es de sorprender que, hasta ahora, el enfoque de ese esfuerzo restaurativo haya sido sobre la producción prolífica, popular e intelectualmente accesible de Pacheco Narvaez. La dificultad de Carranza es tal que pocos se han puesto a profundizarse en la base de las interpretaciones de Pacheco Narvaez. La comprensión de Carranza supone recursos intelectuales que pocos tenemos hoy: una formación sólida en los clásicos greco-romanos, comprensión de los métodos de la argumentación aristotélica, paciencia frente a los desvíos y la tautología de Carranza, y una capacidad de visualizar la aplicación física y particular de las abstracciones "universales" del autor.

Un aparato de notas explicativas obviamente ayudaría mucho al lector moderno, pero ese proyecto monumental está todavía por terminar. En todo caso, el primer paso ha de ser la producción de un texto claro y legible, porque, aparte de lo difícil del contenido de *La filosofía de las armas*, la edición de 1582 es también oneroso por su composición tipográfica densa, su ortografía antigua, su empleo abundante de abreviaturas y su puntuación errática. De ahí esta primera reedición en 441 años. Espero que éste sea un paso positivo hacia la recuperación y comprensión del tratado ingenioso de Jerónimo de Carranza.

Quisiera expresar mi agradecimiento a la Universidad de Lethbridge por hacer posible este trabajo.

Brent W. DeVos

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Biografía de Jerónimo de Carranza[1]

No se sabe definitivamente el año de nacimiento de Jerónimo de Carranza, pues mucha discrepancia hay en los testimonios de la época, que varían entre 1528 y 1545. Mary Dill Curtis argumenta que nació en 1534 o antes. (p. 12) Jerónimo Sánchez de Carranza, hijo de Juan de Carranza "el ciego" y María Ortiz, era de familia hidalga que trazaba su origen al valle de Carranza en lo que hoy es la provincia de Viscaya. Se crió en Sevilla en el párroco de San Román. (p. 12)

Ya desde joven se mudaba en compañía ilustre de los hijos de la nobleza de Sevilla, en particular los hijos de duque de Béjar. (Curtis pp. 13-14) De hecho en el cuarto diálogo de este libro se cita una carta consolatoria que Carranza le mandó a Pedro de Zúñiga, hijo de la recién fallecida duquesa de Béjar. Se graduó en leyes de la Universidad de Osuna, pero en lugar de seguir esa carrera, entró a principios de los años sesenta al servicio del duque de Medina Sidonia, Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, trasladándose a Sanlúcar de Barrameda sede de los Medina Sidonia (14)

Durante esos años formaba parte de la llamada escuela sevillana de intelectuales que incluía lumbres como Juan de Mal Lara, Fernando de Herrera y Cristobal Mosquera Figueroa (p. 15)

Bajo el mecenazgo del duque, Carranza inició la escritura de la *Filosofía de las armas*. Parece que ya desde joven Carranza era conocido por su destreza con la espada. Pero nunca trabajó como maestro de esgrima. Al contrario, Carranza desdeñaba esa profesión, ridiculizándola en el segundo diálogo de este libro. Sin embargo, sí compartió sus hallazgos y su sistema con un grupo reducido de nobles, entre ellos el mismo duque de Medina Sidonia (15-16)

En el servicio del duque Carranza prosperó, adquiriendo varias casas, un viñedo, esclavos y animales. Nunca se casó, pero mantuvo una larga relación doméstica con Catalina Pérez de Aguilar, con quien tuvo cuatro hijos entre 1575 y 1581. (17)

En 1580 Carranza participó con el duque de Medina Sidonia, bajo el mando del duque de Alba, en la invasión de Portugal para apoyar el reclamo de Felipe II al trono lusitano. Allí Carranza, en contraste con los estragos cometidos por las tropas del duque de Alba, se distinguió por sus métodos diplomáticos, los cuales consiguieron la sumisión pacífica del Algarve. (18-19). Es posible que por esas acciones le fuera conferido el título de Comendador que aparece al principio de la poesía dedicatoria que inicia la *Filosofía de las armas*. (18-20

En 1584, por razones que aún no quedan claras, Carranza dejó el servicio del duque y se trasladó a Madrid, donde dedicó su tiempo y sus recursos económicos al intento de conseguir un puesto en el servicio real. Solicitó cartas de referencia de personas de buena reputación que confirmaban su carácter, sus logros y su servicio a la corona en Portugal. Carranza participó en la vida intelectual de la Corte y se hizo popular entre la nobleza y la hidalguía, las cuales solicitaban su compañía y consejo en cuestiones de honor. (22-25)

En 1589 dieron fruto los esfuerzos de Carranza, pues consiguió el puesto de Gobernador y Capitán General de la provincia de Honduras por un período de seis años. Embarcó a las Indias en 1590. Allí en Honduras, como he dicho en el prefacio, entró en conflicto político

[1] Esta biografía es poco más que un resumen abreviado de la biografía mucho más pormenorizada que hizo dra. Teresa Dill Curtis en su disertación doctoral "Legitemizing Discourses: A Vindication of Swordplay Through Letter in *The Philosophy of Arms*" (2012). El excelente trabajo de la dra. Curtis beneficia de sus investigaciones documentales en los archivos y de España y las Americas y es, hasta la fecha, la más completa que se ha hecho.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

con la élite colonial (Hermoso Rivero 78-87), sufrió de mala salud y tuvo que repelar repetidos ataques de piratas ingleses y franceses (Curtis 27-29).

En 1596, cuando Jorge de Alvarado asumió el puesto de Gobernador de Honduras, Carranza se trasladó a Guatemala, donde murió probablemente entre 1606 y 1608. (32, Hermoso Rivero 92)

Fecha de composición

Según indica Carranza al final de *La filosofía de las armas,* **«**acabose este libro de la especulación de la destreza año de 1569. Imprimiose en la ciudad de Sanlucar de Barrameda en casa del mesmo autor por mandado del excelentísimo señor don Alonso Pérez de Guzmán el bueno, duque de Medina Sidonia Caballero de la insigne orden del Tusón. Año de 1582.» [fol. 280v]. Según el privilegio de Antonio de Erasso en los preliminares, firmado el primero de marzo de 1582, Carranza había conseguido doce años antes una licencia de seis años para imprimir el libro, durante lo cual no lo llegó a publicar, «por haber estado ocupado en vuestros estudios», y que con esa nueva licencia se le concedía otro período de seis años (fol. ¶1r-v). El período de doce años sugiere que la primera licencia fue concedida en 1570. Por su parte, la aprobación eclesiástica de Fray Rodrigo de Yepes, que fue concedida el diez de agosto de 1571 (fol. ¶2r).

Dos eventos mencionados en *La filosofía de las armas* son de interés para la fijación de la fecha de composición. En el cuarto diálogo, Carranza dice que «los reinos se han rebelado, los hijos se levantan contra sus padres, los súbditos contra su rey, los infieles andan briosos con las victorias» (fols. 271r-271v), y luego que hay «guerras dentro de casa» (fol. 271v). Como indica la nota en el margen, se refiere «La rebelión de los moros de Granada de 1569» (fol. 271r). La rebelión morisca de las Alpujarras tuvo lugar entre 1568 y 1572. El uso del presente verbal indica que la rebelión de las Alpujarras estaba por resolverse cuando Carranza escribió esta sección. Otro evento al que se refiere el autor en el cuarto diálogo es la epidemia de «la peste que hubo en Sanlúcar Año de 1569» (fol. 270v). En este caso, el autor relata los horrores ocasionados por la epidemia como ya terminados. Documentos de la época sugieren que la peste empezaba a abatirse sólo partir de septiembre de 1570 (Hermoso).

Todo esto sugiere que, aunque Carranza hubiera escrito la mayor parte de *La filosofía de las armas* para 1569, no podría haber finalizado el manuscrito hasta finales del año 1570.

Testimonios consultados:

He consultado tres testimonios para esta edición, el de la British Library (G.2323), y los dos ejemplares de la Biblioteca Nacional en Madrid (R909 y R919). He empleado como texto base el ejemplar R919 que, aparte de la falta de la portada original, se encuentra en buenas condiciones y está disponible en formato digital con imágenes de alta resolución en el sitio siguiente:

http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000195093&page=1

Un ejemplar ´ideal´ de *La filosofía de las armas* está compuesta de 32 folios de preliminares (dedicatorio, aprobaciones, poesías laudatorias, etc.) y 294 folios, que incluyen los cuatro diálogos, un glosario o «declaración de lo que significa cada vocablo de los que tocan a la

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

teórica de la arte», y una «Tabla» o índice de las notas marginales de los cuatro diálogos. Un total de 650 páginas de texto.

Criterios de edición.

Modernizo la ortografía de todo lo que no afecta de manera significativa la pronunciación moderna. Elimino las consonantes de dudosa presencia fonética al final del siglo XVI, como la «b» en «dubdar» y la «c» en «tractar». Modernizo las palabras cuya representación tipográfica es inconsistente en el original (ej: «impedimento/impedimiento», «esgremir/esgrimir»). Conservo la ortografía y los usos antiguos de clara presencia fonética (ej: «la alma», «do» por «donde», «agora» por «ahora», «pidiéredes» por «pidierais», «vide» por «vi», etc.). Resuelvo todas las abreviaturas tipográficas (ej: «tãto» por «tanto», «ꝑrte» por «parte», «đ» por «de», etc.) y corrijo silenciosamente los accidentales (ej: «satno» por «santo», «antor» por «autor», etc.). La puntuación, inconsistente y confusa en el original, es enteramente mía.

He incluido el glosario de Carranza, la "Declaración de lo que significa cada vocablo de los que tocan a la teórica de la arte", con correcciones a la alfabetización. Pero he omitido la «Tabla» de las notas marginales del original, porque es de poca utilidad para el lector moderno. Es incompleta, imprecisa, tiene una alfabetización inconsistente y contiene abundantes errores en la atribución de los folios. El curioso puede consultar la "Tabla" en los últimos diez folios del original. Finalmente, para facilitar la consulta de la edición de 1582, incluyo entre corchetes la foliación original.

Obras citadas:

Dill Curtis, Mary Theresa. *Legitimizing Discourses: A Vindication of Swordplay Through Letters in* The Philosophy of Arms. 2012. University of California, PhD dissertation.

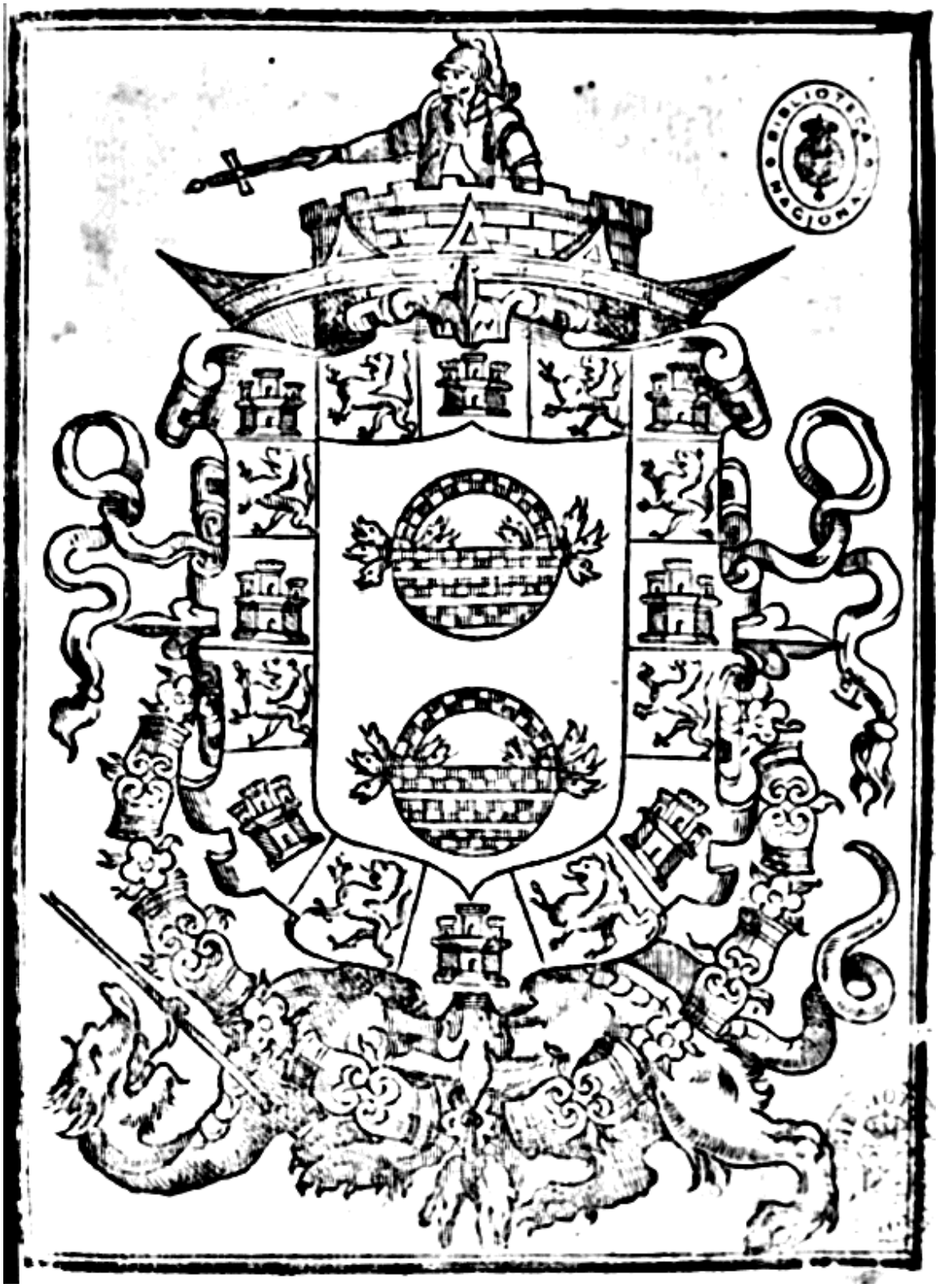
Hermoso, José María, «La peste de 1569 en Sanlúcar: una ciudad asolada por la muerte», *Pasión Sanlúcar*, 8 marzo, 2018. https://pasionsanlucar.org/la-peste-de-1569-en-sanlucar-una-ciudad-asolada-por-la-muerte [consultado 20 agosto, 2021]

Hermoso Rivero, J. M. "Jerónimo Sánchez de Carranza (¿1539-1608?), creador de la Verdadera Destreza y gobernador de Honduras." *Cartare. Boletín de Estudios de la Costa Noroeste de Cádiz*, nº5, 2015, pp: 65-98.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Portada del ejemplar de la British Library (Hispanic Culture Series, 1998, Reel No. 600)

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0



Escudo de los duques de Medina Sidonia, bajo cuyo patrocinio Jerónimo Carranza hizo sus investigaciones, escribió y publicó *La filosofía de las armas.* Esta hoja aparece encuadernada junta con la portada, a veces antes, a veces después (imagen del ejemplar de la Biblioteca Nacional Madrid, R919).

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[A1r]

EL COMENDADOR JERÓNIMO DE CARRANZA AL EXCELENTÍSIMO DUQUE DE MEDINA, CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DE TUSÓN.

MI SEÑOR,

En triste soledad y desconsuelo
vivimos, si hay vivir en el ausencia
del amado señor, los que servimos,
y con justa razón, pues es la lumbre
del alma y corazón que amando sirve
y el norte firme de su dulce vida.
Si el generoso can, perdido del dueño,
sin más razón se muere por buscalle,
y no hay cosa sin él que le dé gusto,
¿qué hará el que con razón eterna y clara
clavó las lumbres en el claro espejo
que a su vivir y ser da compostura,
y ausencia le privó de su gobierno?
Andamos sin señor, como perdidos,
sin bien y sin qué cosa nos contente,
cual medrosas quejas sin abrigo.
No tiene el hombre fin en lo que hace.
Ya teme, ya se anima, ya recela,
Ya llora, ríe, ama y aborrece;
que ausencia ningún pecho deja firme;
anda desatinado, sin sosiego,
no sabe qué hacerse ni do vaya.
Que amor y lealtad todo esto pueden,
pues, pararse a leer viejos escritos
o inventar de nuevo alguna cosa, [A1v]
o de lo que inventó trocar estilo
es cosa de donaire tratar de ello,
porque es tiempo perdido este trabajo.
No hay para qué ser docto ni discreto.
Ser valiente o poeta es cosa infame.
Hidalgo de buen trato y comedido,
afable, virtuoso y verdadero,
manso, suave al gusto de los buenos
es lo que menos vale en este siglo.
Pues trabaje el ingenio, por mi vida,
y haceos inventor de una arte nueva,
veréis en lo que paran estos trajes.
No es tiempo de tratar en cosas graves,
sino procurar ser de los del vulgo,
que a ese honran más, que ven más rico.
Vaya y venga señor Mercadería,
que todo lo demás es devaneo.
Y quiero ahora quejarme de mí mesmo,
que, habiendo ya revuelto tantos libros
de todas las facultades para la arte,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

confirmándolo toda la experiencia,
cuando esperaba el premio mi trabajo,
estuvo muy a punto de perderse,
si Dios con su saber no remediara;
y quien no lee libros, oiga libres,
que pues me han levantado tantas cosas
y he sufrido y callado como un mártir,
no es mucho que ahora diga las verdades;
que está deshecho ya el encantamento,
y como a gran señor quiero quejarme.
Póngole por juez de todas partes
y quiérole informar de mi justicia,
do verá la razón de mi derecho,
y la mala intención de los contrarios.
¿Por qué ha de entender un ignorante [A2r]
que, aunque él estudió, no supo letras,
el libro lleno de las artes todas
que fueron menester forzosamente?;
porque si alguna cosa de ellas le faltara,
fuera cosa imperfecta lo inventado.
Veréis que, con sus manos mal lavadas,
como si fuesen coplas de Gaiferos,
ha de querer saber en un momento
lo que se ha trabajado en muchos años,
y entrarse por las ciencias a pie enjuto,
como si fuera viña vendimiada.
El cuerpo está compuesto de mil cosas,
Que cada una por si hace su oficio,
Sin que ninguna esté demasiada.
Pero estoy sólo de esto muy contento,
que si en algo culparen a mi libro,
será lo que se alaba en los antiguos
y aquello en que yo puse más cuidado
procurando imitar a los más doctos.
Y a quien le pareciere cosa fácil,
diga vuestra excelencia, si es servido,
que escriban algo en ciencia los que hablan,
que sus obras darán venganza de ellos.
Y viendo que hacen monstruos y quimeras
más dignas de reír que de leerse,
se tendrá por dichoso mi trabajo;
que escribir y emendar no comen juntos.
Lo que ellos son podré ser fácilmente;
lo que soy, no serán, aunque ellos quieran.
Y si me falta mucho para bueno,
Nada me falta, cierto, para hombre;
que mayor soy mirado sin antojos.
No quieren tirar todos al que calla,
que algunas cosas hay muy abatidas,
porque no se conoce el valor de estas, [A2v]

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

como hay otras viles encumbradas
porque los necios ricos las admiran.
Pues no nací del polvo de la tierra,
ni mi tierra ha perdido por mí mucho,
y hubiérame traído más provecho
abrir tienda de cánones y leyes
y ganar de comer como letrado;
y si el mejor no fuera de los buenos,
al menos razonable entre los malos;
que la falta de letra suple el uso,
y no andar noche y día pensativo,
porque me señalasen con el dedo,
habiéndome hallado un gran tesoro,
que en ser de duendes se ha desvanecido
y convertido todo en vil fullera,
diciendo los villanos por las calles,
«hola, éste es el hombre muy nombrado,
El búho de los diestros y valientes,
el que riñe en latín cuando se ofrece
por Diobre que pensé que era de oro.»
¿Quién se fía de tal mercadería
do entra la carcoma de la invidia?,
porque ha de ser juez el torpe vulgo
del fruto que produce el buen ingenio,
bien será menester mudarme el nombre,
y anden las costumbres con el uso,
y demos al través con la cordura,
que es muy pesada carga y sin provecho.
Vemos que tiene el docto por contrario
la muchedumbre de los ignorantes
que le andan royendo a todas horas
los hechos, las palabras y aun el traje,
publicándolo siempre por indocto.
Del discreto burlan los más necios,
del valiente triunfan los cobardes,
y tienen por patraña lo que hace,
y al que no es amigo de verdades,
fácilmente lo empreña la mentira.
¿Qué galardón tiene un testimonio
que el otro levantó de pura invidia,
si la mentira no fue al pagar luego,
sino es dejar al tiempo que lo cure
y venga la verdad a castigarlos;
que tiene mucha fuerza, aunque la encubren.
Del ladrón puede el hombre defenderse,
y no del que en ausencia miente en todo.
Y más, si su desdicha lo hizo diestro,
servirá de triaca por momentos
para satisfacer mil idiotas.
Y si no les contenta lo que admira

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

a los hombres más doctos y discretos,
queda el autor de un monte despeñado
si no acudiese Dios a socorrerlo.
Porque es un necio rico, el que ha botado,
menos que hombre y poco más que bestia;
que siempre fue atrevida la ignorancia.
Entrando Megabiso persa un día
en la casa de Zeuzis, raro ingenio,
y viendo las pinturas que allí estaban
de menos sutileza y menos arte,
comenzó a alabarlas grandemente,
y a reprehender las que eran hechas
con mayor artificio y diligencia.
Los mancebos que estaban trabajando
cuando vieron al persa tan vestido
muy ricamente y tan autorizado,
mirábanlo espantados a la cara.
Pero luego que oyeron sus razones,
que dieron muestra de su entendimiento,
comienzan a reír y a darle grita [B1v]
de manera que Zeuziz dijo luego,
cuando callabas, mira, Megabiso,
de ti esperaban estos grandes cosas,
porque miraban a tu arreo y traje,
creyendo que dijeras cosa alguna
digna de entendimiento y de juicio,
y que correspondieran las palabras
a la curiosidad de tu ornamento.
Tiénente en poco ahora que has hablado.
Conviene mucho que de aquí en adelante
que tú en vituperar seas más corto,
y de lo que no entiendes nunca tractes,
porque alabar las cosas de artificio
que hay en la pintura no conviene
a quien no trae más que buen vestido,
si el alma está desnuda de juicio.»
El persa respondió, muy denodado,
«al artífice pongo yo la culpa,
por no dejar las cosas tan notorias
que cualquiera que llegue las entienda.
Mas di ¿qué significa esta pintura
do está el torpe animal entronizado
y aquella dama casi vergonzosa
mirando estas dos aves que gorjean?
Zeuzis le respondió casi corrido,
“si hubieras entendido la figura,
no te vieras en ella condenado.
Cuclillo y ruiseñor son las dos aves;
la dama es una musa que las mira
de tan gran sin razón maravillada,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

a la cual, preguntando por qué canta
el ruiseñor, si acaso siente gente
con tanta furia priesa y vehemencia
que parece quejarse a los oyentes
de algún agravio, injusto desafuero. [B2r]
La musa, respondió triste, admirada,
«¿qué hombre hay en la tierra tan grosero
que con la melodía y extrañeza
del ruiseñor no quede arrebatado
oyendo aquella voz casi divina,
tan suave, tan dulce y tan extraña
por tan pequeño órgano salida?»
Y lo que admira más es que a las veces
está tan porfiado y encendido,
y tan embravecido en su harmonía
que parece, según su pertinacia,
que antes que la voz faltara vida,
de suerte que dirán los que no oyen,
que él enseñó a los hombres contrapunto.
Pues con ser tan dulce su artificio
sonoro que regala a todas horas,
se puso a porfiar con el cuclillo,
ave de ronca voz, fiera, terrible.
Y osó el cuclillo al fin desafiarlo.
Y porque era contienda de sonido,
buscaron animal de grande oreja.
Y ponen por juez al asno pardo,
por tener las orejas extendidas
mayores y más largas que los otros.
El asno se sentó pesadamente
en cátedra con vara de justicia.
El ave allí con sacudir la pluma
pide atención, y entona el dulce canto;
llevando poco a poco la voz baja,
sube a herir al cielo como tiple,
sacando de los fines mil principios,
enlaza, multiplica y, sin pensarlo,
se torna a murmurar consigo mesma,
y lo que ha gorjeado, contrahace [B2v]
con tan dulce harmonía y artificio
que daréis a entender que está en el cielo,
o que es otra ave de las más preciadas
que remedia su canto y melodía,
trinando el punto y ciñendo el canto,
rompen al aire los redobles varios,
más luego de la vuelta de repente,
y comienza a hacer con la garganta
de música unos pasos tan suaves
que el mesmo está de oírse enamorado.
Y como fuera de sí del regocijo

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

y suavidad que siente se regala,
regala y arrebata a los oyentes,
enhechiza animales, aves, hombres
con su harpada lengua encantadora,
haciéndoles que estén todos suspensos,
unas veces forzando que le imiten,
contrahagan y hurten sus redobles,
dando las diferencias entre los tonos
sin respirar gran trecho de un aliento,
unos muy aspirados, otros largos,
otros breves, cortando algunos puntos,
bajo y agudo y alto en un confuso
deja parar la voz, larga, vibrándola.
Y aquí dio el ruiseñor fin a su canto,
dejándolo de suerte tan extraña
que al artificio humano es imposible,
aunque más lo procure y se desuele,
contrahacer sus pasos tan extraños.
El cuclillo comienza a dar ronquidos
y gritos tristes de perverso estruendo,
con voz terrible, horrenda, matadora,
aullando de suerte que asombraba
y entristecía al campo y a las flores,
como de oírlo todo avergonzado [C1r]
estábanse tapando los oídos
los brutos todos, y la gente y aves.
Más él tuvo por cierta la victoria,
confiado en tener compadre alcalde.
El asno que juzgaba por ventura,
cuando ya acabó de oír las voces,
dio apriesa por discreto su ignorancia:
«por cuanto no he entendido tu harmonía,
ni veo en ella lo que tanto espanta,
fallo que es mejor voz la del cuclillo,
por ser tan clara, que la entendí luego.
La palma le adjudico por ganancia,
que es honra premio de los vencedores;
y juzgando, yo el asno, así lo mando.»
Y al ave más preciada de las aves,
al ave que regala los oídos
dejó triste, ofendida el asno rudo,
adonde siente gente al punto canta,
llamando al hombre que lo favorezca,
por testigo lo quiere de la afrenta
que recibió del asno enalbardado.
Y apeló ante mí de aquel agravio,
pidiéndome de nuevo su justicia,
dándome por probanza lo notorio.
Entonces respondí, «regocijada
ventura habéis tenido ilustre ave

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

en ser yo aficionada a lo que es justo.
Que poco hallaréis de aqueste bando,
y fallo por la culpa que resulta
contra el necio juez y la ave indocta,
que debo condenar y los condeno:
que dé al juez de palos con la vara,
y que el cuclillo cante en noche obscura
cuando el ruiseñor esté callando,
al cual restituyo en su honra toda; [C1v]
y digo desde aquí, en definitiva,
y quede por decreto irrevocable
que al que juzgare cosas que no entiende
y fuere ingenioso en obra ajena,
aunque traiga más joyas bordadas
y orejas largas más que las de Midas,
mando que en todo el mundo sea tenido
por rudo, indocto, necio confiado.
Quizá se acabarán los Megabisos,
y juzgando razón así lo manda,
estos censores de lo que no entienden.
Si al hombre ven callado, dicen luego
que no sabe hablar, y si algo habla,
dicen que es arrogante y que se alaba.
Si no pierde ocasión en las pendencias,
llámanlo incorregible y mal sufrido.
Si disimula algunas, que conviene,
tiénenlo por cobarde declarado.
Si ofreciendo se riñe como fuerte,
aunque tenga razón, anda la invidia
cercenando al pobre lo que hace.
Si acierta a ser docto el desdichado
y preguntan al necio lo que sabe,
responde que es valiente porque letras
nunca aprendió en toda su vida.
Y si presume acaso de esforzado,
y le preguntan por el que ha reñido,
responde será diestro, que valiente
¿cómo lo puede ser sin experiencia?
y pónele a pleito la honra justa
por ver si podrá en algo obscurecerlo
y levanta al cobarde hasta el cielo,
derribando por tierra al varón fuerte,
que no es su amigo ni su semejante,
y echa el necio juicios temerarios, [C2r]
marcando la bajeza de su ingenio
con la alteza del otro, y luego dice
que lo que él no supo con estudio,
siendo tan discreto, no es posible
que sin revelación lo sabe alguno.
Más, creo, corre un potro de tres años

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

que un asno de veinte muy ligero.
Ninguno abrevie a Dios su larga mano,
que ingenio y gran trabajo pueden mucho.
¿Quién se defenderá de tantas flechas,
no siendo Gerión ni Briareo,
de manera que muere en lengua destos
el que come ponzoña por descuido
y el que bebe triaca con cuidado.
Qué diremos, señor, de aquestos hombres
que cuando no hallan falta al virtuoso,
le van luego a echar mano del linaje.
Y con muy poco malo que le hallan,
le han de obscurecer todo lo bueno.
Sin recibirle en cuenta las virtudes,
le hacen cargo de lo que el no hizo.
Si no hallan el mal que le desean,
procuran inventar por cualquier vía,
disimulando faltas al vicioso,
Poniéndolas al bueno que aborrecen.
Estiman más una onza de hacienda
que innumerables cuentos de virtudes.
No me defiendo a mí en este discurso.
Volvemos, que es razón por los amigos.
En voluntad de hombre está ser bueno,
afable, virtuoso, comedido,
manso, agradable, humilde y verdadero;
que en lo demás, si en su mano fuera,
naciera de la casta de Guzmanes.
Mas toma en parentela lo que halla, [C2v]
haciendo de su parte lo que puede,
que no es metal que tiene de fundirlos
de suerte que los vuelva cipiones;
que en gran generación hay grandes males;
y si el señor discreto estima mucho
al bueno, al virtuoso, al conocido
al hombre que merece ser honrado
y quiere señalarse en estimarlo,
porque el hacedor de cielo y tierra
se señaló en darle entendimiento
y ánimo aparejado a las virtudes,
murmuran del señor y del criado
estos que son indignos de la vida,
por andar engolfados en maldades
sin tener cosa buena en cuerpo y alma;
pleitean contra honra de los buenos,
presentando testigos por su parte
que no saben hablar sino mintiendo,
y dan sentencia al fin por los viciosos,
porque se hacen jueces los culpados,
y quieren que ande el bueno fatigado,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

mirándole el diente como a bestia.
Al alma rica de ornamento sacro
le hacen entender que tiene cola.
Cargados de viciosa pesadumbre,
son semejantes siempre a la balanza
que se levanta más quien menos tiene
de ingenio, de virtud y de linaje.
Estos son los que empinan la cabeza
y han posesión pacífica tomado
de honra, mayorazgo de los buenos,
y andan siempre con semblante ufano,
poniendo al virtuoso yugo eterno.
Uno es hijo del sol que sale en Persia,
otro es natural de Soterraños; [C3r]
linajes que ha inventado la hacienda
y al caballero tienen sepultado.
Dicen que el mar es poco para ellos
y mucho un jarro de agua para otros,
midiendo el merecer con su codicia
y no con la razón, que no la tienen.
Lo que les falta de merecimiento,
suplen con hurtar la honra ajena.
Si descubrís su engaño y artificio,
dicen que sois astuto y malicioso;
si lo disimuláis, sois ignorante
y llámanos de hábil por afrenta;
y al que ven que sirve con cuidado
llámanlo diligente sin provecho,
intimando al señor por otra parte,
dándole a entender que ellos le sirven.
Que no haga caudal de cosas pocas,
que se quejan los otros de aquel tracto,
viendo que honra mucho al varón bueno
de manera, señor, que lo que el cielo
y Dios han dado al hombre en esta vida
vienen los indignos a quitarlo;
y anda la honra justa en opiniones.
Si, dando a cada uno lo que es suyo,
viene a ser más honrado Juan que Pedro,
no tiene razón Pedro de quejarse.
Veinte libras de carne si partiesen
entre dos hombres buenos que las piden,
y es el uno Milón que come un toro
y el otro que en muy poca tiene harto,
como perra de falda en una almendra,
para dispensar bien esta limosna
no es justicia igualarlo, porque el uno
comerá diez y nueve de las libras,
y al otro sola una satisface; [C3v]
que así lo hizo Dios con los talentos.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Honra no es voluntad que con antojos
nos representa grande a lo pequeño,
ni a lo grande de cerca disminuye.
Honra es un premio de virtud sagrada
que no se da por gusto ni por precio,
sino al que tiene la alma enriquecida
de un hábito tan firme que la muerte
con su potestad toda no lo rompe.
El tal, señor, es dueño de la honra
y quien se ha de pagar este tributo,
que lo contrario de esto es sin justicia,
procúrese hacienda, que la honra
merecida ha de ser no procurada.
Cada cual se contente con su oficio,
y sin tiranizar el que es ajeno,
que yo quiero callar las otras cosas
que el tiempo ha de curar, si sufren cura.
En su pecado mueren estos tales,
pues por alzarse ellos con la honra
procuran que el señor la quite al bueno
y ponen al señor todos la culpa,
y tiénela el traidor que lo ha engañado,
y al fin se quedarán todos sin ella,
y caerán en el lazo que pusieron.
¡O vida de mentiras rodeada,
de embustes y maldades gran teatro,
fragua do cada cual forja su intento
y saca a bien el mal que se le antoja,
y el ruin hace y dice lo que quiere
del bueno que al rincón está oprimido
por dar favor al malo los que pueden!
Peñascos son infames do se pierden
las naves más veleras de este golfo,
y hallan puerto seguro los barquillos [C4r]
de vil lastre cargados sin provecho.
¿No es para reventar esto de pena?
En verdad que no sé de qué me quejo,
que nadie sin fiscal nació en el mundo,
ni hay quién viva siempre sin pecado;
que al que se hiciere falto de memoria,
aquí tiene un espejo de sus cosas
y, mientras hurto el cuerpo a las espías,
no es mucho que me suelte en verso suelto.
Que quizá es mejor ser el cortesano
que, para almidonar la lechuguilla
al alba se levanta, con gran pena
de sí podrá hallar a la ventana
la dama que lo aflige y atormenta,
teniendo en cada casa su requiebro
de fama, porque en hecho no se habla,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

escribiendo en las cartas que se muere
de verse sin su ninfa concitada,
en llamas abrazado de sí mesmo.
Allí se da a entender que es un Narciso
y que discreto más que Garcilaso
y aunque Matusalén, si se le antoja,
y el miserable en esta frenesía
pasa devaneando su carrera
y tiene por segura su ventura,
diciendo que por ser de gran linaje
tiene licencia para ser vicioso
porque es gente vulgar la virtuosa.
Por otra parte, nos asombra el bravo [C4v]
con una tempestad y remolino
que jura y da a entender que, si se enoja,
lo convertirá todo en polvo y sangre.
Por dar un bofetón a las estrellas,
contra el sol desvalija la joyosa
entre otros cobardes, vil canalla,
creyendo allí espantar con solos fieros,
habiéndolo cualquiera acuchillado
y riñe sus pendencias de gobierno,
mostrándose león entre las liebres
y liebre entre leones conocidos.
Hace mucha burla del valiente
que se pone a peligro por la fama,
viendo que a él se la dan sin algún riesgo,
creyendo juntamente sus mentiras,
con solo murmurar del más famoso;
y jura luego a fe de caballero
porque una hora sola fue soldado,
y os quitará la gorra por medida
contando de la toma de Galera.
Nos mata con la Guerra de Granada
y nunca se halló en guerra ni la vido,
que se estuvo jugando a presa y pinta.
Hecimos alto, marchamos y envestimos
y dejó la Alpujarra ya allanada.
Pero, aunque engañan con las apariencias,
con lo que son al fin nos desengañan
cuando dejan la máscara de los buenos
y el malo se reduce a su vil traje.
Fuertes engendran a los hombres fuertes,
la fortaleza heredan de sus padres
los toros y caballos animosos
y las feroces águilas no engendran
la cobarde paloma ni a la grúa. [C5r]
Sale el fingido diestro con las tretas
que ha soñado y sacado de su aljaba.
Diestro en palabras, diestro en cobardía

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

diestro en fingir pendencias y alborotos,
pónese en arancel de los nombrados,
arma y compone diestros y valientes.
Tiene lo que no entiende por mentira,
oficio proprio del cobarde vulgo.
Culpa de la destreza alguna parte
y del ánimo quita lo que puede;
confunde lo uno y lo otro de manera
que hay sin verdad mil sectas entre algunos
sembradas de la invidia sin defensa.
Y si volvéis la cara a oír quien habla,
veréis un hombre vil de bajeza fuerte
por atroces delitos infamado,
a quien ha pregonado la experiencia
por público cobarde en todo el orbe,
o esclavo de su vientre y nacimiento
sin ánimo, ingenio, ni destreza.
Se nos hacen jueces de verdades,
siendo oficiales grandes de mentiras,
siguen su parecer mil engañados,
poniendo lo que es cierto en opiniones.
Por sustentar errores pertinaces
le sacan prendas de la honra al bueno
estos que a la maldad pagan tributo,
aquestos oficiales de la muerte,
aquestos alarifes de destreza,
aquestas bestias fieras con censores
que dan y quitan honra y se autorizan
con murmurar del diestro y del valiente.
Lo que la verdad zanja y edifica
con sus mentiras van contaminando.
Éste es el proprio oficio de los diestros, [C5v]
diestros harto más de urdir maldades
los que andan a pie tractan jineta,
porfiando mucho en las señales
que ha de tener el hondo y buen caballo
y al tal, si le tomasen juramento,
dirá que sabe de asno, mula y potro
lo que nunca escribió Lucio Apuleyo,
ponen mil faltas al caballo ajeno
jurando que el rocín de su pariente
tiene una ejecutoria de hidalgo.
No tardará en hablar de esto un poeta
con imaginación endiablada
de que es su verso rico, terso y puro
abundante, florido, liso y grave,
bordado y retocado de colores
y lleno de sentencias admirables,
y dirá que no supo Garci Sánchez
hacer como él rimas, y tercetos

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

que excede al Dante; en coplas redondillas,
sin saber más que un poco de romance
en un lenguaje vil, endurecido,
piensa que escribe allá divinidades.
Y son humanidades tan rateras,
cuando a su parecer más se levanta,
que el más torpe vulgar lo entiende todo,
predicando alabanzas de sí mesmo,
anda desvanecido y encantado.
Hecho un historiador de sus escritos
dice, sin pestañear, mil necedades,
haciendo mucha burla del que es docto,
y da su parecer en los sermones
y lo estiman en mucho sus iguales,
Si quiere que haya alguno acá en la tierra,
a esto lisonjean en el rostro
y, vueltas las espaldas, burlan de ellos. [C6r]
Y así andan engañados con su ingenio
estos viles, contento con vil suerte,
que se hacen jueces siendo reos,
abominan de todo lo que es bueno.
Los hombres en la tierra huyen de ellos
porque los tiene Dios para el profundo,
digno aposento de estos invidiosos.
Afrenta son del cielo glorioso
aquestas bestias fieras en su tracto,
pues que ponen lunares por momentos
a do no quiso Dios que los hubiese,
infamando afaman sus personas
porque son semejantes a la jibia,
que derrama su tinta en lo más puro.
Y así huyen y escapan sin castigo,
y el vulgo, torpe bestia, los adora;
y si viesen vender en almoneda
las prendas más preciadas de su ingenio,
jamás las comprarán, que las conocen.
Estos acabarán como bestiales
la vida en un silencio vergonzoso,
dejando por memoria muchas manchas
que no las sacarán sino con fuego;
y como el que no sabe habla tanto
y callan los que saben bien las cosas,
queda conforme al vulgo por letrado
y el docto en un rincón obscurecido.
Porque toda esta vida es una farsa
do está la necedad entronizada
y está la discreción tan abatida
que lo que el bueno dice son agüeros
y lo que el necio afirma es profecía.
Aquí está la virtud reprehendida,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

porque los viciosos son muy celebrados.
Los mozos nos enfadan con vejeces [C6v]
los viejos tractan siempre niñerías
y, estando descuidado, sale el bobo
diciendo necedades sin medida.
Y si el discreto está necesitado,
dícele que es Platón en sus razones,
porque, aunque entiende y sabe lo contrario,
ha de disimular por la comida
cuan bienaventurados son aquellos
que del tirano yugo se escaparon,
y a sólo Dios adoran y obedecen,
libres de murmurar y de lisonjas,
sin que los atormenta la codicia,
la invidia, la malicia, y ambiciones,
la apariencia, la astucia y artificio,
la adulación, mentiras a porfía,
los engaños de falsas amistades.
Duéleles el mal de su enemigo,
no ponen lazos para derribarlo,
no perturba sus almas la privanza,
ni los trae pensativos la honra ajena.
Tristes, desesperados y quejosos
del lugar justo y premio de los buenos,
la razón los gobierna y administra;
desengañados de estas vanidades,
tienen en poco lo que más preciamos.
Dale Dios su lugar a cada uno;
muy satisfechos viven y contentos
y en sacra religión sagrados mueren,
ricos de gloria, ricos de esperanza,
pagados sus servicios con Dios mesmo,
sin fama ni honra, al mundo obscurecidos
por ser luces eternas en el cielo;
que estado hay en la tierra tan dichoso
donde el murmurador no tenga entrada,
y el invidioso diente no haga presa. [C7r]
No está seguro el fraile recogido
haciendo lo que debe en su convento,
y quiérolo yo estar, que esto en el mundo
trocar puedo en menudos lo que entiendo,
y aun irme a la Belona a graduarme,
y llámenme letrado de extramuros,
que volveré a mi patria muy potente
do pregunten las gentes admiradas
de verme transformado en otro traje,
¿quién es ese señor tan mesurado?
Responda el mozo es un mercadante
que trae barriles de honra para Indias
por ver que se le pierden en España.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Estos que tengo dicho son los hombres
de que el vulgo señor hace su plato.
Al hombre y al caballo que no para
se halla, si se busca proprio freno,
y pues cada vicioso tiene el suyo,
reprímase el afecto desfrenado.
Al arrogante echémosle uno fuerte
que detenga sus ímpetus furiosos
con admirar su ingenio verso y prosa.
Y al de hidalguía limitada,
bautizada con «don», puesto por burla
porque es de cuatro pieles y colores,
hagámoslo hidalgo remendado.
Al cobarde digamos que es valiente,
oyendo sus mentiras y desgarros,
pues calla el que lo es, que el tiempo habla,
al necio que es discreto y que es muy docto.
Y tengamos por blanco lo que es negro,
que esto solicitan con el vulgo;
y al que solamente se sustenta
de los sabores vanos y fingidos
sin ser esencial en cosa alguna, [C7v]
hagámoslo parar con freno de aire,
pues todo es aire lo que tiene y quiere;
y al que sin ser privado es tan gran necio
que se sueña señor entre despiertos,
enfrénelo el diablo, si pudiere,
dando a entender que no los entendemos.
Daremos a estos necios cuerda larga
para que sean los representantes,
y nosotros gocemos de la fiesta,
pues no hay hombre de bien sin mil tributos,
que no han de ver extremos del ingenio
los que no hacen extremos en honrarlo,
que a honra común, comunes cosas,
es justo que se pidan y se hagan.
Gran mal es mal de muchos sin consuelo,
mas quien me pone a mí en tan vil cuidado
ande el mundo por mí como quisiere,
que es cosa triste hablar siempre de veras
y con palo majar en hierro frío
o querer combatir muro de acero
con flacas balas de blanda cera,
estando el mal tan lejos de remedio.
El buen lugar usurpan los indignos,
tiranizan la honra con engaños
y el que es merecedor dale de mano.
Si vive sin cautela el virtuoso,
morirá sepultado en el olvido,
porque es la edad de hierro aquesta nuestra

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

do el malo trae consigo mil puntales,
y vale más vil cobre que fino oro,
pues oro es el que hace alma de cobre.
Que el sano con mil partes meritorias
no ha menester hombre que lo lleve
para que lo lave en la piscina.
Los mancos de juicio y de virtudes, [C8r]
los que son de ingenios paralíticos,
los falsos de las gracias que da el cielo,
estos han menester sus valedores;
que el sano y adornado de mil partes
en cada parte tiene lugar suyo,
y basta que le ayude Dios y el cielo
que vuelvan por las partes que le han dado.
De esta suerte, señor, podrá vivirse
dándole al ingenio algún alivio,
volviendo las espaldas la honra,
que el premio de virtud es ya perdido,
y el que hay está librado para el cielo,
que el bien o el mal al fin tienen su paga.
Y no andar triste, solo, todo el día
temiendo lenguas que tan poco dañan,
conviene al hombre andar en aparencias,
cubierto de unas sombras y nublados
que al torpe vulgo ofusque y entretenga
de suerte que dé siempre el golpe en vano,
poniéndole delante un tal espejo
que represente todas sus figuras,
ora camaleón, ora Proteo;
y corte el vulgo un monstruo a su medida.
Por eso envío ahora este retrato,
historia que es consuelo para buenos
y azote que reprimirá a los malos.
Vuestra excelencia huelgue de leerlo,
tome todo el contento que pudiere.
No haya tristeza en pecho tan ilustre,
que es lo que le procura mi deseo.
Que yo le seré siempre agradecido
a las mercedes muchas que me ha hecho.
Porque, señor mío, es caso fuerte,
si hemos de morir, morir con pena
y no de nuestras culpas y pecados; [C8v]
que, si esto fuese grande bien, sería
que Heráclito murió vicios llorando,
Demócrito vivió que los reía;
y así pienso reír por no morirme,
y viva con su flor cada vicioso;
pues estamos seguros los criados
sirviendo a un gran señor y tan discreto
y tan estimador de virtuosos,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

ingenio raro, discreción divina
que con esfuerzo y ánimo brío
de heroica virtud y sacro origen
publica indicio claro a todo el mundo
de ilustre fama y alabanza eterna.
Enriquecéis los ánimos de todos
con honra de virtud incomparable,
que es esto do me lleva el pensamiento.
Retírese el deseo y fantasía
y quiero con callar decirlo todo
y dar reprehensión al corto ingenio
que en tan largo proceso se metía
por cifras lo que el cielo ha dilatado,
y acabe aquí mi intento su camino
indigno de llegar a tal grandeza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[¶1r]
EL REY

Por cuanto por parte de vos, Jerónimo de Carranza, vecino de la ciudad de Sevilla, nos ha sido hecha relación que vos habíades compuesto un libro intitulado la *Filosofía y destreza de las armas*, y por nos se os había dado licencia y previlegio para le imprimir por tiempo de seis años, y por haber estado ocupado en vuestros estudios no habéis podido imprimir el dicho libro, e por ser cumplido el término en el dicho previlegio contenido, os suplicastes os mandásemos prorrogar la dicha licencia por otros doce años más, y que corriese de nuevo, o como la nuestra merced fuese; lo cual, visto por los del nuestro consejo, fue acordado que debíamos mandar de esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y nos hobimos lo por bien. Y por la presente os prorrogamos y alargamos la licencia y previlegio que por nos os está dado para imprimir e vender el dicho libro que de suso se ha hecho mención por otros seis años más, que corran y se cuenten desde del día de la fecha de esta nuestra cédula, durante los cuales vos, o la persona que vuestro poder hobiere e no otra persona alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro so penas contenidas en el dicho previlegio que ansí por nos os está dado. Y mandamos de las nuestra Audiencias, Alcaldes, Alguaciles, de la nuestra Casa, Corte, Chancillerías e a todos los Corregidores, Asistente[s], Gobernadores, Alcal- [¶1v] -des mayores e ordinarios, otros Jueces y Justicias cualquier de todas las ciudades, villas e lugares de los nuestros reinos e señoríos, así los que ahora son, como a los que serán de aquí en adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y todo lo en ella contenido, e contra tenor y forma no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar por alguna manera para nuestra Cámara. Fecho en Lisboa a primero día del mes de abril de 1582 años.

YO EL REY

Por mandado de su Magestad,

Antonio de Erasso.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[¶2r]

El libro *Filosofía y destreza de las armas* de Jerónimo de Carranza cuanto a lo tocante a la doctrina de nuestra fe y verdades católica, que es el punto en que se me cometió por los señores del Consejo Real de Su Majestad, no tiene cosa que ofenda a la sinceridad de nuestra fe y buenas costumbres y doctrina sana. Tiene cosas de muy buen ingenio y mucha erudición. Bien se puede imprimir. En testimonio de lo cual lo firmo de mi nombre. Fecho en nuestro monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid, y de agosto diez de mil y quinientos y setenta y un años.

Fray Rodrigo de Yepes.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[¶2v]

Fernando de Herrera al autor.

¿No bastaba ilustrar con viva gloria [tercetos]
los trofeos y dar al fiero Marte
las coronas y palmas de victoria,
y con nuevo valor, industria y arte
vibrar terrible la sangrienta espada
y celebrarla en una y otra parte
–Que en cuanto ve el sol la luz dorada,
y en cuanto abraza el mar y cerca el cielo,
va de inmortales glorias rodeada–,
sino también con generoso vuelo
y con fuerza de claro entendimiento
dejar perpetua su memoria al suelo,
y en cartas a quien nunca fuego y viento
y las vueltas del tiempo harán daño
su virtud descubrir y fundamento
donde roto y deshecho todo engaño
su valor resplandece esclarecido
con rara muestra y con intento extraño?
No esconderá ya nube del olvido,
Carranza, vuestro nombre glorioso
y el espíritu excelso y encendido.
Sólo vos, con ardor maravilloso
en el ingenio igual y en valentía,
seguís a Febo y Marte belicoso,
y con brío dichoso y osadía
a España enriquecéis de aquella gloria
que nunca esperó ver en algún día.
Y si vuestros trabajos con memoria [¶3r]
fueren de claro artífice esculpidos,
los despojos pondrá de la victoria
no flores de jacintos escogidos
ni de Venus las rosas estimadas,
mas yelmos con las plumas esparcidos,
rotas astas y escudos, y doradas
corazas, fuertes grebas, y de Marte
ardiente, cortadoras las espadas.
También pondrá con gloria en otra parte
las muestras del ingenio que levanta
una nueva y difícil y útil arte.
Esta gloria admirable ensalza y canta
con mil alas la fama no cansada,
y a la una y otra Hesperia el hecho espanta.
Obra y honra inmortal tan extremada,
que la maquina excelsa y la grandeza
de Egipto vence al cielo levantada,
cuanto de hoy más la fuerza y la destreza
tuvieron de valor, a vos se debe

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

y vos le dais valor y fortaleza.
Si alguno hobiere ya que osado pruebe
con armas la dudosa y varia suerte,
conviene que de vos la industria lleve.
No temerá el peligro de la muerte,
que crece en la Destreza la osadía
y al corazón más flaco hace fuerte.
Si a la ribera sosegada y fría
que Betis orna y viste, y al sagrado
mar de Atlante su llano curso envía
fuere alguno y mirare el venerado
lugar que le da gloria, y su excelente
y rico sitio y siempre afortunado,
aunque es honra del último occidente [¶3v]
y en el poder soberbio y la grandeza
obscurece y oprime al oriente.
No tanto admirara de su riqueza
la abundancia y sus glorias y su fama
cuanto de vuestro pecho la nobleza.
Pues en vos sólo el cielo alto derrama
industria y fortaleza no vencida,
y al amor de virtud ilustre os llama.
O dichosos trabajos de tal vida,
que cuando los despojos diere a muerte
vivirá con más luz esclarecida
sin que le ofenda el tiempo y dura suerte.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[¶4r]
EL LICENCIADO CRISTÓBAL MOSQUERA DE FIGUEROA AL AUTOR

Ya de las fieras guerras la aspereza [tercetos]
y la inhumanidad ardiendo en ira
tiene quien tiemple y dome su crueza.
Ya el furor enemigo se retira
y con altos bramidos indignados
su perdido poder llora y suspira;
y los brazos con sangre rociados
en lazos y cadenas inmortales
no dejaran de verse quebrantados.
¡O venturosa edad que con señales
de tanto bien del cielo has descendido
por reparar los míseros mortales!
Ya en el templo de Marte embravecido
no solamente el yelmo resplandece
y el escudo con sangre defendido,
no la trompa que altera ensoberbece
el corazón del español valiente
que al enemigo bárbaro estremece,
pero allí se descubren juntamente
escritos entre espadas belicosas
que a Marte enseñaran a ser prudente;
y allá en el monte de las castas diosas
de ilustres artes apacible asiento,
donde suenan las harpas sonorosas
en medio del sagrado ayuntamiento
lleno de suavidad y de harmonía,
que es de la paz principio y fundamento,
el reluciente Apolo recogía
el cabello encrespado de fino oro
con el yelmo que un tiempo aborrecía.
Las musas le cercaron, hecho un coro,
y con gallardas plumas le ilustraron
la frente que del mundo es tesoro.
Con el grabado peto le adornaron
el delicado cuerpo y las sagradas
hermanas a Castalia lo guiaron.
Las ondas estuvieron sosegadas
de la divina fuente clara y pura,
las ondas de mortales deseadas.
Y viendo el resplandor de su figura,
y la sombra del yelmo y los colores
que aumentaban se luz y hermosura,
hizo allí una guirnalda de mil flores,
de yedra y con laurel entretejida
en memoria de Dafne y sus amores,
y de la fuerte encina endurecida,
mezclando algunas hojas dio allí muestra

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

de fortaleza en alma esclarecida.
Carranza, esta corona es toda vuestra;
a vos la debe España, a España el mundo,
pues el bien procedió de parte nuestra.
Vos subistes al monte alto y profundo,
y en el templo de Febo habéis dejado
la espada y sois primero y sin segundo.
Tal proporción de vos ha resultado
que al riguroso Marte y su dureza
habéis con vuestro estilo mitigado.
Y al alma sojuzgada de terneza,
de femenil blandura convencida,
la reparáis con nueva fortaleza.
¿Fue más, el que a la música escondida [¶5r]
y en la redonda concha sepultada
con duros nervios dio concento y vida;
o el que formó la flauta regalada
que del cielo tomó la mayor parte
al número de cielos concertada?
Vos pudistes hacer que el fiero Marte
entre el tropel, encuentros, trompas, truenos
ardiendo en furia se sujete al arte;
y a los hombres con ira y sangre llenos
sujetar a razón en la braveza
estando allí de la prudencia ajenos.
Los capitanes que en sublime alteza
quisieren ser por dioses celebrados
de vos han de aprender la fortaleza.
Romperán los ejércitos armados
con fuerza de armas, con rigor de guerra,
y los contrarios temblarán prostrados.
Y otra vez la elocuencia que destierra,
y ahuyenta el furor será bastante
para excusar mil muertes en la tierra.
Quisiera poder tanto, que delante
pudiera declararos lo que siento
con alto verso lleno y elegante.
De hoy más, CARRANZA, viviréis contento,
que el estruendo de lenguas invidiosas
no pueden derribar tal fundamento.
Si contempláis las ondas temerosas
del alto mar que ciñe la ribera,
y esas torres ilustres y famosas,
veréis cómo desciende la primera,
y se viene a juntar con la sagrada,
y todas le dan fuerza a la postrera;
y a la par con ruido y barahúnda [¶5v]
se rompen y, la peña levantada
tiembla desde la parte más profunda;
Y entera y de constancia armada

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Sufre los golpes más embravecidos
Y no se ve por esto derribada.
Ora espanten los mares con bramidos,
ora muestren del fondo negra arena
por los rabiosos vientos impelidos,
do la clara virtud quiere y ordena
llegue ese corazón firme y constante,
pues nada en esta vida os enajena.
Con alas inmortales triunfante
Correrá vuestro nombre con el cielo
en su curso perpetuo semejante,
y quedará la invidia por el suelo.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[¶6r]
Mathia[s] de Aguilar, médico del excelentísimo señor don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Duque de Sidonia, etc., mi señor, al prudente lector. Salud.

De la grandeza del hombre y de su divino entendimiento todos los antiguos que sabiamente escribieron, hicieron tanto caudal cuanto fácilmente podrá quien quisiere verlo en sus escritos, y más bien que en ninguno de ellos en estos presentes. Considerando este principal y habiendo desde mis tiernos años sido amigo de saber en este discurso que de vida he tenido (como más cómodamente me ha sido posible) he visto y me he ejercitado en escritos de mano de diversas ciencias y habilidades, que me recordaron la consideración de la grande misericordia de Dios nuestro Señor, y de su divina sabiduría en haber dado a los hombres tan agudos entendimientos que viniesen a alcanzar no solamente cosas de que el grande entendimiento tiene de moción por medios dificultosos, pero cosas casi divinas que parece a los que las ven que sola revelación pudo descubrirlas, como claramente vemos en la ciencia de los cielos y en el divino orden de los astros.

Y lo que más admiración me puso fue que en la antigüedad, cuando los ingenios de los hombres no eran así cultivados como ahora, hubiese quién inventase, o por mejor decir fuese medio para inventar de las artes [¶6v] liberales. Y apurando bien esto, entendí que ninguna de todas tuvo principio de empírico metódico, ni racional desde su origen, de manera que se pudiese decir "ciencia". Antes hablaron cosas confusas, vistas en su sombra y no conocidas en lo universal ni particular de su esencia, hasta que por discurso de tiempo y por diversos hombres de grandes entendimientos se vinieron en largos años con mucho trabajo a poner en teoremas universales, de las cuales sacaron métodos, y de ellos particulares ejercicios, y de esta manera jamás se pudo atribuir a uno sólo la invención de alguna de ellas; de donde infiero ser cosa de mayor admiración y de más grande ingenio una nueva invención que no sólo merece este primero nombre. Antes con mucha razón se le debe atribuir principio, medio y consumado fin de la arte militar, nueva hermana de las Musas y segunda en dignidad, de cuyo ejercicio, admiración y valor las casas de los grandes de España y aun del universo, si llevaron el orden de razón, resultaron por los memorables y maravillosos hechos que de ella salieron.

Lo cual confirma la gloriosa constitución de aquel prudentísimo senado romano en la inmortalidad de la fama de los heroicos hechos de los nueve que, sin contradicción de amigos de verdad, y de ponerla en su lugar, quitando la máscara a la mentira y, teniendo atención a sus raros hechos, con no menor razón que nueve, se podrían decir diez.

La cual Jerónimo de Carranza, hombre noble y de más raro ingenio, inventó desde su primer particular hasta los elementos de su último fin, como podrás entender, prudente lector, tomando a tu entendimiento por juez después de vistos sus varios y dificultosos escritos, en los cuales sin comparación hizo ventaja a todos los antiguos escritores, no [¶7r] solamente porque no inventaron ni pusieron en ciencia esta arte, ni parte de ella, pero también porque ninguno solo, como dijimos, hizo en la invención de ellas cosa que bastase para atribuirle [a] él solo principio, cuanto más medirla y ponerla en su perfección, como este doctísimo varón ha hecho sin algún maestro, ayudado de sólo favor del omnipotente Dios y Señor nuestro, a cuya majestad debemos gracias inmensas, que tuvo por bien en nuestro tiempo por su medio se viese, supiésemos y se nos manifestase otra arte que ninguno de los antiguos alcanzó, ni aun pudo rastrear: nueva ciencia añadida a las demás artes liberales, así en la especulación como en su práctica.

Y no se entiende que, aunque es ciencia cuya perfección está en venir a las manos, por eso lo deja de ser. Pues, bien considerado, ninguna me darán los que saben cuya obra o práctica no sea otra que el especular y entender sus causas hasta los elementos. Y amonesto que advierta el ingenioso lector que si con sincero ánimo desnudo de invidia y enemistad, que

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

es lo que Galeno temió para la publicación de los suyos, lee estos escritos hallará en ellos el dulce gusto de la filosofía, la cual, así como es especular puerta de la teología, historia de saludable medicina, descubridora de los secretos de naturaleza, secretario del mundo superior e inferior, enemiga de torpes deseos, confusión de vana soberbia, ensanchadora de honras y vida, y castigadora de perversos ánimos.

Así también es fundamento de todo lo contenido en esta ciencia militar donde hallarán trabajados grandes secretos de naturaleza, nunca tratados ni entendidos hasta ahora en todo ni en parte; una singular ciencia de suprema comodidad para la república, donde verás en nuevos términos de len- [¶7v] -gua castellana tratada toda la geometría de Euclides al cual estos escritos son clarísimo comento; grandes secretos de aritmética; mucha astrología práctica y especulativa; grandes apuntamientos de medicina; concento o ritmo de dulce música; divina invención de poesía; con causas secretas de perspectiva (evidente matemática); agudos casos de teología con otros no oídos del derecho civil y canónico; y al fin sumadas todas las artes y ciencias en este breve epítome de la Destreza, con infinito número de quiditativas definiciones, descripciones, también con sus verdaderas analogías y uso evidente de toda la diversidad de doctrinas, conviene a saber, definitiva, resolutiva, compositiva y demostrativa.

Así que habrás en suma leído todo lo que tienen más escogido las artes liberales de donde sacarás grandes aprovechamientos; si acaso el invidioso ánimo no te ciega con tradiciendo sin prudente consideración las cosa bien consideradas, pensando obscurecer la fama que merece ser inmortal, dando a entender al vulgo la malicia de la invidiosa soberbia, manifestando la torpeza de la engañada opinión de tu entendimiento. Y debo amonestarte que cuando hallares escrito en estos liberales y militares ejercicios son todas verdades positivas desmarañadas de revueltos sofismas, confirmadas con claras demostraciones y principios de todos los filósofos admitidos y vuelto en clara lengua española lo muy obscuro y dificultoso de todas las artes liberales. Y sé cierto que después que lo hobieres leído con la atención y ánimo que yo, me pondrás culpa de corto, hallando más de lo que te he prometido, y confesarás no haberme alargado en cosa de las que he dicho. Antes habrás conocido mi persuasión no haber sido de poco momento a cuyo parecer me refiero.
Vale.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[¶8r]

EXHORTACIÓN AL LECTOR DEL DOCTOR PEDRO DE PERAMATO, MÉDICO DE CÁMARA DEL EXCELENTÍSIMO DUQUE DE MEDINA, MI SEÑOR.

Poco más antiguos son los hombres que las armas, prudente lector, y ninguna cosa ha sido tan estimada como ellas en el mundo, por haber sido siempre tan necesarias para adquirir reinos y señoríos, y para la general y particular defensa de las honras, vidas, haciendas, y quietud de todas las repúblicas. En el uso de las cuales, aunque ha habido hombre muy valientes, esforzados, experimentados y venturosos, nunca se leyó ni supo que haya habido letrados ni ciencia de armas, que se llamase Destreza, que tenga sus principios evidentes, de los cuales se concluyan las heridas y defensas por infalible demonstración hasta el día presente, en que Jerónimo de Carranza, varón noble de casta, docto en la filosofía y geometría, y en las más artes, y tan diestro en armas cuanto nunca otro llevó el mundo, ha juntado aquellas ciencias con el uso de las armas, de manera que lo que en tiempos pasados era ventura de armas, en el nuestro es ciencia cierta e infalible de ellas. Y como antes se ha dicho en refrán que las letras no embotan las armas, de aquí adelante se ha de decir que las letras engendran las armas, y que los letrados solos pueden ser diestros, porque la alteza de ellas no es para ignorantes ni rudos. Entiendo esto de su virtud y grandeza en todos los siglos pasados sepultada y ahora nueva- [¶8v] -mente al mundo descubierta, de que este libro trata y no de burlería y barbarie que se ha usado hasta aquí por gente ignorante, torpe y de ruin vivir, como se verá largamente en el diálogo segundo.

Alargárame cierto en alabanza de la obra y del autor, si no me pareciera que él está tan adelante entre los que lo conocen y la obra a decirlo a los que de sus partes no tienen noticia, que sería obscurecer algo en lo claro y echar tinta en lo limpio, según, es más, lo que hay que lo que pueden prometer mis encarecimientos. Sólo quiero advertir que lo que un hombre con gran dificultad podría aprender en muchos libros, con este solo lo puede saber con mucha facilidad. Vara lección tractada y adornada con palabras usadas, elegantes y graves, según la materia y el lugar, alteza de estilo, agudeza de ingenio, gravedad de sentencias, Sales y Flores mezcladas tan a propósito y en su tiempo, y todo lo demás que puede dar gusto a los hombres de buena voluntad y avivar el entendimiento, en este libro de Destreza lo hallarás donde, si tienes ingenio y erudición en todas facultades, podrás recrearte como en un deleitoso jardín lleno de diversas flores y frutos. Vuélvelo y revuélvelo y tórnalo a leer otra vez, que siempre hallarás cosas nuevas en que cebar tu ingenio, que antes no habías advertido. Y si alguna dificultad hallares en la inteligencia de él, no te admires, ni reprehendes luego lo que no entiendes, porque la novedad de esta ciencia la trae consigo a causa de los nuevos vocablos, términos adaptados con que se declara extraordinarios de las otras artes.
Vale.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[A1r]

EL DOCTOR JUAN JIMÉNEZ, MÉDICO DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE MEDINA SIDONIA, A SU EXCELENCIA:

Tuvo la sabia antigüedad, excelentísimo príncipe, en tanto las letras y disciplinas que apenas se halló monarca ni rey, por bárbaro y profano que fuese, que con grande veneración y respecto no celebrase los varones doctos de su tiempo. Y esto hicieron tan cumplidamente que a muchos adoraron. Pues ninguno hubo de los inventores de las ciencias que no fuese puesto y colocado por ellos en el número de sus dioses fingidos. Bien al contrario de lo que sucede en este tiempo, que por nuestros pecados, en sabiendo uno luego tiene, en lugar de cronistas, falsos poetas que fingen faltas donde no las hay, porque les parece que dan mucho a las letras, queriendo en esto ser tan avaros como si a su costa se afamasen y honrasen los varones doctos, cosa tan indigna de virtud y bondad como de hombres que las profesan, porque no advierten los invidiosos la inclinación y apetito insaciable del saber humano, pues le es al hombre tan natural, como cualquiera de las pasiones que manan de su esencia, como dice el filó- [A1v] -sofo.

Y si los bárbaros y gentiles con ser gente sin conocimiento del verdadero Dios y sin lumbre de fe, ignorando el principio de las ciencias, las reverenciaron tanto, más razón hay para que lo hagan los cristianos alumbrados con las tres virtudes teologales que Dios infundió en nuestra ánima por el bautismo. Pues sabemos que entre otros bienes que la inmensa liberalidad de Dios hizo a nuestro padre primero fue infundirle las ciencias, argumento grande para entender su valor y preeminencia. Mas como quedaron con el pecado los principios científicos tan estragados, fue necesario al que había de saber algo trabajar mucho, de manera que, por maldición de la justicia divina, han venido las ciencias al punto en que ahora están, unos inventando de nuevo y otros añadiendo a lo escrito y aprovechándose de lo inventado. Y con haber trabajado tanto los ingenios de los hombres en la invención de las disciplinas, lo que se sabe de ellas es lo menos respecto de lo mucho que se ignora; cosa que grandemente incita a los amigos de saber, porque los bienes de fortuna ven que se acaban con el cuerpo, y las ciencias se perfeccionan y permanecen en la bienaventuranza; la estimación de lo cual dio bien a entender nuestro Señor en la merced que hizo al rey Salomón cuando le pidió saber. Díjole, «porque pediste saber y no larga vida, ni riquezas, ni venganza de tus enemigos, yo te concedo la merced como la pides. Llénese tu corazón de sabiduría e inteligencia y doite mi palabra que ninguno de los pasados ni por venir sea tu semejante. Fama y riquezas, porque no las pediste, otórgotelas.» De donde entenderemos claramente lo mucho que Dios estimó las ciencias y el rey Salomón, aunque de poca edad, entendió bien la importancia del saber; pues [A2r] pudiendo pedir conforme a su edad reinos y señoríos o victoria contra sus enemigos para triunfar y gozar muchos años de tan subida dignidad, solamente pidió sabiduría; significando que todos los príncipes y señores que amaren las ciencias no sólo serán gratos a su criador, pero serán suaves a sus vasallos, y Dios les multiplicará los bienes y dilatará su fama.

Y porque vuestra excelencia imitase en todo a este sabio rey, fue dotado de gran valor y prudencia y de entendimiento que excede a varones graves, pues en solicitud y cuidado pasa los límites que el estado de los grandes príncipes promete. Y por esta razón ha sido Dios servido que vuestra excelencia consiguiese todo lo que pretende, sin quedar en algo defraudado, confirmándolo todo con procurar siempre cosas de religión. Y así se le ha concedido lo demás tan copiosamente que todos sus criados debemos dar gracias a Dios, que con estar en la edad que menos se gobierna por razón, no tiene vicio que se pueda reprehender ni le falta virtud que podamos imitar. Y quien con la atención que yo considerare las heroicas virtudes del ánimo, de que vuestra excelencia está adornado, entenderá que nuestro Señor lo tiene en el mundo para instrumento de algún gran suceso no menor que los

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

suelen hacer los señores de esta casa. Porque a tan excelente principio no puede dejar de corresponder soberanos fines, lo cual se puede bien esperar de vuestra excelencia, porque todo lo dicho perfecciona con la suavidad de su condición y pesado juicio y prudencia en buscar y admitir consejo en todos los negocios arduos de tal manera que, con poder vuestra excelencia dar su parecer en este libro igual con el autor, por haber comprobado con su vale- [A2v] -roso brazo las demostraciones de la nueva ciencia, usando de su generoso ánimo me mandó que lo viese desde el principio para entender si había alguna cosa indigna de tan alto príncipe. El libro es una arca de ciencia en el cual se tratan muchas y delicadas materias de las siete artes liberales, y entre ellas vi la nueva ciencia y el origen del derecho natural, civil y canónico con nuevas interpretaciones de leyes antiguas, de manera que todo lo hallé también tratado y dicho tan a propósito que me parece obra digna que vuestra excelencia la procure hacer imprimir, porque me admiró la gravedad del estilo con que todas las disciplinas van tractadas, de donde entiendo que si el autor escribiera en particular de cada una, todas parecieran nuevamente inventadas. Lo cual fue necesario, porque un negocio que hasta aquí ha sido burlería y estaba en poder de gente baja, y tan ajeno de parecer ciencia cuanto lo está la ciencia de falsedad y mentira, y se viese la diferencia que hay de la verdadera destreza a la behetría del vulgo, fue cosa muy conveniente que entre el autor y los fingidos diestros hubiese tanta desproporción, y en contraste de tan baja y vil gente el autor, hombre noble y de limpia generación extirpase la mentira y falsedad, y quitase la máscara de destreza con que el vulgo estaba a su parecer honrado, y en su lugar colocase esta verdadera ciencia, como se verá largamente en la prosecución del libro. Y como el autor le ha experimentado muchas veces en las veras, ahora lo muestra aquí con demostraciones y razones. Y para levantar este ejercicio de abatimiento en que el vulgo lo tenía, y de vicio convertirlo en virtud, convino que el autor fuese de honesta [A3r] vida y hábito, discreto y de grande erudición en todas las disciplinas, y tan celoso de la religión cristiana como enemigo de aparencias, más amigo de saber que de parecer sabio, procurando en todo de ser fuerte más que parecerlo. Y lo que más admiración me ha puesto en esta nueva ciencia es que todas las facultades tuvieron principios verdaderos y hubo muchos inventores a quien imitar, y en ésta ninguno se ha hallado porque todo lo pasado ha sido engaño, y el autor de nadie se pudo aprovechar. Él la engendró con la fuerza de su entendimiento y allí la delineó y crio hasta que le dio vida, y la fue alimentado hasta que la puso en esta edad florida, y determina ahora enviarla por el mundo para que desengañe los hombres; cosa por cierto digna que salga de casa de un príncipe tan valeroso, diestro y cristiano; principalmente siendo cosa tan nueva como es habar juntado las armas con las letras, con lo cual queda deshecho el divorcio de que estaba infamada la nación española; que la tenían los extranjeros por fuerte empero bárbara; y que en servicio de vuestra excelencia haya un hombre que manifestase lo contrario, no sólo por las armas en la guerra, sino por virtud de entendimiento en la paz.

La pretensión del autor en este libro, excelentísimo señor, es hacer un verdadero diestro por demonstraciones infalibles, y declara en qué manera cristianamente podrá ejercitar lo aprendido, como la música pretende hacer un músico perfecto y la medicina un médico. Y así en el diálogo primero tracta proposiciones generales y propone principios *per se notos* muy necesarios fundamentos de las ciencias. Y en el segundo de la falsa destreza imita los agentes naturales que, para introdu- [A4v] cir su forma, destruyen la contraria. De la propria manera el autor deshace la charlatanería de los esgremidores, siguiendo a los autores graves, conviene a saber a Aristóteles en la física y a Galeno en el método. El tercero explica y aprueba las dignidades del primero y pone en limpio toda la doctrina. En el cuarto, hecho el diestro, enseña cómo cristianamente podrá ejercitar lo aprendido con la cual ocasión tracta la defensa sin culpa y que sea alevosía y traición aprobándolo todo con leyes y nuevos ejemplos. Y para ornato de esto no hay duda que se pueda poner que no esté absuelta ni cosa que entendimiento desee que no la halle apurada, pues sólo este libro servirá de muchos al

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

que lo tuviere. Dios guarde a vuestra excelencia muchos para que raros ingenios y hombres doctos tengan amparo, y los que están en su ilustrísima casa se animen a mayores cosas, viendo la merced que vuestra excelencia hace a los que virtuosamente profesan letras.
Vale.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

PRÓLOGO

Jerónimo de Carranza al excelentísimo señor duque de Medina Sidonia.

MI SEÑOR:

Como sea verdad, excelentísimo señor, que la experiencia es madre de la ciencia, y conste claramente que ni la una ni la otra pueden ser alcanzadas del ingenio del hombre sin trabajo grande y discurso largo de tiempo, por ser la una peligrosa y la otra dificultosa, y ambas excelentes y provechosas así para la verdadera gobernación y tracto político como para el progreso de la vida y ornamento y resplandor del ánimo inmortal y divino, que gobierna no solamente el curso de la vida humana próspera y dichosamente, pero también, como no se de los bienes de fortuna, ni está sujeto a corrupción, guía las almas santificadas hasta el cielo, donde también las hace más gloriosas y bienaventuradas; considerando esto muchas veces conmigo y viendo la presente oportunidad, la calidad e inclinación de las personas, la demasiada licencia del vulgo, la propriedad de la destreza y el mal uso de la valentía, y cuan provechosas son, determiné luego de poner en prosecución esta obra no ligeramente para [A3v] que se emendasen los hombres en algunas cosas y tolerasen en las demás esperando ocasión.

Antes acordé muy de veras descubrir los grandes engaños, haciendo conocidas las cosas que son secreta causa de pública ofensa de nuestro Señor con especie de valentía y destreza, haciendo de ellas una nueva y general reformación. Pareciéndome que si estableciera de nuevo leyes particulares de la destreza, no manifestando lo que tengo dicho, fuera perdido mi trabajo y no aprovechara cosa alguna para extirpar la raíz de los males y engaños que en lo íntimo del pueblo está con tan esparcidos romos arraigada, imitando en esto la consideración y consejo de los médicos sabios que, cuando viene a su poder un cuerpo muy enfermo y lleno de malos humores, para alcanzar la salud que desea no se contenta con darle alguna liviana medicina que no aprovecharía de otra cosa que alterarlos sin sacar alguno fuera, antes viendo la posesión que el mal tiene en las entrañas, administra medicinas violentas para sacarlo todo fuera con sus raíces, y así, alterando el cuerpo entero, removiendo los humores, purgándole de todos males aflígele un poco, pero después pero después de convalecer y a cobrar poco a poco las fuerzas y sanidad perdida.

De la mesma manera quise, pues, yo usar el presente con la cura y remedio de la destreza que por todas partes está cercada y llena de gravísimos daños, como cuerpo enfermo lleno de mal humor, no queriendo aplicarle medicina sabrosa y blanda, dándole primero mi arte, que mía la puedo llamar, pues sin algún principio maestro a he adquirido, la cual solamente sirviera para más alterar su mal sin poner remedio a su enfermedad, determi- [A5r] -nando ya de poner remedios forzosos que enteramente desarraigase los males de todo el común, aunque en alguna manera quede atormentado el cuerpo del vulgo, porque después, con el recogimiento de buena destreza, podrá rehacerle y cobrar entera fuerza, perpetuándose en virtud.

Porque así, como el primer grado para alcanzar la sanidad es conocer la enfermedad de qué está el cuerpo doliente y quitar las ocasiones donde suelen engendrarse los malos medios para la salud, así para llegar a la reformación de la destreza es conocer primero y declarar de dónde provienen los daños más notables a ella y a la república. Y ciertamente ninguno hay tan ignorante que de suyo no pueda juzgar quién son los que han abatido y diminuido demasiadamente el estado y magnificencia de su poder, aunque ignore la experiencia que estas cosas se sigue, si considera el atrevimiento ciego del vulgo desfrenado, que es como las heces, y el más ínfimo grado de los pies de este cuerpo; y harmonía compuesta de toda la república ¿quién hay que esto ignore? Ignórenlo aquellos con daño gravísimo suyo, los cuales, viendo que se disimulan los delitos que hacen en su mala destreza, sin ser

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

castigados, cobran de día en día mayor atrevimiento para todo género de furiosa osadía, arraigándose en ellos la desvergüenza. Y con razón se ha de temer que vendrá tiempo en el cual, queriendo usar de su legítimo imperio, los verdaderos diestros enseñando hallarán a las gentes tan contumaces y rebeldes que ni los ignorantes podrán por alguna vía ser gobernados por ella. Y finalmente, vendrá a tal estado que cuando quiera la destreza, puesta en razón, usar de remedios violentos para recobrar su dignidad, castigando los delitos del vulgo, le faltarán las fuerzas para poner en obra lo que en [A5v] este efecto le parecerá ser necesario, y vivirán sin honesta disciplina, sin orden ni gobierno político, perdido el temor a Dios y la vergüenza a los hombres.

Pongamos, pues, como pudiéremos, freno al vulgo de sus malas inclinaciones, incitándolo con esto al verdadero ejercicio de la virtud que tan fría y dormida está siempre en los hombres; que en todo el tiempo convienen graves y muy continuas amonestaciones para despertar y moverlo a ella, porque ya todos los ejercicios nobles y virtuosos, así de armas como de letras, en uno y en otro género de gente son los que menos valor y autoridad tienen por la maldad y vicio de muchos, y por el poco deseo de virtud; y lo que es más grave y que menos temer se pudo entre los más nobles y generosos, de día en día desflaquecen los ingenios y es menos estimado y menos admitido el ejercicio de las armas y virtud, siendo ellas toda la honra y gloria que sus antecesores más ilustres alcanzaron, de donde tienen ellos toda la gravedad y confianza de su antigua estimación sin algún género de respecto a lo que le conviene al hombre ganar por sí para que se le atribuya a nombre de verdadero y glorioso posesor, no haciendo fundamento en el valor de sus predecesores que más trabajo que gloria dan a los descendientes, sino en la estimación del valor y honra de su persona, en la cual está la fuerza de la virtud verdadera y nobleza. Llégase también a esto el ir faltando las disciplinas por el daño que los malos hacen con ellas y somos llegados a tal tiempo que apenas es conocido y estimado el bueno. Ya no podemos sufrir nuestros vicios proprios, que con el regalo del ocio usurpan nuestra libertad y con daño del alma están ya tan poderosos que tienen a la virtud puesta en destierro.

Y lo que peor es, no podemos admitir los remedios que [A6r] para curarlos conocemos ser provechosos, porque seguimos los más pasatiempos injustos que abaten las fuerzas del cuerpo y quebrantan las del ingenio. Y es lástima grandísima que los caballeros que debían ser adornados de ánimo varonil, se hacen efeminados o, por mejor decir, estatuas vestidas que ni valen para aconsejar en tiempo de paz, ni para defender en tiempo de guerra; sino que solamente parece que nacieron algunos en el mundo solo para representar personas mudas, vestidas en comedia, dándose a entender que lo principal de la caballería consiste más en menospreciar los ingenios grandes y en tener en poco a los virtuosos que han dado conocida muestra de su trabajo, quitándoles la honra que tan suya es que en preciarse de ser lo que procuran parecer a los ojos de todos para llevarse el honor sin alguna causa ni razón de merecerlo.

Pues es cierto que la honra verdadera de la virtud se ha de ganar personal, sin querer persuadirse que se hereda la virtud como la estimación y riquezas que heredaron de los ancianos, ganadas a fuerzas de los brazos de la virtud de los muertos, estimándose por señores proprios siendo herederos de lo que pudiera ser cualquiera del vulgo. Vemos ya por experiencia cierta que ninguna cosa buena permanece entre nosotros, porque como la malicia de los hombres crece siempre de aquella dañada fuente de la invidia, así se diminuye la verdad y bondad, y con el mucho espacio que les queda a los vicios de grado en grado, viene a deshacer todo esto que llamamos virtud, sin que de ella quede otra cosa que el sonido del hombre, hasta que la vida, acabando su curso, llega a la flaqueza y miseria humana.

Puedo con gran razón decir, excelentísimo señor, que así como es verdad que las malas co- [A6r] -tumbres fueron causa que se estableciesen buenas y honestas leyes, así viendo yo al presente abuso de la destreza, quise reformarla, haciéndola no menos arte liberal

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

que las otras, porque es manifiesta y conocida cosa que, quebrantada la demasiada soberbia de estos vulgares y la invidia y odio que contra los virtuosos conciben, no quedará ocasión por la cual se tema peligro alguno en la ciudad, y habrá muy cierta esperanza que, siendo aprovechados con virtuosa destreza, perderán los dañados bríos que tan crecidos tienen para con los vicios, procurando, sin consideración que tan desordenada violencia no puede ser durable, gozar solamente de la libertad de sus malas costumbres, sin tener respecto al cielo ni a la tierra hasta que finalmente, no queriendo estos en cosa alguna conformarse con la voluntad de Dios, vendrá sobre ellos su castigo divino por medio de los hombres justiciando y afrentando a unos por sus maldades y otros muriendo sin confesión de violenta muerte.

Por estos tales proceden grandes daños en la república, porque como la desigualdad de las costumbres, que es causa de la enemistad y aborrecimiento, es tan grande, resulta en ellos una perpetua invidia, y entre los unos y los otros, enojos pendencias, injurias y enemistades procedidos o de la impaciencia que los virtuosos tienen por no sufrirles sus desvergüenzas o de la soberbia de estos contra los buenos, pensando que a sus fanfarronerías y mentiras les deben todos tributo. Y como al entrar de los vicios son mancebos de poca edad, cuando grandes, que el ingenio está mayor y hábil para cualquiera cosa, obstinados y ocupados en la antigua maldad que en la flor de su mocedad se arraigó, no pueden ni quieren con industria alguna moderar los desordenados ímpetus de sus ánimos. Y tengo por opinión certísima que si en aquella sazón hubiera quien les refrenara y con virtud moderada la [A7r] vehemencia de sus ingenios, vinieran a ser después ciudadanos muy prudentes y provechosos.

Según en las maldades y mentiras muestran la agudeza de sus ingenios por haber tenido malos maestros, sabiendo todos que es verdad averiguada que cuales fueren estos tales, por la mayor parte serán sus discípulos, y el ejemplo de ellos se difunde por todo el cuerpo de sus aliados. Pues es cierto que ninguno puede enseñar a otro más de lo que él sabe, porque querer juzgar de movimiento y de afectos de ánimo y de semejantes cosas naturales los hombres ignorantes bárbaros y esclavos de sus vientres, que con gran dificultad tienen noticia de las cosas más ínfimas de la tierra, no solamente no se puede esperar de ellos ningún prudente y sabio consejo, pero aun es temer que con su ignorante y atrevido parecer querrán abatir y deshacer la cosa del mundo que más es para los hombres de honra conveniente y provechosa.

Y serían las artes ciertamente muy dichosas si juzgasen de ellas los artífices solamente, pero los que tales son, como hemos dicho, no tienen el cuidado que se requiere tener de la terneza de los ingenios, teniendo más respecto a su salario que a lo que aprenden los mancebos. Y es verdad que el mayor y más provechoso ejercicio que hay en la república, aunque por la ignorancia y malicia de los bárbaros parezca abatido, es la institución de los mancebos para la guerra, porque son plantas tiernas en las cuales se cría las esperanza de todos, que siendo de crecida edad producirán tales frutos cual fuere su doctrina, que siendo pequeños hobieren en sus ánimos plantado los maestros a los cuales están obligados a dar crédito.

Y a esta causa juzgo, excelentísimo señor, ser cosa importantísima poner grande vigilancia en la buena institución de los tiernos ingenios, no permitiéndose que algún maestro ignorante o de poca doctrina y menos ex- [A7v] -periencia y corrompidas costumbres tenga cargo de enseñar una cosa tan noble a los mancebos. Porque, engañándose y siendo contentos con este lustre exterior del nombre de diestro, sin algún cuidado de lo principal, no hacen caso de los verdaderos ornamentos del ánimo, abrazándose con la sombra, dejando el cuerpo, siendo estos tanto de mayor importancia y dignidad que los del cuerpo; cuando es conocida la diferencia que hay entre el mesmo ánimo, que es inmortal y eterno, al cuerpo que de suyo es mortal y perecedero; por las cuales cosas será razón que de hoy más se aparten los cuerdos de estas niñerías y juegos abatidos y de ningún valor y siempre dañosos, como en la

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

prosecución de nuestra obra severa, en los cuales suele ocuparse y consumir aquella tierna edad, que es capaz para aprender cualquier cosa honesta y virtuosa. Porque lo que entonces aprenden, mientras tuvieren vida, les queda en su ánimo firme.

Y así eran entre los romanos elegidos para este ejercicio como para cosa importantísima, los que eran juzgados por más continente en el hablar y más animosos en obrar las cosas de la guerra. Porque como la experiencia ordinaria nos enseña con manifiestos ejemplos, ninguno puede enseñar a otro las virtudes y doctrina que en él mesmo no se hallan, ni jamás se esperó que pueden hallarse en él.

Florezca pues en ellos todo buen uso de virtud y doctrina, aborrezcan la invidia que para con los de su tierra muestran tener. No les pese de ver a su natural levantado en gloria, que pues ellos no tienen valor para aventajarse, no tiene culpa el que le excede si no ellos. Aborrezcan ya sus maldades y no la virtud ajena. Saquen a luz la enmienda de su vida, y dejen de ser censores públicos de virtudes ajenas para encubrir sus vicios, deseando que los otros no se adelanten en ellas, para que no parezcan tan malas sus costumbres y destreza, y para que se vea la exce- [A8r] -lencia de la destreza y valentía.

Y cuan bien se defienden los bárbaros cobardes con la máscara de ella. Se ha de considerar que tiene acerca de la gente el que habla mucho, diciendo que es valiente y diestro con mentira tanto crédito como el que saben todos que es valiente y diestro con verdad. Y así por remediar yo este engaño y perdición, y los daños que cada día se descubrían y desplegaban, con tanta ofensa de Dios nuestro Señor y injuria de la nobleza de las armas; por desmentir también las espías que han puesto los murmuradores.

Aunque contra mi voluntad emprendí el gobierno de tan difícil cosa y, por no faltar a lo que por ley de naturaleza soy obligado, no haciendo caso de las contradicciones de esa gente, ni siguiendo la opinión de Bachilides poeta, que decía que por lo que a él tocaba era ancho el camino y que siguiese cada uno la vía que mejor le pareciese, porque, siendo yo cristiano y amigo de ahuyentar daños y males, era razón que pusiese mano en esta obra, porque la destreza no quedase huérfana y desamparada; aunque se me ofrecían en esto grandes e infinitas dificultades, porque los vulgares están obstinados en su ignorancia, y la destreza destruida por falta de razón.

Y fácilmente se me descubría que sin manifiesto favor divino y sin inmenso trabajo, no podía ser puesta en orden cosa tan desordenada. Mas viendo en fin que el cielo y la tierra me favorecían y que las voluntades de los hombres doctos eran de mi parte, congregué a los principales de ellos y les propuse este negocio que tenía pensado, rogándoles que diesen en ello su parecer; y en todas las congregaciones jamás se halló persona docta ni discreta que fuese contraria. Pero, conociendo antes el gran bien que se seguía de este hecho, todos con grande amor me ofrecieron las voluntades por el bien común que procuraba. Porque es de creer que el vulgo [A8v] ignorante que tiene los pensamientos y ejercicios muy humillados, y en la consideración de las cosas arduas no penetra, no podrá especular ni entender misterios tan sublimes como los hay en las matemáticas de las armas. Y será necesario que en tal caso la ignorancia vulgar calle y con su mal aconsejado atrevimiento no haga injuria ni estorbo a las nobles y verdaderas operaciones de la destreza, que tan abatida hasta este punto la han tenido, usando de ella no como su valor y dignidad merecen, teniéndola más para escudo de su maldades y cobardía que para descubrir tan grandes misterios como en ella se hallan.

Y no hay quien con más razón que vuestra excelencia pueda reír de la corrupta disciplina y falsa destreza por no haber consumido en ella algún tiempo que fuera digno de aplicar a las verdaderas demostraciones y tan firmes, cuales vuestra excelencia muchas veces con su grande y discreto entendimiento aprobó y dio por buenas, incitando su belicoso brío a ponerlas en práctica, verificándolas con su valeroso brazo.

Y no se infiere que porque yo tenga en poco y burle la ignorancia de la destreza que, puesta en orden, no sea muy buena y digna de grande estimación, como a nueva ciencia se

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

debe. Antes he tratado esto por causa del provecho, que huyendo de ella se sigue, del cual habrá alcanzado gran parte para la verdadera prueba y demostración de la arte quien la huyiere y escusare. Y el que de veras quisiere saber qué es destreza y entender bien la potencia suya, paréceme que ha menester dos cosas, fuera de la institución de ella, que son: prudencia y poderla obrar; la una de las cuales es donde la naturaleza, que no se puede alcanzar con alguna doctrina; la otra se adquiere con trabajo y ejercicio y mucha imitación. Y es de entender que estas dos cosas son fuera de la arte, y no tiene necesidad de mi in- [AB1r.] -dustria, porque no prometo yo hacer diestro y sabio en armas al perezoso que no quiere trabajar, ni al que de su naturaleza no es prudente o ingenioso, como se requiere que sea el hombre para las demás ciencias que los antiguos inventaron; los cuales, con ardor y presteza de ingenio, discurriendo por todas las disciplinas que ellos descubrieron, juntando las unas con las otras; aunque trataron las más no con la invención y ornato de los escritores de nuestra edad.

De ninguna se olvidaron tanto como de esta parte de la disciplina militar que por llamarse comúnmente destreza, pienso llamarla así en mis escritos. Porque según lo que yo he leído y me acuerdo, dejando aparte la gladiatoria de quien no tenemos entero conocimiento o uso alguno, ni nos conviene, de todo punto la desampararon, aunque en algunos historiadores hay incierta luz de ella y, si por ventura la tractaron, perdióse la memoria con las demás que se perdieron por culpa del tiempo. Y por esta causa quedó obscura y en poder de hombres ignorantes, en los cuales va pereciendo cada día más. Porque no siendo ayudada ni favorecida con algunos reparos de ciencias, antes, desnuda de todo buen conocimiento y descubierta a cualquier peligro, va deshaciéndose. Y fáltale tan poco para acabar con ellos que, si no hay quien la levante, también acabará su memoria. Y es cierto cosa indigna que un ejercicio tan noble y arte tan provechosa a los hombres de valor y honra esté puesta en tan gran bajeza y menosprecio, pues con ella se alcanza la verdadera gloria militar, y sin ella cuanta fortaleza hay está ofrecida a la fortuna.

Yo que dende mi primera edad, tomando algún tiempo de mis estudios, he sido verdaderame- [AB1v] -te dado a ella y, ejercitado con largo discurso de días, no podré sufrir que la grandeza y dignidad suya padezca detrimento. Antes, trabajando con las pequeñas fuerzas de mi ingenio, pienso que será bien, pagándole lo que le debo, declarar cuán grande sea su nobleza. Y resplandecerá más cerca de los hombres sabios y graves la consideración de este hecho, porque ellos con prudencia y juicio, como varones sin invidia, pueden entender mejor que los demás cuán difícil sea reducir a orden y concierto lo que tan suelto y desordenado hasta ahora ha estado.

Y no pretendo yo en estos escritos descubrir enteramente la práctica de la destreza, sino solo dar las causas de lo que se ha de tratar, porque conviene primero, y es cosa importante, deshacer las falsas opiniones de los ignorantes con sus mesmas industrias y engaños. Porque de otra manera, según pensarán muchos, estuviéramos todos iguales en el trabajo y cuidado de la destreza, y quedara poderosa su ignorancia y osadía, que principalmente deseo reprimir con la muestra verdadera de sus maldades. Ya que en los escritos de los antiguos esté la destreza sin honra, será justo que procure yo darle alguna gloria y resplandor con la rudeza de los míos y, si mi opinión no me engaña, pienso, aunque no salga con el deseo de mi intención a buen fin, abrir el paso a los ingenios nobles y generosos y a los hombres doctos que, movidos con el ardor y codicia de fama, aspiren a cosas altas y dignas de su grandeza, porque puedan favorecer con sus estudios a los ejercicios militares que tanto convienen con las letras. Y usando del buen orden que Platón primero y después Tulio, padre de la elocuencia romana, antiguamente tuvieron para enseñar y descubrir lo que entendían, trataré en estos diálogos lo más brevemente que pudiere la teórica [AB2r] de la verdadera destreza, y la tragedia tan grande de los diestros de nuestra edad para poder después, sin ofenderme entre sus espinas, pasar libremente a la práctica de la destreza, que

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

tan difícil es, y lo que algunas veces entre mis amigos religiosos, varones doctísimos, he declarado, y ellos concedieron ser bueno y acertado para el bien común.

Y si la ignorancia del que leyere estos escritos fuere tanta que no pueda valerse con la dificultad de ellos, la culpa es suya y no mía, como es del que entra desapercibido en la batalla. Y por eso entiendo que habrá pocos a quien se endurece mi trabajo y estudio. Antes les pareceré demasiadamente curioso en inquirir la causa de cada efecto en la destreza, especialmente a los que se tienen ya por absolutos en ella y que piensan haberse aprovechado bien de su industria y que quieren sacar a luz sus diligencias y muestra de ingenio. Y aunque por ventura fuere loada está mi obra de algunos que la leyeren, será cierto gran locura esperar que ellos hayan de mudar algo de sus escritos o aprender de nuevo lo que tantas veces han usado mal o, lo que es más cierto, no les parecerá bien la declaración de la nueva ciencia. Mas no será, según me parece, fuera de propósito amonestarlos en lo que han de enseñar o lo que han de obrar para no errar, como en lo que hasta aquí han profesado. Y de hoy en adelante entiendan todos cuan mejor es no saber que saber mal do hay tanto bien.

Y si alguno me reprehendiere por haber escrito cosas de burlas en el diálogo de la falsa destreza, respondo que ha sido cosa importantísima a lo que tractamos, porque muchas cosas se prueban por sus contrarios, y que, si son burlas para algunos discretos y doctos, no lo son para estos de quien tratamos, [AB2v] porque son sus cosas más verdaderas pintadas con sus mesmos colores. Y de la manera que los músicos suelen hacer consonancia entre las cuerdas graves y agudas, así quise yo juntar la gravedad de los diálogos con la facilidad y risa de la comedia, en los cuales se hallarán cosas que, sin saber lo que son, los que las ven, han dañado mucho.

Al servicio de Dios nuestro Señor, de cuya divina mano espero la salud y larga vida que vuestra excelencia merece, que es más que la que yo sabré desearle.

IN LAUDEM HONESTISSIMI AE QUITIS CARRANCAE VIRI SAECULIS OMNIBUS VIRTUTE INGENIO FORTITUDINE & NOBILITATE ILLUSTRIS THOMAS SPINOSA A CONSILIO REGIS.

Te propter Carranza fero cum Marte, Minerva
Invidia exardent duraque bella cient:
Ille tibi dederat potuit quod numine toto
Ill tibi cunctas numinis hausit opes.
Praestas ingenio praestas mortalibus armis
Consentit gaudet iactar uterque; Deus
Sed lites ac arma movent et numina certant
Sis tu tecum armis mayor an ingenio. [AB3r]

AL EXCELENTÍSIMO DUQUE DE MEDINA, MARQUÉS Y CONDE MI SEÑOR

Linaje antiguo, heroico, valeroso,
conocido, estimado en mar y tierra,
cuyo furor de Marte riguroso
lo allanó todo con sangrienta guerra,
quitando al Scitha y Mauro su reposo;
aquesto todo y más en vos se encierra,
y todo cuanto a todos han loado
parece que sin vos está prestado.

¿Qué es lo que puede hallar mi ingenio rudo,
que sufra a declarar tanta grandeza?,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

que se anegue al cabo y quede mudo
de verse engolfado en tal alteza.
Pues decir mucho en poco, yo lo dudo.
Basta que ennoblezca a mi rudeza
para quedar con honra y muy pagado
o de mi atrevimiento castigado.

Señor de trato afable, altivo y llano
que a todos aficiona a su servicio,
amigable semblante y soberano
que hace de las almas sacrificio
en verde edad entendimiento cano,
reparo a la virtud opuesto al vicio,
grande esperanza en vos está incluida
que el cielo no la da de vuestra vida [AB3v]

Está con gran razón mi entendimiento
a vuestro gran valor aficionado,
pues no hay ni hallará encarecimiento
que explique lo que el cielo ha dilatado;
aspira y surte a más alto intento
y vuélvenlo, estos dones conquistado:
lealtad, discreción, gloria y cordura,
firme verdad, constancia, alta ventura.

En música, en destreza y en la ciencia
de afligir los caballos con tal arte
venció la habilidad a la experiencia
que lo que es todo en otro es en vos parte.
Sois Neptuno en el mar sin resistencia
y la tierra allanáis cual fiero Marte,
pues ganastes con paz reinos de suerte
que Marte no lo hizo sin la Muerte.

En vos, gran caballero, está cifrado
lo que con mano larga envía el cielo.
En vos se halla todo aventajado
cuanto desea verse en este suelo.
Vos sois hombre de hombres estimado
como divina cosa en mortal velo,
en todo os señaló naturaleza:
en ingenio en linaje y en grandeza.

Discreto entendimiento, más que humano
ánimo de virtud enriquecida
con gallardía y brío soberano,
de linaje de reyes producido,
lo que labró a porfía eterna mano
no hay con qué pueda ser encarecido
si no es diciendo don Alonso Bueno

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

de valor y virtud el pecho lleno. [AB4r]

Vos, que domastes el furor terrible
del reino del Algarve lusitano,
vos con orgullo y ánimo invencible
le quitastes las armas de la mano,
vos con término grave y apacible
le pusistes el yugo castellano,
a vos vino el gobierno y la nobleza;
y todo lo allanastes con grandeza.

Excelente señor, mi atrevimiento
no debe ser del todo condenado,
que, por ser fruto del entendimiento,
debo quedar en algo disculpado.
Por eso, gran señor, dele contento
recibir la nueva arte que he inventado,
como fue recibida de los reyes
el agua del pastor oliendo a bueyes.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[AB4v]

SUMA DE LO QUE SE CONTIENE EN ESTOS CUATRO DIÁLOGOS DE LA DESTREZA.

El diálogo primero tracta de la invención de la arte y de sus proposiciones universales, do se absuelven todas las dudas que hay contra la destreza, y se verán sus efectos y difiniciones.

El diálogo segundo tracta de la falsa destreza en universal y en particular, donde se descubren todos los engaños del vulgo, con otras cosas de gusto a este propósito.

El diálogo tercero da con demonstraciones las tretas que en general se propusieron en el diálogo primero y señala las universales de la daga contra la espada, con el juicio de todas las armas.

El diálogo cuarto tracta de la defensa natural y cómo el diestro efectuará lo aprendido sin hacer agresión ni cometer alevosía ni muerte segura, y la obligación que tiene a volver por sí por sus amigos y enemigos según derecho natural, divino y positivo.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[fol. 9r. La foliación empieza aquí con el número 9. La signatura es B1r]

DIÁLOGO PRIMERO QUE TRATA DE LA VERDADERA DESTREZA Y DE LA FILOSOFÍA Y CONSIDERACIÓN DE SU PARTE EN UNIVERSAL.

En la mesma sazón que yo había desamparado de todo punto las armas vencedoras de la invidia y en paz me quería recoger a continuar mis estudios y dar de mano a las alabanzas del vulgo que me profanaban los pensamientos, el excelentísimo señor don Alonso Pérez de Guzmán, el bueno, duque de Medina Sidonia, tuvo por bien que dejase mi patria y viniese a su servicio, al cual yo fui, no tanto por librarme de la arrogancia odiosa de algunos que con mal ánimo invidiaban y adulteraban mis cosas, como por servirle, para que su mano recompensase el fruto de mi humilde ingenio.

La ocasión de este diálogo.

Sucedió, pues, que viendo su excelencia experimentar muchas veces las demostraciones de la destreza y considerando la razón que todos tenían de invidiarlas y de dar crédito antes a los ojos que a los oídos, principalmente que cualquiera se fingía incrédulo por ver la experiencia, me mandó y persuadió que la práctica de las armas no tratase, así por la bajeza en que la tenían puesta los vulgares como por parecerle cosa indigna de la profesión que yo hacía en otras cosas no menos calificadas. Tomando, pues, por escudo la obediencia de este mandamiento y hallándome cansado de la invidia e incredulidad del mentiroso vulgo, me pareció cosa acertada dejar la práctica de la destreza para siempre y recogime [fol. 9v] a tratar algo de la especulación de ella, por ser el pueblo donde a la sazón su excelencia vivía tan aparejado para deleitar al entendimiento, que parece, según la dignidad y disposición de su cielo aire y sitio por todas partes, considerando que la mesma naturaleza adivinó que este príncipe se había de señalar en virtudes entre los de nuestra edad y levantó de lo mejor de la tierra a este lugar en que habitase.

La excelencia del sitio de Sanlúcar.

Y porque pueda el ánimo deleitarse mejor y la vista gozar de la fertilidad de España y de las riquezas del Poniente en el entrar y salir de las armadas, permitió que en calidad y nobleza excediese a todos los lugares comarcanos. Y aunque tuvo pequeño el principio de su población, está ya en tan grande alteza por el concurso de las naciones y nobleza de los edificios y presencia de su dueño, que se puede decir con verdad que nunca los señores antiguos gozaron de lo que el nuestro posee.

Pintura de la pesquería.

Y para mayor ornamento le dio al mar por vecino con una barra que sirve de garganta a ambos mundos, mandándole expresamente que cuando venga más espantoso a los hombres con sus alteradas ondas en medio de la mayor braveza entonces se le sujete y humille estandarte de su soberbia y de sus proprios hijos le pague cada un año perpetuas primicias en reconocimiento de su gran valor y en memoria de la majestad de su principio.

Estando pues ya de asiento en su servicio y tratada amistad con caballeros de su casa, especialmente con algunos que por sus raros ingenios y nobleza merecen servir a este señor, que también sabe conocer el merecimiento de cada uno y estimarlo, ofreciose que un día, para quitar a la melancolía el lugar que con la triste memoria de cosas pasadas de todo punto se [fol. 10r] usurpaba, casi a la hora que el alba se descubría en la playa del espacioso mar donde el grande y navegable rio Guadalquivir, coronado con

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

sus olivas, llega hermosísimo con el ordinario curso de sus ondas a hacer la salva a este lugar y a pagarle al océano su tributo; y como la tierra estuviese llena de maravillosas flores y la yerba iba por ella entretejiéndose y enlazándose de una en otra de suerte que parecía una fresquísima red cubierta de rocío, y se moviese una blanda y suave marea, hiriendo las hojas de algunos árboles con manso ruido, y con el fresco y serenidad del tiempo las ondas del mar, refrenada su furia, tardamente se levantasen a todos daba gran contento; y mayor cuando levantaban los ojos a la hermosura de aquellos altos pinos que defienden con su espesura la entrada a los rigurosos rayos del sol y, cansados de esto, daban en los prados y huertas que hacen con su frescura a este lugar de muy gentil y apacible entretenimiento, descubriéndose casi al fin de la vista, por la parte contraria, las altas sierras de perpetua cumbre con las faldas y laderas llenas de árboles, sonando en todos los lugares cercanos los cantos de las aves con maravillosa suavidad y harmonía.

Ocupados los sentidos de todos con la vista de esta maravillosa pintura, matizado con el estudio y pincel de la naturaleza, solían a esta consideración juntarse en el lugar señalado algunos hombres doctos, que la grandeza de sus ingenios era entre todos esclarecidos, los cuales ahora del conocimiento de las ciencias y propiedades de yerbas, ahora de las particulares grandezas de esta casa sabia y gravemente trataban.

La presentación de los interlocutores.

Y entre ellos los más continuos eran Eudemio, que, siendo noble y bien instruido en [fol. 10v] las letras humanas, con razones graves y palabras elegantes, con un agradable trato, era a todos sus amigos muy apacible; Polemarco y Filandro, el primero de los cuales con una suave y blanda condición y presteza de ingenio era doctísimo en el derecho canónico y civil, mas Filandro, habiéndose dado con gran cuidado al estudio de la filosofía y medicina, y cobrando del continuo uso una profunda melancolía, era más difícil y más desabrido en el trato, aunque la fuerza de su ingenio allanaba, cuando quería, su condición, de suerte que no parecía más áspero de lo que pretendía y deseaba. También están allí Charilao y Meliso, diversos en estudios, porque el uno, conviene a saber Charilao, habiéndose ejercitado en la destreza, con el uso que de ella tenía había alcanzado entre los suyos algún nombre. El otro, que era Meliso, maestro de todas las disciplinas, doctísimo en las matemáticas, hecho ilustre con la gran erudición y varias letras, y con la bondad natural suya, acompañada con un raro ingenio, a todos era muy acepto.

Hallándose pues una vez estos, excepto Filandro, juntos en el lugar referido, siendo ya medio día cuando el sol con la fuerza del estío enciende rigurosamente la tierra, viendo Eudemio a Charilao suspenso y casi arrebatado en una consideración, aborreciendo aquel silencio así dijo:

Efectos de la imaginación.

–Bien dicen, Charilao, que la imaginación es muy fuerte, y que con gran violencia ocupa todas las potencias del hombre, usurpando el señorío y quitándole de todo punto el uso y ministerio de ellas. Pues habiendo tratado nosotros largamente de la grandeza y majestad de esta casa y de las victorias que gloriosamente alcanzaron los señores de ella, solo vos entre todos, como el mon- [fol. 11r] -te Olimpo que no siente las nubes, habéis estado suspenso, callando y sin oírnos.

A lo cual, Charilao, como si recordara de algún sueño, así respondió:

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–No os maravilléis que no os haya escuchado porque me ocupó toda una memoria no muy alegre de cosas pasadas, la cual me llevó tras sí con tanta fuerza que me hizo olvidar de todo lo presente.

A esto dijo entonces Polemarco de esa manera:

–Muy diferente es vuestra imaginación de lo que pensaba Eudemio, porque viéndoos tan arrebatado y puesto en consideración, tengo para mí que entendió que se ocupaba más en armas y destreza que en otra cosa alguna.

Y como Eudemio concediese lo que Polemarco decía, Charilao, casi ofendido de ello, replicó:

Oféndese Charilao tratándoles de destreza.

–Mal usáis de lo que se debe a buena amistad, pues que queréis que emplee el pensamiento en lo que yo menos trato y más aborrezco, sabiendo que entre los hombres de honra no se usa ya pensar tan bajo.

No le dio esta respuesta buen gusto a Eudemio, que muy aficionado era a la destreza y sabía algo de ella y, no pudiendo sufrir esta injuria, tomando a todos la mano, porque cada uno quería responderle, así dijo:

La destreza es generosa.

–Si no os pesase, Charilao, defendería yo la parte de la destreza, pues es tan generosa y llena de virtud, aunque sé que tengo de rendirme más vuestra amistad que a la razón, que para ello podéis tener y holgara poder pensar o saber pensar en ella, que yo fuera el primero que rompiera y quebrantara tan mal uso y opinión. No quiero yo ponerme con vos en diferencia de opinión.

Respondió Charilao:

Efectos de la falsa destreza.

Declamación del mal estado de las armas.

Retrato de hombres viles.

–Pues no la hay en la amistad, mas quien es tan discreto como vos no es bien que emplee el pensamiento en parte donde pueda hablar y tratar con la mesma libertad la ignorancia del vulgo, mayormen- [fol. 11v] -te en cosa tan poco aprovecha para la conservación de la honra y tanto confunde al entendimiento, atemorizando al ingenio y haciéndose propria la fama que no mereció, enseña a mentir y obliga al hombre a más de lo que puede, poniéndose por ella a grandes peligros, ofendiendo a los que no tienen culpa, invidiando y menoscabando en ausencia la honra de los virtuosos, fingiéndose competidores de quien nunca se acuerda de ellos solamente por agradar al vulgo su igual, y queda de esta suerte en mala opinión con los hombres de honra. Y no entendáis que pongo yo en mal punto a las armas. Antes ellas me han puesto en él. Y de esto hago querella de los que con sus maldades e invenciones las han traído al estado que agora tienen.

A esta sazón Polemarco dijo:

Por la vileza del artífice se des-acredita la arte.

La humildad y bajeza de los que llaman esgremidores.

–¿Qué daño le viene a la destreza de que hombres de bajos quitales y de humildes entendimientos usen conforme a su ingenio y no al merecimiento de ella? Pues sabéis ya que por la ignorancia del artífice no es digna de culpa y es cosa manifiesta, según el divino Platón afirma, que en todas las ciencias hay muchos hombres bajos y de ningún momento, y pocos buenos y dignos de estimación; especialmente en la arte de que tratamos, que los profesores de ella son las heces de toda la república, y así se sabe bien que ser diestro no es serlo en el nombre.

–Bien veo –respondió Charilao– que, pues todos os mostráis contra mi opinión, será muy difícil salir con ella adelante. Mas porque entendéis la fuerza que mis razones tienen, digo que, si el daño no procede a la destreza por lo que ella es en sí, viénele accidentalmente como a la poesía que, por haber tantos y tan malos poetas, está en grande menosprecio.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[fol. 12r] Y aunque esto es lo de menos, no es tampoco que pueda levantarse a su primera gloria en muchos años si no la sacan los buenos entendimientos, limpiando la torpeza que tiene, como hizo Hércules al corral del rey Augias.

En qué está el engaño de la destreza.

Y si queréis que de todo punto se descubra el engaño de la destreza, mira cuan poco se funda en razón sin la cual no puede haber cosa razonal y que la mayor fuerza de ella es la ignorancia del contrario, pues todo su fundamento está en ventura.

La destreza común falta en las veras.

–Finalmente, los que más la tratan y demás valientes se precian son los que menos saben y, lo que más, cobardes son, porque habiendo gastado en ella la mayor parte de su vida, no saben dar razón de lo que aprendieron, ni la tuvo el que los enseñó, conociéndose entonces una cosa perfectamente cuando se sabe la causa de ella; aunque la naturaleza nos enseña muchas cosas sin arte, que va descubriendo la experiencia con el discurso del tiempo. Y por eso no es saber seguirse por la opinión ajena y dar fe a la behetría del vulgo sin probar el ingenio a considerar las razones de los efectos.

Qué cosa es saber.

–Y si esto es así, y no hay hombre tan ignorante que no lo vea claro y conozca las faltas, cómo llamáis vos buena a la destreza, cubriéndola con el nombre de virtud que jamás tuvo ni mereció, pues no hay quien haya sabido algo de ella. Porque si fuera cosa que se pudiera saber con trabajo, quien duda que, habiendo tan buenos ingenios en el mundo y los más inclinados a las armas, no se tuviera conocimiento alguno de ella. Que solamente hay una experiencia muy confusa y dudosa en los autores, y tan desnuda de ciencia, consideración y juicio que en los que la tratan y agora la loan se conoce cuan [fol. 12v] incierta es. Porque las cosas de la destreza se mudan con la diferencia de los cuerpos y variedad de las complexiones. Y si lo negáredes, mira cuando riñen y veréis cómo se les olvida la destreza a los que más la profesan, que, si la supieran y fuera verdad, no se les pudiera olvidar. Y aun no solamente hallaréis esto en los diestros, mas ellos concederán cada uno por sí que ninguno lo es después de ellos y entre tantos hay sólo un diestro, y todos no lo son diciendo mal de sí mesmos y de quien no lo merece.

Lo que propriamente es destreza vulgar.

A esto respondió Meliso:

La condición del vulgo.

–No es culpado en eso la destreza sino los diestros, porque la honra que les da el vulgo que los estima, conforme a la medida que ellos piensan, acreciéntase en ellos, condenando a los del mesmo ejercicio, porque les parece que conviene a su presunción vituperar a otros para que ellos no pierdan la opinión, o porque la bondad y saber de los otros no les agradará por ventura. Y si ellos han dicho alguna vez mal de vos, no os pese. Que, aunque se levanten por algún espacio de tiempo grandes invidias y calumnias contra la virtud, la experiencia de largos tiempos nos enseña que estas maldades no pueden ser durables; antes con sus mesmos autores perecen cuando ellos menos piensan y más confiados están. Mas considerad vos de vuestra parte y la suya ¿qué concordia se puede esperar en tan diferentes inclinaciones? ¿Cómo podrá el invidioso, el ignorante, el hombre indigno de la vida por sus vicios amar al que es de contrario estudio y opinión que la suya? ¿Y el virtuoso cómo podrá tener amistad y trato habiendo de ser, como dice Platón, entre iguales y semejantes con los que son de tan contrarias aplicaciones y gustos?

El maestro ignorante dice mal de otro.

Las costumbres dividen las amistades.

Y queriendo proseguir Meliso con sus razones para [fol. 13r] deshacer la opinión de Charilao por la parte de la destreza, Eudemio las interrumpió así:

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–¿Es verdad que los diestros tratan la ciencia de esa manera?

Charilao, riéndose, dijo:

–Pues no queréis acabar lo comenzado por no quedar confundido, fácilmente satisfará a vuestra pregunta y con tanta verdad que os pese de ser su defensor. Y pienso deciros más de lo que pedís porque desplegaré delante de vuestros ojos no solamente su trato, pero todas sus condiciones, aunque no quisiera que, teniendo esto entre manos, dejáramos de proseguir con la destreza. Mas si yo puedo hallar ocasión tornaremos a ella. Y sabed, pues, que estos vuestros diestros tienen toda su felicidad y gloria cada uno por su parte no en verdadero loor de virtud y arte cierta, sino en una sombra de honra que les ofrece el obscuro cuerpo del vulgo. Y esta está en vituperar al que sabe como al que no sabe y loarse a sí solos. Y para sustentar estos humos y engrosarlos porque el viento no los deshaga fácilmente usan de peores términos, acrecentando a un error otros seiscientos con el mayor desatino y bestialidad de la tierra, que, en figurándose a uno que no hay otro más diestro que él y casándose con esta falsa figura, si oye decir que otro lo es. Arrebatado de aquella frenesía inconsiderada, se parte de su tierra, aunque esté más distante que él un polo del otro, para matarse con el otro diestro sin más fundamento de razón. Y gasta en esto, que tan poco va su cólera, guardándola por ventura, como acontece cuando más la ha menester para la honra, porque le parece estado violento que ose haber en el mundo ninguno como él, y que es gran humildad sufrirlo o que es gran afrenta pasar livianamente [fol. 13v] por ello.

La felicidad del vulgo.

Costumbre recibida entre los ignorantes.

Piensa el ignorante que es afrenta suya que hay otro más sabio que él.

–En esto tratan vuestros bravos y valientes, vuestros rencillosos ásperos y mal mirados cuando no conviene, estos que, por ser infames, no cesan de vomitar infamias procurando, si pudiesen, con el venenoso cuchillo de sus lenguas mellar la estimación de aquellos que con justo título poseen buen nombre en la virtud. Estos, finalmente, que vos llamáis diestros y el vulgo, ignorante de sus industrias como más amigo de opinión aparente que de razón esencial, los llama valientes. Pero yo, desengañado con Homero, los llamo carga inútil de la tierra.

Retrato al natural de los cobardes.

–Por cierto que viene eso a pelo –dijo Eudemio– para el deseo que tengo de aprender bien las armas y para la presunción que con él se me había criado. Mas decid, por vuestra vida, si es verdad que los diestros no saben nada y son tan desatinados y sin concierto. ¿Cómo sabemos que ve la gente en esos hombres que tan engañados los trae? o ¿es que se dejan ellos engañar para burlar después en secreto de los que así los estiman? Yo querría entender llanamente y sin duda quien son los engañados, ¿estos en loarse, siendo tan cobardes y mintiendo en cuanto hablan, o la gente en creerlos y loarlos?

Y como Charilao dijese que la gente que los loaba perdía, Eudemio replico:

–Pues ¿qué daño les viene a los que loan de que el loado no tenga aquellas partes que en su nombre publican? Antes soy de parecer que los hombres que así consienten alabarse caen en gran peligro porque con la estimación falsa, que el hombre de honra no ha de admitir, se obligan a cosas que su ánimo no las alcanza ni su fuerza las comprehende. Y así por esta causa emprenden hazañas en que pierden la vida y a menos tardar la honra, si algún tiempo la tuvieron los cobardes. [fol. 14r] Porque, pretendiendo ser como el asno de Cumas, que se puso la piel del León para espantar con ella, hay quien

La estimación falsa no se debe consentir.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

los conozca y no los tema. Antes les quitan la piel para descubrir su cobardía y desvergüenza, porque, como sabéis, la honra vana no grana aunque algún tiempo florece.

–Verdad es –respondió Charilao–, pero ¿no veis vos que es mayor mal dañar a muchos que a sí solo? Porque el hombre particular que injustamente es loado, no haciendo lo que es, está obligado; por haber sufrido que lo engañen, pierde solo y los demás juntos y cada uno por sí, viendo cuán mala cuenta dio aquel en cuyo loor gastaron el tiempo y en quien tenían la esperanza, prometiéndose grandes cosas de su valor. Y suele quedar por estas cosas un miedo tan grande en el ánimo de los hombres que no sólo entiende ser falso lo que de ellos han aprendido, si son diestros, mas el ánimo está amedrentado para no usar de él acordándose de tan mal hombre que así quiso engañarlos y afrentarlos. Porque es cosa averiguada y cierta que entonces está sospechosa la destreza cuando ha sido el maestro cobarde.

Cada uno debe, primero que loe, satisfacerse del merecimiento de aquel que loare.

El discípulo pierde el crédito del maestro si ve que yerra en lo que le enseña.

–Y si dijéredes que con vendérseles primero por diestros y valientes los engañan pero que no podéis entender cómo quedan afrentados, sabed que, como dice Aristóteles, los hombres hacen injuria a otro en aquellas cosas que el ofendido se avergüenza de decir y acordarse, como si uno, movido de mala voluntad que tuviese a otro, quisiese dar la honra que aquel se le debía a otro, sin que la mereciese y los demás por el dicho de este lo loasen, no acordándose de quién es aquella estimación, ni sabiendo que el fundamento de ella es falso, y viniese el día, como ha venido ya, en que se le qui-

Definición del afrenta.

Oficio de la invidia.

[fol. 14v]

-tase a la cobardía la máscara que de valentía trae. Pareceos que los afrenta poco haciéndolos mentirosos viendo gastado el tiempo en darles loor indigno quitando a quien lo merecía con verdadero título.

Satisfizose Eudemio con esta respuesta y, contradiciéndole, pidió que le declarase quién había hecho en el mundo tantos diestros y valientes siendo la destreza tan excelente y la valentía tan rara en los hombres.

–¿Quién? –dijo Charilao– La invidia, el odio, el miedo, la ignorancia y vicio, porque, no pudiendo el cobarde y el ignorante hacer una cosa grande, vienen a tenerla en poco y a decir mal de ella; lo que el discreto hace al revés. Que todo lo que le parece difícil y que no lo hará, alaba y estima en mucho, como sabéis que hizo Platón con los versos de Antimacho, que, pareciéndole bien lo que entendió de ellos, dijo que lo que no entendía debía ser mejor. Mas el ignorante invidioso, como no lo puede hacer por ser tan cobarde, ni su juicio alcanza si es bueno o malo por ser tan torpe, dice que lo harán muchos fácilmente, porque no consiga por aquella vía la honra quien la merece. Si le tiene mala voluntad ya que así no pueda atribuirla, dala a otro tal como él para que se pierde la admiración, sabiendo todos que es común a muchos y fácil, y como por el mesmo caso que una cosa sea verdad ha de tener al reverso la mentira que la contradiga, y como traen ambas un vestido, halla muchos que le dan crédito por ser mayor el número de los ignorantes.

La destreza está en voluntad del que quiere decir que la sabe.

Cada uno es amigo de su semejante.

–Y no es de espantar, porque es una costumbre perpetua y muy recibida ya de la ignorancia, que mide el conocimiento y valor de las cosas con los estrechos límites de su poco juicio y ahinco, no considerando ni pesándolas como ellas son de su natura- [fol. 15r] -leza ni el artificio que llevan, sino fingiendo sin fundamento alguno de razón la imaginación primera

Costumbre ya averiguada en el vulgo.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

que se las estampa. Y piensan que es lo que a ellos se les figura la destreza que profesan con solo el nombre, no creyendo estos las cosas que otros hacen, porque ellos no las han visto, ni las harán usando de avaricia con el crédito de la verdad siendo pródigos de él con la falsedad y mentira.

El ignorante invidioso nunca cree lo que no vio.

–Que sea eso así –respondió Eudemio–, algunos habrá que sean hombres de crédito que harán lo que dicen y mucho más, porque ya sabéis que los hombres de honra temen decir lo que con dificultad han de hacer. Y, a mi parecer, no deben de ser los hombres tan inconsiderados que no den a algunos honra con razón, pues en cualquier arte hay muchos grados sin el mayor y más supremo, y todos merecen ser loados cada uno en su tanto, principalmente vendiéndose y alquilándose por diestros y entendiendo las armas también como ellos publican.

Efectos de la malicia.

–Entonces –dijo Charilao– ¿A qué llamáis vos entender las armas y ser diestros?

Lo más que llegaron a saber los diestros.

–Diestro llamo –respondió Eudemio– al que sabe hacer tretas y entender las armas a lo que dicen, saber aplicar un tajo con un revés, una estocada con un mandoble, un aviso con un engaño en todas las especies de las armas.

Sonriose Charilao un poco de aquella respuesta y dijo:

–Sabed que "diestro" es nombre general para todos aquellos que en una cosa están bien ejercitados, así de obra como de palabra. Entender las armas otra cosa es que ser diestro porque diestro es el que está ejercitado en la práctica de las armas, en alguna cosa de ella particular. Entenderlas es saber la teórica de aquella práctica y cómo ha de ser siempre verdadera la ejecución de las heridas en el contrario.

Qué significa este nombre «destreza».

–¿En qué se ve –replicó [fol. 15v] Eudemio– que los que decís saben la práctica y no la teórica? Y ¿qué práctica es esta que saben?

–Sabed –dijo Charilao– que estos llaman "tajo" a una herida porque lo oyeron decir y a otra "revés" porque está en el uso, y otro "mandoble" y "estocada" a otra, porque si ésta es la teórica de los diestros vulgares, si os agrada, la práctica es que el tajo y revés y estocada y mandoble lo hacen y ejecutan si el contrario está como ellos quieren, y si les acude a los reparos, dándoles lugar para que puedan hacer las heridas y desvíos. Y si no se lo dan, quédanse sin haber hecho cosa alguna. Y así aciertan a hacer lo que aprendieron con unos y con otros no, porque los unos acuden a su intento y los otros se lo entienden, porque van a ventura y fundan toda su destreza en la ocasión que da el contrario. Y de aquí viene que no se aprovechan de la destreza que saben para reñir, si se puede llamar destreza de la que el hombre no se aprovecha ni puede, y engañándose muchas veces en ella es argumento de no ser ciencia y de saberse poco de la verdad, porque no es otra cosa ciencia sino en ejercicio científico del que sabe.

La ciencia común se funda en el dicho vulgo.

La destreza del vulgar es cosa acaso.

Contra la destreza vulgar.

Entonces, Meliso, que deseaba recoger de aquella contienda tan agradable al ingenio alguna cosa que le aprovechase, ocupando el lugar a Eudemio, que muy encendido estaba, dijo:

Qué cosa es ciencia.

–Dadnos a entender primero por qué no se aprovecharán de las tretas, sabiéndolas como decís de práctica. Y declaradnos luego algo de la consideración de ella.

Reparose Charilao un poco de tiempo, como si quisiera descansar, y luego dijo:

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Aunque es cosa difícil tratar aquí de aquestas dos partes de la destreza, por no contradecir a vuestro mandado procuraré con mi flaco ingenio de no defraudar vuestro deseo y de sustentar valerosa- [fol. 16r] -mente mi opinión porque vea Eudemio cuán lejos está de la verdad y vosotros entendáis alguna parte de la destreza, no como en los diestros parece, sino como ella es. Y seré diferente en esto de los buenos pintores que pintan las cosas como parecen. Y para esto primero daré a entender y probaré que la destreza no sea de provecho para reñir, que sea malo ser diestro para reñir, porque bien sé que un hombre ejercitado en armas está más hábil para vencer que uno que no sea diestro y no esté ejercitado, porque no trato en cuanto a ser diestro en compases, cuchilladas, reparos, desvíos y en el conocimiento de ellos, sino en cuanto a la ejecución de las heridas en el contrario. Que una cosa es saber destreza y tener nombre de ella, otra aplicar esta destreza en las veras a tiempo y lugar conveniente sin que intervenga ocasión.

La destreza vulgar es cosa impertinente

El ejercitado está hábil para vencer.

Lo que ha de saber y no para ser diestro.

–Paréceme –dijo Eudemio– que sabiendo bien las tretas, las harán aunque estén enojados los diestros.

–No dejaréis de conceder –respondió Charilao– que el ánimo del hombre tiene las pasiones y está más alterado y es otro cuando está enojado que cuando pacífico y quieto, y si lo es el ánimo, que es lo principal en el hombre por ser el fundamento de todo el ejercicio de las armas, también lo será la fuerza y osadía, y diferente el aliento, que es el que se ha de procurar conservar para que las demás partes e instrumentos del cuerpo usen sus oficios. Luego otras han de ser las heridas para reñir que para esgremir. Y por esta razón no las harán, ni vale la destreza cosa alguna para enojarse confiando en ella.

Contra la destreza.

Las tretas de burlas no sirven en las veras.

–Según esa razón, diferentes han de ser –dijo Eudemio–, mas hacerse han algunas siendo como es el mesmo tajo riñendo que esgrimiendo y la mesma estocada y revés, y una causa que [fol. 16v] los mueve y un hombre mesmo el que los gobierna.

–Verdad es –dijo Charilao– que el tajo ni las demás especies de heridas no difieren en el género entonces, pero pueden tener más o menos partes en su movimiento, y vendrán de aquí a comenzarse más presto o más tarde de lo que se requiere para la proporción. Mas decid agora, pues no hay arte que considere los particulares, porque son infinitos y no se pueden saber. Y los movimientos que consiguen la herida en la destreza son tajo, revés, estocada o acometimiento convertido en todas ellas. Y para cada uno de estos movimientos hay defensas formadas que la opinión común llama contrarios.

Contra la destreza vulgar.

de los particulares no hay ciencia.

–Concederéis luego que para cada uno en particular tienen sus heridas y que en cada una de ellas el cuerpo se mueve en diferente manera según los términos, y se diferencian en las posturas, no habiendo pues comenzado el contrario. No podéis vos saber qué especie de herida ha de formar contra vos, porque de lo que aun no es, no se puede tener licencia; que seguirse por las conjeturas del rostro engaña las más veces, y de esta manera no sabréis qué treta o qué especie de movimiento habéis de aplicar para la defensión y ofensión de la herida que el contrario hacen no habiendo comenzado, ni viendo vos contra qué aplicar. Y así en todo lo que hay de tiempo entre no saber vos en qué postura se ha de poner el contrario, ni con qué especie de herida os ha de ofender, y entre cuál ha de ser el movimiento que habéis de aplicar contra lo que el otro hiciere, viene siempre a perderse la coyuntura de las heridas. Porque el peligro no da lugar a que haya elección.

que engaña la apariencia del rostro.

contra la destreza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Y sucede que por esta causa es temido por tan diestro él que no lo es como él que toda su vida lo profesó, porque la intención re- [fol. 17r] pentina no sufre dilación, y allí por fuerza como no lleva ciencia, la ha de haber y causar tardanza y peligro, y el peligro, miedo, el cual quita la fuerza, refrena y sujeta el ánimo y confunde la memoria. Faltando, pues, estas partes, usaron bien vuestros diestros del ánimo y la destreza, porque la memoria es depósito de la destreza, y quien tiene la llave de ella es la reminiscencia, La fuerza es la guarda y el ánimo como señor predomina y lo manda todo; y que falte la destreza es muy claro, pues hemos visto muchas veces que en la necesidad para que fue inventada los más diestros se olvidan de ella, y ella en medio del peligro los desampara. Y aun en la esgrima todas veces con carecer de los inconvenientes que en los hechos verdaderos estorban sus efetos, habiendo de ser diestro como el buen piloto que en la tempestad y peligro muestra su valor y saber, porque la arte especialmente está de que tratamos se ha de mostrar en lo dificultoso como la virtud.

El peligro impide la elección.

Las cosas que hacen falsa la destreza.

El oficio del miedo.

Contra la destreza.

Eudemio respondió:

– dándonos la experiencia de cada día tan manifiestos ejemplos, bien vemos que falta la destreza, pero no por eso dejo de decir que es ciencia provechosísima al hombre para conservar la vida política y aumentar la honra, y para ser con ella estimado y querido de los buenos, temido y aborrecido de los malos.

En lo dificultoso se afina la arte.

–Si es ciencia –dijo Charilao–, ¿cómo falta? Y si falta, ¿cómo puede ser ciencia, ignorando los diestros si las cosas que hacen son buenas o malas para fiarse de ellas?

Defensa por parte de la destreza.

A esto respondió Eudemio:

–De que falte no tiene la culpa la destreza sino los diestros, los cuales estribando en la confianza que de sí tienen, arrebatados de sus pensamientos se presentan a peligros en que el ánimo y la destreza ni tienen lugar ni poder. Y lo que es tan conocida culpa de los [fol. 17v] diestros no es razón que se le atribuya a la ciencia, que es causa de tan nobles afectos en los hombres, mayormente en los que con verdad gozan de este nombre.

Contra la destreza.

–Bien dices –dijo Charilao–, mas pues vos concedéis que falta la destreza, como todos saben, y la conciencia de cada diestro es mil testigos, quiero probar lo contrario de vuestra opinión. La ciencia es verdad porque procede de cosas verdaderas, la verdad no falta. Luego la ciencia no ha de faltar. La destreza falta: infiérese bien que la destreza ni es ciencia ni verdad, porque si fuera, algo de esto no faltara, y no siendo verdad claro está que ha de ser mentira. Y esto es en tanto extremo que si con atención miráis en ello los más de los diestros y valientes que confían en destreza cómo tratan y fundan sus pretensiones en cosa mentirosa, con grande dificultad dicen verdad alguna porque su estudio es tiranizar el crédito con falsedades.

Defensa fuerte por la parte de la destreza.

Contra la destreza.

Calló Eudemio a esta razón y aun parecía quedar más confundido que satisfecho, cuando Meliso replicó:

El oficio del vulgo

–No penséis, Charilao, deshacer tan fácilmente la opinión de Eudemio. Que primero no habéis de decir la definición de la destreza para confirmarla con ella.

Definición de la destreza vulgar.

–Muy bien es –dijo Charilao– que entréis pidiendo cosas que cuando las hayáis alcanzado, sea menester repartir entre ambos la vergüenza que os darán. Porque la destreza de las armas no es otra cosa sino una vanidad en que han dado los hombres ignorantes, cargada de hojas sin ninguna

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

esperanza de fruto, como de árbol loco, pero caído en tierra. Pues cualquiera que llega hace leña en él, como los ignorantes la han hecho de la pobre destreza hasta aquí.

–No pido yo la definición de la destreza vulgar –respondió Meliso–, sino la esencial de la destreza verdadera.

–Es la destreza –dijo Charilao– un conocimiento y hábito [fol. 18r] que enseña a dar herida y a defenderla del contrario.

Definición de la destreza verdadera.

–Paréceos –replicó Meliso– que no se podrá mostrar por ella que es ciencia, enseñando de destreza las calidades de los movimientos para conocer los efectos y entender sus principios y saber la parte por donde han de seguir su verdadero camino las heridas para hacerlas ciertas mediante la postura que el contrario pusiere.

Las cosas que enseña la destreza

–Por esa mesma razón –dijo Charilao– quiero yo probar que no es ciencia.

–Será eso –dijo Meliso– volar con las alas de Ícaro para caer en el piélago.

–Si lo fuere –dijo-Charilao– la razón que yo diere lo juzgara y no vuestra intención. Vos decís que la destreza enseña a dar herida mediante la postura en que el contrario se pusiere. Agora pues tened atención. Esa herida se ha de ejecutar por la postura que el contrario tiene, el cual se pone como yo quiero o como él quiere ponerse. Como yo quiero es imposible, si no es acaso, siendo el contrario señor de su voluntad y derivándose la postura de ella. Y así se deja entender que él se pone como quiere, por lo que no haré yo en lo que quiero. Porque si al punto que me determino a efectuar mi treta mediante la postura en que le veo, él como señor de ella se muda, cuando yo la tengo por más cierta y firme no me aprovecharé de lo que llevaba pensando contra él. Y convendrá ofrecer tretas nuevas al entendimiento, y quedándole al contrario largo espacio para ofenderme a su salvo con el mesmo medio proporcionado que yo tomé para mi herida hará de mí a su voluntad. Y si por faltarme su postura al tiempo que yo quería comenzar mi herida no la hice, síguese pues que está toda la destreza a voluntad del contrario y a elección de su postura.

Nota contra destreza.

La destreza vulgar está en la voluntad del contrario.

–De la voluntad ajena no se puede tener licencia, ni se puede llevar alguna cosa pesada para reñir o jugar por ser el contrario señor de sus proprias operaciones, y así en nin- [18v] guna manera se sabe cómo se ha de poner el adversario ni después de puesto. No hay alguno tan agudo que pueda entender ni adivinar dónde ha de ir de la postura que tuviere, pues de ella no hay conocimiento pendiendo de su elección, la cual, siendo ignorado, piérdense las demás tretas y la herida entonces, por no poder el diestro llevar con verdad ni certeza alguna proposición pensada, no sabiendo para qué fin ha de ser ni tenido licencia del punto en que le ha de servir.

Las cosas que impiden la obra de la destreza.

–Lleve el diestro –respondió Meliso– las demás tretas ofrecidas al entendimiento y la memoria pronta para aplicar una luego conforme a la ocasión que el contrario diere.

–Siendo así –dijo Charilao– habrá entre el entendimiento y la razón gran duda sobre cuál será para entonces mejor treta, y así se elegirá inconsideradamente cada una, y perderá su poder al efecto de ella la voluntad. Y de no llevar entre tantas alguna determinada que en aquella coyuntura

Contra la destreza vulgar.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

pueda servir, ha de causar el peligro de entonces miedo, los cuales le cierran a la destreza la puerta que no pueda obrar. Finalmente, que con el miedo se altera el juicio y se pierde la memoria y se confunden las tretas, porque es maestro infiel en todas las cosas, y como la destreza tenga su asiento en la memoria, de todo punto pierde su operación. Y ésta es una de las principales causas por qué los diestros no se aprovechan de lo que han aprendido cuando tienen de ello necesidad, usando entonces de los fundamentos comunes que la naturaleza enseñó a todos, que es lo que hacen los diestros cuando están enojados, porque las cosas de que no tenemos ciencia antes que lleguemos a ellas las tenemos, y ellas antes que lleguen a nosotros nos espantan.

Efectos del miedo.

Las causas porque la destreza vulgar no sirve en las veras.

–Paréceme –replicó Meliso– que la elección enton- [19r] ces ha de ser en un punto y no señale el diestro alguna treta hasta que estén ambos en postura y de allí conforme a lo que aconteciere aplique con presteza.

–No queréis persuadirnos –dijo Charilao– que no es ciencia la destreza y que de ella no se puede tener certeza. Vos decís que, conforme a lo que aconteciere, se ha de aplicar, estando en lo más estrecho de la postura, si tenéis pensada una treta para hacer contra un tajo y vuestro contrario tira una estocada, o cuando pensáis que ha de hacer movimiento se está quedo engañando vuestra intención. ¿Paréceos que quedaréis bueno con vuestra treta habiendo sido en el peligro de ningún efecto? Y bien sabéis que de cosas contingibles y que provienen acaso no puede haber ciencia. Que el buen suceso, si alguna vez lo tienen, es por ventura, como acaece siempre a los diestros, con los que también lo son y con los que no lo son; de do nació el proverbio común: el filo de la espada pasa por doquiera cuando han de reñir los que no son diestros con los que tienen nombre en destreza, para consolarse y animarse, entendiendo que a donde está incierta la verdad iguales entraron todos; pues las obras del arte ya sabéis que son como los efectos de la naturaleza que no tienen necesidad de ventura.

Defensa por parte de la destreza.

Contra la destreza vulgar.

De las cosas acontecederas no puede haber ciencia.

Declaración del refrán.

–Porque si no fuera mentira y engaño y fuera ciencia y verdad, como decís, no viéramos que nos enseña el maestro una treta, y la hacemos ambos con uno y acontece acertarla o errarla, haciéndola falsa el maestro, o al trocado. Y esto no puede ir sino en la falta del verdadero conocimiento de la causa, porque se hace cada treta no entendiendo su compostura ni sabiendo por dónde y adónde se ha de aplicar, la cual, si fuera verdad, igualmente lo fuera en ambos. Agora querría saber llanamente si llamaríades a este yerro de parte de la destreza o de parte del diestro.

Nota contra la destreza.

Entonces dijo [fol. 19v] Meliso:

–Es el yerro de parte del diestro que, por no aplicar las tretas a la parte que cada una pide o por no comenzar por el punto cierto que se requiere, viene las más veces a errarlas.

El yerro de los diestros.

–De ser el contrario de eso –respondió Charilaro– tenemos entera experiencia. Y es que hallaríamos infalibles las tretas faltando jamás su verdad, porque vemos cada momento que comienza el hombre una treta por la parte que el mesmo diestro le enseñó y por aquella mesma le falta; acertándola acaso otras veces.

Contra la destreza.

–Eso es –respondió Meliso– de no haberle enseñado el diestro la verdad, porque lo que no es ni ha de ser a ninguno le acontece. Y si alguna vez acaso la acierta, verdad hay en ella, sino que los diestros no la han visto ni

Defensa por la destreza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

conocido. Pues sabéis que todo lo que se hace o es por arte o por naturaleza o por acontecimiento, el cual no puede haber en la verdad.

–¿Cómo sabéis vos –dijo Charilao– que esa verdad está en la destreza y no en el diestro?

Las cosas de que se compone la herida.

Respondió entonces Meliso:

–Selo porque la herida se hace y forma de movimientos, sin los cuales ninguna se puede dar al contrario, y de saber que el primer movimiento y más principal de todos es el movimiento de lugar; y de donde venga que el diestro la yerra sin saber la causa es de comenzar con la flaqueza de su espada en la fuerza de la del contrario, o trocando este principio; y de no saber cuál es el propincuo o remoto en el perfil; de no saber la distancia que hay de una parte de la espada a otra del cuerpo contrario; de ignorar la naturaleza de los movimientos, que son toda la fuerza en la destreza. Y por estas cosas que no alcanza a entender el diestro la yerra, siendo toda una treta; finalmente, por no advertir en lo que se requiere para hacerla cierta. Y de esto no tiene culpa a la destreza, quedándose ella con la pureza de su verdad por falta del artífice.

La causa por qué yerran los diestros.

En qué está toda la fuerza de la destreza.

Riéndose [fol. 20r] un poco Charilao de aquella respuesta, le dijo:

–Bien está lo que decís. Pero vemos cada día que una mesma treta en dos hombres iguales de longitud sin mudarla de su término, ni al principio aumentarle ni diminuirle partes al movimiento, no la hacen y les falta o la acierta el uno y el otro no sin saber la causa. Luego no está el yerro en el que hace, que todo es uno, sino en ser falso lo que se hace. Y si no fuera esto así no acertara un hombre hoy sus tretas y mañana no, sin saber nadie de ellos dar alguna razón del acertar o del errarlas, aunque sé que se hace muchas veces acaso lo que con arte no se puede hacer.

Contra la destreza.

–Todo eso hace por mí, porque es yerro manifiesto lo que decís del diestro –dijo Meliso–, que yerra por no especular con atención que de la experiencia de lo particular viene el universal conocimiento de las cosas, y que en acertándola una vez había de hacer del diestro sabiamente de aquella experiencia que halló la verdad, ciencia, que la guardara y fuéralo para todos sin opinión, y en acertarlas hoy y otro día no debe de ir en la disposición mejor o peor que tiene el hombre un día más que otro. Y como no pierde la medicina su autoridad porque todos los enfermos no sanan, ni la retórica porque siempre no persuade el orador, también la destreza no pierde porque el diestro yerre una vez, acertando tantas.

Como se inventaron las ciencias.

–Bueno es –respondió Charilao– decir que es sola una vez la que yerran los diestros, pues sabemos que jamás fueron señores de lo que aprendieron en paz ni en guerra. Pero decidme ¿para la esencia y efectos de la verdad ha menester el hombre disposición? Si es verdad que una cosa es blanca en mi mano también lo será en la vuestra, porque no puede haber ninguna disposición que [fol. 20v] lo contradiga ni le estorbe su efeto de la manera que dos veces dos son cuatro. Que, si no aumentáis unidades, nunca podrán ser siete.

Definición de la Medicina.

–Y en lo que decís de la medicina, sabed que es un arte que inventaron la razón y la experiencia para conservar la sanidad y sanar la enfermedad. Y como el médico tenga atención a la región y al tiempo del año y la edad y la costumbre y la enfermedad con quien convengan los medicamentos y conozca la virtud y el estado del cielo que es la templanza y calidad del aire que participamos y sepa que cuándo el tiempo del año y la región corresponden a esta templanza o calidad el estado del cielo los comprende, y después de esto

Las cosas que ha de considerar el médico para acertar.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

tenga consideración a la naturaleza del signo en que está el sol en las enfermedades largas o la luna en las enfermedades agudas, y advierta los aspectos de los planetas entre si teniendo atención a los días prósperos o adversos del nacimiento del enfermo y del principio de la enfermedad y mire el color y mediante con causas conozca en los excrementos la calidad del humor que predomina, si conforme a las cosas dichas aplica lo que más conviene a la certeza del arte del suceso adverso, no tiene culpa el médico habiendo hecho de su parte todas las diligencias y aplicado las medicinas conforme a la ocasión.

Lo mucho que conviene conocer la ocasión.

–Que, según dice Hipócrates, es tan presta que todos los físicos estiman en mucho saber hacer la elección de estas disposiciones en la mejor ocasión porque, como su oficio es pasar presto, requiere grande atención y vigilancia para prenderla y cogerla de cara, porque después que la vuelve no hay de donde asirla ni tampoco ella se deja tratar y él mesmo encarece en otra parte que el principio es el tiempo en quien está la ocasión, y en la ocasión hay poco tiempo, y es tal la empresa de ambos que lo que hace no [fol. 21r] puede ser puntual, y causan que la cura sea unas veces en tiempo y otras acontezca en ocasión de manera que en el tiempo está la ocasión, la cual no tarda mucho espacio porque ella nunca lo tiene, por cuya causa andan los más variando cuando la ignoran y hacen que las enfermedades tengan varios sucesos.

La Ocasión perdida tiene difícil remedio.

–Y por esto reducen todo lo dicho a la ocasión, la cual después de perdida una vez tiene difícil reparo en todas las cosas, mayormente en la destreza. Pues si donde hay tanta ciencia comprobada con la experiencia de tantos años, los autores graves ponen tanta dificultad cuando no se tiene entera certidumbre de algunas cosas de las que convienen a la física en la destreza que no tiene certeza alguna, antes se ignora la verdad de todas sus partes, ¿qué tal será su dificultad?

Nota contra la destreza.

–Y si el orador no persuade siempre, es muy diferente de lo que tratamos, porque a él bástale decir bien y ornadamente, pues que dice Demóstenes que la fortaleza de su elocuencia pende de la voluntad de los oyentes. Mas lo que yo digo en la destreza es que porque siendo verdad, si lo es una treta en el maestro, no lo será en el discípulo.

Entonces Polemarco, que muy atento había estado sin hablar dijo:

La ciencia está en las cosas

–Si la ciencia está en las cosas y si en ellas se halla la verdad quien estuviere más experimentado y supiere más cosas, sin duda alguna sabrá y conocerá más verdades. La verdad de la destreza está en sus movimientos y en sus posturas de cuerpo, brazo y espada, flacas o fuertes, y en las propiedades de las heridas, y en aplicar sus especies. Y así, si los diestros no lo han hallado en engaño, es de parte de ellos y no de la destreza, la cual, por lo que decís de la disposición, se adquiere por actos hasta hacer hábito en ella mediante la causa que llamáis verdad, acerca de la [fol. 21v] cual el entendimiento no se puede engañar, por ser la verdad; una igualdad de la cosa que se ha de entender al mesmo entendimiento. Y para que esto sea así conviene que la razón de la verdad se derive del entendimiento a lo que se ha de entender y, entendida la esencia de la proposición y enterado bien el entendimiento que por si es siempre verdadero, haga todas las proposiciones verdaderas.

Cómo se halla la verdad.

A lo cual dijo Polemarco:

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Si el entendimiento no se puede engañar y es siempre verdadero, ¿en qué están los engaños y falsedades de la destreza y de las demás cosas?

En qué están los engaños de todas las cosas.

–Están los engaños –dijo Meliso– en los recaudos falsos de las cosas que dan los sentidos al entendimiento y viene a engañarse, como cuando amáis una cosa en especie de buena que es realmente mala. Porque nuestro conocimiento precede al amor y ninguna cosa se podría amar si primero en specie de buena no se conoce, ni tampoco cae ninguna cosa en el conocimiento del hombre que primero no se halle en su proprio ser. Porque el entendimiento humano es un espejo o imagen de las cosas reales, de suerte que ninguna cosa hay que se pueda amar que primero no tenga realmente ser y parecer de buena.

El conocimiento precede al deseo y al amor.

El entendimiento humano es un espejo de las cosas reales.

–Y no es cosa justa que nos queráis persuadir por tantas vías que tenéis tan sabida la verdad de la destreza, que no puede haber engaño en ella. Y porque no entendéis que mi intento es más sustentar opinión que decir verdad, sabed que después de entendida la cosa de una manera, sea con el entendimiento divino, del cual pende su ser, y de otra con el entendimiento humano, de donde el ser que tiene no depende. Y por esta razón el afirmar ni el negar vuestro ninguna cosa mudan de la verdad. En lo que toca la destreza, ni tampoco se dice verdad ni falsedad en las cosas de ella, puesto caso que se dejen comprender del entendimiento y por vuestro gusto las contradi-

Cómo sean las cosas con el entendimiento divino y humano.

[fol. 22r] -gáis. Y no por decir esto ignoro la causa, porque se dice el entendimiento verdadero o falso, pues sé que lo bueno y lo malo está en las cosas y en lo verdadero y lo falso.

Lo bueno y lo malo se halla en las cosas.

Y como Eudemio se admirase de oírlo pidió que le declarasen con términos más fáciles que los pasados cómo era verdadero el entendimiento y, si siempre lo era, ¿cómo podía ser falso?

A esto respondió Meliso, tomando a Charilao la mano, que quería responderle:

Lo verdadero y lo falso están en el entendimiento.

–Sabed que la cosa entendida, comparada al entendimiento divino, por el ser que le dio y por seguir la semejanza de la idea o la specie que está en la mente eterna, de la cual procede, se dice verdadera, de donde decimos verdadera piedra la que tiene verdadera naturaleza de piedra.

–Y por este respecto se halla la verdad primeramente en Dios. Y se atribuye al entendimiento divino, que iguala y mide las cosas de acá en la determinada naturaleza de ellas mesmas, porque no es otra cosa la verdad sino la propiedad del ser natural que establecieron en las cosas. Y si queréis considerar el segundo delineamiento que tienen del Criador constituidas en su naturaleza con el entendimiento especulativo, hallaréis contra la opinión de Charilao que la verdad está primero en las cosas que en el entendimiento del diestro, y no porque un ignorante engañado publique que una cosa es falsa. Por esa mesma razón lo es, ni vos la tenéis si seguís el parecer de los tales.

La verdad está primeramente en Dios

Definición de la verdad.

A lo que respondió Charilao:

–Mucho siento que me tengáis por más amigo de mi parecer y de la opinión del vulgo que de la verdad en lo que trato, pues sabéis que dice el filósofo que por los accidentes se conoce la mayor parte de lo esencial en las cosas. Y no son tan sucesivos los que hallo en la destreza para contradecirla que no sean más permanentes, especial- [fol. 22v] -mente que tengo de mi

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

parte a la experiencia, que me ha hecho entender en la destreza que la causa de la semejanza que tiene mi entendimiento en ella sea verdadera, pues la falsedad es más proprio de la imaginación que vos tenéis. Y si la consideráis sin pasión se conformará vuestro entendimiento con el mío dejándolo medir de la razón que tengo en esta ciencia, que es un firme conocimiento adquirido con largo discurso de días que jamás se aparta de la razón.

La falsedad es proprio de la imaginación.

–Si vuestro parecer está lejos de ella –replicó Meliso–, mal podrá concertarse mi entendimiento con vuestra opinión, y bien dais a entender en esas palabras el odio que tenéis a la destreza. Mas si lo hacéis por el que os tienen los diestros mal intencionados, poca culpa tiene la ciencia de eso. Pero si vos queréis por cortesía que sea él engañado, yo debo de estarlo en parecerme lo contrario de lo que decís. Y entiéndolo porque me lleváis de ventaja muchos cursos en la práctica de ella, de donde me persuado en fe de la amistad que os tengo que se salva vuestra opinión en lo que afirmáis contra la destreza, aunque no dejo de entender para conmigo que puede ser falso lo que de ella habéis concebido, pues es verdad que las cosas naturales de las cuales tomamos ciencia miden a nuestro entendimiento de la manera que son ellas medidas del entendimiento divino. Y según la pertinacia de vuestra porfía nos dais con ella a entender que, si los entendimientos de los otros son medidos con la verdad de las cosas, el vuestro es tan peregrino y singular que las mide a ellas. Y no puedo entender ciertamente que una descortesía tal y villanía tan humilde se halle en tan hidalgo ingenio.

Definición de ciencia.

Las cosas naturales miden a nuestro entendimiento.

–Bien es verdad que con justa causa pueden los demás entendimientos abatir el estandarte delante del vuestro, porque os habéis experimentado mucho tiempo en estas cosas. Y por esta razón [fol. 23r] creo que lo sabréis mejor que otro, porque entenderéis particularmente los rincones y retretes más escondidos que tiene la destreza, como hombre que ha tratado tantos años de este menester. Pues cada uno juzga bien en lo que sabe y habla con libertad en lo que conoce. Y si es así que tenéis verdadera semejanza de las cosas que tratáis, como habéis afirmado, no os culpo. Antes restituyo a vuestro entendimiento en la honra que lo traíades y lo pongo en el lugar que merece, que es el que mi deseo pretende que tenga entre los hombres, y lo juzgo por verdadero y digo que vuestra confianza es razonal, porque, tomada la verdad en el rigor que decís, no es otra cosa que una propria y perfecta e igual semejanza de lo que la experiencia os ha hecho entender en la destreza, y una conformidad del entendimiento en las cosas de ella.

Cada uno puede ser juez en lo que sabe.

Qué cosa es verdad.

Como se engaña el entendimiento.

–Pero también se dice el entendimiento falso y que se engaña cuando tiene en sí alguna semejanza que no conforma con la verdad de las cosas, como debe de ser esto de que el presente trata Charilao.

Y como Eudemio preguntase porque se atribuya más la verdad al entendimiento que a las otras potencias, Charilao, casi ofendido de la ironía y burla pasada, respondió así:

–Si queréis, Meliso, florear vuestra razón contra la mía, porque habéis estudiado en escuelas algunas ciencias, que por saberlas también os reconozco y doy ventaja, cosa rara para el entendimiento, y os parece que por carecer yo de ellas a causa de no haber tenido maestro, como tampoco la tuve en la destreza, estoy inhabilitado de saber algo de ellas, con la diligencia de mi trabajo daré presto demonstración de lo que puede un entendimiento mediano sin letras aprendidas contra otro agudo y colmado de ellas. Pues [fol.

El autor no tuvo maestro.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

23v] sabed que el mejor maestro de todos es el ingenio, el juicio, la buena diligencia y habilidad de cada uno y, aunque me falte todo esto, acompáñame un deseo de saber.

El mejor maestro es el ingenio de cada uno.

Y llegando a esta sazón, reparóse un poco como que quería prevenirse de razones para satisfacer las dudas que le habían puesto, y luego, siguiendo lo que había comenzado, prosiguió así:

–Sabed que las potencias aprehensivas y sensitivas no reciben en si sino la semejanza de la cantidad y de la esencia y substancia de las cosas, como daré a entender que la tiene mi razón en la destreza con más que palabras. Porque como las cosas naturales no falten del ser que tienen y les compete según la esencia de su naturaleza, pueden faltar de algunos accidentes. Y por esta razón la potencia del conocimiento no falta en conocer la esencia en las cosas de que tiene semejanza. Y como diremos adelante, la vista no se engaña acerca de su proprio objeto, sino acerca de los comunes que son por accidente, cómo se ha engañado Meliso en parecerle que yo lo estoy en lo que trato contra la destreza, sabiendo que el entendimiento no se engaña acerca de su objeto, que es una perpetua contemplación en la verdad. Y el que tiene el mío es el desengaño de que vosotros carecéis en las armas.

El oficio de las potencias sensitivas.

Sólo el entendimiento hace reflexión en sus actos.

–Verdad decís –replico Meliso– que adonde se endereza el entendimiento es la propria naturaleza de las cosas. Y por esta causa no se engaña acerca de lo que decís, ni tampoco en la primera obra suya, que llaman aprehensión simple, se engaña. Y porque no es bien que tengáis a vuestro parecer por tan acertado como pensáis, yo quiero daros a entender de nuevo, si quisieres entenderlo, có- [fol. 24r] mo el entendimiento padece engaño, y responderé de camino a la duda que tuvo Eudemio poco ha. Porque se engaña componiendo y dividiendo cuando en estos afectos atribuye alguna cosa, después de haber entendido su esencia y forma, alguna otra que a ella no le compete, o le niegue acaso lo que conviene, como podríades vos estar engañado en lo que entendéis de la destreza, aunque entendéis su definición. Que no porque uno sepa qué cosa es punto, línea y superficie, cuerpo, ángulo, triangulo, cuadrado, círculo, centro y proporción, no por eso se tenga ya por consumado matemático; ni porque sepa uno qué es tajo y lo divida de la estocada, y la estocada del revés, y entienda algunas particularidades de ella o diga mal de lo bueno y levante testimonios a los que bien la entienden para que lo tenga por competidor, sin acordarse nadie de él, no por eso será diestro, ni tenemos razón los desapasionados de decir que es cosa de aire el conocimiento verdadero de la destreza.

El objeto del entendimiento.

Cómo se puede engañar en el entendimiento.

En las cosas de razón no se debe admitirla autoridad del ignorante.

–Porque el otro, ignorante, viéndose favorecido de dos otros del vulgo, gente infame, levantó bandera para sustentar su falsa opinión contra la verdad, llevando todas sus pretensiones guiadas con invidia y con mala voluntad, vendiéndosenos por desengañado, y a los demás por engañados de todo punto en ella. Nunca hemos de creer que tienen razón, no dando ninguna que de su parte satisfaga y, tornando a entrar por do salí, digo que así sea el entendimiento en lo que no conviene en la esencia de las cosas como sea el sentido, según dicho es, en juzgar de los objetos comunes.

–Y de esta suerte bien puede vuestro entendimiento engañarse, principalmente cuando la definición de la esencia de una cosa la atribuís a otra, como si al tajo le diese la definición de la línea recta y al círculo la del cuadrado o al bruto la definición del hombre. También si engaña de otra manera. [fol. 24v] Cuando compone las partes de la definición de suerte que

Cómo se puede engañar el entendimiento.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

entre sí no pueden aplicarse, como si uno formase esta definición el hombre es animal razonal de cuatro manos y seis pies.

Otra manera de engañarse el entendimiento

–Basta –dijo Charilao–, que vos habéis dado en seguir al vulgo cuyo oficio es contradecir la verdad y en hacer donaire de lo que respondo, pero conténtome con que no estoy muy lejos de desengañaros, y para ello digo que en el conocimiento de las formas simples no puede el entendimiento engañarse, en confirmación de lo cual dice el filósofo que en las abstracciones no hay mentira. Y véoos tan maliciosamente especulativo en vuestras pláticas que no es menester menos armarse el hombre de paciencia que prevenirse de flema y de razones para satisfaceros y por concluir lo que tratamos con la verdad y firmeza que requiere, negocio tan importante os digo cierto que solo vos sois de singular opinión contra esto, porque si fuera verdad la destreza o se hubiera hallado alguna en ella, todos la conocieran y en llegando a esta verdad la veneraran estimaran en lo que merecía antes.

El entendimiento no se engaña al conocer de las formas simples.

La verdad no se puede negar.

Riéndose, respondió Meliso:

La causa de tan varias opiniones entre los diestros.

–Por el mesmo caso que una cosa sea verdad, ha de tener luego quien la niegue o la oscurezca con mentira, y de ignorarla en la destreza es la más principal causa que yo hallo para haber nacido entre los diestros tanta variedad de opiniones y tan ridiculares sectas, diciendo unos que no se ha de reparar, otros que sí, unos que se ha de tentar la espada contraria con la flaqueza de la suya, otros que en ninguna manera se haga, unos que se meta el pie izquierdo a la herida, otros lo publican por falso afirmando que es mejor herir con el derecho. En algunas cosas de ellas acertarán, que no ha de ser todo falso, pues se di- [fol. 25r] vide la opinión en verdad y en falsedad.

Las partes en que se divide la opinión.

El oficio de la razón.

–El entendimiento –dijo Charilao– tiene por objeto a la verdad, como hemos dicho. Y todo lo que trabaja la razón es para hallarla y, hallada la verdad, no puede haber en ella opinión alguna. La destreza está toda dividida en opiniones. Síguese luego que no se ha hallado en ella la verdad, en la cual no las puede haber, como las hay en las armas. Porque si es verdad que en una parte de la espada remota del centro hay poca fuerza y flaqueza, en el nacimiento del movimiento forzosamente lo será en todos los que lo supieren, porque se conoce la naturaleza de la destreza por las calidades, como los elementos. Y siendo así, no hay tanta rusticidad en el mundo que no se persuada a ello. Porque si negase uno que no es aquella la calidad del fuego que todos entendemos, haciendo la experiencia, que es la que saca en limpio la verdad o deshace de todo punto la opinión, veríalo cierto como en las demás cosas de la destreza.

Argumento contra la destreza.

En que se conoce la naturaleza de la destreza.

La experiencia saca en limpio la verdad y deshace la opinión.

–Está muy bien –dijo Meliso–, pues infiero de allí que donde hay más opiniones entre los diestros arguye mayor dificultad en el conocimiento de la verdadera destreza, y habeislo demostrado por un camino llano para todos. Mas decidme ¿por qué estos vulgares, tratando siempre de destreza y valentía, tienen tan poco de ella?

–Esos –respondió Charilao– son como el áncora que sin saber nadar no sale del agua, o a lo menos son como los enamorados de Penélope que, no pudiendo gozar de ella procuraban a sus criadas. Porque estos vuestros diestros, no pudiendo alcanzar el verdadero nombre de valentía, procuran tratar siempre de la destreza, que es su ministra y no les es de poco efecto, porque como son hombres los más de ellos de baja fortuna y de costumbres dañadas y que te- [fol. 25v] -men las muchas afrentas que todos los pueden

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

hacer, fingen aquella vanidad de valentía, vistiéndose del nombre de diestro para disimular su cobardía; los cuales, digo yo, que son como las mujeres feas que lo que naturalmente con alcanzaron trabajan de suplirlo con artificio. De aquí les nace a los bravos las posturas feroces, los pésetes y reniegos, las inmoderadas fanfarronerías, los gestos, visajes y movimientos para que los ignorantes se espantan y no se atrevan contra ellos y acaso no les descubran la cobardía. Tal cual entre los discretos se ha siempre considerado.

La causa por qué los cobardes quieren parecer diestros.

Quedaban todos al parecer satisfechos de las razones de Charilao, porque eran tan perentorias que convencían la falsedad de la destreza y de todo punto condenaban la opinión suya, aunque Eudemio con ánimo dudoso parecía que no se contentaba con aquellas razones. Antes quería tornar a defender su opinión con nuevos argumentos cuando, viéndolo Charilao confuso y suspenso, volviendo otra vez a la materia de la destreza, le preguntó así:

La materia de que de compones la treta.

–Querría saber de vos, pues tan parcial sois de los diestros, siendo el tajo y revés, estocada y mandoble, reparo y desvíos una cosa en todos los diestros, y no pudiendo con la espada ni con las demás armas darse herida si no es mediante estos fundamentos o con ellos mesmos, ¿en qué va la destreza? o ¿a qué llaman destreza, haciendo todos unas cosas sin mudarlas?

El conocimiento que se adquiere con el uso.

–Yo no lo sabré decir ciertamente –respondió Eudemio–, mas a lo que me parece debe de ir en la presteza que unos tienen más que otros al aplicar y defender los movimientos que constituyen las heridas, o en lo que va siendo todas unas letras hacerlas unas bien y otras mal, o en ser las unas mejores que las otras.

–No trato yo –dijo Charilao– en hacerlas bien o mal, sino en apli- [fol. 26r] -carlas. Que, aunque el diestro la haga mal, si la aplica bien da buena herida, como el otro en aplicar las letras a las sílabas a las dicciones que constituyen mala o buena oración, siendo la compostura una. Pero ¿vos sabéis qué es presteza en las armas?

La importancia de la verdadera aplicación.

–Presteza es –dijo Eudemio–, conforme a lo que yo entiendo, saber aplicar uno la herida mejor que otro, enderezándola a aquella parte que en el adversario haga mejor efecto.

Definición falsa de la presteza.

A esto respondió Charilao:

–Si voz no sabéis el tiempo ni conocéis el lugar que cada treta ha de tener para que salga verdadera, poco aprovecha tener esa prontitud que decís. Porque no es presteza esa la que es en nosotros, en correr, en faltar, en hablar y aprender haciendo respecto con los que se tardan, y así en las demás cosas, la cual posee en los movimientos del cuerpo de las manos y de la espada o pies o de la voz o inteligencia. Porque presteza es una fuerza que pasa y acaba muchas cosas en breve tiempo, así acerca del cuerpo de la espada y sus movimientos como de los compases y todo lo demás, teniendo ciencia para que aproveche de la parte por do se ha de comenzar cada specie de herida, que es la que hace al diestro salir siempre bien con su pretensión. De ignorar lo que digo muchas veces acontece que un mesmo diestro haciendo unas tretas acierta con ellas unas veces y otras no, sin mudarse el contrario de donde antes estaba y sin mudar el diestro las tretas primeras.

Verdadera definición de presteza.

Conviene que el diestro tenga conocimiento de los términos.

–Bien está lo que decís –replicó Eudemio–, mas eso creo yo que debe de proceder del conocimiento que tiene de las heridas y entendiendo el término por donde lo pueden ofender, lo estorba con lo que hace como quien lo sabe de experiencia.

Del uso nace el conocimiento.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–La que es buena destreza y verdadera [fol. 26v] –respondió Charilao– no puede ser conocida del contrario porque no le da lugar. Por ser cortos los movimientos, aquella se conoce fácilmente. Que está en la voluntad del contrario alcanzar el diestro el fin de su movimiento y de la voluntad, como hemos probado, no se puede tener ciencia ni certeza alguna. Y por esta razón acude el adversario unas veces a lo que pide el diestro y le da. Y otras veces no acude y no le hiere ni acierta a hacer cosa concertada siendo todo uno lo que se hace, y quien lo hace, y en quien se hace.

Aquí habla de las tretas de primera intención.

Aquí habla de las tretas de segunda intención.

–Pero, volviendo a lo de arriba, que es cuando un hombre hace sus tretas siempre contra una postura, sin diferenciarla el adversario, y por ella sus tretas unas veces ciertas y otras veces, sin mudarla, las hace falsas, aunque tenga presteza, no va en lo que decís. Porque si lo que vos queríades darnos a entender fuera, ¿quién podía tener más presteza al obrar y aplicar las tretas que los hombres de mucha fuerza, y quién acertarlas mejor que los que siempre tratan de armas, principalmente enseñando, que es donde más se aprende, según dice Quintiliano, y aprovecha a la augmentación de la fuerza y a quietar el ánimo y a perder el miedo y a conservar el aliento, como más largamente se trata en el diálogo tercero?

Enseñando se aprende mucho.

El provecho de la doctrina.

–Verdad es lo que decís –respondió Eudemio–, más ellos se contentan con lo que saben y para sus ingenios es bueno y hónranse con vender cosas ajenas por suyas para disfrezarse mejor.

–Razón tenéis –dijo Charliao– que disfréz es usar el hombre de lo que no sabe y preciarse de lo que no tiene, como estos hacen de la destreza y valentía. Y el tiempo que habían de gastar en aprender pierden reprehendiendo a otros. Y lo peor es que tratan de lo que no pueden entender. Si la gran- [fol. 27r] -deza de la destreza no se humillase tanto que viniese a igualar con la bajeza de sus entendimientos, y nunca más que en nuestro tiempo tomó fuerzas la presunción de saber, y la ignorancia que podríamos decir con razón lo que Aristarco, que en otro tiempo hubo siete sabios y en el suyo no se podía hallar siete idiotas porque todos presumían de saber vendiéndose por muy doctos, siendo ignorantes; como lo son estos de quien tratamos en todo lo que quieren parecer diestros y valientes, que dijera Anacarsis, el que se maravillaba de que tuviesen en Grecia competencia los artífices y juzgaban cuál era mejor dando a quien les parecía la honra los que no sabían nada y de todo punto ignoraban su arte.

Costumbre del vulgo ignorante.

La antigüedad de la ignorancia.

El vulgar juzga en lo que menos conoce y entiende.

–Si viera agora la desvergüenza de los que profesan la disciplina militar sin conocerla, murmurando de los que la saben mejor, y si yo no conociera algunos de ellos, sabiendo que no hay más de un error en las armas, porque cuesta la vida me admira mucho como no los matan. Mas ellos son tan cautelosos que lo hacen de suerte que no se ponen a ese peligro, o si se les ofrece lugar para ello, dejándolo y la honra con él, porque son de tan bajos ánimos que tienen por mejor huir que hallarse en peligro, y como hay hombres en el mundo que aborrecen la vida poniéndola a peligros temerariamente, estos la aman y la apartan de ellos temerosamente. Y con ser esto así, quieren que los loemos y estimemos por valientes solamente porque

Costumbre de los que traen engañados a muchos con valentía aparente.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

quieren parecerlo. Y aunque nos pese, procuran que los creamos sin haber trabajado en ello más para merecerlo que imaginarlo y solicitarlo con engaños, mentiras y abominaciones.

Lo que puede la imaginación más que la razón con el vulgo.

–Por cierto –dijo Eudemio– que tenéis razón de estar enfadado de las costumbres dañadas de los diestros. Y dejando agora [fol. 27v] eso para su tiempo, decidme algo, porque no nos falte el que tenemos, de la teórica verdadera y cómo le han de aplicar los movimientos de la espada para acertar con ellos, y acerca de qué cosas considera la verdadera destreza, porque deseche mi ánimo el miedo que le ha puesto vuestra razón. Pues las demonstraciones que diéredes serán más perfectas a mi parecer por inducirse después de cosas tan dudosas, principalmente que la solución de la duda es invención de la verdad.

La solución de la duda es invención de la verdad.

–No podré –dijo Charilao– declarar bien eso, porque el lugar no es conveniente para ello, ni yo, con el poco cuidado que agora tengo, estoy tan resoluto que pueda demostraros tan claramente como pedís algo de ella ni de todo punto apurar cada parte de las que considera. Mas, porque quedéis desengañados con prueba verdadera, diré lo que ocurriere, fundando todo lo que dijere en principios de filosofía y Geometría, sin los cuales no se puede tener verdadero conocimiento de las armas considerando la destreza en las cosas siguientes y verificándose por una consideración de ellas muchas cosas que no se verifican ni prueban por ninguna de las demás, conviene a saber el cuerpo, el ánimo, el acto, el color, la vista, el tacto, la postura, la distancia, la fuerza, la figura, el tiempo, el movimiento, la calidad, el tamaño, el término, el estado, el orden, el modo, la especie, la diferencia, el conocimiento, el peso, la proporción, la medida, la disposición, la causa, el efecto, la materias, la forma, el ser, la intención y la atención y el subjeto.

Los fundamentos sobre que está la fábrica de la destreza.

–Por cierto –dijo a esto Eudemio–, que si es muy necesario la declaración de cada una de esas partes para entender qué cosa es destreza, que lleva grande harmonía y que es difícil cosa ser diestro y, aunque no [fol. 28r] entiendo lo que es ni sé las partes en que va fundada, holgaré saber las cosas de que tengo de estar prevenido para entender algo de su verdad.

A lo cual respondió, Polemarco:

–Razón tenéis, porque a todos los entendimientos desengañados y ánimos sin invidia, dará contento oír tan en particular, cómo Charilao promete, las cosas que a la destreza pagan tributo. Agora deseo mucho, para desengañar una sospecha que tengo, que deis una puntada en cada una de ellas, porque las cosas que habéis dicho a mi parecer son semejantes a otras. Veamos si tienen la diferencia en el oficio, como los nervios de los sentidos, aunque la novedad de la ciencia traerá consigo también términos nuevos, que sea muy necesario el declararlos porque los ignorantes no piensen que es disparate o que es acertar acaso o lo que a ellos antes de ver esto se les figura.

Cada fundamento tiene su oficio.

El ignorante siempre tiene en poco lo que no entiende.

–Sí haré –respondió Charilao–, más por daros contento y recibirlo yo en serviros que por satisfacer al vulgo, la profesión del cual es decir mal de lo que menos entiende, murmurando los más arrogantes de lo que sus ingenios, por ser tan humildes, no pueden alcanzar. Y aunque su presunción de saber es la mayor del mundo, al fin vemos manifiestamente que no es menor que su

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

ignorancia; y no impidiendo a los vulgares su oficio, no contradiciendo sus invidias ni falsedades, porque no se ha de hacer caso de ignorantes.

El cuerpo del hombre es el primer fundamento de la destreza.

–Digo que la destreza considera primeramente en el cuerpo del hombre el medio y extremos que puede tener en todos los perfiles, para que el diestro sepa poner el cuerpo en el medio y conozca la postura de proporción y con ella ganar los grados a los extremos en que el contrario pusiere el suyo, y para que entienda también cuándo sirven los extremos y cuál de ellos está más cerca y se reduce más presto el me- [fol. 28v] -dio, y qué fuerza y disposición tiene el medio, y cuántas diferencias hay de extremos, y conozca en el extremo qué parte flaca del cuerpo corresponde a la parte fuerte del ángulo o al extremo en que ponemos el brazo, y cuál extremo del cuerpo contrario está más apartado de la línea colateral del cuadrángulo en que se constituye la proporción de la postura del cuerpo, conociendo también el término adonde puede mover los pies, cuándo será a la parte izquierda o a la derecha, cuándo atrás o adelante, cuándo en quietud la espada o en movimiento.

Oficio de los compases.

–Y sabrá el hombre por qué los extremos así de los perfiles del cuerpo, como de los compases de los pies y posturas y ángulos de la espada, y el movimiento que hacen conforme al lugar donde se movieren y adonde se quietaren. Se conocen por el respecto que se hace de ellos al medio movimiento o al medio de la postura, de donde conoceremos que los extremos de la longitud son alto y bajo, los cuales tocan al punto do ha de parar la ejecución de la herida y los extremos de la latitud son derecho y siniestro. Estos tocan a los compases para herir con ellos cuando mueve, moviendo juntamente la espada, pero los extremos de la profundidad son atrás y adelante, y estos sirven para la diminución de los movimientos o para dilatarlos el cuerpo solo, con los compases solos o con el cuerpo y compases.

Como se conocen los movimientos.

Aplicación de las medidas del cuerpo en la destreza.

–Bien entiendo que conviene todo lo que apuntáis –dijo Meliso– para el verdadero conocimiento de la destreza, pero háceme dificultad ver la variedad de los cuerpos humanos y sus calidades, sus extremos de fuerza, y ser de tan diferentes inclinaciones: unos de estatura grande, otros de pequeña, los unos fuertes, aunque pequeños, y al contrario. Y veo también que [fol. 29r] en lo que exceden unos en la altura a otros tiene de ventaja en la espada, lo cual es cosa fuerte para el pequeño de cuerpo sin conocimiento de lo que conviene a las proporciones. Porque, como dicen y con razón, "dedo de espada y palmo de lanza es gran ventaja". Porque decidme, ¿quién podrá resistir el golpe de un hombre alto cuando mueve con vehemencia, pues el todo y sus partes mueven a un mesmo lugar? Que, si la espada fuera a una parte y el cuerpo a otra y hicieran esta desproporción, no lo tuviera yo por tan difícil. Pero mueven a un tiempo y a un punto, especialmente cuando la potencia del cuerpo sigue a su magnitud y la magnitud es grande; aunque también me tiene desconfiado la dificultad del conocimiento de la flaqueza o fuerza del cuerpo contrario para prevenirme conforme a ella, cosa que a mi parecer no se puede dar regla precisa por estar cubierta en el cuerpo del contrario. Pues de la proporción de la menor desigualdad no se sigue acto, y

Las varias disposiciones confunden la destreza vulgar.

El todo y sus partes a un mesmo lugar.

De la proporción de la menor desigualdad no se sigue acto.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

ninguna cosa se corrompe sino de la fuerza de su mayor, como hará la fuerza grande a la pequeña en la destreza.

La fuerza grande incluye en si a la pequeña.

–Verdad es que tiene lo que dudáis alguna dificultad para los que no saben la ciencia –respondió Charilao–, lo cual se deshace con entender el orden que llevan las heridas universales. Porque no hacen excepción de cuerpos altos o bajos, montantes ni pica, espada ni montante, daga ni espada, siendo, como es, la mesma razón la del todo que de sus partes. Porque las posturas de cualquiera género de arma se dividen conforme a los ángulos, como diremos adelante, entre los cuales, según Euclides, hay uno que alcanza más que todos que es el que corresponde a la arma larga, y está entre la fuerza y la flaqueza, porque entre el augmento [fol. 29v] y la diminución cae el medio. Hay también otro ángulo más fuerte que todos, el cual corresponde a la mayor fuerza, y el otro ángulo que es más flaco a la mayor flaqueza, de manera que se acatan unos a otros conforme a las mudanzas que hace el cuerpo de ellos.

Las universales no hacen excepción de cuerpos.

El ángulo agudo.

El ángulo obtuso.

–Clara cosa es que si la treta universal está regulada contra la más fuerte postura del cuerpo y contra la más larga postura de espada, que es la que corresponde a la longitud mayor de cualquier arma que sea, sin tener respecto a la largura del cuerpo sino a la disposición del ángulo, que es lo más difícil de conocer por ser la puerta por do entran y salen las tretas, notoria cosa es que cuando fuere el cuerpo pequeño, que también le corresponderá a proporción ángulo de cortas líneas en la postura que tuviere, si se ha de igualar con la disposición del cuerpo.

Demonstración para probar la universal.

–Bien concederéis que se hará la letra con más facilidad cuando no estuviere el cuerpo en el medio ni la espada y el brazo en la mejor y más larga postura, estando en el ángulo flaco y el cuerpo en alguno de los extremos que puede tener, porque quien pudo lo más, podrá lo menos. Y estas proporciones sabed que no son particularmente aplicadas a la espada sola, sino universales para todas las armas que hay disminuyendo o augmentando el movimiento y mudando los términos según el medio de proporción que tiene cada una.

La treta universal sirve para todas las armas.

–Muy difícil se me hace –replicó Eudemio– por la novedad de los términos que lleva esta ciencia. Decid algo en lo de la fuerza. Quizá será más fácil a mi entendimiento.

–La causa de la dificultad está en lo que decís –respondió Charilao–, principalmente por carecer de los fundamentos de la arte en especial, que todas las cosas no acostumbradas son obscuras. No puedo aclararme más, antes voy cerce- [fol. 30r] -nando porque, como he dicho otras veces, no es éste su lugar, aunque por daros contento y tocar en todo, diré algo de la fuerza para si pudiese dejaros sin dudas y con deseo de verlo de adelante, para lo cual sabed que la fuerza del hombre tiene su origen en el cerebro, lugar de la virtud animal, y se difunde por los nervios y músculos, la cual tiene su límite y término, como las demás cosas finitas. Porque en magnitud finita no es posible tener fuerza infinita, en lo cual considera la destreza qué tal es el vigor que tiene el cuerpo del adversario para que el hombre se conozca y se aconseje con su propria fuerza y la gaste ni canse en los movimientos que no han de ser de provecho ni ha de ser de efecto y, conocida bien la del contrario, apliquéis la herida o ofensa conforme a ello.

Las cosas no acostumbradas son oscuras.

Del cerebro nace la virtud animal.

Como se ha de haber el hombre con su fuerza.

–Porque cualquiera movimiento por suerte que sea se mide con otro movimiento más ligero que él, dejando reservada alguna fuerza para salir de

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

la herida. Y del fin de ella ha de nacer el reparo, que es una de las más principales cosas de la destreza, porque, así como es más fácil vencer que conservar la victoria, de la propria manera es fácil hacer la treta y difícil salir de ella y conservarse en aquel golpe de suerte que la cantidad del movimiento no sobrepuje a la fuerza del brazo, proporcionándolo con el movedor. Porque el movimiento siempre será tan largo cuanto fuere la medida del intento sobre que se hace.

Que debe el diestro guardar alguna fuerza para su tiempo.

–Así que conoceréis la fuerza o flaqueza del adversario en los mesmos movimientos por la postura que tuvo el cuerpo y el brazo al formarlos, si fue extremo o si fueron medios que se correspondieron para, conforme al conocimiento de la fuerza o flaqueza, aparejar los movimientos contrarios. Porque aquel se llamará difícil movimiento que comienza tarde y sin causa bastante que le ayude, conforme a lo que [fol. 30r] ha de andar. Porque si no, se hace el movimiento conforme a la fuerza que tiene él que mueve, ni viene fuerte el movimiento, ni tampoco lo queda el cuerpo, porque la fuerza dividida sin proporción hace ningún efecto. Y lo peor es que se pierde aquel acto, porque tiene cada magnitud su movimiento y cada movimiento, fuerza señalada. Pero en su lugar veremos cómo la destreza enseña aguardar la fuerza y a conservar el aliento.

Cómo se conocerá la fuerza que traen los movimientos del contrario.

Cuál se llama difícil movimiento.

La fuerza dividida daña al obrar.

Y como Polemarco pidiese que se dilatase, Charilao prosiguió diciendo:

–El lugar no es aparejado para ello ni el tiempo es tan largo que podamos dejarle nada al fiado, habiendo de tratar de cada cosa en particular, cifrando toda la destreza en la declaración de los perfiles del cuerpo, dándole al ánimo lo que más le conviene para este ministerio, el cual ha de tener las partes siguientes: facilidad para comprehender; memoria para guardar prudencia para lo por venir; uso de muchas proposiciones para aplicarle la que más igualare con el efecto o ímpetu del que aprende, teniendo conocimiento del adversario por su color y fisionomía, de cuál de las complexiones participa más, y aplique el diestro conforme a esto lo que más conviniere al conocimiento de las reglas de las complexiones y mixtión que tiene cada especie.

Las partes que ha de tener el ánimo del diestro.

Por el color se conoce parte de lo interior del ánimo.

Por la fisionomía se conoce el afecto del ánimo.

–Y no será muy difícil estado la naturaleza humana tan llena de misterios que por cualquiera parte que sea contemplada la veremos llena de ellos y gobernada por la sabiduría del cielo. Pues sin dificultad se conocen en las criaturas humanas las propiedades interiores del ánimo por las señales exteriores del cuerpo, en cuyo conocimiento vinieron los hombres convencidos de la experiencia, todo lo cual, después de entendido, conviene [fol. 31r] la verdadera aplicación de las tretas, confiriendo las unas con las otras conforme a la calidad del sujeto por causa de la vista que nos enseña el asiento que han de tener las líneas visuales en el cuerpo del contrario para que la aplicación de lo que se hiciere en él sea fácil al entendimiento del diestro mediante esta particularidad, teniendo noticia verdadera dónde está el principio del sentido y movimiento en el cuerpo del hombre.

Por parte de la vista se conoce la variedad de las cosas.

–Y conviene también que advierta en la postura para las especies de los ángulos cuáles corresponden a la proporción del perfil del cuerpo o al extremo, y cual a la postura del brazo y, conforme al fundamento que el cuerpo tiene hecho sobre los pies, conozca el diestro la fuerza o flaqueza en la postura de la espada contraria. Porque cuando el cuerpo ha hecho un extremo, el cual no corresponde al ángulo de entonces, sabréis fácilmente qué parte de

Lo que ha de considerar el diestro e la postura.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

la espada tiene fuerza y dónde está en el cuerpo del contrario la flaqueza que responde a aquella fuerza, y cuál de los extremos de los ángulos corresponde al extremo del brazo. Y conoceréis con esta doctrina que en todas las partes del cuerpo, así en su perfil como en la postura de la espada, que hay ángulo. Allí donde lo hubiere está la fuerza, y sabréis en qué especie de reparos algunas veces se quebranta esta regla, declarando la virtud que tienen dos ángulos o tres en el cuerpo, en el brazo y en la espada, y si son dos de ellos de una especie, y lo que se requiere hacer.

Siempre donde hay ángulo hay fuerza poca o mucha.

–Y si son de diversa lo que convendrá mejor entonces, viendo por demostración matemática en qué postura tiene fuerza un ángulo que tienen dos en otra, y si son causa de ellos los extremos que puede hacer el brazo en sus posturas, advirtiendo con aten- [fol. 31v] -ción en el medio proporcionado que ha de elegir el diestro conforma a las especies de tretas que hubiere de formar. Porque diferente medio se elige para las tretas de primera intención y diferente medio para las de segunda, siendo tan diferente el estado de do comienzan su movimiento, el cual es un acto de lo que está en potencia.

Conviene que el diestro tenga conocimiento del medio proporcionado.

–Y para conocimiento de él, conviene al diestro saber cuan fácilmente se puede impedir al principio cualquiera movimiento por vehemente que sea, y sabréis para la perfección de la destreza cuáles son los movimientos necesarios para herir y cuántas species hay de movimiento y cuáles son los que se convierten, y la división de las partes de que se compone el movimiento violento, y la calidad del movimiento natural. Porque sabed que los ignoran la naturaleza del movimiento violento natural remiso o mixto se engañan fácilmente. Y entenderéis de camino cómo por ser el movimiento circular primero que los demás es medida de todos los movimientos. Y sabréis también por qué el movimiento de poca fuerza es sojuzgado del movimiento vehemente, porque de estos se enseña la destreza cuáles son los que nunca hieran y cuáles son los que siempre se componen para herir, entendiendo precisamente sus calidades para saber que la materia de las tretas en todas las species de las armas es una, sino que difieren según la cantidad y calidad y, según el lugar de dónde se mueve la línea recta o la circunferencia en la cantidad, se considera el aumento o diminución de los movimientos, y en la calidad el rigor o violencia.

Qué cosa es movimiento.

Los que ignoran la naturaleza de los movimientos se engañan fácilmente.

–Mas en lo que toca al lugar, considérase, según la figura y la parte de do comienzan, que se hace de diversas maneras, advirtiendo que, por la causa y el lugar que se hace la treta, por esa mesma se ha [fol. 32r] de deshacer, habiendo ejecutado el golpe por la figura que llaman los geómetras a una cosa que es contenida de uno o más términos. Dejemos para su tiempo que hay figuras regulares y figuras irregulares, por deciros agora que la figura de que tratamos es en la destreza causa de conocer la ventaja que tiene el círculo cumplido a la figura del movimiento recto, porque de aquí sabréis la razón por qué se incluyen en la figura circular muchas figuras otras, según diremos en su lugar, del cuerpo del hombre y el pecho que se sigue por acompañar el movimiento circular al que hace el cuerpo, formando figura esférica y los provechos que le vienen al diestro por conocer cuál es el lugar proprio de las líneas. Y si tienen algún lugar común los movimientos, advirtiendo al perfil del cuerpo y la figura del ángulo del brazo y espada para conocer la cantidad,

Cómo se considera el lugar e la destreza.

Diferencia entre postura y perfil.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

porque en ella se conoce la longitud que tiene cada línea de las que se mueven, y se sabe cómo la proporción de la igualdad es el respecto de dos iguales que se acatan a veces como dos a dos y uno a uno y por el contrario, de donde sabréis cuál es la desigualdad de los números y cómo se respectan, y cuál se llama diferencia expresa en las cantidades para que conozca el diestro qué cantidad traen los movimientos circulares que se hacen con el centro principal; y qué tal es el tamaño de los movimientos acéntricos; y porque traen menos partes en su formación que los del centro principal; y de qué tamaño requiere ser la línea de la estocada para que la cantidad no sobrepuje el intento ni por parte de la diminución falte la obra y haga falso el efecto, defraudando la confianza del diestro.

Cómo se considera la cantidad en la destreza.

Conviene que el diestro conozca el centro de la magnitud y el centro de la cantidad.

Estaba suspenso Eudemio oyendo las particularidades de la destreza, pero con deseo de verlo de adelante, pidió a Charilao que le dijese agu- [fol. 32v] -na parte de las cosas que restaban, porque como se iban acabando y su deseo llegaba al fin se le aumentaba la codicia mayormente de saber qué cosa era distancia en la destreza.

Y luego Charilao, por darle contento, respondió así:

–Distancia se llama la que hay entre dos hombres estando uno, como dicen, afirmado contra el otro, o sea entre la espada y el cuerpo, o entre la espada y espada, y entre pie y pie, entre cuerpo y cuerpo según los diversos perfiles, la cual se ha de medir para saber cuál es lo remoto en la postura. Y esta medida ha de ser por líneas con las cuales se determina la distancia larga o pequeña, como se determina lo tardo o lo presto con el tiempo. Y con ellas se entiende que es geometría y demostración matemática, la cual viene a hacer cierta la treta que de estos principios se compone, y tanto que no puede faltar esto según el término que se llaman los fines de cualquiera cosa, así como el punto que es término de la línea y la línea de la superficie y la superficie es termino del cuerpo.

Cómo se considera la distancia en la destreza.

Qué cosa es término de geometría.

–Mas, según los filósofos, término es aquél en quien se resuelve la proposición y, según los perspectivos, es el remate de las líneas visuales en el horizonte. Pero en la destreza es el conocimiento del fin de las partes del cuerpo o de la espada contraria, por donde se han de comenzar las species de la heridas o que sean circulares o que sean rectas, el cual enseña de qué especie ha de ser el ángulo que han de hacer las espadas para las heridas de tajo, y cuál para las de estocada, o que sean de primera o de segunda intención, mediante el cual entiende el diestro el orden que llevan las heridas universales para entrar con ellas en término o sacar al adversario del que estuviere, según el estado en que quedaron el cuerpo [fol. 33r] y la espada, pasada la treta, el cual es otra manera de término donde enseña la destreza las tretas para abreviar el tiempo y excusar ocasiones, porque entonces no puede seguir la espada nuestra el orden del entendimiento, ni el que tiene establecido la razón en la ciencia por el desatino que trae la espada del contrario y la confusión de sus movimientos después de haber hecho herida universal.

Qué cosa es término en la filosofía y perspectiva.

Qué cosa es término en la destreza.

Que debe el diestro considerar el orden de las tretas.

–Y por eso habéis de prevenir los engaños y movimientos que el contrario puede hacer de una vez, no de muchas. Y para que esto sea cierto, la destreza enseña los movimientos que son más fáciles para conseguir este buen estado, que propriamente es el lugar donde queda la espada después de haber acertado o errado la herida, y cuales movimientos son los que sacan a la espada del lugar peligroso que tuviere para entrar en orden; en el cual

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

considera la destreza qué tretas se han de seguir a otras para que el adversario se confunda con la variedad de ellas y se amedrente viendo la corta coyuntura que le dejan para aplicar algo en su defensa. Porque, sabiendo bien el orden, sale el diestro a luz siempre con su pretensión, pues con él sabe mejor aplicar las proposiciones.

En qué se conoce el ingenio del diestro.

–Y es verdad que en las heridas y orden de ellas conoceréis siempre el ánimo y la inclinación y aun el ingenio del autor, principalmente cuando las hiciere con buen modo. Que en la destreza es el buen aire, gracia, viveza y gallardía que ha de tener el diestro al hacer las tretas, en lo cual enseña la ciencia a qué movimientos de la herida se ha de tener parado el cuerpo, y a qué movimientos de la espada han de seguir los extremos del cuerpo, o los compases de los pies, aunque es verdad que la mesma especie de heridas enseña cómo la han de formar. Porque lue- [fol. 33v] -go se descubre la falta y se entiende en qué estuvo, para lo cual conviene que el diestro conozca qué ángulo sigue a cada una de las especies de tretas para aplicarla con el tiempo al contrario y a la parte de su cuerpo que mejor impida el movimiento de la herida y pueda fácilmente rehacer la suya, no comenzando la especie circular con el ángulo de la especie recta.

Qué cosa es buen modo en la destreza.

Qué cosas debe considerar el diestro en la specie.

Qué cosa es diferencia en la destreza.

–Porque conviene que vayan todos según la diferencia del movimiento local, recto o circular acerca del espacio puntual verdadero o imaginado qué ha pasado en tan igual tiempo, cuánto ha menester para que más ligeramente se mueva, de donde sabréis la causa por qué se mueve más ligeramente lo que en igual tiempo pasa más del espacio señalado, o pasa más en menor tiempo, o lo igual del espacio, y cómo, de espadas igualmente distantes del centro, la una por la línea recta o por la cuerda del arco, y la otra por la línea curva, conviene a saber por el arco, porque si se mueven en igual tiempo, describen desiguales espacios lineales, aunque se muevan ambas con velocidad.

Las cosas que considera la destreza.

–Y esto sabréis por el peso en el cual considera la ciencia la naturaleza de los dos movimientos, natural y violento, y la causa por qué, puesta la una espada sobre la otra, apretando poco con la que está arriba, baja mucho a la que está abajo, declarando también de camino el por qué pesa tanto la espada al principio del movimiento violento y la naturaleza de su contrario, y por qué descendiendo la espada en el medio uniforme desciende más ligeramente en el fin que en el principio. Y por qué causa la espada por una y otra figura desciende en el mesmo medio, unas veces más ligeramente y otras veces más tarde.

–Declaradme –dijo Eudemio– ¿qué es movimiento violento? Sabré qué- [fol. 34r] -cosa es en la destreza lo que tantas veces habéis nombrado aquí en este epítome que vais haciendo de las cosas de la arte.

Qué cosa es movimiento violento.

–Movimiento violento es aquel –respondió Charilao– cuyo principio está fuera del natural, la formación de la cual requiere más fuerza que para formar el natural.

–Dadme alguna demostración –replicó Eudemio– para que mejor pueda entenderos. Y declaradme de camino algo del movimiento natural cuando se distingue del violento.

–Ya sabéis que todos los elementos tienen su centro conforme al lugar do están allá en la esfera de cada uno –prosiguió diciendo Charilao–, y las cosas elementales están quietas en su centro, y no se mueven por si sino por accidente, de manera que cuando apartamos las cosas de su natural y proprio, así como aquel acto de apartamiento que hace la cosa elemental de su lugar

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

natural, se llama movimiento violento, el cual es flaco al fin, y aquella vuelta hace sin que nadie le ayude de que comienza a nacer de la corrupción del movimiento violento se llama movimiento natural en la espada. Y de aquí sabréis que el movimiento que se hace por necesidad no es natural sino violento, como el que se hace por razón de lo vacuo y de la manera que el cuerpo se organizó por causa del alma, y no se crió el ánima por causa del cuerpo, de la propria suerte entenderéis que se hizo el movimiento violento en la espada por causa del natural, pero el natural no por causa del violento, sino por accidente.

Qué es movimiento natural.

Según la causa particular.

–Eso mesmo veréis más claro –dijo Meliso– en la piedra que arrojamos a lo alto, que el primer movimiento en quien se empleó la fuerza es violento, y el movimiento natural es el acto que hace la piedra sin más ayuda que aparece en cada cosa a su centro, como el fuego que lo tiene allá en su esfera, [fol. 34v] de manera que uno de los movimientos es de su naturaleza ligero y el otro pesado. Digo pesado porque se hace pesadumbre de la fuerza y ligero porque se hace sin alguna molestia de parte de la cosa que se mueve ni del movedor.

–Bien fácil es el ejemplo –replicó Polemarco– que habéis dado, pero más claramente se ve cuando sacamos un cubo de agua la facilidad con que lo movemos a todas partes mientras el agua está en su esfera, pero sacando el cubo lleno y apartándola afuera de la superficie del agua luego al mesmo punto comienza el peso a hacer sentimiento de haber sacado la parte homogénea de su todo, y tanto cuánto más lo vamos apartando de ella va perdiendo la fuerza y amortiguándosele el amor natural y al contrario cuando baja que cuando está más cerca de su centro tanto con más vehemencia se mueve.

Demostración del movimiento violento y natural.

Quisiera Charilao descansar un poco, si pudiera, pero, temiendo nuevas dudas, prosiguió en lo que había comenzado:

–Así sabed que vale el que la habéis oído para la medida en la cual enseña la destreza, que tal ha de ser la longitud de las estocadas y la harmonía con que han de corresponder a la medida de los círculos que por ignorarla emprenden algunos las estocadas contra los tajos y llegan primero los tajos comenzándose más tarde algunas veces, y teniendo más espacio que andar que el movimiento que hace la estocada, siendo tan corto todo, por ignorar el conocimiento de la medida y la diferencia de las proposiciones, que es una parte que en la destreza enseña el fin que ha de tener cada treta de las que el adversario hiciere, mediante la noticia del principio de los movimientos, y dónde tienen los medios y el lugar adónde han de parar las heridas, dónde está la fuerza para que por la corres- [fol. 35r] -pondencia de las contrariedades conozcáis la flaqueza y, conforme a este conocimiento y al que tuviéredes del tiempo, que mide por sí al movimiento y hace por accidente lo contrario, apliquéis lo que más conveniente sea a vuestro intento, advertiendo en la longitud de la estatura del cuerpo del adversario para algunas particularidades, lo cual no es necesario para las universales.

Que considera la destreza en la medida.

Lo mucho que aprovecha el conocimiento en la destreza.

El tiempo es la medida del movimiento.

–Porque sabed que lo que es disposición universal al entendimiento es particular disposición acerca del sentido, no porque la una sea la otra, sino es comparación entre ellos, porque el sentido aprehende algunas veces el todo y luego las partes, así el entendimiento aprehende primero el todo universal que la parte sujeta, porque no se puede tener científico

El entendimiento juzga de lo universal.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

conocimiento ni verdadero concepto de la specie ignorando el género, porque cae el género en la propria definición de la especie. Así que lo sabréis para entender adónde pueden llegar los extremos movimientos del cuerpo y adonde con el medio puesto en acto el intento, que es la formación de cualquier concepto que hace el ánimo en la destreza.

Qué cosa es intento en el diestro.

–Porque primero ha de conocer el diestro y, después de haber conocido, fabricar en el entendimiento con las partes declaradas lo que ha de hacer contra el adversario, que es el fin de la destreza, y después buscar los medios que más convengan para conseguir el intento, porque lo que es primero en la intención es lo último en la ejecución de la demostración. Y esto se entiende en el diestro que obrare con deliberación para algún propósito, lo cual no se requiere en los agentes puramente naturales, porque la acción de estos es la de la naturaleza, asi que se divide la demostración por causa y efecto.

Cuál es el fin de la destreza.

–No digáis todas las cosas en con- [fol. 35v] -fuso –replicó Polemarco–. Declarad algo de eso para que Eudemio goce de lo que referís, que me parece que está suspenso oyendo vuestro razonamiento como hombre que le han dicho que sabéis poco de esto y que todo se os iba en persuadir con palabras a los que trataban con voz, haciendo de ellas grande apariencia sin ser nada esencial en vuestras cosas agora, como ve que desmentís tan claramente a los que, ciegos de invidia, han hablado contra vos. Está espantado de veros y de oír lo que habéis dicho. Declaradle algo más; no lo remitáis todo a lo por venir.

–Mientras más procuro abreviar lo que toca a la destreza –respondió Charilao–, parece que os crece más voluntad que me dilate en las cosas de ella, habiéndoos certificado que este lugar no es para ninguna particularidad, sino para tratarlas todas en universal, porque, como tengo dicho otras veces, están ya trazados en los libros de práctica de la arte donde hallaréis que la demostración por causa es una manera de proceder el entendimiento del conocimiento verdadero de la causa conocida al conocimiento del efecto no conocido. Y de aquí sabréis que aquello que no tiene causa que le de ser no se puede conocer por demostración.

Qué cosa es demostración por causa.

–Y en lo que apuntáis que han dicho a Eudemio, ninguna pesadumbre da a quien los conoce, porque sabed que los que inventan esas cosas son hombres de bajos ánimos y de torpes entendimientos y, no hallando faltas, inventan algunas para que la verdad se reduzca a opinión. Y han sido tan necios que no han sabido mentir, porque las veces que lo han hecho ha sido a pagar luego sin dejar nada al fiado. No quisieran esos valientes fingidos, ídolos del vulgar, que las gentes loacen ni conociesen en otros aquellas cosas de que ellos se precian tanto, faltándoles tanto para venir a ser lo que parecen, [fol. 36r] ni tampoco pueden sufrir que haya quien lleve ventaja conocida delante de sus admiradores. Y cuando la hallan, que es muchas veces, procuran con mentira hacer lunares postizos donde no quiso Dios que los hubiese naturales, dando a entender al mundo que es mentira y invención aquello que por mil partes tiene experimentado que es verdad. Porque la bajeza de sus entendimientos y la cobardía de sus ánimos es tan grande que lo que no alcanzan, ni pueden, tienen por fábula, y así lo persuaden como el que negaba las Indias porque no las había visto.

El oficio de la invidia.

–Mucho huelgo ver la modestia con que pasan los hombres cuerdos por las murmuraciones –dijo Eudemio–, y quédense por vuestra vida esos desdichados pagando al infierno usura de la mercancía en que tratan. Y dad

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

gracias a Dios de que ha sido mentira cuanto os han levantado esos antimachos o contrarios, si contrarios se pueden llamar aquellos que ni hacen competencia ni pueden hacer resistencia, los cuales, guiados de la invidia, por obscurecer la verdad, indignos de creerla, descubriendo sus pechos unos a otros, aunque no sin gran vergüenza, cada uno de sí mesmo han hecho conjuración contra vos. Y lo que de ella ha sido Dios servido que resultase es haber descubierto ellos quien son y aclarado más la razón de vuestra parte, porque la virtud se afina con su contrario. Y porque no es justo que gastemos tiempo donde nos ha de faltar, antes que tener que decir de sus maldades, quiero que paséis adelante a otra cosa, lo que me digáis cómo se divide lo que llaman causa para que, enterado en ella, se me haga menos dificultoso lo que enseñardes.

En el loar o vituperar descubre cada uno quien es.

La conciencia es mil testigos.

A lo cual respondió Meliso, tomando la mano a Charilao, que daba muestras de enfadado de que le trajesen a la memoria las necedades del vulgo, dijo asi:

–La causa se divide en causa for- [fol. 36v] -mal y en material y en causa eficiente y en causa final. Pero sabed que de estas causas son dos interiores: conviene a saber la material y la formal, porque son ambas de la esencia del compuesto. Pero las causas extrínsecas son la eficiente y la final, porque la causa eficiente se dice aquella que es principio del movimiento y de la quietud según la materia en que tratamos. Y el final es aquella por cuyo fin se hacen las cosas.

Qué es causa eficiente.

Qué es causa final.

A esta sazón, Charilao, por quitarle el trabajo a Meliso, dijo:

–También hallaréis en la destreza qué cosa es causa propria y qué es la ocasión en ella, o la causa de la ocasión, como los acometimientos en las armas. Bien es verdad que la causa eficiente y la final se pueden muy bien decir primeras en las cosas, pero con diferencia y por diversas razones, porque el fin es primera causa en la destreza según la intención. Pero la causa eficiente está en la obra interior y en el movimiento de la materia, y así como el fin es primero en la intención del que lo ha de hacer, moviendo y solicitando la causa eficiente dentro. Así, al contrario, la causa eficiente, según el tiempo, es primera que la final. Y, como dice Galeno, la sanidad es última en tiempo a los medicamentos que se aplican y ordenan para ella como a tal fin, que es el efecto que se pretende.

Y como Eudemio pidiese encarecidamente que le declarasen qué cosa era efecto, luego Charilao siguió lo comenzado diciendo:

–Sabed que efecto es nombre general, porque hay efecto de causa material y efecto de causa formal y efecto de causa eficiente y efecto de causa final. Y todo agente natural incluye en sí las causas dichas, de las cuales trataremos largamente en su lugar, donde hallaréis que de una causa sola pueden salir diversos efectos. Y tam- [fol. 37r] -bién sabréis que causa universal se dice porque produce efectos de diversos géneros los cuales no salen de la causa particular.

Qué cosa es efecto.

Lo que se dice causa universal.

Contento estaba Eudemio de oír las causas de la destreza. Y Charilao, por verlo holgar tanto, prosiguió diciendo:

–Sabed que hay otra causa que llaman propincua, que es la que está cerca del efecto y por sí le toca en algo, y la causa remota es la que está apartada del efecto y no le llega nada si no es mediante otra causa primera, y entendéis de camino qué cosa es causa de por sí y cuál es la causa por accidente. Y el que quisiere acertar en la destreza primero ha de tener firme

Qué cosa es causa propincua.

Cuál se llama causa remota.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

conocimiento de la causa para entender el efecto que puede hacer con ella, sirviéndose de todas las cosas referidas para el punto que le ha de señalar en el cuerpo del adversario, eligiendo tal medio entre ellos ambos que el movimiento que el contrario hiciere atrás con los pies, no sea parte para estorbar la ejecución de la herida.

Lo que conviene el medio proporcionado en la destreza.

–Pero si el que así se retrae continúa a priesa los compases, no hay destreza inventada para él, no teniendo el diestro punto fijo adonde pueda enderezar la herida, porque, como el oficio del físico es sanar, siendo la virtud del cuerpo capaz de medicinar, así el oficio del diestro es herir estando el contrario dispuesto para recibir la ejecución.

No hay destreza contra los que se retraen a priesa.

–Y en el libro de la perfección del diestro damos la causa porque los que andan en continuo movimiento no tienen memoria. Y allí ponemos algunos remedios para con todo eso ofenderle, aunque haga los compases tan apriesa como que fuese acto continuo.

–Declaradme –dijo Eudemio– si hay diferencia entre acto y movimiento, porque, si no me engaño, os he visto apuntar la división.

–Para entender la definición del acto –respondió Charilao– se ha de sa- [fol. 37v] -ber primero que se dice en dos maneras, una por la obra de la potencia o supuesto, y este tal acto llamamos obra o estando quedo el acto en su potencia, como el órgano visivo o, pasando a materia extraña, como el calor accidental y el movimiento de que es causa el desvío de la espada. Y así, recibiendo este acto, decimos que la potencia natural y el hábito son ordenados para obrar.

Cuántas maneras hay del acto.

La potencia y el hábito para qué se ordena.

–Y según esto no se toma el acto en la definición dicha, por ser el ánima substancia permanente y ente por si, teniendo todo su ser junto desde el punto que Dios la cría, en el cual la infunde en el cuerpo, organizado de suerte que el ser del ánima no es sucesivo ni adquirido una parte tras otra como la generación del movimiento y la herida que pasa. Dícese también acto por la forma que da ser a alguna cosa, y de esta manera toda forma se dice acto, y todo acto se dirá forma por lo que toca al ser que da, el cual se divide en la destreza en ser por si esencial y ser en otra cosa accidentalmente, como son los movimientos extraños que hacemos en la espada del contrario con la nuestra para algún fin.

Qué cosa es ánima.

–Y de esta suerte viene a ser en otras dos maneras del acto. Una es cuando da o tiene ser por sí la forma sola, como Dios, que es eterno y infinito ni tuvo principio ni tiene fin. Y de esto no tenemos que tratar aquí, porque es materia que sube más arriba que la nuestra y se verá largamente tratado en los libros de los santos doctores que están establecidos por la iglesia católica romana, en los cuales se halla la verdad de la fe como desengañados y alumbrados por el Espíritu Santo. Pero el ánima se dice forma y acto por diversos respectos porque el ánima da primeramente el ser a la materia, no presuponiendo otro ser extraño en ella. Y sabed que la vir- [fol. 38r] -tud vegetativa y sensitiva están incluidas en el ánima racional del hombre y no están distintas en él. Y dícese por esto “acto primero”.

La división del ser.

–Hay otra forma o acto que no da ser ni lo tiene por sí ni comunica su ser simplemente con otro, pero da ser presuponiendo otro ser. Y aquí entran las tretas de segunda intención. Y esta tal forma se llama acto segundo y forma accidental que le viene a alguna cosa después que tiene su ser cumplido como la blancura y los demás accidentes o que sean permanentes o susesivos de

Qué cosa es acto segundo.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

manera que el ánima racional es forma o acto primero sustancial y no accidental.

A lo que dijo Eudemio:

–Ya que nos habéis dicho lo que toca a las partes universales de la destreza, declaradnos agora cuál es su materia y su forma, que es cosa que más deseo saber en esto.

Luego Charilao prosiguió asi:

La materia del silogismo.

Cuál es la forma del silogismo.

–La destreza tiene materia y forma como también la tiene el silogismo, que la materia son los axiomas de que se compone, y lo verdadero y lo falso no toca sino a la materia, porque la forma es la disposición de las premisas como en los edificios cuya materia es la madera y los ladrillos. Y la forma es la disposición de aquestos materiales que hacen la casa de suerte que la forma es la figura y calidad que viste a la materia. Y así veréis que la figura que tiene una vestidura y la causa, sin la cual no podrá llamarse ropa, es la forma. La causa eficiente es la que hace alguna cosa como el arquitecto, y el fin es la causa por qué lo hace, a lo cual llaman algunos "uso". Así que tiene la treta cuatro causas, sin las cuales ninguna se puede hacer, conviene a saber la causa eficiente que es el diestro, y la causa final, que es defenderse o herir defendiéndose con lo formal de la proposición. Porque la materia de la destreza son los movimientos, desvíos, re- [fol. 38v] -paros, líneas, compases y el medio proporcionado, que son las partes de que se compone el todo de la treta. Y la forma es la disposición destos movimientos compases, reparos y desvíos, porque treta no es otra cosa que una proposición compuesta de movimientos diferentes hecha para herir o defender. Y sabed que esta definición tiene dos causas, conviene a saber la causa formal y material porque proposición es género.

Cuál es la forma de la destreza.

Qué cosa es treta.

Lo que se divide es más fácil de entender.

La verdad destruye la opinión.

–He declarado esto a la postre porque, como sabéis, las partes son primero que el todo y porque es más fácil de entender lo que se divide, a lo menos para conocer esta verdad, con la cual se deshacen todas las opiniones vulgares de la destreza y quedarán desvanecidas las mentiras de algunos invidiosos, siendo la verdad de su propria calidad libre y señora de la autoridad. Porque ni se muda con el tiempo ni se diminuye tratándola, antes se afina de tal suerte que las cosas que la antigüedad nos hacía venerar por sola autoridad de los ancianos, ella lo ha despejado con su resplandor, sin que las contradicciones de los invidiosos sean parte para obscurecerla, porque, estando las cosas en razón, poca necesidad tienen de autoridad de nadie para acreditarse.

–Pero conviene que huyamos en la destreza de no caer en dos vicios: el uno es que no usemos las cosas no conocidas con la libertad y atrevimiento que las muy conocidas; y el otro es que no hagamos cosa en ella que primero no la consideremos advirtiendo con diligencia al tiempo y al lugar. Porque algunas veces son las tretas como las medicinas que aprovechan conforme a los tiempos de la enfermedad.

–Paréceme –dijo Meliso– que darán mucha fatiga a los diestros querer entender algo de estas particularidades sin tener algún principio de cien- [fol.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

39r] -cia o sin los que se han de declarar en la propria arte. Pero ellos buscarán por dónde desaguen su ignorancia, vituperando lo bueno que no entienden y loando mucho lo malo que ellos saben, si saber se puede decir. Y conviéneles para que las mentiras y testimonios no sean contra ellos ni se levanten los engañados a pedir restitución de la buena opinión que con invidia extirparon de sus ánimos, plantando en su lugar la falsa, sabiendo cierto que lo era. Y de esto no me espanto mucho, porque sé que todo el vulgo es profano y naturalmente arrogante y áspero, contra la razón y enemigo de la verdad. Porque con la luz no se aclare su oscuridad, y quedan manifiestos sus engaños y mentiras a los ojos de todos, como no le asienta bien el yugo de la virtud, tropella la verdad, menospreciando a los virtuosos, siguiendo desfrenadamente su falsa opinión, conservándose mucho tiempo en la maldad de sus antiguos costumbres, perdiendo fácilmente las buenas, si cosa buena pudo algún tiempo conservarse en subjeto do está corrupto el ánimo que lo gobierna.

Costumbre del vulgo cuando ignora las cosas graves.

La naturaleza del vulgo.

–Y no creáis que llamo vulgo solamente a los invidiosos de todo punto ignorantes, sino aquellos que se tienen por menos vulgo, que, haciendo el oficio del vulgo, quieren librarse de este nombre, los cuales, por casarse con su vana presunción, engañados de sus imaginaciones, todo lo que no es su semejante con lo que no pueden entender tratan con desdén, estimándolo en poco, porque, haciendo comparación entre ellos y los otros, hállanse tan faltos de merecimiento y tan indignos de honra, y a los demás tan abundantes, que se les convierte la que había de ser imitación en invidia, desesperados de que no se les comunicó el bien. Y aunque saben que mienten en lo que [fol. 39v] dicen contra la verdad, no dejan de mentir perpetuamente, porque con los testimonios falsos que levantan venga el otro sin culpa y descuidado de tan gran maldad a perder alguna parte de su opinión con las gentes y a tenerla tan baja como la suya.

El oficio de los detractores.

La causa final de los que mienten contra alguno.

–Mas, como se esfuerza la virtud con su contrario, esmérase más la verdad y vase eclipsando de todo punto la mentira. Lo cual hacen al contrario los hombres cuerdos y de buen juicio que, trabajando con la fuerza de sus ingenios en lo dificultoso, quieren mostrarla. Y aunque al principio no lo entienden, no por eso pierden la esperanza de entenderlo, ni hinchen el vacio de sus entendimientos con vituperar lo que ignoran. Antes lo estiman mucho porque juzgan con cuerdo parecer y cristiano pecho que lo que uno hizo trabajando en largo discurso de días no es cosa justa que loen. Tiendan todos en un momento, y así no se les hará cosa nueva a los buenos ingenios la dificultad que hay en las cosas de la destreza; que ejemplo tienen de esta oscuridad en los libros de los filosofos antiguos, lo cual podéis ver claramente en lo de Hipómacho gladiator, que, habiendo enseñado a un discípulo suyo una treta muy delicada para vencer siempre a su adversario, ofreciose un día delante de la comunidad del pueblo que este discípulo y otro extraño vinieron a las manos y, como hiciese aquella treta principal y delicada, la multitud, loándola mucho, favoreció con grandes voces la obra de ella, de lo cual, enojado, el maestro Hipomaco castigó con una vara que tenía en la mano fuertemente al discípulo y, reprehendiéndole, dijo, «si tú hicieras la treta con la delicadeza y artificio que se había de hacer, el vulgo ignorante no la entendiera», significando que [fol. 40r] con las cosas de ingenio no se ha de agradar sino a los que lo tuvieren.

La calidad de los discretos.

Hecho de Hipomaco.

No es cosa de ingenio la que agrada al vulgo.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Porque las cosas grandes se desacreditan cuando los pequeños entendimientos las comprehenden, y en tanto vendrá una cosa a ser buena en cuanto el ignorante la vitupera porque no la entiende, y por premio de mi trabajo y creencia de la arte pido encarecidamente a los murmuradores y a los invidiosos que digan mal de esto, porque entonces descubrirán ellos quien son y yo tendré por bueno y acertado lo que a ellos les parece malo y tiene por desconcierto. Y así encargo a los hombre principales que sin pasión y con desengaño juzgan las cosas, que no sufran que los ya conocidos por tales en la república digan bien de esto, siendo su oficio decir mal de lo bueno, porque cuando lo loaren pensará la gente que cosas estimadas por tan humildes entendimientos, por tan depravados ánimos no pueden ser sino sus semejantes, especialmente que la destreza, por haber sido tan comúnmente abatida en el vulgo, viéndola agora tan adornada con las riquezas de las otras artes, no dejará de andar menos tratable, triunfando de los que con tanta humildad la abatían, convirtiéndola en su calidad los posesores, habiéndose juntado las más principales para restituirla en su dignidad, dándole cada una su esmalte para que más resplandezca su dominio al castigar los delitos del vulgo.

Mucho pierde el que dice mal de lo que no entiende.

La dignidad de la destreza.

–¿Y qué respondéis –replicó Eudemio– a los dijeren que no le contenta esta manera de destreza, así por ignorarla como por no tener contrarios aquellos que dan los vulgares, mas por aumentar el número de las tretas que por el provecho que se sigue de ellos? Antes, a mi parecer, daños tan grandes amedrentan al áni- [fol. 40v] -mo del diestro.

Historia verdadera.

–Y aun tengo experiencia de lo que digo por parte de un amigo mío que era hombre de buen ánimo para ofrecerse a cualquiera peligro más temeraria que fuertemente. Aconsejándole unos diestros falsos que se diese a las armas porque, siendo diestro, le sería más fácil reñir, especialmente que su ánimo acompañado con la destreza iría en grande aumento cada día y cobraría nuevos bríos, porque la destreza enseña de lo que el hombre debe guardarse, y lo que ha de hacer para nunca errar en el peligo, efectos que los vulgares habían oído de la verdadera destreza. Contento el otro con esta relación en lo esencial verdadera pareciole que, como él no engañaba a nadie, no hubiera en el mundo quien le engañara; cosa ligera a un hombre de bien. Diose de allí adelante con mucho cuidado y diligencia a la destreza y, después de algún tiempo, creyendo yo que estaba consumado en ella, porque lo tenía el vulgo ya en el pedicamiento de los nombrados, que esto tiene malo la destreza que con cualquiera se amanceba, le hablé pidiéndole encarecidamante que me dijese algunas excelencias de la ciencia que había aprendido. Me confesó con mucha melancolía que tenía ofuscado el ingenio y de todo punto perdidos los bríos de reñir y que se sentía falto del atrevimiento natural que solía tener, porque lo tenían tan amedrentado y sujeto los contrarios de las tretas que en meneando la espada el adversario creía luego que era la defensa contraria a la treta que había hecho o quería hacer y se tenía por muerto. Catad aquí el efecto que hizo la destreza vulgar en mi amigo que le amortiguó el ingenio y le embarazo el entendimiento y le ofuscó el juicio y le amedrentó el ánimo.

Las cosas que enseña la destreza verdadera.

El que se fingiere diestro lo es para el vulgo.

Efectos verdaderos de la falsa destreza.

–¿Paréceos –respondió [fol. 41r] Charilao– que es pequeño provecho haber la destreza refrenado cualquiera que haya sido los ímpetus

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

desordenados que debía de tener ese vuestro soldado cuando reñía? Pero sabed que los contrarios que llama el vulgo no los hay en este arte, siendo verdad todas las proposiciones fundadas en dignidades que no pueden faltar. Y decidme, ¿cómo llamarán los vulgares a las tretas que se hacen mediante los movimientos del adversario?

La destreza verdadera no tiene contrarios.

Y como Eudemio respondiese que los llamarían contrarios, prosiguió diciendo Charilao:

–Pues no son contrarios sino tretas formadas del movimiento contrario. Dejemos a una parte que la causa, o que sea material o natural, no pende del efecto por tocar un poco en las diferencias que hay de tretas formadas, de las cuales unas se forman del primer movimiento del adversario; y estas tienen su división, que las unas son formadas de los acometimientos perfectos, y otras se forman de los proprios movimientos, que no vienen a herir. Las que se forman de las heridas tienen sus especies. La una es cuando el intento del contrario produce el primer movimiento para sacar del tajo y le cogemos el principio del tajo y formamos el mismo tajo que el otro comenzó a hacer y le herimos con él, pero la otra es cuando del preludio que hizo para el tajo formamos reveses o estocadas, del fin de los cuales nacen las proposiciones que se convierten contraponiendo los círculos de los tajos a las líneas rectas de las estocadas.

Qué cosa es treta formada.

La causa no pende del efecto.

Diferencia de tretas formadas.

Cuáles son las tretas que se convierten.

–Paréceme –respondió Polemarcho– que una línea no contradice a otra ni una demonstración es contraria a otra. ¿Cómo? Veamos, hay tretas que se contrarían unas a otras, pues la demostración se hace de aquellas cosas que cada una por su parte es necesariamente verdad y no [fol. 41v] por accidente, haciéndose de universales al trocado de la inducción que se compone de aquellas cosas que son según las partes. Y así el silogismo como la inducción hacen su doctrina por las cosas primero conocidas, de donde sabremos infaliblemente que de la verdad siempre se sigue verdad. Y, pues sabéis que la cantidad no tiene contradicción, porque un número no es contraro a otro número, tampoco la línea tiene contrario, no siendo contraria la una línea de la otra y se engañará el que pensare que la línea recta es contraria a la circular ni la circular a la recta.

Las partes de que se hace la demonstración.

De que se compone el silogismo y la inducción.

–Bien sé –respondió Charilao– la diferencia que hay de líneas así a las que están conjuntas a la materia sensible, de las cuales trata la quiromancia, como las que están en la cantidad insensible, y sé las que enseña que son las líneas matemáticas, las cuales carecen de latitud, porque están en el concepto, pero sabed también que las líneas de la destreza tienen longitud y se consideran en muchas maneras o larga o breve o alta o baja curva o recta y hacen sus efectos según las varias disposiciones por causa de los principios.

De qué líneas trata la quiromancia.

Que es la línea matemática.

–Y de estas unas son mentales y otras son materiales, porque parte de la línea de la espada consiste en el entendimiento y parte en el cuerpo. La parte que le cabe al entendimiento es conocer con la verdad el camino cierto que ha de llevar la herida circular o recta, Y conforme a estas figuras ponemos los nombres para entenderlos fácilmente según los efectos que cada línea hace en el adversario, dejando a una parte por cosa averiguada que están todos los movimientos del cuerpo primero en potencia que en acto. Pero la contrariedad de estos movimientos que llamamos líneas no está en ser líneas, porque la línea circular, [fol. 42r - erróneamente «43»] en cuanto circular, vemos que es contraria a la recta, y es cosa manifiesta en las armas de

Cómo se considera la herida.

Los nombres que tiene la destreza salieron de los efectos.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

cualquier especie que sean que lo circular es contrario a lo recto y lo recto a lo circular, de suerte que averiguamos que la línea curva no será contraria a la línea recta en el ser que tiene de línea, como una superfie ser blanca o negra blanda o áspera.

En qué son contrarias las líneas.

–En lo que toca a ser superficies, ambas no son contrarias, sino en ser una blanca y la otra negra, áspera o blanda, de manera que, ya que no son contrarias según la cantidad que tienen, lo son según la calidad, como los elementos que son contrarios según sus calidades. Y así vemos que tiene cada uno su lugar conforme a la nobleza de las calidades, estando la tierra, por ser fría y seca y por esta causa pesada, en el más ínfimo lugar de todos; a la cual sigue el agua, que es fría y húmeda y por parte de la frialdad tiene convenencia con la tierra. Luego se sigue el aire, que es cálido y húmedo, y por parte de la humedad se corresponde con el agua, y por parte de lo cálido conviene con el aire, así que se conserva entre sí y a los cuerpos que componen, tienen en pie con aquella discorde concordia, cuya conmixtión los médicos llaman temperatura, de manera que a la tierra por su gravedad le dieron el más ínfimo lugar de los elementos como a elemento más estable.

La nobleza le viene a cada elemento por la calidad.

Qué cosa es temperatura.

–Y así lo que tiene correspondencia a este elemento en el cuerpo humano es lo más estable de él, si estable se puede llamar, sobre que se fabrica todo el compuesto, que son los huesos. Así que por ser el movimiento natural de más noble calidad que el violento, le es superior todas las veces que hay contacto de espadas, porque si no fuesen contrarias las líneas según las calidades de los movimientos de la espada no podríamos resistir al movimiento violento con el movimiento natu- [fol. 42v] -ral, como lo resistimos.

El movimiento natural es más noble que el violento.

–Y quédese esto así porque lo demás que resta de la cantidad y calidad largamente lo tratamos en la destreza, estando un hombre a caballo de manera que pueda reñir con otro de caballo y con dos de a pie. Y en lo que dudáis, que una demonstración contradice a otra demonstración, siendo ambas verdades, y por alguna vía os parece que la demonstración que deja de hacer su efecto porque otra la contradice es falsa, engañaisos porque en la destreza las líneas que tienen menos que andar llegan primero al punto que señala el movedor que las que tienen más, y no por eso la que no llega por ser tarda deja de ser verdad. Y si alguna vez pierde su efecto, es por no llevarla el diestro por camino conveniente o por no haber elegido puntual medio para hacer la verdadera, que la ciencia ya sabéis que no trata de lo particular sino de lo universal.

La causa por qué se yerran las tretas.

La ciencia no trata de lo particular.

–Y pongamos esta demonstración: que un movimiento de la espada va por la cuerda y otro movimiento por el arco o sea sagita el movimiento que comience de la cuerda y vaya parar en el arco, ¿cuál os parece que acabará primero su camino si ambos van enderezados a un punto, el que va por la cuerda o el que va por el arco? ¿Y cuál de los tres movimientos es contrario al otro en destreza?

Demonstración.

–Acabará primero su movimiento –respondió Polemarco– el que hace la espada por vía de sagita o el que hiciere por la cuerda, sin alguna contradicción, porque entre ellos no hay encuentro que impida la acción.

–Pues, de la mesma suerte son las tretas –dijo Charilao– que hay en la destreza, la cual trata de proporciones. Y las que hay contrarias en los desvíos y reparos son que los desvíos quitan a la herida el punto a do iba enderezado, impidiéndole la consecución [fol. 43r] a do iba primero, desviando el punto a

El oficio del desvío.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

otra el acto, del cual no para hasta llegar a la parte falsa a que va el movimiento encaminando accidentalmente por causa del desvío que se hizo en él, sin impedirle la prosecución. Pero opónense los tajos a las estocadas, no en cuanto líneas, sino en ser el uno movimiento circular o estar el uno en potencia y el otro en acto, o ser movimiento violento o natural, remiso o mixto. Porque clara cosa es que si estando el adversario en postura hace movimiento circular y el diestro hace movimiento de línea recta, ambos a un punto, la línea recta, por tener menor espacio que andar, llegará más presto que la circular, todo lo cual habéis de entender, estando el medio capaz de herida. Pero si, junto con ser cirular, el movimiento fuese violento, más presto acabará su camino el movimiento recto que el violento porque el movimiento violento primero ha de dejar de ser del todo, que nazca el natural para la herida.

El efecto que hace el desvío.

En qué son contrarias las tretas.

El medio proporcionado es la llave de toda la destreza.

–Y así sabréis por verdad infalible en la destreza que de un sólo movimiento ninguna cosa se sigue, especialmente en lo circular. Porque en lo recto unas veces se ayuda la espada de los movimientos del cuerpo, los cuales suplen los que dejó de hacer la espada, y de la manera que hay tretas que unas se comienzan por el perfil del cuerpo y otras por la postura de la espada, como diremos en el diálogo cuarto. Así hay heridas que constan de dos movimientos de espada, sin que el cuerpo favorezca al principio supliendo el movimiento que dejó de hacer la espada, la cual, si está encogida y el cuerpo en alguno de los extremos, siempre se mejora la del contrario para deshacer los efectos y impedir las cau- [fol. 43v] -sas.

De un solo movimiento ninguna cosa se sigue.

Las especies de las tretas universales.

Habiendo Charilao declarado alguna parte de la verdadera destreza, estaban todos admirados de las particularidades que había dicho, cuando Polemarco, muy regozijado de haber oído la harmonía que llevaba, entonces, habiéndola visto poco antes tan humilde y abatida, dijo:

–Si no estáis cansado, deseo saber a qué parte de la destreza se reducen las cosas que habéis dicho, porque me doy a entender que debajo de cada una de las cosas referidas hay muchas otras y todas importantes para verificar la demonstración que se hiciere. Porque de parte de la destreza vulgar y de los muchos desvaríos de los diestros estaba antes persuadido que la demás destreza que se inventase había de seguir aquellas mesmas pisadas. Agora paréceme que esta lleva el camino de las otras ciencias, aunque es verdad que la estrañeza y novedad de esta invención no dará lugar a que esté de todo punto perfeccionada, no quitando el honor que da Hipócrates a aquellos inventores que, por ocuparse en investigar las causas de las cosas, dejaron fama eterna para sí y provecho para los hombres y ornato para las repúblicas. Decidme agora cómo viene a servir este ejército de cosas tan varias para el conocimiento de la destreza. Si tenéis a mano satisfacción de esto o algún ejemplo en las proprias armas o en otra cosa alguna que no sea a todos manifiesto, pues la demonstración que diéredes hará en nosotros más efecto por haber tratado vos más particularmente en este menester que los demás vuestros amigos.

La novedad impide muchas veces la perfección.

La honra se debe a los primeros inventores.

Parose a esto un poco Charilao porque le tocaron en amigos y, queriendo desterrar de sí esta memoria, respondió así:

–Sabed que la mayor parte de toda la arte son los principios y, aunque son pequeños en cantidad, son [fol. 44r] grandes en la potestad y ansí en las ciencias como el lugar de la puerta en la casa que ninguno lo ignora, por lo cual dijo el filósofo más que el medio es el principio. Pero ninguna cosa hay,

La mayor parte de la arte es el principio.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

según dice Tullio, que juntamente, como se halla luego al punto, se perfeccione, así como no hay en la naturaleza cosa tan pesada que súbitamente baje al profundo, ni tan ligera que de repente se levante al cielo, de la propria manera las cosas que son nuevas, especialmente tanto como ésta lo es, vase tejiendo de un principio en otro y enlazándose las cosas de unas en otras. Porque los principios son pequeños y vanse aumentando con el uso, según dice Galeno, y junto este con el conocimiento causan invención conforme a la fuerza que tiene el ingenio del que considera la destreza. Porque no es muy difícil, hallado un principio, investigar los demás, mayormente que en las invenciones se aciertan pocas cosas sin errarse primero muchas, de manera que la caída del primero avisa siempre al que viene atrás, porque se llamaría perfecto aquello que ni se le pudiese añadir ni quietar.

El uso en las cosas descubre y inventa.

Cuan difícil sea hallar el principio de las artes.

–Ni tampoco los preceptos de la arte que se aprenden son firmes, sino se fortifican con la industria, estudio, trabajo y grande diligencia para emprender las cosas maravillosas de la destreza. Porque es verdad confirmada con la experiencia de cada día que los buenos ánimos pueden con ella hacerse mejores y los que no son tales se corrigen y enmiendan con su verdad. Porque suple la arte las faltas de la naturaleza y nunca la industria de la naturaleza falta en la necesidad, porque la destreza es cultura del ánimo y la cosa que más lo deleita cuando de ella se confía, y por arrogantes que anden los muy animo- [fol. 44v] -sos, los ánimos sin destreza son como los hombres que no saben letras que, teniendo ojos, no ven. Y si le quitamos la destreza, que es el medio con que ha de conseguir su fin, queda pequeño el mayor ánimo.

Las partes que aumentan la invención.

El oficio de la arte.

La destreza cultiva el ánimo.

A lo cual dijo Meliso:

–¿Ese fin es el objeto que apuntastes arriba? Porque deseo saber si es más proprio el ánimo que de la destreza porque parecen de diferente objeto el uno del uno. Siendo esto así, no sé yo cómo pueden tener ambos uno, porque a mi parecer el objeto del ánimo es de afecto y, conforme a la naturaleza del afecto y del acto que hace con el ímpetu, así tiene el objeto, pues no todas las pasiones del ánimo se ordenan por un mesmo fin, sino por varios. Pero el objeto de la destreza es el movimiento corporal con alguna ayuda, aunque el ánimo debe tener algunos otros que sin favor del cuerpo se deban gozar, como hacen las potencias y las ciencias a los que tienen, según sus divisiones, aunque no dejo de creer que debe de haber algún objeto universal que sirva a más que a una potencia.

–Alguna apariencia de verdad lleva vuestra opinión –respondió Charilao– en que entendáis que cada ciencia tiene su objeto, aunque en las potencias interiores hay cierta limitación en lo que toca a la comunidad de los objetos, de lo cual trataremos largamente adelante. Pero sabed que muchas veces vemos que el objeto de una ciencia sirve a otra por diversos respectos y fines, lo cual veréis claro en las artes, particularizando cada una de ellas.

Cada ciencia tiene subjeto.

Y como Eudemio pidiese a Charilao que le declarase la división de las artes por ser cosas que mucho tiempo había deseado para entender llanamente el objeto de cada una, Charilao, por cumplirle aquel deseo, prosiguió así:

–Hay dos géneros de artes. El uno me- [fol. 45r] -cánico, que es el que se ejercita con las manos, y el otro que toca a la especulación del entendimiento y a la consideración del ánimo. Y estos se dividen en cinco formas conviene a saber en la lógica, matemática, moral, natural y

División de las artes.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

sobrenatural. Y cada una de estas se divide porque las partes de la lógica son gramática, dialéctica, retórica. Y las partes de la matemática son aritmética, música, geometría y astronomía. Pero las partes de la moral son la ética económica, política; y de la natural son física y destreza y la medicina; y de la sobrenatural son metafísica y teología, aunque hay dos partes de la política, que son el derecho civil y la ciencia de la guerra, la cual se divide en terrestre y en naval, cuando se ejercita en galeras y naves.

Los objetos de las ciencias.

–Así que cada una de éstas tiene su objeto, porque el objeto de la gramática es la elocución; y el de la retórica, la elocuencia; y el de la aritmética es el número; y el objeto de la música es la consonancia del número; y el de la geometría es la magnitud; y el de la astronomía es también la magnitud, pero con razón y causa de los movimientos; y el objeto de la ética es el sumo bien; y el de la económica es los negocios de casa; y el de la política, la república; y el de la física, el cuerpo humano para diferentes fines, que la una restituye la salud y la otra conserva la vida; y el de la metafísica, el ente. Queda el objeto de la teología que es Dios.

El objeto enoblece la ciencia o la potencia.

–Para que sepáis que la nobleza les viene a todas las ciencias de su proprio objeto, para que mejor entendáis, sabed que objeto se llama aquello acerca de que se trata, o aquello a que la potencia o el hábi- [fol. 45v] -to se endereza, como la vista, que tiene por objeto al color y la luz, y el oído al sonido, de suerte que el color y la voz se determina con estas dos potencias. Y así las demás naturales cada una tiene su objeto, para conocimiento del cual se requiere que cada potencia tenga verdadera noticia del suyo. Porque las potencias se distinguen por el acto y el acto, por los objetos, y la potencia es principio mediante el cual se obra. Y de estos dos principios unos son naturales, porque salen naturalmente del ánima, y otros son adquiridos, como el hábito donde entran todas las ciencias y artes, virtudes y vicios que se adquieren con los actos de las potencias, por los cuales el hombre está pronto para obrar fácilmente.

Qué cosa es potencia.

Qué cosa es objeto material.

–Hay también objeto formal y material. El material es cuando está de fuera, al cual la potencia o el hábito últimadamente se determinan, como el color en la pared respecto de la potencia visiva. Pero en las ciencias es de otra manera, porque el objeto material es el objeto formal mediante el cual la potencia o el hábito se determinan a alguna cosa. Y así decimos que la luz es objeto formal de la vista, porque para que el órgano visivo se pueda determinar el color es necesario la luz que alumbre al medio de la potencia. Porque de otra manera no podrá determinar ni gozar del color. Y en las ciencias el objeto formal es el medio de la demostración, que es la difinición del sujeto de aquella ciencia. Porque no es inconveniente que haya en una potencia objeto formal y material, como en algunos de los sentidos que sirven en la destreza.

Qué cosa es objeto formal.

–¿De qué sentidos –preguntó Eudemio– usan más los artificios en [fol. 46r] esta ciencia de armas? Porque si no es de la vista, creo que no pueden aprovecharse de otro.

–Dos son los que siempre sirven –respondió Charilao–, aunque tratando de ellos en particular, confiriendo los objetos de cada uno podría ser que hallásemos sentidos que sirvan en la destreza más de los que yo pienso, aunque para conmigo ya está determinado cuál es el más principal para este efecto.

A lo cual respondió Polemarco:

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Según mi parecer, que es la común opinión, la vista sirve más en la destreza que ninguno de los otros sentidos. Y pues los objetos de la cosa venimos a entender mucho de la excelencia que tienen, mi opinión se verifica en los de la vista por el objeto, pues tiene por objeto al color y a la luz. La luz se difunde en cuerpo, la destreza trata del cuerpo do hay color. Síguese que la vista sirve más en la destreza que todos los sentidos.

Razón por parte de la vista en la destreza.

–Verdad es que trae alguna semejanza lo que decís –respondió Meliso–, y yo estaba antes de ese parecer, y me lo confirmó la opinión de Eudemio. Y agora, después que lo apuntasteis, he dado vuelta por todos los sentidos, y hallo por mi cuenta que si en lo que toca a esa potencia no hay otra cosa que decir para hacer más fuerte vuestra opinión, por sólo lo tratado no le conozco ni le hallo más particularidad para la destreza que a los otros sentidos.

–Si queréis que yo apure lo que toca a la vista –respondió Polemarco–, hallaréis que tiene más de verdad mi parecer que de opinión.

Y como Eudemio dijese que declarase todo lo que convenía cumplidamente para salir a luz con su pretención con la mayor firmeza que pudiese, porque tendría presto otros de contrario parecer, Polemarco, muy [fol. 46v] contento, prosiguió asi:

En qué cosas trata la vista.

–Bien sabéis ya que la vista es una potencia del ánima sensitiva que trata de las cosas apartadas de sí mesma y es capaz de recibir luz y de aprehender color, y entended de camino que la vista y las demás potencias así del ánima vegetativa como sensitiva están arraigadas causalmente en la esencia del alma porque se derivan de ella y corren continuamente de la mesma esencia del ánima al órgano, que es el instrumento ya determinado para cada una de las potencias. Y como sea el triángulo con el cuadrado, así sea la ánima vegetativa con la sensitiva y la sensitiva con la ánima racional, de suerte que decimos que la potencia visiva es capaz de color, y es porque el color causa en el medio y en el órgano semejanza natural a sí mesmo; por donde se puede decir que el medio o el órgano tienen en sí el tal color solamente intencional en instante, pero en cierta y determinada distancia más cumplidamente en los ojos que en el medio, y llámase órgano espiritual. Porque, aunque sople viento impetuoso, no impide si está el medio dispuesto con la luz que se requiere para que no estorbe el acto. Así que el medio de la potencia visiva es el aire o agua o vidro o todo cuerpo transparente.

Que cosa es órgano.

Cuál es el medio de la potencia visiva.

Las especies que hay de cuerpos.

–De aquí sabréis que el cuerpo es en tres maneras, conviene a saber lucido, que es resplandeciente y transparente, y sombrío. Cuerpo resplandeciente es aquel que tiene luz de su naturaleza y da lumbre; y el transparente es el cuerpo que de sí no tiene lumbre, pero es capaz y deja penetrarse de ella, aunque sea sólido como el cristal o no lo sea como el aire o el agua. Y este tal cuerpo es medio de la vista, por cuya causa los que [fol. 47r] usan antojos, por falta de ella, pueden muy bien usar las reglas de la destreza en las veras. Pero el cuerpo sombrío es aquel que no tiene lumbre por su parte ni es transparente, pero capaz de recibir luz por parte de la superficie sin que le penetre, como son los cuerpos sólidos, conviene a saber la luna y estrellas. Porque si fuesen transparentes no se celebrarían los eclipses principalmente del sol que se hacen por la interposición de la luna entre él y nosotros, estando en conjunción. Y notad que luz, lumbre, rayo y resplandor son diferentes, porque la luz está en lo lucido como en el sol y la lumbre en lo transparente, pero el rayo es en alumbramiento según la línea

Los cortos de vista se aprovechan de la destreza.

La causa del eclipse del sol.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

recta producida de lo lucido, mas el resplendor es reflexión del rayo en algún cuerpo sombrío, y por parte de esta reflexión del rayo en algún cuerpo sombrío; y por parte de esta reflexión se hace la vista en los espejos.

La causa porque nos vemos en los espejos.

–Porque las especies sensibles causadas del objeto extendidas hasta el espejo, hallando impedimento para pasar adelante, estando el espejo dispuesto para la reflexión, hacen la figura y la vuelven hasta el órgano visivo. Pero requiérese para que la vista haga su operación que su medio tenga dos condiciones, y de estas la una es propria y la otra común. Para todos los medios de las otras potencias la primera es que tenga lumbre, porque sin ella claro está que no hará la vista su efecto, ni el color que está en el cuerpo no puede multiplicar las especies intencionales sin luz, que es acto de lo diáfano y hace que el color que antes era invisible, el cual está en potencia de poder multiplicarse, sea visible y se multiplique en acto y llegue hasta el órgano de la vista, lo cual no se requiere en otras potencias.

La luz a acto de lo diáfano.

–Pero la condición común a todos los medios es que conviene al medio y al órgano que estén despojados de todo sen- [fol. 47v]-sible de objeto particular, y que esté para recibirlas todas sin alguna diferencia, porque clara cosa es que, si estuviese en acto por algún color particular, no podrá recibir otros colores, y confusamente de la mesma especie. Y así vemos que si el vidro que es medio de la vista fuese negro o verde y lo pusiésemos delante de los ojos, todo lo que se mirare, teniendo el tal medio, parecerá verde o negro.

Contento estaba Eudemio de oír la curiosidad con que se había tratado lo que tocaba a la vista y con ánimo dudoso dijo:

–Pues tan importante es la luz para que la vista goce su objeto, de noche, do falta la luz, mal podrán los diestros aprovecharse de su ciencia. Y entonces a mi parecer más se aprovecharán del oído por ser potencia capaz de recibir sonido, especialmente que, estando quietas todas las cosas de noche, hay menos impedimientos.

El objeto del oído.

–Verdad es –dijo Polemarco– que el oído tiene por objeto al sonido, pero no sé yo en qué puede servir con su órgano o con su medio a la destreza.

–Yo lo diré –replicó Eudemio–. Ya sabemos que el sonido ha de ser a proporción para que la potencia lo goce, porque el aire herido difunde aquella percusión circularmente en el mesmo aire y causa especies intencionales según la virtud y cantidad del que hirió el golpe al principio grande y poco a poco menor, porque la generación del sonido sigue al movimiento y el medio de esta potencia es el aire o el agua. Pero de estos dos el más puntual es el aire, porque con más facilidad se mueve y llega con el sonido hasta el órgano del oído. Y así vemos que se oye mucho mejor el sonido en el aire que en el agua, supuesto que en la agua oyen los peces y huyen, aunque algunos antiguos dicen que es por el tacto.

El medio del oído.

–Agora, pues de- [fol. 48r] -cís que el objeto de esta potencia es el sonido, el cual es propriamente cualquiera cosa que puede percibirse en el órgano, quédese a una parte cómo hay sonido en potencia y en acto y las especies que hay de sonido, y veamos si por el sonido que resulta del contacto de las espadas servirá el oído en la destreza.

–En alguna manera me doy a entender que lleváis camino –respondió Polemarco–, y lo tengo casi por sentido que sirve en esta arte, especialmente de noche donde aun lo muy seguro es sospechoso, y donde el imperio de la vista para y pierde el dominio de su jurisdicción por no poder ver lo que se

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

hace entonces por falta de la luz, aunque hay color, lo cual podría el oído juzgar fácilmente, porque como es su medio el aire y los movimientos de la espada se han de hacer en el, y la espada que se mueve es cuerpo y el aire lo tiene, también aquel sonido que resulta del encuentro de los dos cuerpos percibiralo muy bien el oído. Y entonces el diestro aparejará la defensa y la aplicará a la parte por do oye venir la ofensa.

De noche porque falta la luz en alguna manera para el acto de la potencia visiva.

Había estado Charilao muy atento, oyendo las razones que daban sus amigos y considerando el deseo que cada uno tenía de probar su intento, sonriéndose de la confianza con que hablaban sin propósito sobre tan buen propósito dijo:

–El sonido se causa del toque de dos cuerpos duros, y en los dos cuerpos que habéis dicho solo el de la espada es el duro, y el sonido que puede resultar de ellos por parte de la blandura del aire no será tan sensible ni tan capaz del oído que pueda percibirlo el órgano, porque los cuerpos blandos, si no se comprimen con vehemencia, no hacen sonido. Pero sabed que el toque violento de [fol. 48v] dos cuerpos duros hiere el aire y resulta el sonido, el cual se difunde por el aire que está cercado del cuerpo hasta que cesa el movimiento, si acaso no lo impide la vehemencia del viento.

Cómo se hace el sonido.

–Y puesto caso que la espada haga sonido en el aire al formar de la herida, el tal sonido no puede percibirse hasta que la espada toque en la parte do el diestro endereza el movimiento, así que no se puede percibir ese sonido que decís, porque quien lo ha de causar de suerte que pueda gozarlo el órgano es la espada y el cuerpo contrario que es el objeto de la herida. Pues, si está ejecutada, no tiene necesidad de la defensa que vos decís. Y si esto fuera razonal en las heridas que se dan, por detrás están do seguro el hombre ellas mesmas apercebirían que se apartasen los hombres a quien se van a dar, si acaso no fuesen sordos.

–Y vemos lo contrario. Bien es verdad que del toque de las espadas que suena de noche podría resultar algo que aprovechase para la defensa, pero en este tiempo el tacto es el que aprovecha y sirve en la destreza más que todos los sentidos, porque aprehende por sí las cuatro calidades primeras activas de los simples, y el órgano del tacto es un nervio que a manera de red cerca todo el cuerpo cubierto de una tela de carne. Y no hay ninguna parte de carne donde no haya parte de aquel nervio. Difiere de los otros sentidos porque todos tratan de las especies intencionales y sólo éste trata de las naturales. Y así decimos cuerpo caliente, cuerpo frío. Y porque los nervios que son órgano del tacto están esparcidos por todo el cuerpo, los demás sentidos se fundan en él. Y todos ellos perciben su objeto no por la especie sensible percibida en el órgano de cada uno, sino porque el fundamento de los otros sentidos es el órgano del [fol. 49r] tacto de donde experimentamos que sienten los ojos la frialdad pero no la ven, y sienten los oídos el calor y no lo oyen, y así en los demás.

El tacto es sentido importantísimo en la destreza.

El órgano del tacto.

–Pero sabed que el medio de este órgano es conjunto porque es la carne, y en esto se diferencia el tacto de la vista y el oído del olfato. Dejo al gusto porque es especie del tacto y el medio de todos está de fuera, como el aire o el agua. Pero conviene el tacto con el gusto, porque tienen ambos un mesmo medio y de la propria manera que sea el aire con la vista, sea la carne con el tacto. Y como el aire no es órgano de ella sino medio extrínseca, así la carne no es órgano del tacto sino medio conjunto. Ya apunté arriba que el objeto del tacto son las calidades simples. Conviene a saber calor, frialdad,

La carne es medio del tacto.

El gusto es specie del tacto.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

humedad, sequedad, lo pesado, lo liviano, lo áspero y lizo, lo blando y lo duro, lo fuerte y lo flaco, que son las segundas. Y llámanse aquellas "calidades primeras" porque no hay otras primeras, dícenles "simples" porque no son compuestas. Antes todas las demás se componen de ellas. Llámanlas también activas, porque las demás no obran con acción natural sino por adjunto, quiero decir por accidente a semejanza del movimiento violento. Y éstas son causa inmediata de las demás, y si están entre nosotros compuestas en los puros elementos en la esfera de cada uno, se podrán hallar simples.

Por qué se llaman calidades simples.

Por qué se llaman activas.

A lo cual respondió Polemarco:

–A mi juicio el tacto sólo por sí no podrá distinguir la fuerza de la flaqueza que está en el cuerpo del contrario, ni en la postura de la espada. Puede la vista percibir lo blanco y lo negro en un punto, aunque sé que en las calidades hay dos contrariedades, la una entre lo caliente y lo frío, y la otra entre la humedad y la sequedad, por lo cual dice el filó- [fol. 49v] -sofo que, aunque el sentido del tacto es uno material por el órgano en que está puesto, es formalmente muchos.

–Verdad es–respondió Meliso–que el sentido percibe solamente una contrariedad y de un género, y éste se divide como la vista que tiene por su objeto al color, que por la primera división se divide en blanco y en negro, entre los cuales andan todos los colores. Y el objeto del oído es la voz o el sonido que llamamos grave y agudo, y a los demás de do resulta la consonancia. Y el olfato tiene por objeto al olor, que también se divide. Y el objeto del gusto es el sabor, que se divide en dulce y amargo. Pues, teniendo el tacto dos contrariedades primeras, su órgano será uno material y dos formalmente.

Los objetos de los sentidos.

–Y si así sabréis que entre la frialdad y la humedad hay mayor conveniencia que entre lo cálido y lo frío, y lo frío y lo húmedo, sean muy bien. La tierra es fría y seca, y en lo frío conviene con la agua y en lo seco con el fuego. La agua es naturalmente húmeda y fría, lo húmedo retiene siempre, así que de la manera que sea la frialdad de la tierra con la agua, así sea en la sequedad con el fuego, y el fuego en lo cálido con el aire, y el aire en lo húmedo con la agua. Luego la frialdad no resistirá lo húmedo, y lo mesmo vemos entre el calor y la sequedad.

La correspondencia de las calidades.

–Sabed también de camino que hay otra conveniencia en el número cuatro que toca a la cuádrupla proporción del cual proporción proceden las consonancias y las razones de ellas que hallaron los académicos, porque el fuego es al doble más subtil que el aire y tres veces más movible que el agua y doblado agudo. Mas el aire es doblado agudo que la agua y tres veces más sutil y cuatro tanto más movible, de manera que, aunque el fuego sea agudo sutil y movible, y el aire es sutil movible y [fol. 50r] obtuso, y la agua obtusa movible y corpulenta, y la tierra obtusa corpulenta y inmovible, tienen la mesma proporción porque como sea el fuego y la tierra, con esa mesma ley están el aire y la agua y como sea el fuego con el aire así sea el agua con la tierra.

Combinación de las calidades de los elementos.

Suspenso había estado Polemarco y espantado de ver que, en topando sus amigos materia de gusto, no perdían el hilo hasta apurarla. Y después de haber callado un poco dijo así:

–Yo quiero encaminar mi opinión por lo que habéis dicho de las calidades, pues, sabéis que la contrariedad del tacto sea de otra manera que las contrariedades de los otros sentidos primeros, porque las especies sensibles pueden ser juntamente en el órgano sin contrariarse ni ofender al

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

órgano. La razón es porque no están allí según su ser natural, sino según el ser intencional o spiritual. Las calidades primeras contrarias no pueden juntamente ponerse en acto porque están en su ser natural según el cual son contrarios, y la vista percibe lo blanco y lo negro sin ofender el uno al otro, pero el tacto juntamente no aprehende lo cálido y lo frío en igual grado.

La importancia del tacto.

–Tengo por tan necesario al tacto–dijo Meliso– para todas las cosas que, por fundarse sobre su órgano los demás sentidos, afirma el filósofo que los animales privados de el, morirán necesariamente en breve tiempo, y dice que sin el tiene por imposible la conservación del individuo, pues en tanto es animal uno en cuanto participa de este sentido, siendo así por el tacto, bien conoceremos la fuerza y la flaqueza en un subjeto.

–Con sólo un acto –respondió Polemarco– no podremos, lo cual se hará más facilmente con la vista, porque, mirada la parte flaca, se ve la suerte por causa de la demostración de los contrarios que [fol. 50v] es una mesma doctrina, pues es averiguado que para el verdadero conocimiento de la destreza no podemos llegarlo a palpar con la mano.

Diferencia entre palpar y tocar.

–Entonces Charilao, pareciéndole que era tiempo de enseñarles el camino verdadero dijo, mucha diferencia hay entre el palpar y el tocar, porque lo que es subtil impide al palpar y ha de tener dos cosas, primeramente calidades que pueden ser tocadas, siendo templadas de suerte que se dexen tocar. Pero no basta esto para el palpar, porque el aire, aunque tiene calidades que pueden tocarse, podemos muy bien tocarlas pero no palparlas. Porque lo que es palpable resiste al que toca que no le penetre ni pase por ello, lo cual no hace el aire, de donde sabréis que toda cosa palpable se puede tocar, pero no todo lo que se puede tocar es palpable, y en la destreza usamos de sólo el tentar y, resumiendo lo de la vista y el tacto, digo que como alumbra el entendimiento agente al entendimiento posible, así de la mesma manera el sentido superior, conviene a saber la vista, alumbra al inferior que es el tacto.

–Con todo eso–respondió Eudemio–, se me hace difícil de creer lo que decís, porque donde hay tanta desigualdad en los objetos y los medios de ambos están como en diámetro, mal pueden servir a la destreza, principalmente de noche donde a la vista le falta luz, y al tacto la vista que es su guía. Y por esta razón pararán sus efectos.

–Veamos. ¿Cómo podéis vos–replicó Charilao–distinguir la fuerza de la flaqueza para la aplicación de las heridas y preveniros de fuerza en potencia propincua conforme a la que halláredes en el contrario sino es por el tacto? siendo su objeto lo fuerte y lo flaco, lo cual no puede sernos manifiesto por el órgano visivo estando la fuerza oculta no sien- [fol. 51r] -do de su jurisdicción, ni las líneas visuales pueden tampoco penetrar los cuerpos opacos, como ya hemos dicho.

Nota del escorpión.

–Y si dudáredes cómo, sin llegar la mano a la espada ni el cuerpo del contrario, se puede conocer la fuerza o flaqueza,
dudaréis también que no se inficiona todo el cuerpo con la picada del falange con poco veneno arrojado por muy pequeño agujero. Y no tendréis por menos dudoso el efecto que hace la picada del escorpión que en breve tiempo causa gravísimos accidentes al paciente. De lo cual sabréis que hay muchas cosas que no sólo el tacto por parte de la fuerza de la calidad, como dicen Galeno y Aristóteles, alteran todo lo que tienen junto a sí, lo cual hallaremos en aquel

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

pescado marino que llaman torpedo o tremielga, que es de potencia tan vehemente que penetra con él por el sedal y la caña del pescador difundiéndola hasta la mano con tanta fuerza que súbitamente por parte del medio contiguo, por la aplicación que tiene al medio natural del tacto, llega a los nervios y los entorpece tan fuertemente que mientras vive este pescado y está en la agua todo lo que toca lo aduerme en tanto punto que los que tuvieren alguna parte entorpecida de la virtud deste animal, todo lo que tocaren con ella lo percibirán con obscuro y torpe tiento, ni los nervios así adormidos los pueden mover fácilmente, y aun si trabajan por moverlos duelen mucho. Y así lo tienen Rondelecio y Hipólito Salviano, y Opiano en tanto extremo que vino a decir Aristóteles de este pez que pasan cerca de él entorpece con tal fuerza que no los deja nadar, y viéndolos así adormidos y suspensos sale a ellos y cómeselos.

Nota de la Tremielga.

–Y si esto os tiene admirado, [fol. 51v] con más razón lo estaréis de la echenéis que, con ser un pece tan pequeño, tiene tan gran virtud que si se pega al costado de una nave la detiene en medio de toda su furia tanto que por el efecto la llamaron rémora, de la cual experiencia entenderéis que cosas pequeñas con sola la virtud del tacto causan grandes alteraciones, como si el que tiene pequeña fuerza conoce por la destreza cual es la potencia propincua en su cuerpo y cuál es la remota en el del adversario para que con el tacto de su fuerza, aunque pequeña, alterar por la flaqueza la grande fuerza del otro. Pues dice Aristóteles que el hombre tiene el tacto más cierto que todos los sentidos.

A lo cual, Polemarco dijo así:

–Entiendo yo que en eso hay cierta limitación porque, o se entiende según la facilidad del tocar, o según la facilidad del aprehender lo que se toca. Mas si es por lo sutil vemos que el Araña es de tacto más subtil que el hombre, pero si es por el distinguir las diferencias de las cosas el hombre tiene más cierto, aunque el filósofo en otra parte no permit que el hombre tenga el tacto más cierto, comparándolo a los otros sentidos exteriores, afirmando que con la vista juzgamos más cierto que con los demás. Finalmente, en lo que todos se resumen es que tenemos el tacto certísimo en comparación de los brutos, y entiendo yo que aquello es por causa del discernir el hombre que toca a la razón esto respetando a la vista como más principal sentido. Quise traeros esta autoridad para que con la razón que he dado os acabéis de persuadir que la vista sirve en la destreza más que ninguno de los otros sentidos. Y mientras no me diéredes mejor razón que la mía, ésta no será en mi opinión sino verdad averiguada con la experiencia.

Nota de la araña.

–Pues [fol. 52r] yo no os traeré la autoridad de Platón–respondió Charilao–, ni la de Plinio ni Phylón. Porque las cosas que están en razón no han menester autoridad, sino con otras nuevas razones os lo daré a entender. Y si con todo eso estuviéredes tan obstinado que no os dejéis llevar de la fuerza de ellas, os daré una demonstración tal que si no creyéredes os causara más vergüenza y confusión que estas cosas de las armas darán a los diestros cuando las lean y no las entiendan.

Lo que está en razón no ha menester autoridad.

–Y tornando a lo del tacto, digo que es el sentido más importante de todos los cinco, pues no solamente nos sirve en las cosas comunes, pero en las particulares, como vemos en los movimientos compuestos de las arterias de

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

que es autor y origen el corazón del cual mana la virtud vital que es la que hace el pulso. Y es el tacto de tal efecto que con sólo tocar en las arterias conoce el médico que si el movimiento de ellas es alto y grande, vehemente y apresurado es pulso de ira, porque el que fuere vehemente y apresurado es pulso de irá, porque el que fuere vehemente ligero y sin orden turbado y desigual es pulso de miedo presente, y si pasa algún tiempo conoce que el pulso es tardo y flaco y así en las demás especies de pulso con sólo el tacto se entiende y conoce el aumento o la diminución en todas las enfermedades universales entienden por el lo que más conviene a la salud del enfermo y aun pronostican muchas veces lo por venir.

Las arterias nacen del corazón.

Especies de pulso

–Y lo que causa ciencia tan cierta en los pulsos y en las cosas y armas que tocamos es porque es más cierto el tacto en las manos que en las demás partes del cuerpo, y es tan grande su certeza que por el tacto de ellas según los movimientos del pulso dicen algunos que Erasistrato Médico conoció que Antiocho estaba enamo- [fol. 52v] -rado Stratónica, aunque Galeno niega poder el pulso dar señales de este afecto. Y para confirmación de lo que tratamos sabed que la virtud animal nace del cerebro y se difunde en los nervios y el tracto está, como hemos dicho, en ellos y la carne es el medio por la cual gozan los nervios de la distinción. Pues como la espada está en la mano apretada y se le comunica la fuerza que ha menester por parte de los contiguo, teniendo tan conjunto el medio esta potencia y el medio tan aplicado a la espada, fácilmente en tocando una espada con otra se conoce la fuerza de la arma contraria y la flaqueza del cuerpo y al tacto que se hace de esta manera para el conocimiento de la fuerza que digo.

En las manos está más cierto el tacto que en las demás partes del cuerpo.

El nacimiento de la virtud animal.

–Lo llamó el vulgo tiento de la espada porque un cuerpo no puede mover a otro cuerpo sino es tocándole, aunque algunas veces se llama tentar porque conviene al diestro llegar muy atento en semejantes términos, por ser movimiento el que tienta que no se hiere con él. Y mientras va la espada a tentar, puede ir la contraria a herir o por conocer la fuerza del brazo y la postura del cuerpo.

De donde tiene origen el tentar la espada.

–Verdad es todo lo que habéis dicho –respondió Polemarco–, pero, según Galeno, el primer toque que sentimos es por áspero y liso, pesado o liviano fuerte o flaco, por lo cual me parece que en el ministerio de las armas y discursos de la destreza podremos llamar a estas calidades primeras y necesarias al toque, porque las sentimos fácilmente y también ellas se dejan sentir primero en el dicho uso que las que los filósofos llamaron calidades primeras. Porque si no es a herida hecha, no se pueden conocer, y de aquí entiendo que habrá pocos que distingan se estaba fría o caliente después de ejecutado el golpe.

Cuáles son las calidades del tato primeras en la destreza.

Todos se regocijaron mucho de oír [fol. 53r] el donaire de Polemarco, y él prosiquió muy disimulado así:

–He me holgado se saber qué cosa es tentar la espada y a los amigos de camino, porque entiendo ya el origen del nombre. Pero veamos, cuando está el contrario en postura, sabiendo ya yo cuál es la fuerza en un perfil de cuerpo y cuál parte flaca le corresponde, ¿con sola la vista no se conocerá muy bien esto? Y bastará para la aplicación de las heridas, pues no puede faltar la verdad que tenemos sabida por demonstración.

–Así es–respondió Charilao–, que basta la vista sola para esto que apuntáis, porque no se muda jamás la fuerza del centro en flaqueza, ni la flaqueza de lo remoto de él se convierte en fuerza, ni hay fuerza y flaqueza

Dos contrarios no se compadecen en un subjeto.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

todo junto en un lugar, como no es posible enfriarse el fuego ni arder la nieve, y aunque no hay mudanza en esto, sabed que el tacto certifica en la destreza lo que ha conocido la vista, y de noche, cuando la vista no le puede ayudar, él se vale por sí, pues tentando la espada conforme al lugar do la halla y la deja, endereza el diestro la proposición, y por causa del tacto venimos a conocer entonces la fuerza y a saber el lugar de la espada. Por esta razón el tacto, aunque inferior a vuestro parecer, lleva todas estas ventajas a la vista. Pues con sola ella no podemos herir al adversario, aunque lo vemos cerca, como podemos con solo el tacto; el cual distingue los sabios de los necios.

El tacto sirve de noche en la destreza más que todos los sentidos.

–Porque según el filósofo los que tienen blanda carne son de entendimiento más presto que los demás, y aunque sé que están distantes los sentidos, entiendo que tienen cierto parentesco, pues, perdida la vista, hereda el tacto alguna parte y los demás cada uno la suya, verificando los unos lo que en los otros muchas veces se sospecha. Así que [fol. 53v] Conviene en la destreza la certeza del tacto, sirviéndole la vista, como hemos dicho, en los capítulos de la perspectiva de la práctica de la arte.

Los que tienen blanda la carne son de presto entendimiento.

–De manera –respondió Meliso– que la parte de la especulación le daremos a la vista por ser sentido más espiritual y por esta razón más noble, y la parte que toca a la práctica al tacto por serle inferior y sujeto, como lo es el sentido particular del común. Y vos, Charilao, como sois corto de vista, paréceos que lo que faltó en vuestros ojos de virtud falta a los demás ojos, y solicitáis que pierdan en la destreza la dignidad que tienen en todas las otras cosas. Y lo que de ella os falta queréis que lo hayan heredado los demás, sabiendo vos que faltando el acto de cualquiera sentido, falta la ciencia de las cosas de él, habiendo la naturaleza hecho un instrumento para una obra sola y particular.

En faltando el acto de un sentido falta la ciencia de las cosas sensible de él.

–Y, respondiendo a lo que dijistes poco ha, digo que Artistóteles no quiere que tengan a los hombres por sabio o por ignorantes mediante el tacto, sino que según las señales de él estén más dispuestos y aparejados a la ciencia, lo cual se halla manifiestamente en los sanguinos y no tanto en los flegmáticos, según dice en aquel lugar. Y pues ya nos habéis declarado con tanta curiosidad cuál de las potencias exteriores sirve más en la destreza, decidnos algo de las interiores, Que, a lo que creo, también habrá algunas que sirven más que otras en ella, aunque todas tienen sus actos interiores y desnudan la materia conforme a la nobleza de cada una.

–Todas las potencias podemos decir con verdad que sirven–respondió Charilao–, porque la parte más principal de la destreza consiste en el entendimiento y la menor en el sentido con ser los sentidos tan [fol. 54r] Importantes, como habéis oído, y por parte del conocimiento particular se da noticia al entendimiento de lo universal, cómo dicho es, porque tiene la alma en su república muy concertado gobierno y cada una de sus potencias que son los ministros de grado en grado que tiene su superior, y todas sirven y cada una paga tributo a la alma conforme a la posibilidad que Dios le puso.

En el entendimiento consiste lo principal de la destreza.

La república de la alma.

Y queriendo proseguir Charilao con estas razones, Meliso las interrumpió así:

–Por cierto, que tocáis una materia de gran contento para mí y tan profunda para los doctos cuanto obscura para los ignorantes que, entendiendo luego cómo ellos quieren las cosas graves de la arte y secretos de la destreza las han de tener por superfluas sin tener consideración a qué dice Tulio y Plinio en muchas partes que ninguna arte hay tan fácil que sin

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

intérprete y grande ejercicio pueda entenderse algo de ella. Porque según dice Platón todo lo nuevo es difícil por estar las ciencias tan casadas las unas con las otras, aunque, como dicen Demosthenes y Cicerón, las artes que pertenecen al uso común de los hombres tienen en sí un vínculo de generalidad. Y es porque la naturaleza es madre de todas las cosas y común a todos, guía a cada uno mostrando su fuerza en los unos y otros animales, los cuales, guiados por naturaleza, siguen todos lo que más les agrada y huyen de lo que les puede ofender, pues vemos que lo que procura todo animal, después de conocer su specie y amarse luego que reconoce, se regocija con las armas naturales y trata de su conservación.

Las ciencias todas están trabadas.

La naturaleza es madre universal.

–Pues siendo así en los brutos, mira los muchos que conviene al hombre saberse defender para la conservación de sí mesmo, como veréis largamente en el diálogo cuatro, de manera que los que [fol. 54v] fueren cuerdos no deben menospreciar lo que no entienden. Pues naturalmente está el hombre obligado a defenderse y por esta razón desear entender las cosas con que ha de ser amparado de sus enemigos. Y en lo que dudáis de las cosas dichas, teniendo cada una diferente oficio como pueden servir para un menester en la destreza, digo que el gobierno de ella es semejante a la armonía que hacen las virtudes, mediante las cuales el alma goza de todas las cosas ausentes y presentes.

Paréceme –dijo Polemarco– que esas potencias interiores son todas una, salvo que difieren en los nombres, porque lo que hace la fantasía vemos que hace la imaginación y la imaginación lo mesmo que la estimativa, y lo que hace el sentido común hacen también los particulares, de quien todos son gobernados y adonde todos se registran, y lo mesmo entiendo de la división del entendimiento.

–Aunque se enlacen las cosas más de lo que yo pensé que convenía al tiempo y al lugar que tenemos –respondió Charilao–, porque es materia que se trata largamente en los libros de las determinaciones de la destreza, tocaré solamente los principios de los capítulos, aunque tuviera por más acertado consejo que me releváredes de esta carga, porque yo no puedo satisfacer con sóla una respuesta a tantas dudas. Pero diré lo que ocurriere como en las demás, dando sóla un puntada en cada cosa para lo cual conviene que sepáis que cada una de las potencias tiene su oficio diferente de la otra.

Cada potencia tiene su oficio.

–Y si notáis los lugares de los sentidos, hallaréis que la vista, por corresponder al elemento del fuego, tiene su morada en parte más alta que todos los demás, de la manera que el fuego tiene el asiento de la esfera en lugar más [fol. 55r] noble que todos los elementos porque es el más principal y el más activo y aun el más presto, de donde se infiere que los ojos obran en un momento lo que los oídos en tiempo. Y porque el sonido es calidad que se altera por parte del movimiento del aire viene a no ser permanente como el color, sino sucesivo en tiempo en lo cual la vista lleva ventaja al oído y en otras muchas cosas, porque su objeto, como vistes en lo pasado, es todo el mundo superior e inferior, y los demás sentidos gozan imperfectamente alguna parte del inferior. Y el medio de los otros es la carne, como del tacto, y el vapor del olfato, y la humedad del gusto y el aire que se mueve del oído. Mas el medio que tiene la vista es el aire spiritual transparente alumbrado con la luz del cielo, la cual excede en hermosura a todas las partes del mundo, como exceden los ojos a todas las partes del animal.

La vista corresponde al elemento del fuego.

Los ojos obran en un momento lo que los oídos en tiempo.

En que se aventaja la vista al oído.

La excelencia de la vista.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

A lo cual dijo Meliso–no despreciéis tanto al oído, no paséis livianamente por su nobleza, que yo lo tengo por el sentido más calificado de todos si es verdad que los objectos ennoblecen a la potencia, porque el oído solo da noticia al entendimiento de la sabiduría y por él, según dice San Pablo, goza la alma una cosa de la más preciosas que tiene el cristiano que es la fe, virtud sobrenatural, y mediante el oído se comprehende el concento, la armonía y melodía de la música. Finalmente, es sentido medio racional, pues él solo, entre todos percibe los discursos de la razón como lo afirman los platónicos y los pithagóricos.

Como los ojos son la parte más noble del animal.

En qué se aventaja el oído a la vista.

–Bien sé–replico Charilao–que la manera que el tacto, entre todos los sentidos, es más importante para la conservación del individuo, entiendo también que el oído es el más necesario para la salvación de la alma, y la vista para [fol. 55v] el deleite del ánimo, y así por su nobleza la naturaleza se extremó en darle cejas pestañas y do párpados que le sirven de compuertas y pertrechos para la defensión y conservación del órgano, el cual es de forma más perfecta que los otros sentidos, y en ella tiene la naturaleza apurado el color verde mezclado con lo azul, negro, leonado y blanco, y los adornó con tan varios y consagrados esmaltes que parecen un deleitoso jardín por los cuales salen aquellos divinos rayos que nacen de los nervios ópticos con que penetran lo diáfano del aire hasta llegar a la última circunferencia del mundo.

La vista deleita el ánimo.

Los ojos son de forma circular.

Los nervios ópticos son el fundamento de la vista.

–Ellos ven la preciosa clavazón del cielo octavo y a todos los demás astros, y mediante la luz comprehenden los cuerpos cercanos y los que están más apartados, y sin ninguna pasión ni detrimento perciben las especies de ellos y conocen sus distancias, colores y grandeza, figuras, resplandores, números, sitios y movimientos con otras diferencias particulares como que los ojos fuesen atalaya de la alma. Así que con ellos conocemos más cosas que con ninguno de los otros sentidos, porque como los ojos entre todas las partes del cuerpo del hombre, mundo menor, son de la manera que el entendimiento, entre las virtudes de la alma así en el mundo mayor del sol, es entre todos los cuerpos de la suerte que el entendimiento divino entre los espirituales.

Excelencia de la vista.

Los ojos sirven de atalaya a la alma.

De qué suerte sea los ojos con los partes del cuerpo.

–Ellos miden el cielo y estrellas y gozan de la pintura de todo lo que produce la tierra, de donde salió aquella maravillosa suerte de la filosofía de las cosas. Finalmente, los ojos gozan de todo aquello que Dios alabó después de haberlo criado, y tienen afectos con los cuales significa alegría, deleite, regocijo, tristeza, ira, pesar mansedumbre, humildad, desenvoltura y gravedad. Veis, aquí he puesto [fol. 56r] a la vista en el grado que merece su dignidad. Por eso no podéis notar de falto de ella a quién así conoce su excelencia.

Los afectos de la vista.

–Y prosiguiendo con lo comenzado, digo que el oído corresponde al elemento del aire por razón de lo cual tiene a respecto del fuego y porque de las utilidades y exelencias del aire tratamos largamente en la conservación del aliento, lo dejaré por deciros que hay una cosa entre el aire y la agua que llamamos vapor porque corresponde al olfato el acto del cual se hace por movimientos de alteración, que es en lo que el oído se le aventaja por gozar del movimiento local, que es primero y principal entre todos más el órgano del olfato. Según dice Galeno, tiene dos oficios. El uno es oler y el otro que es lugar por do salen los excrementos del cerebro y están puesto entre el aire y la agua que es la cosa más necesaria que hay en esta vida, pues los hombres

El oído corresponde al aire.

El olfato corresponde al vapor.

El órgano del olfato tiene dos oficios.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

ni los brutos pueden pasar sin ella, ni hay hierba ni planta que sin su favor pueda producir semillas ni frutos. No hagamos agora mención de la hermosura que este elemento da al mundo, ni de que el más antiguo y poderoso de todos, como lo afirman Isidoro y Plinio, y vese claramente porque la agua abate y llana las cuestas más ásperas, señorea la tierra, mata al fuego y, convertiéndose en vapores delicados y en exhalaciones disfrazada, penetra por la región del aire arriba hasta competir con el cielo, y desafiar al fuego y engendrarse y multiplicarse de nuevo para caer otra vez y hacer producir a la tierra todas las cosas, casi forzándole a que las saque a obedecerle.

La importancia del agua.

Cómo se engendran las pluvias.

Por medio de la agua ha castigado Dios la tierra.

–Pues ha sido la tierra muchas veces castigada por ella y ha gustado a que sabe el rigor de este elemento, lo [fol. 56v] cual quedará para mejor lugar. Finalmente, la agua corresponde al gusto y la tierra pendiente en medio del mundo, como dice Marco Manilio, es domicilio de hombres y hierbas, plantas y animales, corresponde al tacto y casi en general a los demás. Mucho holgaron todos de oír la nobleza de los sentidos y de saber la correspondencia que tienen con los elementos y los elementos con ellos. Y, dando y tomando la admiración en cómo la vista gozaba de todas las curiosidades de la naturaleza, Polemarco dijo:

La agua corresponde al gusto.

La tierra corresponde al tacto.

–Pues ya nos habéis declarado lo que toca a los sentidos, decidnos agora, aunque os sea molesto, por qué, siendo las virtudes unas más nobles que otras, puesto caso que en general todas sirven al alma, como dice Platón, hay algunas que se particularizan y sirven el cuerpo. Pues vemos en las cosas de la destreza que unas son más formales que otras, y que hay otras que son del todo materiales, unas por parte del artífice y otras de parte de la arte y otras de parte del objeto.

Los sentidos que son proprios de la materia.

–Verdad es –respondió Charilao– que de los sentidos son tres proprios de la materia, como es el olfacto y el gusto y el tacto, importantísimos todos para la conservación del animal, pero la vista y el oído, por ser sentidos más spirituales, sirven a la alma y, pues hemos tratado largamente de sus medios y objetos, tratemos agora del efecto que hacen conforme a la diferencia de los animales.

Los sentidos que sirven a la alma.

–Dejad eso para depués por cosa más curiosa –replicó Meliso–, y declaradle a Eudemio el oficio que tiene el entendimiento y sus divisiones, y el lugar y actos de las otras potencias de la alma, porque dicho que de sabido de todo punto hasta dónde se extiende la excelencia de la destreza, ya que nos habéis dado a entender las cosas que la gobiernan, que cier- [fol. 57r] to es cosa conveniente si se considera bien al ministerio de las armas.

A lo cual respondió Charilao–por cierto que me ponéis en trance muy riguroso, pero saldré como pudiere del, y sabed que el oficio del sentido común, aunque lo niegan los modernos, es obrar mediante cinco instrumentos o órganos que tiene del cual salen todos como líneas de centro y con ellos comprehende las imágines de los cuerpos y las calidades de las cosas, conviene a saber por los ojos los colores, y por el gusto los sabores y por el tacto que es de órgano más universal que todos conocemos, como

El oficio del sentido común.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

habéis oído, las calidades primeras y segundas y sírvese el hombre de estas partes porque cada una ayuda al conocimiento.

El oficio de la imaginación.

–Hay también otra virtud que llaman imaginación el oficio de la cual es tratar de las imagines de los cuerpos,
y como sea el entendimiento práctico con el speculativo de esa manera sea la estimativa, que esotra virtud de la ánima sensitiva, con la imaginación. Hay otra que llaman fantasía que es demás noble acto que la imaginación ni la estimativa, porque trata de las semejanzas de las imaginaciones y su oficio es recoger acumular las cosas que los sentidos le traen y hacer discurso por ellas.

El oficio de la fantasía.

–Hay otras tres que llaman apetitivas, que son la voluntad, la irascible y la concupiscible, como veréis largamente en el Diálogo cuarto, pero el acto de la voluntad es libre, pues hace lo que quiere de lo que el entendimiento y la razón le ofrecen, y la irascible acomete lo que la razón y la fantasía le proponen, pero la concupiscible emprende las cosas que la fantasía y los sentidos le dan. Y el acto intelectual que perfecciona a la contemplación es la sabiduría, y las que ayudan a la razón [fol. 57v] son ciencia y prudencia, porque la ciencia, mediante la experiencia, halla por rastro las cosas que hace la naturaleza. Y la prudencia nos aconseja en aquellas cosas que hacemos o queremos hacer, pero el discurso de la fantasía han dicho también algunos filósofos que es la opinión, a la cual llamaron los de otra secta sagacidad.

El oficio de la prudencia.

–Pero la liberalidad y sus extremos de avaricia y prodigalidad se reducen al ánimo, y voluntad, según hemos dicho en otro lugar, y el miedo la fortaleza y la temeridad están en la irascible, y la continencia y templanza en la concupiscible.

El oficio del entendimiento.

–Pero entre todas estas potencias el entendimiento sólo trata en la verdad mercadería del cielo sacada de la naturaleza de las cosas de todo punto incorpóreas para el conocimiento de la cual sirven a la alma todos los sentidos y las demás potencias, sin que algún tiempo la una usurpe el oficio de la otra, como sirven todas las cosas que tengo referidas para el conocimiento de la verdadera destreza. Así que la vista, el oído, y el tacto, y todas las potencias interiores, sin escaparse alguna, sirven a las armas.

Después de haber oído Polemarco y hecho discursos sobre los oficios que tenían las potencias, cotejándolas con los sentidos exteriores, dijo así:

–Como en el ministro de la destreza aprovechan unos sentidos más que otro entre las potencias interiores, ¿no habrá alguna que no solamente no aproveche antes que dañe mucho? Y la que según mi parecer debe de ofender más es la imaginación por causa del oficio que tiene en tratar de las imagines de los cuerpos, la cual mueve con tanta vehemencia, según dicen los naturales, que hace caso en tanto extremo que afirma Avicena, que el que temiera ser leproso y imaginare mucho en ello que vendrá [fol 58r] a serlo por fuerza de la imaginación. Y esto experimentamos a la clara cuando vemos que lo hombres obran o dejan de obrar las cosas conforme a las imágenes que conciben de ellas, agora sean tristes agora alegres, y si alguna vez aprovecha, que no sé cuándo, son tantas las que daña que no se debe de haber entendido su provecho.

La fuerza de la imaginación.

–Aunque entiendo que la imaginación y la fantasía –respondió Eudemio– es toda una cosa, según yo he oído, y tratan ambas de un menester, a mi parecer el oficio de la estimativa es el que ofenderá más cuando decís, y selo porque ella hace a los hombres medrosos cuando están en alguna

Opinión de algunos modernos.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

obscuridad que piensen en cosas espantosas, tanto que les fuerza a dar voces y a que huyan desatinados, como si tuviesen realmente delante aquello de que temen. Siendo así más dañará la estimativa al medroso que la imaginación ni la fantasía.

El oficios de la estimativa.

A lo cual dijo Meliso– bien sabéis que la fantasía es una potencia natural de la ánima sensitiva que guarda las species de las cosas percibidas primero por los sentidos particulares, y después por el sentido común. No quiero tratar adónde tiene su órgano y en qué parte del cerebro y en qué ventrículo y cuál sea, porque quiero deciros cómo juzga de las cosas que el sentido común no puede juzgar, y cáusalo que ninguna potencia del ánima sensitiva puede hacer reflexión sobre si, sino el acto que hace una vez otra potencia más noble lo purifica.

Ninguna potencia de la ánima sensitiva hace reflexión.

–Y por verdad dice el filósofo que la fantasía es como un perpetuo sentido y las especies que recibe no son según el ser de ellas, sino intencionales y espirituales; de dónde santo Augustín pone tres géneros de visiones, una corporal que se hace por los sentidos exteriores y otra espiritual [fol. 58v] que se hace por la imaginación, y otra intelectual que se hace con el entendimiento. Y porque la fantasía recibe y conserva las species o las semejanzas de las cosas con más eminencia que los actos de los sentidos exteriores ni el sentido común quieren decir que de las potencias y racionales es la más noble, y parece que esta nobleza le viene de que no todos los animales la tienen todos los sentidos exteriores. Porque los que de su naturaleza no los tienen carecen de fantasía, en confirmación de lo cual dice el filósofo que las abejas no oyen y las hormigas y los demás semejantes no tienen fantasía, aunque esta opinión no está muy recibida de los que dicen que todos los animales que no tienen movimiento progresivo con la hostia y la almeja, y los demás de esta specie.

Species de visiones.

La nobleza de la fantasía.

Las abejas no oyen.

–Bien entiendo que la fantasía es una potencia –dijo Eudemio– que nos hace obrar muchas cosas indignas de hombres de razón.

Cuales son los animales que no tienen fantasía.

A lo cual replicó Meliso:

–No entiendo yo que la imaginación ni la fantasía tienen parte en esos actos, sino la voluntad sola, porque el medio para que el ánimo consiga lo que pretenden sus ímpetus es el cuerpo y sus movimientos. Teniendo el hombre espada en la mano, que es el medio instrumental con que ha de obrar y la virtud animal que ha de mover para estos efectos está difundida en los nervios y murecillos, y quien ha de mandar que mueva la virtud animal a obrar es la voluntad, siendo así ¿qué parte tiene en esto la imaginación ni la fantasía?

–Porque si lo que vos queríades darnos a entender fuera, con ser la imaginación potencia del ánima sensitiva fuera superior a la [fol. 59r] voluntad, que es la más libre potencia de cuantas tiene el ánima racional. Según esto, hace poco al caso la imaginación para obrar bien ni mal, teniendo diferente objeto y siendo ínfima en todo.

La voluntad es la más libre potencia de la alma.

–Razón tenéis –respondió Charilao–, que la causa eficiente y la que obra es la voluntad, pero no negaréis que hace los efectos conforme a la imaginación concebida de lo que ha de obrar triste o alegre, fuerte o flaca, medrosa o temeraria, verdadera o falsa, lo cual hallaréis por experiencia en algunos hombres, y cada uno en si lo puede experimentar, que si da lugar a la imagen medrosa, medrosamente obra. Y si va a reñir le parece que todos sus golpes los ha de errar, y que el contrario ha de acertar todos los suyos. Porque, como el miedo es un movimiento de la irascible que se mira en la imaginación,

efectos de la imaginación.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

la cual tiene la calidad del espejo de alinde que representa las cosas mayores mucho de lo que son, obra conforma a la figura o imagen que le representa, a la cual sigue luego la desesperación, porque por la propria razón que uno desespere de no conseguir su intento como desea, viene a obrar mal o a dejar de obrar; o si se pone a peligro, obra medrosamente.

Qué cosa es miedo.

–Antes me parece –respondió Polemarco– que dan ocasión que obren en él y saquen del peligro la mayor parte. Y acuérdaseme que, tratando de esto, Damasceno pone seis species de temor. Una que llaman pereza, cuando rehúye el hombre la obra de alguna cosa por temor del trabajo. Y dice que hay otra que es temor del peligro, y así va declarando particularmente cada una, de las cuales dejaré de tratar por no cansaros con ellas. Y porque nos digáis algo que aproveche en lo que toca a la imaginación o a la irascible…

Calidad del Alinde.

–No os parezca cosa poco importante –dijo Charilao– la po- [Fol. 59v] stura que hizo Dios cuando añadió la irascible a la concupiscible, porque todas las pasiones que están en la irascible naturalmente se ordenan para un fin, de donde vemos que la esperanza y la osadía se aparejan, para que si es difícil de conseguir una cosa buena sin que le sea impedimiento lo difícil, convencido el apetito con aquella manera de gozo en lo que va obrando, se quiete y huelgue con la bondad de lo que alcanzare.

La desesperación y el temor para qué se ordena.

–También la desesperación y el temor se ordenan por causa de fin determinado, porque desesperado el hombre de lo que pretende, la desesperación lo mueve a que tema y huya. Dejemos a una parte para su lugar que dieron al apetito irascible por respecto del concupiscible para su defensor y alguacil, porque sin su favor el concupiscible estuviera sin armas y sin quien lo amparara. Y sabed que cuando un hombre va a reñir con otro que la imaginación que concibe va despertando al miedo, ahora sea oyendo cosas en que lo puede ofender su contrario, o imaginando en las proprias ofensas sin por alguna vía querer acordarse de los daños que de su parte pueden venirle al adversario. Porque ya sabéis que si un hombre ha de reñir y se le pone en la imaginación que su contrario lo ha de matar, notoria cosa es que rehusara la pendencia todo lo posible. Y cuando, vencido de la honra de sí proprio y del decir de las gentes llegue a ella, irá con tan flaca virtud para las defensas que será fácil de desbaratarle los movimientos y ofenderlo. Porque su mesma imaginación ha obrado en él lo que pretende el contrario con sus obras. Y pues hay quien dice que en los cuerpos ajenos la imaginación tiene mucha fuerza, no es de maravillar que en los proprios tenga tanta como oís, especialmente si acierta el adversario a traerla contraria imaginación, con [fol. 60r] cuanto ánimo moverá su espada, viendo tan medroso al que tiene delante, y considerándose a sí tan fuerte, llegando pues tan medroso como oís, fácil cosa será ofenderlo, porque, como dicen algunos antiguos y con razón, el medroso es aposento de la muerte, y por mucho que le huya lo alcanza, y por el contrario al osado moderadamente favorece la fortuna.

La irascible es defensor de todo el cuerpo.

Cómo se cría el miedo.

En lo que debe pensar el diestro.

La fuerza de la imaginación.

La moderada osadía aprovecha.

–Vuestra razón –respondió Meliso– ha confirmado lo que tengo aprendido con la experiencia, porque me he visto algunas veces como pintáis y otras no siendo el contrario no menos calificado que el primero a quien temí mucho. Y es verdad que deseo saber si puede haber alguna regla que aproveche para quietar el ánimo, porque nos la deis, que según he oído decir muchas veces está en la mano del hombre el aumento del miedo de su ánimo.

–Entonces –respondió Charilao–, el mejor remedio que yo hallo es no ofender a nadie. Porque cuando el contrario fuere de tan mala conciencia que

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

os incite, llevéis tanta razón que ella os saque sin más armas libre del peligro. Porque el que sin ella y sin destreza entra en la batalla salir de ella lo paga, con tal que sea vuestro ultimado concepto defenderos del adversario, esto no perdiendo punto. Porque el hombre de honra que riñere ha de procurar poner menos miedo a los que miran la pendencia que al contrario con quien la tiene, porque después no se le atrevan los circunstantes, viendo que es tibio en las veras y que las obras no corresponden a la opinión que de él tenían. Y para que esto sea como conviene, no imaginéis que vuestro contrario os tiene en poco, ni que os ha de suceder en aquella pendencia algún mal grande porque el temor de pasar por él, os so- [fol. 60v] -obrevendrá el miedo, el cual favorece y aumenta a la sospechosa imaginación y, llegando a la obra, viendo a vuestro contrario sin miedo, se os augmentará el que lleváis, por lo cual os sucederán grandes peligros.

Remedio para vencer.

Lo que debe pensar el hombre de honra.

El oficio del miedo.

–Porque como cada parte es amiga de conservarse en su todo y la voluntad es la que ha de mandar a la virtud animal para que obre la espada por causa de la medrosa imaginación, salen torpes los movimientos de las heridas y no son de algún efecto las defensas. Porque cual es la disposición de la potencia tal es el acto que se sigue de ella, principalmente que el miedo diminuye las fuerzas del cuerpo y quebranta las del ánimo y estraga las de la memoria, lo cual sucederá al trocado si con discreta consideración imagináis que el otro es hombre también y que por la mesma razón viene sujeto al caso y acaecimiento, como vos, por lo cual no puede dejar de traer miedo. Y teniendo vos esta imaginación, se os diminuirá vuestro miedo, pues es verdad que se os augmentaba con lo contrario.

Cuál es la disposición de la potencia tal es el acto.

Efectos del miedo.

Lo que deber el hombre considerar para salir bien de la pendencia.

–Agora, pues, llegando a poner las manos a la obra, como el adversario os ve sin miedo, dase a entender que lo tenéis en poco y augmentársele el que trae, y viéndolo vos con tanto miedo acábaseos de diminuir el vuestro, y en el rigor del peligro obráis con facilidad y esfuerzo, que es una determinación de la voluntad en las cosas arduas y difíciles en que de presente se espera la muerte o otro gran mal, con propósito de vencer o morir, sin buscar otro medio. Así que ha de ser mayor el esfuerzo del varón en la mayor necesidad, que es donde crece y se esmera la virtud y conseguís vuestro deseo mediante la verdad que estuviéredes aprehendida en el entendimiento. Así que el hombre teme o se acobarda porque imagina en lo que le han de [fol. 61r] Hacer, y por el contrario se esfuerza y confía cuando imagina en lo que él ha de hacer al adversario.

Medicina para el miedo.

Que cosa es esfuerzo.

Entonces, pidió Eudemio a Charilao que le dijese cuál de las especies del entendimiento obraba y tenía más que hacer en la destreza, porque ya sabía cómo se hallaba la verdad en él, y le declarase también el objeto de cada uno y la excelencia de sus actos y divisiones. A lo que replicó Charilao:

–Ya me parece que podríades jubilarme según ha tiempo mucho que hablo en esto y de solo, agora más que nunca, porque veo que se multiplican las dudas con la venida de la noche, de suerte que parece querer más apurarme que declarar el deseo que tenéis de satisfaceros. Pero con todo eso holgaré, aunque sea a mi costa, de quedar en opinión de hombre que tiene puntual la obediencia de sus amigos que no de severo y riguroso en lo poco que sé. Y hágolo por no ser como algunos que usan violentamente de la autoridad y presumpción con los que tratan, porque no se les atrevan como astutos y recatados que saben que las han de ignorar, estando obligados a entenderlas, si es verdad que la presumpción obliga. Quiero dar lo que pedís,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

porque vaya duplicado el servicio, con tal que lo habéis de oír cual ello fuere sin mofar del orden hasta que pongáis la mano en alguna obra que tenga erudición e ingenio para que juzguen piadosamente de vos aquellos que con tanto rigor habéis tratado sus escritos, que a mí bastábame haber declarado alguna parte de la destreza verdadera que del todo ignorábades, sin querer agora que me ponga a tratar cosas extraordinarias de la profesión del diestro, aunque en lo esencial no lejos de nuestro propósito, pues toca en muchos puntos en la inteligencias de la destreza.

–Y viniendo al entendimiento, digo que es lumbre que infundió Dios en la alma a semejanza de una tabla [fol. 61v] rasa donde no hay cosa alguna pintada, según Aristóteles, cuyo oficio y acto es contemplar siempre en la verdad que es su objeto, el cual se divide en agente y en posible. El entendimiento agente es el que hace universalidad en todas las cosas, y tiene por oficio desnudar las especies de las imágenes y poner las cosas en el entendimiento posible, porque, como se requiere que la luz desnude las semejanzas de los colores y las traiga a la vista mediante los rayos visuales, así el entendimiento agente, lumbre de la alma, pone las especies desnudas y apartadas de la fantasía en el entendimiento posible que es el último de las inteligencias abstractas.

Qué cosa es entendimiento.

El objeto del entendimiento.

Qué es entendimiento agente.

–Pero sabed que la imaginación y el entendimiento posible no tienen la potencia de una mesma especie, como algunos han dicho, y es la causa que la una es potencia de la ánima sensitiva y la otra es potencia de la ánima razonal. Y llámase entendimiento posible porque puede recibir tales especies, pero el entendimiento especulativo y el práctico consisten ambos en el conocimiento. Mas difieren en esto: que el entendimiento speculativo conoce lo que es verdad porque lo es, pero el entendimiento práctico conoce lo verdadero porque es bueno, de manera que el fin del entendimiento speculativo es la verdad, y el fin del práctico es la obra, y por parte del uno conocemos lo que es justo, y por parte del otro vivimos bien y mortalmente. Yo he salido de la obligación en que me pusistes y entiendo que aunque no en el todo, en parte os he satisfecho.

Por qué se llama entendimiento posible.

Qué es entendimiento especulativo.

Qué es el fin del entendimiento práctico.

Sino que entonces Meliso, como hombre que había frecuentado los estudios de la filosofía, conoció lo mucho que faltaba, y díjole:

–Paréceme que pasáis livianamente por lo que toca a la razón y sus partes, y quién las tiene tan [fol. 62r] buenas como vos, no es justo que deje en esta materia cosa que no toque y dé puntada como hecistes en las cosas de la destreza.

Después que Charilao vio la determinación de sus amigos y que no aprovechaba eximirse, no rehusó la empresa y, aunque se le seguía trabajo, dijo:

–Por sólo eso holgara de no haber tomado la mano y mucho más que la toméis vos agora para tratar de lo que resta. Pues lo sabéis mejor, corrigiendo de camino las faltas que ha tenido mi discurso, que no soy tan desvanecido ni estoy tan cansado con mi opinión que piense que han sido pocas y pequeñas, aunque la mayor falta que yo hallo es haber hablado con alguna desenvoltura en vuestra presencia. Pero tiene disculpa mi atrevimiento si consideráis que lo he hecho más por obedeceros y por cumplir con la destreza que por enseñaros lo que también entiendo que sabéis y tanto tiempo habéis enseñado. Porque de estas cosas, y aun de las demás, solamente

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

sé lo que más conviene para la razón de la destreza, porque sin ella ninguna cosa puede permanecer entre los hombres.

El oficio de la razón.

–Porque la razón es una fuerza del ánima que de su parte comprehende las causas de las cosas más apartadas, no solamente las que hay en el mundo presentes, como hace el sentido, mas las que están en los cielos. Y así, por ser la razón, deidad tiene el lugar más alto y principal desde dónde entiende las cosas divinas y humanas el acto de la cual solamente se emplea en investigar y sacar por rastro la verdad y servir en esto al entendimiento.

Las partes de la razón.

–Y para ello tiene dos oficios diferentes, conviene a saber mover y conocer, de manera que cuando la razón juzga que alguna cosa es buena o mala se llama cognitiva, pero si pasa más adelante y juzga que las cosas son buenas para que siéndolo se pongan en obra, se llama moti- [fol. 62v] -va, y si prosigue más con su acto para no solamente juzgar que las cosas son buenas, sino que las apetezca y las codicie, llámase entonces libre albedrío. Porque comprehende en sí razón y voluntad defensora, que hace todo lo que le parece por ser la más libre de todas las potencias, pues ella manda, como hemos dicho, a la virtud de los sentidos. Pero falta su dominio en las potencias del ánima vegetativa, con las cuales no se extiende su imperio, porque la nutritiva y la generativa y la aumentativa, no según nuestra voluntad mas naturalmente hacen sus efectos.

Qué es libre albedrío.

En qué potencias obra la voluntad.

–Dejemos a una parte que el objeto de la voluntad es lo bueno, pero hase de entender bien deseado y no existente, la cual se divide en natural y en deliberativa, porque sepáis que la alma obra según las diversas potencias que tiene. Pues conoce la verdad por parte del entendimiento práctico, se aficiona a lo bueno y, conferiendo lo bueno con lo malo y lo verdadero con lo falso, divide esta diferencia con la razón consiente. Por la voluntad halla medios a las cosas, por el ingenio incítala a lo bueno, la motiva de manera que el orden que trae el alma en su familia es el que se sigue. Que lo que el entendimiento recibe la imaginación lo representa y el conocimiento forma y el ingenio busca y la razón juzga y la memoria guarda y la reminiscencia despierta a la memoria y la inteligencia aprehende y lo lleva todo a la contemplación. Así que la alma conoce las cosas presentes por el sentido y las ausentes por la imaginación.

El objeto de la voluntad.

División de la voluntad.

Los oficios de las potencias interiores.

–También tiene la alma otros actos que pertenecen al cuerpo, conviene a sa- [fol. 63r] -ber el vegetar por la virtud natural y el sentir por la virtud animal y el vivir por la vital, de manera que cual es la potencia, tal es el objeto, como vemos en la esencia y en la virtud y en la operación que tienen este orden, que de la esencia sale la virtud y de la virtud, la operación, y como fuere la operación así pide el objeto.

Cuál es la potencia, tal es el objeto.

–Ya habéis visto parte de los materiales sobre que se forma la destreza y habéis entendido el oficio que tiene cada una de sus partes y oído la demostración del alma y el oficio que tiene cada una de sus potencias, dicho todo conforme a la brevedad del tiempo, porque dejo lo que resta para tratarlo en los demás libros largamente.

–Sabe agora por remate de nuestro razonamiento que una parte de la destreza consiste en la arte y otra en la experiencia. Lo que toca a la arte son los preceptos y fundamentos verdaderos de que se compone, los cuales nunca

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

se han de mudar, según Aristóteles, la fuerza en flaqueza, ni la flaqueza en fuerza, porque no puede haber dos contrarios en un subjeto. Y lo que toca a la experiencia es diligencia en la aplicación de la proposición, presteza en el movimiento, fortaleza en el peligro, sagacidad en la prosecución de las tretas, ligereza para salir de ellas previniendo a la potencia, consejo en las mesmas cosas para adaptarlas conforme al lugar y al tiempo, no haciendo cosa jamás en destreza de la cual no se pueda dar causa probable y, sin haberla bien entendido, para que no falte la treta en el peligro.

La parte de la destreza que toca a la arte.

No se debe hacer cosa en la destreza sin entender la causa.

–Bien, entendiendo todo lo dicho hasta aquí –respondió Meliso–, y concluyen esas razones y hame satisfecho la digresión con que nos habéis mostrado tan claramente la majestad de la destreza, absolviendo de camino la duda que tenía- [fol. 63v] -mos en entender cómo podían servir tantas cosas necesariamente a la ciencia de ella, aunque también os digo que por no ser este el lugar proprio para sus particularidades, es causa para que yo no responda y ponga objecciones a lo que habéis dicho, pero ya que el hombre sepa todas las cosas referidas y el cuerpo esté medido en las diferencias de las posturas ¿cómo nos hemos de haber?

Resolución de toda la ciencia.

–Fácilmente sabréis cómo se podrá ganarlo, que en un perfil se pierde –respondió Charilao–, y por qué partes, estando ya reguladas, se ha de acudir para darle a la herida su valor, porque entended que las tretas, aunque sabéis que son movimientos, tienen la compostura de diferentes líneas, y cada línea tiene su naturaleza, de las cuales se componen las heridas formadas de los movimientos: grave, acuto, obtuso, circunflejo o mixto, y cada specie de movimiento se aplica a diferente parte de cuerpo. Y como todos los afectos tienen sus ímpetus con que nos mueven, así se ha de aplicar a cada afecto movimiento que con él se iguale en naturaleza para que la ejecución sea verdadera en el contrario. Porque si el movimiento es de otro género y desigual al ánimo del que aprende o emprende la herida, el ánimo dispara, aunque uno sepa muchas cosas, como se ve comúnmente.

De que movimientos se compone la treta.

Que se ha de aplicar la treta conforme al ahinco[1] del que aprende.

–Así que, regulado el cuerpo en todos sus perfiles, y puestos los grados a todos los movimientos, que son los que hacen la distancia de todas las cosas, se saca una universal infalible contra todos los perfiles y posturas, movimientos, compases y heridas, para no estar en duda a la defensión y ofensión del contrario, sirviéndole de universal en todas las posturas, en cualquiera specie de herida que se hiciere.

La destreza trata de universales.

–Por ese camino –dijo Eudemio– va la destreza por el de la ci-[fol. 64r] -ciencia y no tratarán en ella los hombres de bajo entendimiento porque ya la habéis sacado de las manos del vulgo, y agora quederá reservada para hombres nobles y sabios, que son los que de hoy en delante han de juzgar en la destreza, Y de todas las cosas inventadas, sola esta faltaba por reducir a ciencia, y con ella habrá mucho menos mal en los vicios desterrándolos porque las artes son maestras de la virtud.

Entre todas las cosas faltaba la destreza por reducir a ciencia.

Fin del diálogo de verdadera destreza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[fol. 64v]

Prólogo

El Comendador Jerónimo de Carranza a la gente noble.

Conociendo yo los daños y peligros inconsiderados que por la desordenada presunción y arrogancia a los hombres ignorantes que con todo cuidado la siguen manifiestamente siempre suelen suceder, y pareciéndome que ninguna fuerza de ingenio ni elocuencia y ningunas amonestaciones mueven tanto los ánimos cuanto los ejemplos de las obras ofrecidos y puestos delante los ojos de los hombres, quise pintar al vivo con los mesmos colores la vida, costumbres y destreza de los falsos valientes, para que los que así se vieren con voluntad nueva se persuadan a mudar el estilo de la vida pasada transferiéndose a otra forma nueva de hábito y conversación acompañada de otras partes que sirvan más para conseguir la gloria, sirviendo a Dios nuestro señor, y que más huya la gente del trato de estos tales, como de hombres atrevidos sin para qué y arrogantes de su natural, los cuales hallando aparejo en otros que loan el daño que hacen y aprenden el mal que dicen y creen las falsedades que inventan para hacer lo que quieren conforme al desfrenado brío de sus bajos ánimos, sin temor de ser en algún tiempo castigados.

Porque ningún hombre principal se ha de igualar con ellos, cobran osadía grande para hacer y decir el mal que les parece de lo bueno y, menospreciada la justicia, porque están ya manoseados de [fol. 65r] Ella, y atropellada la razón, descuidados de la virtud, siguen a sus dañadas imaginaciones hasta que los dejan el peligro, y embriagados con la dulzura de sus maldades, teniendo por ministros de ellas a los vicios, hinchen de increíble arrogancia el pueblo todo y los demás ignorantes de todo, viendo que salen estos con el mal que quieren y escapan victoriosos de las maldades que emprenden y de las mentiras de que son autores, sin ser castigados, confiadamente se entregan a su amistad y con ella a los vicios, dejando guiarse de la maldad con desordenado ímpetu en medio del cual muy presto dan al través con su vida y honra, si la puede tener, entonces quien tan sujeto y entregado está a vicios abominables.

Mas de esta manera, avergonzados algunos de ser reprehendidos, pondrán de aquí adelante gran diligencia para no caer en semejantes yerros, y los mancebos inflamados con el deseo y gloria de loor cobrarán mayor ánimo y ardimiento para mostrarse en las virtudes siempre señalados varones convirtiendo la naturaleza del mal afecto en noble y perpetuo hábito de virtud. Y vendrá a ser esto para todos un dechado que reprima los desordenados ímpetus de los mancebos, deteniendo como en cárcel estrecha sus acometimientos y temeraria osadía, y quebrantado la rebeldía y aspereza de sus cervices no domados con la gravedad y dureza del yugo de la virtud, será causa de que tengan más atención y cuidado en proseguir el curso de su vida, huyendo tales conversaciones y tratos con que se ofende el servicio de Dios.

Y su vida traen arriesgada siempre porque es manifiesta y conocida cosa que tales, por la mayor parte, son los hombres cuales son las personas con quien desde su juventud se acompañan, por- [fol. 65v] -que siendo mancebos y sin experiencia alguna, que no se halla sino en los de mayor edad, y siendo deseosos de grandes cosas, como por mayor parte suelen ser los

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

grandes ingenios, son fácilmente persuadidos, corrompiendo sus limpios ánimos con el dulce brebaje de la arrogancia y presunción que ciega y embriaga a muchos que pudieran ser excelentes y señalados varones pero engañados de los tales, piensan entretejerse los tristes más fácil y confirmadamente en el ilustre nombre de fortaleza y valentía, que no livianamente se concede a todos los que pretenden ser contados en su número, como si no se hubiese visto y entendido por experiencia que los fuertes siempre engendran por la mayor parte a sus semejantes, y los toros y caballos animosos heredan la fortaleza de sus padres y las águilas feroces nunca engendran palomas cobardes.

Pero como esto alcanzan o lo procuran por arte o traición lo que por virtud de ánimo manifiestamente no pueden alcanzar ni acabar con las gentes, cargados los miserables de aquella vana imaginación y de la falsedad que en sus entendimientos conciben, si acaso se ofrece, como muchas veces he visto y considerado que alguno de estos tenga necesidad de sí mesmo, al punto aquellas tragedias que por su fantasía vieron pasar, persuadiéndose que como eran fáciles de representar y ofrecer al entendimiento, lo serían de hacer y poner en obra, como si fueran inútiles sueños, en el tiempo de la necesidad se les ausentan lejos de la memoria, dejándolos desamparados en medio del peligro, sirviéndose entonces de sus armas, destreza, arrogancia, y fieros, con el mesmo efecto que el ciervo de las suyas, viendo pues cosas tan extrañas y que los peligros [fol. 66r] iban en augmento grande, y a la gente tan endurecida y pertinaz con sus malas inclinaciones que casi no llevaba remedio poner la mano en corregir y refrenarlos, parecióme que sería bien imitar en esto la costumbre antigua de que los lacedemonios solían usar para apartar los mancebos de los vicios públicos, la cual era compeler a los siervos a beber mucho vino puro hasta que los dejasen embriagados y fuera de sentido y, teniéndolos de esta manera desatinados y furiosos, los llevaban a do estaba la juventud de Sparta para que en los desvaríos y embriagues de los esclavos viesen representada su imagen, por cuyo ejemplo, movidos en extremo, aborreciesen una cosa tan abominable.

Porque, como dice Anacarsis, cuyo ingenio parece no haber sido criado en la aspereza y demasiada ignorancia de la bárbara Scythia, mas haberse producido en la policía y liberales disciplinas de Grecia en la cual se trasplantó, abstendríanse los hombres del vino si pusiesen delante los ojos los torpes movimientos de los embriagos, así poniendo yo al presente delante de los ojos de la multitud la mala vida y corrompidas costumbres de estos, que con tan desordenada consideración se embriagan en la dulzura de los vicios.

Paréceme que, inducidos los mancebos con los ejemplos presentes, tendrán en lo que es de hoy más la abominable vida de estos que de alteración y osadía grandísima hinchen la mayor parte de la ciudad, estorbando a otros del verdadero camino de la virtud, los cuales a lo menos con esto corregirse a poco a poco enmendado alguna parte de los muchos vicios. Pues cerramos con publicar esto la fuerte de donde mañan las mayores enfer- [fol. 66v] medades para el curso de la vida política y perdición de los ingenios que comienzan, los cuales son como cera, que fácilmente se estampa en sus ánimos la maldad, y es cierto que todo lo que en la edad tierna y no madura se le enseña permanece siempre y es perpetuo en ellos, por lo cual puede claramente juzgar cada uno si es razón poner gran vigilancia en este caso. Porque, infundiendo de aquí adelante en los tiernos ánimos de los mancebos el amor

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

de virtud y no corrompidas costumbres y lo que es realmente buena destreza, se produzca en ellos el amor para con los virtuosos, y el claro entendimiento y verdadera elección de limpias y honestas opiniones. Y crecerá en ellos con el mesmo deseo la cudicia de aumentar en virtud al común, y por el contrario diminuir el vicio, como si solamente para utilidad de sus próximos y no para sí mesmos fueran nacidos.

Aunque, por otra parte, me parece que es tanta la ingratitud del vulgo para los que corrigen, que ni conoce los grandes beneficios que de ellos recibe, ni entiende el provecho grande que de ello le resulta, no admitiendo los sanos consejos, ni juzgando por verdaderos los ejemplos que para persuadirlos ante los ojos les son representados. Y es cierto que los que en pago de sus grandes trabajos reciben de los ignorantes invidiosos reprehensión o menosprecio en recompensa del galardón que con justo título les es debido, tienen ocasión grande para perder la voluntad que tienen de querer proseguir las honestas y provechosas obras de virtud que emprenden.

Pero tendremos en esto un señalado bien, entre otros, que recibiera el común, y es que él que desfrenadamente dijere mal de ellos o no [fol. 67r] le pareciere bien, habiendo dado todos los hombre doctos y discretos su parecer para la publicación, se podrá con facilidad juzgar que se ha visto en el espejo y que responde a la imagen que al natural le hemos representado, queriendo pleitar con el autor como universal reprehensor de los vicios públicos. Porque el vulgo ignorante pierde tarde sus antiguos costumbres. Mas, volviendo en si con esto, seguirán en todo casi forzados por la reprehensión del derecho camino de la razón y virtud, y no por las torcidas afecciones de los hombres, los cuales muchas veces por congraciarse consigo mesmos y por adular a los demás sus semejantes, se enamoran de sus vicios proprios y, cerrados los ojos de la razón, los siguen por un ordinario curso, no de otra manera que si muy esclarecidos y excelentes virtudes fuesen.

Todo esto digo porque la condición humana es de tal calidad que cuando una vez va de caída, no tiene término o medio alguno, no parando hasta ser despeñada en el extremo mal de los daños sólo por casarse con aquella imaginación y loco pensamiento que consiste más en la vana sombra de felicidad, que los hombres ignorantes imaginan, que en la verdad y cierta gloria de virtud. A lo cual sería razón que fuésemos inclinados por no tiranizar falsamente el crédito que pertenece a los buenos y virtuosos, y les es proprio suyo. Porque, a lo que estoy persuadido, todos aquellos a quien el deleite, la ociosidad y el vicio traen gobernados a su albedrío tienen invidia a aquellos que pudieron seguir sin cansarse estrecha senda de la virtud, sufriendo con mal ánimo que haya hombres que tengan y posean por ella lo que a ellos mesmos les falta. Y como la honra es de tantos colores, usúrpanla con en- [fol. 67v] -gaños. Entiendo que la estimación alcanzada por traiciones y invidias es de los mesmos quilates que la alcanzada por virtud y verdad. Mas yo les certifico a los tales engañadores públicos que, aunque la tiranía es lugar y estado muy dulce donde los cobardes invidiosos con suavidad grandísima se recrean, no tienen otra salida ni fin si no es la espaciosa entrada del infierno.

Pero ¿qué les aprovechan semejantes amonestaciones? porque, como son hombres poco justos que tienen más respecto al particular suyo que al bien común, usan de tales engaños con las gentes cierto dignos de graves penas y de pública reprehensión. Pero paréceme que puesto este remedio contra la alteración vulgar según por experiencia lo he alcanzado que dende

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

hoy adelante, avisada y advertida la gente de estos daños, vivirá más quieta y reposada, habiendo y entendido que es necesario que no la leche mamen los mancebos la virtud y buenas costumbres para que con la edad crezcan y, cuando grandes, se confirmen en buenas obras, de las cuales resulte loor a los mesmos bien al común y gloria a Dios.

[fol. 68r]

Razón del segundo Diálogo

Ya que en lo pasado absolvimos todas las dudas que se han levantado contra la destreza y tratamos de lo más principal que toca a su teórica para declararlo particularmente en otro lugar, viendo agora que el mal que nunca se ataja siempre crece, no contentándome con haber dicho la verdad en el diálogo primero, me pareció en éste mostrar también la causa de la falsedad de estos que tienen por menor mal errar en todo que confesar que ignoran algo, consistiendo la mayor prudencia en conocerse los hombres. Pues de sólo aquel se admiran los sabios que conoce su ignorancia, y porque también se vea manifiestamente cómo no está en más ya nuestro acertar en destreza que en no imitar la del vulgo, cuya ignorancia está siempre en su principio, trataré lo mejor y más natural que pudiere las sectas y costumbres de los falsos diestros, pintando al vivo su trato, para que los que así se vieren corrijan y enmienden su vida. Y de hoy en adelante los demás que no los conocen, viendo esto, teman entrar en laberinto tan confuso donde se halla el mayor mal de los males, que es tener el hombre opinión falsa en lo que le va la vida.

Porque no se puede con verdad llamar arte la que en razón no se funda, ni ciencia la que no consta de principios necesarios. Y para que mejor se entienda lo mucho que a los vulgares falta en todo cuando se ofrece ocasión, traemos a cuenta algo de la verdadera destreza, declarando por falsa sus tretas así en universal como en particular, quitándoles a los profesores la máscara con que hasta este punto han engañado al mundo con sus mentiras y valentía aparente, estando toda la fuerza de la destreza en [fol. 68v] hacer y obrar en las veras lo que se enseña en las burlas, como está obligado el que da la ley a guardarla, y por que, conocidas sus falsedades, los cuerdos les den la mano para siempre, como a hombres que, no sabiendo por donde va la razón, sabrán menos por donde ha de ir la espada que se funda en ella, no presuman de alguno de estos que es diestro hasta que en el peligro lo pruebe, que es el trance verdadero para que fue inventada la ciencia, y, hecha experiencia de su persona, den algún crédito a la doctrina que enseñare.

Porque la majestad de la destreza y sus verdaderos efectos más consiste en el buen uso de ella que en la posesión y arrogancia de los esgremidores. Y no le parezca a algún curioso imprudencia, tratando esta obra de materias tan altas y nuevas, haber entretejido en ellas el diálogo de la falsa destreza, creyendo que se deroga en alguna manera la estimación del autor, que no ha sido sin consejo. Porque, comunicándolo con varones doctísimos y religiosos, aunque hubo algunos que estuvieron tibios al principio, después que vieron la causa y entendieron la enmienda que se seguía de él afirmaron que convenía para refrenar los vicios y maldades públicas, ayudaron con su voto y, acostándome a la parte de los más con el parecer de todos, resumí el mío y determiné de ponerlo, porque si se errase el yerro fuese más calificado

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

y buscase cada uno defensas y disculpas, puesto caso que será una corrección universal para todos los estados de gentes

[fol. 69r]

DIÁLOGO SEGUNDO QUE TRATA DE LA HIPOCRESÍA DE LOS BRAVOS Y DE SU CORRUPTA DISCIPLINA.

Después que Charilao, como experimentado en el ministerio de las armas, declaró alguna parte de la verdadera destreza, todos quedaron muy contentos de sus razones y, tornando entre si a repetirlas confiriendo las unas con las otras, hallaron gran certeza y verdad en ellas. Y parecíales también que deseaban ver ya las demostraciones de la destreza para seguir el uso de ellas con todo cuidado. Y con esta cudicia de saber, se tornaron a ver en palacio otro día más temprano de lo acostrumbrado. Y después de haber gozado de las razones y sutiles dudas que el valeroso duque les puso como quien sabía cumplidamente las partes de la destreza verdadera, y celebrando mucho las vivas respuestas que daba a todas las cosas que le proponían con una rara cortesía y afable voluntad, honrándolos mucho, después de haber oído misa les dio licencia y se fueron juntos en sus caballos hacia el lugar do habían estado el día antes, hablando por el camino en la discreción y buen donaire con que este príncipe trataba las cosas de caballería, encareciendo la mucha parte que en todas tenía sin hallar en el cosa que fuese común. Antes las juzgaban todas por tan excelentes y escogidas que unas ajustaban con su [fol. 69v] grandeza y otras la excedían, considerando su gran juicio y maravilloso ingenio y constante ánimo y en la perseverancia que tenía en hacer mal a caballos de ambas sillas, en ejercitar las armas y tratar la música y seguir la caza de la volatería, cosa deleitosa al ánimo, y en montear y matar las fieras.

Al fin lo hallaron cumplido en cosas que la mucha habilidad y en grande ánimo se quedan siempre esperando al uso, por ser las unas tan peligrosas y las otras tan difíciles, de las cuales hallaban cumplidamente adornada su tierna edad. Y con esto lo juzgaban digno de memoria no menos gloriosa que la que el mundo da a sus pasados, prometiendo su valor mayores cosas y, aunque dejaron de tratar particularmente de sus raras partes por ocuparse en la destreza, no por eso los dejó la admiración de su grandeza.

La ocasión de este diálogo.

Y con el contento que les daba esta consideración, llegaron al lugar señalado donde se levantaron nuevas pláticas en admiración de las que habían tenido el día antes, cuando los apartó de aquel pensamiento la venida de un hombre que, aunque al principio fue a algunos molesto, después que entendieron su humor holgaron mucho con él y gustaron grandemente de su trato, el cual era un maestro de armas con quien tenía Charilao concertado que viniese por allí por dar algún contento a sus amigos que, sacudiendo la cabeza y torciendo la boca a uno y otro lado y rizando los bigotes, la mano puesta en la barba y haciendo muchas vueltas y meneos con la espada con el paso largo y espacioso a los que no lo conocieron espanto y llegando muy mesurado a ellos, los ojos abiertos en una extraña postura, el pie izquierdo delante, les habló con una gravedad y voz tan hueca que [fol. 70r] más admiración les puso.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Y preguntándole Eudemio que era lo que quería, respondió el maestro rugando la frente y torciendo la boca, el sombrero en la mano:

Con lo que espanta el cobarde.

–Vengo acá porque se me mandó y soy obligado principalmente a ver si hay algo de nones en que podamos servir al señor Charilao. Arrójeme acá, esas manos besaréselas, que le debo más que a mi padre y que a todo mi linaje por la rosa abierta. Si se ha de decir verdad no hay que tratar más en ello.

–Yo os lo agradezco, Maestro –dijo Charilao–, y sabed que este caballero– señalando a Eudemio –os es afeccionado por lo que yo he dicho que sabéis de las armas.

–Pues si bien lo supiese –dijo el bueno del maestro–, con razón lo sería, porque le serviré en ahijadamientos y en otras mil cosas a cada paso.

En esto Polemarco, que lo conocía bien y tenía notica de su braveza, rogó a Charilao que se fuese de allí, porque el maestro, vié255rndose sin él, estaría sin respecto y hablaría algunas cosas que les diesen contento. Y Charilao por agradarles se partió de allí diciendo:

La segunda causa de este diálogo.

–Maestro, mientras yo voy a un negocio que se ha ofrecido, porque no estén ociosos todos, declarad a Eudemio parte de los secretos que en la destreza y valentía habéis alcanzado. Y vos Eudemio, pues habéis de ser juez y testigo en esta causa, escuchad bien lo que el maestro dijere, que os hará gran provecho, porque no podrá el engaño que hay en las tretas de esto concertarse tan artificiosamente que por alguna parte no se descubra.

–Vaya con Dios, señor mío –respondió el maestro–, y no detenga cantidad. Y volviéndose a los que quedaban espantados de ver su talle y habla, dijo a Eudemio:

–Gentilhombre, ¿sois aficionado mucho a las armas y al pelear o sois diestro? ¿Por ventura habéis ganado algu-

[fol. 70v]

-na lección de algún buen hijo en esta vida? Decidlo ya. No tengáis recelo, que solos estamos, pues sólo yo soy él que sabe entre todos la verdadera destreza de las armas.

–En mi vida –respondió Eudemio– he tomado lección, y haréisme la mayor honra del mundo en adiestrarme, porque siendo de tan buena mano como la vuestra será grande el provecho.

–Creedlo así –dijo el maestro–, y aconséjooslo porque me parecéis hombre llano y porque tocáis al buen amigo que se fue, y lo haré porque sospecho que merecéis ser mi discípulo.

–Decidme por vuestra vida –replicó Eudemio–, que no saldrá de entre nosotros, pues ya me tenéis por amigo, ¿sabe algo de las armas Charilao?

Desdén del vulgo ignorante.

–No hay qué decir en verdad –respondió el maestro–. Razonable mozo es, bonico pelea, bien entiende, por ahí conmigo ha comunicado algunas cosillas. En fin, sabe algo, pero no tengo la mano llena de su destreza a los que enseñan en secreto estocadas sin reparo, y algunos de los maestros no les parece bien lo que sabe. Ello es aire todo, pero bonico esgrime, razonablemente lo plática para no ser examinado. Aquí estoy yo, que sé más en lo que tengo olvidado que en cuanto él sabrá. Y si quisiera, él se aprovechara mucho en verdad si pasara adelante con las lecciones comunes que todos sabemos de pocos días acá.

–No lo entiendo por qué hace allá unas esgrimas por el aire, y quiébranme la cabeza unos y otros qué es gormetría, y que ya se ha hallado no sé qué verdad en la destreza de las armas. ¿Qué es gormetría, por vuestra

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

vida? Es algún hombre extranjero que no oso decir a los que me lo preguntan, que no sé quién es, porque me ternan luego por edioto. Pero también hay veinte por allí que dicen que lo conocen. [fol. 71r] Pero si es éste un extranjero que screbía personajes en las armas y ponía pintada de colores toda la esgrima, esto holgara yo de ver, porque es cosa linda.

Lo aparente contenta al vulgo.

–También me loan a mí los amigos. Mas no sé que me diga de ello, sino que es un viento todo lo que sabe, y lo que yo es todo uno y de un mesmo gentío salimos, y ríome que en habilidad se quiera igualar conmigo. Encajad en esta derecha los cinco, que en verdad os digo que se le olvidan las trechas en mi presencia. No lo digo porque lo sepa, que me ahorcare, pero que se me puede dar acreditando él todos sus negocios conmigo. He sido su tercero cien mil veces, y lo he levantado del polvo de la tierra, y agora es muy mi señor, aunque reconoce todavía al buen hijo. Dejémoslo. No hay que tratar en ello.

–En verdad –dijo Eudemio– que, como todos, estaba yo engañado, porque me decían algunos que sabía mucho en esto y que nunca tuvo maestro, y persuadíanse a ello, por ver la diferencia que desde el principio hacia su destreza a la de todos.

–Así háblase –dijo el maestro–. ¿Qué puede saber ese mozo que no sepamos aquí? ¿Todo lo de las armas no son heridas? Pues heridas sé yo, y heridas tengo en esta persona, contrarios sé, golpes de tajo y revés entiendo, que es por vuestra vida una en todos y dan tanto al que bien hila como al que mal. Y todos tenemos un nombre, porque en el que parece mejor paño, hay mayor engaño. Y veamos por qué han de tener a nadie en más que a mí, pues en mi presencia no hablan estos esgrimidores. Y es porque han miedo que si hablase yo lo que sé, ningún hombre nacido ni por nacer me entendería, pues las mesmas armas me conocen y los profesores de ellas se me rinden.

A esto Polemarco, que muy atento gustaba de lo que el maestro hablaba, le [fol. 71v] atajó diciendo:

–Paso, que Charilao no es esgrimidor, ni trata de eso más de por su contentamiento, que para sola su contemplación lo supo, y hizo sin haber para qué muchas veces en veras y burlas con varios gestos la experiencia de ello. Y no me espanto de lo que decís, porque sé que la virtud que menos veces se halla es más estimada de unos y murmurada de otros. Y seáis vos en eso tan descomedido como algunos ignorantes que, no hallando faltas que poner en su persona, le han dado ese nombre cuando pregunta por él, vituperando la virtud ajena no de otra manera que si un idiota de invidia dijese a otro que no lo fuese en desdén teniendo en poco. Andad que sois un hábil haciendo burla de él.

–Pues de eso que voz decís –respondió el maestro–, si hemos de decir verdad, ni he visto yo lo uno ni lo otro, y otros me lo han dicho a mí.

El invidioso pone duda en lo que vio y niega lo que no vio.

A esto replicó Polemarco:

–Charilao ha ganado el crédito con la gente principal y con los hombres que saben, y en él esto no es opinión como en las otras gentes, sino verdad averiguada con la experiencia. Y de esos que vos decís no hace él ningún caso. No los trata porque no son sus iguales, porque no ha de entrar en parecer el vulgo ignorante con los hombres graves y discretos que juzgan las cosas sin pasión despojados de todo género de invidia.

–Y no fuera bueno, diga agora el señor –respondió el maestro–, que lo viéramos todos para que no tuvieran que decir contra él.

Los buenos son rectos jueces.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Bien fuera –replicó Polemarco– si vos y esos que decís lo entendiéredes. Y según vuestro parecer, hizo mal Charilao la vez que le sucedió alguna cosa en no dar un pregón como jugador de manos para avisar a todos que lo supiesen y lo viesen, y acertáralo porque las cosas que han hecho los vulgares y gente [fol. 72r] baja no las hubieran tenido por imposibles. Mirad, Maestro, que no son esos hombres con quien se ha de procurar el crédito, porque si esos lo loasen entenderíamos que Charilao es otro tal como ellos. Y quien no se conoce a sí, cómo podrá conocer el merecimiento de los otros ni estimarlo. Y sabed que él se puso de industria mal con ellos para manifestar la diferencia, porque lo que más han de procurar los buenos es apartarse de los males.

Por imposible tiene el vulgo lo que no entiende.

–No queréis alabar tanto –dijo el maestro– a quien quiere probar la destreza por astrolofía.

Filosofía.

–Eso hace –respondió Polemarco– porque no hablen en ella los diestros sino doctos, aunque vos quisistes decir filosofía.

–Con todo eso –replicó el maestro– me espanto el poco caso que hace de cuánto han dicho de su destreza. No lo hubieran conmigo, que soy un mozo apitonado, más que sería si Eudemio, que comenzó a decir mal de Charilao y lo ha escuchado todo, fuese él que se le contase. Pero él es tan buen mozo que sufre a otros peores por no igualarse con ellos. Muy bien lo sé, y él sabe que soy su mozo. Cien mil veces he estado burlando con vosotros. Pero dejemos esto y decid Eudemio ¿a que armas sois aficionado? ¿Por cuál queréis comenzar?

El miedo puede con quien puede la razón.

Y como Eudemio respondiese entonces que por la espada sola quería comenzar, habiéndose sonreído él y los demás de la cobardía del maestro, el maestro luego dijo así:

–Y cómo la sé yo bien, pecador de mí. Mas ante todas cosas pensad que no hay nadie que sepa más que vos. No conocéis quién os pueda contradecir, que este es para tener confianza de que sabréis mucho. Y si no lo supieras os quedaréis con la confianza que es la que más nos aprovecha en las armas.

El engaño primero del vulgo.

–Tomad, pues, la espada por medio y sabed que esa espada que todos traen es [fol. 72v] en todo semejante al cuerpo del hombre. Primeramente, el pomo es semejante a la cabeza, y del modo que el hombre sin cabeza no tiene vida ni sirve de nada, así la espada sin el pomo no es de ningún provecho. El puño es semejante al cuerpo y los gavilanes de la guarnición a los dos brazos, porque defienden las heridas. y la guarnición es semejante al vestido, la cual os defiende la mano de los golpes y pedradas, como os defiende el vestido del frío y del calor. Y así en todo lo demás que toca, sabed más agora que de esta guarnición hasta la punta se llama espada. Y en la lengua de buenos hijos se nombra hoja. Lo que está entre la guarnición y el pomo, que algunos llaman manzana, llamaréis vos puño. Y notad también que la espada hiere y el puño no, ni por pensamiento, y a quien ha sabido aplicaros la espada y todas sus partes al cuerpo del hombre llamaréis sabio en armas y único en destreza.

Aplicación ridícula.

Las pláticas con que engaña el vulgo.

Ninguno quedó entonces que no riese del maestro. Y Eudemio, disimulando la risa, dijo:

–Cierto es muy provechosa esa manera de aplicar y la más nueva que he oído a nadie, y para ser diestro importantísima. Buena entrada tienen las

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

armas para saberlas presto al primer golpe sacamos agua no es esto de perder.

Primera secta vulgar.

–Agora que sabéis todo esto –dijo el maestro– y cuál es el puño, meted la mano en él, poniendo la espada en la correa, y apartaos de mí. Haced como yo hago. Sabéis las constituciones de la escuela, sacad el pie izquierdo y mano para que las guardéis lo digo. La mano fuera mejor que la tuviéredes atrás, quedándoos puesto, en talle puesto digo, daos priesa, teneos, reparad. Aunque es temprano para saberlo, cuando da mi espada en esa vuestra se llama así. Quietaos, afuera, a un lado, filo arriba, vol- [fol. 73r] -ved, juntad el pie, digo tajo. Corred la mano por el filo, las uñas arriba. Ta ta, andad por allí conmigo. Quedo, recogeos a buen vivir, alzad el pie, poned la mano, ferrad la boca, no me hagáis gestos, tajo a aquella parte y a ésta revés. Así, tirad largo, juntaos conmigo, vaciad la espada, torna allí, pasad acullá. Desviad esta punta, arrebatad de tajo, arrojaos por sima. Sosegaos.

–Por cierto –dijo Eudemo.

El maestro mirándolo al través como en desdén y haciéndole burla de él a su parecer, respondió:

Segunda Secta.

–¡Qué poco sabéis! Temprano queríades competir con el maestro. Decíd pecador, si vos gustáredes, y yo qué diferencia habría entre mí y vos, siendo yo examinado en las trechas. Tomad esa espada digo y no la dejéis otra vez. Tirad un tajo largo como el mío y un revés a vuestro gusto más largo que me dé. Así tened los pies en el suelo firmes y la espada en la mano. Aventad una estocada con el pie izquierdo y cortando salid de revés. Buen aire tenéis. A un lado acullá haga una rueda, por allí, por allí que es contra rueda. Gánale el sol a su enemigo por aquella parte. Arriba de tajo, abajo de un mandoble con el mesmo pie, y pintaos conmigo el brazo como yo. Alzad esa espada con esta postura que es para los principios la mejor. Tentad esa espada, aunque es temprano para ello. Basta. Apartaos, tornad cargaos sobre ella, no a mí, ni os lleguéis tanto. Alzad un poco la mano, volvedla, retiraos. No lo hagáis, andad. Sí, por acullá, digo, afirmaos por lo más largo, que él hará razón que con esta podéis competir (miradme al gesto) con el primer inventor de las armas punta y hoja y contradecirle. Estas son trechas, hermano, [fol. 73v] venidas nuevamente por la posta, con esta postura o con el menor de las que os he dado rindió Micer Antioto a uno de Flándes y por gran merced y estimación que me tiene me la envió.

Gran riza les dio a todos del desatino del maestro y, conociendo Eudemio bien su humor, dijo:

–Pues sosegaos por vuestra vida, que no habéis dicho cosa alguna.

Subiósele entonces la cólera al maestro, y con un semblante que parecía que lo quería deshacer entre las manos, respondió:

La fanfaronía.

–Eso decís a una trecha admirable que en el mundo habrá quien la entienda, que no quede atemorizado de pensar hacerla, cuánto más ponerla en obra, qué lloro, qué planto, qué sangre, qué mozos pensáis que se habrán desdicho con sólo imaginar que el hombre con quien tienen pendencia alcanzó tanta ventura que mereciesee yo darle tantita lumbre de ella. Que allí donde la veis hacía caer enfermos a los que imaginaban que sus contrarios las sabían, y más si habían tratado conmigo dos días.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Tenedlas en mucho, que son sacadas de mi cabeza, tornaos a poner, alzad la espada, trocad los pies y dejaos caer al otro lado. Por lo alto digo. No reparéis en ninguna manera. Ya vais enmendado. No tiréis tan recio. Alzad el rostro, columbradme la espada, bajad esas cejas, dad muestras de hombre enojado, abrid bien los ojos que, aun burlándoos, tengan miedo, andad a priesa, que el un resuello se alcance al otro y tengan competencia al salir. Y se ha menester abrir las narices como a Quartago Extranjero. Llegad esa espada a mí y sabed que esta es punta que yo hago y la que hacéis agora vos es contra punta. Treta fuera desviaos allá…

Tercera secta.

–Esperad–dijo Eudemio–, que no la tengo bien entendida. Decidla otra vez que me parece buena.

–Burlándolo diréis –respondió el mae- [fol. 74r] -stro–, tornaos acomodar y miradme acá. Poneo. Veis cómo encamino la punta de vuestra espada a mi pecho, por debajo de la espada mía habiéndoos yo llegado a tentar. Esa es la punta. Miradme acá, la herida de estocada que yo agora envaso es contrapunta. Ha sido la treta más invidiada del mundo, en tanto extremo que el duque de Calabria y el Sofí y aun el de Sajonia muchos infantes y grandes señores me han suplicado, mandado, rogado, pedido por merced que, pues no me pueden ver, les envíe nota de ella. Y por temor de los peligros que por ella han sucedido y podrían suaceder, para saneamiento de mi conciencia, por vida de mis hijos no la quise enviar ni aun en nota, no porque no la daré de buena voluntad, sino porque es tan conocida en todo el mundo que nadie habrá que le vea que deje de imaginar que yo la hice, y que es una de mis principales invenciones en tanto extremo que en el infierno se tiene pública noticia de ella.

Lo más ahechado del vulgo.

–Espantado me tenéis –respondió Eudemio–, disimulando la risa que sus compañeros no podían refrenar –con esta treta vuestra, y holgara que no me la hubiéredes enseñado, porque en ese lugar que no me conociesen, y si todos los que la saben van allá, mucho se tardan con vos habiendo tanto que la sabéis.

–No entendéis, mozo –dijo el maestro–, palabra de lo que digo, que de haber con ella mis discípulos hincado la espada a muchos y de las horribles heridas, delicadas reveses, tajos no dé por allí luego estocadas rabiosas, desvíos únicos, reparos, mandobles, muerto cantidad se tiene larga noticia de ella.

–También la tendrá de vos –replicó Eudemio–, y no querría que los que en el infierno están fuesen personas a quien la habéis enseñado, por no ser ella tan buena como decís, yiéndola a hacer hayan muerto, que [fol. 74v] seríades digno de gran pena, y Dios, nuestro Señor, os lo demandara. Porque a mi parecer la invención de las tretas no se hizo para dañar ni matar a alguno ni para que con ellas maten al que las hace, sino para que sepa el hombre defenderse de los que procuran ofenderle.

Para qué se inventó la destreza.

–Donoso estáis –dijo el maestro, enfadado de tantas contradicciones–. Si eso fuera así, ¿qué valiera toda mi destreza, y en las armas y tretas mi rica imaginación de noche?, que siempre quedo con dos o tres a un cabo sin tomar espada en esta derecha porque yo no la he menester.

La manera cómo es valiente el vulgo.

–Créolo –respondió Eudemio– que harto mal sería que tuviese necesidad de espada quien también, como vos, lo sabe decir. Pues no será menester más de querer para matar. Y decidme, ¿de noche donde no sirve el sentido de la vista puede ser de provecho vuestra destreza?

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Yo os ruego –dijo el maestro–que no os pongáis con mis tretas en tantos puntos, porque no os daré otra, y me enojaré, que para vos será peor. Y no es menester esas preguntas porque yo tengo muy bien sentido a cualquiera hora.

Lo que se debe hacer con la destreza.

–No lo digo por eso–respondió Eudemio– mas porque el hombre es cristiano y ha de escusar todas las cosas en que Dios, nuestro Señor, se pueda ofender, y con lo que supiere no ha de dañar alguno.

–También lo soy yo –respondió el maestro, muy enojado– y con todo eso al que me enojare le daré cien coces, y al mesmo Diablo, si fuera menester. Miradme bien pues.

–Eso holgara yo saber –dijo Eudemio– porque sería de gran provecho.

–Eso es muy fácil cosa –replicó del Maestro– porque podéis dárselas muy a vuestro gusto y seguro con esta treta que sabéis, esa que yo os he dado y muy de mí habéis aprendido y aun a todos juntos, y no os pongáis en tantos puntos con vue- [fol. 75r] -stro maestro, porque son cosas que se sufren mal, y más cuando me voy un poquillo apitonando, aunque sois amigo. Catad, que sufriré primero que digáis mal de mi mujer y hijos que de mi destreza. Estando todos bien con ella, y enseñándoos yo de buena voluntad, y no parléis tan largo porque arrebataré la capichuela y liaré mi hatillo y me acogeré sin que veáis las tretas que en secreto me mandan que no las enseñe, porque son para despachar de improviso. Mirad por vuestra vida con quien os tomáis y a quien tenéis por maestro.

El modo de hablar de los cobardes.

Negaza que tiene el vulgo para engañar.

Y diciendo esto, muy enfadado, calló dejando a todos con mucha risa. Después que Eudemio pudo templar la risa que la ira y enojo del maestro le habían causado, viendo que caídos los ojos y de través lo miraba con mal semblante, dijo:

–¿será posible, señor Maestro, que sepa yo algunas de estas vuestras tretas defendidas que matan sin remedio, y como sabéis alquimia para matar. Por ventura ¿sabréis alquimia para hacer oro? Que yo ando perdido por hallar quién me la enseñe.

–Poneos a oficio –respondió el maestro, o haceos casamentero, o maestro de armas, que es más fácil que todo, y no penséis que os he de enseñar mis trechas, las defendidas, porque quien tan grande argumentador es como vos, si yo le enseño, bien en poco tiempo seréis tanto casi como yo.

–Si todo lo que sabéis es como lo pasado –dijo Eudemio–, sería harto fácil.

La facilidad con que hacen los maestros para un cosa tan difícil.

–¡O mal haya el Diablo! –respondió el maestro–. Fácil llamáis, señor, lo que tanto trabajo me cuesta con roturas de mis cueros y huesos. No me quiero enojar porque no os quedéis sin saber otras muchas cosas que tengo para las fiestas en plaza, y para los amigos como vos, si no fuésedes de tan mala condición, que la pureza de mi destreza con- [fol. 75v] -tradijésedes, estando aprobado por todos los grandes hombres del mundo.

A eso dijo Eudemio

Los que saben son rectos jueces si no tienen invidia.

–señor Maestro, con vuestra licencia, no por eso será mejor que los hombres. Aunque sean grandes, muy poco voto tienen en lo que no saben.

–No me andéis en esos puntos –respondió el maestro–, que me enojaré. Que grandes llamo a los diestros únicos en el mundo. Desdichado de vos si me acabo de enojar, ¿o estáis por ventura burlando o hacéislo porque diga lindezas en las armas? Que si la vena me viene no habrá quien me espere, y más que mis obras y destreza no han menester parecer de persona viviente.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Dígolo porque concurren en mí todas las calidades que un hombre destrísimo ha de tener, y aun de honra. Porque yo soy tiesto y presto y animoso, diestro, reparador, compasero y tengo bueno ojo acometedor, sin miedo, con un gran conocimiento, y sé el montante. Estad atento, que no van pajas con todas sus reglas como mi proprio nombre, y las esquinces de rodela, como el de mi mujer, las de broquel grande o chico no hay que hablarla sola como el día en que nací, con grandes sutilezas de hacha, delicadezas de bastón, primpres de pica, excelencias de la punta, daga, puñal, terciado, alfanje, tablachina, bastón, espada y daga, espada y capa, dos espadas. Es disparate tratar en ello, que yo mesmo me afrento en verdad viendo mi habilidad mal empleada en este mundo.

Los atributos que da el vulgo al que ha de ser diestro.

–No está, por cierto –respondió Eudemio–, señor Maestro, sino bien empleada. Y no quiero que una palabra mía saque tantas con tanta cólera.

–Fuerza, pues no tengo –dijo el maestro–, ligereza no tuve, gravedad cuando quiero, vena de poeta si fuera cosa de que un hombre como yo se hubiera de preciar, escribir una carta de amores, tener buen [fol. 76r] talle, correr un caballo en cerro sin riendas. Y pensáis vos agora que ha habido en esta tierra hombre que así tuviese gracia en reñir una pendencia de palabra sin herida de criatura humana, que todos se espantaban de oír mi retrónica.

Lo que más usan los cobardes en Sevilla.

–Por cierto –dijo Eudemio–, que es harto substancial esa gracia. Podríamos aprenderla, porque en este tiempo usan muchos de ella.

–Sí –respondió el maestro–, ¿por qué no? Como todo lo que yo sé sin ninguna dificultad ni lisión de él que aprendiere, pues salir por padrino al campo de mucha gente armado, sin que nadie lo supiese hasta los zapatos, y con todo eso escusar la pendencia que hasta hoy me acuerdo habérseme encomendado hombre que de ella saliese lisiado, esto ninguno lo hizo como yo.

–Paso, señor Maestro –dijo entonces Polemarco–, que también os podríades loar con razón de hombre de gran memoria acordándoseos sin hacer pausa de todo lo que habéis dicho. O es que tenéis estudiado para decirlo en cada casa y a vuestros discípulos.

Todo esto es aprendido para entretener.

–Esperad –respondió el maestro–. ¿Quién como yo?, que sé once mil trechas y he reñido más de mil veces, unas en desafío otras revolvía yo de balde, y por mi voluntad.

–Son cosas esas –dijo Eudemio– que pondrán lástima a cualquiera hombre de su juicio de verlas en persona, que en tan poco tiempo la tiene y tan poco se aprovecha de ellas cuando la ha menester.

Ironía.

–Hay hijo –respondió el maestro muy alegre de que a su parecer le creían las fanfarronerías– como me huelgo en oíros eso. Porque si yo me descubriese del todo con más razón, lo diríades, que en verdad por veros espantar tanto, no os descubro secretos que bobo, tonto y necio os dejarían.

–Esos huelgo yo –respondió Eude- [fol. 76v] -mio– que no me digáis, señor maestro, aunque no me tengo por hombre que le tocan algunas de ellas, y sería el peligro más conocido en mí que en otro alguno. Y quien tan engañado está de sí como yo conocería se tarde.

–Pues porque –dijo el Maestro– dejo de deciros cosas maravillosas, sino de lástima de veros tan entontecido en oírme, por mi vida habéis oído decir en algún tiempo que estas cosas mías hay gentes que las tengan, aunque presuman y hablen de la oseta.

Refrán.

–No –dijo Eudemio–. Por cierto ni hay gente que tal tenga.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Decislo de veras –respondió el maestro–. Así os guarde Dios de piedra o de dardo, o de estocada sin reparo, y de hombre denodado, y así os veáis con todo lo que yo sé sin el trabajo que me ha costado.

–Yo os digo –replicó Eudemio– que no las he visto en persona alguna. Y el juramento postrero no querría que cupiese en mí, sino en quien mal me quiere.

Si alguna cosa se le pudo decir el maestro que le diese pesadumbre, aquella fue sola, que así lo arrebató y alteró y, turbado un gran rato sin hablar, le estuvo mirando. Y al fin gastada la paciencia dijo:

–O perdido hombre de esa cabeza que decís a quien os quiere mal, deseáis que tenga tan buenas gracias como yo, habiéndome costado tanta sangre, enojos, pendencias, afrentas por justicia, cárceles, gastos de dineros, que sólo por saberlas estoy en el hospital y ando por casas ajenas.

El premio de los falsos valientes.

–Y aun por eso –dijo Meliso, que Eudemio vencido de la risa no pudo hablar– las renuncia, y más, teniendo el pie en el estribo para ir al hospital y nunca salir de el, por vuestra vida, no enojándoos de los que Eudemio dice, paséis adelante, que Dios sabe lo que nosotros holgamos de oíros, y primero decidnos por vuestra vida como lo hace el nuevo discí- [fol. 77r] -pulo.

–Muy bien –respondió el maestro con mucha gravedad–, que por ser cosa de Charilao hago lo que sé del mío, y lo que he aprendido, aunque es poco, que también puedo loarme en lo de las armas como alguno, que en ellas y en el correr y faltar no tuve maestro. Y, aunque Eudemio es un poco accidentado, por su causa le he descubierto todas mis habilidades, o parte de ellas, y sabed que aprovechara, según yo creo, de su cudicia y selo porque todo lo que se ha dicho lo sabe repetir muy bien, y si no saliere con los primores de la destreza por ser tan delicado, ya lo habéis visto que con gran trabajo los sé yo saldrá al menorete con un mediano compás.

El fin de la destreza vulgar.

–Pues sabed –dijo Eudemio– que, como si fuese cosa muy buen, se me acuerda todo de lo que me pesa.

Cuarta secta vulgar.

–Tomad esa espada –dijo el maestro–, pecador de vos, que tenéis todo el saber en la boca y ninguna en la coca. Tendeos por allí conmigo. Volved la mano más abajo. Juntad el pie. Desafiaos de mí. Sacad. Tornad. Cargad. Tened queda la espada. Alzad el brazo con linda gracia, como yo digo, de la manera que yo, hombre. Paso a un lado. Tentéis la espada, limpio por acullá. Acometed al rostro. Tornad allí, Poned esa mano izquierda en su lugar. Quitadla de allí. Pasadla acá. Acudid a este golpe. Tiraos allá. Poned la espada baja. Sacad el pie, vuelta alrededor, señor mío, por un lado, digo por donde yo. Sosegaos. Teneos. No hagáis meneos. Ya podríades saber presto. Con otras dos lecciones no habrá más que enseñaros.

–Pues yo estoy cansado –dijo Eudemio.

–Pues no me cansaré yo jamás –respondió el maestro–, porque a lo que con razón algunas veces sospecho, nací para sólo mostrar hombres es este mundo.

–Yo lo creo –dijo Eudemio–, pero decidme como lo hago, porque si no soy para [fol. 77v] Ello, no gastaré tiempo en esto y dareme a cosa más fácil, aunque si todo es así presto lo aprenderé.

–Agora –replicó el maestro– callad vuestra boca, que yo os pondré de manera que no os conozcáis, ni hombre del mundo sepa juzgar en lo que aprenderéis hoy. Miradme al rostro. Poneos allí, como antes, esa espada. Salid fuera, venidme a la hoja vuelta a un lado. Acullá digo. Parad allí, dende allá,

Quinta secta vulgar.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

vuelta en rueda. Dios sea con vos, ¿cayóseos la gorra? Del maestro es esa. Enviad para la lámpara. No se olvide lo del sábado. Tornaos, ya vais enmendando, como tiento yo. Bien está. Acometed al gesto de vuestro maestro, digo enemigo. Presto, sin temor. Reparad. Pasad el pie. Tornad fuera y venidme a la cara, con tiento.

Las constituciones de la escuela

–Acometimiento se llama ese. Cargad la espada por la mía, al pie mío, tajo y quedaos con linda gracia en punta, y se os escapare por gran ventura del tajo. No se os irá en alguna manera del revés. Mandoble se llama el que hicistes. Agora, miradme acá, que no lo suelo decir a todas gentes. Catad. No, acullá con la espada afuera. Ya os reparo. Salid, salga apriesa. De revés, de medio digo, señor mío. En este muslo tórnese allí conmigo, que os parece ignorante. Esta sí es lección practicada con todas sus partes, treta herida, golpe para despachar. Este es de varón para guerra y para paz, para todas las partes del cuerpo do diere. Esta es liña o linde, como le llama Carranza, esotra es circulencia, que en lengua cortesana se llama así.

–Y preguntádselo, que yo lo tengo por tan razonable mozo que os lo dirá y veréis si se me van las heridas por pies. Ducados, pues no me ha hecho ganar la tretilla, sustentándome he con ella. Hay donde la veis perpetuamente. Habéis oído o hanos dicho. Por fuerza lo sabréis, que fue muy sonada la pendencia que tuve con [fol. 78r] unos diestros sobre ella. Pero no se peleó, que por ellos quedó, mas yo de punta en blanco me vide en el bramadero…

Lo que hace el vulgo cuando no tiene más que enseñar.

–¿Sobre qué fue? –dijo Eudemio.

–Sobre decir ellos que yo sabía poco (mal me conocieron) –respondió el maestro–, y sobre decir que aquí donde me veis entendía las verdaderas sutilezas y primores de las armas.

–Contádnoslo –dijo Eudemio– mientras descanso, que debío ser cosa donosa. Y poniéndose todos cerca del que muy contento estaba de verlos con tanta atención, retorciendo los mostachos, sacando el rostro a un lado y meneando la cabeza y torciendo la boca, así comenzó su hazaña.

–Sabed, señores, que es más el nombre que tengo por ese mundo abajo que en este lugar. Mas luego que vine a él, me di a conocer con la gente principal. Ya sabéis, Eudemio, pues os lo he dicho que estoy muy adelante en todas las armas, principalmente la rodela. Si hubiere algunos discípulos por allá, buen amigo, no se pierde nada.

–Lo primero con que me recibieron fue decirme «sabed buen hijo que hay en este lugar hombres destrísimos, que cada un de ellos dice que se matara con su padre, sobre lo que no supiere ni entendiere cuánto más sobre la destreza de que saben menos. Y mirad por vos.» Puedo por vuestra vida y mía enseñar con él un pie encogido a parlar una herida a todos del mundo, ¿hay quien leccionee como yo? Decidlo. En fin, como yo lo oí, espantéme, que no lo acostumbro hacer, y enojado dije «de esos hombres yo no tengo noticia ni sus hechos. Deben de salir de los quiciales de sus puertas, pues no hay fama de esos mozos ni veinte pasos de este lugar ¿Cómo o en qué manera puede ser eso?» Respondiéronme «no habléis tan largo, que con sólo oírlos os espantaréis, porque son todos palabras, y sus discípulos, que es la mayor parte del vulgo, se juntarán como suelen, y braveando dirán que os han de [fol. 78v] comer a bocados y sacaros al bramadero si ponéis lengua en ellos ni en sus hechos por hacer» Que nunca os habéis dado a ser diestro ni valiente,

Entre estos también sirven los cuentos de lecciones.

Los menos valientes hablan con más osadía.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Eudemio, en mi conciencia que os crean cuanto dijéredes, que es una mina este oficio. «Y los maestros de estos», me dijeron, «andarán en sus rincones publicando que os buscan y no os pueden hallar, aunque cada momento os vean y hablen para haceros desdecir de la destreza que sabéis.» O si viésedes la posturilla que tengo cuando me enojo, aquel tirar por allí abajo, bien me entendéis, pero llevo siempre dos espadas porque rompo una por pequeña que sea en cualquier gresca.

El orden por do ganan los cobardes opinión con el vulgo.

–Y con las tales cosas enojeme y con ronca voz dije «el que me diere contrario y recontrario a este acometimiento uñas arriba, sin tentar la espada, confesarse lo que dicen teniéndolos por diestros, y de otra manera cualquiera doy por ninguna su opinión.

No pudo tener paciencia a estas razones Meliso, y con gran cólera dijo:

–Hay cosa en el mundo más digna de lástima que haber entrado la destreza por baja, siendo cosa tan conveniente y provechosa para los hombres de honra. Decidme no se tiene cuidado de castigar a esos charlatanes públicos, pues deberíase hacer con diligencia.

Calló a esto el maestro, porque le alcanzaba parte, y sin volverse a él como que no lo oyó, prosiguió su cuento:

El más humilde oficio es el de la destreza y el más afrentoso.

–Publicando que yo estaba en esta ciudad, conocida mi destreza y primores por algunos, y como sueño de noche en lo de la hoja y chirinola heme aventajado a todos tan claramente en el mundo, tuviéronme tanta invidia que no solamente me quitaban los discípulos, mas por terceras, cuartas y quintas personas se revolvían conmigo. Y como a la espada luego se le pega el orín ni más ni menos luego la invidia se le pega al ruin, pero si no me hallara de las [fol. 79r] cosas pasadas cascado, yo lo dejaré sin destreza muertos y pobres, porque soy como el perro viejo que si ladro doy consejo y mi vocear por esta razón en una pendencia, mi gritar cuando me tiran sin tiempo, mi avisarles cuando se descubren, aquel reparar cuando me llego. Pero por maravilla dejo de herir brincando la espada en el pecho humano en toda gresca a que me hallo presente. Es cosa mi negocio de grandísimo temor y espanto.

–En fin, halláronme sobre gradas cantidad grande de ellos, guiñáronme del ojo dando señal de combate, encaminaron a una puerta que va al campo y, ya que allá me tuvieron, soltaron estas palabras,: «Señor Maestro.» Yo como aquello oí decir, aunque no suelo tener miedo de personas, ver tanta espada me ponía espanto. En conclusión, tuve recelo para entre mí y vos no hay que hablar, puesto caso que de mil como ellos no se me dará una castaña, aunque los ademanes que hacían con los estoques y espadas eran tan grandes que a otro que no fuera yo pusieran grandísimo miedo. Y como digo, lo primero fue decirme «señor Maestro», porque lo soy estremado, y tras esto, «nosotros somos vuestros servidores y menores criados». Y siéndolo, no oí para qué aquellas cosas de destreza digan, yo dije (o qué semblante puse tan extraño quien os tuviera allí miradme acá) «ello está muy bien dicho. Ea villanos si hemos de reñir, sea luego.» Y derribé la capichuela haciendo verdadero ademán de quitar la camisa a mi espada, «que aquí donde la veis se ha hincado cantidad de veces en cuerpos humanos.»

Retrato de la fanfaronía vulgar.

–No tengáis temor por esto que hice. Estaos quedo Eudemio, que esos miedos como el que os hice tener agora con la hojuela he perpetuado en muchos en esta vida en manera moder- [fol. 79v] -na. Al mundo enójome tanto, ya lo veis, que en solo contarlo hago esto. Mirad lo que en las veras sería entonces las manos en la maza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–En fin, todo hombre paró sin echar la hoja fuera de su camisa, sino ocupáronse todos en levantar las manos derechas con temerosa furia y amedrentada priesa y, arrancando las gorras y sombreros, vistiendo el suelo de ellos en señal de humildad y rendimiento, yo, que casi arrodillados los vide, alcé un poco la voz, diciendo «volveos, tembladores mozos, y dad el agradecimiento a mi bondad y virtud y única destreza, pues no vais sin saltar dos o tres de la triste escuadra. Arredraos de mí digo.» Ellos lo hicieron luego así con harto temor, y calé mi hoja rodeándome la capa. Después acá he oído decir, mas no lo sé cierto, que algunos de ellos se alaban. ¿De qué, si pensáis? De que no supe dar cuenta de mí cuando menos con poderles enseñar a todos juntos. Por vuestra vida y mía y de mis hijos, cuantas son cinco.

–Gran cosa es la que contáis –dijo Meliso– y así pasó ese negocio en efecto.

–No lo hubo –respondió el maestro– que por ellos quedó.

A eso dijo Eudemio –no me espanto que cosas con que esa gentecilla suele usar con otros hombres que vos, y vender por suyo el trabajo y sudor ajeno, y decir que tienen parte en el. Y lo que hallo peor es loarse ellos de lo que jamás han hecho, poniendo esta culpa en los que no la tienen por descargarse de ella. Y con razón estoy espantado en no saber de quién aprenden éstos tales costumbres.

El remedio de los invidiosos

–Si vos lo queréis saber, aquí estoy yo –dijo el Maestro– que os enseñaré cómo llaman al comer y el beber, con otras muchas cosas mediante los cuales os tendrá miedo. Y alcanzaréis nombre de valiente sin reñir en vuestra vida, y por diestro sin hablar en de- [fol. 80r] -treza delante de quien la sabe, si hay alguno, ni probaros jamás con persona alguna, aunque negando las muchas cosas que a otros han acontecido y diciendo que las pendencia de los otros son mentiras, y solas las vuestras son verdades, podríades alcanzar este nombre.

Maravilláronse todos de lo que el maestro había dicho, porque les parecía que muchos de los que ellos conocían debían de usar de semejante cosa. Y con deseo de saberlo más ciertamente, Eudemio, que más acepto está con el maestro, por haber tomado de él lección, dijo:

–Haréisnos en ello el mayor contento del mundo, porque me voy aficionando muy de veras a vuestras lecciones y querría salir en todo diestro.

El maestro dijo:

Los engaños del vulgo.

–Ahora pues, si queréis que tiemblen de vos, callad vuestra boca y haced lo que yo os dijere, porque no añadiré punto de lo que entre ellos pasa. Pero si no lo hiciéredes bien amigo, no os quejéis de mí, como hizo uno a quien di una treta de las defendidas, que por no acertarla a hacer riñendo lo mataron. Y quejábase de mí como si le aconsejé yo que saliese solo. Y si vos lo hacéis como yo digo, en vuestra vida echaréis mano a la espada para un hombre solo.

Pintura de los bravos.

–Compraréis unas calzas de color con el muslo de rodeo muy grande para andar señalado que abajo de las corvas os llegue, y vuestra gorra calada, la espada en la correa con los tiros largos que el Diablo, con todo lo que sabe, no sepa de qué ley es; la punta de ella que no mire al suelo jamás. Andaréis derecho, los ojos bajos miraréis de través y a los pies a todos, las cejas bajas sobre los ojos siempre muy cayadas para dar a entender que os agrada el coraje, sin para qué. Reíros heis de todos los diestros, sin nombrar a alguno

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

por escusar el peligro y hora menguada, que suele haber de garrote, sino fuera en vuestra [fol. 80v] casa con vuestros amigos.

–Y aun allí, con gran miedo y recelo de que no se venga a saber o delante de aquellos hombres que estuvieren afrentados de la mano del que quisiéredes mal, saliendo ellos a la parada primero que vos. Pero delante la gente honrada estaréis algunos días como mudo, porque, viendo que sois callado, os tengan en algo. Hablaréis preguntando siempre por mostraros humilde, aunque lo seáis en todo.

–Llegaréis a gradas a tentar las espadas que se venden para ver si son tiesas. Si lo fueren, enarcad ambas cejas, y si fueran blandas, torceréis algo de la boca a la parte izquierda, y si huviere jacos, diréis a los que allí estuvieren que las cotas fue de verdad invención de cobardes. Si fueren hombres de los que luego contradicen, no os revolváis con ellos. Dad el Diablo pendencias si os apretaren mucho. No daréis otra respuesta sino «¿conócenme señores?» Porque este es un puntillo de hombre que tiene alguna fama. Si respondieren que no, diréis que sois su criado menor y que si estuviéredes de espacio diéredes para que os creyeran vuestras razones, pero si os conocieren reíros heis mucho y haréisles del ojo diciendo que os tengan en el número de sus criados menores y llegaréisos a conversación diciendo que por cierto fin hicistes aquella pregunta, y que por quien lo hacíades no acudió al reclamo si no los conociéredes. Preguntad de dónde son y a qué cosas son aficionados. Y conforme a la respuesta acudid con lo aprendido.

El desaguadero de la cobardía.

Uso común entre los cobardes.

–Esta es la primera regla en que os habéis de ensayar para ir ganando poco a poco el nombre y las voluntades ajenas. Ya sois maestro, Eudemio. Codicioso estáis. Yo os miro con ojo que haréis bien el oficio y notad bien si viéredes pelear dos hombres y uno lo hiciere más co- [fol. 81r] -bardemente que el otro. Tened gran cuenta en ello. No os halléis engañado después. Columbradlo bien. Estad atento. Volved acá la cara, ya que la pendencia se vaya acabando y haya mucha gente en medio, sacad la espada de la correa, echad el canto de la capa sobre el hombro siniestro terciándola de esta manera, poniendo mano a vuestra espada con tanto espacio y espanto que todos miren en vos, así que donde llegáredes tarde nunca os mostréis cobarde, y casi al fin diréis con ronca voz, «paso, señores, que sois humanos.» Y ya que se vaya apartando el una del otro, y el más cobarde como hombre primero afligido, y como muchas veces acontece, viendo el favor de la gente y vuestras voces pensando que sois en su favor, arremetiere a su contrario dadle en aquel punto con la espada de llano diciéndolo a grandes voces, «Picaño, tiene respecto al hombre ese señor y vos os demandáis. Idos de allí luego quitándoos de mi presencia. Si no, ahuyentaros he la cabeza de los hombros». Y él tendrá miedo grande y entenderán todos que es verdad y qué tan fácilmente como lo decís lo haréis, aunque sabed también que la mano cuerda no ha de hacer todo lo que dice la loca lengua.

Refrán.

El fuerte favorece a lo flaco y el cobarde a lo fuerte.

Refrán.

–Agradecéroslo ha mucho su contrario. Trataréis amistad con él y, en apaciguando la pendencia, direisle así con temeroso semblante, «señor mío, míreme acá. Yo os he sido aficionado deseando mucho serviros de ojo. Y cierto entendí que la pendenzuela era con algún gran caballero, por eso puse mi espada en peligro donde pudiese mellar. Que no se suele hacer sin notorio daño del contrario, y enojeme por cierto de que aquel hombrecillo se os atreviese ni cien mil en su postura.» Daraos luego las gracias besándoos las manos por la merced hecha tan [fol. 81v] sin peligro. Y responderéis enojado,

Retrato la fanfarronería a vulgar.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

«que me espanto de mí en verdad cómo no hice trozos al mozuelo.» Responderá su contrario, «señor, no hay para qué». Diréis luego, «a esto no se trate más de ello digo, que me pongo en cólera». Y acudiréis que os tenga por criado, y que os deseáis ocupar en su servicio en cosas de mayor cantidad. Despediros heis con gran crianza, haciendo una reverencia larga a él y a todos los que hubieren estado oyendo la plática.

–Así que luego este buen hijo bravo os tendrá por mozo ahigadado, que es lo que pretendemos todos los que andamos en la vida trabajada. Contarlo ha a todos sus amigos, dará señas de vos, cobraréis de aquella vuelta muchos buenos amigos apasionados. Publicarse ha que sois mozo de buen estómago, sin haber hecho en vuestra vida por qué. Tendranos muchos miedo por esto, estando vos sin culpa, y crecerá el negocio de manera que en poco tiempo, con la bondad de las reglas, poseeréis discípulos (si quisiéredes engañar) que os defiendan contra toda razón, como veréis.

Sexta lección de las que el vulgo tiene.

–Tomad, pues, la espada que, por el sentido abajo, me viene rica lección de las que doy a los amigos que mejor lo pagan. Tire por allí un tajo volado, por el filo digo. No digo así, ni quiero. Al trocado, medio compás. Esperad un poco, sin que lo oigan vuestros amigos. Sabéis quien aprenda de mí la rodela, que la sé extremadamente, estocada de puño, uñas abajo, pero ha de aprender secreto, porque si lo saben no la habrá menester, ni se le atreverá nadie en su vida. En mal punto, señor, que me dolió al maestro cuchillada; no tan largo.

–Perdonad –dijo Eudemio– que no pensé alcanzaros tanto.

–Bueno es eso –respondió el maestro–, ya vais enmendando. Créolo. Por buen precio. lo [82r] haré si quiséredes vos. Bien está. No digo tal, ni aquello. Mirad lo que hago. Estaos quedo. ¡Ay, ay, bonicamente pagáis al Maestro! ¡No tan bravo! ¡Paso! ¡No! Ya vais enmendando. Sí, tornaos, bien podéis. ¡No tan recio! ¡Apártete allá traidor, que me enojaré! Si no, reparará. Quedo, bien, acullá por donde digo. Peor es enseñaros a vos que reñir con un ciento de hombres. No es eso, ni me entendéis. Niego ese compás de pie izquierdo, sabéis. No, que por eso os enseño yo. Quedo, a un lado. Con el otro pie digo. Quien malas mañas ha no lo hagáis, tornad a pintaros. No me entiendo. Vuelta digo al derredor. Eso es, bien está. Poned silencio a la hoja. Sentaos.

–Decidme primero –preguntó Eudemio– ¿cuándo aprenderé a dar una herida al contrario limpia sin que el otro me dé?

La verdad dijo por yerro.

–¿Cuándo? –respondió el maestro–, cuando le diéredes por detrás. Y entended que estas tretas agora pasadas son las invencibles, ricas. Miradlas bien que si con cualquiera de ellas hubiere alguno de esos diestros que me quiera reñir, dos reales arrojádmelas a las manos, que yo los haré abatir mal su grado a la hoja y mano diestra. Y si no os pesa de oír más de los diestros, estad atento a lo que quiero decir.

Y con esto, sentándose todos, los puso más atentos que si los persuadiera a ello el mayor orador de Grecia, y descansó un poco para hablar con más fuerza. Atónitos estaban todos escuchando al maestro como si les hablara Néstor, de cuya boca, según Homero, corría la oración más dulce que la miel.

Considerando los engaños que el maestro descubría hasta que Eudemio, como si despertara de algún sueño, o si alguna visión lo tuviera, por aquel espacio pasmado dijo–¿Por vuestra vida decislo de veras? ¿Esa es la

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

manera con [fol. 82v] que se hacen valientes los hombres ordinarios y caen en estimación de diestros acerca del vulgo?

–Pues ¿qué os pensábades, –respondió el maestro–, que todo los que lo hechan por lo bravo pelean? Hombre hay de ellos que con arte y con engaño vive el medio año, y con engaño y arte vive la otra parte, cuya espada en su vida tuvo romadizo.

Refrán usado.

–¿Qué decís? –respondió Eudemio– ¿las espadas tienen romadizo?

–Agora que bobo sois –respondió el maestro– es menester entenderme. Llamamos romadizo los que somos buenos hijos al que la hoja cobra de salir a ver el cielo, y el no tenerlo al no haberla sacado al aire en su vida. Y pues, Eudemio, tenéis determinado de seguir las reglas que yo os doy en lo de la germánica esgrima, convieneos en todo caso que guardéis las cosa que para ello os digo, Y entre las que habéis de guardar es que miréis con gran cuidado en los corrillos si se averigua alguna pendencia, que en los semblantes posturas movimientos y palabras de bóveda podréis conocerlo con gran facilidad.

El modo que tienen los bravos para ganar amigos.

–Primeramente, columbraréis si conociéredes alguno de los que allí estuvieren. Llamadlo aparte y pedidlo por merced que os relate lo que aquellos gentiles hombres tratan. Si por ventura os respondiere que ruegan al mozo de lo amarillo que perdone un bofetón que le dieron aunque el lo niega, diréis luego que vos sois aficionado y tenéis devoción de entender en cosas semejantes, que os lleve donde están. Luego el holgará de ello, y juntos iréis a la corona de los buenos hijos a los cuales dirá: «él que os lleva aquí, el señor Eudemio, viene a hacernos merced». Todos dirán luego: «recebímosla por muy grande a esto sin parar.

–Proseguiréis con alta voz meneando la cabeza: «yo vengo a recibirla». Y todos lo del mundo si fueren [fol. 83r] admitidos para el efecto la recibirán. Acabado el razonamiento prosequiréis, «de qué se trata, señores míos. Dígaseme sin más dilación por qué meterá el hombre prenda comenzando a servir». Y dirán ellos, «estamos suplicando a este amigo ausente», a lo cual responderéis luego, «espántome yo de un hombre de bien como el buen hijo no hacer lo que estos señores piden. Yo holgara por cierto que ese negocio se me ofreciera a mí, y que vos gentil hombre me lo pidiéredes para hacerlo luego sin más dilación, cuánto más estos servidores vuestros y yo que soy el menor de la compaña, que cierto me espanto de una persona como el que ha hecho cosas de que yo tengo larga noticia, no hacerlo de media vez, mayormente siendo cosa que a cada paso se le puede ofrecer a estos señores, y más a mí que ando dos dedos de entrarme en esa cárcel real por no dar ningún género de trabajo a los que me quisieren prender, y escusarles con esto el miedo que me tienen». Y si el mozo lo hiciere, agradecedlo mucho con largos cumplimientos, y si no, decidles a todos con humilde voz y ojos bajos con desdén: «vámonos, que este gentil hombre apasionado y tiene razón, que otro día lo hará».

La fanfarronería vulgar.

En ausencia bravean los cobardes.

–Y así, despedido, iréis callando hasta bien lejos, y allí daréis suspiros de enojado y miraréis a todos con muestras de gran coraje, sin que el otro lo vea ni oiga, diciendo con voz ronca: «quiero volver a aquel malvado mozo y deshacerle el cuerpo a coces, o medirle la estatura a los pies, así que sea menester más para apaciguaros a voz que en rogar al otro». Después que os hayan rogado y suplicado mucho, los que estuvieren con vos, diréis a espacio: «aque- [fol. 83v] -llas cosas que del pobre mozo dije que sabía son contezuelos

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

que yo y él hemos tenido en cierta coyuntura. Y sin duda sintió él más el verme llegar, según se demudó, que el enojo del ausente ni la afrenta recibida. Bien parece que no lo hice yo».

–Y entonces mordereisos la mano diciendo: «pues no me llegue sin gran negocio, y en verdad que estoy admirado porque entendí que de miedo de verme llegar allí lo hiciera luego, pero fue donosa cosa el turbarse tanto. Yo se lo sentí en la habla que no supo responder cosa concertada». Diranos luego: «no se os dé nada, señor, que aquel no es hombre con quien los mozos de vuestro jaez han de ganar cosa alguna». Responderéis: «yo así lo veo y lo entiendo, señores». Y, la gorra en la mano, bajaréis la cabeza meneando algo el pie y, repitiendo más pésale al hombre, os despediréis con grandes ofrecimientos, dando a entender que lo vais a buscar con un rostro grave entre alegre que tenga más de enojado, los ojos clavados en el suelo, torceréis algo la boca. Y alto a casa a reíros de los que os tuvieren desde entonces por valiente. ¿Qué les parece de esto?

–Que estoy loco de oíros –dijo Eudemio–. Y estos señores admirados de ver lo que pasa en el mundo.

–Mas los traeréis vos a todos –respondió el maestro– si seguís estas reglas mías, que muchos viven con ellas, mayormente los que quieren vivir largo tiempo sin trabajo. Pero habéis de huir de muchas cosas que os diré, las cuales son parte para perder el crédito que por acá se gana.

El premio de los malos.

–También hay de qué huir –dijo Eudemio–. Huirlo todo me parece acertado. ¿Es por ventura que me maten o me afrenten o me ahorquen?

–No es ninguna cosa de esas –respondió el maestro–, porque jamás os habéis de poner en esos peligros, y ¿qué me ha tenido en pie tantos años [fol. 84r] dolor de mí?

A esto replicó Eudemio:

–Luego vos no sois valiente de obra, sino de charlatanería.

Refrán.

–No lo entendéis –respondió el maestro–, que quiero decir en esto que quien a menudo a las pendencias va o deja la piel o la dejará. Y paréceme que basta el destrozo que hice cuando mozo en cuerpos humanos para hallarme cansado y aprovecharme del tiempo. Oíd acá, si os preguntaren por alguno de los señalados hombres de vuestra tierra, diréis: «bonico mozo es, razonable riñe. Nadie lo ha visto jugar. Es cosa de burla su negocio. ¿Qué le hemos visto hacer? No es tanto como dicen». Porque ya que no podáis vengaros de él, si alguna afrenta os hubiere hecho, se publique la mentira. Y cuando se venga a saber la verdad, haya el daño desplegado sus velas. Y si dijere alguno de los que allí se hallaren que le han visto hacer muchas cosas, diréis vos: «así me lo han dicho a mí algunos que le tienen invidia, y por el poco aso que hace de ellos le quieren mal, pero honrado mozo es en verdad». Y no diréis más, porque de lo poco que vos supiéredes no perdáis punto.

El desdén de los invidiosos.

Eso dijo Eudemio:

–No haré yo ni vos me lo digáis, porque los que eso dicen son los hombres más ruines y de más batidos pensamientos y de más perversos y invidiosos corazones. No sabéis vos que los hombres malos que no pueden alcanzar una cosa virtuosa, ni aun tienen ahinco para emprenderla cuando ven que otros se les adelanta, y hace en las cosas difíciles lo que ellos no pueden por su cobardía. Procuran por alguna vía deshacer la honra y habilidad del virtuoso y, ya que no pueden negarle muchas cosas buenas, condenan alguna, no sabiendo los ignorantes que, aunque la malicia

La causa de la invidia de algunos.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

obscurezca a la verdad, no la puede apagar. Hácenlo por haber dañado a alguno al fin del año, si se pudiese la verdad dañar o anular con la maldad a- [fol. 84v] -gena.

–Mas los tristes no ven cómo les cae todo el mal y la infamia sobre la cabeza, y que por todas las vías que procuran dañar al otro se dañan a sí, y por donde piensan encubrir sus faltas, que no son pequeñas, las descubren a los que no las saben. Porque el que ha de obscurecer la honra ajena ha de tener muy resplandeciente y despejada la suya.

El justo juicio de Dios.

–Y con todo esto, sin esta consideración crece en ellos la maldad de su opinión de manera que hay hombres tan bestias que no solamente dan oído a los invidiosos, pero créenles todas las mentiras que dicen, haciéndose iguales a ellos. Mas trabajen cuanto quisieren en encubrir la luz de la bondad ajena para que sus vicios y faltas no se vean a la clara, quedando manifiestos a todos, que así como la virtud tarde o temprano tiene premio y descanso, así ellos y sus vicios tendrán castigo y dolor. Y aunque solamente padeciesen aquel enflaquecerse con la invidia del bien y gloria de la virtud ajena, les es tan gran tormento que a respecto de él cuanto contento tienen en su vida, si alguna vez lo tuvieron conociéndose, es como un espirar muy breve de marea suave en la fuerza y calor del estío que, durando un solo punto, como deja tanto calor; más fatiga que regala.

Conviene al hombre oír el mal para guardarse

Los malos acá y allá tendrán dolor.

–Bien habéis hablado y a nuestro contento –dijo Meliso–, porque parece que vos y yo tenemos los instrumentos templados en un punto. Ya sé que si os oyeran los diestros y esos cobardes que se precian de valientes, tuvieren la confusión y vergüenza que deja de tener el maestro–, el cual muy atento había escuchado a Eudemio y, enfadado de sus razones, les dijo:

–También me queréis enseñar vos, nacido de ayer, creed a vuestro maestro, que os perdéis y no os entendéis.

–No me persuadi- [fol. 85r] -réis vos a eso –dijo Eudemio– porque no pienso creer a los invidiosos y hombres bajos y ruines que no pueden sufrir que haya quien les lleve en alguna cosa conocida ventaja, siendo tan ignorantes y viles que la culpa que ellos tienen por haberse hecho perezosos, dejando pasar a los que trabajan, la convierten en invidia. Y lo que les había de ser aliento para pasar adelante les es ocasión de murmurar, cercenando los hechos de sus naturales, procurando destruir, si pudiesen, la opinión verdadera, no mentira, y con ésta obscurecer todo lo que de ellos se dice, cortando los cohollos de la virtud con el agudo cuchillo de su invidiosa lengua, poniendo duda en todo lo cierto.

El último fin de la invidia.

–Y esto yo lo he visto, que por eso hablo y hago pública la causa de vuestra regla y su maldad. ¿Quién puede con ánimo quieto sufrir la incredulidad y dureza que tienen algunos de lo que han visto muchos hombres de crédito? Y ¿por qué han de juzgar el fruto del ingenio ajeno y la grandeza del ánimo del otro por su rudeza y cobardía? ¿Por qué les ha de parecer que lo que ellos no pueden hacer, por falta de su corazón, habrá nadie que lo haga? Y aunque entienden que es verdad, impiden que no se diga y, cuando los cuitados no pueden más descubiertamente mostrar de todo punto su voluntad, dicen, «bien está. Muchos hombres hay en este pueblo donde nace uno se cría otro». Y si acaso les preguntan por el invidiado responden, demudando el color del rostro, «no conozco bien a ese hombre. De mi patria es. Si lo conozco no lo trato».

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Veréis pues otro género de invidiosos que levantan testimonios y afirman cosas que jamás le pasaron al otro por el pensamiento. Y porque van contra su honra, luego en aquel punto los cobardes les dan crédito, y aun algunos de los [fol. 85v] que se fingen sus amigos, lo cual no hacen si es alguna obra digna de loor, siendo más duros y ásperos que peñas para el bien, y más blandos y tratables que cera para el mal. Y si al autor de estas mentiras le preguntan cómo lo sabe, para escapar con tan gran maldad dice que lo oyó a un hombre de crédito, o que el vio todo lo que ha dicho porque estos tales son hombres de resfriada conciencia. Hácenlo porque ninguno de sus iguales pueda contradecirlo. Y si acaso hay allí alguno que lo defienda, dicen los mesmos camaleones, vueltos ya de otro color, no hay para qué tratar de eso ni defenderlo, que todos somos sus servidores, los mayores del lugar.

Refrán.

El modo que tienen los malos para que les crean las mentiras.

Acabó Eudemio de hablar esto lleno de cólera y encendido, mirando a sus amigos que con mucha atención habían oído sus razones llenas de verdad y justicia. Más el maestro, que no podía entender que ellos supiesen cosas semejantes y tan verdaderas en su trato y en el de los bravos diestros fingidos, mirando como espantado a Eudemio, dijo maneando la cabeza:

–Diabólico sois. Y decidme, sabiendo vos eso, ¿para qué aprendéis de nadie? Bien acertastes por lo que yo lo decía. ¿Habéis estudiado? ¿Tanto pueden dos años de latín? Pues en verdad que estuvo en un canto de real [de] ser yo grandísimo latino, no en más, sino que me quisieron poner al estudio. Mirad vos en cuanto.

Nota del ignorante.

–En poco, por cierto–dijo Eudemio–pero decidme ¿cuál fue el maestro primero que tuviste en las armas?

Respondió el maestro:

–El primero que tuve fue a Micer Melambruco, gentilhombre borgoñón, francés de linaje, el cual va enseñando a todos sus parientes por decendencia. y yo fue de todos el más hábil de las armas y reglas de Germanía. Y por ellas alcancé [fol. 86r] con mi gran valor a enseñar a muchos reyes, y hecho en plaza prueba de mi habilidad, y con ella he ganado toda la honra que tengo y más, si se puede ganar así en la destreza como de valentía, discreción, poesía romancista, cronista de mis hazañas, por temor de esos que habéis contado, los cuales veréis en mis libros de caballerías puntualmente sacada la verdad y retratada la muerte de muchos al natural, con todos los secretos que guardan los bravos para sí, y alcanzar con ellas el nombre de buen hijo. Y allí me harto de mentir por escrito, pues por acá ya no me creen en conversación.

–Estoy maravillado –dijo Eudemio– de la grande habilidad de ese vuestro maestro y más de la vuestra que tan en memoria lo tenéis todo. Y ese libro ¿cómo va? Sepamos el orden se es tan bueno como las cosas que trata.

–Demos –dijo el maestro– trabajo a las descansadas hojas un poco, si os parece, y luego pasaré adelante. Gozaréis de una admirable lección que me dio escrita el gran Pedro Monte, que fue el mejor hombre de la manotada que hubo en su tiempo. Alzad, pues, esa haldica del sayo delantera y ponedla en el cinto. Haga aquel aire con la espada que yo. Ándese por allí conmigo. Téngase. Bien va. Ponga la daga encima del brazo de la espada, desvíe esta punta con ella y luego acuda a herir con la espada. Estocada de puño. Reparad este tajo con la espada y daga cruzadas que dé el golpe en medio de ellas. Un revés, meta el pie. Desvíe este golpe cara afuera con la daga y hiera con la espada o la daga. Lindo, por cierto. Un revés y un tajo largo con esotro más largo. Esconded la daga; no os la vea. Que me dé, que alcance, que me corta una [fol.

Séptima secta de la destreza vulgar.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

86v] pierna, hombre. O este aire que tengo quien lo pudiera dejara sus hijos en el testamento enamorado estoy de mí, por cierto, y entiendo que no estoy engañado en verdad. Mirad lo que hacéis. ¿Estáis aquí o no? Bonico. No digo tal. Haga reparo con la daga, digo, desvío. Aprovecharéis mucho. Envase por allí. Espere que mi espada quiera acabar y desvía luego. Gachos en ella. Soltádmela. Dejad la daga y dadla a su vaina. Quedo, paso. Ya corté tajo largo. Mandoble a esta punta del enemigo y estacada embrocada. Sus y contra sus. Coja el pie, balanza en la espada. Saque por abajo. Escuse esta punta con manotada o brazal, tirad un tajo. Mandoble en mí. Yo os la doy agora a vos y, cuando acabe la mía, otra vos a mi espada. Rica, por cierto. Juntad los pies. Lindo en verdad, subtil, admirable en todo extremo. Soy cumplido hombre. Quietad la hoja. No se os acabe el aljibe de las lecciones. Pero es imposible.

Objeción contra la espada y daga.

–Oídme –dijo Eudemio–. ¿Cómo se puede hacer deviar vos mi espada con vuestra daga y herirme en un tiempo con vuestra espada?

A lo cual respondió Meliso:

–Porque el movimiento que hace la daga al desviar es menor que el de la herida, y el movimiento de la espada quita de su cantidad la parte de movimiento que hizo la daga en el desvío. Y viene a ser lo mesmo que un movimiento cumplido.

A lo cual respondió Eudemio:

–O habéis de poner atención de la vista a la herida o al desvío. Si miráis a la herida no acertaréis a desviar, si no viene la espada por parte muy cierta. Y no es una por donde viene siempre, porque se considera la herida alta o baja o media o por de fuera. Y si miráis al desvío erraréis la herida y daros ha el contrario. Porque la atención de la vista es como la de la memoria para la fuer-

El sentido de la vista no trata de lo universal.

[fol. 87r] -za, que por otro nombre llamamos intención o concepto del ánimo, que dura tiempo alguno. Y vemos que se ha de aplicar y poner en una parte y no en dos diferentes. Y en un mesmo tiempo no puedo yo mirar a lo alto y a lo bajo con atención. Porque donde hay muchos intentos en quien se emplea la vista, en ninguno está fuerte por estar dividida.

–Luego gastéis tiempo en lo que habéis enseñado, porque bien sabéis, Meliso, que el movimiento del desvío difiere en especie realmente del movimiento de la herida. Y lo mesmo entiendo de las demás tretas de la manotada, y que sirve tanto cansancio y trabajo de cuerpo y espíritu, pudiendo enseñarse la destreza sin tanta fatiga y enfado, principalmente pudiendo hacerse todas esas heridas que vos decís sin tocar con la mano a la espada del contrario. Dame sospecha que cuando un hombre se vale de la mano izquierda contra los movimientos del contrario que se le acaba la ciencia, lo cual no hiciera si supiera herirlo y defenderse limpiamente.

–Llevéislo por el camino que un diestro que yo conocía, que, reprehendiéndole muchas veces el llegar con la mano siniestra a la espada del contrario, respondía colérico, «no se aprovecha del mantenimiento la mano izquierda tanto como la derecha, ¿por qué no me ha de servir? Mas dejarémela en casa». En fin, Maestro, yo quiero saber ¿de qué aprovecha? ¿Hay otro secreto mayor?

La necesidad es madre de la invención.

–¿Qué mayor secreto –respondió el maestro– que aprenderlo de mí y ganar yo dineros con ello? Y aun estoy por decir lo que ese diestro dijo y basta. Sentémonos.

–En este punto acabo de entender –dijo Eudemio– la causa por qué los hombres discretos nunca se dan a aprender armas.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–No porque –respondió el maestro–, como él, agora gastan sus años y dineros en [fol. 87v] ellas aprovechándome a mí y a otros que saben menos.

–Sabéis por qué –replicó Eudemio–, porque las cosas de la destreza están muy fuera de razón, siendo tanto menester para probar la verdad de una treta, que no ha de ser todo oír aquí razones y lección y venderlas por vuestras en apartándoos de quien las dice. Dese la gloria y honra del trabajo a cuya es. No se alce nadie con lo ajeno.

Ninguna cosa le pareció al maestro más digna de su risa y, si no fuera por no perder lo trabajado, él descubriera su enojo. Mas el interés que esperaba y el temor que tenía a Eudemio, porque le parecía poco sufridor, reprimieron su braveza, y con semblante de hombre que burlaba del, dijo:

–¿yo me había de aprovechar de lo que vos me decís en destreza? ¿en destreza yo? No me digáis eso que me arañaré esta cara, que jamás he dicho razón en armas que no pareciese mía y la juzgase la gente por tal.

–Yo creo eso que vos decís –respondió Eudemio–. Así os creyesen todo lo demás que enseñáis de las armas. Veamos ya el estilo que tengo de tener para ser tenido por lo que sois. Digo por lo que decís.

–Todo es para vuestra lección y provecho –respondió el maestro.

Estando todos con mucha atención, prosiguió diciendo:

–Agora he de tratar lo que más os conviene, sin mas introitos ni retrónicas y, aunque la gravedad de Eudemio y la discreción, letras y autoridad de sus amigos no permitían gastar el tiempo en negocios tan bajos, pudiendo emplearlo en cosas que al fin y remate de ellas estuviese el contentamiento, puesto caso que los medios fuesen algo trabajosos, como los que tiene la virtud, todavía juzgaron por cosa no menos provechosa que acertada la de la reprehensión de estos ignorantes, que la del enseñarles lo [fol. 88r] que convenía. y cuando esto no fuese al menos disponer los ánimos, limpiándolos de estas maldades para que, cuando venga la verdadera destreza, tenga menos resistencia de parte del vulgo. Y así con este presupuesto y celo cristiano de aprovechar y advertir a los hombres, pidieron al maestro que pasase delante en descubrir los vicios, perdonando las personas. El maestro prosiguió:

Que se deben reprehender los vicios sin nombrar las personas.

–Como a todos los humanos sea cosa notoria, Eudemio, que el miedo que cae en los hombres es en dos maneras. La primera, [es] cuando se hace por obra, y de ésta no tenemos que tratar jamás. La segunda, con palabras de grande estruendo, las cuales han de ser en la manera siguiente: lo primero y más principal es que habéis de procurar amistad con retraídos y hombres presos. Los presos serán ricos o valientes. Los ricos para que os sustenten, pensando que tienen favor en quien jamás para sí lo tuvo, los valientes para que os loen de amistad. Y sea la más principal parte de la valentía.

–Quiero saber –preguntó Eudemio– cómo tengo de ofrecerme por amigo a un valiente.

–Yo os lo diré –respondió el maestro–. Primeramente, procuraréis el nombre y, sabido con certidumbre, encaminaréis para él y con gran crianza diréis muy a espacio, «señor mío, besoos las manos un millón de veces. ¿no me conocerá? Créolo, créolo, pues yo si a el que de fama le soy aficionado en gran manera por servidor, porque estos que no preciamos mozos ahigadados y de hombre de buen estómago perdémonos por las personas como él. Lo que se ofreciere todo, aunque se me arriesgue la nuez y pierda el resuello sin dilación se me mande, porque es público que [fol. 88v] mi principal intento es

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

servir a tales en personas. Y esto, señor mío, sin más escrúpulo ni ofertas». Haréis vos cuando os responda los agradecimientos largos, las palabras blandas, adelgazaréis la voz, hasta su tiempo un poquilla de risa no muy sonadera, poco en poco un contesico donoso con que cobréis amistad en conversación larga. *El trato vulgar.*

–Luego, tras el donoso, aunque venga torcido uno de pendencia, tal que se pueda creer fácilmente que sois contenido algo imposible y al desgaire, contando las palabras con gran cólera, y parad al punto que la pendencia se sigue. Si los que estuvieren allí preguntaren si érades vos, responderéis «en duda un amigo y criado vuestro». Pero si se descuidaren o tardaren en preguntarlo, decidlo vos con gran priesa, antes que se enfríe la pendencia, «podréis testigos que se tarde más en conocerlos que ellos en nacer y morir, aunque viva mucho». Preguntaréis por sus amigos para servirlos de ojos y direisle que por su merecimiento perderéis el pellejo por cada uno, y mil vidas tuviesedes por todos juntos. Pidiendo atención con el semblante, hablaréis a espacio porque no hiléis sin concierto lo que mintiéredes y, torciendo la boca y mirando al través, cuando más descuidos estuvieren diréis, «agora verdaderamente veo que la tierra no puede sufrir ya nuestras hazañas y es señal que el mundo se quiere acabar, pues hay tan poca gente en él, aunque debe de hacer lo que en las grescas que los buenos hijos tenemos los hemos apocado, especialmente vos, señor, que según me han dicho peleáis sin que por ninguna vía os resulte detrimento». *Lo que más se usa entre los cobardes.* *La fanfarronería.*

–El bravo responderá, «vos sois ese, señor mío, y todos los del mundo pueden ser alfombra de vuestros pies». Replicaréis vos, «luego eso no consentiré yo que se haga [fol. 89r] porque cuando venga a ser caparazón será para enjaezar mi vida». Estaréis con el sombrero en la mano delante del menor de todos. Inventaréis pendencias a todos propósitos. Trataréis amistad entre los que no se hablan. Suplicaréis a unos con crianza y a otros prometeréis favor de vuestros parientes, que pueden mucho. Prestaréis dineros de la mina de Indias. Por ninguna cosa del mundo os enojaréis, ni a ello daréis lugar, porque puede mucho. Perdónele Dios cuando os ofendieren, y también aplaca mucho un «no hay yerro, señor mío». Catad que os aviso. Haceos sordo. Reportaos en toda cosa. Mirad lo que oís y lo que respondéis, que a mí dos buenos callos me han nacido, uno en la lengua y otro en el oído. *Refrán.*

Mientras el maestro decía esto, no había ninguno de todos los circunstantes que con grandísima atención no le escuchase, admirados de oírlo y más de entender qué era práctica de los bravos todo lo que decía con que se corrompen las costumbres de los mancebos. Y mirándolos, Eudemio, como espantado, estuvo un rato suspenso hasta que, volviéndose al maestro, dijo:

–En verdad que es orden ese que he visto usar del a algunas personas, y que no los tienen en poco los que son tales como ellos, quien tal consiente. Pero yo me huelgo de saberlo, porque no me engañen ya, que si hicieran si vos, no me lo hubierades declarado. Yo sabré huirles el cuerpo o a lo menos oyere. Entenderé que engañan a los simples, llevándolos a la horca o a la muerte súbita, y aprovechará para avisar a los que estuvieren ignorantes de ello, tanto más de lo que yo estoy en vuestra destreza.

–Agora acabáis de entender –respondió el maestro– el orden de la vida trabajada. Muy mozo sois. Y porque más os espantéis, oíd bien esto [fol. 89v] que es lo que más habéis de usar con las buenas hijas cuando quisiéredes

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

daros al regalo de alguna guimara calificada para que haga por vos lo que por nadie.

Refrán.

–Primeramente, estudiaréis muy bien esto: "señora, quiero que sepáis de mí que si por vos nadie padeciese más trabajos que yo, ni más contento al fin de las persecuciones se hallase, de mi arredraria este vigoroso brazo o al menorete esta mano derecha que tiene por su común oficio hacer frecuentar en toda casa lágrimas, aunque también os hago saber, buena hija, que no son menester obras donde mi espantable y valeroso semblante se presenta». Y si ella fuere taimada y no acudiere a esto, haciendo poco caso de estos fieros, porque entenderá que el hombre bravo tiene la rueca en el seno; aunque aplacaos luego, pedidle perdón y las manos. Y si lo negare, direisle, «pues yo dispondré de mi vida», colgando el cuerpo a puerta por meritoria ocasión. Y si acaso oyéredes dentro ruido de gente, en un punto os ofreced por criado de los que salieren. No sea trato doble.

Refrán.

Refrán.

–Catad, Eudemio, que ánimo vence en guerra, y no carga de armas buenas. Y salid de este peligro en un momento, porque hay horas menguadas do no pensáis, pero no es bien que se os olvide, que en vuestra presencia no diga ninguna preciada guimara ser alguno más valiente ni diestro que vos, reíros de todos los que presumieren de ello, y en tratando de esto ella, direisle, meneando la cabeza, «señora, no gastéis tiempo en estimar a nadie adonde yo estuviere, que esos mozo son locos y atrevidos más que fuertes. No me los loéis, sino acabad con ellos, que cuando en mi presencia se vean, pongan a una parte los fieros y la estimación de de- [fol. 89r] -treza y gozaréis como escapa de mano del mozo que está aquí, que él les hará sólo con esta hojuela enmelada que de su huida la fama tenga perpetuamente en qué hablar, buena hija. Buena hija, ¿qué son las espadas de esos impertinentes contra mí? Como el deseo que está mi resplandeciente hoja ensangrentada veáis». ¿Conténtaos la reglilla, Eudemio?

La invidia vulgar.

A lo cual respondió Eudemio:

–¡O galán grande en cobardía y no menor en fieros, o hermoso charlatán!. Y ¿vos entendéis que yo había de hacer ni decir eso en casa de alguna mujer, habiendo de tener a las mujeres todo respecto y cortesía?

Entonces dijo el maestro:

–Extraño sois. No os dice el hombre cosa que no le ponéis en tacha. Pero si a vos os parezca mal, no lo hagáis a los que lo hace todos en los principios y después se comen las manos tras ello.

Mucho se rieron todos de aquello, porque, conociendo cuan apartada era la condición y trato de Eudemio de hacer alguna cosa que pudiese parecer mal, y viendo el efecto con que le persuadió, gustaron de ello grandemente. Y descansando el maestro un poco de lo mucho que había hablado, volviendo ambos a tomar las espadas, dijo el maestro:

–Tienda esa hoja y tome en la mano izquierda esta daga. Haga visaje de su cuerpo. Mírame a mí. Aparte el un pie del otro. ¿Reísos? Desviad todo a un tiempo con la daga, de punta. Tenéis entendido que lo suelo decir a todas personas. Ni a criatura viviente digo. Tiente esa espada dije. Acometa uñas arriba a la cara que se la lleve de encuentro, desvíe con la daga. Meta el pie a la herida. No digo eso, ni que lo hagáis en mí. Muy recio tiráis. No os lleguéis tanto. No sea esto lo pasado. Corra alrededor conmigo. Si reparo, tajo al [fol. 90v] muslo, y luego arrebatad y tajo largo, y la daga en el pecho del pobre mozo, yendo por medio de las dos espadas. Acometa por de dentro, y por de

Octava secta vulgar.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

fuera, por acá y por acullá si fuere menester. Otra vez arroje acá por lo alto, y no olvide lo bajo. No tan recio, ni tan fuerte, que me haré afuera. Habéisme de matar. Hacedlo a espacio por vuestro provecho lo digo. No se me represente por ventura que peleamos, y saque el pie y os mate sin redención, que no será más en mi mano, o al menorete os envase esta daga por los oídos.

Promesas que hace el vulgo para engañar.

–Deteneos «voytu che yo te facce a maccino il faré, miser mío, voy. Sapate parlar questa lingua?» Ande, señor mío, que yo le enseñaré todas las lenguas del mundo, tretas de cantidad: italianas, toscanas, napolitanas, francesas, portuguesas, gallegas y borgoñas, mejor que todos los que hay examinados. Y también os enseñaré a reñir en latín. Y aprendidas las armas en todas estas lenguas, os aprovechará para cuando por vuestros pecados seáis esgrimidor o charlatán, repetidor o afamado y disfamado en esta ciencia, o bachiller entre los bravos. Sepáis con ellas, cuando allá os halláredes, tratar con toda criatura. No se os vayan de la memoria, que costó harto trabajo sacarlas en limpio, especialmente esta leccioncilla que veis con todas esas delicadezas que he dicho y extrañezas de lenguas a uno que es visconde de una isla junto a no acuerdo el nombre. ¿Notastes bien la tretilla? Pues no paséis livianamente por ella. Echadle la garra para no menester. ¿Estáis para oírlo de los retraídos?

–Mientras más vais –dijo Eudemio– mostráis nuevas habilidades. Pero, como sois astuto, vaislas descubriendo poco a poco, que de lenguas tan delicadamente pronunciadas, ¿todo eso es menester pa- [fol. 91r] -ra ser diestro?

–No –respondió el maestro–, pero para ser esgrimidor en este tiempo, si como queréis vos que al extranjero ignorante chapetón le lleve sus reales, si no es con estas lecciones en todo género de lenguas y con decir mal de los diestros, negando todo lo que de ellos se cuenta, dando a entender con el semblante que los enseñare, como es cierto que lo podré hacer a todos muy largamente…

–Eso es muy mal dicho –respondió Eudemio– y no se puede sufrir que habléis con tanta libertad.

–Pues ¿qué os pensábades –replicó el maestro–? Llegaos un poco más acá, tomad esa silla y posaos, que quiero proseguir adelante en una cosa que os dará nombre de valiente, como lo ha dado a muchos en este mundo. Cuando uno estuviere retraído, preguntad la causa principal del retraimiento y cómo pasó la pendencia. Y donde hareisos amigo de algún amigo particular del retraído con los mejores medios que pudiéredes. A dos días del trato, le rogaréis que os ponga en conocimiento del retraído y certificareisle que de ciertas pendencias que la vistes reñir le quedastes aficionado y perdido perpetuamente, y que la principal que causó el retraimiento la vistes y os hallastes en ella con la atención que merecía tan gran hazaña, y que por esa afición os le quereís ofrecer por servidor.

El modo que tienen los cobardes para ganar amigos.

–Al punto estos que son sedientes de valentía os llevarán a las horas de comer donde estuviere el retraído y rogaréis al que os lleva que hable primero. Y vos llegaréis con gran crianza la gorra largamente en la mano, tendido el brazo como quiere tirar tajo, acudiendo tras esto con un medio compás al mesmo tiempo la voz un poco gruesa. Entonces dirá el que os lleva, «aquí este caballero tendréis en mi lugar. Catad, que es muy vuestro servidor, no la per- [fol. 91v] dáis que lo quiero yo mucho. Y os es en gran manera aficionado, allí donde lo veis ha visto la mayor parte de vuestras pendencias.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

A lo cual responderá el retraído, «yo lo soy por cierto suyo de ese galán para todo lo que en este mundo, viviendo yo, se le ofreciere. Entonces, sin más esperar responderéis, «obligado está vuestra merced, señor mío, a ser favorable a los mozos de mi jaez. Porque quien tiene tanto de hombre y de buen hijo, grande razón es que a mí me celebre el siglo por su criado y apasionado perpetuo». Esto, volviendo el gesto a todos los que allí estuvieren, abriendo bien los ojos y venteando largo por las narices, encorvando un poco el cuerpo, diréis, «y más, que soy mozo, no de los que se usan por allí comúnmente, sino que por el contento de vuestra merced me despepitaré y desharé la cara con cualquiera preciado guimaro. Y míreme acá con atención. Todas las pendenzuelas que de su fuerte brazo no sean dignas, arrójemelas a las manos, que yo daré, por la rosa abierta, cuenta de ellas». Y si acaso trajere manteles a la tabla, levantaos sin más esperar, haceos mucho de rogar. Si os dijeren que no os vais, replicaréis, «en fin con pesadumbre conocida lo hago, porque unos caballeros me habían rogado que comiese hoy con ellos, y cierto para ello me tenían convidado un mes ha porque fuese en su compañía a cierta pendencia, que siempre trato de hacer a las gentes estos favores. Y como hay tan pocos buenos hijos que amparen a las personas, tengo mucho que hacer y, aunque mi contento y gusto es pelear, lo dejaré por servir a estos señores».

La perfecta fanfarronía.

–Callaréis en la comida un poco. Daréis lugar a que hablen todos. No contradiréis a nadie. Andaréis bien vestido sin tener oficio ni renta, aunque a los discretos nadie les puede estorbar que no sospechen la verdad. Meteréis palabras cuando os pregunten, co- [fol. 92r] sa a que no sepáis responder. No volveréis por nadie delante de él que no fuere vuestro amigo por escusar el daño. Bien me entendéis que daréis por valiente publicado. Buscaros han para acompañar los retraídos y serviréis de campeón cuando se ofreciere, sólo porque tenéis muchas palabras y poca vergüenza, aunque no seáis para guardaros a vos, pero muchos juntos y salariados. Bien me entendéis, aunque sea él sólo que mandáredes.

El más principal oficio que el vulgo da a sus secuaces.

–No sé –dijo Eudemio– que me responda a esas cosas, ni qué decir de ellas, ni entiendo por qué no se acaban ya los embustes y máscaras que esos traen de valentía. Agora vengo a conocer la causa por queé son aborrecidos estos cobardes parleros de la gente discreta.

–Qué bobo sois –replicó el maestro–. ¿De qué os espantáis o cansaisos.

–De oírlo no me canso –respondió Eudemio–, mas fatígome de que se haga como decís y que haya hombres que los crean y estimen.

–Poned en obra –dijo el maestro– y gozaréis de ello, y yo os prometo que os comáis las manos tras de ello, pues es negocio seguro, porque no hay reñir jamás si no treinta con uno.

–No digáis eso –replicó Eudemio –que debe de estar el infierno lleno de tales hombres fiscales puesto por el Demonio contra las virtudes, que nunca se acuerdan que han de morir para dejar de pecar, descuidándose de lo que requiere tanto cuidado y vigilancia, como es pasar livianamente por las ofensas que a nuestro Señor hacen por momentos. ¿Esos no confiesan para que les manden tomar el verdadero camino de la virtud y dejen al demonio tan malos pasos?

–Muy bien habéis hablado y con la cordura que siempre prometió vuestra nobleza –respondió Polemarco–. Si vuestras razones fuesen admitidas de ellos... Más quien está duro en el vicio difícilmente se apartará de él. Porque, engañado con el [fol. 92v] deleite que halla en él su dañado

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

gusto, no quiero levantarse ni buscar remedio a sus delitos hasta que la muerte le ataja el paso, y procuran remediarse cuando no tienen lugar más por miedo que por razón. Y pues esta lástima que vos agora tenéis no aprovechará para remedio de sus maldades, dejémoslos nosotros y escuchemos al Maestro, que no menos provecho nos hace oírlo para conocer el mal que hay en los bravos, que a ellos daño ponerlo en efecto.

Los vicios más fácilmente los hace el hombre venir que los echa de sí.

–Dios os dé salud –respondió el maestro–, que así habéis hablado en mi defensa contra el bachiller, que no mis lecciones. Se me viene a las barbas y quiere confundirme, y pues os enfadáis conmigo habiéndoos declarado el secreto de la valentía, guardaos de mí, que yo os prometo, Eudemio, que es más lo que yo he dejado de hacer que cuanto he hecho en mi vida.

Agora, pues –respondió Eudemio–, pasad adelante, que yo tengo toda mi vida que contar y reír cuando viere bravear a alguno de esos diestros. ¿Mas qué es lo que me falta para ser perfecto?

El ser examinado tienen los vulgares en mucho.

–Mucho –dijo el maestro– si os falta lo que yo sé. Pero de lo que saben los otros diestros, ya estáis hecho un doctor.

–Dadme una lección –dijoEudemio– de las que no usan por acá. Que todas las que habéis dado son comunes. Esto bien los sabéis.

–Cierto está saberlo –respondió el maestro–, siendo yo examinado. Quiero dároslo en toscano, italiano, florentín, bergamasco. Oíd pues la manera cómo habéis de juramentar al discípulo: «anchora te dico (habéis de decir) che io te insegno con sincera voluntá e inviolabili amore».

Y queriendo proseguir con su toscano con gran risa de todos, excepto Eudemio que, enfadadado de ello, le dijo:

–Mirad que me moléis. No seáis pesado, que no os escusaré más. Basta ya lo que sois, [fol. 93r] importuno en destreza.

Invención para entretener.

–¿O –respondió el Maestro–dónde os vais? No me dejárades un poco que llevaba la lengua azida por los arrepiezos. Y pensaba no dejar cosa inhiesta en toda Italia y Portugal, pues a fe que la leccioncilla que os quería dar no era de las de por allí. Que dentro en Venecia la daba el más celebratísimo hombre, digo maestro que se ha hallado después de mí, y acontecióme con él lo que os diré, porque era buen hijo el que digo por su persona. Sí, no hay que negárselo haciéndole algunos relación de mi destreza y ahigado corazón.

–Luego que allí llegué, vínome a buscar en compañía de muchos, al cual dije en viéndolo «¿qué es lo que el señor Micer Antioto manda?» Con el paso lentísimo ragionó in questa guisa, «hanme dicho novel español que reina en vuestro corazón, deseo de veros con los destrísimos de este lugar. A la mano tenéis la ocasión. Por eso poned en obra y aconsejaos con vuestro ánimo.» Yo, enfadado, «señores que me estáis escuchando mohino y amotinado…» Alcé los ojos para contar cuántos eran. Y ellos pensaron que era con fin de pelear, y no se engañaron. Y aperciben sus hojas contra vuestro maestro, cuando menos, Eudemio, que es él que tiñó la hoja en la sangre más oculta de sus pechos. Volví con horrible semblante al maestro diciéndole– «¿Qué es lo que decís parleruelo? Hablad en vuestra lengua, que muy bien la entiendo a fuera tropellareos». Ellos, corrido y maltradados de mis palabras, aunque peor esperaban ser lo de obra, se vienen para mí e yo a ellos. Con donoso semblante les dije «O nación atrevida, ¿cómo sin más apercebiros de armas y compañía venís por muerte? Arrogantes diestros en balde,» Comencé, diciendo esto, «a segarles con la hojuela que aquí veis gran parte [fol. 93v] de

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

los estranjeros cuerpos». Y el desdichado maestro hízome un reparo que yo deseaba muchos años había, y de muy mal junto escondile la mayor parte de la espada en el amedréntado pecho y parte de la vida le saque revuelta en ella.

La fanfarronería vulgar.

–Miradme, Eudemio, cuando yo peleo enojado. Es tanta la destreza que en el cuerpo traigo y la presteza del ejecutar que no se halla por muy atentos que estén el autor de mis heridas. Vuelvo a los demás y hágoles hacer ejercicio en el huir y que el viento quedase atrás y pasasen ellos, diciéndoles «en una carrera larga que tomamos, no profesores de valentía y destreza de aquí adelante, sino de cobardía y torpeza. Y no esperéis más, malvados, no esperéis más, porque peleo sin que de ello me resulte detrimento el menor del mundo.» Y los que sin esperanza estaban de escapar de mi mano se rindieron diciendo con los ojos bajos fijos en su maestro grandes lástimas en su lengua llorando. No lo quiero decir todo, porque no queréis oír lo toscano. Y como vi sus lamentaciónes crecer y llegar mucha gente, lo mejor que pude me acogí, viniéndome a este lugar donde estoy al presente para serviros y a todos los amigos.

–Donoso sois –dijo Eudemio– cuando reñís. Buena memoria es la vuestra, pues también se os acuerda lo que no pasó como lo que pasó.

A esto respondió el maestro:

–tenéis razón. Que más es lo que no pasó que lo que digo, pues no hice todo lo que pude. Porque si miráis en ello, mis cosas no son como las de los otros hombres.

Aunque recibía pesadumbre de oír al maestro, viendo cuánto gustaba de ello sus amigos, que dificultosamente podían comprimir la risa, sufriendo aquella molestia por agradarles, le rogó que prosiguiese adelante en las lecciones para poder valerse entre los bravos y diestros, el cual, poniéndose la mano izquierda en la [fol. 94r] barba torciendo la boca a un lado, así comenzó, muy alegre de ver cuan atentos lo oían todos:

–Lo que con tanto trabajo se alcanza y tan poco se sabe de ella, como es la destreza, ha menester muchas industrias el hombre que lo tal quisiere dar a entender que sabe. Porque yo os certifico que es tan poco lo que hasta hoy está descubierto en las armas que han menester usar de las cosas siquientes para que los que han de ser diestros puedan enseñar con poco trabajo por escusar los peligros que con la experiencia se ganan. Son muy provechosas para todo hombre vulgar, como yo. Ha de ser el que ha de saber aprovecharse de esto y con ellos podrá alcanzar nombre de valiente y diestro. No nos oiga nadie, que es lo que la gente baja tiene por más importante. Seralo si estas nuestras lecciones tomare de memoria con las cuales viven muchos.

El orden que tiene el vulgo para engañar.

–Primeramente, se ande sin espada los días de entre semana y los domingos la traiga. Y de éstas, aunque se empeñe, tenga dos, un muy largo estoque. Y si se espantare alguno de tan larga espada, diga que la trae para pelear con muchos de noche. Y otra espada no muy larga para la correa. Traeréis el rostro no alegre si no fuere con los que entienden que no sabéis nada ni sois valiente. El paso largo y espacioso como de león, echando primero el cuerpo delante. Quitaréis la gorra por su medida, a los que tuviéredes miedo primero que os miren con un beso manos muy largo. A otros, aunque miren, a los cuales habéis de esperar con gran semblante, a unos hasta abajo, otros hasta medio, y a muchos con compás de pies, haciendo aquel aire de danzante por allí.

Historia.

Lo que más usan los vulgares.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Juntareisos los días de guardar por las tardes con dos o tres amigos de los ya engañados, y iréisos juntos a gradas do está el juego de la esgrima. Poneros heis detrás de to- [fol. 94v] dos. Aguardaréis que haya revuelta grande y en el punto rompa por todos, lanzándose hasta donde el maestro de armas estuviere. Y, si os pareciere que por estar el juego muy alborotado no os dejaran jugar, tomaréis la espada muy apriesa. Sin quitaros la capa, sacaréis la espada de la correa, dando estirones de hombre enojado y deseoso de pelear. Abriréis los ojos todo lo que pudiéredes, volviéndolos a una parte y a otra, como quien ha menester que le guarden las espaldas, o hombre receloso de la justicia.

Historia.

–Si acaso os dijere el maestro, viendo vuestra cólera, que no es contento que juguéis, estaos quedo encapotando las cejas y mirando al suelo sin ir al contrario. Si viéredes que el adversario hace campo con la espada, apartando la gente, arremeted a él dándole por un lado. Y si luego el maestro metiere el bastón en señal de paz, arremeted todo a un tiempo y envista como pudiere. Si os rogare que no juguéis más, no se ha menester porfiarlo mucho. Soltad la espada al punto que os lo pidieren, que basta lo hecho para con el vulgo. Y si por vuestra tardanza el otro la soltare, diréisle muy enojado «no la soltéis mozo, no hayáis temor». Si entrare otro a tomar la espada y no lo conociéredes, trocaréis vuestra espada con la suya con un poquilla de riza, procuraréis darle un gran golpe debaxo de amistad, o comoquiera. Y si fuere hombre de cólera, iréisos para él con semblante alegre, sonriendo falsamente.

Efecto de la cobardía.

El vulgo se satisface de apariencias.

–Y con esto hará amistad con vos en su pecho, y no se recatará y aplacaráseos el miedo. Pero si el otro os diéredes por maravilla algún golpe, soltad la espada arrojándola de la mano diciendo «no me hallo bien [fol. 95r] a jugar con amigos. Ireisos fuera de la rueda sin poneros la capa, trocaréis vuestra gorra con un sombrero, calarlo heis hasta los ojos. Meteros han en medio los que hubieren ido con vos y otros que al hacer de los fieros quedaron aficionados. Diranos «¿es menester algo?» Luego responderéis con gran crianza, la mano puesta en el puño de la hoja, alborotado de industria «perdonen vuestras mercedes, que entendí ciertamente ser un diestro a quien los días pasados abrí la cabeza viniéndome a buscar para verse conmigo por fama que de mí tenía. Es un valentísimo mozo y pelea bonico y le parece algo en la habla.» Haréis burla de las tretas que los otros hacen y, en dando un golpe uno a otro, diréis a los que estuvieren junto a vos «aquello es mío como se aprovechó de hablar el día pasado conmigo, bonica es la herida» y a los que hubieren llegado a oíros diréis «vámonos a mi posada y gozarán de cosas lindas, primores ricos y subtilezas inventadas de noche a la sombra del candil, que todo lo que por allí enseñan es aire.»

El engaños del vulgo.

La traición con que gana amigos.

–Por esto os conocerán todos sin para qué. La fama del fiero llegará en boca del vulgo y herir en los oídos de los caballeros tendranos en mucho. Desearán veros pensando que ya con sola esta diligencia son diestros. Pedirán vuestras señas. No diréis de nadie bien ni mal por lo que sigue tras ello, que, si pensáis, es ablandaros las costillas con una paja de encina, espalderazos, disculpa, de pomazos. Huiréis de hablar con diestros en cosa de destreza, sino en comedimientos haréis apuestas que sean imposibles de creer y salir a ellas. Publicaréis que jugaréis cien ducados a maestre Golondrín si no tuviere blanca, pero al que tuviere dineros y supiere algo tenedlo por amigo. Reíros heis en secreto de todos [fol. 95v] los diestros que andan en corillos engañando a los mancebos sin barbas, como vos deseáis que sean, para

Historia.

La industria con que se sustentan en su mal estado.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

plantar vuestra destreza, y decidles que les enseñaréis por menos precio, porque sois discípulo de uno que supo en armas más que Hércules.

–Pero avísoos que no os pongáis en pendencia ni en competencia con gente que puede venir a las manos. ¿Habéis estado atento? ¿Paréceos que será bueno que os durmáis yéndoos tanto en esto? ¿Maravilleisos? Dolor de mí que hará adelante. Publicaréis que cierto día le habléis, que daréis entre vuestros amigos vencedor, no viniendo el diestro al juego, que no supo ni oyó decir que había de haber.

El orden que tienen los cobardes para afamarse a sí y disfamar a otros.

Maravillado estaba Eudemio de los engaños y maldades que el maestro descubría, pero regocijado de entender que los que de aquí adelante vendrán avisados de estos daños, vivirán más recatadamente entre esa gente, teniendo también esperanza que los que usan de semejantes vicios, avergonzados de ver en público sus maldades, y de que se hayan entendido sus maldades, y de que se hayan entendido sus intentos, se conoscan y, arrepentidos del mal estado, se restituyan en el que conviene más para el camino de la virtud y salvación de sus almas. Y volviéndose al maestro, le dijo asi:

–¿Nunca encuentran esos cobardes con quien les quiebre la cabeza?

–No veis –respondió el Maestro riéndose– que quien tiene la falda de paja tiene temor al fuego, y en haciendo enojo a hombre que se pueda vengar, no salen de noche y huyen de día de aquellas partes donde los puedan hallar.

–Lástima tengo de ellos. –dijo Eudemio–. Todo eso causan los malvados amigos.

No le supo bien al maestro aquello y, disimulándolo, hizo con el es-[fol. 96r] -pada en el aire una de sus posturas, que a Meliso y Polemarco dio gran riza, entendiendo por qué lo hacía. Y preguntándole Eudemio qué era aquello, respondió el maestro:

–Como si me lo pagasedes muy bien, así lo queréis saber todo. Treta es aquella para dar diez y cuatro tajos sin llegarle a la espada al enemigo, con que le afrentaréis a uno la pantufla, que se llama la «treta formada».

–¿Qué quiere decir –preguntó Eudemio –«treta formada»?

–¿Qué sé yo? –respondió el maestro–. Oílo decir a un diestro, y si vos apuráis de esa manera las heridas como los nombres, no habrá diestro que os ose esperar ni responder. Sacando a mí, tomad esa rodela apartándola del pecho. Tirad un tajo poniéndola sobre la cabeza, no tanto. Desviaos. Rodela en mi, pie izquierdo tras ella. Revés y rodela por debajo de ella. Estocada luego. Llegadme a tentar, y si sacare, rodela en su espada y estocada por lo bajo.

Novena opinión de la que tiene el vulgo.

–¿Adónde tengo de dar herida al contrario teniendo rodela? –dijo Eudemio

–En lo descubierto –respondió el maestro–. Y sabed que tengo una rodela en casa que, puesta en mi brazo, se ha visto llena de más de cuatrocientas jaras, que así temblaban de ella como garrochas en espaldas de Toro. Y dejadla agora. Si tiro aquel tajo, rodela en su espada, y estocada por un lado, y tajo en el aire y revés de pie izquierdo. Con esta tretilla que os di, así salga a esta punta brazal y punta en mí. Tajo, brazalete. Así tiente, acometa y, si reparo, hecho va.

Fanfarronería.

–¿Qué decis o qué hacéis? –dijo Eudemio– ¿No veis que todo eso es un disparate?

–Digoos –respondió el maestro– que en reparando se concluye.

–¿Y si no repara? –replicó Eudemio.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–No será ese hombre cristiano –respondió el maestro– si así se deja matar, y si no, no sé qué os diga. Bajad un poco la mano. Salid dende el pues- [fol. 96v] -to. torne por allí el brazal.

–¿Para qué metéis el brazo? –preguntó Eudemio– Porque, según he oído decir y está en razón, se hace cuando falta la ciencia.

–No os contenta –respondió el maestro–, pues a mí si vive y reina la rosa coronada, el tajo largo, caiga el cuerpo tras de él, el revés atrás. Acuérdaseos de la cuchillada que di al criado del veinte y cuatro, que le abrí la cabeza hasta los dientes y con ellos me comenzó a mascar la espada cuando, estando yo solo, salieron contra mí los mejores maestros de Sevilla, y los hice volver como liebres. No podéis dejar de acordaros. Que allí estaba Camacho el bravo, vuestro vecino, y Pulgar de acero, Alcantarilla, Voldovinos el Franco y Garranpies, Argantonio el vizcaíno, Ferrograndio Portugués, Tarabote y Guijaluo, Navazares, Carata, Cantoral y otros muchos.

–¿Y estaba allí Mingalario? –preguntó Meliso, haciéndole burla de él.

–Sí –respondió el maestro– y era un harto buen hijo. Y selo porque me llevó una noche a que le guardase las espaldas para entrar en una casa. Y cuando allá llegamos, estaban todos a la puerta. «Vámonos, señor maestro, que está la calle ocupada» me dijo temblando. Yo respondí «no conocídonos han. Allá hemos de ir, echad mano, pie derecho delante, que es mejor soldado». Y sabed, Meliso, que la espada es la bandera, la mano y cuerpo el alferes, los pies los soldados y los ojos los maestres de campo. Cerrad con ellos, ¡sus! mueran. A ellos que huyen o que vienen por detrás, treta contra siete, buelva a ellos el uno, el otro quede con los otros. Agora que tornan a huir, presto no se nos vayan por pies. ¿Qué habéis dicho, Eudemio?

Invención para espantar y entretener.

La aplicación de las partes según el vulgo.

–Que andáis como una redina ¿Con quién reñís?

–O no me dejárades –respondió el maestro– que arrebatado de la valentía iba matan- [fol. 97r] -do y hiriendo en aquellos que todavía les tengo enemiga, en los cuales, sin ninguna defensa, ejecuté todas cuantas tretas sabía, que son más de diez mil. Éstas sin desenvolver el alforja que tengo de las defendidas, que a fe digo que pensé señalar hoy mi hoja con la sangre de los que andaban en la gresca, que tenía más de diez muertos a mi mandado. Dejadme descansar un poco de la pelea. Gozaréis de lo que hacen algunos, pues no me dejéis reñir a mi gusto como yo acostumbro. De lástima, creo, lo hecistes porque no matase tantos. Algún amigo teníades entre ellos. Cuando van solos por la calle para dar a entender a la gente de poco entendimiento que todo lo que piensan es en tretas y en pendencias, menean los brazos como quien esgrime, y al cabo dan con la cabeza, tuercen la boca, como hombre que no le contenta, y, si acaso encuentran alguno de estos, llámanlo y métenlo en alguna casa puerta y rueganle que se afirme con el brazo y se ponga en postura. Y hacen un garabato que no lo entenderá Galván. Alzan el gesto para él diciendo «ya, ya, beso las manos y no tenga en poco haber sido mi molde de tretas hoy». El ignorante está de ello muy contento, y estos dicen que las sueñan de noche, y que para que no se les olvidasen, deseaban probarlas y que hallaban pocos en quien. Porque luego querían los más argüir y hacer contrarios. ¿Ésta no diréis que es mala reglilla? Porque en tornando a ver, de allí a dos días se llegan al engañaso con gran crianza pidiéndole diez reales prestado, a cuenta de los que hubiere de pagar cuando sea discípulo de los amados, así que le fuerza a ser diestro por no perder el dinero. Y si vos lo hicierdes algún tiempo, la primera cosa sea esta tretilla a quien yo llamo golozina [fol. 97v] de armas o añagaza de destreza, por amistad que toman

Otro engaño vulgar.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

con ella todos los que le aprendan, la cual es mía sin hacer garabatos de acá para acullá, sino trayendo la espada limpia.

A esto dijo Eudemio:

–¿Qué es «traer la espada limpia»?

–¿Qué ha de ser –respondió el maestro– sino llegarse poco al contrario? ¿Ríese? Tire por allí abajo. Tiente y torne afuera. Cargue la espada más allá por medio. Por allí van allá y, si vaciare, acometimiento por arriba y, si reparare, por lo bajo. Con él al otro mundo. Uñas arriba y dejaos caer sobre el pie.

Décima opinión del vulgo.

–Y si tienta la espada –dijo Eudemio– ¿cómo es limpia llegando a la del contrario?

–Sí, señor –respondió el maestro–, bien, ¿qué hay para ello? ¿Queréis vos saber más que quien os enseña? Pues sabed que se ha de tentar la espada siendo limpia. Que si es con pelo quebrarse, claro está, y así quiero yo que se haga, pues fue inventor de ellos. Torne a tentar, tajo al brazo y luego arrebate y tajo en mí. Aquesta me enseñó un hombre destrísimo que ya no lo es, porque no quiero que lo sea, o por decir la verdad, no querría que lo fuese.

–¿Por qué razón –dijo Eudemio–, si os enseñó lo poco que sabéis? ¿Ese es el agradecimiento que tenéis a quien debéis tanto? Malas intenciones son esas. Mal me ha parecido vuestro negocio. Decidme alguna causa bastante, aunque no puede haber alguna que mueva al hombre de honra a decir mal con mentira de quien una vez dijo bien con verdad.

La invención y mala intención.

–Yo lo diré –respondió el maestro– porque le han preguntado si yo sé mucho, y ha respondido que no sabe tal de mí. Y cuando mucho lo aprietan, se cierra con que sé poco.

A esto dijo Eudemio–Si es verdad lo que dice, y se lo pregunta gente a quien está obligado a decirla, paréceme que no hay que culparle.

–¿Y paréceos –respondió el maestro– bien he- [fol. 98r] -cho? ¿Qué le costaba o qué sacaba de su bolsa decir que yo sabía mucho?

–Que mentía en ello a su parecer –replicó Eudemio– y un hombre de bien ha de huir de tan mal vicio y, aunque no fuera tan grave crimen, por no imitar a los charlatanes diestros fingidos, fuera de lo mucho que para con Dios se pierde, le está muy bien aborrecerlo.

A esto respondió el maestro:

–Habiéndolo yo loado a él, ¿era mucho que hiciera otro tanto?

–Sí –dijo Eudemio–, que va mucho en decir verdad o mentira, que es lo que por ninguna cosa la ha de decir el que es hombre de honra. Y estemos a razón. Si es mayor el daño que Charilao hacía a la gente con decir mintiendo que érades diestro que el provecho que vos recibíades, ¿no os parece? Miradlo sin pasión, que lo ha hecho bien. Y como se ha esperado siempre de su desengaño.

Con trabajo se pone el vulgo en razón.

–Extraño sois –dijo el maestro–, que luego entendistes por quién lo dije. Buen mozo es. Pero si yo lo tuviera aquí yo me adelantara más. Encajad aquí los cinco que estoy burlando, veámonos muchas veces, que en verdad os digo que he holgado de conoceros.

La cobardía disimulada.

–Bien entiendo eso –respondió Eudemio–, que con buey aráis que no pierde el surco, y no seáis tan sin término que habléis con la espada no peleando con la lengua. No penséis que yo no alcanzo esos puntos de hombres invidiosos. Que si los que con ellos están le acuden a decir mal de la gente

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

honrada, desatan allí largamente la mentirosa lengua, mostrándose Leones. Pero si les contradicen humillan y acobárdanse como liebres, certificando que ha sido burlado todo cuanto han dicho, y tornan de nuevo a loarlo y a comerlo vomitando como el perro. Lástima tengo de sus almas que tan ahogadas las traen en el piélago de la invidia. Y cuando más confiados y descansados están, esperando puerto seguro, en- [fol. 98v] callan en las rocas de mentira, do se pierden ellos y sus pretenciones, llevándolos al profudo el peso de sus malas obras. Lástima se ha de tener a los padres que lastan por la amistad de sus hijos. Toman con tal gente de la cual sacan afrentas y muerte de vida y alma que es peor. Bién sería que se reformasen y buscasen el camino de su remedio.

Lo con qué se adarga el vulgo cuando lo contradicen.

–Bien me parece –respondió el maestro–, mas de esta manera que digo comen de esa que decís, morirán de hambre.

Gravemente sentía Eudemio el daño que a los hombre había venido por ignorar al principio el mal que estos engaños prometen al fin, y no sentía menos si de esta jornada se le había de pegar algún mal grande en su inclinación por querer avisar a los ignorantes y reprehender a los ya obstinados en maldades tan notorias. Y estando descansando del trabajo que con la espada tomaba, habiéndole sacado de esta consideración la mucha risa de sus compañeros, volvió a preguntarle al maestro de nuevo, cuando, anticipándose, Polemarco dijo así:

–¿No me diréis, Maestro, por qué causa han dejado algunos sus oficios y se ha dado a la charlatanería de la destreza y valentía?

–Porque es fácil –respondió el maestro–. No cuesta blanca el vivir. ¿Pensáis que hace poco al caso para con la gente baja hacerse un bravo y decir mal de la gente honrada? Que en el mesmo punto los que son tales como él lo tienen por competidor. Yo lo sé muy bien.

La causa formal por qué todos los ignorantes se dan en la destreza.

–Créolo –dijo Eudemio–, que por eso os aprovecháis de ello tan a menudo como buen imitador del vulgo.

A esto que no le daba buen gusto, disimulando como si no lo oyera, respondió el maestro:

–¡O que regla viene agora muy usada en este tiempo, principalmente en vuestra tierra! No sé si os la diga. Mas, porque no creáis lo que hablan esos va- [fol. 99r] -lientes, os la diré.

–Eso será –dijo Eudemio –amonestar al cuidadoso. Yo os prometo que pocos me engañen con sus mentiras, que la experiencia y el uso con el tiempo han engendrado en mi memoria una ciencia tan cierta de huirles el cuerpo, que no habrá cosa que baste contra ella.

Historia.

–No os entiendo palabra en mi conciencia –dijo el maestro–. Mirad esto: si os dijeren que el hombre que va allí con su espada muy bien puesto es cobarde, y que de muchos agravios que le han hecho no ha dado satisfacción a su honra. Miradlo bien. No os engañéis, que un diablo se parece a otro. Y si algún día lo encontráredes fingíos agraviado sin para qué ni causa, y luego echad mano a la espada para él. Y si por ventura no fuere cobarde y mintió de invidia que le tenía el que os lo dijo, y desnudare la espada esperándoos muy bien o arremeter contra vos, haceos atrás muy apriesa la espada puesta delante diciendo «perdone y téngase, señor mío, que el hombre enojado no tiene verdadero juicio. En verdad que pensé que era un hombre a quien yo ando a buscar diez años ha, y cierto que le parece en gran manera». Si el otro hablare demasiado, viéndose agraviado, ya habrá llegado a esto gente a

Maldad muy usada entre los cobardes.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

ponerse en medio. Decid a los que se llegaren, como habla el pobre mozo, «eso merecí yo por apartarle mi espada de su gola, perdonándole la vida», que con esto que vos digáis a voces habrá ciento que lo cuenten, aunque no hayáis llegado con una lengua a él. Y estando todo sosegado, os iréis riendo con muestras de gran corazón al parecer, pues no hay peligro. Iréis diciendo entre dientes que vos lo matárades si la honrada gente no os lo quitara, a mal haya [fol. 99v] tanto padrino. Por eso huelgo de pelear donde hace su nido la grua o donde canta el perdigón.

Historia.

–No me digáis más –respondió Eudemio–, porque no puedo sufrir que haya tal maldad oculta entre cristianos, y tengo por certísimo que es más el poder de un hombre de honra que el de todos esos cobardes juntos. No sé qué responda a ello, sino que lo tenéis tan en la memoria que me admiráis, y fuéraos mejor emplearla en cosa más provechosa y más digna de loar.

–¡Qué bobo sois –replicó el maestro–! ¿Más provechosa que ésta? ¿Qué decís? ¿Cuál puede ser en el mundo? ¿No veis que lo más del tiempo me convidan comiendo siempre de balde, y vistiéndome sin costar un cuatrín el vivir entre esos bobos? Y si me conocen en una parroquia y me caen en la manera de vivir, pásome luego a otra bien lejos, que los vecinos en toda la vida se comuniquen, y así dura mi ciencia habiendo siempre nuevos discípulos que me loan. Que con el nombre de diestro, Eudemio, todo se encubre. Que fuera de mí en verdad que muriera de hambre si no viviera dado en esto. Que como es tan poco de saber y son habas contadas se me ha dado bien.

Como permanece los vulgares en sus engaños.

–Poco os parece –replicó Eudemio– qué es de saber la destreza. Pero decislo por lo que sabéis, porque, como vos habéis afirmado, ya yo soy diestro y valiente.

–Si lo dicho hiciere –dijo el maestro– y más, que habéis de decir dondequiera que os halláredes para que la gente menuda os tenga por valiente. Que habeis hecho ventaja a todos los hombres señalados del mundo, y certificaréis que coméis hierro y higadillos de leones, y que se os ablanda el mármol como cera entre las manos. Y, si os preguntare alguno, qué habéis almorzádote, responderéis, «no nada, señor mío, un pedazo de malla fina con algunos trozos de espadas. Si sois servido para comer tengo una pieza [fol. 100r] de arnés cocino con un salpicón de puntas de puñales y aros de broqueles». Y afirmarles que quitáis espadas de día y de noche entiéndese sin reñir con los dueños, y que se concierta con vos la justicia, porque de otra manera los mataríades de hambre quitando tantas espadas. Y juraréis que para venderlas tenéis pacto con los espaderos, y que todos los pregoneros os conocen desde el día que se os hizo aquella fiesta tan solemne por las calles. Y que todos los corchetes abrazadores os convidan y loaros de otras muchas cosas, porque sabed que antes o faltará que inventéis que hombres que os crean.

Historia de los cobardes del Vallu. [sic]

Mucho daña creer todo lo que se oye.

–Yo os diré qué tanto –dijo Eudemio–, que por tener estos mala voluntad al virtuoso y no darle la honra que tan suya es la dan al vicioso, no porque creen que la merece, sino por quitarlo a quien tiene invidia. Pero hay entre ellos esta diferencia: que los virtuosos mientras más saben son más humildes, y esos que decía mientras saben menos son más soberbios y arrogantes. Porque son como la balanza que la que tiene menos más se levanta. Y a mí muy bien me parece saber esto para huir de tan malas costumbres, y para conocerlos con tan buenas señas como esas y darles de mano.

Los cobardes y los indoctos andan en una balanza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

A esto dijo el maestro:

–Quiero daros una lección para pelear. Saque el pie, desencamisando la hoja blanca, y arremeta a su contrario de esta manera. Y si estuviere quedo, voces en él porque salga la gente, y sin llegaros mucho. Pero si se hiciere atrás seguídlo. Ya está esto sabido, y si esperare bien, teneos, y si el otro arremetiere, haceos atrás que así hacemos todos y ganamos honra de haber reñido.

–Yo así lo creo –respondió Eudemio–. Mas no veis vos que no es valentía hacerse atrás un bravo riñendo con uno sólo, y que las tretas de las de las armas no se inventaron para el [fol. 100v] que no espera, sino para el que aguarda. Y de aquí entiendo que uno de esos bravos sólo puede reñir con un ejército de hombres, no esperando golpe, los cuales no saben sufrir porque no tienen honra. Que perder que el que la tiene mucho la guarda, y aunque a vos y a otros tales os parezca que ganáis por ese camino, sabed que os engañáis y perdéis en una coyuntura cuanto pensáis haber alcanzado en muchos años.

No hay treta para él que no espera.

–Reparad esta punta –dijo el maestro, riéndose de lo que decía Eudemio–. ¿Teméis? Así, cuerpo de mí, sabed temer para que entendéis quien soy. Ya os enojáis que por vuestro provecho lo digo para que os enseñáis a no temer, cuanto más que todo entra en la lección. Pero si me lo pagásedes diríaos una fina, con la cual en todos los lugares que me he hallado he ganado largamente amigos. Y ha dado de comer a los que saben como yo, y otras mil cosas que, usándola, veréis el gran provecha de ella.

Los afrentados no saben sufrir.

Entonces Eudemio, enfadado de ver cuan desplegado iba la maldad, respondió:

–No me digáis más, sino con que pagarán estos tan grandes testimonios y engaños que levantan y hace a la gente de bien. Al fin huelgo de saber algunos para entender la manera con que engañan y los rodeos que buscan para que lo tengan en algo.

A lo cual dijo Polemarco:

–habían de castigar a los tales con gran cuidado, porque sin duda deben de echar a perder la mejor y más ahechada gente de nuestra patria. ¿Por qué no aprenden estos otro oficio para que con menos cargo de conciencia pueden aprovecharse, o a lo menos hagan menos daño?

–Allí veréis –respondió el maestro– la execelencia de mi arte. Pues los que más la tratan son tenidos en tanto no sabiéndola como yo. Y para que más claro lo veis, [fol. 101r] los cavadores han dejado de cavar por darse a enseñar armas, que es más fácil.

La facilidad con que enseña armas el que quiere.

–Y más trabajo –dijo Eudemio–porque andar en esas marañas que habéis dicho más es que cavar. Y paréceme, Polemarco, que es inútil el trabajo de él que consume su vida en concer las causas y en verificar los efectos y entender las calidades de los movimientos y en sacer las heridas en limpio para que al aplicarlas sean verdaderas, y en conocer los ánimos de los hombres para darle a cada uno lo que su inclinación pide, y lo que su fuerza puede sustentar. Con esto vienen a menos las cosa buenas, siendo tan pocos los que las favorecen, y tantos los que creen a charlatanes.

Lo esencial de la verdadera destreza.

Antes que Polemarco respondiese, se anticipó el maestro y dijo:

–ríome de que atemorizado estáis.

–No lo tengo de estar con tales engaños –respondió Eudemio–, habiendo visto yo algo de la destreza verdadera.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–¿Cuál es la verdadera? –respondió el maestro.

–Está obligado –dijo Eudemio– el que sabe la buena destreza a tener tan mal juicio como vos, o haos de hablar en vuestra lengua para que lo entendáis.

El vulgo vitupera lo que no entiende.

–¿Mal juicio tengo yo? –respondió el maestro muy enfadado– pues, ¿cómo sé tanto y soy vuestro maestro?, decid bachiller.

–Pues sois mi maestro –replicó Eudemio riéndose– decidme ¿qué cosa es tajo?

A esto dijo el maestro, parándose un gran rato a pensar en ello:

–es una herida que si acierta en llano saca sangre.

–Pues, ¿la estocada –replicó Eudemio– es herida y no tajo?

–Pues, ¿Qué queréis que os haga –respondió el maestro– ya lo veo, buen discípulo hacéis.

–No es mucho –dijo Eudemio– que tengo buen maestro. Mas decidme por vuestra vida todos los [fol. 101v] diestros que habéis visto en el mundo saben destreza de la manera que decís. ¿No hay unos mejores que otros?

–Yo soy el mejor de ellos. –respondió el maestro– Esto digo aquí entre nosotros, que cuando estoy allá uso de otro término.

–Es verdad –dijo Eudemio–, porque yo no sé cosa alguna de lo que vos sabéis.

–Por vuestra culpa, señor –respondió el maestro–, y por vuestro descuido. Sabéis en qué veréis que sé más que todos en que tengo el brazo derecho, dos dedos menores que el izquierdo de dar estocadas de puño en cuerpos de hombres destrísimos.

–¡Qué poca piedad tenéis! –dijo Eudemio– Pues tan recio les deis.

–Sí. –respondió el maestro– No hay que hablar. Que mis heridas no son como las de los otros hombres mortales.

La más estimada secta de los vulgares.

Alzad la espada, poneos, callad, que ninguna cosa de las que yo enseño puede faltar ni olvidarse a los que no la saben, cuanto más a vos que sois mi discípulo. Tajo os digo. Redondo, aunque es falso, y un revés a aquella parte, aunque no es menester. Poneos las uñas arriba de la mano, sacad el pie derecho, dejaos caer, acometed al rostro y, si desviare, vaciad el cuerpo sobre el pie izquierdo, digo. Con él se han de dar todas las heridas. Coged esa espada afuera. Deteneos, volved, esperad, no me matéis. Ya veis vuestra espada sobre la del otro. Si sacare uñas arriba, golpe de revés a la espada para derribarsele con la garatuza, o al muslo. Y si no, uñas arriba a mi pecho. Y no reparéis que es falso, sino vaciad el cuerpo quebrándolo. Atención que no nos oiga nadie, que estas cosas son ricas. ¡O mi destreza secreta provechosa alcanzada con gran trabajo! ¡Qué estocada de puño! Bien me entendéis. Poneos las uñas arriba como de antes.

–¿Por qué razón –preguntó Eudemio– me tengo de poner así y no [fol. 102r] vuelta la mano uñas abajo?

–¡O tonto! –respondió el maestro– Por que pueda hacer mejor en el contrario lo que quisiere. No hay más razón. Haced lo que os enseñan y dejad esas razones al obrarlo con la espada. Venid acá pecador. Habéis de reñir con la espada o con la razón. Donoso estáis. Corred por allí, tirad sobre el pie derecho siempre. No me reparéis, que es falso. Cambiando la espada necesite al enemigo. Mandoble por de dentro. ¡Cómo sudo! Merendara yo agora un bocadillo. Alzad la espada. Quedo, que me lastimastes. Juntaos conmigo; catad

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

que perdéis tiempo. No metéis el pie izquierdo, que es prohibido, sino juntadlo con el otro a fuera sobre el pie derecho.

A lo cual dijo Eudemio:

–¿El pie izquierdo en esta secta de juego es privilegiado, o déjanlo descansar porque otros lo cansan tanto hiriendo con él? ¿Qué más tiene el izquierdo que el derecho para herir? ¿No tienen ambos un movimiento y están debajo de una causa y los gobierna una voluntad?

A lo cual respondió Meliso:

–Porque esta más cerca la espada de poder herir al contrario moviendo el pie derecho, y puede seguir con más facilidad el movimiento de la espada que no el izquierdo. Y aun está más cerca de poder salir de la herida, porque, errando la del punto, más fácilmente se restituye en su primer lugar para proseguir la defensa que no con el izquierdo, quedando el cuerpo en él con tan poca fuerza, habiendo errado el golpe por tener causa y efecto en un mesmo lugar. Si así se puede decir, no pudiendo el hombre herir ni defender sin preceder el movimiento, que valga y ayude al de la herida en tiempo, sin otras razones que hay.

–Y sabed que he visto una cosa muchas veces entre los que tienen nombre de diestros, que [fol. 102v] cuando uno hace una treta con que les puede dar, dicenle que es falso para que no la haga. Y el ignorante déjala de hacer por aquella persuación y el otro cógela para sí. Y se ven que con una postura que el contrario trae, la sin razón de su destreza no tiene entrada. Aconséjanle que la mude y persuádenle que se ponga de la manera que mejor le pueden dar sus discípulos.

–¡O qué extraños son –respondió el maestro– estos vuestros amigos que luego se acogen a sus latines, que no los entenderán cuantos maestros allí examinados! Eudemio, tomad vos mi consejo y creed a los que saben más que vos, principalmente a mí, que he andado a los alquiles Haced lo que os digo. No preguntéis más. ¿Quién lo puede saber mejor que yo eso?

Maldad muy usada en nuestro tiempo.

–¿Qué? –dijo Meliso

–¿Que reís que os lo diga? –respondió el maestro– Dadme un mes delantado. Pasemos adelante con la lección. Alce quedito, tendeos por allí conmigo, coged otra vez la espada. Acometed al rostro de filo y luego reparadle por lo bajo. Si tirare tajo a su brazo, vos a él de medio tajo, o al rostro si quisiéredes. Y si no, dejadlo para otra venida y luego afrentad haciendo esto con la espada y diciendo, la gorra en la mano, «a maestre ciudad» y «señores».

–¿Todo ha de ser retraerme –dijo Eudemio– y andar alrededor? ¿No me enseñaréis a esperar? ¿Y para qué quiero la destreza si tengo de huir, maestro, como vos me enseñáis?

–Arrojado un tajo de cama levada como el mío –respondió el maestro–. Esos diestros a quien vos loáis, ¿por qué no van a la Corte, donde esta la Flor del Mundo, cuando estoy allí, se entiende, para que todos conozcan y vean sus habilidades? Todo ha de reírse de los diestros. Andad por allí... Esperaos. Pon-[fol. 103r] -ed la punta de la espada en el suelo. ¿Sabéis lo que aconteció en Burgos dando lección a los infantes de Lara?

–No. –dijo Eudemio– ¿Decislo por ventura porque se os olvidó algo de lo que me íbades enseñando?

–Ya os he dicho –respondió el maestro, muy enfadado– que mis cosas jamás se olvidan. No por eso, por vuestra vida y mía, sino… ¿sobre qué fue

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

agora? Extraño sois que habéis de olvidar al hombre por fuerza. Esperad ahora, ¿qué era aquello sobre que hablábamos?

–bien está. –dijo Eudemio– Ya os entiendo. ¿Es largo el cuento? Esto he de sufrir por dar gusto a estos señores porque se ríen de ello o quien tal aprende.

–Cansadillo estáis. –respondió el maestro– Vos haríades a las armas si, como yo, enseñásedes al olor de un ducado por criar un diestro a mis pechos. Y sabed que yo he sacado muchos de mi mano en esta vida.

–De la muerte de alguno también habréis sido causa. –respondió Eudemio.

Bien oyó el maestro esto como las otras cosas que disimulaba, mas fingiendo no oírlo respondió:

–¿Que cansado estáis? Mucho huelgo que seáis vos mi discípulo porque sois bachiller y atrevidillo como se requiere para el oficio. Pero una vez estando en Flandes se me alzó un mozo con lo que le había enseñado, pero murió a mis manos. Estando, pues, como digo, enseñando a los condes…

–¿Ya no son infantes? –preguntó Eudemio.

–Todo es uno en aquella tierra. –replicó el maestro.

Ha menester el mentiroso gran memoria.

–Eso me parece a lo que pasó a un amigo mío –dijo Eudemio– que envió a un criado de un racionero del mesmo nombre. Y volviendo a dar razón de lo que respondió, su señor, como vio el disparate del mozo, oyó el desatino de la respuesta. Le preguntó en qué parte lo había hallado. «En su casa», respondió el cria- [fol. 103v] -do con otros racioneros, a lo cual replicó mi amigo: «¿Qué dices? ¿No te envié a casa del jurado?». A esto respondió el mozo con gran cólera: «En verdad que es vuestra merced donoso. Diga, ¿qué más se me da que sea racionero, que jurado, o veinticuatro, que canónigo? ¿Todo no es un cabildo?

–Yo os hartaré de esos chistes –dijo el maestro, disimulando la aplicación del cuento–. Cuentos boscanes o coplas, por mejor decir, vos creéis en todo vuestro juicio, que pensar en lo que yo sé no es cosa de burla. Verdad es que yo no soy tanto de la espada sola como de las otras armas: pica, alabarda, bastón, con otras muchas cosas, como espada y daga. Ya lo habéis visto por vuestros ojos que ninguno de los mortales la entenderá jamás como yo la sé. Ni de ronca reconozco ventaja a criatura viviente, ni me dejaré de loar que en lo que toca a la pica soy el mayor pícaro de ella que hay y quien más ha sabido en el mundo de ello.

–Tablachina, oídme acá. No se halló en Lisboa hombre que me supiese mirar broquel chico de lástima de las cosas que sé. No lo quiero enseñar. Arrojar una espada por los anillos, acertar un blanco con la daga, una treta contra un perro, saber huir el cuerpo al toro con linda gracia, asombrar a los contrarios con sólo mirarlos, a mi gusto y a su placer murieran muchos si yo quisiera enseñar estas armas arrojadizas. Y así era cosa grande verme a mí tirar una estocada a los de la calle desde una ventana con otras mil habilidades, antes que aquella desgracia me sucediera.

–¿Es el cuento de arriba? –dijo Eudemio– Acabad ya de desempreñaros de él, que tanto rato ha que estáis con dolores.

Historia.

Es cosa tan usada entre los diestros vulgares contar cuento y fingir pendencias para entretener a los oyentes y henchir con ellos lo mu- [fol. 104r] -cho que les falta en la arte que profesan, que el maestro, no hallándose un momento sin mentir, quiso seguir así el cuento comenzado:

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Acabada de dar la lección, que pudieran todos los gerifaltes del mundo tener bien que estudiar para entenderla, llegó a mí un mozo bien vestido, que de vuestros años me pareció, diciendo, «señor Maestro, ciudad aquí os llaman fuera». A mí, no dándoseme lo que podéis imaginar, respondíle, «¿a mí, gentilhombre? no debe ser a mí la mensajería». «Señor Maestro, a vos quiero», dijo el mozo. Entonces todos los duques, alborotados se vienen para mí diciendo a grandes voces, «¿qué negocio es ese? ¡Dacá lanzas, mozos criados, ola, ola, venid todos aquí!» Oído aquel alboroto enojeme por vuestra vida y mía y, alzando la voz, dije, «señores, no pestañee todo hombre porque haré que mi espada no lleve los filos tan descansados como hasta aquí los ha tenido». Visto que me apitoné, todo hombre se apaciguó. Ya que un poco más quietos los vide, dije, «señores no entendéis negocios de Germanía. Sabed vosotros y consideren los nacidos y entiendan los por nacer en los vientres de sus madres que, aunque yo haga el escándalo en los cuerpos humanos con el brazo de este vuestro criado, que todos saben, no han de mofar mis contrarios, que no soy tan buen Guymaro que solo no pueda hablar a los más preciados mortales.»

–Eso último –respondió Eudemio– creo yo si no hay otra cosa y huelgo de veros ir arrebatado del humo de la valentía. Debió de ser cosa que se puede contar toda la vida el buen suceso. Por cierto tengo, señor Maestro, que se puede hacer libros de vuestras hazañas y fábulas de palmo en oro.

–De palmo diréis –respondió el maestro–. Mal año y aun de lanza, ¿espantaisos? Miradme bien que yo soy y entended que el diablo también entra en botija como en otra cualquier vasija, y en esta vida no toparéis tan presto otro co- [fol. 104v] -mo yo, que agora comienzo a saborearme en mis hazañas. Al fin salgo fuera, y todas las criaturas humanas que al gesto me miraban, unas con capas, muchas con gorras y sombreros, y todos juntos se escudaban, no entendiendo los medrosos que contra mí no hay escudo que me resista cuando me enojo y acizento. Ya que a la puerta de la casa hube llegado, en muchos lugares de la calle vi escuadrones de gente bien ordenada.

–¿Qué tantos serían? –preguntó Eudemio.

–Haya los que quisierdes –prosiguió el maestro–. No hay cuenta. Al menos yo no la tuve; como cuarenta o ciento, sin los que después llegaron. Ya que fuera me vieron, comienza todo humano a alborotarse. Yo, porque sin castigo no me huyesen, dije recio, con gran estruendo y ruido, «congregaos mozos. Sabré quien son con los que tengo de pelear y haced como yo hago». Luego todos, sin faltar ninguno, que en verdad de esto tengo mucho que agradecerles, sacando sus espadas al aire, harto relumbrantes, se vienen para mí. Que el ver las espadas tan limpias y vírgenes y a ellos tan bien puestos fue causa para aumentar la gana y intrínseca voluntad que yo tenía de hacer justicia pública en ellos con esta mi derecha. Todos al punto con gentil postura se vienen a mí. Mas yo no los esperé como hacen algunos idiotas.

–Eso creo yo muy bien. –dijo Eudemio–. Y también entiendo que estos señores no lo dudaban.

–Es verdad lo que decís –respondió el maestro–, porque yo me fui para ellos más recio que una jara y más apitonado que diestro novel. Ya que a la desdichada escuadra vi junto a mí, arranco un revés como de mi mano, Eudemio. Sacado de la postura de contra nueve, que no se hace sino para despachar, y abro de par en par por medio. ¡O qué era de ver la grita, [fol. 105r] la priesa, el estruendo y la behetría! No sé cómo os lo diga.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–¡O desdichado del que cogistes primero! –dijo Eudemio sonriéndose– ¡Qué lástima tan grande! ¿Y por dónde lo abristes, decid?

–Las puertas, digo, con el hombro de un caballero.

–En verdad –dijo Eudemio– que me habíades puesto lástima. ¿Y escapastes de ellos? ¡O qué bien hecistes en meteros dentro huyendo!

–Qué poco sabéis. –respondió el Maestro– Oíd, callad y notad el negocio, que la puerta que digo abrí para encerrarlos, y que tan sola una de las espadas no me faltase. Que eran tan buenas que algunos amigos míos, estado yo en el golfo de la pendencia, me rogaron diciendo unos a mí, «señor, aquella espada corta que me parece buena», otro, «el estoque quiero y sea mío». Muchos acotaron las rodelas y otros los broqueles. En este punto, miradme acá, respondí a todos con un semblante mustio, diciéndoles por señas, traspillados los dientes, que yo daría satisfacción a sus deseos. Y largamente cumpliría sus voluntades y pude muy bien porque tengo tan grande ánimo que, aunque estoy riñendo, estoy pensando en otras muchas cosas que tengo que hacer.

–En fin, con mi arriscado brazo y hoja en la mano cierta, esparciendo en ellos la runfla de mis acostumbradas heridas, en la casa abierta los metí. Y entendiendo por los que dentro estaban, que a la puerta tenían su daño y muerte, sueltan de improviso las blancas espadas derribando por tierra los empleitillados y acordonados sombreros y entoquilladas gorras, echando las capas en el suelo ante mí, las manos puestas, se arrodillaron diciendo con harto miedo y dolor: «en paz y en guerra astutísimo guerrero y diestro por el cabo, perdona a los que sin conocer tu valor te han enojado pensando que eras [fol. 105v] otro. No eres el que buscamos. Hombre de valor, aplaca tu coraje y furia».

–Esto decían algunos y los más de ellos con lágrimas. Como oí su largo lamento, me conmovió, Eudemio. Refrenando el coraje de mi ánimo y amansando la furia de mi espada, diciéndolesm, «levantaos mozos, que soy humano y, en fin, me apiado de vosotros. Mandadme luego enviar el despojo a casa, que lo tengo mandado a algunos amigos que codician servirme». Esto dicho, ya que los mozos reducidos en las vidas y libertad se vieron, míranse los unos a los otros y señalaron procurador allá entre ellos que en nombre de todos hablase, que estas palabras dijo, «señor ciudad, o mundo por mejor decir, todos los del universo se han de rendir ante vos. Esto claro lo ha mostrado la experiencia hoy. Por merced os pedimos limosna que nos soltéis los despojos, por lo menos capas y sombreros, por la honestidad de nuestras personas. Que estos buenos hijos os servirán con los ojos por el suelo». Entonces dije yo, «Pues agora levantaos civil y efeminado escuadrón. No os lo diga otra vez. Mozos, yo os hago merced de la vida y de lo demás, que tan mío es, con tal que perpetuamente no me paséis por esta calle».

–Todos de igual parecer condescendieron con gran contento, viéndose gozar de la vida no pensada. No fue muy lindo, Eudemio, que juró cada uno sin salir de allí sobre la guarnición de mi espada de mandarlo en su testamento con maldición que a sus descendientes comprehendese, y que mandarían en capítulo por sí cuando muriesen que dos calles o mil rodeasen con el cuerpo por no enojarme, y más que iría el pobre muerto temblando si por allí lo pasaba. Ya que sin cólera estaba y ellos en pie, los castigué y corregí de [fol. 106r] palabra diciéndoles, «picaños, mozalbillos sin ánimo, diestros en volver espadas, malvados de ruin casta, parleros de mala fama, pobretos,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

miserables, desdichados, medrosos, tembladores, ¿qué causa os movió a ponerme en término? Que si, por dicha mía o desdicha vuestra como yo me enojé, se alterara mi limpia hoja, quedárades, no lo dudo, de manera que los que están aquí presentes no os conocieran, ni supieran decir de aquí a poco espacio si fueron cuerpos humanos o alguna carretada de pepito ya». ¿Paréceos bien o fuera bien hecho?

–No sé qué diga –respondió, Eudemio–, sino que estoy turbado de oírlo. ¿Y no os ofendieron tantos ni respondieron algo a esas malas palabras? Porque me parece que por cada una se podía reñir honestamente, y más, habiendo todos venido con brío de reñir. No sé si lo crea.

–Hanse conmigo –dijo el maestro– los fanfarrones y cobardes como los arcaduces de anoria, que el que viene cargado vacío torna y el que viene sin miedo vuelve con él. Y si con la espada, sin ella.

–Pues tantas cosas –replicó Eudemio– les dijistes, ¿no bastó lo hecho en ellos para dejarlos?

–No me apuréis –respondió el maestro–, que todo lo que tengo contado aquí puntualmente lo dije sin ninguna duda. Pero díjelo en mi pecho y no lo oyó criatura viviente. También esto es verdad. No lo puedo negar. Y así dejé de hacer algunas cosas, aunque las dije, y dije otras sin hacerlas, porque he oído a los ancianos, no me culpéis, que la mano cuerda ha de hacer todo lo que dice la loca lengua, y más cuando estoy enojado. No me entiendo ni aun me entienden.

Historia.

–¿Por qué no dijistes eso al principio –dijo Eudemio– y no me tuvierades suspenso hasta ver el fin, que es harto donoso? Pero no me espanto que, cómo os empreñáis del aire, parís viento.

–Mírame –dijo el maestro– como yo iba [fol. 106v] con el horrendo enojo tan desmesurado conociéronme, que a quién pedían yo era. Y de tal manera quedé que a mí mesmo yo me acababa de conocer. Y los que conmigo se habían criado toda su vida estuvieron tres años sin hablarme que no me acababan de conocer. Encajad aquí los cinco en esta derecha y miradme a la cara, que soy el diablo para pendencias y tiembla de mí cualquier diestro. ¿Qué os parece por vuestra vida, hijo, de esto? Catad que no lo acostumbro decir en presencia de nadie, sino importunado de quien me lo pregunta. A vos como buen amigo lo he dicho sin precio. Seguramente podéis decirlo.

Aunque Eudemio y los demás no podían sufrir la riza de oír las invenciones del maestro, por no perder aquel rato fue menester que Eudemio respondiese así:

–De buena voluntad haría lo que pedís si no fuese gastar tiempo en dar mi parecer y loar vuestras cosas, pero pues vos lo queréis, digo que después que soy hombre y sé usar de razón, no he visto ni entendido cosa de estas, ni alguna que le pareciese, ni también dicha, ni tan fuera de concierto, con tal propósito que en lo que habláis no parecéis un Tullio.

–¿Quién es Tullio? –respondió el maestro– ¿Es por ventura algún diestro o valiente? Porque si lo es por vuestra vida que me enoje que con criatura viviente me comparéis.

–No fue tan valiente como vos –replicó Eudemio–, mas fue él que mejor supo tratar lo que escribió, y más concertado y elegante.

–Concertado dijistes –respondió el maestro–, Huélgome que así lo entendáis, porque no soy hombre con quien se han de comparar otros. ¿Sabéis

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

de qué me acuerdo agora? –dijo el maestro– Pero tomad esa espada, que de palabra no estoy bien en ello. Mas sentémonos que ya no os digo nada.

–¿De qué estáis triste? [fol. 107r] –preguntó Eudemio– ¿Ha hecho en vuestro entendimiento alguna afrenta pasada de cuando mozo? Decidlo, que es que como amigo aconsejaré lo que yo haría. Pues es verdad que nadie puede dar mejor consejo que él tomaría para sí.

A esto respondió el maestro:

–Mal haya yo. Más queréis que sea que veros tan valiente y diestro casi como yo. No quedándome cosa que a las armas pertenezca, no sé cómo me he descuidado o en qué.

Refrán.

–¿Eso es –dijo Eudemio– vuestra tristeza? No la tengáis porque yo ruego a Dios que me haga tan señalada merced. Que cuanto he aprendido de vos se me olvidé todo sin quedar rastro de cosa. En verdad que entendí que era alguna cosa grave de las que os acontecieron de mano de la justicia en el discurso de vuestra valentía. Que de los que os la han afrentado no trato por haber sido tantos.

–Venid acá. –respondió el maestro– Si por ventura ponéis tienda frontero de mí y sacáis vuestro arnés los días de fiesta en competencia, ¿no me llevaréis todos los discípulos? Que pues vos entendéis cuanto os digo tan gran hablador seréis como yo, y más si os ponéis un vestido como el que tengo y habláis con las pausas que yo.

–Yo os doy mi palabra –dijo Eudemio– que me afrento de oíros eso. ¿Habéis visto vos por ventura hombres de honra que jamás hagan eso? No soy de esa gente baja, ni tampoco me preciaré de esgrimidor, ni aun de vuestro maestro, cuanto más de vuestro discípulo. Mirad agora que hombre para competir con él y codiciarle lo que sabe ni soy tan ignorante que no os conozco. ¿Veis vos por ventura hombres de mi suerte que anden enseñando por un ducado por sacar un diestro? Que vos y esos que enseñan daríades veinte porque os sa- [fol. 107v] -casen diestros a vosotros. Y yo sé que los que entienden bien esto no lo quieren enseñar, por ver tan crecida la desvergüenza y al vulgo tan atrevido y crédulo, y que no lo hacen sino los que menos saben de todas las cosas. Porque si supiesen esos lo que es, no lo darían tan barato. Y entended que vengo de aquí a persuadirme que estos tales diestros conocen bien cuan malo es lo que saben. Pues tanto procuran echarlo de sí.

El maestro replicó:

–Entonces prometéisme de no poner escuela junto a mí ni enseñar a nadie dentro de tres años. Así los diestros como yo os alaben y con invidia se acuerdan de vos, y os enseñaré cómo llaman al comer y beber y otros vocablos con que os tendrán por valiente. Catad, que no os falta otra cosa. Prometéismelo, porque estoy escarmentado de otros discípulos que tienen menos plática que vos, que luego que toman una lección, hacen bando por sí, ayuntando discípulos consigo de día y de noche, enseñándoles cosas públicas en secreto. Y como es cosa donde se llegan jovenetos blancos en dos días, me quitaríades la comida. Y lo que siento es que el más necio dirá, si me tuviera invidia, que me podéis enseñar habiéndoos yo enseñado a vos lo mejor que sabéis. Que esto sentiría yo en extremo.

–Yo os digo en mi conciencia –respondió Eudemio –, y si fuere menester haré juramento que me obligue a guardarlo, que mi intención no es haber aprendido armas para ser charlatán, ni engañar a nadie.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–¿Por qué, señor –dijo el maestro–, tan malo es enseñar? Como habláis agora que estáis diestro.

La dificultad del enseñar.

–No es malo enseñar –replicó Eudemo–, sino lo mejor del mundo y donde más el ingenio y entendimiento del maestro se muestra y aprovecha por la diversidad de los ingenios con quien tra- [fol. 108r] -ta. Pero ha de tener el entendimiento tan agudo y profundo que sepa con el fiel de su discreción pesar y dar a cada uno lo que pide su ánimo y inclinación, y que sea lo que ensenare de verdad confirmada con la experiencia y no opinión, porque la conciencia del maestro quede libre de escrúpulo y los discípulos aprovechados.

–Pero yo sé decir de mí que no enseñaría armas por estar lejos de la pesadumbre que consigo traen, principalmente estando, según el parecer de los indiscretos, obligado un hombre de honra a quebrarse la cabeza con cualquiera esgrimidor bajo. Y, aunque vean manifiestamente que sabe y que puede y entiende mucho, si no viene a las manos con él, queda por no diestro acerca de los ignorantes, y por cobarde acerca de los invidiosos. Aunque bien sé que no se ha de hacer caso de estos por no andar el hombre acompañado de ellos, siendo como es gente de tan poco lustre y tan habladores como mujeres, que bravean como habéis dicho donde está quien no puede responderles.

–Y la mayor causa es porque si enseñare por mis pecados a alguno, y con la falta de su ánimo o sobre de necedad lo pusiere en mal punto, porque las tretas en ajeno poder pierden su libertad cuando delante de algunos se hallere este, lejos de esta culpa que tan suya es. Y porque sobre todo no me obligue la opinión que de mí tiene la gente vulgar, a más de lo que yo sé que podré hacer escusando con esto caer en boca de ruines y hombres bajos que con invidia procuran dar parecer contra la honra ajena, aunque los que son sin honra y jamás por la puerta de su merecimiento la han visto por fuerza si viene a sus manos, la han de quitar a los hombres de bien con sus abominables palabras y maliciosos concep- [fol. 108v] -tos, ya que con obras no pudieron ni pueden adquirir alguna, las cuales hacen pocos.

–Y esos en Sevilla se podían contar por los dedos de la mano sin acabar el número de ella. Porque, como sabéis y aun hacéis, danse los más a la parlería y braveza por excusar con ella los muchos peligros a que está obligado y sujeto un hombre de honra. Ya os es notoria mi voluntad, y sabéis lo que tengo de hacer después de diestro. Por eso perded la melancolía.

Mucho pesó a todos que Eudemio con tanta vehemencia hubiese respondido, porque entendieron que el maestro se enojara y no habría más lugar de oírlo. Mas él, aunque sentía lo que Eudemio dijo, no parando en ello, disimulando su temor primero, pensando engañarle, así le replicó muy consolado:

–Dios os de salud, hijo. Que así me habéis contentado con eso que habéis dicho. ¿Sabéis lo que en vuestras palabras dais a entender? Que habéis sido toda vuestra vida perpetuo maestro de esgrima. Y pues me habéis prometido de no enseñar, quiero que me preguntéis lo que quisiéredes.

Entonces dijo Eudemio: –lo que yo deseo saber agora es cómo llegastes a ser tan diestro y a enseñar, porque con el discurso de vuestra vida holgaré.

–Dado habéis en un buen punto –respondió el maestro muy alegre–. Tornémonos a sentar. Téngoos por amigo y por eso sin faltar cosa lo diré, con

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

tal que Meliso calle, que no lo puedo sufrir ya. Porque si no me enojare con él y aun con todos por su causa, que será peor.

–Lo primero en que di para probar mi habilidad fue en hacer libros de caballerías. Y en ellos desaté la lengua lo que pude. Halleme tan cansado y tan mal con ello que lo hube de dejar, aunque no eran tan malos. Que, cuando yo y otros así nos juntábamos, no se solemnizada en el mun- [fol. 109r] -do cosa como nosotros hacíamos a mis obras. Y muchos me las pedían y se holgaran que los metiera en ellas. Pero no ganaba de comer. Antes se me iban los dineros en papel, tinta y cañones, quedándome sin ellos y con el trabajo y gasto a cuestas.

–Luego me di a escribir libros de armas, como hacen todos los diestros de este tiempo, y compuse un tradadillo donde ayunté todas las tretas hechas y por hacer en este mundo, y largamente viérades ordenadas por sus tentares. Y deciros he que tanto que el conde de no acuerdo el nombre se me arrojó a los pies porque se lo prestase. Y trasladómelo por vuestra vida y mía. Sospechad que tal sería. Publicose mi habilidad en este punto. Y entendido por todos lo mucho que sabía éste que todos tenéis delante cada uno de los diestros hasta entonces mal guardados con esta derecha, visto que ya andaba público mi negocio, por remedio principal escogí a todos los que enseñaban darles escrita mi destreza para que cada uno en su casa estudiase, y porque mis discípulos pudiesen decir que yo también era hombre para hacer cualquier libro. Y todavía se me acuerdan algunas pendenzuelas que tuve, porque se me alzaban algunos con lo que me habían oído decir en apartándose de mí, vendiéndolo por suyo.

–Mas qué cosa es descubrir el hombre sus primores a la gente tacaña. Mas engáñanse los pobres que no entienden que nadie las verá que no diga que son mías, porque se me parecen las que hice con todo cuidado, y téngolas puestas por sus tentares alto y bajo, delicadísimas. Admirable cosa. No querría decíroslas porque no hiciesedes vos luego otro libro en oyendo el orden que en el mío llevo. Porque no lo he dicho a hombre de esos diestros que al punto no [fol. 109v] se van a su casa y de todo lo que han oído en la mía hacen un libro para sólo engañar. ¿Como yo desean estos ser? Para que no nos encarezca la habilidad de escribir libros de armas, dicen, «catad, aquí tenemos hecho un tratadillo» y, aunque esté acabado porque dos hojas no se hinchen con todo lo que saben, siendo la mayor parte ajena, dicen, «éste es el principio» siendo el fin.

–Dadme algunas escritas –dijo Eudemio–, o como a todos el original para que vuestra ausencia me acuerde de lo mucho que sabéis y de lo que yo estoy por vuestras lecciones aprovechado. Decid algo de ellas, que para no menester serán buenas.

–Mientras menos supierdes –respondió el maestro–, más provecho os hará en esta arte. Primero quiero daros una lección batallada de montante subidísima entre las que más lo son en el mundo, porque yo os digo que soy tan amigo de saber tretas escogidas, y que nadie las sepa, que, si se pudiesen traer del infierno con la espada en la mano, iría allá por ellas.

–Con todo eso –dijo Eudemio–, deseo saber alguna para reñir si se ofreciese, que este me parece el fin de los que aprendemos armas.

–¿Para qué aprendéis? –respondió el maestro.

–Para que no falte la arte –replicó Eudemio– en la necesidad para que fue inventada.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

A esto dijo el maestro:

–Unas veces me parecéis sabio y otros, hombre de poca experiencia y aun falto de comesura. Decid pecador cómo puede nadie daros razón de lo que no ha visto si no es por oídos. Porque yo sé que en su vida lo experimentó mi maestro que no saliese con las manos en la cabeza, ni yo lo más de lo que os he dicho. Que toda la esgrima anda de mano en mano. Y ésta es la verdad, pues os habéis declarado conmigo.

–Luego esa es la causa –dijo Polemarco mirando a Eudemio–, porque no se [fol. 110r] aprovechan de la destreza a los que están enojados por haberla aprendido sin tener noticia de cuál queda el ánimo, ni en qué grado queda diminuida la fuerza o acrecentada entonces.

–Eso –respondió el maestro– no entiendo por qué no es bueno, pero cuando me enojo nunca me acuerdo de nada de esos tajos y reveces ni tentares, estocadas ni acometimientos de que usamos cuando estamos esgrimiendo.

A esto dijo Eudemio sonriéndose:

–Buena destreza es esa, por cierto, y conténtame veros tan liberal agora de la verdad, como lo habéis sido antes de la mentira. Bien dice Charilao que toda la destreza es mentira. Y pues habemos comenzado, veámoslo todo. Vaya la lección batallada y gozaremos de todas armas.

–Vaya –respondió el maestro–. Mas habéis de alzar el dedo con juramento que sepa nadie que yo os enseño. Porque si lo saben, no os aprovechará nada ni habrá hombre que os ose a esperar, si le acometéis de la manera que todos dicen que yo hago mis acometimientos. Arrebatad pues ese montante que con uno peor que el hice estrago del demonio un día. También os habéis experimentado en montante.

–Mejor lo habéis vos –dijo Eudemio– que otros diestros que yo conozco que por haberlo hecho tan mal como siempre se espera de ellos. Las veces que se les ha ofrecido, les pesa en el alma de oír loar a algunos que por sus obras merecen ser loados, y a pesar de la Fortuna los levanta la razón.

–Dejadme acabar la lección –respondió el maestro– o el cuento, lo que más quisierdes, que luego os daré una regla por hacer que uno que sea muy valiente y diestro no lo sea. ¿Y arrugáis la frente y os enfadáis? Extraño sois con esos melindres que no queréis saber lo que os conviene. No os lo diré para que os aproveche, que a mí hombre de bien me parecéis, sino [fol. 110v] para que veáis el orden que los invidiosos tienen cuando quieren abatir en ausencia a los que quieren mal y para loar a los que quieren bien, y oído los conozcáis y os riais y guardéis de ellos como de gente malvada y, si no, nunca lo oigáis que todo era para vuestro provecho.

Treta vulgar del montante.

–Pero ninguna cosa hay como mi brava pendencia, que fue tal que no sé si acertaré puntualmente a contarla. Y mientras me acuerdo del número de mis contrarios, poned el montante junto a la punta de vuestro pie y dadle un toque y desnudándolo sacad el pie atrás con linda gracia. Tirad una estocada aquellos a pie quedo, metiendo el pie que sacastes a los otros de tajo y, si acudieren los de la otra parte, ceñid el montante al cuerpo a priesa por lo alto como yo hago, tornad a sacar el pie, que... en este punto me vino a la memoria la treta que hice, la postura en que se pusieron, las afrentas que les dije, las palabras que me respondieron y las heridas que di.

–¿Qué disparate de regla es ese que habéis dicho? –replicó Eudemio– ¿Todo eso es lo que encarecéis? No me digáis más, porque todas deben de ser

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

así. Pero decidme ¿por qué han puesto número a las reglas del montante, siendo infinito lo que en él se puede hacer como en las demás armas?

–Ellas son –respondió el maestro– diez y seis reglas. Pero yo sobre maestre Román eché dos por contrapunto. ¡O qué dos! No quería, Eudemio, pues se me olvidase la pendencia.

Objeción al montante.

–Esperad –dijo Eudemio–. No tengáis tanta priesa. Tiempo tenéis para bravear. Hablemos agora un poco sobre el montante. Dadme a entender por qué, cuando los maestros dan lecciones de él, la dan en vacío y no contra aquellos hombres que dicen que han de reñir con el discípulo. ¿No entendéis que cuando viene el tiempo de probarlas y se hallan delante [fol. 111r] algunos hombres con espadas nunca aciertan a hacer alguna de las reglas que han aprendido sin defensa? Y así todos cuantos riñen no se aprovechan de la destreza, sino del miedo que ha puesto en el ánimo de los ignorantes la opinión del montante por moverse con dos brazos, sin hacer consideración de lo mucho que se detiene en las heridas, y de lo que pierde en todos los movimientos, y lo mucho que es menester para saber darle el medio de proporción conforme a su longitud.

–No es muy buena. –respondió el maestro– Dejad pasar algo al que os enseña que yo os daré agora todas las reglas jugadas por lo alto y por lo bajo, a lo moderno y a lo antiguo, ceñidas y por ceñir al cuerpo, montantes y famontantes con sus presas, un enbestir a cuatro calles, guardar la capa, defender la moza, huir con grillos y aun sin ellos, salir sin ninguna lisión de una calle angosta, limpiar una plaza, rendir a dos rodelas, hacer que se desdiga otro de montante, meter paz, que esto nadie lo supo hacer como yo, defenderme de los de detrás y de los de delante, con otras mil cosas nuevas al tiempo. No os riais, que por otro tanto se ordenó la pendencia que tengo para contaros.

Estaban ya todos tan enfadados de oír los desvaríos de la destreza, que les parecía el maestro menos molesto en contar las pendencias que en oírle referir las opiniones vulgares, y así Eudemio, por dar contento a sus amigos, sufriendo la molestia que el maestro le daba con la mayor paciencia que él podía, le dijo:

–Por cierto que holgara mucho haberme experimentado en las armas como vos, con tal que hubiera salido de las pendencias tan libre como vos, salís de los mayores peligros.

A lo cual replicó el maestro:

Historia.

–Agora lo diréis con razón. Siéntense todos [fol. 111v] y han de saber. Mírenme acá. ¡O qué gresca! La fama que tengo la destreza que sé en bregas la he aprendido. El miedo que me tienen todos los diestros, el respeto con que me hablan los valientes, la mesura con que me responden los entonados, la atención con que me oyen las justicias cuando informo de mi derecho, las lágrimas con que se me rinden los mozos más acreditados, el ruido que llevan cuando estos huyen, porque es tan grande el miedo que he puesto en los ánimos de los humanos, y tanta la mala voluntad que en ellos crecía, y por mi destreza y valentía tan grande invidia, que era mayor que el miedo que me tenían con ser el mayor del mundo.

–Sabed, pues, que ciertos mozos razonables se juntaron a tratar entre ellos cuál era el más preciado mortal y en valentía más vigorosas hazañas había hecho. Después de haber traído a la memoria toda la universal máquina, recontando por las tierras cuáles habían sido los que de buenos hijos se

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

preciaron, y vinieron a dar, haciendo comparación de hazaña en hazaña, de atrevimiento en valentía, en alguna parte de las cosillas que por allí he hecho en mozos de razonables años, y de no despreciado ánimo ni de atrevimientos rateros, visto que mis cosas excedían a las de todo mortal, reinó el pecado en ellos o que fuese de no haber podido igualar con la mayor de las suyas a la menor de mis hazañas o porque siempre... ¡Eudemio, no os durmáis!... a los mozos tan ahigadados como yo nunca faltan otros tales que les invidien, o movimiento infernal de querer echar del mundo a la mejor pieza que hay en el para pelear ni dar lección.

–Venturoso sois, señor –dijo Meliso–, que os oyen damas de aquella ventana. Holgara ser vos agora para con- [fol. 112r] -tar ese negocio como hombre a quien oyen hermosa.

–¿Mozas, por mi vida? –respondió el maestro– ¿Decislo de veras? Pues miradme a este palmo de cara que yo lo contaré con aquellas palabras que tengo estudiadas para hablar delante de las damas y alcanzar de ellas cualquier género de presea.

–No os descubráis más de lo que estáis –dijo Meliso–, porque huirán si entienden que las hemos visto.

–Huirán esas mozas –respondió el maestro– de no ver que se asoma el hombre, mas de ver este gesto mío, que a ninguna hasta hoy como me le viese le pedí cosa que de miedo no me la otorgase. Notad el negocio. Después que entre aquellos amedrentados mozos se determinó venir a cáfila guiados de malvada invidia a quitar la vida a este preciado mortal. Que contando está el negocio. Yo soy, señoras, por quien se dice conózcanme para su servicio. ¿No lo dije bien, viejo? ¿Oyéronme? Si oyeron, bien va el negocio. Requiebro tengo. Yo me pasearé por esta cañada para que después me vean trasegar toda esta algaida y me conozcan. Y no digáis que soy esgremidor si os preguntaren quién soy, porque no pueden dejar de quedar perdidas por mí según tengo la gracia, sino que soy un diestro valiente, mozo esgremidor no, animoso sí, temido también y reverenciado, puesto en albórbolas por todo preciado guymaro, y más. Cuando me pongo mi amarilla con el muslo de rodeo, toda moza que me vea se echará en aquel punto de la ventana abajo de puro amor, o de puro miedo.

–Ya que llegó la hora del concierto informáronse de amigos míos, como astutos, qué armas traía de noche y a qué hora salía y por qué parte caminaba. Sabido que sacaba montante apercibiéronse de buenas armas y [fol. 112v] de fino miedo, y pusiéronse tres en un canto de una calle y otros seis en otra, con cantidad de ellos emboscada, esperando cada uno con temor cuál había de ser el primero que había de soltar el alma por estas manos.

Fanfarronería vulgar.

–Envían un mozo adelante que estas palabras me dijo, «entre los humanos, preciado mortal, con amigable reverencia, si de la extrañeza de tu valor alguna pequeña licencia me es concedida, el temor que tu horrible semblante me ha puesto, el miedo que de tus innumerables hazañas mi corazón ha concebido, será todo con ella ahuyentado». Como le vi tan buena plática y mozo de razonable talle y de no mala postura, díjele, «desviaos mozo de mí, que yo quiero quietarme y ablandar este coraje mío de que tan a rienda suelta naturaleza me hizo participante, y con el comedimiento que se requiere hablar con un mozo tan ahigadado como el con quien habláis sea vuestro razonamiento concertado». Puso luego su mano derecho sobre el puño de un estoque que traía, el pobre mozo, sacando el pie izquierdo atrás, levantando

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

algo de la punta al cielo comenzó así: «los mozos de la invencible compañía, señor maestro, como no tengan otro oficio ni pasan su vida en otro ejercicio que en celebrar sus hechos, costumbre de portalejo, y distraer honras de preciados hijos, visto por ellos que entre los vivos sois como el sol ante cualquiera estrella, han hecho presupuesto de intentar si este negocio de vuestra fama ha echado sus raíces en limpia verdad, para que con nuestras muertes y tu victoria sea universalmente por la parlera fama en los oídos de los nacidos y por nacer con voz pública divulgado».

–Respondíle con una no buena gana de reír, «así, blanco mozo, cubre tu cabeza y a esos galanes o [fol. 113r] jayanes que tan adelante se hallan en el deseo de morir dirás que estoy corrido en verdad por haber sacado esta noche montante. Que pase esta coyuntura, aunque es quitarme el pan de la boca, que yo se la perdono, y que cuando me vean con espada de marca, aunque menos ventaja les tendré, me acometan. Y esto hágolo porque esos mozos, uno a uno y su poco a poco y a mi gusto abran la puerta a la muerte, porque si con este montante mi acizentado corazón se altera. Solos dos golpes que tengo señalados o uno si los cojo de hilo, bastará para apocar su número y ahuyentar sus vidas, y quiero, mozo, también gozar de la pendencia, pues es mía, y no fenecerla en un punto».

–El mozuelo, enfadado de este mi razonamiento, puso mano a su espada larga impertinente para mí, diciéndome, «traidor, tirano de la destreza y valentía, ¿eso osas decir a los más preciados mozos del universo?» túvele lástima. Mas con todo eso saco el pie relampagueando mi hoja y, por no haber querido el pobreto con su persona, hicele con el espíritu llevar las tristes nuevas a los que presto se vieron como él. Doyle sobre la espada y cuerpo un tajo ceñido que le rompí la hoja por medio, y saltó el trozo de la espada y rajó una puerta y mató una moza como una rosa que estaba detrás de ella embebecida mirándome, y descanilló un brazo al perro de ayuda que traía, quedando el atrevido rapaz la cabeza en muchas partes sembrada. Oído que fue el alboroto por los afrentados compañeros, todos a una aliviaron las vainas poniéndoseme delante diciendo con un confuso estruendo, «¡muera, muera a nuestras manos!»

–A mí, que a pedir de boca me vino ver tantos juntos, porque tenía ya más cólera que para uno suelo tener, doy al lado de- [fol. 113v] -recho un salto con tajo de cuma levada y derribo de aquel voleo siete o tres, no estoy bien en ello. Y juego mi montante por cima de la cabeza y hago la treta de cuatro calles, y rompo todas las espadas que en el camino se pusieron a resistirme, y doy con ellas en un alto tejado. Sacando el pie con la décima regla, arrimé ocho de ellos que traían cotas al rincón, dándole tales heridas cuales nunca hijos de Adán han oído ni llevado. Cortele al uno las narices y la mano, como llovía cuchilladas sobre ellos, a otro una oreja y tres dedos de el pie izquierdo, y a otro herí en el muslo. Mirad, Eudemio, contar las heridas que di es contar las estrellas, que queda el campo por ellas, quedando los demás del ruido que la espada hacía casi muertos y sin ningún sentido.

–A la fe del miedo que les puse con mi temeroso rostro al formar del golpe, los que más sanos y por gran ventura se hallaron salvos, apartándose todo lo que pudieron, los ojos en mis pies clavados así comienzan a parlar, entendiendo cierto que no a mí sino a la muerte propria habían desafiado, dicen a voces, «valeroso mozo, ya nosotros estamos arrepentidos de haber intentado tal hazaña. suplicámoste humildemente nos des lugar que vivamos

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

para loarte, aunque humana lengua no bastará en este punto». Meneé el montante para encamisarlo y ellos vuelven las riendas al miedo y huyen tropezando los unos en los otros, y yo, dando gritos por las calles, «¡ataja, ataja!», hasta que me cansé. Los que a la grita se había asomado a las ventanas comenzaron a dar voces a sus vecinos diciéndoles, «venid, venid, apresurados. Veréis cifrada en uno la valentía de todos los nacidos». Y juntos me suplicaron que mi voluntad hasta otro día derogase y así lo hice, dando la capa al hombro y [fol. 114r] la hoja a su vaina, que «rinde mozos» le nombraron desde entonces. ¿Han estado las mozas allí por mi vida?

Grandemente rieron todos del cuento y de la braveza con que el maestro lo había tratado, pareciéndole el hombre de mayor desvergüenza y libertad que jamás hubiesen visto, y queriendo proseguir adelante con sus trazas, no dejó Meliso de responderle así por acabar de entender las invenciones del maestro y certificarse en su braveza y cobardía:

–¡Y cómo han estado las damas con grande atención!. Así lo estén a lo que yo les dijere. Habéislo contado discretamente cual nunca se esperó de vos. Bien pareció en el cuento que os picastes de alguna de ellas. Espantado estoy de oíros porque sabéis no más de lo que queréis, y podéis lo que se os antoja. Hermosamente se desdijeron. ¿No murió alguno de los heridos?

–¡O qué moza! –dijo el maestro– ¿vistesla de en medio? Sin más conocerla ni hablarle, pelearía por ella en estocada con los que me saliesen para darle a entender que el amor y la guadaña en la pendencia trabada quieren fuerza y quieren maña. Y lo que preguntáis de los heridos, al cabo llegaron siete de ellos, con ser por vuestra vida y mía todas heridas de misericordia, que os parece fuera si alargara el hombre la rienda a la fuerza y espoleara la voluntad y dejara a mi ánimo hacer de las suyas campo en lo de San Quintín o al curar de la farfallota. Pues en las casas infeccionadas, donde nadie osaba entrar, me lanzaba solo, con la espada en la mano rompiendo y echando landres a un cabo.

Refrán.

–O gran mentira –respondió Meliso– fue la que me contó uno de los que se hallaron en esa pendencia contra vos. Que riéndose mucho de los gritos que dábades me certificó que en una casa allí junto os habíades entrado vos, y no sé cuántos huyen- [fol. 114v] -do de uno sólo.

Riéronse todos grandemente de lo que Meliso decía, pero el maestro, turbándose a ello, dejándo caer los ojos que tan levantados hasta allí había tenido y mirando el suelo, respondió como fuera de sí espantado:

–No fue eso en esta pendencia, porque es mentira que nadie la pudo ver que no contradiga al que eso dijo. Al fin no ha de faltar quien a mí me tenga invidia, pues Dios me entiende. En otra pendencia antes de esa es verdad que me retraje, pero no cien pasos y de eso no hay que hacer caso, porque es maña que tengo mamada en la leche, aunque pelee con un niño debió de ser lo que decís cuando resbalé y caí. Y el enojo que de entonces me quedó no lo perderé, porque no pude conocer a quien me quito la espada de la mano.

–¿La espada os quitaron? –respondió Meliso– ¿Qué decís, hombre? ¿Estáis en vos? Por otro lo diréis. Contáis algún cuento. Miradme acá, ¿qué desmayo es ese?

–Que estaba caído en el suelo de un arcabuzazo. –replicó el maestro– ¿y estuviera en pie qué me faltaba?

–¿Qué decís? –respondió Meliso.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

– Que me la quitó –dijo el maestro– un criado del teniente os digo, y persuadiéronme que la soltase cien veinticuatros, y para ellos trajeron vigas y petrechos porque de otra manera era imposible, ¿no lo veis?

–Agora, maestro –respondió Meliso–, yo me declaro con vos. Ese día estaba yo en la pendencia que fue junto a los alamillos del valle, debajo de cuya sombra cualquier buen hijo cobra nuevo aliento. Y aun vi más de lo que habéis contado. Y no se me olvidara la ligereza con que entrastes en...

Antes que Meliso pudiese señalar el lugar, lo atajó el maestro diciendo: –Encajad aquí los cinco mandamientos en esta derecha por vuestra vida, que siempre os tuve buena voluntad, porque me pareci- [fol. 115r - erróneamente fol. "147"] -stes mozo honrado, y no se apure mas el negocio ni se trate más de pendencias.

A esta sazón había acabado el maestro de declarar todas las opiniones que tienen los vulgares de la destreza, sin faltar ninguna, porque se cumpliese la promesa que hizo al principio de que no quedaría cosa perteneciente a las armas que no tocase, y así comenzó a decir las tretas de su libro que son las más ahechadas del vulgo, a su parecer sacadas fielmente de su original:

–Aquí se acaban las tretas y comienzan las que se entiende hacer tentándole yo si me acomete. Estando medidas las espadas le tengo de tentar por medio y, tieso el brazo y el cuerpo, volver el brazo uñas arriba cubierto de mi espada y darle luego en la cara muy bien dado.

Primera treta vulgar.

–¿A qué llamáis –dijo Eudemio– estar medidas las espadas? ¿Y si acaso es la una más larga que la otra y el un hombre más alto que el otro perderase esa treta?

Objeciones.

–Afirmados digo –respondió el maestro.

–Pues ¿en qué postura ha de estar el otro –replicó Eudemio– para que se haga verdadera y no falte?

–Afirmado –respondió el maestro.

–Gentil razón de treta –dijo Eudemio–. ¿Y por medio tentáis la espada? Veamos cómo salís de esto. No entendáis que con pequeño movimiento del contrario caerá fácilmente vuestra espada en la fuerza de la suya quedando libre, y la vuestra perdida, y os dará más a su salvo herida.

–Que no entiendo ni sé lo que os decís –respondió el maestro–. Contentaos con ella, que así han hecho todos. Cuánto más que ha de ser muy a priesa.

–Sea así –respondió Eudemio–, pero ¿en qué distancia me tengo de poner para conseguir con esa pries- [fol. 115v] -sa que decís el fin? Que sin saber el medio proporcionado cada especie de tretas ha de tener, con grandísima dificultad se alcanza. Y decid, si está el cuerpo tieso, ¿cómo lo tengo de alcanzar?, si cubierto el rostro, ¿cómo lo tengo de ver para darle? Si estoy cubierto, acorto mi espada y es mayor la del contrario y, no sabiendo en qué parte queda, ninguno osará aventurarse. Y ¿por qué ha de ser más la herida en la cara que en el pecho, siendo el cuerpo humano de tanta cantidad y teniendo tantas partes otras donde esa herida puede tener su fin?

–Así me la enseñaron a mí –respondió el maestro–, y la he hecho con muchos. Recibid la buena voluntad o id adelante. Estando medidas las espadas, le tengo de tentar, y a un tiempo meter el pie izquierdo y el brazo dándole en la cara del puño. Miradla bien que me tienen por ella respeto.

Segunda treta vulgar.

–Tentar, meter el pie izquierdo y el brazo y darle a un tiempo no puede ser –dijo Eudemio–, porque si tentó, ¿cómo metió el pie? Si metió el pie, ¿cómo

Objeción.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

le tentó? Y después de todo esto, le dais, no pudiendo hacerse alguna herida sin su movimiento particular. Si de puño, ¿cómo queda la espada del contrario que no os da? ¡O, señor, que sin fundamento de razón henchistes vuestro libro de tretas!

–No he menester –respondió el maestro– para hacerlas fundamento alguno más de mi voluntad, y más, habiendo hecho ventaja con ella a todos los del mundo.

Tercera treta vulgar.

Estando la espada del contrario uñas arriba, le tengo de tentar por de fuera la espada también, las uñas arriba y, en sacándola por debajo y dándole una estocada uñas arriba, ha de ser todo uno, metiendo el pie derecho adelante o juntando el pie con él.

Y luego sacar el cuerpo y darle un golpe para derribar- [fol. 116r erróneamente «148»] -le la espada.

Objeción.

–Si cuando vos llegáis –dijo Eudemio– a coger la espada de aquella manera de tentar por de fuera, forma el contrario un tajo, estando vos esperando que ha de sacar de estocada por abajo, os dará muy a su salvo, quedándoos con la espada en el aire sin poder serviros de ella. Y si no hace el tajo y os engaña con acometer que la saca y os hiere por cima de la espada, ¿paréceos que quedaréis bueno? O cogiéndole vos la espada de esa manera, os la coge de la mesma y hace en vos lo que traíades pensado hacer en él. Decidme ¿por qué se ha de poner uñas arriba y no de filo o las uñas abajo? ¿Es por ventura ordenada de vuestra cabeza esa postura, o es porque hacéis vuestras tretas mejor contra los que se ponen así que contra los que están en las otras posturas? Si es mejor la postura uñas arriba que de uñas abajo, por qué aconsejáis a los con quien habéis de jugar que se pongan uñas arriba, y que muden aquella postura o de filo o de uñas abajo. Aconsejáis que la muden y se pongan como vos queréis para vuestras prevenciones. Luego mejor está uñas arriba para derribarle la espada, que es lo que vos pretendéis, que uñas abajo donde no se puede derribar con aquella facilidad. Gentil apariencia de verdad y nueva manera de engañar.

Satisfechos quedaron Polemarco y Meliso de la razón de Eudemio, con la cual les parecía que el maestro quedaría confundido, aunque entendían que él ignoraba todo lo que se había dicho. Mas el maestro, que tenía menos vergüenza de la que ellos podían pensar, mirándolos con semblante más para hacer burla que para [fol. 116v] enojarse, respondió:

–No tengo de mirar a vos, Eudemio, sino a los hombres de bien que creen lo que enseño teniéndolo por verdadero. Y a fe que tomáis bien las lecciones, que presto queréis contrallar a vuestro maestro, sabiendo más de lo que se puede saber. Sí, que bien sé que esos contrarios son los que tiene la treta. Oíd esta que yo sé que os ha de contentar. Estando medidas las espadas le tengo de tentar, y luego quebrarme sobre el pie, metiéndolo hacia dentro y sacar la espada, dándole en la cara el puño.

Cuarta treta vulgar.

Objeción.

–Esperadme –dijo Eudemio–. Si os quebrastes sobre el pie derecho ¿para qué tentastes? Y si estábades cargado sobre él, ¿cómo lo metistes dentro? Y si tentastes, ¿para qué quebrastes el cuerpo sobre el pie, estando larga la espada todo lo que sobre él os pusistes. Si la tenéis junto al cuerpo del contrario con el movimiento primero, ¿para qué la sacáis? Si la sacáis, gastáis tiempo y es inútil el movimiento, y siéndolo queda libre la espada del contrario para heriros. Pasad adelante con las tretas.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Y diciendo esto, calló. Entonces el maestro que muy atento lo había escuchado sin entender palabra, riéndose de Eudemio, prosiguió:

Quinta treta vulgar.

–Estando medidas las espadas le tengo de tentar y darle de revés a la cara, y en remediándose revolver la espada sobre la cabeza y darle por de fuera en la cara estocada, metiendo el pie izquierdo. ¿De esta no tenéis qué decir?

Objeción.

–Yo os diré –respondió Eudemio–. Si le dais de revés en la cara, pues apartaráis vuestra espada de la suya. ¿Cómo, estando tan cerca, no os da? Y dándole de revés en la cara ¿cómo se ha de remediar? Si se remedia cómo volvéis vuestra espada por detrás de la cabeza, ¿El otro no ha de hacer nada? Que la [fol. 117r erróneamente «149»] espada de vuestro contrario, mientras vais estando más cerca de vuestro cuerpo que la vuestra del suyo, por fuerza os ha de herir de estocada, ya que no puede de tajo ni revés, porque constan de dos movimientos forzosos. Son ya tan malas estas opiniones que no se pueden sufrir.

–Pues miradlas bien –respondió el maestro–, que con un papelillo de ellas he cogido hartos reales, y más con las que diré. Aquí se acaban las tretas que se entienden de hacer tentándole yo, aunque quedan otras muchas y empiezan las que se entienden de hacer de hurtado.

Sexta treta vulgar.

–Estando medidas las espadas, si lo viere alto tengo de meter el pie debajo de su espada y darle en los pechos rempujándolo.

Objeción.

–Si no estuviese alto –respondió Eudemio–, o si al tiempo que llegáis con esa intención se baja, mudando postura, ¿paréceos que os haría provecho un buen golpe?

–Tales los he dado yo con ella en esta vida –dijo el maestro–. Es muy linda y holgaríadesos de hacerla. Osad vos y sobre mi ánima vaya si os mataren.

–Paréceme –respondió Eudemio– que no irá eso sino sobre mi cuerpo y vida y, como prestará luego el vecino otra mientras hacéis una nueva, no es mucho que habléis de la vida tan livianamente. Graciosas opiniones son esas.

Séptima treta vulgar.

–Muy lindas digo –replicó el maestro–. Estando afirmado con el contrario me tengo de dejar caer sobre el pie izquierdo y, en viendo venir el contrario a mí, tengo de darle una estocada debajo del brazo.

Objeción.

– Si yo voy –dijo Eudemio– a la espada, en ese punto se pierde la treta. Y si os pongo la espada junto al pecho, que podré fácilmente estando vos en tan cansada postura, y os desvio fuera, no será mucho haceros caer, por tener vos toda la fuerza en el [fol. 117v] pie izquierdo. ¿Paréceos que es donosa treta?

–Agora callad –respondió el maestro–, que no hay treta que no tenga su contrario, ni olla sin cobertera. Y más, si la treta va hecha a espacio, luego entiende el contrario lo que hacéis.

Es costumbre ya recibida entre los bravos y entre los que se precian de reprensores, porque parezca mejor su censura, decir mal de las cosas que notoriamente son malas, y con este velo decir de camino libremente algo contra las buenas. Pero el autor no contentó de contradecir las tretas comúnmente malas, como hemos visto. Le pareció decir algo también contra las que están en opinión de buenas, siendo en lo esencial no menos dañosa su falsedad que las que carecen de esta opinión. Y por acabar con brevedad la que ya no puede haber en este diálogo, porque no la tienen en sus

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

abominables sectas, Eudemio pidió al maestro que pasase adelante y concluyese su libro, el cual prosiguió asi:

–Aquí se acaban las tretas y estocadas y empiezan los tajos, y en estas tretas no se ha de guardar a medir las espadas. Yéndome a poner con mi contrario, tengo de arrebatarle la espada por el filo y darle de tajo, quebrando el cuerpo y metiendo el pie derecho. *Octava treta vulgar.*

–¿Sin tener vos señalado en qué distancia –preguntó Eudemio–, habéis de comenzar la treta y, sin saber dónde queda desviada la espada del contrario, la comenzáis? *Objeción.*

–El tajo –respondió el maestro– no está claro que es muy grande y más recio.

–Luego tenién- [fol. 118r - erróneamente «150»] -do él –replicó Eudemio– ¿de dónde le desviáis la espada menor?, movimiento sin comparación, que vuestro tajo imposible será darle, aunque muy menor fuese.

–Pues por eso –respondió el maestro– soy examinado con honra. Para lo imposible tenedlas en mucho para no menester.

–Así lo creo –dijo Eudemio.

–Huélgome –respondió el maestro– que os hayáis contentado de algo. Yéndome a mi contrario, tengo aun tiempo de meter el pie derecho a un lado y darle en la cara. *Novena treta vulgar.*

–¿El contrario –preguntó Eudemio– tiene espada o no? Si la tiene, para ver qué es lo que ha de hacer con ella o en qué postura se ha de poner os habéis de parar por fuerza, principalmente si muda la postura en que primero lo vistes, poniendo la espada en otro lugar diferente o adelante. Cierto está que es ya un tiempo habiéndoos ya parado. Meter el pie derecho a un lado bien se puede hacer, pero no en todas las posturas, ni después de haber metido el pie darle en la cara. Porque los desvíos penden de vuestro descuidado y de la defensa voluntaria del contrario. Y sabed, maestro, que, aunque me he dejado engañar de algunos, que no soy de los que fácilmente se persuaden al engaño.

–Esta, aunque os pese, os contentará –respondió el maestro.

–Estando medidas las espadas...

–¿Y si no quiere el contrario que se midan –respondió Eudemio–, y metiera muchas cuchilladas a priesa? *Décima treta vulgar.*

–Reparadle –dijo el maestro– a priesa y dadle luego.

–Bien decís –respondió Eudemio–, pero hasta hacer el reparo, y cuál y cómo y a qué tiempo y en qué sitio y con qué ángulo es la dificultad. *Objeción.*

–Estando, como digo –prosiguió [fol. 118v] el maestro–, las espadas puestas, me tengo de derribar para que se venga, y alzar de punta la espada llevándole los ojos de encuentro, y luego meter el pie derecho quebrándome sobre él y darle un tajo en la cabeza.

–¡Qué donoso hombre! –dijo Eudemio– Si primero me lleváis los ojos de encuentro, para qué le habéis de quebrar la cabeza con el tajo. ¡Qué crudo y inhumano sois en los parlamentos de las tretas!

–¿Qué sé yo? –respondió el maestro– Si trae espejuelos de acero.

–¿Cómo se podrán quebrar ambos ojos de un golpe –preguntó Eudemio– si no es matando al contrario? No hay más que escribir tretas y enseñarlas y decir mal de lo que no entendéis, sin saber si es bueno o malo, y sin entender el daño que viene a los que obran cosas semejantes. Pues yo he oído que han muerto violentamente a algunos por haber creído a sus

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

maestros y no a la razón de la treta, yendo a hacer alguna de las que vos habéis dado por mejor aquí.

–No sé qué os diga –dijo el maestro– para que alguna cosa os contente. Estando de firma a firme, tengo de acometerle al rostro las uñas abajo y, en reparando, meter el pie izquierdo, dándole de estocada en los pechos.

Undécima treta vulgar.

–Si cuando os desvía –replicó Eudemio– os da algún tajo, formando su herida de vuestro movimiento, pensaréis que os ha desviado, y iréis luego a darle la estocada y heriros ha con su tajo antes que vos lleguéis con ella. Porque los desvíos en esa specie y los principios de los tajos no difieren entre sí en el origen. Antes son en gran manera semejantes, porque la desigualdad está en los fines. Y así me parece que vais a peligro manifiesto.

Objeción.

–Para eso –respondió el maestro– es el ánimo del hombre y ejercicio de los pies. [fol. 119r] Estando afirmado con el contrario le tengo de dar una manotada y darle una estocada uñas abajo en los pechos.

Duodécimo treta vulgar.

–Esa no es buena destreza –dijo Eudemio–, sino gran barbarie. Porque saber dar una manotada él que más rústico fuere la dará, y la estocada con ella. Maestro, esa no es arte, sino disparate.

–A mi enemigo –respondió el maestro– no solamente le tengo de desviar su espada con la mano para herille, sino con los dientes si fuere menester.

–No os niego yo eso –replicó Eudemio–, pero es no tocando en la destreza. Y pudiendo hacerse esa estocada sin llegar la mano izquierda a ella con gran artificio paréceme que es gastar tiempo en enseñar esa cosa. Antes se habían de echar a mal como superfluas, porque si comienza vuestro contrario a mover la espada para daros herida de tajo al punto que quería llegar vuestra manotada para desviarle la espada para daros herida, porque vuestro golpe y la manotada no se hacen con un mesmo movimiento y, siendo así, van en diferente tiempo el uno primero que el otro, de lo cual se seguirá tardanza y daño grande si se yerra la manotada. Y decidme si la espada del contrario está en parte donde vuestra manotada no puede alcanzarla paréceme que es inútil ese desvío, y más si el contrario tira tajos y reveses donde no tienen entrada las manotadas, cuánto más que el hombre no puede estar con atención mirando a la punta de la espada, porque perderá sus ocasiones, y la espada es muy ligera y su movimiento no se puede comprehender bien con la vista, así que es cosa perdida y de hombres que les falta la ciencia del camino verdadero. Y pensáis que yo no he visto a alguno ir a dar una manotada y quedársele de industria asida la espada a la mano, y darle al otro en [fol. 119v] él rostro una gran herida, diciendo el vulgazo que cruel estocada le dio.

–Las armas –respondió el maestro–, a lo que yo he aprendido, todas son engaños. Y por eso es muy buena la manotada que es el mayor de todos.

–De allí vino –dijo Eudemio– si las armas son engaños que todos los que traten en ellas son engañadores, aunque mejor sería, a mi parecer, engañar de la manera que me dijistes en una de las lecciones pasadas, que es darle antes que se desenvuelva para estar fuera de peligro, al fin ello es de gente que sabe tan poco como los que meten el bracelete. Habéis notado, Polemarco, el disparate en que dieron los ignorantes de reparar con el brazo, y que viniese a tanta perdición. Esto en Sevilla que hubo hombres que traían para el efecto un medio brazal de acero entre la ropa y el brazo, y otros una tabla de madera.

El brazal.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Antes que Polemarco respondiese, pareciéndole al maestro que trataban plática para su daño, atajando sus razones, dijo a Eudemio:

–Queréis que os ponga las reglas de montante señaladas para lo que cada una es, por lo alto y por lo bajo, a lo moderno y a lo antiguo.

–¿Pensáis –respondió Eudemio– dármelas estando dos o tres espadas delante para saber por dónde tengo de comenzar esas reglas conforme a las postureas que tuvieren los contrarios, y de manera que las sepa aplicar conforme a los movimientos que hicieren? Porque si me las habéis de enseñar en el aire como todos las han aprendido, no las quiero. Porque son las que de esta manera se aprenden para no menester, y yo las quiero para el menester puntual. Y decidme si hay tres hombres contra mí, y si están apartados el uno del otro, y cada uno hace herida diferente, conviene saber el uno tajo y el otro revés y el otro estocada. Y si son cua- [fol. 120r] -tro y se está el uno afirmado haciendo todos los demás sus movimientos, y todos me alcanzan, aunque yo sea diestro de todas esas prolijidades de montante que vulgarmente enseñan, ignorando el punto por do tengo de comenzar a defenderme y huir, poco me parece que aprovechará esa carga de reglas, porque las que se han de hacer en las veras no han venido a vuestra noticia, ni aún sabéis qué cosa es veras según sois docto en las burlas.

Objeción contra el montante.

–¿Queréis, pues –dijo el maestro–, que pongamos las de espada y capa, y sabréis cómo habéis de reparar con ella?

–¿Qué diferencia hay –replicó Eudemio– entre espada y capa, y entre la rodela, brazal, espada y daga, montante, bastón, pica y broquel chico, y qué proporción tiene la espada sola con ellas?

–Son muy buenas armas –respondió el maestro–, al menos la rodela y la espada y la daga, y algunas veces la capa.

–Decidme, pues –dijo Eudemio–, con la capa reparéis, ¿habíades de hacerlo cuando el adversario os alcanza con la punta de la espada? Veríades cómo escápades por la capa.

–Tengo de meter el pie izquierdo con estocada a su cuerpo –respondió el maestro.

–Pues ¿por qué –replicó Eudemio– se ha de reparar más con la capa que con la espada?, y ¿cuándo son buenos estos reparos y desvíos? y ¿en qué tretas y posturas? Dadme ya una razón que me contente, porque al punto me daré por satisfecho y dejemos a una parte estos disparates de los diestros.

–Esperad –dijo el maestro–, que yo os diré lo que conviene–.

Y parándose un poco a mirar a Eudemio comenzó a cantar unos malos versos suyos, lo cual atajó Eudemio, creyendo que sería tan prolijo en ellos como lo había sido en las [fol. 120v] demás cosas y díjole así:

–Por cierto que sois tan acabado en las coplas como en la destreza.

Historia.

–Mál me habéis conocido –respondió el maestro–, buen Eudemio. Aquí donde me veis por mis grandes pecados enseñar a esgrimir sabed que he sido muy estimado y muy lastimado de la poesía, tanto que, después que en mi casa la metí, estuve dos años enfermo de puro poeta, porque yo hago después de mover más que todos en ayunas.

–Tendréis entonces –dijo Eudemio– buena la cabeza para hacer merced, cuánto más coplas que sería veros dar una lección en copla y porque veo que estos señores desean oíros. Si en decir algo de ellas no fuésedes largo, daríadesme contento, mas tengo miedo de la prolijidad pasada.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Bien parece, hijo mío –respondió el maestro–, que no habéis escrito nada en este mundo. Hace que si como yo lo hubierades trabajado que loarades la tardanza. Nada quiero decir porque os habéis mostrado mal contentadizo, tanto que os tengo miedo.

–Yo os prometo –dijo Eudemio– que siendo bueno me contente.

–¿Cómo puede ser malo –replicó el maestro– estando ya hecho y enmendado?

–Bueno será –respondió Eudemio–, y decidlo con tal condición: que cuando yo quisiere acabéis, y os loaré, como vos no os loéis primero.

–No haré –respondió el maestro, muy alegre y satisfecho de su habilidad–. Oíd con atención que es cosa rica, estremada, admirable, discreta, loable, estando detenido por unas palabras en el banasto a un Guymara muy... ya me entendéis.

Pero antes que comenzase el maestro sus versos, enfadado Eudemio de sus desatinos, le dijo:

–O valiente poeta, o hablador diestro, digo sin hacer algún caso de vuestro ánimo, que debe ser el mayor que hay según vuestra opinión.

–Bendicto seáis [fol. 121r] –dijo el maestro– que hallaste en mí alguna cosa buena.

–Decidme –respondió Eudemio–, ¿sabéis hacer sonetos?

–Coplas y muy buenas. No haga burla, ni tengamos grita, porque yo nunca hago coplas ni riño ni esgrimo ni doy lección, sino por cosa que llegue a fuego.

–Donoso poeta sois –dijo Eudemio–, y con serlo tan malo tenéis más de ello que de diestro ni valiente a lo que entiendo.

A lo cual se puso el maestro muy pensativo, hasta que Meliso llego a él y le tiró del brazo, diciéndole:

–¿De qué estáis triste, hombre, siendo tan valiente?

–Si lo está –respondió Eudemio– por la tasa de las espadas que ha venido agora. Pues, aunque os pese, señor poeta, no habéis de traer verdugo.

–¿De eso me había de pesar a mí? –dijo el maestro– Pecador, ¿no veis que si el Rey pone tasa en las espadas, no la puede poner en los ánimos de los hombres? Aun si dijerades de la pragmática de los vestidos, acertárades, porque me coje desde los pies a la cabeza.

–Y decidnos –dijo Polemarco–, ¿Acogéisos luego a las coplas cuando os fatigan con la valentía y la destreza?

Entonces el maestro, mirándolo en desdén prosiguió así:

–Oíd la treta en copla: Tomad esa espada, Eudemio, y no os metéis como él en lo que no sabéis.

Ya va cierto la tretilla,
tire el tajo por allí,
con tal que no me dé a mí,
alce su cara amarilla,
señor mío, y hiere así.

Arrojaos por allí abajo,
hurgón que me dé en el pecho,
no os abalancéis de hecho
porque os pondrá en gran trabajo

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

si doy con vos en el techo.
[fol. 121v]
Alce y tire una estocada
contra el pecho sin temor,
que es la que hizo el dios de amor
cuando venció en estocada
a un muy diestro señor.

Los disparates del vulgo.

Tajo, revés, mandoble,
reparo y punta con brío,
a tajo, engaño, desvío
acometa como un roble
con buen compás, señor mío.

Aquesta es punta embrocada
y aqueste más largo es tajo,
arrojaos caperuzada,
moriréis como badajo
sin dar herida de nada.

Diestros bien podéis llorar,
pues mis trechas son tan finas,
pare ya al cacarear,
que sois muy finas gallinas,
y así os habéis de llamar.

Esta leccioncilla hice en copla para que se guardase en la memoria. Diréis vos agora que son malas porque no llevan aquel chisgarabís que las otras.

Todos rieron grandemente de las coplas del maestro y, habiéndolo él disimulado, dijo:

–Con cualquiera de esas podéis llevarle a uno la cara de encuentro, que es segunda o cuarta, para todos los siglos pasados y por venir. Pero conviene para que aproveche que os concertéis con cuatro o cinco amigos diestros.

Y queriendo el maestro proseguir la lección y el engaño en copla, Eudemio interrumpió la plática así:

–Si es por ventura eso que queréis decir, lo que he [fol. 122r] visto hacer a algunos diestros que envían aquellos cuatro amigos que dijistes al juego de la esgrima. Y van concertados que el uno de ellos tome la espada y luego entra con el amigo diestro y bravo y dale muchos golpes de tajo y revés y estocadas, sin que el paciente se defienda. Y cuando se halla cansado dícele con rostro soberbio y airadas palabras «soltad mozuelo la espada». Al punto el otro, como si hubiese hecho gran merced, suéltala temblando de industria, dejando espantado al pueblo ignorante.

Engaño muy usado entre los vulgares.

–Y los que hacen esto para engañar cuando juegan con quien no los conoce o con quien sin saber alguna cosa no les quiere tener respecto apenas pueden repararse, y es vergüenza mirarlos según los trae el miedo. Y para acreditarse con el vulgo, traen a estos de manga como he dicho, y por esta opinión ganan luego amigos y discípulos, porque los que están presentes allí están ausentes de tan gran maldad y deben de partir, según creo, la ganancia, pues parten la riza cuando unos a otros lo refieren.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Acabó de decir esto, Eudemio, muy alegre de ver al maestro admirado de oírlo, el cual mirándolo de arriba abajo estuvo un rato sin responder hasta que ya al fin le dijo:

–No habéis tenido vergüenza de echar en la calle mandar con que yo he venido a ser diestro y estimado por valiente entre la gente. Mucho sabéis. Pues, en verdad que os quiero confesar que dejé de decir esa traza por quedarme con alguna reglilla para haceros fieros si os mostrasedes en algún tiempo mi competidor.

Riéronse todos mucho de aquello, y más Eudemio, viendo al maestro afrentado de que allí lo hubiesen conocido. Pero atojó su riza la venida de Phylandro, que, sabiendo la far- [fol. 122v] -sa que allí pasaba, aunque tarde, quiso hallarse presente a ella. Y siendo recibido de todos con mucha alegría, mientras Polemarco decía que se hubiera holgado de haber venido antes, el maestro, llamando a Eudemio aparte, le dijo:

–¿Ese gentilhombre es amigo? Porque si ha de aprender de otro y llevarle sus dineros con engaños, aquí estoy yo, que lo haré también, como se sabe, en todas armas, y partiremos si me repetís.

–¿No lo conocéis –respondió Eudemio–, ni lo habéis oído decir?

–No –dijo el maestro–. ¿Quién puede ser ese mozo si es diestro o valiente que para serlo no haya sido menester acreditarse conmigo y pagar la patente a los buenos hijos que yo señalare?

–Es hombre –respondió Eudemio– que está mal con los diestros charlatanes en todo género de valentía, y ellos con él, y él se huelga de ello.

A lo cual dijo el maestro muy alterado: –¿Qué, diablo, lo trajo agora acá? Aun en mal punto podría ser la venida a esta algaida a fe que otra vez no me cojan en ella, que apuran mucho a los diestros. Yo me quiero acoger que se me acuerda un inconveniente y está lejos el lugar.

–Ea –dijo Eudemio –, no os vais, que es muy temprano. Pasad adelante con la lección que tratábades. Verá Phylandro cuan bien platicáis y sabéis la destreza.

Alto respondió el maestro:

–Ya veis como están medidas las espadas y como os tiento. Ya veis que estáis tentado. Notad cómo cojo vuestra espada uñas arriba alzándola en alto, que es acometimiento, y luego meto la espada dejándola del otro allí, y le doy con la mía en los pechos o un revés en los costados. ¡Rica!, miradle bien, que esta es la con que gané nombre de dar más acifentadamente un revés y tajo que hombre de los nacidos.

–¿Queréis, [fol. 123r] pues –dijo Phylandro–, que diga en esa treta mi parecer?

Y como respondiese que sí, Phylandro pidió la espada a Eudemio, de lo cual, turbado, el maestro le replicó:

–Pues con la espada lo habéis de decir. ¿No tenéis lengua con que habléis?

–Bueno sería –dijo Phylandro– no tenerla teniéndola vos, lo que yo quiero decir agora se hará mejor con la espada.

–Alto, pues –respondió maestro. –Mirad por vos, que por vuestro provecho lo decía.

–No andéis en esos puntos con los amigos que os conocen –dijo Eudemio al maestro–. Miradlo bien que os pesará de haberlo enojado.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Diga, digo, lo que quisiere –replicó el maestro–, que para guerra y para paz estoy aquí. Respondió Phylandro:

–Porque vuestra parte no puede haber ninguna defensa, mas lo que quiero es preguntaros de aquella treta que poco ha distes a Eudemio que yo digo que no se puede hacer porque es falsa.

–O pobre mozo –respondió el maestro, como espantándose de su ignorancia–, que a mí me quiere enseñar dolor de estas manos.

–La razón es–prosiguió Phylandro– que el acometimiento no ha de ser de mayor movimiento que el que tiene la herida, porque la porción de la línea que hay de donde acaba ese acometimiento, hasta donde se ha de dar la herida es menor que fue la del contrario.

Objeción.

–De los de líneas es –dijo el maestro– y ¿no nos avisará? Aquí tendremos grita, aun el diablo me trajo acá, que yo bien seguro estaba de esto.

–Respondedme –dijo Phylandro– a lo que os pregunto. No habléis entre dientes, que no os valdrá nada conmigo, porque yo conozco bien quien sois todos los diestros.

–No se mate, señor –respondió el maestro– que acá lo habíamos. Tórnelo a decir, que aquí le satisfaremos a lo que imaginare, cuánto más a lo que preguntare. Míreme bien, el [123v] galán que, en destreza ninguno como yo, pues en valentía... Eudemio callad la boca. No le digáis quien soy, ni lo que puedo, que yo le haré presto que envuelva su hatillo y tome las de villa Diego, porque holgara que en este mundo hubiera muchos con quien probarme pudiera, no más fino porque gozárades de lo que hacía de su cuerpo este que tenéis delante, que para ser extremado poeta no se falta hebilleta.

–Aunque sea como vos decís –respondió Phylandro–, parece mal en vuestra boca. Dejad ese oficio a los que hubieren visto vuestras pendencias, que ellos darán a los demás la verdadera relación y os estimarán por lo que sois.

–Bueno sería –respondió el maestro– aguardar a eso yo lo digo y así pase, y no hay que tratar en ello. Y Eudemio es testigo de vista de lo que solo me ha visto hacer. Bien parece, gentilhombre, que tenéis poca experiencia y que conocéis pocos de los que se hacen testigos de vista de las pendencias a que nunca se hallaron presentes, diciendo otra cosa que la verdad porque es su amigo él que lo hizo mal, y les pesa porque el otro se haya aventajado a quien por tan valiente tenía todos los cobardes. Estos son los que hablan y blasonan sin tener por qué ser loados y tanto por qué callar.

El que miente no puede engañar por mucho tiempo.

–Bien está eso –dijo Meliso–, pero quiero que sepáis que el que miente en esto y en lo demás no puede engañar a las gentes por mucho tiempo, porque como la mentira no tiene pies, luego la alcanza lo que con algún cuidado la persiguen.

A esto habló Phylandro:

La mentira dura poco en su fuerza.

–Decís muy bien, porque, aunque la falsedad de la mentira venga cubierta con la hermosa máscara de la verdad y persuada a los ignorantes invidiosos, dura poco en su fuerza, porque el resplandor de la verdad deshace todas las nieblas de la mentira y rompe los lazos del engaño y destruye la inconsideración de la malicia, haciendo con la fuerza de su lum- [fol. 124r] -bre públicos los invidiosos, dándoles con la mentira en los ojos, los cuales, navegando por las ondas infames del engaño, queriendo mostrarse sabios marineros, dan en una roca donde miserablemente se ahogan o encallen cerca de la ribera, perdiendo a vista de todos donde fenece su vida y maldad

Efectos de la verdad.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

juntamente. Y quiero proseguir con mi duda por quitarle a Meliso la que tiene. Será bien que estéis, maestro, más atento que estuvistes poco ha.

Porque, aunque Phylandro no se había hallado desde el principio al descubrir el maestro los engaños, no por eso se le iban por alto las traiciones que ordena el vulgo contra los que no quieren seguir la falsedad de sus perversas opiniones. Y así prosiguió que no se podía sufrir porque al hacer el primer movimiento en la espada más apartado del cuerpo del contrario que la suya del vuestro, y su movimiento es agudo y hácese en menor espacio, y teniendo tan largo camino en el círculo menos principal y accidental, cuando se forme el movimiento agudo, siendo tan largo y teniendo la espada del contrario tan pequeña porción de línea dende la punta a vuestro cuerpo, vendrá con facilidad a entender el fin de vuestro movimiento y heriros a su salvo.

La falta del medio porporcionado.

–¿Qué es lo que ha dicho –respondió el maestro– este señor? ¿Es francés o borgoñón? Declárese para que lo entendamos. Rógaselo vos, desengañarémoslo y enseñarémosle a hablar en destreza al pobre mozo.

–Yo voy rastreando con entendimiento –dijo Eudemio riéndose de él– y me suena bien lo
que propuso vos, que sois maestro. Lo entenderéis mejor por eso, dad la razón de ello y callo quedando muy satisfecho [fol. 124v] de la razón de Phylandro, porque el mejor que sus compañeros lo entendió.

Mas el maestro, que no se agradaba de oír cosas que no entendía, respondió:

La razón del vulgo.

–¿Estamos aquí o no? Ella es muy buena. No tenéis que hablar porque lo digo yo y porque sí y porque no puede ser otra cosa y porque, siendo maestro, lo sabré mejor que vos. ¿Habéis visto, Eudemio, con cuánta presunción viene a hablar en griego? Muy bien la entiendo. Y si no lo creéis, mirad la lástima que mi discípulo tiene de vos, porque no me entendéis ni queréis creer lo que os enseño, no sabiendo hablar. Que os entendamos. Decid, Eudemio, ¿dónde se crio el amigo? ¿Con quién ha tratado? O lástima del pobre mozo de dolor que tengo. Esto para entre mí y vos, no le he pretendido de envasar diez palmos de espada por aquella boca.

Riose Eudemio mucho de su desatino entendiendo que si Phylandro lo oyera lo tratara mal, y con mucha disimulación dijo: –¿Por qué no respondéis?

–Que no sé –respondió el maestro– lo que se dice vuestro amigo, ni él se entiende, ni vos a él. Cata allí agora. ¿Qué os parece Eudemio de mi extraña habilidad? Alzad acá la cara y mírame al gesto. No os riais de Phylandro porque lo he atajado que pensaba que no supiera responderle. Mirad cuan bien lo he dicho para darle a entender que no sabe lo que se dice. No celebráis esta respuesta siendo tan admirable, o cómo sois discreto que agora os agradan mis cosas a señor Phylandro. A él digo el de la pregunta ¿de dónde sois natural? ¿reside en palacio? Nombre tiene de ello, claro está, que si se llamara Mingo del Robre, como amigo de Matheo Gómez no lo sospechara.

Silogismo del vulgo.

–Jugáis conmigo –dijo Phylandro, casi enfadado– o ordenáis que haya algo, y no se yo cómo [fol. 125r] habla del Palacio quien nunca sale del estado. Callemos porque si me enojo no ha de ser para vuestro gusto.

–Que no digo nada –respondió el maestro, muy turbado–. ¡Qué apitonado sois! Encajad aquí los cinco. Tocad en esta derecha buen hijo, que, aunque me deis cien coces, no me enojaré con vos, vive y reina.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–¿Vos sois diestro –dijo Phylandro– y maestro de armas? Más lo parecéis de palabras. Esperad, quitaréme el herreruelo y veré los que sabéis.

A lo que respondió el maestro muy mesurado: –Si, señor, que lo soy y examinado por mano de Achille Merosso Bolonesse, maestro general, hombre destrísimo en todo género de armas como un esmerejón. Verdad es que me parecéis honrado mozo. Y desde que entrástesos cobré buena voluntad porque traéis bonicamente la espada. Y si un año o dos os enseñase yo, a fe que aprovecharíades.

–Yo os lo agradezco –dijo Phylandro.

–Mas sabed, señor esgrimidor, la mayor honra que yo tengo es esa –respondió el maestro–, pues gano de comer a ello. Diga, pues, entenderemos a coplas.

–Por los malos maestros lo digo –replicó Phylandro–, y por los que sin saber ni ser diestros, ¿cómo lo han de ser? Enseñan a otros, engañando a las gentes con sus palabras e invenciones. Bien sabéis cómo es cosa cierta que en ésta, como en las otras artes, hay pocos buenos y muchos malos. Que siendo cosa tan sutil ha menester gran concierto y juicio para llegar con proporción al punto deseado. Así que oíd, señor Maestro, para hacer bien una cosa buena como esta, el que la hace ha de tener muy buen juicio para ponerla en su lugar, y claro entendimiento y agudo ingenio para comprehender presto el efecto del ánimo del que tiene delante, y que junto con esto sea de buenas costumbres el que [fol. 125v] enseñare, experimentado y visto en las cosas que tratare y sin invidia par darse a entender con discreción, aplicando lo que dijere o hiciera conforme al entendimiento que tiene el que aprende. Porque se pierde lo que se dice cuando el ingenio del oyente no lo alcanza, dándole razones que igualen a las suyas, quiero decir hablarle en su lengua. Y por el contrario, como vos sabéis mejor que yo, lo que es malo, tan malo como lo que he visto en destreza, es menester ser malo para hacerlo y errarlo para acertar, porque si lo que vais a hacer es malo y vos que lo hacéis malo, y lo proporcionáis como bueno, irá fuera de su elemento principal. Bien os parece algo de lo que tengo dicho.

Las partes que ha de tener el maestro.

–Lo primero no vale nada, porque no lo hay en mí –respondió el maestro–. Lo postrero entiendo muy mejor que quien lo ha dicho por vida de mis hijos, y así me vea fuera de esta casería.

–¿Ganáis de comer a este oficio? –preguntó Phylandro

–¿Porque lo dice? –respondió el maestro– ¿Parécele que hay en el mundo quien como yo lo entienda? Donosa pregunta. Desviaos de allí, Eudemio, que escupo. No pisáis mi saliva que estoy tan colérico que pienso que he de escupir puntas de puñales. No seos hinquen por los pies.

–¿Qué decís? –respondió Phylandro– ¿Estáis en vos? Yo creo que habemos de reñir.

–No tengáis miedo de eso –dijo el maestro.

Al lo cual Eudemio respondió, pareciéndole que Phylandro se enfadaba: –No os enfadéis Phylandro por vuestra vida.

–Yo soy– dijo el maestro– el que me enojo, porque habiendo dado tan buena salida a todo lo que habéis preguntado, pongáis duda en lo mucho que sé y hagáis burla de lo que enseño.

–Paso –replicó Eudemio–, que Phylandro no hace burla sin mucha razón, y en él agora la he conocido en verdad.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Pues, por- [fol. 126r] que os preguntan si ganáis de comer al oficio –dijo Phylandro– habéis de hablar tan largo, a fe que si no estuviéramos delante de esos señores que yo os hubiera respondido con la mano, como he hecho a otros más bravos.

–No habléis de esa manera –respondió el maestro–, todo turbado de miedo. Catad, que si no mirara a lo poco que me cuesta menearos la vianda, ya lo hubiera hecho desde que entrastes aquí, pero tengo de mirar al señor Eudemio, que está en medio y a los demás amigos, y quiero que sepáis que cuando yo me enojo, mientras el contrario está hablando conmigo le hago la sepultura con los pies, sin que él lo entienda ni persona presente hasta meterlo medio vivo o muerto por la vainilla nueva que hoy endoné a la hoja. Que si me acabo de enojar haré que no os vean volver los ojos que os vieron venir.

–Desviáos del medio –dijo Phylandro a Eudemio–. Harele que no hable demasiado. Vos pensáis que lo habéis con vuestros iguales.

–No haya más –respondió Eudemio–, y estoy espantado de vos, siendo tan cuerdo, no pasar por lo que el maestro dice.

A esto replicó Phylandro:

–pensado tenía que estaba en alguna cuadrilla de pícaros, que le habían de sufrir los tonos que hacen hablando con la voz cuando de la gente más honrada del pueblo y que más sabe dicen mal levantándole testimonios, haciéndose testigo de vista de lo que nunca vieron por loar a otros como ellos. Vos pensáis que soy medio esgrimidor. Enseñados estás a engañar con vuestros fieros y mentiras. Tomad esa espada y decidme aquí lo que sabéis con tal que no nos lo dejéis, y si fuere tal que merezca ser loado, yo os prometo que no tengáis pregonero que así publique vuestro nombre y hazañas, y si fuere malo, como espero, perdonad que os tenga de descomponer del nom- [fol. 126v] -bre de maestro, y sin dar más lección dejaréis ganar de comer a los que saben bien este oficio.

Abominaciones del vulgo.

–¿Vos a mí? –respondió el maestro– ¿Vos a mí? Ni aun cien mil como vos serán bastantes. El Diablo me trajo acá y no otro que ha de ser esto. Muy temeroso estaba el maestro de oír la aspereza con que le hablaban, y deseando mucho Eudemio entretenerlo dijo a Phylandro:

–Bien se puede decir agora que agosto madura y septiembre vindimia, pues cuanto yo he contemporizado con él, lo tratáis de esa manera, que hiciera si lo que yo hubiérades oído. Sea todo sin cólera, señores, que no hemos venido aquí a reñir, sino para esta a razón y holgarnos.

–Más quiero yo –respondió el maestro, con más deseo de irse que de estar allí, que estemos a razón que a pendencia, que también lo deseo yo. Y ¿cómo ha de ser? Dígame ¿con las blancas o con las negras?

–Con las blancas –replicó Phylandro– para que se apoquen los charlatanes.

–No sea ni con las negras –dijo el maestro–, porque quiero examinaros para ver lo que sabéis y luego argüir de plática.

–Tomad esa espada –dijo Phylandro, enfadado de él, como hombre que no sufría aquellas locuras–, que mejor será darnos sendos porrazos.

–Os daré diréis en esa cabeza –respondió el maestro.

–Si eso es –replicó Phylandro–, verá Eudemio cuan poco sabe su amigo y lo mucho su maestro.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Desviáos digo, dije –respondió el maestro haciéndose atrás–. Paso, no os quitéis, Eudemio. ¡Ay, Ay, mal haya yo! ¿Qué es esto? ¿Reñimos? Que nunca me he visto en otro tanto. Teneos, Phylandro. Basta ya –dijo el maestro–, y agradece que esgremís en Latin que de otra manera pasara.

–Tornad –dijo Phylandro– a tomar la espada. No la soltáis. ¿Pensáis que nosotros que callamos no sabemos?

–¡O –dijo Meliso– qué mal hecho! [fol. 127r] ¿Así tratáis, Phylandro, a los maestros examinados? Pues aun en la sepultura no os tengo por seguro de él. Esperad vos, Maestro, veamos si hay sangre. Que según el golpe fue recio, creo que estáis lastimado.

–Que no es nada –respondió el Maestro–. No hay para qué verlo, que todo es un poco de vinagre tinto. Dejadme. Yo me entiendo, fruta es que yo suelo llevar. Guardaos, vuelta, digo. ¿De qué os reís, Phylandro? No os metí cantidad de espada por las narices.

–¿A mí? –dijo Phylandro– ¿Cuándo? Aquí están Meliso y Polemarco que lo vieron. Y vuestro discípulo que sin prevaricar puede abogar por los dos.

–Soseguémonos –dijo Meliso–, y argúyase la plática. Y él que convenciere al otro pida juego y perdonad la igualdad, Phylandro.

–Agora bien –respondió el maestro, puestas las manos en la cabeza y quejándose del golpe–, eso merece quien juega quedito por no matar y, para que no nos revolvamos más ninguno de nosotros, lo ha de pedir. Y yo quiero preguntarle de la manera que me examinaron a mí.

–Esperad –dijo Phylandro–, que habéis de dar la palabra de desdeciros del título de maestro y de toda la destreza con estas palabras:

La conversión que debería hacer el vulgo.

«Yo el maestro, ciudad o alcaría, me conozco haber estado engañado y haber traído con mis engaños y falsa destreza a muchos, a los cuales pido humildemente perdón del mal ejemplo que con ella les di. Y me arrepiento de lo poco que sé y de lo mucho que miento. Y tengo dolor de lo que pudiera haber sabido si el que me enseñó fuera docto en esta profesión de armas; y de las muchas tretas buenas de que he dicho mal y de sus dueños, porque no se preciaban de hablar conmigo, siendo hombres tan principales. Y tengo vergüenza de los muchos engaños que hice, para que me tuviesen por diestro. Y pi- fol. 127v] -do perdón a todos aquellos de quien con invidia y mentira he dicho mal porque los ignorantes me estimasen el algo, viendo que tenía competencia con personas tan calificadas, y de las malas palabras que dije. Y a estos señores de mi tierra suplico que me encaminen por donde más sirva a nuestro señor y menos dañe a mis próximos. Y de hoy más protesto de darme a oficio que mejor entienda». Y habéis de decir a voces, la guarnición de la espada puesta al revés y los pies sobre un medio almud, «reniego de toda la valentía y destreza y tórnome hombre de bien». Y lo mesmo haré yo diciendo las palabras que vos quisiéredes.

–¿Hanlo visto al zahori de mis costumbres? ¿Qué es esto, señores? –dijo el maestro– ¿quiérenme ahorcar? Alto, pues echemos el resto, que vos quedaréis sin ventura y de esta vuelta sin nombre de diestro, señor Eudemio. Una palabra sobre un negocio que se me acuerda, ¿este mozo poseelo padre, tiene madre, cáfila de hermanos, muchos parientes ricos? ¿Es casado? ¿Tiene hijos? Porque si lo matare no haya mucho que me lo pidan. Porque si me enojo soy peor que la peste, acabarle la generación en dos pendencias, aunque por amor de vos yo me contento con que él muera sólo. Y si no queréis, miradme

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

acá, ver tan gran lástima que al fin es vuestro amigo, idos y llevadme con vos porque, no lo haciendo, representároslo he en este suelo.

–¡Valame Dios! –dijo Eudemio–, ¿no veis que está burlando con vos en lo que dijo del reñir?

–Créolo –respondió el maestro– porque de veras no se me podía decir sin falta de su vida y sin gran riesgo de mi libertad. ¿Notastes cuál oslo paré jugando? ¿Qué os parece si fuera peleando?

–Yo no vi nada –dijo Eudemio– sino hoy los golpes, y mirad que me va mucho en que no mostréis flaqueza, sino gran corazón, aunque no lo haya, [fol. 128r] como lo habéis enseñado. Aprovéchaos de vuestra ciencia, que para agora es ella. No seáis como los otros maestros que jamás se aprovechan en la necesidad de aquella destreza que enseñan a los discípulos.

Las cosas que preguntan los vulgares cuando examinan.

–Bien decís –respondió el maestro– ¿hase de entender en ello, señor Phylandro? Yo quiero preguntar. Respóndame luego sin pensar. Ea ya va, examino, digo examino, ya comienzo y pido que me diga ¿quién fue el primero que trajo espada en el mundo? y si el primero hombre que hubo diestro fue izquierdo o derecho, alto o bajo, fornido o delgado, colérico o flemático, ligero o pesado.

–En verdad son bien sustanciales esas preguntas –respondió Phylandro–, y no son menos importantes vuestras dudas que las que ponen los gramáticos en disputar si Eneas, cuando desembarcó, faltó en tierra con el pie derecho o con el izquierdo, con otras preguntas bien dignas de riza. Y respondiendo a la vuestra digo que el primero que trajo espada fue el Ángel.

–Muy bien dice– respondió el maestro admirado. Mas todavía faltó algo para acertar del todo.

–Mas preguntadme –prosiguió diciendo Phylandro–, ¿quién fue el primero que tuvo en el mundo escuela de esgrima para engañar? Como vos me lo preguntáradesos respondiera más pasa adelante.

–¿Cuál parte del cuerpo está más en peligro cuando le hombre riñe? –preguntó el maestro– Aquí lo tengo hecho un ovillo de hilo, Eudemio, grita en el que no lo sabe pues que calla, agora es ella.

–¿De que dais voces? –respondió Phylandro– enojado. ¿Estáis en vos? Donosa es la pregunta. Será luego diestro él que supiere absolver esas dudas. Es el muslo o el brazo según el perfil que tuviere el cuerpo o la postura [fol. 128v] de la espada, porque son las partes que se hallan más propincuas a la espada del contrario.

–Niégolo –replicó el maestro muy alegre–, que no dice bien, porque había de decir «están más cerca». Riéronse todos mucho de ver las cosas en que paraba el maestro. Y Phylandro, no pudiendo contener la risa, respondió:

–Eso quiere decir menester será hablaros en necio para que me entendáis, aunque no hablaba con vos.

–No os tornéis a enfadar –le dijo Eudemio–, porque estáis obligado a usar aquellos nombres que los más usan para ser entendido.

–¿Hola, Eudemio –le preguntó el maestro–, es examinado? Por vuestra vida tiene carta. Reísos Phylandro. Quiero que me digáis qué treta haréis de tentado. A cuerpo de tal, aquí es salir por el gollete o si le llego a tentar uñas arriba y le acometo, o si le acometo sin tentar.

–Daros de esta manera en el movimiento que gastáis tiempo sin propósito –dijo Pylandro, dándole una recia estocada en los pechos que lo lastimó bien.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–¡Ay, paso! –respondió el maestro– No deis tan recio. No sea esto lo pasado. ¡O que colérico sois! Acuérdeseos que estoy preguntando y no peleando. ¿O haceislo porque he ganado? Que habíades de responder que sea de reparar el acometimiento para acertar.

A esto replicó Phylandro:

Objeción contra todas las tretas de acometimiento.

–No tenéis razón, y sean jueces estos señores, por dos cosas: la una porque la confianza de vuestra treta está puesta en el desvío que el otro ha de hacer al acometimiento, y si no os acude a lo que queréis, perderéis la herida, y daros ha el contrario, pues tiene tiempo, y quedáis atemorizado para no osarla hacer adelante con otro alguno, y habréis sido como los ignorantes que ponen toda la felicidad de su destreza en tentar la espada para que el contrario la hurte y, no sacándola, quédan- [fol. 129r] -se sin haber hecho nada, perdiendo el pensamiento primero con la ejecución de la treta contraria.

–La otra causa es que las tretas que están en la voluntad del contrario son todas falsas, y el fin de ellas es vario y raras veces se alcanza, porque pende el suceso de la voluntad ajena, por lo cual no tenéis razón, porque si os doy primero que llegue vuestro acometimiento, para qué lo tengo de desviar, ni reparar la herida, no siendo menester. Porque lo hace todo incierto cuando se pierde algún movimiento y se quebranta algún punto de la proporción.

–Razón tiene Phylandro –respondió Eudemio–, porque cuanto en menor tiempo es, mejor y más presto se hace el movimiento de la treta.

–Perdonad, Eudemio, si os contradigo –dijo Phylandro–, porque no se llama treta la que yo hago, no constando de tres movimientos suyos o míos principales.

–¿Vos también sois contra mí? –dijo el maestro a Eudemio –. Tomad ese discípulo no te lograrás. Eso merece quien hila y pone en estaca ajena.

–¿Vos no veis –le respondió Eudemio– que tiene razón en lo que ha dicho?

–Aunque lo fuera, no habíades vos de decir –lo replicó el maestro–, sino publicarla por muy mala como lo es. Y oíd la razón mía que no es de las de por allí, luego darme una estocada en el pecho con reparo como todos lo esgremidores públicos y secretos enseñan.

–Qué poco sabéis –dijo Phylandro riéndose– no es mejor la que os di sin reparo y con menor movimiento. Ea preguntad adelante si no se os acaba el caudal.

–No se os acabase a vos más presto él de la respuestaa –respondió el maestro–. No sabe esgrima el amigo. Eudemio mal está en ella digo y quiero que me diga cuál es el mayor amigo, y enemigo de la cabeza.

–Enemigo de la cabeza –dijo Phylandro– claro está que es [fol. 129v] todo lo que hace daño, como una piedra violentada, y amigo de la cabeza el brazo si tiene con qué reparar y defenderla.

–En buena fe –replicó el maestro–, ¿sois examinado? Por vida mía que sabéis todo lo que se puede saber en destreza.

–A esto llamáis vos saber. –dijo Phylandro– Necear le llamo yo.

–Luego todos somos necios –replicó el maestro–, y decid lo que quisieres agora y veréis si respondo mejor.

De esto les dio a todos gran contento, y Phylandro, aunque se había mostrado con el maestro severamente, no pudo contenerse, tanto que no diese manifiesta señal de riza y le dijo:

–¿Maestro, bien holgárades de ser tan necio como yo?

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Pero el maestro, que había estado admirado de verlos reír, acordó de reírse juntamente con ellos y dijo:

–Espantado estoy –haciendo burla de ellos– de veros reír, sin que el uno ni el otro sepa de qué se rie y sin entenderos. Y vos, Phylandro, pensáis espantarme con hablar de líneas ni con leñazos, porque os engañáis que no sólo vos lo sabéis, que yo conozco uno que dice el y dos o tres amigos que tiene que hace un libro de armas en que pone la medida que hay por líneas dende la mano al codo, y del codo al nacimiento del brazo.

–¡Qué gran disparate! –respondió Phylandro, enderezando la plática de Meliso y a Polemarco–. Ese no sabe que la especie humana no tiene límite señalado en la largura de los cuerpos, y que son muy varias las estaturas de los hombres. Y no entendáis que ese diestro lo dice por otra cosa que porque lo loen, pareciéndole que pensarán todos que sabe ya él la teórica de las armas, porque lo dice y no porque entiende en su conciencia que sabe algo de ellas. Pues en todo lo que trata tiene por contraria a la razón, y si por ventura oyó alguna cosa a nuestro [fol. 130r] Amigo, quien viere la mezcla de lo ajeno con lo que el hiciere, dirále que su destreza lo condena por ladrón, como dice Marcial de él que le hurtaba los versos: «Y también lo debe de hacer la locura y mal uso que hay de imprimir, porque piensan los ignorantes escribir las cosas difíciles fácilmente como lo que leen de los hombre doctos, no entendiendo que lo que les parece fácil y que lo harán ellos es lo más difícil», pero a mi parecer nuestro diestro tendrá gran fatiga con los ángulos y círculos.

–Es verdad –respondió el maestro– que no lo entiendo, pero yo me obligo a responder también o mejor que vos, o que buena memoria tengo, sobre todas mis gracias me vino esta para que no me faltase cosa. Noten esto todos que va mucho en saberse que no es cosa de burla como las que estos mozos han hablado. ¿Alcanzara más de dos hombres el que trujere una lanza o estoque? ¿No es buena la duda y dicha en pocas palabras? Sí, claro está. ¿Quién como yo? ¿Ríense? ¿Pues dedo de espada y palmo de lanza no es gran ventaja? ¿Y no alcanza más la lanza que la espada?

–Sí –dijo Polemarco–, pero otra cosa pensé que queríades responder. ¿Dais os por vencido en esta?

–¿Por que? –respondió el maestro– ¿No he dicho bien? ¿Pues quién alcanza más? Espantado estoy y tórnome loco cierto con eso.

–No es menester más de lo que sois en esotra facultad –dijo Phylandro–. Y pues no respondéis cosa concertada, en lo cual hacéis como siempre, no quiero tratar con vos cosa de peso. Quédese esto así para su tiempo.

Muy atento oía Eudemio todo lo que Phylandro decía hallándolo tan cierto que convencía al entendimiento y agradó de ello. Lo encarecía y alababa grandemente.

De lo cual, enojado el maestro porque le parecía que no convenía a su esgrima y charlatanería que delante [fol. 130v] de él se loase a otro, mirando a Eudemio con mal semblante, torciendo la boca a un lado y haciendo visajes, le preguntó: ¿A vos os parece bien aquello?

–Sí, en verdad –respondió Eudemio–, porque sin saber las armas que vos sabéis y los demás diestros, y sin aquellas partes de la ciencia que Charilao

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

dice que son importantes para saber algo de ellas, entiendo las razones dichas, dejándome satisfecho el entendimiento.

Argumento vulgar.

–Oíd acá –le dijo el maestro–, miradme bien. Yo os digo que no lo entiendo, ni él a vos, ni vos a él. ¿Quereislo ver, señor discípulo? Yo, loores a Dios, soy examinado de todos treinta géneros de armas, y os he enseñado a vos y él no, ni es examinado. Luego más sabré yo que vos ni él. Reísos, Phylandro. Vos queréis que sea esto el diablo. Callad, pues. Si no, enojareme, que será para derribar la casa por el pie. O preguntad, adelante adelante, no penséis tomarme por hambre de razones, que veinte cursos tengo de Germanía y treinta de esgrima aquí donde me veis.

–Declaradme, pues –dijo Eudemio– ¿por qué, siendo la punta de la espada lo más flaco que hay en ella, da con más fuerza la herida que los recazos, habiendo de ser al contrario? Pues por tener mayor fuerza la habían de dar mayor. Sepamos bien la causa de esto, que siempre se ha ignorado de los diestros.

–Eso es fácil cosa –respondió el maestro muy apriesa– gran fuerza el golpe que da y menos fuerza el golpe que no da ni llega. Esta sí es respuesta que jamás se ha imaginado. ¿Qué os parece Eudemio? ¿De qué se ríen esos señores? Si no me creéis, con ser vuestro maestro, dígalo Phylandro. Y si no os contenta, no me espanto, porque no sabéis lo que os hacéis. Piensa acá el señor igualarse conmigo. Bueno estaba yo.

Y volviendo Polemarco a hablar a Phylandro, le rogó que tra- [fol. 131r] -tase aquello de suerte que pudiese él entender algo, a lo cual dijo el maestro:

–Pues, señor Eudemio, traté mucho de eso y no se deshaga de lo que dicen, que a fe que, si Charilao no entra agora, yo respondiera de otra suerte.

Satisfechos quedaron todos con la respuesta de Phylandro y holgaron mucho de ver cómo pasaba por las liviandades del maestro, el cual, viendo a Charilao que volvía entonces, le habló y regocijó su venida. Y Charilao le dijo:

–Huelgo de veros. ¿Que os habéis hecho mucho ha, y decidme de qué está el maestro alterado?

–Yo, señor –respondió luego el maestro–, no tengo de qué en verdad. Aquí está mi asiento.

–¿Qué es esto? –dijo Charilao– ¿Sentados estáis con las espadas en las manos?

–He gozado del maestro y de su delicada destreza –respondió Phylandro.

–Yo no de vos –dijo el maestro–, ni de la vuestra en mi conciencia, ni de lo que habéis platicado, que en verdad no os entendiera yo si estuviera muy atento, cuánto más mi discípulo. ¿Cómo se ríe el señor, mi amo Charilao, pues qué quiere que diga?

–Hanos dicho –dijo Eudemio a Charilao– parte de lo mucho que sabe Phylandro de las armas, y ha acabado de abrir el camino que comenzastes para entender lo mucho que son, y ha dado tan buenas razones que han satisfecho de tal manera que ha espantado a maestro y discípulo.

–A vos diréis que os ha espantado –respondió el maestro–, que de todo os espantáis, pues también de lo que yo os enseñaba porque era tan malo y de esto porque es tan bueno. Mirad, Charilao –dijo el maestro–, decidles que hablen en romance y veréis si se me van por pies, aunque sea en una plaza. Y sí sé responder, aunque sea delante un pesque- [fol. 131v] -sidor. Ha hablado

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

aquí una hora el latín cerrado que no lo entendiera el primero que me huyó en esta vida, que era un águila.

–Pues sabed –dijo Charilao– que Phylandro entiende bien las dos partes de las armas, así de teórica como de práctica.

–Entienda ese mozo –respondió el maestro–, que si yo quisiera acabar de enojarme según comencé, que le aprovechara poco todo eso que me mira. Mal me conocen, pero quiérome acoger que tengo un inconveniente que hacer. En tiempo me tomara vuestra merced señor Charilao o Charilargo que viniera a entierro de sus amigos y no a verlos, bueno lo he parado, conmigo se tomaba.

–Buena me parastes la espada con el cuerpo –respondió Phylandro–. ¿Pensáis iros sin desdeciros del nombre de maestro? ¿No habéis de cumplir la palabra? ¿Esa es la honra que profesáis? ¿Yo no he ganado? Aquí está Eudemio que jurará cómo me debéis el título de diestro, y que es tan mío cuan vuestro es el engaño. Ea, decid, tomad esa espada por medio la guarnición hacia abajo, los pies juntos y la gorra en la mano, los ojos levantados al cielo: «yo el maestro ciudad, tirano de la valentía y público usurpador de toda destreza y de todos los que me han hecho en creyente que soy diestro, y mal hayan cuantos me han loado, y Dios no se lo perdone al primero que me metió en este oficio, y tórnome siervo de los buenos y vasallo de vuestras mercedes».

–¿Eso tengo de decir –respondió el maestro– de las cosas que en este mundo me han dado más honra y estimación? Pídoos que calléis y aconséjooslo porque a fe que si tornamos a enfrenar lo pasado que ha [fol. 132r] de haber trueno y relámpagos y que tengo de caer como rayo. Mas yo me entiendo y quedarase para mejor tiempo la muerte de alguno y no me cogerán otra vez desapercibido. Y me voy, señor Charilao. Yo soy su mozo para todo lo que le cumpliere y mándeme. Beso pies y manos, y pues no pierdo antes gano álzome a mi mano y a ellos, digo mancebitos, veámonos a lo ancho.

–¿Cómo no habláis más a estos señores? –dijo Charilao– Mal cumplís con lo que debéis a buena crianza y a la amistad de tantas horas.

–No hay para qué –respondió el maestro–. Ya les he hablado harto claro. Pero con todo eso a traidor de mí soy en fin de buena casta, no lo puedo negar. Mándenme los amigos que con las entrañas abiertas para todo género de favor me hallarán puntual, y me recomiendo a la señoría vostra.

Y dicho esto se fue con tanta priesa que parecía que iban tras de él, dejando a todos con mucha riza de su miedo y fanfarronería, los cuales habiendo dicho a Charilao lo que a Eudemio había pasado con el maestro y a Phylandro con ambos, que mucho se holgó de ello, les respondió:

–No sé con qué pagaros el regocijo que me habéis dado sino con referiros un cuento que ha poco que pasó al maestro con un enemigo suyo que vivía junto a un hospital, de quien había recibido muchas afrentas sin poder satisfacerse de alguna. Visto que las gentes le daban grita sobre ello, determinó de hacer junta de todos sus amigos para enterarse en lo que se debía hacer en caso tan dudoso.

–Y al fin salió determinado del consejo que se fuesen todos una mañana acompañándole, y que, en viendo salir al enemigo de su casa, llegase el maestro quedito por un lado y [fol. 132v] le diese una cuchillada y luego se metiese huyendo en el hospital que estaba cerca. Estando todos con esta heroica determinación, salió el hombre y el maestro sacó la espada de la vaina y se fue paso a paso por las espaldas a darle la herida, como estaba

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

acostumbrado y aconsejado. Mas no lo pudo hacer tan presto ni con tanto ánimo que el hombre no volviese la cara y lo viese venir con la espada sacada, el cual comenzó a sacar la suya para defenderse de la alevosía. Pero el bueno del maestro al punto que lo vio desenvolver volvió las riendas huyendo y lanzose en el hospital.

–Luego fueron a él sus aguardadores a reprehenderle la negligencia que tuvo al ejecutar de la herida, a los cuales recibió con gran contento creyendo que lo estaban todos de haberlo hecho tan bien, diciéndoles no hay más que hacer ni más que desear. Ello quedó como debe. Sus amigos le replicaron: «¿Qué decís hombre? ¿Cómo no le distes la cuchillada? Que entraros aquí a la postre había de ser». A esto preguntó el maestro muy dismulado: «¿no fue en lleno el golpe que tiré? ¿No, por vuestra vida? ¿Decís de veras? En verdad que tenéis razón que agora me acuerdo, que se me olvidó de dar cuchillada, y solamente se acordó entrarme en el hospital, como lo teníamos concertado. Pero ya he hecho lo uno hoy, otro día haré lo otro. No se pierde nada.» ¿Paréceos que fue mala disculpa?

Todos rieron grandemente de acordársele lo de huir y del olvidarse la cuchillada y, depidiéndose de Charilao, se fueron todos cuatro juntos a unas caserías do estaban convidados, riéndose del cuento y tratando de los engaños que se habían descubierto aquel día, admirados de que hubiese maldad tan grande en la tierra y hombre que lo persuadiesen y [fol. 133r] lo que más grave: que haya quién los crea y alabe. Mas contentos de que por causa de estos engaños se había descubierto la verdad, de la cual siempre se seguirá verdad poniendo orden a tan gran desorden, se aplazaron para el día siguiente con esperanza de mayor desengaño.

Fin del segundo diálogo de la falsa destreza.

[fol. 133v] Después de haber concluido en el diálogo primero las partes universales de la verdadera destreza, y determinado en el segundo por falsa disciplina vulgar y probándolo con firmes demonstraciones, pareciéndonos que quedaban cosas que, aunque no son generales como las primeras porque no comprehenden debajo de sí tantas otras, viéndolas tan conveniente al ministerio de las armas, que sería cosa imposible saber el diestro cumplidamente lo que conviene a la perfección de la arte si alguna de ellas ignorase, por ser especialísimas, quisimos sacar en limpio las causas y concausas de todo lo más esencial de la destreza con la teórica de la daga contra la espada, doctrina para letrados y hombres graves, y en particular los preceptos que el maestro debe guardar para curar con la destreza el ímpetu desordenado del ánimo del discípulo o suplicarse con la arte las faltas de su naturaleza, dándole a cada uno lo que más le conviene, donde se saca en limpio si uno podrá reñir con dos o tres en rigor, y lo que conviene para la conservación del aliento, riñendo con otras muchas particularidades tocantes a la filosofía de la destreza, que se verán copiosamente en la persecución de este diálogo, en el cual se hallará la afinidad que tienen las ciencias unas con otras, y el parentesco de la destreza con ella, y a cuál de todas se debe subalternar.

[fol. 134r]

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Diálogo tercero que trata de las causas naturales y de los efectos verdaderos de la destreza esencial. Meliso, Phylandro, Eudemio, Polemarco.

El daño de la adulación.

Cuenta un antiguo que Pirro, Rey de los Epirotas fue engañado por los aduladores de tal manera que, siendo varón clarísimo y en la disciplina militar excelente, pensaba ser semejante en el rostro y aire a Alejandro Magno. Y, aunque la maldad y lisonjas de estos capitales enemigos suyos a todos eran muy claras, siguiendo esta locura mandaba que sus retratos los enviasen por todas partes creyendo que en ellos estaba la propria figura de Alejandro. Y persuadido de ello, ninguno había tan amigo de la verdad que tuviese osadía de desengañarlo y, lo que más grave era, ni aun de sentir otra cosa diferente de la que él sentía por no darle disgusto, hasta que una vieja, descubriéndole claramente la verdad, reprimió su locura, porque, mostrándole Pirro las estatuas de Filipo Alejandro y Casandro y de otros Reyes de Macedonia, le preguntó muy contento a cuál de ellos parecía él, teniendo por muy cierto que dijera que a Alejandro. Mas la buena vieja, deteniéndose un poco en aquel verdadero juicio, dijo que parecía a Batracio, un cocinero así llamado que en todo el rostro y talle era muy semejante a Pirro, el cual si en la comparación que yo agora hago de él a los bravos de nuestra edad se quejare, perdonará que, aunque le hice agravio en igua- [fol. 134v] larlo con tan humilde gente, en lo que quiero decir ellos le parecen mucho.

La libertad de la verdad.

La ocasión de este diálogo.

Porque, no siendo como fue Pirro en cosa alguna excelentes, engañados de sus imaginaciones y de los malos amigos que tienen, quieren parecer a Alejandro en la valentía. Mas yo pienso en estos escritos declarar cuanto parecen a Batrachio el cocinero y con esto curarlos de su locura, que tan grande es. Quizá, reprimiendo su desvergüenza y libertad en mentir con la verdad clara de sus hechos y vida, pondrán freno a su atrevimiento y desordenada codicia de ofender a Dios y de dañar al próximo. Y si acaso no bastare esto, por estar obstinados y endurecidos en la maldad, será parte al menos para que todos conozcan quien son y entiendan lo poco que pueden y vean lo mucho que engañan. Porque verdaderamente creo que, si hubiera alguno tan amigo de decirles la verdad como de sustentarles las mentiras, que ya estuvieran llanos y apartados de su viciosa vida y, tomando más honrado trato, hubieran desamparado tan abominables costumbres.

De que servirá el desengaño.

La barbarie de las armas.

Mas, dejando estas consideraciones por acabar con ellos, digo que si os hubiese de referir el espanto que me queda de haber visto y oído aquel charlatán del maestro, y cuan verdadera es la opinión que los hombres discretos tienen en desechar su doctrina y en decir que los más de ellos son cobardes sin honra y hombres de mala vida, antes que yo comenzase a decirlo, os espantaríades. Y para que veáis la barbarie que hay en las armas si todos son como este, sabed que no solamente haberlo visto me ha dañado, pero la desvergüenza tomaba mi posesión con tanta fuerza, cobrando arrogancia con lo que enseñaba a Eudemio, que [fol. 135r] estoy con gran temor, aunque entendí ser falso desde el principio, y espántome de que Eudemio no esté con el mesmo o con mayor temor que yo, pues conforme a esto juzgad vos que tales deben de quedar los ignorantes que aprenden de ellos no conociéndolos.

Efectos de la falsedad.

Paréceme que nuestro señor os trajo a tan buen tiempo para que, oyendo vuestras razones, desterrase de mí el engaño de todo punto, las cuales

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

si puedo no perderé, aunque con dificultad habrá retención de ellas, habiendo precedido tantas malas, porque lo que es más malo y está más lejos de la verdad y toca menos a la virtud se nos asienta mejor, y es más perpetuo siempre en nosotros.

Lo peor arraiga con más eficacia.

Menester he reducirme en mi habla. Perdido estoy. No se qué me haga, que me parece que tengo la cabeza como si me hubiera taladrado con la propria necedad, ¿qué será de mí si me oye gente discreta algunas de las palabras arrogantes que en la memoria me quedan, o por descuido hago alguno de los movimientos feroces que el maestro hacía, no queriendo yo hacerlo? Porque no puedo dejar de haber visto y oído. Pero lo que me consuela en medio de tan gran fatiga es que en esta jornada he ganado el entender lo poco que se sabe en las armas, y lo mucho en la charlatanería y engaño por falta de razón, y menos en la valentía por la abundancia que hay de desvergüenza y cobardía. Y pues sabéis esto mejor que yo y estáis más experimentado, decid lo que de ellos sentís, porque no piensen las gentes que mis quejas salen de alguna liviana ocasión.

Por ser ignorantes los profesores se desacreditan las artes.

Eudemio –mucho siento en verdad traer de nuevo a la memoria cosas del vulgo, porque me tienen muy ofendido sus abominaciones y por eso holgara poder rehusar esa empresa, mas, pues lo mandáis, quiero hacerlo de vo- [fol. 135v] -luntad antes que me fuerza a ello el respecto que os tengo.

La esgrima es nombre afrentoso.

–Sabed por mi mala suerte que, entre muchas cosas a que me incliné, fue una la destreza de las armas, a quien el vulgo llama esgrima, nombre indigno de oídos acostumbrados a honra, y púsela por obra las veces que se ofreció. Y para mejorarme en ella comuniqué con algunos hombres no examinados, lo cual tienen unas por felicidad cumplida y otros por grande injuria, salvo que los que digo del mucho uso sabían menear la espada con más desenvoltura que los demás. Y tenían algún nombre en el vulgo que con ser reo se hace más juez, y levanta a los autores de las cosas sin tener por qué, más por su gusto que por razón, con los cuales pasé algún tiempo hasta que la verdad me dijo que no me fiase de palabras de nadie ni creyese las opiniones del vulgo, porque siempre por la mayor parte es vario y arrogante y enemigo de la razón, principalmente que estos afirmaban con juramento que eran muy diestros. Y no contentos con esto se me vendían por valientes y, como los enemigos de la verdad y de los buenos, mienten fácilmente. Solicitaban cuanto podían que las verdades conocidas y averiguadas se redujesen a opinión para confirmar sus mentiras. Y todo lo que trataban en su loor era falso y engañoso y de fingidos fundamentos disimulados con arte de perspectiva, que de lejos mostraba cierta sombra de verdad.

La infamia de ser examinado en armas.

El vulgo es reo y se hace juez.

Nota la invidia vulgar contra hombres principales.

Nota de la perspectiva.

–Pero en determinación tan peligrosa no quise fiarme de ellos y tomé a la experiencia por guía, entendiendo que ella me enseñaría la diferencia que había entre la destreza de los unos y la manera áspera de vivir de los otros, y cuáles eran los verdaderos diestros y cuáles no lo eran y lo parec- [fol. 136r] -cían, y de estos contrarios tan diversos formar un compuesto en la destreza del modo que se hace el antídoto de muchos contrarios. Que puesto cada uno por sí hace diverso efecto que el otro, y se constituye de ellos una mixtura que no es semejante a ninguna de las que consta, pero toma de todas la propria fuerza, y queda hecha una cosa sola de las muchas a ninguna semejante, de

La experiencia desengaña.

Cómo se hace el antídoto.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

manera que si alguna de las partes quisiese reducirse a su antigua especie, con dificultad lo haría. Y volviendo a la disciplina de cada uno por sí, después de haberme puesto en sus manos, fue como ponerme en las del demonio, pues uno de ellos dijo en secreto que no me afirmase la espada alta, y en público que no reparase.

La confusión de los diestros afamados.

–Y lo que me admiró mucho fue que esto mesmo fundaba su destreza en necesitar al contrario que reparase y del reparo sacaba la herida, y en tirándole alguna, formaba nuevos reparos, pareciéndome que lo que mandaba aborrecer de todo punto los escogía para sí.

Opinión de los más diestros.

–Pero otro contrario de este me persuadió que no tentase la espada por de fuera, sino que hiriese siempre con acometimiento. Pero otro me dijo que dejase consejo tan perdido y que tentase la espada con la punta de la mía, con tal que esperase que el contrario sacase la suya, para que yo pudiese herirle poniéndome la destreza en condición, de tal suerte que si no venía el contrario a sacar la espada por la parte que el maestro me había dicho me quedaba indeterminado con mucho miedo y riesgo en el peligro. Pero otros más discretos me persuadieron que no metiese en dos cosas tan diferentes, como es meter el pie y herir, y admireme grandemente de esta razón [fol. 136v] y dejé de hacer lo uno y lo otro porque la costumbre no me pusiese en obligación.

Opinión de los más estimados.

–Dejo a una parte las disputas y porfías que tienen unos con otros, que será cosa larga de contar por decir lo que me pareció más monstruoso y fuera de toda razón. Que hablando cosas contrarias los unos de los otros, cada uno traía argumentos invencibles al parecer, juzgados por la superficie, de tal manera que al uno que decía ser más flaca la punta de la espada que toda la cantidad, ni al otro que lo contradecía y probaba ser la mesma flaqueza. Yo no les sabía argüir. Al contrario, aunque conocía manifiestamente no ser posible que una mesma parte de la espada fuese juntamente flaca y fuerte, aunque se tuviese respecto a la mudanza de las posturas que causan diversos centros, como tampoco es posible que una mesma cosa sea caliente y fría juntamente, salvo que entendía de esto que no hay causa por evidente que sea que cualquiera la pueda contradecir, de manera que me aconteció con estos representantes lo que suele a los que, muy cansados, están durmiendo. Que unas veces inclinaba la cabeza a una parte como si afirmara y otras veces la volvió al otro lado como si negara. Porque no se ha de porfiar con ignorantes.

El desconcierto del vulgo.

No hay causa que no se pueda contradecir.

–Y lo peor de todo es que aquellos que mandaban no reparar, como sabían poco y de lo que sabían, nada era verdad. En ofreciéndoseles coyuntura, no se valían de otra cosa ni se abrazaban con otra defensa. Y vide también aquellos que me habían dicho antes que era lo mejor esperar, retraerse en riñendo con un deseo insaciable de huir. Notad cuan mal podrá enseñar a esperar a otro quien escoge para sí el huir por mejor. De donde entiendo que lo que en el peligro pierden el arte cuando llegan a él llevan [fol. 137r] también perdido el ánimo, que es el fundamento de ella.

Lo más ordinario entre los diestros.

Definición de la destreza vulgar.

–Cierto os digo que yo tengo vergüenza de confesaros del todo la verdad en la destreza, porque toda ella es una confusión compuesta de varios desconciertos. Y a lo que yo entiendo, lo principal de tan contrarias opiniones ha sido más por ostentación aparente de los vulgares que por ciencia cierta esencial, así que por falta de buenos maestros se pierden grandes acciones de saber. Y pues se ha de decir todo y es confesión general, también yo era diestro

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

y tenía ya puesta piedra en el edificio de la fama, y ganela de una suerte que os admirara.

–Y fue que, para acreditarme con la gente y usurpar algún loor, me puse un día en contemplación por sacar qué remedio tendría para ser estimado más que lo ordinario y, conociendo yo la inconstancia del vulgo, hallé por mi cuenta que si solamente decía cosas comunes en destreza y acostumbradas entre la gente vulgar y que si mis preceptos no fuesen diferentes de los que tenía ordenados el vulgo, como dice Luciano que hacían los sofistas contra los filósofos, que no habría en mí cosa extraordinaria por la cual me loasen los hombres y viniesen admirarse de mi destreza y habilidad. Y persuadíame a ello porque con la mesma industria me habían otros persuadido a mí lo proprio, aunque es verdad que esto jamás lo pude acabar con mi conciencia. Antes ningún verdugo pudo haber más cruel para nadie que ella lo era para mí, sirviendo de mil testigos.

El que fue engañado procura de engañar.

–Así que cuanto más extrañas mentiras levantase a los hombres señalados y más peregrinas y aun más vanas tretas propusiese a las gentes, tanto más había de ser estimado por nuevo y venerado entre los cuerdos del vulgo por más admirable, el cual como [fol. 137v] invidioso de lo bueno y nunca merecedor de gozar, lo huelga de obscurecerlo con mentira y desechar la verdad por las falsas novedades que les introducen los engañadores.

El vulgo es invidioso de lo bueno y no para imitarlos.

–Y confiándome yo de mis palabras, determiné de hacer una nueva y señalada destreza, el fundamento de la cual fuese oculto y dudoso para que, echando los ignorantes seso a montón, como dicen, y adivinando los unos una cosa y los otros otra, de todos juntos me vengase, viendolos atónitos y embelesados. Porque no basta que la destreza sea verdad, lo cual no era la mía, pero requiérese para comprenderla mucho entendimiento y para obrarla uso, diligencia, presteza y ánimo. Y todo esto aprovecha poco si el que la profesa no es prudente para usar de ella en su lugar, y otras muchas cosas que yo ignoro convenientes a su perfección. Veis aquí la idea que mi entendimiento tiene de la destreza común y mirad bien quien son los vulgares, pues a mí me celebraban por muy diestro, y me creían las fábulas que levantaba y negaban las verdades que los otros contaban como testigos de vista.

Las partes que ha de tener el diestro.

Phylandro –Grandemente me admira lo que habéis contado y más lo estoy de lo que permanecen en sus malas costumbres y falsa destreza, y de que un hombre de vuestra discreción, siendo tan noble, se haya en algún tiempo igualado con el vulgo. Pero bien es que hayáis entendido en ese discurso que de buenas ciencias proceden buenas costumbres y de las malas lo contrario, si acaso no ha sido representación de alguna persona lo que habéis tratado en vuestro nombre.

El oficio del invidioso.

Meliso –Ya que Eudemio y Polemarco abrieron la puerta a lo de la destreza y han descansado, refiriendo lo que saben de los falsos diestros, bien será que lo que yo he visto lleguen a juicio como los [fol. 138r] demás, porque no son menos arrogantes, pues que siendo tan vanamente valientes burlan y dicen mal de aquellos que son diestros, porque no quieren parecerlo. Verdad es que dice Platón que no se ha de hacer caso del que sin saber mucho de todas cosas alaba o reprehende, presumiendo estos no ser en destreza de lo que no hay apariencia.

De buenas ciencias salen buenas costumbres.

Otra secta de diestros afamados.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Y para hacer ésta ellos más a su salvo juntan mancebos que, por la tierna edad y poca experiencia, se dejan fácilmente engañar de palabras, con las cuales persuaden aquel grande y celebrado nombre de valentía, que por mucho que algunos lo procuran no así livianamente se les concede a todos los que pretenden ser contados en su número, como dice Pontano. Y como la peor destreza se arraiga con más eficacia, no conocen que las tretas que les enseñan van llenas de una falsedad dudosa, para que puedan torcerlas a una y a otra parte, de manera que si por la una no les acude como quieren, acogense a la otra.

El vulgo es amigo de apariencias.

A muy pocos es concedido el nombre de valiente.

Y así hallé el yerro de la destreza en muchos y en ninguno la enmienda. Pero, aunque yo fuera Marco Crasso no pudiera decir de riza las disculpas que buscan cuando huyen embriagados de la cobardía, y mucho blasonar de destreza, no pudiendo llamarse diestros con verdad el que para sí no lo es. Y lo que me tiene más enojado de ellos es el desdén con que tratan las cosas que hacen los otros, y las faltas que les ponen para que no vengan a estimarse como lo merecen ni parecerlo que son, llamando en sus corrillos diestro apocado al que no sabe conforme al vulgo. Mas lo que yo tengo por más grave es que, no sabiendo estos nada ni pudiendo nada ni valiendo nada para el aumento y provecho particular ni público, están en las ciudades como fanfarro- [fol. 138v] -nes inútiles a la república. Se levantan contra los que siguen virtud acusándoles con mentira.

Marco Crasso nunca se rio.

No es diestro el que para sí no los es.

Los esgremidores son impertinentes a la república

–Y ha llegado la disolución de su maldad a tanto extremo, que aquel es tenido en más y estimado entre ellos por mejor que tiene menos vergüenza y es mayor murmurador de lo bueno, pues sin falta es así. Y se hallará en ellos mayor mal cuando los traten que el que se promete con la relación. Razón será que tan abominable género de bestias sea aborrecido de todos nosotros y puestos en la noticia de todos los cristianos con estos escritos para que, advertidos de estas maldades, les huyan el cuerpo. Esto digo por más fácil remedio como quien tiene experiencia del daño, así que determiné para satisfacerme bien de esta disciplina ganar las voluntades de estos arrogantes pomposos y soberbios. Porque es verdad que, antes de tratarlos, yo no podía pensar que los autores de las tretas eran tan sin juicio que ordenasen cosas tan contrarias entre sí.

El premio de la valentía vulgar.

El fin para que se han declarado sus maldades.

–Estando pues dudoso en este caso, intenté rogar a estos que tienen usurpado el nombre de diestros, que usando de mí a su voluntad, pero no en todo lo que ellos la usaban, me enseñasen alguna destreza cierta para estimarla. Porque, como dice Pyndaro y otros, el precio verdadero de las cosas consiste en la falta que hay de ellas. Me determiné inconsideradamente como mozo, ignorando por cierto que de la playa iba a echarme en medio del golfo, y del humo en medio de la llama, porque, notando después el término de esta gente, hallé entre ellos ríos más caudalosos de ignorancia y más dudosas tretas que entre los demás bárbaros que había tratado. Y cierto que luego que conocí tan desconcertada variedad, di gracias a Dios y juzgué por un siglo dorado, y tuve por vida dichosísi- [fol. 139r] -ma la de los que ignoran de todo punto la destreza en comparación de estos soberbios arrogantes. Y lo que os hará agora reír más, y a mí se me hacía, entonces más pesado era, que no pudiendo concordarse los unos con los otros en cosa alguna, enseñaban todos tretas contrarias las unas de las otras y procuraban con grande diligencia

A epítetos del vulgo.

El estado más dichoso es el de los que ignoran la destreza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

rendirme el crédito, trabajando cada uno por sí que sus opiniones fuesen mejores, casi forzándome a tenerlas por más verdaderas que las otras.

–Y para que os sea manifiesto el argumento de su grande ignorancia hablando todos cosas tan contrarias, como oís, ofreciéndosele más dudas siempre al que más sabe, pero estos como lo saben todo en ninguna cosa la tienen. Y lo peor es que se ponen con tanta cólera contra la gente ignorante, que quieren en todo ser vencedores de palabras sin dejar para alguno que lo merezca de obra lugar de victoria.

El que más sabe duda más.

Phylandro –Por cierto que a mí no se me hace cosa nueva oír eso, porque los he visto buscar los tejedores conforme a la hilaza de que hacen sus tramas, y sé que son como los que entran en farsas que según la oportunidad de la obra, representan unas veces la persona de Achiles y otras la de Marte y las más veces la de Ulises y la mesma persona, si viene a cuento, que poco antes había imitado la persona de Júpiter. Sale después hecho esclavo de quien en ausencia fue señor porque lo mandó así el autor de la obra, pero cuando es acabada la fábula y está cada uno despojado de aquellas ropas bordadas, y desamparada la persona fingida que antes representaba, redúcese a su pobre y humilde vestido sin ser más el dios Marte, sino un cobarde vulgar.

El vicioso se vale del vicioso.

De la manera que son los cobardes.

–De la propria manera juzgo a los fan- [fol. 139v] farrones que decís que mientras andan en la representación de sus mentiras danse unas veces a entender que son valientes. Y como lo imaginan, quieren por pleito sacar el crédito a la gente con sólo el Fausto que representan, pero cuando alguno que los conoce bien los derriba de aquella vana presunción, como ha acontecido. Luego al punto se convierten en lo mesmo que eran antes, que se persuadiesen a tal engaño para no ser más valientes ni diestros porque lo mandó así el miedo, que es el autor de sus fábulas y el señor de sus corazones, y también porque en las veras se destruye el artificio.

Al miedo obedecen los cobardes.

Eudemio –Por cierto que habéis dicho una cosa que me contenta en extremo y que viene al igual con el trato de esa gente que tan sin fruto ni propósito ha querido manchar con sus mentiras la disciplina militar y alterar con su cobardía la fama de la destreza. Pero lo que yo de todo siento más es que la han puesto en tal bajeza, y a los profesores de ella en tal estimación que los que más la tratan agora son los hombres más abatidos en la república, y esto es de manera que para diminuir la autoridad de una cosa, si por ventura quieren encarecer su vileza, dicen que está como casa de esgremidor donde comúnmente se halla la mesma bajeza.

Los que profesan armas son menos estimados.

Polemarco –En eso veréis la pena que merecen los diestros y aun yo por haberlos sufrido algún día. Y puesto caso que tengo ya desamparado el hombre que entonces traía en la imaginación, no por eso quiero librarme de la pena, ni tampoco me siento sin culpa, porque no es cosa justa que el que se dejó engañar de ellos tantas veces quede sin castigo. Y lo que me admira más agora es el cuidado que ponen en encubrir la verdad y la rabia con tratan de los mejores, siendo sus mal- [fol. 140r] -dades tan abominables que los trae señalados en toda la ciudad. Porque su oficio no es otro sino persuadir con testimonios falsos lo que no pueden con verdad, incitándolos por una parte el dolor de la honra que se da a los que por sus obras la merecen, y de la otra sus depravadas y resfriadas conciencias, aunque en este caso más puede uno con sus malos pensamientos, dándose a entender que no puede haber destreza tan cierta como la suya ni verdad tan aprobada en la tierra como quieren que

La bajeza de los esgremidores.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

sea su mentira y falsa destreza. Y así lo pleitean, salvo que los testigos que juran en su favor tienen las espaldas y las caras pespuntadas y están hartos de reniegos. Y agora que conozco la calidad de estos, no me espanto porque cuanto más ilustres fueren las virtudes de uno, tanto más osadía tiene la invidia en el malo para violar la verdad.

Los testigos que presentan.

Meliso –Parece que cada hora se os hace nuevo el desatino de los diestros. Pues yo os digo que los que sin pasión consideraren su vanidad verán claro cuán poco seso tienen para hacer cosa de ellos, ni aun para lastre del mundo. Y cierto que si no lo viera, no me atreviera a creerlo, porque está tan fresca la ignorancia en los más antiguos profesores de la destreza, como está en los tiernos ingenios que, sin saber el mal que aprenden, se entregan a los bárbaros maestros que de la primera lección los publica por muy diestros, y les infunde la destreza que tienen, y dicen verdad que entonces tan diestros están como él que los enseña.

La ignorancia del vulgo siempre es de una manera.

–Porque no tienen cosa alguna que sea cierta, ni que por algún camino pueda tener rastro de verdad, sino todas las cosas que hacen son de conjeturas y guíanse por ellas. Por lo cual tengo por hombre ignorantísimo al que es tan ciego que obedece los preceptos de estos que, si son verda- [fol. 140v] -deros o falsos, los mesmos dueños carecen de este conocimiento. Y esta es la causa a mi parecer, porque ningún hombre de entendimiento ha querido bajar su juicio a creerlos. Y si alguno lo ha hecho ha sido persuadido de sus falsas palabras, como me persuadían a mí negando los unos la destreza de los otros.

Los mesmos diestros ignoran lo que enseñan.

–Pero hallándome yo en este riesgo, dije muchas veces ya tenemos falsa la destreza por parte de los unos y de los otros, porque está dividida en opiniones y síguese cada uno de los profesores más por su albedrío que por la verdad. Y así andan los unos más por contradecir a los otros que por sustentar razón.

La destreza es toda opiniones.

–Aunque por otra parte se me representaba que ningún hombre puede juzgar rectamente de sus proprias cosas por tenerlas cerca de sí. Y de la manera que la vista no puede distinguir una cosa si se la acercan tanto que estorbe el acto de los ángulos, y cuanto más se la van apartando tanto mejor se deja comprehender, principalmente si la ponen en tal medio que la virtud de la potencia sea capaz del todo y de las partes. Así entiendo que no juzgamos bien de nuestras proprias cosas por tenerlas tan junto, lo cual hacemos mejor si aquellas mesmas ponemos en otro hombre, y las apartamos de nosotros donde no nos ciegue el amor proprio. Porque la naturaleza humana es de tal calidad que en lo ajeno es siempre juez más recto si no se funda en invidia.

Nota la calidad de la vista.

En lo ajeno somos más rectos jueces.

–Y por esto, viendo entre los diestros tanta variedad, determino no dar crédito a nadie, pues si a ninguno que será de la pobre destreza viendo que todos se atribuyen la gloria de ella, sin dejar lugar para alguno que la merezca. Pues si a todos había de creer, no eran igualmente diestros, porque cada uno por su parte tenía por falsa la disciplina del otro, y los que des- [fol. 141r] -seaban que una cosa no fuese verdad, porque no se pareciese su mentira, nunca contaban los hechos ajenos como pasaban realmente, o los publicaban por invenciones viéndolos tan espantosos que no se dejaban

La invidia.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

creer. Y de esta suerte comenzó a parecer la destreza de todos acerca de mí, la cual ha llegado a estado tan miserable que ni de ella se puede tratar sin mucha afrenta, ni tampoco profesarla los hombres nobles sin conocida perdida de su estimación.

El estado miserable a que ha venido la destreza.

Polemarco –Mucho me admiro de vos, siendo tan anciano en la experiencia, que ignoréis al fin de tantos años de trato que los tiene todos tan ocupados la ignorancia, que no solamente no entienden las cosas buenas, pero tampoco oyen las palabras con que se dicen, aunque con graves razones les taladréis los oídos, porque los tienen tapados como los compañeros de Ulises. Pues verdad, razón o virtud es pulla para ellos. Y por eso proseguir adelante en avisarles cuan grande es su ignorancia y en advertir al mundo el daño que hacen a la república paréceme tiempo perdido y cosa escusada, porque muchas veces he notado a los diestros justos y apartados del vulgo, y veo que se ríen de todo lo que enseñan sus mesmos discípulos, y luego por otro cabo hacen burla de los que no son como ellos. Y están tan desacordados, a lo que yo entiendo, que ellos viven en pena entre los discretos a quien llaman ignorantes. Pudiendo sentir esto con más razón, ya lo veis aquellos por quien lo dicen y que sea esto tan admitido en la república y tan consentido de la gente principal, sin ponerle remedio por alguna vía, que no solamente no los quieren reprehender. Pero algunos les loan las maldades que emprenden teniendo por atrevido al desvergonzado y por suerte al loco, y con e- [fol. 141v] -sto y con perdonar la justicia mucho a los malos, hace perjuicio y ofensa a los buenos, según dice Platón.

El vulgo es sordo para la razón.

El vulgo es loco.

Eudemio –Verdad es que algunos de ellos han usurpado el nombre de la destreza y valentía secretamente, porque han perdido la honra públicamente. Pero es bien que duran poco con la máscara y apariencias porque, como sabéis, las cosas violentas no pueden ser perpetuas, y lo que decís de algunos charlatanes que con aparente destreza y fingida valentía hacen entre la gente grandísimos insultos, niego ser consentido del consejo y autoridad pública, sino cada uno, teniendo respectos a su particular ganancia, aunque a la verdad deshonesta, se atreven a engañar robando. Pero cuando la gente desengañada los coge entre manos, luego al punto les saca en público la hilaza de la cobardía. Pero había de estar en el albedrío de estos castigarlos, pues solamente merecen por lo que hacen errar a todos.

El cobarde dura poco con la máscara de valentía si no es discreto

Nota

Polemarco –Sabéis que me daba contento, cuando me hallaba entre los bravos, ver algunos que hay más cuerdos y templados en sus mentiras, tanto que con dificultad se hecha de ver su cobardía viviendo una vida muy reposada ajena de enojo y alboroto, sin ceñir espada, donde no se puede conocer cuáles son las obras de aquellas palabras concertadas tan artificiosamente, como tampoco podéis conocer en el tiempo de bonanza y serenidad cuál es el buen piloto o el malo, de manera que será necesario hallaros en la tempestad para que del todo lo conozcáis.

Otra suerte [de] bravos.

Phylandro –Agora acabaréis de ver el trabajo de esta obra, y estimaréis bien su dificultad, porque yo que lo he visto todo conozco desengañadamente que para poner en arte una [fol. 142r] cosa que tan sin ella estaba, y para sacarla de entre la gente vulgar ha convenido usar no solamente de fuerte razón, pero de científicas demostraciones confirmadas con la experiencia en las veras, inventadas todas por el autor, sin tener de quien ni aprovecharse de cosa alguna para la arte, como se pueden los

En todas las ciencias hay quien imitar.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

hombres aprovechar de las demás ordinarias. Porque, dejando a una parte la teología, quien es tan arrogante que si ha de escribir dialéctica o filosofía no lee muchas veces a Platón y Aristóteles; y si acaso ha de tratar de retórica o oratoria deje de seguir a Demóstenes, Hermógenes, Cicerón, Quintiliano o a Juan de Malara; y si quiere profesar medicina, que no se le acuerde que hay Hipócretes y Galeno; y si ha de escribir poesía que no siga a Homero y mire a Virgilio, o a Fernando de Herrera o a Garcilaso en español; ni habrá ninguno tan advertido que si ha de preciarse de astrónomo en sus obras no estudia en Proclo o Arato; y si quiere darse a astrología que no procura ser familiar de Julio Firmico o de Hierónimo de Chaves; y si ha de ser cosmógrafo que no vea muchas veces a Ptolomeo; y si ha de escribir geografía que no relee a Pomponio Mela y a Strabón. Pues nadie hay tan agudo que si se da a geometría que no procura entender a Euclides; y si quiere ser aritmético o músico que no se aficiona a Georgeo Valla y a Boecio; y para perspectiva a Vitelio corregido.

Filosofía. Retórica.

Medicina. Poesía.

Astronomía. Astrología. Cosmografía. Geografía. Geometría. Aritmética. Perspectiva.

–Finalmente, no hay cosa hoy de las criadas que el ingenio del hombre quiera poner la mano que no halle muchos que abundantemente le dé ripio a ella, como dicen. Pero en esta obra en quien nunca nadie la ha puesto si no ha sido para destruirla, veréis claro la excelencia de su invención y más os admirará si consideráis lo mucho que ha sido entre tanta gente invidiosa, [fol. 142v] y peligros sucedidos sacar a luz esta parte de la destreza en quien no solamente no ha habido alguno que se pueda imitar, pero ha convenido huir de todos.

En la destreza no ha habido a quién imitar.

–Y por eso, hallándose Charilao metido en una confusión tan extraña sin poder reducir a orden ni concierto por alguna vía, pareciéndole obra de ingenio perezoso contentarse con lo que otros habían inventado en las ciencias, acordó de hacer la fábrica de su pretensión y perfeccionarla con el discurso del tiempo. Sólo el favor de Dios, que es el verdadero amigo y el que paga al que lo es suyo mejor que le sirve por bien que le haya servido, y así poco hizo con la experiencia su zanja y hechó los fundamentos más firmes que tienen las ciencias y, juntos los materiales y puesto cada cosa en su lugar, formó el edificio de la destreza. Y no contento con darle los fundamentos verdaderos, por pagarle lo mucho que le debía, la matizó con la riqueza de las otras artes y hase tardado en la publicación así, porque ninguna cosa grande se puede hacer en poco tiempo como porque el solo fue el oficial especulativo y él practicó muchos años, él solo crio los partos de su entendimiento hasta que pudieron andar en sus pies. Y hallaréis tanteadas las medidas de las armas con tal diligencia que no podéis perder esperanza vos ni sus amigos del buen fin en todos los libros de la destreza, dándole a Dios vida.

Por los invidiosos.

La experiencia es la zanja de la destreza.

La dificultad de esta invención.

–Por eso, Eudemio, esforzad el deseo que con brevedad lo veréis cumplidamente porque no quiso Charilao gastar la vida perigrinando el mundo, lo cual ni él pudiera hacer sin gran molestia y trabajo, ni después de hecho le sobrara tiempo, según la brevedad de la vida, para [fol. 143r - erróneamente: «139»] poner en escrito lo que aprendió con sola la especulación del entendimiento, experimentándolo en las veras con mucho riesgo, y con ello aprovechar a las gentes, porque le pareció obra de ingrato no hacer a los hombres participantes de tan gran bien como es el que trae consigo la destreza a quien rige prudencia y razón, principalmente estando comprobada con la verdad de tantas ciencias. Y aunque con sola su doctrina pudiera poner en obra lo que deseaba y por más cierto camino que los otros,

El mejor maestro es la experiencia.

La prudencia y la razón siguen a la destreza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

todavía por seguir el consejo de san Jerónimo, como poco arrogante no confiándose de lo que sabía, por no errar algo en negocio tan importante, quiso también, como vosotros, ver diversos diestros para notar de ellos cosas diferentes de ver si pudiera de todos ellas elegir, o por mejor decir de las cosas notables y dignas de ser admitidas por verdaderas de las que en cada uno se hallasen, establecer algún principio que fuese cierto, el cual hiciese el edificio de la destreza en lo aparente dulce y en lo esencial firme, creyendo imitar en esto la industria de las abejas que de varias especies de flores, así de sabor y color como de olor y virtud, forman miel, licor que no puede ser imitado.

Como es verdadera la destreza.

–Pero ha sido tan grande la tormenta de los bárbaros que nunca halló cosa entre ellos que con razón se pudiese estimar. Y por eso no quiso gastar tiempo en considerar la ignorancia de los diestros ni enmendar sus yerros, porque después no le faltase el que había menester para poner en obra una cosa tan difícil al ingenio y tan incrédula para los entendimientos. Y ha querido Dios que acertase de tal manera las demostraciones que, viéndolas los hombres tan espantosas, unos lo juzgaban por encantador y otros le daban [fol. 143v] graciosísimos epítetos.

Nota.

La dificultad de la destreza.

–Y estad de buen ánimo, que una de las cosas a que se ha tenido atención ha sido extirpar y sacar la destreza de poder del vulgo y ponerla en el de los hombres sabios, y de áspera e intratable reducirla a razón cierta, fuera de aquellas sofisterías vanas que vistes en el diálogo pasado, porque, estando la destreza en lugar tan alto, se deje menos alcanzar y la traten con más respeto que hasta aquí. De mí os hago saber que soy tan incrédulo que no solamente no creí verla puesto en razón, pero en demonstraciones matemáticas como agora está. Nunca me pasó por la imaginación verla porque, considerada la una y la otra, hallaréis que la verdadera destreza está despojada y lejos de las circunstancias que tiene la de esos vulgares constando de teórica y práctica, y la corrupta destreza de práctica sola. Y bien sabéis ya que la teórica es la razón y causa del efecto que hace la treta, porque donde hay efecto ha de preceder causa y razón. Los esgrimidores no son gentes de razón. No os espantéis que no funden la destreza en lo que no tienen. Treta no es otra cosa que un pensamiento y concepto del ahinco puesto en práctica con su demostración. Quien fuere hombre más discreto y de mejores pensamientos, cierto está que hará mejores tretas y más perfectas, y quien tan malos pensamientos tiene, como esos, siendo hombres que nunca levantaron el entendimiento un dedo del suelo, harán tan malas tretas como ellos son.

La destreza está en arte.

Las dos partes de la destreza verdadera.

Definición de treta.

Cada uno inventa como tiene entendimiento.

Eudemio –Pues yo he sido causa de todo lo que el maestro dijo, quiero buscar remedio en quien comenzó a darlo, y sacaré de esto, a lo que creo, gran provecho para la práctica que tengo de las armas. Y vos, Polemarco y Meliso, aunque estáis adelante en todas las profe- [fol. 144r] -siones, hallaréis gran contento en ello. Por eso, Phylandro, pues Charilao primero y después vos, comenzastes a declarar alguna parte de lo mucho que sabéis, y nos avisastes cuan mala es la destreza que comúnmente se trata de que ya todos estamos desengañados, y distes a entender con demostración que si alguna vez aciertan por yerro que es causa de ello el descuido del contrario. Y sabemos ya cuan lejos está todo ello de la razón y los esgremidores de confesar verdad.

–Descubrid del todo a vuestros amigos cuál es el camino cierto de la verdadera destreza en la cual, aunque no estoy tan ignorante como solía ni como otros que piensan saber mucho, no estoy tan cierto como es menester. Y yo querría por culpa vuestra, que tantas veces habéis prometido de

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

declararme algunas particularidades de las que sacastes de los borradores de Charilao. Y quiero que sepáis que no lo pidiera a otro que a vos, porque entiendo de vuestra libertad y poca arrogancia que nos diréis la verdad en la teórica sin querer engañarnos como han hecho los diestros vulgares en la práctica.

–Y declaradme de camino, que deseo saber, el por qué en ningún tiempo han enseñado estos conforme a razón para que los hombres discretos y de buen entendimiento se aficionasen a la destreza, sino que han tratado las armas de manera que solos los ignorantes juzgan de ellas con libertad, y esto conforme a la invidia en sus rincones, y aun allí con miedo de que la falsedad no se declare, que tiene grande entrada en ellos. Y pues con alabarnos tanto esa doctrina nos habéis puesto a todos con extraño deseo de alcanzar algo de ella, obligado estáis a decirnos el camino que hemos de llevar para llegar a entender particularmente lo que es destreza si [fol. 144v] queréis cumplir con la obligación en que ponen las palabras al hombre principal.

Los ignorantes se han levantado con la destreza.

Phylandro –En extremo me huelgo de oíros el descontento que todos tenéis de lo que muchos no lo están, y creed, Eudemio, que saben mucho más Polemarco y Meliso sin profesar la que esos que por allí andan colgados de la destreza con cuanto la tratan, pues han conocido cuan mala es, y esotros aun no comienzan a entender cuál es la buena. Y pues vos habéis hecho gran progreso en ella, bien será que pasemos a las cosas esenciales, y no trataré lo que preguntáis con los fundamentos y obscuridad que la dificultad presente no ofrece. Mas, teniendo atención a Polemarco y Meliso que, puesto que sean absolutos en sus estudios, están faltos de principios en la destreza, hablaré más claro para que ellos puedan con las fuerzas de sus ingenios comprender los que se tratare.

Eudemio –¿También nos diréis de camino en qué está el acertar o errar de las tretas cuando un hombre sabe la demostración?, que deseo grandemente saber lo muy particular de esta nueva disciplina.

Phylandro –Yo os digo, Eudemio, que como el vulgo es grande amigo de novedades que ha de holgar al principio con esta destreza, aunque después verá que no le conviene, porque, como es buena, quiere prudencia para obrarla. La mala que ellos profesan pide arrogancia y desvergüenza con palabras de gran ruido para dar a entender a los ignorantes otra cosa de lo que es. Y para que mejor lo entendáis, ya sabéis que no se puede dar herida sin espada, aunque esos cobardes la dan invisiblemente sin ella, porque la tienen templada de la manera que el anillo que halló Giges que, teniéndolo en la mano se dejaba ver y esconder cuando quería, según Platón.

El vulgo es amigo de novedades.

Nota lo de Giges.

–Y sabéis también que la [fol. 145r] herida se hace con movimiento largo, porque no hay movimiento en instante sino en muchos con sus partes. Agora pues, este movimiento o lo hace el brazo y la espada, o el contrario tocando con su espada en la mía, que es movimiento accidental y extraño. De estos movimientos de cuerpo, brazo y espada salen las que todos en general llamáis tretas y de estas resultan las heridas que son los efectos. Y mediante el cuerpo, que es causa principal, se hace y ejecutan luego este cuerpo, de do proceden todas estas tretas con la compostura de las líneas que arribe dije y más largamente veréis en los libros de la arte, que es su lugar.

No hay movimiento en instante.

De qué se componen las tretas.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–No se mueve siempre de una manera, porque cuando la materia es una y el movedor uno, de necesidad lo que resultare será uno y de la propria suerte. Si la materia fuere diversa, también lo que se engendrare será diverso, pero cuando la materia fuere una mesma, como la destreza, lo que se engendrare puede ser diverso, no de su parte, sino por la diversidad de los movedores. Así que si el movimiento puede ser tan diferente como veamos, sin saber la teórica, se podrán conocer que tales y cuales son las tretas ni la naturaleza de las líneas de que se contienen, síguese de aquí manifiestamente que quien no supiera que tales son los movimientos de cuerpo, ni entendiere el fin de cada uno, no podría saber la naturaleza de cada línea, ni tampoco entenderá el efecto donde ha de ser en el contrario con la treta y líneas, si no es a tiento y acaso, que es de do nacen los acaecimientos como los hacen todos los que enseñan. Y con razón diremos que los que carecen de esto no saben armas, pues ninguno ha habido que lo supiese, y así queda probado manifiestamente que ninguno es diestro y que fal- [fol. 145v] -samente posee el nombre. Antes se puede decir que lo tiene usurpado, porque no se han de llamarlos tales sino jugadores de manos y de pies.

Por qué se hacen cosas tan diferentes en la destreza.

Por qué nacen los acaecimientos en la destreza.

Eudemio –Pues ¿cómo, tratándolo tanto, saben tan poco de ellos, sin acertar sus tretas si no es con sus discípulos, porque los ensayan para ello, porque de otra manera tampoco, a lo que creo, les darían golpe?

Cómo se han de llamar de aquí adelante los diestros vulgares.

Phylandro –¿Cómo queréis que esos acierten lo que no saben?, aunque siempre lo tratan. Porque no sabiendo vos qué tan lejos está el cuerpo del contrario de vuestra espada, ni la contraria del vuestro, según los diversos perfiles y ángulos de las posturas con lo demás, porque bien sabéis que el estar incierto de una cosa pone temor al emprenderla. Y como dice Vegesio, ninguno teme hacer en el peligro aquello que confía haber bien aprendido. Porque quien ha de vencer no ha de combatir por suerte ni acaso más con arte. Y así el buen diestro ninguna cosa hace por acontecimiento.

Por qué se yerran las tretas.

El estar incierto de una cosa pone temor al emprender.

Eudemio –Bien está lo que decís, y muy bien parece que lo ataviéis con la autoridad de los varones graves, pero ¿cómo se sabrá eso?

Phylandro –Yo lo diré dándoos reglas con demostraciones infalibles para que conozcáis los cuerpos en sus perfiles y posturas metidos en un cuadrángulo, que agora no podréis entender del todo hasta que tengáis más conocimiento de estos términos. Y allí por los grados conoceréis cuántos tiene lo propincuo del perfil del cuerpo, estando en postura de la línea colateral del cuadrángulo, y cuántos lo remoto y conforme a la mudanza de los perfiles. Conoceréis si fueren circunferencias la graduación de cada una y, conforme a la pasión que trae, la línea del contrario, que se conoce por la figura del movimiento. Podéis aplicar la naturaleza de vuestra línea para que, con- [fol. 146r] -cordando en la harmonía, haga consonancia, o desviando o llegando el cuerpo conforme a la graduación que trae la circunferencia o entendimiento el fin donde enderezaré la espada.

El fin de la destreza.

Polemarco –Muy bien entiendo todo lo que decís, pero tengo un escrúpulo muy grande y es: ¿cómo podré yo, estando enojado, mirar de presto en tantas particularidades como antes dijo Charilao, y en las que vos decís de nuevo? Mirad que va la vida en un punto de tardanza o descuido.

Objeción contra la destreza.

Phylandro –Fácilmente os satisfaré, y sabed que la inteligencia de las tretas ha de ser como el consejo en las cosas arduas que se toma a espacio y se ejecuta apriesa. Y por que sea tan fácil como lo pedía, os pregunto si ¿cuando habláis, vais deletreando para hacer sílaba?

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Polemarco –No, sino, como se hace sílabas presto y fácilmente, compongo palabras y voy juntando. Y de las letras, sílabas y dicciones formo oración sin hacer alguna pausa, que no dejara de hacer si no estuviera diestro en juntar las sílabas para las dicciones y oración. Porque, como me han dicho el sonido que cada letra hace una con otra fácilmente, hago compostura de palabras. Y de aquí entiendo que, habiéndome dicho que tal es el movimiento y la naturaleza de las cantidades de cada línea, estando de espacio, cuando venga la priesa estando ejercitado en ello no podrá olvidárseme, porque de aquellas cosas nos acordamos más presto cuya causa sabemos y más continuamente tratamos, aunque los que se turban a la ejecución de las tretas ponen la culpa a la destreza y la quitan al diestro siendo de su cobardía.

Solución de la duda.

Phylandro –Ya es cosa averiguada que el ánimo del hombre es el ánima de la treta, y la teórica el entendimiento de ella, concordando los movimientos con el afec- [fol. 146v] -to del ánimo.

Nota de la pintura y de la geometría.

Meliso –Así es como lo decís, porque cuando me han dicho el valor de las cosas y la calidad de las figuras en geometría o en pintura, conforme al medio que tiene la vista, vengo a conocer y entender por reglas de perspectiva la diminución y el augmento de cada una. Y aun leyendo con los rayos visuales vengo a coger las especies de las cosas, juntando la parte, pronunciando la dicción y aprehendiendo el concepto todo en un punto, que si ignorara alguna cosa de ellas se requería tiempo ilimitado para todos. Así que, si me dijeren que estando el cuerpo en tal perfil y la espada en la postura del ángulo que me señalaren que el rostro está menos grados y espacio que el pecho, sabré sin pararme a medirlo encaminar la espada a la distancia de menos grados con movimiento que tenga menos partes que el del contrario, y le daré en un punto. Si esto es lo que habéis dicho, yo entiendo bien la solución de la duda de Polemarco.

Nota de la perspectiva.

Demostración.

Pylandro –Como no será menester pararos a contar de espacio siempre cuatro veces ciento cuántos son, sabiendo cierto que son cuatrocientos habiéndolos contado antes uno a uno. Y en esto se convierte la costumbre en naturaleza, principalmente si las tretas que os enseñaren igualaren con el afecto de vuestro ánimo. Porque de no ser así viene a sernos dificultoso lo que hacemos cuando va en contra la naturaleza de nuestro ánimo y contra la fuerza de nuestra inclinación. Y por esto hay un capítulo en la arte sobre que las tretas en poder ajeno pierden su libertad, haciéndose las mesmas cosas, pero no de la mesma manera.

Conviene que las tretas igualen con el ánimo de cada uno.

–Y así, en lo que toca a la destreza, está el yerro en muchos y la enmienda en pocos, y es cierto gran lástima. Que por no ser bueno lo que uno sabe, y si lo es, por no saberlo ap- [fol. 147r] -plicar, ponga el yerro de un mal diestro en peligro el merecimiento de muchos que realmente lo son. Y huelgo de veros sujeto a la razón. Porque hay hombres tan obstinados y perdidos que si se engañan con mentira no se quieren desengañar con verdad, de donde entenderéis cuan mejor es no saber que saber mal una cosa. Porque se borra con dificultad lo que se pintó en aquella tabla raza en los tiernos años cuando el entendimiento está cubierto con aquella ceniza de la ignorancia, hasta que la experiencia de muchos días viene a hacer prueba de su bondad y a soplar y descubrirlo.

Mejor es no saber que saber mal.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Polemarco –Creo eso muy bien y todos los discretos saben que la arte no pierde por ello, ni porque algunos usen mal de ella.

Nota la calidad de la destreza.

Phylandro –No pierde la destreza por el mal uso de los ignorantes, porque es como la piedra una que en cualquiera engaste tiene su valor, así que queda pura en cualquiera parte que la ponen. Porque no sea la destreza con los cobardes de otra manera que las plantas, que entonces son más fuertes y confirmadas en virtud cuando son plantadas en tierra fértil y gruesa, que llevan mayores y mejores frutos que si fuesen plantadas en tierra estéril y arenosa. Porque al fin la destreza está hecha ciencia y hanle todas las que lo son ayudado para serlo, como diremos adelante. Y los que de hoy más erraren en ella quedarán culpados y disculpada la ciencia, teniendo el diestro fuerza para el cumplimiento de sus actos y verdadero conocimiento de sujeto.

La destreza es ciencia.

Eudemio –Muchas dudas se nos ofrecen a los que en las cosas sabemos poco, principalmente cuando no hay noticia de alguna disciplina. Por eso no os admiréis ni enfadéis con la molestia que os daré por querer satisfacer a mi deseo de las que tiene, y de las que agora le pusistes de nuevo [fol. 147v] con el sujeto para saber debajo de cuál de las ciencias será bien poner la destreza.

Polemarco –Debajo de las matemáticas por lo que trata de demostración.

Cada ciencia tiene su lugar.

Eudemio –Bien lo creo así, pero lo que yo pretendo saber es debajo de cuál se ha de poner, pues es cosa justa que se le dé lugar como se les ha dado a las otras ciencias a esta que es tan calificada, pues hace hombres más calificados, no será justo que se quede sin él y, aun si fuere posible, darle el mejor de todos no se desdeñará de ampararla y recibirla según su grandeza y dignidad.

En qué conviene la destreza con la aritmética.

Polemarco –Por lo que yo hallo que la destreza trata de número y graduación de las distancias para saber los grados que hay de una parte a otra, que es de donde sale el conocimiento de los compases, para el repeto que se han de tener los unos movimientos con los otros mediante los números y grados de las circunferencias y líneas rectas, que es lo que hace al hombre enterarse en el conocimiento de los perfiles del cuerpo cuando lo consideramos metido en el cuadrángulo, lo cual conviene al número, siendo cosas todas tan esenciales, peréceme según la mucha parte que tiene en las armas que la destreza se podía subalternar a la aritmética.

En qué conviene la destreza con la geometría.

Phylando –Verdad es que por parte de la división de los movimientos de que se compone la proposición cuando los graduamos, que le conviene algo por ser el número cantidad discreta, pero no veis vos que la destreza trata más de la cantidad contínua, conviene a saber ángulos y líneas que terminan el espacio largo o breve que hay entre el un pie y el otro del mesmo hombre, y entre el pie del contrario y el mío, y miden también la distancia que hay entre mi espada y la suya, y entre las partes de su cuerpo y el mío propincuas o remotas y en el espacio que hay [fol. 148r] entre la postura del brazo y el perfil del cuerpo para la perfección de los ángulos y conocimiento de las cantidades de los movimientos, por donde con más justa causa puede la destreza subalternarse a la geometría, a quien tocan todas las particularidades de punto, línea, superficie, cuerpo, ángulo, triángulo, cuadrángulo, círculo, centro, y proporción.

Eudemio –Bien entiendo yo que la destreza trata de cantidad contínua y veo también que por las líneas y ángulos rectos o obtusos se han de seguir

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

los diestros para hacer verdadera la mostración, pero ¿qué aprovechará todo si el diestro ignora en qué lugar el cuerpo del contrario ha de poner los ojos para que, conforme al generalísimo de los movimientos de la espada, sea fácil la comprensión en el entendimiento y así mesmo la aplicación de la defensa o ofensa conveniente? Por donde me persuado que la destreza puede con razón subalternarse a la perspectiva, pues ella es la que enseña el sitio que han de tener las líneas visuales en la destreza, que son por donde vienen las especies de las cosas hasta el órgano de la vista sin ayuda, de la cual es imposible obrar cosa alguna en la destreza.

En qué conviene la perspectiva con la destreza.

Polemarco –Si queréis considerar en qué la destreza trata de la fuerza y flaqueza del brazo y de la que tiene cada perfil y sus extremos o medio y en el conocimiento de ellos por los músculos o murecillos, tendones o cuerdas que extienden y encogen las piernas y los brazos del cuerpo humano mediante los cuales se hace el movimiento voluntario, sabiendo que sin esto es imposible dar herida, más conviene a la destreza subalternarse a la anatomía, que es una parte de la medicina, que a ninguna de las referidas.

La parte que la destreza tiene con la anatomía.

Phylandro: –Por lo que ambos habéis dicho, tengo de hacer de nuevo verdadera, si pudiere mi [fol. 148v] imaginación, porque si es cosa averiguada que el conocimiento de la fuerza o flaqueza del cuerpo es el que hace la mayor parte en la ejecución de las heridas, no sé yo por dónde el entendimiento adquiere ciencia de ello si no es por la noticia que los sentidos le dan de la fuerza o flaqueza que traen los movimientos, que es siempre conforme al centro que tuvieron al formarse, con lo cual sabe el hombre a qué parte ha de mover el cuerpo, los pies, la espada, o todo junto para que los unos movimientos con los otros hagan harmonía y guarden el número sin confundirse, no llegando unos con más tiempo y otros con menos, porque cuando esto fuere al contrario se destruirá el ritmo, y no saldrá en su punto la harmonía que las proporciones tienen entre sí, porque como la consonancia se hace de puntos diferentes, conviene a saber el diapasón sobre la proporción dupla, y el diapente sobre la sesquiáltera. Así, ni más ni menos, la destreza hace su doctrina por los mesmos movimientos consonancias, ángulos, triángulos y círculos, todo lo cual enseñan la música y la astronomía en quien la destreza tiene la parte que veis para subalternarse a cualquiera de las dos.

Lo que la destreza tiene de astronomía.

Lo que sirve la música en la destreza.

Polemarco –Yo entiendo todo lo que habéis dicho sin que tan copiosamente lo hubierades mostrado, porque sé que la razón de ellos toca a la destreza en muchas partes. Pero la que a mi parecer toca al todo de las armas es tratar la destreza de la respiración y de la conservación del aliento, y de la cura que conviene a los afectos de los ánimos y del conocimiento de ellos por el color y la fisionomía, para con la razón subalternar la destreza a la medicina, a quien precisamente tocan estas cosas. Y pues todos hemos dicho nuestro parecer sin concluir ni quedar del todo satisfechos, pon- [fol. 149r] -gamos la justificación de ellos en el de Meliso, quizá el que ha tratado más tiempo las cosas de la filosofía. Mientras hemos hablado, tendrá apurado lo que toca a la subalternación de la destreza. Por eso, Meliso, decidnos ¿cuál de todos le ha dado lugar más convieniente a su esencia?

La parte que tiene la destreza en la medicina.

Lo que enseña la fisionomía en la destreza.

Meliso: –No es razón que me tengáis por tan desvanecido que crea vuestra lisonja. Porque ha dicho cada uno también su opinión y la ha llegado al cabo con tanta perfección que se pudiera muy bien quedar así indeterminado el negocio. Mas porque se ha de acabar lo comenzado y el

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

tiempo no da de sí lo que hoy le hemos pedido y cada uno ha puesto en práctica su parecer, quiero que salga también el mío, no para doctrina sino para que de todos se elija el más acertado.

Las artes son hermanas.

–Para lo cual conviene saber que las artes que tratan de la cantidad, a quien los griegos llamaron matemáticas, salen de una raíz y andan las unas subalternadas a las otras y son hermanas como las virtudes, porque aquella arte se dirá subalternarse a otra que contienen el sujeto de ambas. Lleguemos pues a tomarles cuenta, y comencemos por la aritmética y hallaremos que trata de la perfección del número y de sus proporciones, y que es de tanta excelencia que los pitagóricos juraban por el número cuatro, porque no hallaban entre los números más perfectos, conviene a saber por los cuatro elementos y por las cuatro calidades de las cosas, y por los cuatro sitios del cielo, junto con los cuatro tiempos del año. Y también lo hacía en honra de que Pitágoras fue el primero que la redujo a arte, la cual muchas veces veréis que considera las razones desnudas y apartadas de la materia. Y por lo que trata de la multitud, la llamaron algunos antiguos ciencia.

Qué cosa es subalternarse.

Nota el juramento de los pitagóricos

–Pero habéis de advertir que es la más principal entre las ma- [fol. 149v] -temáticas porque es la más simple y absoluta y aun la más abstracta de todas ellas, en confirmación de lo cual dice Aristóteles que la ciencia más cierta de todas y a la que se ha de dar mayor lugar es aquella que usa de menos y más ciertos principios. Tal es la artimética, como dice Boecio, en comparación de las otras matemáticas, de la cual ellas tomaron el ser que tienen, porque la música usa de tales términos que en el conocimiento natural extrínseco añade sobre sí los términos aritméticos, conviene a saber el tono sobre la proporción sexquioctava y el diapasón sobre la dupla, aunque los músicos prácticos por maravilla usan de estos términos, sino para entenderse fácilmente inventaron ciertos vocablos con que señalan los puntos del canto. Y subiendo y descendiendo con ellos hacen consonancias con las voces y lo que el músico teórico llama diapasón, el músico practico lo llama octava, y lo que llaman los teóricios diapente, lo llama el quinta, y al diatesaron, cuarta, y en los demás de la propria manera.

La aritmética es la raíz de las matemáticas.

–Así la geometría que trata de la cantidad contínua y de la proporción de ella y de las propriedades de las figuras dejemos agora de tratar, el cómo con razones abstractas y desnudas inquiere con el movimiento la cantidad de las cosas porque veáis los términos que tiene de la artimética, en la cual hallaréis que el punto es sobre la unidad y el triángulo sobre el número ternario. Y así por estas causas se prueba que la aritmética es primera que la geometría con más razón precedera a la perspectiva, que trata del color y de la luz mediante los rayos visuales que llaman y atraen las species a la vista.

La aritmética es primera que la geometría.

–Y hecha esta consideración con la mesma calidad precedera a la astronomía que [fol. 150r] trata de la medida de los cielos y estrellas, y de sus movimientos que por tratar de la magnitud del movimiento y aplicar la aritmética con la geometría para el tal conocimiento se subalternan ambas a la geometría, por la compañía que hacen con ella la perspectiva y la astronomía. Y el sujeto que se le atribuye a la aritmética es el número o la muchedumbre de ellos, porque número no es otra cosa que una congregación de muchas unidades, de suerte que la unidad anda siempre acompañada con

El sujeto de la aritmética.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

el número, aunque no es número, sino principio de el, como acompaña el punto a la magnitud, el cual es visible en cuanto es extrema de línea física.

El punto acompaña a la magnitud.

–Y también es visible la cantidad de la línea en cuanto es extremo de la superficie y lo grueso de la superficie es visible en cuanto es extremo del cuerpo, pero, entendiéndolo matemáticamente, ni la línea se puede hacer de puntos ni la superficie de líneas ni el cuerpo de superficies, porque los puntos son indivisibles y la línea tiene longitud y no latitud ni profundidad, y la superficie tiene longitud y latitud y no profundidad, pero el cuerpo tiene longitud, latitud y profundidad, de suerte que se sigue la geometría a la aritmética, de la manera que se sigue la retórica a la dialécitica por dos causas, la una porque la aritmética trata de cosas más simples y puras que la geometría y por esto será más cierta y primera arte. La otra es porque muchas pasiones de los números en la aritmética se adaptan después a las cantidades de la geometría y le verifican sus efectos, por cuya causa Euclides entretejió la aritmética con la geometría, la cual se divide en teórica y en práctica. La teórica considera la magnitud y la práctica trata de las medidas de las cosas corporales con arte e instrumentos, como ve- [fol. 150v] -remos largamente en los libros de la práctica de la destreza.

Nota.

La geometría se divide.

Eudemio –¿Cuál ciencia de todas las que habéis dicho es la más especulativa? Que si lo habéis apuntado no he estado en ello.

Cuales son las ciencias especulativas.

Meliso: –Tres géneros hay de ciencias speculativas, dejando siempre a la teología, conviene a saber la matemática, la física y la metafísica, las cuales dejaré de particularizar por deciros la conveniencia que tienen las matemáticas y la destreza con la ciencia natural, y con esto dar fin a mi propósito. Verdad es que por ellas se conocen las propiedades de las cosas que pertenecen a la división, y por esto tocan todos a la destreza.

Que cosas considera la ciencia natural.

–Pero la ciencia natural considera el movimiento y la alteración de las cosas naturales, y la metafísica trata no solamente de las razones de las cosas naturales, pero de las sobrenaturales, y saca en limpio la quididad y los grados que cada una tiene de perfección.

De qué trata la metafísica.

–Y pues sabéis ya que la filosofía matemática se divide en dos partes, también la cantidad, que es el subjeto suyo, se divide en cantidad discreta y continua, la aumentación de la cual es finita, y su diminución infinita, porque se puede dar una línea física tan grande que no haya otra mayor. Y no se podrá dar línea por pequeña que sea que, partiéndola, no se puede hacer otro menor, lo cual es al contrario en la cantidad discreta, porque se puede dar el número, por grande que sea, que no se pueda dar otro mayor doblando y aumentando la proporción. Ésta es la cantidad que conviene al número y a la multitud de la cual trata la aritmética, teniendo subalternada a sí la música, que considera los números y la sonoridad de ellos, de do resulta el concento y la harmonía, que son cosas naturales, como diremos adelante. [fol. 151r]

División de la cantidad.

Nota si se da cantidad terminada a lo mayor o disminuida a lo menor.

–Pero la geometría, porque trata de la cantidad continua, tiene más ciencias debajo de su amparo, conviene a saber la perspectiva, que considera las líneas, pero no del todo matemáticas, sino visuales, y a la astronomía, que considera la esfera, los círculos, líneas y ángulos, junto con la materia celeste, las cuales tienen un medio entre la filosofía natural y la matemática según Filópono. Y de aquí entenderéis que, aunque la música es meramente matemática, se subalterna a la filosofía por la parte que trata del oído. Y, como dice Aristóteles, de la manera que la perspectiva en cuanto trata de la vista se subalterna a la física, aunque ambas tratan de cosas naturales y de

La perspectiva se subalterna a la geometría.

La música se subalterna a la filosofía.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

imaginaciones matemáticas, con esta mesma razón subalternamos la perspectiva a la geometría porque trata de puntos, líneas y superficies y de los rayos de la luz, y de las especies del color, de la suerte que la música se subalterna a la aritmética por lo que trata de la razón de los números, no de otra manera que si fuesen las voces unidades y números pares y nones.

–Así que concluimos que la puramente matemática es la aritmética y la música es compuesta de la ciencia natural y de la aritmética porque enseña el sonido de la consonancia y de la voz, que es objeto del oído. Y de la propria manera lo siente el filósofo tratando de la cantidad continua, donde por líneas, superficies y cuerpo da a entender que la geometría es puramente matemática y la perspectiva y la astronomía, que se señalan por el lugar y por el tiempo, son matemáticas mixtas de cantidad continua.

La geometría es puramente matemáticas.

Cuáles son matemáticas mixtas.

–Pero habéis de advertir que de la manera que la música supone las reglas de los números y proporciones de la aritmética, [fol. 1521v] así también supone de la ciencia natural que el sonido y la voz son objetos del oído. Bien es verdad que no pertenece al músico disputar qué cosa es el sonido o si la voz es cosa permanente o sucesiva, o si es substancia del aire del rompimiento de los cuerpos duros, porque toca esto a la ciencia natural; como tampoco conviene al diestro disputar si será la herida penetrante o no. Quiero dejar a una parta las altercaciones que tienen los filósofos sobre apurar esto, por hacerlo yo.

El caudal que pone la una arte a otra.

–En lo que tratamos, basta que tengáis entendido que, pasando la geometría la medida de las cantidades a los cielos, cría otra arte que llamaron la astronomía, a la cual se llega la astrología, que es la judiciaria. Y aplicadas las cantidades de la geometría a la fuerza de la vista, se hace la perspectiva. Pero cuando el número de la aritmética se pasa a la harmonía, hace otra arte que llaman música. Y lo que apuradamente resulta de todo lo dicho es que dos de ellas son artes universales y simples, sin considerar ninguna materia natural, y cinco compuestas y especiales porque se derivan de la generalidad de las otras. Y con este mesmo orden y repartimiento sirve cada una su parte a la destreza, pero no en el todo. De manera que, si se hubiera de subalternar la destreza, había de ser a la aritmética o a la geometría, que son a las que se subalternan la música, la perspectiva la astronomía, la cosmografía.

La aritmética y la geometría son artes universales.

Las subalternadas.

Polemarco –Muy bien habéis declarado la trabazón y hermandad que tienen las ciencias unas con otras por donde vengo a entender la razón que tuvo el filósofo divino cuando dijo que vio una cadena colgada del cielo que llegaba a la tierra para significar lo que habéis apuntado. Pero ya sabéis que los matemáticos desnudan [fol. 152r] las formas y las figuras y los números de la materia, lo cual no admite falsedad, porque componen afirmando ni tampoco dividen negando, porque consideran las cosas simples y no conjuntas. Y tienen este privilegio, más que las otras artes, que declaran sus intentos en ellas con demonstraciones más verdaderas, por cuya causa los antiguos, guiados con esta razón, las llamaron artes ciertas y verdaderas, y que si alguna verdad había en las cosas humanas hallaban en las matemáticas, porque la doctrina de ellas es muy puntual. Y como dice Simplicio son el camino que más derecho guía a la ciencia, así moral como natural, afirmando Platón que con la especulación de ellas se hacen los ingenios agudos, prontos y desenvueltos para todos los actos. Pues la propiedad de su objeto se entiende a poderse probar por diversas causas formales, como se ve en la primera del sexto de Euclides, que es de do nace el fundamento por donde los

Las matemáticas consideran las cosas simples.

Nota.

El efecto de las matemáticas.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

astrólogos verifican sus calculaciones, como más copiosamente se hallará en el Almagesto. Y se verá su estimación e importancia en el título que estaba en la escuela de Platón que decía, «ninguno que ignore las matemáticas entre acá dentro.» Ésta es la causa por donde me parece a mí más acertada cosa subalternar la destreza a cualquiera de las matemáticas que ninguna de las otras ciencias.

La importancia de las matemáticas.

La destreza de todas las artes.

Meliso –Yo no he negado que la destreza no participa de todas esas artes como muy bien distes a entender al principio, pero apuradamente, si lo consideráis con la atención que conviene, la destreza viene a subalternarse a la filosofía natural.

Polemarco –Cierto que yo no puedo entenderlo, ni persuadirme a eso, habiendo visto la mucha parte que las ma- [152v] -temáticas tienen en ella. Por eso dadme cumplidamente la causa por qué se han de quedar fuera, sirviendo cada una su parte en lo que puede a la destreza, ya que habéis tomado la mano.

El sujeto de la filosofía natural.

Meliso –Subaltérnase a la física porque es su sujeto cualquiera cosa que se mueve, y todo lo que tiene materia, porque es movible.

Phylandro –Pues ¿qué les falta a las otras ciencias para que no traten de cosas naturales? ¿Son por ventura artificiales? ¿O decislo porque se halla la verdad en ellas más con artificio de ingenio que con naturaleza de entendimiento?, lo cual es falso.

Por qué se llama ciencia natural.

Por qué se llama una arte.

La destreza se subalterna a la filosofía natural.

No hay herida sin movimiento.

Meliso –Aplacad vuestra cólera, Phylandro, y oíd mi razón, y hallaréis la mucha que tengo. Porque sabed que se dice filosofía natural porque trata de cosas que cada una de por si tiene naturaleza, la cual es principio del movimiento y de la quietud. Y la arte trata solamente de las cosas artificiales. Pues como la destreza trata de cuerpo movible en el cual considera la naturaleza del movimiento y de la quietud, por esta razón subalternamos la destreza a la filosofía natural, por conformar tanto en los sujetos y tener la una el sujeto de ambas, y porque no se puede herir al adversario si no es con el movimiento del cuerpo y con el de la espada, sin los cuales no son de algún efecto las proporciones de la destreza. Aunque el diestro tenga conocimiento verdadero de las distancias, números, centros, acéntricos, consonancias, líneas, ángulos y de las demás cosas dichas, no por eso conseguirá lo que pretende la destreza, ni herirá si no hay movimiento engendrado de partes. Y por esta causa el lugar proprio de la subalternación de la destreza es la filosofía natural más perfectamente que a ninguna de las matemáticas, según probamos en el diálogo pri- [fol. 153r] -mero cuando disputamos de los objetos de las ciencias.

Eudemio –Por cierto que me satisfacen las razones que habéis traído para darle a la destreza el lugar que merece entre las ciencias. Ahora me resta saber, pues lo habéis apuntado, cómo se ha el tiempo con la magnitud y el movimiento con el tiempo.

Meliso –Sabed que hay cierta semejanza entre la cantidad y el movimiento y el tiempo y de la propria manera que el tiempo se llega al movimiento. Así el movimiento anda aplicado a la magnitud y lo que es punto en la magnitud es el movimiento en el tiempo, y el ímpetu en el movimiento. Y si consideráis la cantidad en la línea recta, hallaréis dos puntos que sirven de término, uno de los cuales tan solamente es principio y el otro solamente es fin, que son de dónde nace y acaba la cantidad.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Así también hallaréis dos ímpetus o partes en el movimiento, el uno de dónde el movimiento nace, y el otro en el que acaba. Porque el que es principio tan solamente es principio de aquel movimiento, y el que es fin tan solamente es fin, pero el tiempo necesariamente se acompaña con el movimiento, porque es como regla suya la naturaleza del cual, si particularmente lo contempláis, veréis en ella dos momentos, como dijimos, el uno que es principio de aquel tiempo, el otro que es fin.

El tiempo es regla del movimiento.

–Pero si en la línea de la espada consideráredes los puntos de la magnitud y los ímpetus del movimiento y los momentos del tiempo, el medio de los cuales intercede entre el principio y el fin, hallaréis que cada uno de estos tiene dudosa naturaleza. Pero quítase este escrúpulo con que sepáis que el relativo del principio es el fin, y el del fin el principio, y por eso donde feneciere la cantidad juntamente fenece el movimien- [fol. 153v] -to en la materia en que tratamos. Y ya que está acabada la cantidad, a la cual le compete tal principio que no puede servir de fin, digo tal que no cae en él la razón del principio, como se ve en muchas partes de la destreza, lo cual no conviene a todas las figuras de ella.

–Porque se sacan los círculos que son los tajos y reveses, en los cuales no hay punto cierto que propriamente se pueda decir, que es principio, salvo si no está la espada en ángulo, ni tiene tampoco algún punto que se pueda decir con verdad que es fin, sino es en el acertar o errar de las heridas. Y por esta razón, cuando incluyamos las líneas rectas del contrario en el círculo de la daga, nunca puede el adversario atinar por donde se comenzó el tal círculo, ni entiende por qué parte podrá sacar y librar la espada de aquel movimiento circular continuo hasta cerrarse, como veréis adelante.

En los círculos no hay punto cierto.

–Y de esta manera sabréis que, no estando acabada la magnitud, tampoco es acabado el movimiento ni el tiempo de entonces, aplicando la presteza del movimiento circular a la tardanza de la línea recta, de suerte que ni se pase el movimiento circular sin encontrar el recto, ni tampoco el diestro se fie tanto de la tardanza que llegue sin tiempo y a mala coyuntura, y sea impertinente la presteza y perfección del círculo.

Eudemio –¿Por qué decís que se acaba la cantidad quedándose la espada después de hechos los movimientos en potencia para que con la mesma magnitud haga otros diferentes y en diferente tiempo? pues que no hay tiempo presente entre nosotros, ni se da en destreza.

Meliso –Algo más especulativo es lo que he dicho, que vuestra duda, y si me tengo de andar a declarar todas las que se ofrecieren, nunca acabaremos nuestro propósito. Quédense algunas, para que los ingenios curiosos las [fol. 154r] trabajen y den a entender a los más rudos.

Eudemio –Pues dígame, Phylandro, ¿cuál es el medio de la espada y sus extremos, y el uso de cada uno de ellos, y si se está la fuerza en los ángulos más por la figura exterior que por causa interior, porque con ello acerca de mí quedará en limpio la verdad, y daré de mono a las opiniones vulgares como en todo apartados de la razón, y que dará de todo punto satisfecho mi deseo, cuando me digáis quien mueve al brazo, y precisamente las partes a que puede llevar la espada, así para herir como para desviar.

Phylandro –Por cierto que preguntáis cosas en la destreza más dignas de vuestro ingenio que de la disciplina de ella, y que las respuestas son bien

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

ajenas de diestro, pero con todo eso, por no defraudar vuestro deseo y porque no desvanezca la esperanza que tenéis de mí, diré lo que entiendo de eso, lo mejor que pudiere.

Los músculos que mueven el brazo.

–Y sabed que mueven al brazo siete murecillos, el uno de los cuales tira el brazo al pecho, cuando hacemos desvíos hacia nuestro lado izquierdo o pasa el tajo de aquella especie del cuerpo contrario, y el ángulo que el cuerpo y el brazo hacen entonces es agudo, y esto sin que le ayude otro murecillo alguno, porque según los médicos doctos y Stefano sirve por tres principios que tiene, pero cuando obran los hilos que nacen de la asilla tiran el brazo más hacia arriba, haciendo el movimiento a quien los antiguos llamaron "tajo volado".

Los nombres que tienen los movimientos del brazo.

El músculo que hace tajo volado.

–Mas cuando obran los hilos de las ternillas de la séptima y octava costilla, tiran el brazo hacia abajo, haciendo el movimiento que llamaron los antiguos "tajo hendido", y para el fin de esta especie de tajos, mueven las cuerdas al brazo a lo bajo naturalmente.

El músculo que hace tajo hendido.

–Pero [fol. 154v] cuando obran los hilos que nacen del hueso del pecho, hacen el movimiento que llaman en la espada "medio tajo". Otro músculo hay que alza al brazo hacia diversas partes según diversos hilos que tiene, y entonces se hacen en la espada los movimientos circulares que se convierten de tajo en revés y de revés en tajo. Y así cuando obran los hilos que nacen de la asilla, alzan al brazo hacia la parte del cuello, con el cual movimiento se hace el reparo, que llaman de "uñas arriba", que consta de dos ángulos y es su lugar casi delante de la cara, pero cuando obran los que salen del punto del hombro y de la asilla, que está allí trabada, alzan al brazo derechamente al lugar do los ponemos algunas veces que reparamos las uñas abajo.

El músculo que hace medio tajo.

Los tajos y reveses.

El músculo que hace el reparo uñas arriba.

–Más cuando se encogen los hilos que nacen de la espina de la paleta de la espalda, alzan al brazo hacia atrás, y su movimiento es de efecto cuando la postura del brazo no está aparejada para lo que conviene. Hay otro murecillo que tira al brazo hacia las espaldas, y este movimiento sirve para los desvíos que hace la espada las uñas abajo y arriba, así contra los tajos como contra las estocadas, metiendo la espada por debajo y aplicándola a los movimientos que hiciere la del adversario. Y este músculo obra al contrario del primero que dijimos que juntaba el brazo con el pecho.

El músculo que hace el reparo uñas abajo.

El músculo que hace los desvíos.

–Hay también otro murecillo que tira del brazo para abajo, y el movimiento de entonces sirve en la destreza de postura de ángulo agudo o en alguna de sus especies, porque cuando quiere el hombre, aqueste mesmo músculo tira del brazo hacia atrás algún poco, y esto más o menos según los hilos más altos o más bajos. También hay otro murecillo que tiene oficio levantarlo, particularmente hacia [fol. 155r] atrás, y su movimiento es la parte de donde nace el movimiento natural después de haber acabado el violento su acción.

La postura de ángulo agudo.

El músculo que hace el movimiento violento.

–Pero otro músculo hay que ayuda también a tirar del brazo hacia atrás, torciéndolo algún poco para adelante. Y con este murecillo se hace en la destreza unas proposiciones difíciles al obrarlas, aunque gustosas a la vista. Hay también otro que tuerce al brazo hacia fuera.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Finalmente, el oficio de todos tres es mover el brazo alrededor, como pueda hacer las circunferencias cumplidas con la espada para la perfección de los tajos y reveses. Pero los ángulos del brazo, de la espada y el cuerpo van por el camino que diré, porque los unos ángulos hacen los músculos que pliegan el codo, y otro hay que lo extienden derechamente, sin torcer el brazo a parte alguna y, cuando se encoge, hace ángulo en la sangradera. Y entonces hay dos ángulos, uno que hace el brazo con el cuerpo y otro el que han hecho los músculos que despliegan al codo, y luego el otro ángulo que la espada hace con la mano. Y éste es conforme al sitio en que el diestro quiere ponerla. Y entonces está flaca la espada, porque la fuerza está dividida en los muchos ángulos aunque todos ellos sean de una specie, así que los muchos ángulos o que estén en las piernas o en las coyunturas del brazo o en la espada y la mano, es señal manifiesta de estar flaco el cuerpo en la postura que tuviere entonces.

Por qué se mueve el brazo alrededor.

La calidad de los ángulos.

Eudemio –También hay movimientos en la destreza que los hace el brazo, sin mover más que la muñeca, según vemos en los mandobles que usaban los antiguos, con solo doblar la mano; de dónde tomó el nombre. ¿Cómo puede ser esto?

De dónde vino llamarse mandoble.

Phylandro –Puede muy bien, porque sin los músculos que mueven al brazo, hay otros que mueven a la muñeca arriba y a- [fol. 155v] -bajo y mediante cuatro murecillos se mueve la mano a los lados. Porque, tirando el de dentro y el de fuera, que responde al dedo pulgar, la fuerza del cual es igual a todos los cuatro dedos, y aflojando los otros dos músculos, movemos la mano hacia el pecho. Pero obrando los dos murecillos que responden al dedo menor y aflojando los arriba dichos, movemos la mano hacia fuera, ayudando y favoreciendo estos mesmos al volver la mano hacia abajo, obrando sucesivamente el uno tras del otro como los músculos de los ojos.

Cuatro músculos mueven la muñeca.

Polidoro –Pues habéis con tanta curiosidad particularizado los músculos que mueven al brazo y pliegan al codo y rodean la muñeca, decidnos ahora cómo se sustenta el brazo en la postura angular tanto rato, como vemos, sin caerse abajo, y la perfección de todas las posturas, que deseo saber cuál es la mejor para aficionarme a ella, y por qué causa se derriba la espada más en una postura que en otra.

Phylandro –Sabed que, cuando obran juntos, los hilos de arriba y lo de abajo, según dijimos, tienen al brazo quedo y a esta llamamos postura, de la cual sale la estocada que es movimiento accidental y dura tanto en ángulo, porque cada hilo tira hacia su principio y hacen que las posturas del brazo sean como los perfiles del cuerpo, que tienen su medio y extremos como los ángulos. Y la mejor de todas estas posturas es, como nace el brazo, porque en ella está más descansados los nervios, y más puntual la acción de los músculos que son, como dicho es, los instrumentos del movimiento voluntario y en ella dura más la fuerza, y como es medio, según la necesidad se pasa fácilmente a los extremos.

Quién tiene el brazo en ángulo recto.

Por qué es una buena postura.

–Y por estas razones y otras que nacen de estas es la postura más fuerte y mejor la de filo, que la de uñas abajo, ni arri- [fol. 156r] -ba, que son los extremos, entre los cuales hay ventaja como en los que tienen las virtudes, según diremos en su lugar, porque el extremo que hace el brazo las uñas

La postura de filo es la mejor

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

arriba, no es tan fuerte como la postura de uñas abajo, que de las dos es la más noble, porque tiene menos trabajados los nervios para sustentar la fuerza, porque, aunque el brazo no se mueve, al parecer, obran dentro los músculos que lo sustentan en aquella postura con una acción más esencial que aparente, según Galeno, de la manera que vemos una ave estar parada en el aire las alas abiertas sin moverse ni caer, y porque la postura de uñas abajo puede hacer movimiento a los lados y arriba con menos violencia, sin que el brazo mude la figura interior, ni quede apurada la fuerza mejor mucho que la postura contraria. Porque, aunque se mueve, no hace su acción con tanta libertad y descanso, porque tiene apurada la fuerza, como no se haya de valer de los ángulos, que hacemos en los reparos, lo cual veréis claramente en el golpe que damos con nuestra espada en la del contrario, estando él las uñas arriba, para derribársela de la mano, que se hace fácilmente.

De los extremos de las posturas cuál es más noble

La libertad de la buena postura.

La dificultad de la postura.

–Porque cuanto la violencia estuviere más junta al centro principal de la espada, menos fuerza tiene el centro, y más la violencia. Y en la postura de uñas abajo es al contrario que está en ella menos trabajado el nacimiento del brazo, que es donde está la más principal parte de la fuerza del ángulo, músculos y cuerdas. Y como, estando el brazo uñas arriba, están violentados todos los fundamentos que lo fortifican, principalmente los nervios, como el brazo no tiene lugar de hacer movimiento a los lados con la libertad que [fol. 156v] en las otras posturas por causa de la violencia que tienen los nervios, y por tener impedida la acción de los músculos que mueven al brazo a los lados, según dicho es, cualquiera golpe que dan en la espada, estando uñas arriba el brazo, ayuda y acrecienta su violencia y hace trabajar mucho el brazo, haciéndole perder la fuerza, por comenzar el rigor del golpe por la parte que la postura del brazo tiene ya acabada su fuerza.

Por estar en mala postura se saca la espada de la mano.

–Y así, acabada la virtud que aplica la voluntad con los espíritus a los músculos del brazo, y de las otras partes del cuerpo, si llega otro nuevo mandato de la voluntad, no pueden los músculos obedecer cumplidamente, porque ni la postura del brazo lo consiente, ni el sitio y forma que tienen ellos dentro, es aparejada, para que cada uno haga el movimiento que tiene de costumbre. Porque si la postura del brazo es de manera que los unos músculos trabajan hacia abajo y los otros hacia arriba por sustentar la espada, claro está que los que tienen naturaleza de mover a lo bajo de mano en mano socorren a todos los que mueven el brazo a lo bajo, y los que mueven arriba lo hacen de la manera mesma.

–Porque cuando el brazo está algo encogido y las cuerdas y músculos de aquella parte están descansando, trabajan otros, como se ve en el abrir y cerrar de la mano, que cuando los unos trabajan, los otros descansan. Y por esto cuando el brazo está derecho y tiene un ángulo sólo, y tiran las cuerdas hacia su principio, así los músculos que extienden como los que encogen el brazo están en más fuerte postura.

–Y esto habéis de entender cuanto al ángulo y no cuanto a la espada; y mejor que en ninguna de las otras, como veréis claramente en las apuestas, sobre doblar el brazo o no, que mientras la atención de la vo- [fol. 157r] -luntad tiene puntual la fuerza de los músculos y de las cuerdas, resistiendo a la que pone el adversario, dura el brazo, que es algo fuerte, sin doblarse. Pero cuando algún músculo o cuerda afloja o le mudan torciendo o haciéndole

Por qué no se dobla el brazo.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

mudar la acción en otra specie de movimiento, al punto se viene toda la fuerza a favorecer lo flaco y encógese el brazo de suerte que, descuidando la mano y lastimando y ofendiendo el golpe de la espada contraria a la muñeca y a la postura violenta del brazo, por causa de no poder ir siguiendo el tal golpe, como hace la espada en las demás posturas, que los golpes que dan en ellas no causan trabajo ni molestia al brazo porque, como están prontos los músculos para hacer sus movimientos, vase dilatando y incluyendo con el movimiento que hace el brazo la fuerza del golpe de la espada contraria, según veréis claramente en la lucha.

La causa por qué se dobla.

Por qué no se derriba la espada en las otras posturas.

–Que si vuestro contrario os da una vuelta en la cual ha puesto toda su fuerza y, al punto que ha parado la acción de la fuerza, le dais vos otra vuelta por la mesma parte que hizo la suya, como se junta vuestra fuerza con en fin de la suya, y el cuerpo contrario queda en postura extrema, y no tiene ya resistencia por aquella parte del movimiento, derribáislo fácilmente. Y lo mesmo haréis a un toro si, yendo a caballo con lanza, aguardáis que el toro haga movimiento y tenga parte de los pies y manos levantados, si entonces arrimáis la lanza con mediano ímpetu, como la fuerza del caballo se llega, al fin de la que el toro ha hecho, no pudiendo sustentar en aquella parte tanta fuerza accidental, por haberse rematado la natural, lo derribáis fácilmente, lo cual no haréis si el toro está sin moverse y puesto fijamente sobre sus pies y manos.

Treta de lucha.

Para derribar un toro.

–Así de la propria manera, estando la es- [fol. 157v] -pada uñas arribe, como no puede por la parte en que está obedecer la furia del golpe de la espada contraria, procura naturaleza de resistirla, y no es tan grande la resistencia del brazo que se puede proporcionar con la violencia que lleva la fuerza de la espada, y llámola violencia, aunque va natural el movimiento, por el efecto que hace en el adversario, de manera que violentados los nervios y forzados y rendidos con el golpe, como no pueden obedecer la fuerza nueva, según diremos en lo del aliento, aflojan y abre el hombre la mano y sale la espada de ella.

La causa por qué se derriba la espada de la mano.

–Vengamos ahora al punto de lo prometido. Y sabed que el brazo en sus posturas tiene su medio y sus extremos, como lo tienen los ángulos y los perfiles del cuerpo y la postura de los pies. Y lo mesmo hallaréis en la destreza de caballo contra caballo, aunque es difícil de proporcionar los movimientos de los pies del caballo con los movimientos del brazo y de la espada, porque acontecerá muchas veces arremeter el caballo y llegar más presto de lo que conviene al movimiento de la herida, lo cual se remedia con hacer el movimiento primero si fuere la herida de tajo para que el segundo sea de algún efecto, antes que arremeta el caballo, para entendimiento de lo cual habéis de saber que, estando a caballo, hay tres maneras de poner la espada muy diferentes de las de a pie. Porque son dos los motores y una la herida, y un reparo los ha de guardar a ambos.

Nota la destreza de a caballo.

Tres posturas de espada a caballo.

–La primera postura es cuando el caballo está sin armas de cobertura, de suerte que el contrario lo puede herir. Para que no lo haga, y se le estorben todos los movimientos, habéis de poner la pun- [fol. 158r] -ta de la espada al freno del caballo, porque es lugar aparejado para salir con facilidad a todos los movimientos del contrario, levantándose el cuerpo sobre los estribos y tirando algo de la rienda a la parte izquierda.

Primera postura.

–La segunda postura es poniendo la punta de la espada que diga con el oído derecho del caballo. Y en esto anduvo muy bien Ludovico Italiano en

Segunda postura a caballo.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

los preceptos, que hizo de la brida. Pero hase de entender, teniendo el caballo armado el cuello, porque allí está la espada aparejada para resistir las heridas del contrario, y para defender el cuerpo del hombre, desviando el del caballo conforme a las ocasiones.

Tercera postura a caballo.

–La tercera postura es, poniendo la espada atravesada sobre el cuello del caballo, que es lugar también para contrastar las ofensas del adversario. Y todas estas posturas tienen su medio de proporción, como diremos en su lugar, mediante el cual se efectúan las tretas de jineta o brida. Así que la postura de filo, que, como nace el brazo, es el medio y las posturas de uñas arriba y uñas abajo son los extremos.

Polidoro –Satisfecho del todo nos dejan vuestras razones, pero fáltaos por declarar cómo se entiende la fuerza o flaqueza de los ángulos; y por qué en las armas de cobertura conviene a saber capa, broquel, rodela y daga cuando se juntan con la espada usan los diestros de muchos ángulos y el esconder lo que pueden de la espada, y de camino la ventaja que tiene una arma a otra, y en qué circunstancias consiste la ventaja, y cuál de todas las species de las armas que ordinariamente usamos es más cómoda, y con cuál de ellos hace más cuando vence a su adversario.

Phylandro –Es tan gran- [fol. 158v] -de la diferencia que hay entre las armas, que tengo por difícil el juicio de lo que pedís, así porque unas hacen más que otras, según la mano en que están, como porque acaece que un hombre hace más con una arma sencilla que otro con arma doblada, y aun un mesmo diestro hace algunas veces más con una que con otra, aunque lo que hiciere sea lo mesmo, como es acometer al enemigo con alguna arma de cobertura, que dicen, la cual suple mucho de lo que había de hacer el arma simple. Y por esto con mucha razón damos a la espada sola, como a fiel compañera del hombre, el primer lugar, porque es la que sin favor ni ayuda de nadie sola por sí hace sus movimientos, reparos y heridas.

La espada sola sí es compañera del hombre.

El oficio de la espada y capa.

–Pero las otras armas obran conforme a la compañía que dan a la espada, para que le ayude y relévanle de lo que sola hacía, como vemos en la aplicación de la capa con la espada que toma para sí el desvío y deja a la espada con el reparo, acometimiento y herida.

–Y luego por orden seguirá a la capa la espada y daga, porque la daga desvía y sirve en algunos de los reparos menores, ayudándose de la espada en ángulos, quedándose la espada con los reparos mayores y con algunos acometimientos. No le doy del todo las heridas a la espada, porque algunas veces la daga le ayuda a herir y a acometer, y entre ambas andan a medias las heridas. Porque hay muchas ocasiones donde sirve la daga de espada, trocando los oficios, según la oportunidad en que el diestro se halla con sus posturas de pies, cuerpo, brazo, daga y espada, y deja su propria calidad y accidentalmente toma la de la daga.

El oficio de la espada y daga.

–Y suele esta conversión ser muy necesaria en algunos términos de la destreza, que por ser la espada de [fol. 159r] mayor cantidad que la daga se dan con la daga las heridas de cerca, salvo que se han de ejecutar con el favor de los compases de los pies. No trato de los extremos del cuerpo, porque no pueden servir en estos trances, supliendo con el movimiento del cuerpo y de los compases, todo lo que quitaren de la largura a la espada.

–Luego se sigue la rodela y el broquel que casi están en un predicamento, los cuales quitan a la espada sola el desvío y el reparo, y le dejan solo el acometimiento con la herida, así que de la manera que la

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

aritmética es fundamento de todas las matemáticas, como probó Meliso, la espada sola lo es de todas las species de las armas.

Eudemio –¿Cuál os parece que tendrá más ventaja en igual destreza, el hombre que tiene una espada y daga, o el que tuviere espada y rodela?

Duda difícil de destreza.

Phylandro –Mas respondedme todos a esta duda, que es la que en la destreza se me ha hecho más difícil. Si siendo dos hombres igualmente diestros eligiesen un mesmo medio proporcionado y tuviesen una propria postura de espada y igual perfil de cuerpo, si ambos fuesen a hacer una mesma treta y con igual movimiento, ¿qué es lo que resultará de esta igualdad en todo?

Meliso: –Aunque nos habéis espantado con la dificultad, y ella es mayor entendida que el espanto que trae, diré mi parecer. Quizá como hombre que ignora esa disciplina acertaré por yerro. Y digo que de la manera que en una muchedumbre que hay de criaturas no se hallará dos que se perezca una a otra tanto, que no se pueda en algo diferenciar y esta diferencia está solamente en una cosa tan pequeña como el rostro, de suerte que muy pocos entre tantos millares de hombres se hallarán que tengan las mesmas rayas y señales en la cara, y ninguno que parez- [fol. 159v] -ca en algo a otro sino es en ausencia, así de la propria manera entiendo que como los hombres son de tan diferentes inclinaciones, y de tan varios afectos de ánimos, y de fuerzas unas más vivas que otras, y de presteza más puntual, y de cuerpos unos más altos y otros más bajos, y el uno más experimentado y ágil que el otro, y no se puede dar un hombre que precisamente tenga el mesmo ánimo que el otro y el mesmo intento y la mesma cantidad de cuerpo y inclinación puntual y igual fuerza, entiendo que, variando en cualquiera de estas cosas, aunque ambos estén ejercitados y sean muy diestros y hagan una mesma proposición, siempre el uno comenzará de mejor lugar que el otro o tendrá más cómodo término o le aplicará menos partes al movimiento, de suerte que haga la trata más ligera y el otra más tarda, o ha elegido medio más puntual el uno que el otro con otras particularidades que serán largas de referir, y las entenderán mejor los que tratan mucho con Euclides, principalmente quien hubiera vista a Campano sobre la proposición quince, por lo cual no se puede precisamente responder a vuestra duda. Y si no he topado con la verdad entre tantos que me parece, que cada una por sí lo es, quédese la solución de ella para que los diestros la den. Veamos los muy confiados cómo salen de ella, que a mí miedo me ha puesto vuestro callar. Por eso pasad adelante y seguid lo que comenzastes de la ventaja de las armas.

La variedad de la specie humana.

Por maravilla se da una cosa igual a otra en todo.

Phylandro –Yo diré lo que supiere en ella como hombre que trata de gustos y colores donde la afición de cada uno hace poco caso de la razón para la mejoría de ellas, y vemos que gustan unos de unas y otros de otras, o porque hallan unos mejor con una arma que los otros con otra diferente, ni con la mesma no se pue- [fol. 160r] -de dar regla para los gustos, que son tan varios en los hombres, como sabéis. Y supuesto esto, daré mi parecer llegándolo a la razón todo lo más que yo pudiere.

El gusto y la afición hacen poco caso a la razón.

–Y digo que tendrá más ventaja estando algo fuera el que tiene espada y rodela, y de cerca la tendrá la espada y daga, y al contrario si riñiere el de la espada y rodela con alguno de montante, porque de lejos contra la daga y espada resiste y impide con el círculo de la rodela todos los golpes circulares. Dejemos las estocadas que se desvían las más veces sin algún círculo, digo sin círculo, porque estando la rodela parada puede impedirlas y desviarlas con

Juicio entre las armas.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

pequeño movimiento, y la espada puede herir a su salvo después de haberlas impedido o desviado, y la daga no podrá contrastar los golpes circulares de la espada, si va por parte donde no se puede valer de la compañía de la espada, así por ser recta la línea y faltarle lo esférico de la rodela, como por la falta del tacto, que no es tan cierto en los efectos de la ciencia cuando no lo guía la vista, para no errar algo de lo que se hace, y también porque los desvíos de la daga y las heridas de la espada se enderezan a diferente punto el un movimiento del otro y requieren también diferente atención de vista y de voluntad.

El tacto no es certísimo en la destreza cuando no guía la vista.

–Los movimientos y la fuerza, si está dividida en ambos brazos sin proporción, es flaca, lo cual es al contrario si se aplica toda a una parte, principalmente si los movimientos no van por un proprio camino, aunque ambos se ordenan a un mesmo fin, para que, siguiendo las partes al todo, hagan igualdad de fuerza, consiguiendo el intento primero. Pero yendo las partes a diferentes puntos, conviene a saber la daga a desviar y la espada a herir, comenzando ambos movimientos juntos, mal puede el desvío llevar [fol. 160v] tanta fuerza que resista la del contrario, ni la herida la fuerza que conviene para la execución, ni tampoco podrá el cuerpo restituirse descansadamente en buena postura cuando salga de la herida.

La fuerza dividida es flaca.

Meliso –No tengo por firme la causa que dais de parte de lo circular de la rodela, pues la daga hace el círculo todas las veces que se ofrece. Siendo así en igualdad, andan ambas en lo esférico, ni es menester tanta fuerza para el desvío que deje flaca a la espada, pues con poca que le aplique la voluntad, por ser tan flacas las partes de la espada, en quien la daga hace el desvío es de tanto efecto como si llevara mucha fuerza.

Phylandro –No andan en igualdad, porque el uno de los círculos está hecho ya, y el otro se ha de formar de partes. Así que la rodela se aplica solamente a los movimientos del adversario, sin hacer círculo alguno de nuevo con ella, por tener introducida aquella forma esférica en la materia de la rodela artificialmente. Pero la daga no sólo se ha de aplicar al círculo, para resistir los movimientos del contrario como la rodela, pero hase de ir formando su movimiento parte tras parte juntamente con la aplicación. Y si acaso se defrauda la intención del que lo fuere, haciendo con algún engaño de parte de la espada contraria, lo que tarda la daga en restituir lo perdido, pierde forzosamente la espada de herir porque, como dicho es, la atención de la fuerza no puede juntamente estar en muchas partes, y si alguna vez lo está, todas están flacas; digo flacas a respecto de la fuerza que tuviera alguna de las partes, si a ella sola se aplicara la voluntad.

Eudemio –de esa manera mal sentiréis del que afirmare que la espada y daga tiene conocida ventaja al que trajere espada y rodela, porque son dos ar- [fol. 161r] -mas y ambas ofensivas, principalmente que, si el de la daga y espada coge con la daga una vez la espada del contrario y hace ángulo con ella, y por la parte desembrazada entra hiriendo con la espada valiéndose de los compases de los pies, nada aprovechará la rodela de día, porque si errare la herida de la espada o la estorbare o hiciere errar el contrario con la rodela de tal suerte que no se pueda aprovechar ya de la espada, por ser de mayor cantidad que el brazo, queda la daga con que podrá herir muy a su salvo, pues ha suplido con los compases la falta que tiene la daga de cantidad, ni la rodela puede cubrir todo el cuerpo, ni tampoco el hombre podrá traerla a todas

La espada y daga son armas ofensivas.

Los compases suplen la cantidad

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

partes tan apriesa como el otro traerá presta a la daga, que sin mover el centro hace círculos y desvíos a todas partes con solo el movimiento de la muñeca, cuanto más que la rodela hace ángulos en las líneas visuales y cubre en los reparos las más veces el órgano visivo y se pone casi junto a los ángulos que hacen los rayos de la vista y la indeterminación que trae el de la rodela con el miedo le hará cubrir lo seguro y descubrir lo peligroso. Y de estos inconvenientes carece el que tiene la daga por ser de menor cantidad y de tan poco peso y por estar más desembarazada la vista, y con ella menos impedidos los rayos visuales por hacer los mesmos movimientos en el aire que es transparente.

La daga sin mover el centro hace círculos y se defiende.

Efectos del miedo.

Phylandro –Bien me parece que os aplicáis a la espada y daga, y que debajo de parecer ajeno digáis el vuestro y no descubráis de camino cómo le sois aficionado. Y pues os habéis declarado por su parte absolutamente esta duda, si el que tiene la rodela cubre de la largura de la espada lo que basta para que la daga y el brazo del contra- [fol. 161v] -rio no lleguen a ella y, después de esto, menea con la rodela la espada contraria, acometiendo algunas veces y hiriendo otras, entonces la daga, aunque esté en buen lugar, como movedor no tiene certeza, si son acometimientos o si son heridas las que viene formando la espada contraria. Clara cosa es que la daga saldrá unas veces al desvío por lo bajo, viniendo la herida por lo alto, y al trocado herir con la espada no puede, porque, como dicho es, se la tiene impedida con la rodela. Ni tampoco el de la daga tiene certidumbre de su lugar, cuánto más que si el que tiene la rodela mueve circularmente. Convirtiendo las tretas, no tiene reparo alguno el de la daga, si no es valiéndose de los compases, quitándole el punto de las heridas al adversario.

Objeción contra la daga y la espada.

–Bien es verdad que, si las espadas de ambas están en término proporcionado, y el de la daga sabe impedir lo principio de los movimientos de la espada contraria con aquel círculo universal, con que la rodela sola hace sus tretas contra la espada, que se hará grande efecto y aun mucho daño al adversario de parte de la daga, de la cual proporción diremos largamente en su lugar cuando tratemos de todas las species de las armas, dándoselas proporciones verdaderas al montante y las que convienen a la rodela y pica, y como cincuenta hombres de espadas y rodelas podrán romper cien picas, señalando a cada arma el medio de proporción que más le conviene, para que fácilmente el movedor consiga lo que pretendiere.

Caso en que la daga puede contra la espada y rodela.

Eudemio –Yo no quiero responder a vuestra duda porque tengo experiencia de que cuando la tenéis por grande, llegada a tratar, es mayor la que trae que la que habéis prometido. Y por eso holgaré que se quede la respuesta de ella a cuenta de los [fol. 162r] diestros que se tienen por muy entendidos en esta facultad, porque me digáis si todas las armas gozan de un mesmo medio de proporción.

Phylandro –No gozan todos de un medio porque como se va dilatando la largura de la arma, también se va alargando el movimiento circular que se hace para ofender con ella, y por esta causa conviene que tenga más fuerza el cuerpo para sus actos que para los de la arma pequeña, y de la manera que todos los sentidos tienen sus medios mediante los cuales gozan de su objetos y unos les tienen de fuera como la vista y el oído, y otros junto a sí, como el tacto y el gusto, de la propria suerte todos los géneros de las armas que hay tienen sus medios con que las heridas libremente gozan de su objeto, desde la

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

daga, que iguala al tacto, hasta la pica, que responde a la vista, que es lo más difícil de conocer entre las armas.

El medio proporcionado es lo más difícil de conocer.

–Y lo que es más importante para que el diestro no desconfíe de la destreza que sabe cuando se ofrece alguna necesidad, porque el ignorar el medio que conviene a la arma que trae para reñir o el medio de la arma que trae el adversario contra él es semejante al que va a argüir ignorando los fundamentos de la ciencia del otro sin tener ningunos en la suya. Y como se elige conforme a la longitud a brevedad de las armas, se ha de elegir también conforme a la largura o brevedad de los cuerpos que lo eligieron, como se verá en el lancear de los toros, que conforme a la braveza de cada uno se toma el medio. O pongamos ahora la pica al montante que se han como el oído y la vista, que conviene a sus movimientos ningu[na] parte será el montante para resistirla. Y por el consiguiente si el que tiene el montante saber eligir el medio que le compete en [fol. 162v] ninguna manera le ofenderá la pica con sus movimientos, estando ella sin él, de la suerte que si el que tiene espada sola supiese bien sacar de término al del montante, sería entonces el montante de ningún efecto.

Cómo se elige el medio proporcionado.

–Antes con los movimientos que hiciere se ofenderá más a sí que al adversario, porque entonces se conoce la destreza y la ventaja cuando pleitean los diestros, teniendo cada uno su medio elegido. Tampoco será de efecto la espada sola cuando el que tiene la daga no le deja eligir medio alguno con ella, y sabe bien dárselo a la daga. Entonces más conviene la defensa a la espada, que no la ofensa contra la daga.

–Y por el contrario, si el que tiene la espada conoce por ventura cuál es el medio de la daga junto con el que conviene a la espada y se lo da, en tal caso la daga no se vale de sus proposiciones, aunque se quiera aprovechar de los extremos del cuerpo y compases medios o enteros, los cuales no pueden servir en este caso. Porque la cantidad de la espada excede a la proporción de línea que hizo el movimiento del extremo del cuerpo, lo cual aprovecha cuando la daga tiene su medio que se elige entre cuerpo y cuerpo y entre daga y espada, y entre el cuerpo y la espada, y entre movimiento y movimiento, como lo tiene también el que ha de meter paz sin algunas armas con aquellos círculos que hacen los brazos, metiéndolo debajo de las espadas de los que riñen por junto a las guarniciones hasta que estén cumplidos los círculos de los brazos, proposición que ha admirado grandemente las veces que se ha ofrecido hacer en casos particulares.

Caso en que no aprovechan los extremos.

El medio proporcionado de la daga cómo se elige.

Admirable manera de meter paz experimentada.

Eudemio –para eso cosa muy importante será saber el origen y nacimiento que tienen las heridas para conocer la calidad de cada una y, [fol. 163r] conforme al conocimiento, aplicar la proposición que más convenga.

Phylandro –Habéis apuntado una cosa tan difícil de conocer en la destreza, como el medio de proporción, y importantísima para la verdadera aplicación de las tretas, así para salir de ellas como para entrar en término y sacar al adversario del que tuviere bueno. Y sabed que como de la línea curva sale la flexuosa y la espiral, que es la que se va rodeando a manera de caracol, y la heliaca, que es la que va ciñendo algún cuerpo y de la línea recta salen las líneas paralelas, la perpendicular y diagonal, y la hipotenusa, y la diametral.

Las especies de líneas y sus principios.

–Así de la postura angular salen todas las species de heridas, porque estando la espada y el brazo en postura de ángulo ahora sea recto o agudo, sacando al ángulo obtuso en cierta manera se forma estocada, y de este principio mesmo salen los tajos y reveses con esta limitación: que del tajo y

De dónde nacen las heridas.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

revés no podemos sacer estocadas, aunque ellos salen de la postura de la espada estando el ángulo en potencia.

Eudemio –Veamos, ¿cómo se saca tajo y revés del principio y fin de la estocada? ¿por qué causa no se convertirán los tajos en estocadas?

Por qué salen los círculos de la estocada.

Phylandro –Salen las demás heridas de la estocada, por la comodidad que tiene la fuerza en aquel punto, y porque están los movimientos de los músculos más fáciles para todas las partes a que queremos mover el brazo y por el lugar en que la espada queda, para rodearse mejor a todos los lados del cuerpo según fuere la especie de herida que quisiere salir, pero del fin del movimiento circular no se formará estocada, si no es que el movimiento violento pierda algo de su derecho, dándole a la espada el lugar más conveniente a la specie de la herida que se hubiere de formar, y puédense muy bien sacar las otras heridas del fin de la estocada como también se pueden formar es- [fol. 163v] tocadas del fin de los tajos y reveses.

Del fin de los tajos se forman las estocadas.

–Pero entiéndese esto según el lugar do pararen los movimientos, porque el tal fin puede hacer y deshacer en esto que tratamos. Y de aquí entenderéis que quien sabe impedir los movimientos de la estocada impide juntamente los principios de los tajos y reveses que están en potencia propincua de formarse y ponerse en acto, si acaso alguno de los principios que digo no queda por impedir. Porque quien no impide los principios y fines de los movimientos circulares en sus segundos actos puede estorbar la formación de las estocadas de aquel lugar de manera que, de la línea recta, puesta en ángulo, teniendo el cuerpo en perfil conveniente, salen las otras líneas circulares y no al trocado, si no es mediante la diversidad de los fines que hay en las tretas.

Cómo ha de estar el cuerpo y la espada para que salgan las heridas perfectas.

Polidoro –¿Todos los fines de las tretas no son unos, o decíalo porque unos hacen efecto y otros no?

Phylandro –Dígolo porque hay en las tretas fin perfecto y imperfecto como si dijésemos fin violento o accidental y fin natural. Fin perfecto es aquel que tiene la treta en el cuerpo del adversario donde desde su principio va encaminando el movimiento y cumple el intento de su autor, de los cuales fines salen todas las tretas cumplidas.

Cuál es fin perfecto en la destreza.

–Pero el fin imperfecto es cuando la espada del contrario se le pone delante para impedir o estorbar que el movimiento no llegue al fin perfecto donde había de cumplir la intención del artífice. Y de estos fines es más dificultosa la salida a las otras tretas, si acaso no la lleva el diestro prevenida según la specie de la proporción.

Cuál es fin imperfecto.

–Porque no solamente se impide que el movimiento no consiga el fin intencional por el accidental que le da la espada contraria, pero fuérzale a trocar la intención ya impedida en otro concepto libre, y suelen muchas veces formar el entendimiento nueva proposición para remediar y salir de este impedi- [fol. 164r] -miento y acontece muchas veces no estar la espada en lugar conveniente para formación de la treta que ha de ser entonces de provecho, ahora sea por estar los nervios y músculos del brazo en postura que no pueden seguir su acción natural, no teniendo aplicada la voluntad en aquella postura en que pone el fin accidental a la espada, o por estar la espada apartada del principio que requiere el intento nuevo.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Y aun algunas veces puede estar en la propria parte a do había de ir a parar con la treta nueva, siendo fin ya el que había de servir de principio ahora, por estar el cuerpo en tal perfil y la espada y el brazo en tal extremo de ángulo que tarde más en rehacerse conforme a la prevención que pide la treta que viene formándose, que en formarla después de restituido el cuerpo en su proporción y la fuerza en la potencia propincua, por ser tan ligera la ocasión y tan difícil el juicio de entonces, a causa del peligro que se sigue de tal experiencia. Mas lo que apuradamente conviene al remedio de esto las proposiciones universales del arte lo dan.

La dificultad de las heridas.

Polidoro –Aunque ocupe vuestro lugar Eudemio, dadme licencia para preguntar a ambos, sin quedar obligados a responder a lo que me preguntáredes, porque dudaré solamente en algunas cosas para saberlas. Y lo primero que quiero entender es ¿por qué alcanza más el hombre estando afirmado con su contrario teniendo el cuerpo sobre el pie izquierdo que él que lo tiene sobre el pie derecho?

Phylandro –O preguntáis cuál es mejor postura de las dos o en cuál de ellas está mejor el cuerpo.

Polidoro –Quiero saber cuál de ellas es mejor y por qué dicen los vulgares que la postura que digo alcanza más.

Phylandro –Ninguna de esas posturas es buena de por sí si ha de servir de principal, porque aquella es mejor que tiene más potencia para los actos y menos flaqueza en el cuerpo. Y porque mejor me entendáis, en aquella postura está el cuerpo mejor en la [fol. 164v] cual está más pronto, descansado y fácil para gozar de todas las demás, concediéndome que, siendo una postura extrema, está fuera del medio y peca contra la proporción, como se ve manifiestamente en esas posturas que el cuerpo hace sobre el pie izquierdo.

Ninguno extremo es bueno en la destreza.

–Ya por aquella parte la fuerza y el cuerpo tienen hecho todo su poder porque es postura extrema, siendo cosa clara a todos que el cuerpo tiene la fuerza y que aquella parte la tendrá señaladamente a la cual más se aplicare el cuerpo a la voluntad, que es el fijo, quedando con falta conocida el pie derecho. Pues si tratamos de los movimientos para hacer el cuerpo, alguno ha de pasar la fuerza al pie derecho, si se pone el cuerpo en el pie derecho para que el pie sirva de fijo, ya se llega a la espada del contrario y con pequeño conocimiento le herirá si quiere, sin que sea menester quitar la fuerza de donde la tuviere. Seguir el movimiento no puede ya por aquella parte como dicho es, ni hacer cosa alguna, siendo de diferente specie los movimientos que pueden hacer los pies, el cuerpo, brazo y espada.

Qué cosa es postura extrema.

–Y siendo así verdad se harán en diferentes tiempos, así que, hecha una circunferencia y por medio de ella un diámetro, dejemos ahora cuando las espadas de ambos sirven de diagonal, y puesto el pie derecho en el punto que comienza a formar la línea del diámetro, y el izquierdo en el otro punto, y oponiendo el ángulo agudo que hacen las piernas y el cuerpo con el paso geométrico al centro, haciendo los pies con la tierra otros dos ángulos, que tres valen por dos rectos, como lo veréis en la proposición treinta y dos del primero de Euclides. Dondequiera que fuere el cuerpo sin mover los pies, y moviéndolos se aparta del medio, y hace extremo ya cualquiera parte de estos extremos que el diestro to- [fol. 165r] -mare por principal postura pierde

Demostración para sacar la mejor postura.

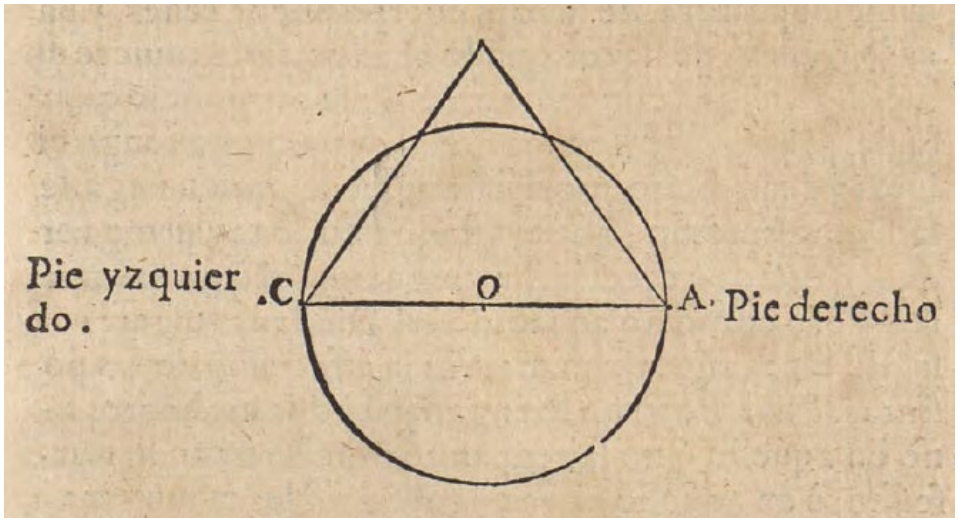
Aplicación de la proposición 32 del 1º de Euclides.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

coyuntura de movimiento por la razón dicha, lo cual no hará el cuerpo estando en el medio, porque está hábil y pronto para todas las partes a que quisiere moverse.

Le cuerpo está prompto en la postura de medio.

–Y con esto queda probado la proporción de la postura del cuerpo, y se verá más claramente en la demonstración que se sigue para que entendáis que la verdad no se puede saber sin causa probable que quiete al entendimiento y con demostración tal que convenza al sentido.



Demostración matemática.

Sea el medio de la postura que es el centro en el círculo punto «O», y el extremo de atrás que corresponde al pie izquierdo punto "C", y el extremo de adelante que corresponde al pie derecho punto "A". Cuando el cuerpo se mueve de punto "O" a punto "C", no va fuerte del todo porque sale el movimiento violento de su centro. Y cuando se mueve de punto "O" a punto "A", va naturalmente, y acaba su camino más presto por la calidad del movimiento que hace. Pero cuando hubiere alguno de estos extremos de reducirse al medio, más presto se reduce estando el cuerpo en punto "C" o punto "O", que no estando en punta "A" y tiene necesidad de valerse de punto "C". Las [fol. 165v] veces que lo hace, es constreñido y no se obra con él alguna cosa, si no es cuando el contrario se arroja inconsideradamente. Y al trocado cuando alguna vez se mueve de punto "C" a punto "A" y pasare por el punto "O", es más para obrar que para defender, de suerte que, estando el hombre en punto "O", está más aparejado para llegarse a cualquiera de los otros que, no estando en punto "A", lo está para llegarse a punto C y al trocado.

Aplicación de la proposición 4 de Euclides.

–Ésta es la demonstración para que entendáis claramente cuál es la mejor postura de las que el cuerpo puede tener, y para lo que habéis de hacer cuando el adversario tuviere el mesmo medio, conviene entender la proposición cuarta del primero de Euclides.

Polidoro –Satisfecho tengo el juicio de lo dicho, porque estaría sin él quien negase la demostración que habéis dado, siendo tan firme verdad, que fuerza a creerla, y a vergüenza al que no lo hiciere. Pero ¿cómo no han sabido

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

los diestros vulgares al fin de tantos años cuan mala es la afectación de esas posturas?

Por qué se engañan los hombres en lo que tratan.

Phylandro –Porque no se engañan todos los hombres sino en aquello que no saben, aunque mucho tiempo lo profesen, o en aquello cuya cognición no les es muy manifiesta, y porque no todo lo que tiene entre los diestros opinión de verdad por la similitud de ella lo es. Como acontece algunas veces que muchas cosas traen al principio color de buenas que son malas, y al trocado.

El extremo de pie izquierdo alcanza menos.

–Ya he dicho lo que toca a la mejor postura. Vengamos ahora a la que de todas alcanza más, y sabed que el que está puesto sobre el pie izquierdo alcanza menos, porque el ángulo que hace el que está cargado sobre el pie derecho está poco agudo, y con la espada y brazo derechos hacen ángulo recto en la superficie del medio cuerpo en el mesmo lado de la espada. Esto se entiende dejando a una parte la figura de los pies. Y aunque el [fol. 166r] ángulo recto no lo está tanto que no tire algo a obtuso por parte del cuerpo, no es inconveniente a lo que tratamos. Y el que está cargado sobre el pie izquierdo hace el ángulo al trocado de este otro dicho, y el brazo y la espada en la mesma superficie hace ángulo agudo, porque si lo hiciesen obtuso, estaría el brazo cansado y alcanzara mucho menos.

–Porque en aquesta postura aparta la línea de su punto, que es donde constituimos la herida recta, así todo lo recto del ángulo que primero dijimos en lo del pie derecho regulado con el que hace el que está sobre el pie izquierdo viene a quedar la espada suya menor por respecto de los dichos ángulos y a alcanzar menos, y la del que está sobre el pie derecho por el contrario mayor y alcanzar más. Esta es sucintamente la demostración de lo que toca al alcanzar entre los dos extremos, dejando aparte la demonstración pasada, porque conviene a la proporción de la postura del cuerpo.

Cuál es el extremo que más inútil.

Nota el otro extremo.

–Otros dos extremos hay que hacen las piernas. El uno es cuando se cuando se abren de manera que hacen ángulo obtuso en el cuerpo, y este extremo es el más inútil de todos, porque es mayor la necesidad en que el pone al que lo hace, que en la que pueden poner los otros extremos al adversario. El otro es el opuesto cuando están los pies juntos y el cuerpo perpendicular, como si dijésemos. Y aunque es de más provecho que el pasado, no tiene el cuerpo la firmeza estando en línea que tuviera estando en ángulo por irse perdiendo la comunicación de las líneas, y irse haciendo el ángulo línea está el cuerpo por las partes contrarias a los pies tan flaco que en cualquiera parte de las espadas o del cuerpo, que se le añade fuerza [fol. 166v] caerá de aquella postura.

El cuerpo está más fuerte en ángulo moderado que en línea.

Enigma de la destreza.

–Y con uno de estos extremos experimentamos muchas veces esta demonstración, que dadas dos líneas la una mayor que la otra, hemos hecho que, sin augmentar cantidad a la línea menor, exceda a la línea mayor, sin disminuirle su largura, todo lo que ella excedía a la menor. Pues sois matemático, ved cómo puede ser esto verdadero en naturaleza, y es demonstración que cuando se ha hecho con espadas riñendo ha dado a todos los matemáticos y filósofos que la vían grande espanto, y mucha mayor admiración a los que la han experimentado. Porque decid ¿quién no se admirará de ver un hombre tendido con mayor espada y con menor los pies juntos en el extremo dicho, y el pecho derechamente puesto delante de la espada del contrario, sin mover el cuerpo a ninguno de los lados alcanzar más con la menor espada, estando en la más corta postura que la mayor espada y

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

en la más larga postura, la causa de lo cual nadie pudo entender en muchos años, aunque lo especularon hasta que Charilao comenzó a dar alguna lumbre de ella a sus amigos?

Meliso –En verdad que me acuerdo que se ha hecho conmigo esa demostración. Porque también yo, aunque su amigo, era de los incrédulos. Y considerada bien ¿a quién no se le hiciera imposible antes de verla? Pero después que vide la harmonía que llevan los ángulos de las piernas del uno y los que hacían las espadas y cuerpos, y vide también ser mayor mi espada que la suya un palmo, con la demonstración que hizo para probarlo en aquel espacio que señaló, su espada que era menor, sobraba por cima de mi cabeza el palmo que la mía le llevaba de ventaja, sin poder llegarle mi espada, y lo mesmo le vi hacer con espadas iguales, y lo que más me admiró fue que los diestros y matemáticos que procuraban hacerlo [fol. 167r] pareciéndoles cosa fácil y creyendo que, poniéndose los pies juntos como Charilao, harían el mesmo efecto. Y no solamente no alcanzaban, pero excedía luego el otro con la cantidad de cuerpo o de espada. Y esto les hacía crecer el espanto, y los tenía más confusos a todos, porque no hallaban su brazo mayor que el de los otros.

La dificultad de esta demostración.

–Pero yo sin saber las armas que los demás diestros, y sin aquellas partes de ciencia que son menester para saber algo de la destreza, entiendo ahora y entonces entendí las razones que me dieron, dejándome el gusto satisfecho y al entendimiento sin dudas y convencido el sentido. Pues no pude negar lo que vide con mis ojos como hace el vulgo, y así digo que, poniendo atención en lo que me enseñardes, tengo esperanza de salir aprovechado. Y para que esto sea, como yo deseo, decidme ¿por qué, siendo la punta de la espada lo más flaco que hay en ella, da mayor herida y con más fuerza que los que llaman recazos, habiendo de ser al trocado?, pues por tener más fuerza y estar junto a la virtud que la infunde a las otras partes habían de dar mayor herida. Decidnos la causa de esto, que siempre se ha ignorado entre los diestros.

Dubda sutil en la destreza.

Phylandro –La dificultad que tiene esa duda se quitará con entender que el cuerpo es causa de donde nacen todas las líneas, las cuales hacen sus efectos conforme a la naturaleza de los movimientos, y la espada es el medio con que el tal efecto se consigue, que es la herida. Y aunque Eudemio entenderá con menos dificultad lo que diré, no podré declararme como yo quisiera, porque en esta ciencia os faltan principios, y será menester, llevarlo por los términos de las que sabéis, que no es mucho, aunque sepáis tanto de las demás que ignoréis estas [fol. 167v] cosas no habiéndolas tratado. Porque, como los nombres de ellas son nuevos y los términos están adaptados a las cosas de la arte, no os maravilléis que, siendo matemáticos, diga que no me entenderéis. Mas estad atentos y comprehended lo que pudiéredes de ello, porque yo procuraré darme a entender.

El cuerpo es el origen de todas las líneas.

–Y sabed que, estando la espada en ángulo de línea recta, tiene tres partes. Quiero decir que la numeración de ella comenzándola desde la punta, como trataremos en su lugar, se va la fuerza augmentando como se van multiplicando los números hasta parar en uno de los centros, y toda esta cantidad graduada se divide en tres partes iguales cuanto a la cantidad, pero tienen desigualdad según la calidad de cada una. Conviene a saber la parte que está junto a la fuerza del centro se llama "propincua" en la destreza, y la segunda, "media", porque demedia entre la fuerza y la flaqueza, y entre el augmento y la diminución cae el medio. Y la última parte se llama "remota".

La espada tiene tres partes.

Cuál es la parte propincua de la espada.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–La primera de todas es la que virtualmente tiene más fuerza porque está cerca de la parte que formalmente la posee. La remota es la que está más apartada de la que llamamos propincua. Y la del medio es la que participa de la propincua y de la remota, y está en medio de la espada. Llámase algunas veces la empuñadura centro menos principal, de donde nace esta fuerza de la propincua y lo remiso de la media y la flaqueza de la remota; aunque esta numeración se muda conforme al término de las proposiciones, comenzando unas por la parte remota de la espada, y otras por la media, y también conforme a la figura del ángulo que tienen las líneas.

Cuál es la remota.

–Y sabed que, hecho un círculo con la espada en el aire con su número, si de cada uno sacáis líneas o [fol. 168r] que sea matemáticamente o física todas tienen su fin y medida igual en el centro principal o en el excéntrico de este, y distan tanta cantidad la una como la otra, pasando con la mesma graduación por el círculo del menor que se hace en el tiempo del mayor y más principal, y la naturaleza de estos difiere según el principio medio o fin, Porque todo lo que se mueve es divisible en esta ciencia, de manera que cuando se hace cualquiera movimiento con la espada, parte de él es de término de dónde y parte de término a dónde, quedando el medio en estos dos extremos mediante el cual se consiguen los dos, porque cuando llega el movimiento al medio, ya no se puede refrenar la fuerza que lleva, aunque se mude la intención del movedor en otro concepto nuevo, y la voluntad use de su imperio con la virtud animal. Y sabed que el que mueve y lo que es movido van a un tiempo.

Demostración.

Todo lo que se mueve es divisible.

Los términos del movimiento.

Nota.

Eudemio –¿Podría dar fe en la espada tiempo sin tanta división?

Phylandro –No, porque quien quita la división del tiempo, quita la ligereza, niega lo remiso, y no se podría dar tardanza. Así que un punto del movimiento que arriba signifique con el círculo alcanza más que todos, en el cual ponemos la herida propriamente, porque los otros puntos le suceden accidentalmente. Esto se entiende conforme a la diversidad que hay de ellos, y de los varios lugares que tienen en sus principios por el fin donde se endereza cada uno. Y si hubo movimiento, claro está que lo hizo alguno. Luego este movimiento circular que hizo la espada o es violento o natural, y cuanta mayor cantidad tuviere el violento, tanto mayor y más agudo será el movimiento natural. La punta de la espada de [fol. 168v] toda aquella cantidad continua que tiene es la que se aparte más del centro común siendo así, la punta de la espada es la que necesariamente dará más herida.

No hay movimiento sin movedor.

–Y con esto queda absuelta vuestra dubda, porque no tratamos aquí según la fuerza y virtud que tienen los recazos para resistir mediante los ángulos y centro accidental de la postura en la destreza, sino según la virtud del movimiento para herir.

Solución de la duda.

Porque resisten los recazos.

Polidoro –Muy bien lo habéis mostrado con razón y demostración, aunque para conmigo, según el crédito que tengo de vos, bastará vuestra autoridad, que para mí es de mayor estimación que la opinión de todos los diestros juntos. Y con lo que habéis dicho, me espanto de nuevo cómo estos que mienten en lo que enseñan pueden engañar a la gente discreta largo tiempo, pues sabemos que el mentir es desengaño para muchos. Y a este propósito dice Platón que conviene al hombre ser siempre verdadero porque si una vez el ánimo abraza la mentira, con dificultad admite la verdad, como se ve en los herejes.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Phylandro –Por eso los bravos se acogen al parlar y lo precian tanto, siendo por solas las palabras sin otra muestra de ánimo ni ingenio tan estimados de ignorante. Y deseo saber mucho si tienen estos en la mesma posesión a los que son como ellos, que en la que piensan que los tiene la gente honrada.

Meliso: Yo no lo sé, pero holgaría que me dijésedes, pues sois más experimentado, cómo tengo de conocer a estos antes que los hable porque conversándolos entiendo que me jugarán por no menos que ellos.

Phylandro –Yo lo diré como más acuchillado de la mentirosa lengua del vulgo, pues no contendándose con no creer las cosas que ellos por su cobardía no osaban emprender, porque [fol. 169r] excedían a los límites de su entendimiento y ánimo, las han tenido por fabulosas y no han hecho mucho en persuadirlo a sus semejantes, porque ellas han sido tan espantosas que no han hecho novedad los invididiosos en negarlas ni los ignorantes en no darles el crédito que merecen, porque también lo han hecho así con las que han visto con sus proprios ojos y se han fingido ciegos, por no ser testigos de la verdad, temiendo que con su resplandor quedarían desbaratadas y desvanecidas las nieblas, que la mentira y invidia habían puesto sobre ella. Y para que no erréis en lo que tanto os va, considerad, estando desapasionado, qué hombres son y qué costumbres tienen y quién son sus amigos, y qué dice la gente honrada de ellos, que es con la que se ha de procurar el crédito.

El ignorante tiene por fabuloso lo que no entiende.

El envidioso no quiere ser testigo de la verdad.

Polidoro –Bien me parece, pero si me los loan muchos y son tales como ellos y yo no los conozco, poco aprovecha lo que habéis hecho, tengo de estar sin tratar con gente.

Phylandro –Muy fácilmente los conoceréis de esta manera. Mirad primero quién es, porque quien viene de buena raíz producirá buenos pimpollos, y luego qué entendimiento tiene, porque si fuere necio el que loare a otro de discreto, tenéis en la mano el argumento. Si fuere cobarde y lo loare de valiente, tenéis conclusión verdadera para no creerlo. Así que habéis de mirar primero el que loa, y a quién loa y cómo loa, porque quiero desengañaros. Que, sin haber hecho estas consideraciones, habéis de creer cuanto mal os dijeren de otros. Si acaso preguntásedes por un hombre de vuestra tierra, habiendo estado algún tiempo fuera de ella, para conocerlo, porque su fama os tiene aficionado, y por ventura hablásedes con alguna persona que estuviere mal con él de invidia o por- [fol. 169v] -que en algún caso que se le ofreció le quitó la honra, según los vulgares, ¿creeríades el mal que os dijese del hombre por quien preguntáis?, como hacen algunos ignorantes de la maldad de estos, sin querer entender ni rastrear la causa.

Cada uno hace como quien es.

Eudemio –No lo creería yo, porque el fin que puede tener un hombre cuando dice de otro mal es de muchas maneras, unas veces por no poderle igualar en merecimiento ni en virtudes y aborreciendo la honra que le dan, viene a tener invidia mirándose alrededor lo mucho que le falta para igualarle, otras por las afrentas que debe de haber recibido, y en acordándose de ellas, oyendo nombrar al que las hizo, dicen mal de vencidos de la cólera, o por haber recibido buenas obras que es a quién llaman algunos “enemigo doméstico”. Así que si es malo uno y dice mal de lo malo, y el otro sabe que su enemigo le conoce la llaga, no hay antídoto de tanta virtud contra el mal humor como las palabras del enemigo, porque se enmienda el hombre del

La causa porque un hombre dice mal de otro.

El malo algunas veces aprovecha.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

vicio, y el otro queda por ruin, por haber dicho de su próximo mal, más con ánimo de ofenderlo y infamarlo que de corregirlo, que en ley de hidalguía estaba obligado a echarle la capa, como dicen, encima, porque las faltas de su próximos no fuesen manifiestas pues si dice mal de lo bueno, es como las mujeres que, según dice Séneca, en siendo públicamente malas son buenas.

El que murmura queda por ruin.

–Y entiendo yo que es por haberse declarado con las gentes por tales, porque el que tratare con ellas conozca que trata con malas, porque las que con especie de bien quieren encubrir su maldad hacen mayor daño con aquella apariencia que las otras con la publicidad de su disoluta vida, creyéndolas una el veneno en la mano a los ojos de todos, y las otras [fol. 170r] cubierto en pan blanco.

VAsí que los hombres infames que están en las ciudades declarados por tales el mal que dicen y hacen no es de tanto efecto, porque ya los conocen todos por malos, como el daño que hacen los que disimulan el mal y tienen ánimo dañado con la invidia, de tal manera que dondequiera y cómo pueden dañan con sus palabras y vengan su invidioso corazón mintiendo contra la honra del que aborrecen. Y como la honra no tiene cuerpo para resistir los golpes venenosos de la maldita lengua, nunca se cansan, porque no tienen resistencia, ni tampoco la honra se le inficiona, como diremos en el diálogo cuarto.

El que no es conocido por malo engaña fácilmente.

–Porque los hombres cristianos y de algún entendimiento no han de creer el mal que oyen del hombre que es tenido por bueno ni seguirse por las palabras del malo. Que por faltarle lo que al otro sobró, viéndolo andar en la cumbre de la alabanza, anda poniendo escalas de mentiras para alcanzarlo si pudiese. Y cuando se ve en el suelo imposibilitado de igualarlo, vuelven la hoja a quejarse de la Fortuna, como si ella fuese tesorera de la honra y dispensadora de las virtudes, sin jamás querer conocer su pecado para enmendarlo.

El mentiroso hace escala contra la verdad.

–Y porque no erréis en tan extraña confusión yo os daré una regla universal y otra particular por donde os riais. Y es que todo lo que os dijeren en deshonra y ofensa de alguno no lo creáis, sino tened en poco al que os lo dijere y por el mesmo caso en mucho al vituperado. Y lo que oyéredes que tocare a honra y a estimación, creedlo luego, porque de creer el bien no os vendrá daño, y de creer el mal muy grande riesgo. Porque vendréis a contar lo confiado en que parecía hombre de bien [fol. 170v] el que os lo dijo, y será como acontece falsedad levantada de invidia. Y un hombre de vuestras prendas perderá mucho acerca de los que le oyeren, si saben lo contrario, lo que no hiciera si fuera bueno y lo dijerades creyéndolo de manera que creeréis lo malo para huirlo y lo bueno para imitarlo y decirlo. Porque, aunque sea mentira, ni vos perderéis diciéndolo ni el otro teniéndolo.

Cómo nos hemos de haber con los maldicientes.

Las condiciones que ha de tener el hombre de bien.

–Y con sólo un ejemplo quiero responderos a todos, para que le deis el sentido moral que más os esté a cuento. Que pasó en una casa de placer a un amigo, estándose holgando algunos caballeros curiosos de lo mucho que hay en casa del excelentísimo señor Duque de Medina, los cuales, entre otras cosas que notaron, vieron un pájaro adornado de muy varias y ricas plumas que, con el sol, al diferenciar de los colores y esmaltes, con grande hermosura causaba grandísimo deleite a la vista. Y considerada por todos la extrañeza y hermosura de aquella ave, no pudiendo saber de qué casta fuese o para qué sería bueno, estando en esta contienda, el pájaro variando con la diversidad de pinturas de alas de unos colores en otros se ausentó de allí y en los

Ejemplo moral.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

caballeros duró la porfía y consideración comenzada, dando cada uno su parecer. Y al fin, no pudiendo ninguno comprobar su opinión, se concertaron para juzgar mejor, que mirasen con cuál linaje de pájaros se juntaba, y que por allí conocerían su naturaleza y hábito.

–Pasadas algunas horas descuidados de ello, entraron por la huerta con más cuidado de conocer algunas yerbas que a ver el pájaro, y en lo medio de ella, en un lugar lleno de rosales y jazmines que enlazándose unos en otros iban cercando en cuadro aquel pequeño espacio, vieron [fol. 171r] muchas aves juntas que tornaron a la memoria la hermosura y variedad del primero. Y mirando a todas partes vieron grande número de aves comunes. Y entre ellas, en compañía de muchos pájaros de bajo linaje y suerte pardos y comunes en la ciudad, vieron al que primero les agradó tanto, teniendo tan a la mano el poder hacer compañía con los demás siendo tan preciados. Y visto esto, todos de igual parecer concluyeron que el pájaro, aunque tan hermosamente pintado, era de baja casta y de ruin canto todo por haberlo visto en tan humilde y vil compañía, la cual siempre es declaración de las cosas que pudieran estar en duda. Así me parece que habéis de hacer para conocer a los que quisiéredes tratar a vuestra honra.

Cada uno trata con su semejante.

Eudemio –Mucho huelgo del aviso moral, y pienso aprovecharme de él, más que de otros que el maestro me dio, porque será cosa justa, que el hombre de honra busque amigos particulares. Y acuérdome ahora que, hablando Charilao conmigo muchas veces sobre esto, me aconsejó que procurase tener amistad particular y trato ordinario con aquellos hombres cuyos entendimientos fuesen de Dios más favorecidos, y con quien los cielos se hubiesen señalado en darles viveza de ingenio y habilidades exquisitos, juicios claros, raros y apartados del vulgo, que estos por la mayor parte son de trato loable y apacible fuera de lo ordinario. Lo cual hallé cumplido en sus amigos y más copiosamente dijimos en el primero diálogo que son los amigos de Charilao, que escriben, sin otros muchos, que será cosa larga de referir.

Qué amigo ha de procurar el hombre.

–Y pues os he dicho particularmente lo que deseabades saber de ellos, decidme vos, si la treta a quien llamáis "proposición" puede una servir a todos los hom-

Duda si una mesma treta puede servir a todos.

[fol. 171v] -bres, porque si no, grande conviene que sea el número de ellas.

Polidoro –De la propria manera que una treta de la espada sirve a la daga, y una daga a la espada, por razón de que quien pudo lo más podrá lo menos, y una de la espada al montante y la del montante a la pica, y así en las demás armas, quitándole partes al movimiento o añadiéndole conforme a la cantidad que tiene la arma a quien ha de aplicarse, de esa manera puede servir una treta simple a todos los hombres, y aun les será de más efecto que la muchedumbre que hay de compuestas, pues en las veras que es la materia de que siempre hemos tratado, una sola es la que sirve, según vimos en el diálogo primero. Y de la manera que la cura que se hace con medicamentos simples es más excelente que la que resulta de compuestos, como dice Scribonio Largo en una epístola y Galeno en la composición de los géneros, así la treta simple excede a las demás compuestas, por cuya causa Galeno huelga más usar de simple experimentado que de compuestos, como es aplicar polvo de mastranto para provocar los meses, y ruda cocida al que tiene retención de vientre y cocimiento de poleo para preparar a los que se han de purgar, en las cuales enfermedades usan los médicos de remedios eficaces. Y por esta razón

Cómo puede servir una treta a todos.

El medicamento simple es más excelente que el compuesto.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

conviene al hombre que tiene afecto de ánimo simple treta simple que le corresponda, para que no varíen en la aplicación.

Phylandro –Satisfecho me deja lo que habéis dicho porque, como de muchos simples que entran en la composición, los uno son sofísticos otros antiguos y otros malos, principalmente que las más veces se ignoran, así la treta compuesta de movimientos de varias naturalezas tendrá algunos que sean impertinentes al efe- [fol. 172r] -cto que pretende el movedor y, como ha acontecido, no sólo le defraudara el intento, pero costará la vida, de suerte que, pudiendo haberse treta simple para ejecución simple, no se ha de procurar compuesta por el daño dicho. Como si se puede hallar medicina simple, no hay para qué esperar compuesta de mucho provecho. Porque siempre se sigue nueva forma a la composición engendrada por fermentación, lo cual obra más que los simples, unas veces para bien y otras para mal, de donde se infiere que todas más medicinas alteran a nuestra naturaleza por la contrariedad que tienen con el cuerpo humano. Luego la composición de las medicinas incluye en sí variedad y contrariedad, como es más mala la enfermedad compuesta que la simple.

Qué debe procurarse treta simple.

Eudemio –Antes me parece que debe el hombre de usar de muchas tretas compuestas, porque cuando la una no aprovechare, aprovechará otra y de todas resultará algo que acuda con el intento del diestro, en confirmación de lo cual, hallaréis que Gentil aprueba las composiciones, porque dice que en la permistion de muchas cosas entre tantas a lo menos habrá una que aproveche.

Polidoro –Más fuerte razón es la dicha, a mi juicio, porque siempre se obra peor con la variedad de los contrarios.

Eudemio –Bien está, pero ¿cómo yo os daré una treta universal que sirva a todos los hombres? ¿Dareisme vos medicamento universal en virtud que sirva a todas las enfermedades? Porque si esto puede ser, impertinentes son los simples en la medicina y aun tantos médicos.

Phylandro –No creo yo que la diera Hipócrates, cuanto más darla Polemarco ahora, puesto caso que la apunta Galeno en algunas partes y, aunque por las razones dichas sea más dañoso usar de [fol. 172v] composición sin alguna diferencia. Que de algún simple escogido todavía las composiciones inventadas con artificio y confirmadas con larga experiencia tienen efectos más admirables que todos los simples, lo cual hallaréis en los sabores que resultan de la confección artificiosa de los cocineros y en el vario aparato de los manjares que privan o dan apetito. Y lo mesmo sentiréis en los olores adonde algunas composiciones por causa de su fragrancia vencen al ámbar, y almisque y algalia y las demás cosas que los componen. Y parece también en las campanas que suenan más y son más duras que los metales de que constan. Y hallareislo proprio en los colores, principalmente en la leche que llaman virgen, que se compone de almartaga y vinagre y de otras cosas, y ninguna de ellas es de color de leche.

La excelencia de la composición.

Qué cosa es la leche virgen.

–Y finalmente lo veréis claro en las demás medicinales composiciones en que se ha hallado tanto provecho por los antiguos que Galeno en lo de Anthidotis no osa mudar alguna cosa en la Triaca de Andrómacho, por que creyó que se compuso con examen diligente, y aun por divina revelación.

Eudemio –Según esto, razón será que Plinio calle y no reprehenda a los médicos que usan composiciones de muchas cosas, como confeccionadas por sola ambición. Pues no por ambición, según decís que afirma Galeno, sino

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

constreñidas de necesidad pensaron y ordenaron las composiciones para ayudar al cuerpo humano.

Phylandro –Diga Meliso las causas por qué los médicos usan de compuestos y las necesidades que hay de componer, que yo daré luego doctrina a los maestros para curar los ánimos de los discípulos.

Meliso –Por oíros eso que tanto deseo, me daré priesa en lo que pedís. Y sabed que por trece [fol. 173r] causas fue necesario usar de compuestos sin otras que mirándolo con diligencias podrá hallar los curiosos en esta profesión. la una cuando la enfermedad es compuesta, y el simple que podemos haber a las manos tiene fuerza simple.

Las causas por qué se usan los compuestos.

Eudemio –Según eso, bien puede haber simple que tenga fuerza de compuesto y que corresponda a la enfermedad compuesta.

Primera.

Meliso –Sí hay, porque la enfermedad compuesta o se compone de enfermedad y causa o de enfermedad y accidente, o de varias enfermedades, o de una que requiere varios intentos como el que tiene el hombre cuando quiere herir, reparar, llegarse, y desviarse todo con una treta sola de primera intención. Y como estas composiciones sean muy frecuentes pocas veces dejan los médicos de usar de compuestos. Y también usan de ellos cuando la medicina simple tiene fuerza compuesta, como apuntó Eudemio, que corresponde a la composición de la enfermedad. Pero si una de las facultades es más flaca de lo que requiere la fuerza de la enfermedad, se ha de aumentar con añadir algún simple que fortifique aquella flaqueza, según dijo Polemarco, en el poner o quitar partes a los movimientos de la treta, como cuando la enfermedad en parte quiere limpiarse y en parte restriñirse, que son dos cosas que se hallan ambas en la rosa.

Segunda causa de componer.

–Y porque limpia menos de lo que se requiere, hase entonces de dar fuerza a la rosa con mezclarle simple abstersivo. Pero cuando la enfermedad es simple y no hay medicamento simple que proporcionalmente le sea contrario, se le añade otro para proporcionarle con la contrariedad.

Causa tercera.

–Y cuando los médicos desean algunas de las operaciones que en ninguno de los simples se halla, según su género, como el moho y la cera, que se hace [fol. 173v] medicamento que tiene virtud de deshacer señales, y ninguno de los que lo componen la tiene. Pero si se ha de quitar fuerza dañosa de algún simple, como a la escamonea, que se le añade laurel y cosas aromáticas a los medicamentos que purgan con mucha fuerza. Y si acaso es para vencer algún mal gusto, se añade miel y azúcar a los electuarios, confecciones y jarabes. Mas si hay intento de prohibir que la medicina no se mude de la virtud digestiva de algún miembro, se mezcla con ella algo que no se cueza, como él es opio con la atriaca. Y si el médico tiene intento de enviar la medicina a miembro particular, añade simple que tenga respecto al tal miembro, como cuando se echa azafrán en los trociscos de canfora, porque las demás medicinas, por causa de su frialdad, no irían al corazón. Pero cuando desean de tener el medicamento por algún espacio en algún miembro, echan los dátiles en el diafenicón para que la escamonea se detenga en los intestinos. Y si el medicamento es indiferente a varios lugares y con la mixtión se determina a lugar particular, como cuando a la medicina que hace sudar y diurerica se añaden los catharides para que solamente quede lo diurético. Más cuando el intento es que la virtud de la medicina obre en miembro remoto, añaden los médicos cosas que aceleren el movimiento, como simiente de ruda

Causa 4 de componer.

Causa 5.

Causa 6.

Causa 7.

Causa 8.

Causa 9.

Causa 10.

Causa 11.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

en la medicina para las junturas. Otra necesidad hay de composición para que reduzca el simple a forma cómoda, y es si se añade pez, resina y cera en los emplastos. Finalmente, para conservar las cosas que no se pueden haber, siempre se usa de compostura como alfeñique, miel, azúcar y otras cosas, sin las cuales algunas no pueden conservarse.

Causa 12.

Causa 13.

Esto es, sucintamente, lo que [fol. 174r] toca a las necesidades de componer medicamientos fundados sobre la razón de Polemarco. Dadnos ahora la doctrina fundándola en lo uno y en lo otro para que salga con la firmeza que conviene.

Phylandro –Por cierto que habéis particularizado con curiosidad lo de los simples y compuestos y las necesidades por qué se hacen, como hombre estudioso en esa facultad. Y para salir a buen puerto, quiero guiar mi intento por alguno de los vuestros, enderezando mi plática a Eudemio, que es el que se ha de satisfacer de estas cosas por haberse persuadido que hay treta universal para todos, lo cual no puede ser si no es con las limitaciones que arriba dijo Polemarco, y vos ahora en las composiciones, porque el cuerpo humano está formado de diversas partes contrarias, unas calientes como el corazón, otras frías como el cerebro, otras húmedas como la carne, otras secas como los huesos, y otras templadas como el cuero.

El cuerpo humano está formado de diversas partes.

–Porque si todos los hombres, como sabéis, fuéramos compuestos de una sola cosa, no viviera entre nosotros contradicción ni repugnancia. Antes amáramos todos una mesma cosa o la aborreciéramos de suerte que, por ser compuestos de varios elementos, amamos y no inclinamos a cosas diferentes, como vemos en los compuestos, que cuando la parte de tierra, que es fría, vence y predomina a todo el cuerpo compuesto. Si lo echamos en la agua se va luego al centro, y cuando la parte fría de la agua sobrepuja a las calidades del compuesto. Si lo echamos en el agua, se hunde, aunque no con tanta fuerza. Pero cuando la parte cálida del aire y la seca del fuego sobrepujan a las otras calidades, nada lo elemental en la agua. A así veréis en ella muchos aves, porque las plumas son aéreas de su naturaleza, lo cual no es por respecto de la forma como [fol. 174v] algunos filósofos modernos han dicho. Así que, por tener un cuerpo más de tierra que de otro elemento, viene a ser melancólico, y por tener más de agua, flemático, y por tener más de aire, sanguino, y por tener más de fuego, colérico.

Nota el efecto cuando alguna calidad predomina.

Cómo se hacen las complexiones.

–Y como los efectos de los ánimos que nacen con nosotros son tan fuertes que nos inclinan a obrar, y por la mayor parte siguen la temperatura del cuerpo, vemos que él que tiene el corazón húmedo de su naturaleza es de ingenio inclinado a ira. Pero mitígase fácilmente, porque con más facilidad se muda lo húmedo que lo seco. Y de aquí nace que las mujeres y niños se encienden más presto en ira y, llorando, fácilmente la refrenan, porque de la manera que de lo seco resulta dureza, así de lo húmedo resulta blandura. Y de la suerte que el hierro, porque es seco y duro, se enciende tarde y, encendido, no se apaga luego, y retiene mucho tiempo el calor, así el corazón que fuere seco no se altera y enoja súbitamente, como el húmedo, y cuando se enoja, no se aplaca fácilmente, que es de donde se hace el ánimo feroz y inexorable.

Nota del corazón húmedo.

Nota la calidad del corazón seco.

–Y las cosas que se deben aplicar a los coléricos sanguinos melancólicos y a los coléricos melancólicos flegmáticos, y a los coléricos sanguinos melancólicos, y a los coléricos flegmáticos sanguinos y a los coléricos flegmáticos melancólicos lo tratamos largamente en la perfección

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

del diestro cuando disputamos de las señales de cada uno y de sus afectos y costumbres, de manera que por ser los hombres compuestos de diversas cosas repugnantes entre sí tiene la mesma repugnancia en las cosas a que se inclinan. Y si no hay en el cuerpo más calor que frialdad, ni más humedad que sequedad, antes está constituido en medio de todas, según la debida proporción, entonces está [fol. 175r] Templado.

De dónde nacen las varias inclinaciones.

–Porque cada una de las calidades tiene lo que es suyo, sin tiranizar el oficio ajeno, ni dañar a otra con mala vecindad, que es de do resulta la salud y a lo que los médicos llaman estar el cuerpo en justicia. Porque si alguna de las calidades predomina y se desvergüenza contra otra, luego en aquel punto saca al cuerpo de su templanza y lo enferma. Porque siempre la enfermedad sucede a la mala temperatura, de suerte que por la diversidad de las calidades vienen los unos a ser tan diferentes de los otros, tanto que por maravilla se encuentran en una cosa por tener tan varios los efectos de los ánimos y ser tan diferentes lo ímpetus que los muevan.

De dónde resulta la enfermedad.

–Siendo esto así y que a diferentes enfermedades se ha de aplicar diferentes remedios, enseñando el maestro una cosa a todos los que aprenden, sin diferenciarla para alguno, no teniendo todos un ánimo ni una mesma inclinación, y siendo de diferente fuerza y estatura de cuerpo, síguese evidentemente que todos los discípulos no se aprovecharán de ellos. Si acaso los maestros no lo hacen porque es fácil cosa enseñar en general, verdad es que lo sabrán, pero al obrarlo como las costumbres del ánimo, según a la temperatura del cuerpo, según dicho es, el ánimo seguirá a su natural afecto y no a la calidad de la treta que aprendió por no haberla el maestro conformado con el ímpetu suyo.

Por qué no se aprovechan los hombres de lo que aprenden.

Cada ánimo sigue su afecto.

Y vendrá la destreza entonces a embarazar al ánimo, porque habíendose confiado de ella en la paz, no dejará de tener alguna indeterminación dudando la voluntad si se llegara al afecto del ánimo o a la calidad de la treta, lo cual será causa de mayor temor del que tuviera si de todo punto ignorara la destreza. Y por esto dice Cicerón que los maestros deben de considerar y [fol. 175v] examinar con diligencia la naturaleza de los discípulos y, tomándola por guía, encaminarlos y enderezarlos en la vía a que más se inclinan. Porque haciendo lo contrario, será sembrar trigo en la que es buena para olivos. Así que, por enseñar el maestro al discípulo lo que el sabe para sí y no lo que ha menester el ánimo del que aprende, vienen los hombres a no aprovecharse del trabajo que pusieron en ser diestros, como lo he experimentado en mí.

Deben los maestros examinar con diligencia los ánimos de los discípulos.

–Y lo que he visto ordinariamente es que, si el maestro es hombre de poca fuerza y de poco ánimo, luego enseña a todos sus discípulos a que no tienten la espada ni dejen tentar la suya del adversario. Antes les persuaden que se valgan de los compases y de las ocasiones que hallaren para herir. Y, al contrario, si es de mucha fuerza luego aconsejan que tienten la espada y que procuren siempre sujetársela al enemigo, porque se hacen mejor los reparos y heridas debajo del conocimiento que tiene el hombre de la fuerza de la espada contraria. Y si el discípulo es izquierdo, unos le aconsejan que traiga la espada por de fuera, y otros que la traiga por de dentro, siendo las tretas iguales por la una y por la otra parte, sabiéndolas convertir y aplicar. Pero los vulgares, como gente ignorante, loan aquello en que se hallan bien. Y con esta mesma ley lo persuaden a los discípulos, habiendo de imitar el maestro a los músicos, los cuales cuando templan los instrumentos estiran las unas cuerdas

El engaño de los que enseñan.

Al músico debe imitar el maestro.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

y aflojan otras, hasta poner perfección en los acordados sones que se han de hacer en el instrumento, y templan conforme a las reglas y proporciones de la música, porque si a todas las cuerdas las subiesen en un punto, o a todas las bajasen en otro, no harían aquella [fol 176r] armonía que resulta puesta cada una en su lugar.

–Mas lo peor de todo es que mandan al discípulo, en sabiendo dos o tres tretas de aquellas suyas, que esgrima para que se enseñe a hacerlas, los cuales, como ignoran las varias salidas que tienen y todo lo demás que conviene para que no le impida el adversario su efecto, ni le muden las cosas que pueden hacer en otro, como ve que no sale con lo que aprendió, amedréntasele el ánimo y no osa emprender lo de allí adelante y casi lo tiene por falso. Lo mesmo sería si porque sabe uno dos o tres letras del A, B, C le mandasen escribir una carta, donde son menester todas las letras que no sabe. Por lo cual conviene que el discípulo no juegue al principio sino con solo el maestro que le enseña hasta que sepa tretas a todos los términos y entienda que si errare es porque no supo aplicar, y no porque ignorara lo que convenía en aquel punto. Y haciéndolo así será uno fácilmente diestro y en menos tiempo.

Aviso para el maestro.

Eudemio –No niego yo que cada naturaleza de ánimo no tenga necesidad de treta que le iguale en género y en specie a la inclinación del hombre. Pues, en el frenar caballos vemos que ponen a cada uno el freno conforme a su naturaleza y los enseñan a trotar y a golpear primero que corran. Y acuérdaseme que llegaron dos hombres en sus caballos a preguntar a un amigo mío que sabía mucho de esta arte el remedio que tendrían para que un caballo de aquellos que era boquimuelle no dejase a su dueño en medio de la carrera en haciendo algún movimiento con descuido en la rienda, y el reparó que tendrían para que el otro caballo, que era desbocado, parase. No hizo otra cosa después de haber oído la relación que mirarles la hechura de las bocas y luego trocó- [fol. 176v] -les los frenos. Y con sólo esto quedó cada uno en su punto, sin otra diligencia, porque con sola ésta paró a raya el que no paraba, y llegó a ella el que en la carrera se detenía. Y así entiendo que se ha de enseñar las tretas conforme a los afectos de los hombres y al natural de cada uno para que escoja conforme a su naturaleza y afición, y también porque cuando un hombre ha enojado a otro, ha menester usar de diferentes tretas que usara cuando lo han enojado a él.

Nota de caballos.

Meliso –La resolución de todo lo que se ha tratado es que en ninguna manera se pueden todos aprovechar de unas mesmas heridas.

Phylandro –No estéis tampoco persuadido a eso que en universal y particular aprovechan las verdaderas. Porque bien sabemos de lo tratado en la destreza vulgar, que si el que enseña es flegmático y él que aprende colérico, y el maestro enseña lo que el sabe y no lo que el discípulo ha menester, no le aprovechará, aunque sea muy bueno lo que aprendiere. Y esto todo habéis de entender en la disciplina vulgar, que de la destreza esencial ya está dada conclusión de esto en el diálogo primero. Así que si juzgaríades por loco a quien quisiese ponerse va vestido a la medida del sastre y no a la suya, siendo los cuerpos de diferente cantidad, no menos razón tendríades en lo de la destreza que va la vida en ello.

Cada ánimo quiere su treta.

–Porque la naturaleza del ánimo no puede sujetarse puntualmente a la arte. Y aunque la torciera, torna naturaleza fácilmente a sí mesma. Porque si el ímpetu de mi afecto pide la compostura de las tretas de movimiento

El ánimo no se sujeta del todo al arte.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

rectos, porque soy colérico y el maestro me las enseña de líneas circulares, y al que las ha menester en parte remisa y en parte agudas se las da de todo punto graves, ni él se aprovechará de lo [fol. 177r] que sabe, ni el discípulo de lo que aprendió.

Por qué uno no se aprovecha de lo que sabe.

–Y de aquí viene uno a saber muchas tretas y no aprovecharse de ellas, y otro hombre con pocas aprovecharse mucho, como habéis dicho muy bien en la compostura de los simples. Finalmente, el que enseña no ha de dar al que aprende lo que sabe para sí, sino lo que la inclinación y el ánimo, la disposición y las fuerzas del discípulo piden, para que dure más la doctrina y le aproveche en las necesidades. Y por esta razón han de ser los que aprenden con sus maestros como los enfermos con los médicos que les han de decir verdad en todo, como a los confesores, que les han de curar el cuerpo y los ánimos. Y por esto deben mirar los hombres de quien aprenden porque las costumbres de los maestros se asientan en los ánimos, como la doctrina, y son muy malas de borrar después.

Meliso –Con esas razones yo quedo satisfecho, habiendo tanta diferencia de ánimos y cuerpos en la specie humana, como vemos, y lo que es más de espantar, cada uno con su intento. Y lo mesmo hallo en la destreza, pues con sólo el variar los principios de las tretas y mudarlas de su proprio término, salen, como vistes en el diálogo primero, tan varios fines, aunque igualen con el ánimo. Si le falta algo de lo que le conviene, ¿qué os parece que será si difiere en todo, aunque sea una mesma treta? Vendrá a ser como una mesma yerba que puede tener diferente calidad cogida en un tiempo del año o en otro. Y aunque sea en el mesmo tiempo, será diferente en ser seco o húmedo, frío o caliente, y ella madura o verde, marchita o fresca, en flor o en hoja.

Eudemio –No creo yo que hay tanta mudanza en los principios de las tretas, porque es universal la proposición, y [fol. 177v] no pierde su acción porque comience con más o con menos partes el movimiento y se varíe algo en el tiempo de la aplicación, sino en llegar más tarde o más presto.

Meliso –Veamos, ¿toda la destreza no pende de dos causas, una universal y necesaria, y la otra particular y contingente?

Polidoro –Sí, porque la necesaria es de parte de la verdad universal y la contingente de la particular.

La destreza pende de dos cosas.

Meliso –Pues siendo así el efecto que sale de las dos causas, la una necesaria y la otra contingente, clara cosa es que ha de ser contingente. Bien sé que la proposición se hará de parte del diestro, supuesto que es verdadera, pero si esta verdad está fundada en las ocasiones que el contrario ha de dar para efectuarse, cuando no las diere, dejará de ser. Y será la proposición unas veces cierta y otras no, pero en general dejará de ser.

Cuál es la verdadera treta.

Phylandro –Muy bien decís, si tratáis de las tretas particulares, las cuales por su singularidad individual no las comprehende universal. Pero la que es verdadera proposición y tiene lo que conviene para universal ya sabéis que no espera más ocasión que elegir su medio. Y electo, no acata ni respecta a ninguno de los movimientos ni posturas de espada, ni perfiles de cuerpo, como no lo aguarda la daga, cuando con ella sola queremos contrastar la espada.

Polemarco –Tocad algo de la teórica de esa arma. Sabremos alguna parte de los misterios de sus proposiciones que tanto han espantado al mundo. Porque yo os digo que solamente a lo que hace la daga tengo por

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

verdadera destreza, porque la que no pone admiración es semejante a la del vulgo.

Phylandro –Aunque es lo más difícil de cuanto me habéis preguntado, y requiere más prevención materia tan sutil que la que yo [fol. 178r] tengo, por que entendéis cuánta es la armonía que llevan sus tretas y veáis cómo no os dará menor espanto la causa que el efecto, apuntaré algo de su teórica.

El ángulo recto alcanza más.

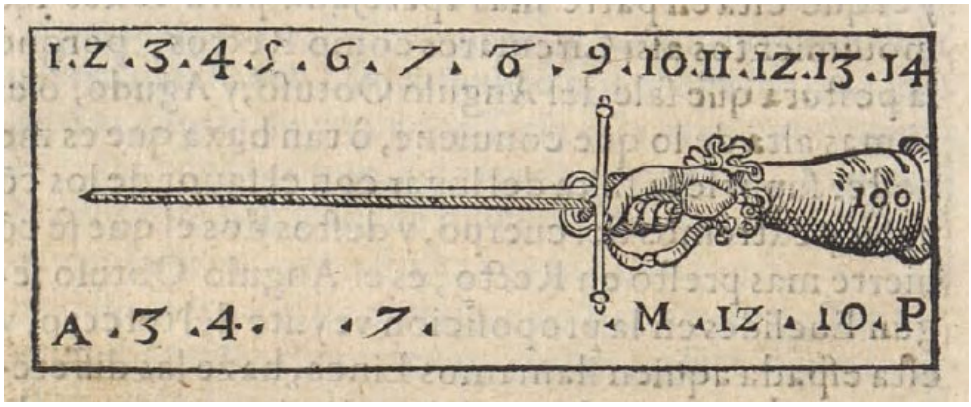
–Y para ello conviene que sepáis que de todos los ángulos que son las posturas, conviene a saber el recto, el obtuso, el agudo, el que más alcanza es el recto y el que está en parte más aparejada para todos los movimientos así circulares como rectos, porque la postura que sale del ángulo obtuso y agudo o está más alta de lo que conviene o tan baja que es menester suplirle la falta del lugar con el favor de los compases y extremos del cuerpo. Y de estos dos el que se convierte más presto en recto es el ángulo obtuso, según Euclides en la proposición veinte del tercero.

El inconveniente de las posturas extremas.

Graduación de la espada.

–Y esta espada a quien llamamos "línea" hace las diferencias conforme a la figura del movimiento, porque la graduamos desde la punta, en la cual, como parte más flaca, ponemos la unidad que es principio del número. Y como se va multiplicando el valor de los números hacia al centro, va la espada manifestando la fuerza que le comunica el cuerpo al centro, que es el ángulo sólido que forman la espada y el brazo con el cuerpo, que es donde acaba el mayor número y de la manera que, comenzando por la unidad de la punta, que es la parte donde comienza el punto de la línea, se van fortificando los unos números con los otros, hasta para en el mayor, que está en el centro, así comenzando del mayor número vamos disminuyendo la fuerza que tiene la comitiva de la espada, hasta llegar a la unidad y el punto que es principio de aquella cantidad, sin ser línea acompaña a toda la magnitud, [fol. 178v] como la unidad a los demás números, aunque no es número, de la manera que anda siempre la parte del movimiento, siguiendo a las que están por venir como se van engendrando, y el instante a los demás que componen al tiempo, como lo enseñará la demostración que sigue.

Demostración



Sea el nacimiento del brazo, que es el centro principal en el ángulo sólido punto "P"; y la empuñadura, que es el centro menos principal punto "M"; y la parte mas flaca, que es la punta de la espada punto "A". Para sacar el medio de entre estas dos proporciones de fuerza y flaqueza, hemos de sumar 10 con 4 y serán 14. Sacando la mitad de 14 son 7, este siete es medio entre diez y cuatro, y queda hecha una proporcionalidad de dos proporciones, la primera de 10 a 7, y la segunda de 7 a 4. Porque el diez excede al siete en tres, y el siete

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

al cuatro en otros tres, y con esto viene a ser tanta la flaqueza de la punta de la espada como la fuerza del centro, el cual viene a exceder en tres partes de fuerza al medio de la espada, y el medio en otras tres a lo más remoto de ella, de suerte que queda la punta de la espada tan sin fuerza como la unidad, que la señala en valor a respecto del número mayor, y la proporción que hace doce a tres, esa hace el cuatro a la unidad. [fol. 179r]

–Así que, puesta la espada en el ángulo dicho, la parte de ella que está siempre flaca, sin mudarse jamás, es la punta; y esto aunque se mude el centro, porque cuando acaso se mudare más cerca, tendrá la punta de la espada menos flaqueza, pero no fuerza, como tampoco podrá el centro mudar su propria fuerza en flaqueza. Porque no le compadecen dos contrarios en un subjeto, ni en la punta de la espada, ni de la pica se hallará más fuerza y flaqueza juntamente. Así que queda averiguado con firme demonstración que la parte más flaca de la espada es la punta. Y sabemos también que le viene esta flaqueza porque es la parte de la espada que está más apartada del cuerpo, que es la fuente de la fuerza y el que difunde la virtud en todas las partes que quiere la voluntad, conforme a la naturaleza de cada una. Y si queréis demonstración más clara para ello, y para más satisfacción de esta doctrina, yo os la daré tal que os admire.

La punta de la espada es la más flaca parte de ella

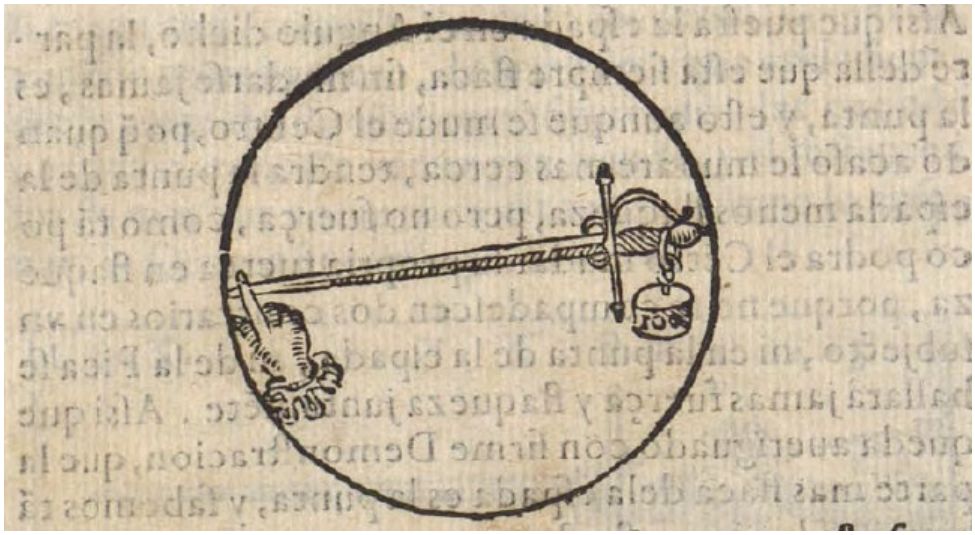
Eudemio –Holgare de verla.

Phylandro –Veamos, ¿quién tendrá más fuerza a vuestro parecer, un dedo de la mano o una espada o una pica?

Eudemio –La espada o la pica.

Phylandro –Pues poned el dedo primero de los cuatro, que llaman "index", sobre la punta de la espada en el nacimiento del movimiento violento, y tenedlo firme de suerte que hago dos ángulos rectos con la espada, que yo os digo de parte de la verdad que, aunque se junten muchos brazos fuertes a sacarla por la parte donde está el dedo, no sacándola por los lados, ni por lo bajo, no la sacarán, ni podrán por lo alto, ni hacer movimiento violento con ella hacia arriba en ninguna manera, como veréis en esta demonstración que sirve para el movimiento violento y natural. [fol. 179v]

Demostración.



Eudemio –Por cierto que es demonstración gustosa y provechosa, y que, si no la experimentara, la tuviera por patraña como dicen las viejas. Pero

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

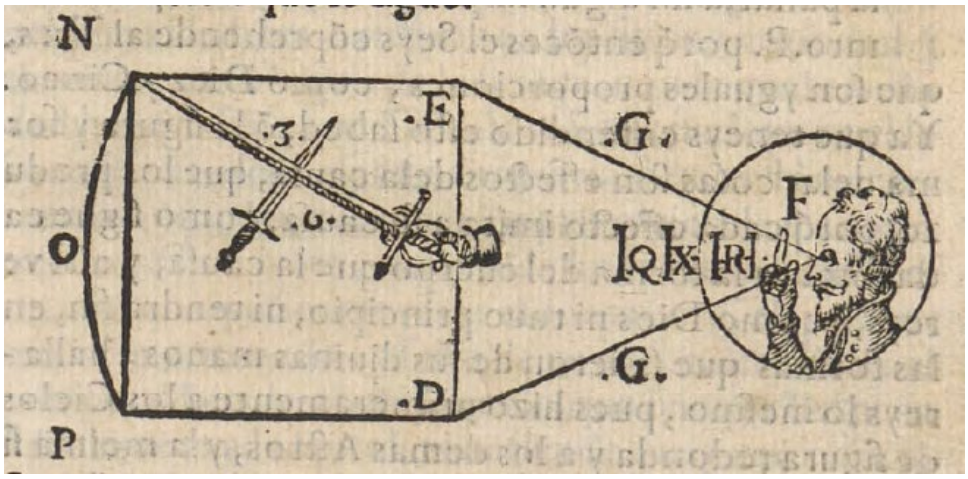
decidme, ¿qué razón hay para que se ponga el dedo contiguo a la espada y no algo apartado?

Phylandro –En todos los principios de los movimientos violentos, y aun en el principio del movimiento natural, estando la espada en ángulo obtuso que se ponga, el dedo hace el mesmo efecto. Y la causa por qué se pone junto a la espada y no apartado adelante se verá en la demonstración con que se prueba cómo el reparo de brazo flaco podrá resistir al movimiento de brazo fuerte con otras cosas.

–Ahora resta que sepáis que esta espada que es contigua al brazo puede tantas veces moverse circularmente cuantas son las partes a que puede rodearse el brazo mediante diversos músculos y cuerdas que lo mueven, como dicho es. Y entre tantos movimientos circulares sola una vez puede moverse rectamente. Dígolo así porque la estocada es movimiento accidental en comparación de los demás, y lleva siempre un principio en todos sus movimientos, los cuales se engendran de partes que se van multiplicando [fol. 180r] unas tras otras hasta que perfeccionan al movimiento, y lo hacen de acto cumplido.

–Estos movimientos son flacos en todos sus principios porque el fundamento sobre quien se compone y multiplica la fuerza de todas las otras partes es una parte sola. Y una parte sola de movimiento no tiene fuerza por sí, pues está el tenerla en la compañía que hace con las otras. Luego bien se sigue que cualquiera movimiento que tuviere más partes, resistirá al que trajere menos, de la suerte que es más poderoso el movimiento ya en acto que el que está en potencia, y aun veréis que pequeño impedimento estorba, según regla de perspectiva, que los ángulos visuales, si les impiden el nacimiento, no comprehendan una cosa grande, como parece en la demonstración que se sigue:

Demostración.



Sea el ojo punto “M”, y los rayos visuales punto “G”, y el dedo punto “F”, y lo que han de comprehender “D” y “E” puesto el dedo en el nacimiento de las líneas visuales con ser de tan pequeña cantidad estorba, que las species de lo que está detrás no vengan a los ojos, porque les estorba el acto, pero si el dedo que antes era punto “F” se apartase donde está punto “R”, “Q”, “X” que es algo más a fuera, de suerte que el [fol. 180v] ángulo esparciese los rayos libremente, no será parte el dedo para que las líneas no lo comprehendan a él y al cuadrado.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–De la mesma manera entenderéis que, si al principio del movimiento arrimáis la daga, no será parte de la cantidad mayor de la espada para sobrepujarla. Pero si apartáis la daga de suerte que el movimiento se rehaga de algunas partes y se ponga en acto, ninguna parte será la daga para resistirlo, como se verá en la demostración del cuadrado. Sea el movimiento que ha de hacer la espada desde punto "N" a punto "P". Si la daga se le pone al nacimiento del movimiento, como dicho es, no hará la daga movimiento alguno, pero si la daga se apartase algún poco, la espada la llevaría de encuentro y la dejaría en punto O y ella pasaría sin algún impedimento desde punto N a punto P, porque entonces el seis comprehende al tres, que son iguales proporciones, como diez y cinco.

Cada efecto imita su causa.

–Ya que tenéis entendido esto, sabed que la figura y forma de las cosas son efecto de la causa que los produce, porque cada efecto imita a su causa, como sigue cada sombra la forma del cuerpo que la causa. Y así veréis que, como Dios ni tuvo principio ni tendrá fin, en las formas que salieron de sus divinas manos, hallaréis lo mesmo. Pues hizo primeramente a los cielos de figura redonda y a los demás astros, y la mesma figura dio a todos los elementos. Y copiosamente lo veremos verificado en el hombre, en el cual hallaremos las figuras que tiene la geometría todas incluidas en el círculo principal de que consta el cuerpo humano. Porque abiertos los brazos y apartadas las piernas, según la medida de Vitruvio, si le ponen un compás en cierto medio, toca la punta en la superficie de los dedos de los pies y de las manos, las cuales tienen por [fol. 181r] sí la mesma figura de su todo, como la tiene la cabeza, los ojos y todas las demás partes, por cuya causa todos los movimientos proprios que el hombre hace con el todo o con los brazos, pies y cabeza son todos circulares, sacando a la estocada que, como dicho es, es movimiento accidental. De manera que en la figura circular no se puede dar fin ni principio, porque no lo tiene, ni nadie lo hallará después de hecho el círculo.

El hombre es de figure esférica.

–Ahora, pues, volviendo a lo pasado por cuya causa se han declarado como premisas estas particularidades para inferir que la daga está siempre junto al centro, de la cual comunicación le viene tanta fuerza que en cierta manera se puede decir que es toda centro, aunque también en la cantidad pequeña de la daga hay partes, unas más flacas que otras, y otras más fuertes conforme a los sitios y vecindad que tienen con el origen de la fuerza, con la cual cantidad hace la daga un círculo tal que incluye en ella línea recta de la espada contraria, o que esté en potencia o en acto, y la mata los principios de los movimientos circulares que puede hacer, junto con la estocada que quisiere formar el adversario, el cual, como indeterminado de aquel círculo que hace la daga casi semejante a la espiral, ni entiende tampoco el fin adonde ha de parar. No sabe ni acierta a sacar la espada, ni a encaminarla por do la puede librar del dicho círculo.

La daga es toda centro.

Primera proposición universal de daga.

–Pues si a un solo círculo no se le puede conocer cuál es el principio ni el fin, a muchos cirulos juntos que hace la daga cuando entrando el cuerpo y metiendo los compases adelante va incluyendo en él la cantidad de la espada, convertido algo del circulo en la línea helíaca, menos podrá [fol. 181v] librar la espada de la daga, aunque se dé priesa atrás por sacarla, que es lo que han tomado algunos por remedio, después que se ha hecho a todas las cosas que han inventado contra la daga. Y lo que os admirará más es que jamás se han errado estas proposiciones en veras ni en burlas, y hanse experimentado más

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

veces de la que convenía hasta allanar la aspereza de los corazones incrédulos y curar los ánimos de los invidiosos con talas demonstraciones, que si la notoriedad no lo estorbara, las hubieran publicado por invenciones como a otras cosas. Y, en fin, han puesto confusos a todos los que juraron antes ser cosa imposible, teniéndolo por patraña más que por verdad.

Meliso –Por cierto, que lo habéis traído todo también que me dejáis con sed grande de saber por cuántas partes puede la daga resistir a la espada. Decidlo, ya que habéis comenzado esa materia, que no será menos sabroso que lo pasado a los entendimientos de buen gusto.

Phylandro –Nunca yo he hecho caso de los que lo tienen malo, ni de su incredulidad, porque cada uno alaba lo que entiende y vitupera lo que no puede comprehender, y así cuando ha dejado de creer, todo ha redundado en honra de la daga, la cual hace sus tretas con la espada de muchas maneras, primeramente eligiendo su medio, que es el fundamento de la destreza, que se elige unas veces poniendo la daga sobre la espada, no aplicada sino en el medio de proporción, y otras debajo de la espada por el mesmo orden, y otras veces puesta la daga a ambos lados cado uno en su término, eligiendo menos porción de la línea entre la daga y la espada, que hay entre la espada del contrario y el cuerpo que tiene la daga.

Lo primero que hace el diestro.

Polemarco [fol. 182r] –¿La daga sola a cuáles de los movimientos de la espada hace más fácilmente su efecto?

Primera objeción contra la daga.

Meliso –Contra los movimientos de la estocada hará mejor sus tretas, porque la daga usa de círculo y la espada de movimiento recto.

Eudemio –Yo tengo por más difícil entrada con la daga cuando el contrario tira estocadas y se retrae juntamente.

Segunda.

Meliso –Lo que a mí se me hace más difícil de creer es que se hará lo de la daga contra los tajos y reveses, porque son movimientos muy vehementes, y la daga, aunque tiene fuerte la cantidad, como es tan pequeña, no los podrá resistir.

Tercera.

Phylandro –Por cierto, que ponéis grandes dudas, y que los vulgares que deseaban que no fuese verdad no las han puesto mayores, pero hay diferencia que ellos dudaban por negar la verdad, y vosotros por saberla. Y como es tan vario el parecer del vulgo, a unos se les hacía imposible, antes que lo viesen y lo experimentasen, a otros se les hacía fácilmente contra todo lo que traían pensado los muy confiados, se acogían luego a porfiar, que es el postigo por desde se escapan los incrédulos.

–Otros cuando tiraban estocadas y se entraba el de la daga con ellos, juraban que, si se estuvieran en un lugar con la espada sin moverla, no pudiera entrar como pudo a la estocada. Y la razón a que ellos iban rastreando es que, como el movimiento que una vez se hiciere con la espada no puede dejar de haber sido ni de ser hasta que acabe y cumpla aquella acción, parece que por no dejar de ser el movimiento en el camino hasta que para en su punto, si acaso no está otra cosa determinada en la voluntad antes de comenzar, pueden bien la daga entrar seguramente a la [fol. 182v] espada y hacer que sean de efecto los desvíos y ángulos.

Cuarta.

–Y por esta causa tienen algunos por cierto que, estando la espada en potencia y en figura de ángulo agudo, no la podrá resistir la daga. Pero cuando con esta prevención de fuerza se ha hecho con la mesma facilidad por ser la proposición de la daga universal, que contra las posturas que tenían por más fáciles daban vuelta diciendo que no se podría hacer contra los tajos por

Quinta.

Sexta.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

carecer la daga de cantidad conveniente para resistir tan fuertes movimientos.

Séptima.

–Y cuando también se ha hecho sin resistirlos, han dicho de nuevo que si uno se retirase tirando cuchilladas y estocadas, en ninguna manera se podría hacer efecto con la daga. Antes el de la espada podría hacer efecto con la daga como si estuviese el de la daga obligado a más que a hacer retraer al contrario o entrar con él, si espera. No es cosa de risa que la mayor defensa que han hallado los más confiados en la espada contra la daga al fin de tanto estudio es retraerse con la espada.

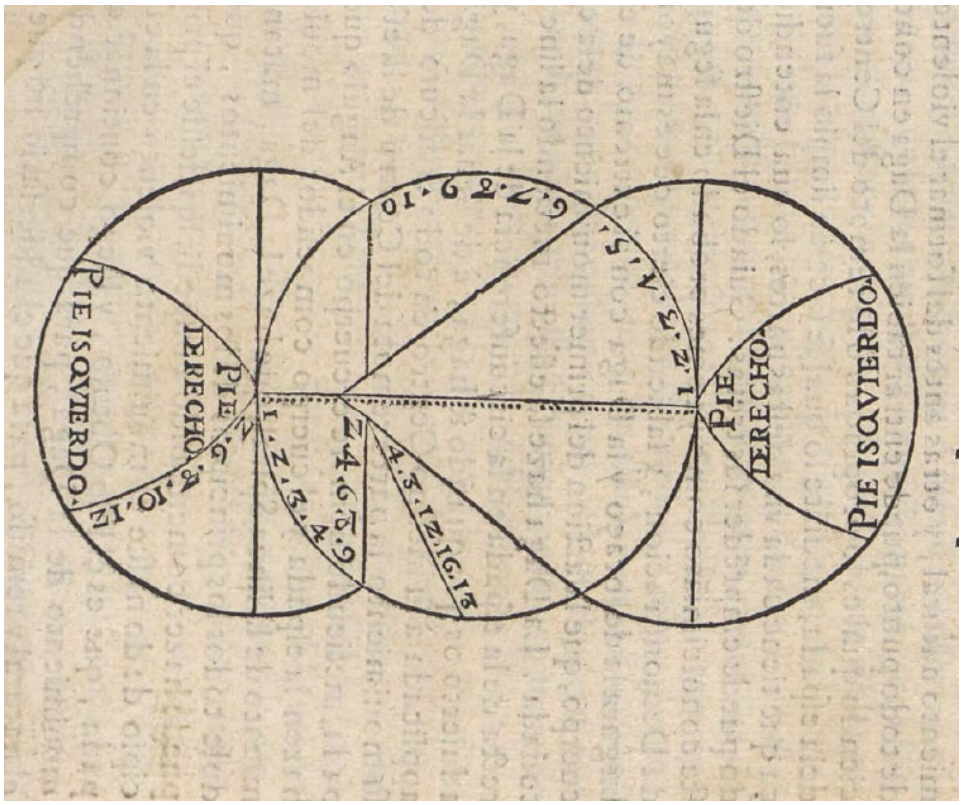
Eudemio –Por eso será bien que nos digáis algo de ella, ya que tenemos entendidas las demonstraciones pasadas, para que nuestras dudas vengan a menos y nuestros créditos se dispongan para la con que tanto espanta oído, y admiró visto.

Segunda proposición de la daga.

Phylandro –Muchas son las especies de las proposiciones que tiene la daga contra la espada porque unas veces entra conociendo la naturaleza de los principios de los movimientos para lo cual ha de advertir el diestro cuáles son los que siempre hieren y cuáles no son para herida, sino para ayudar a herir, porque en la destreza hay algunos movimientos que son de la calidad del cero en la aritmética, que no sirven de otra cosa más que de hacer crecer el valor del movimiento que se les llega, y de esta [fol. 183r] suerte de entrar salen muchas species de tretas.

–Entra también la daga mediante los compases de los pies, cuando el de la espada hace movimientos circulares, porque los compases están graduados con ellos, y van supliendo con su rectitud o curvidad por el diámetro o la circunferencia los grados que gasta la espada en lo circular del movimiento, de la manera que sea la cuerda con el arco, como se verá en esta demostración universal de los compases para todas armas.

Demostración.



© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[fol. 183v] Que el círculo mayor es el espacio que hay entre el pie derecho del contrario y el mío, y el menor es el que hay del derecho de cada uno hasta el izquierdo, y los números significan lo que se augmenta de cantidad en la espada con el movimiento se los pies en cada uno de ellos, doblándose conforme al valor de cada uno como declararemos largamente en su lugar.

Treta 4.

–Así que la daga entra otras veces por el círculo que está entre ambos pies al contrario del tajo al venir el movimiento natural. Y otras, antes del formar el violento de todo punto, puede entrar también la daga en conociendo cual es lo propincuo o lo remoto del centro de la espada mediante lo cual se saca en limpio la fuerza que tiene cada una de estas partes, lo cual entendido puede emprender sus tretas.

Treta 5.

–Guiado el diestro de este conocimiento, como ya hemos probado en la segunda demostración, y sabiendo cierto que es mayor largura la del brazo y la daga con el extremo del cuerpo que la acción del primer movimiento de la estocada, la daga hace el efecto, metiendo la línea recta de la espada en la circunferencia de la daga. Y adviértoos que cuando se haga ha de llevar la daga aplicada a su mesmo centro en todo el discurso de su movimiento, siempre el cuerpo en el ángulo que hacen la espada y el cuerpo, compelidos del movimiento de la línea espiral que hace la daga, matándole todos los principios de los movimientos que puede hacer, comenzando a impedirlos desde el principio, de do nace el movimiento violento en la espada, que es el filo obtuso, y luego continuar el movimiento de la daga para que comprehenda el natural y remiso, para que el adversario no pue- [fol. 184r] -da formar el agudo, el recto, ni el mixto.

Treta 6.

Cómo se ha de haber con los engaños.

–Porque los engaños que puede el enemigo hacer con la espada se han de prevenir de una vez y no de muchas. Y como la espada, cuando mueve rectamente a estocada, tiene el punto principal de la herida en la punta y no en otras partes, porque las demás se gobiernan por aquel punto primero, al contrario de las figuras circulares que con cualquiera parte de la cantidad de la espada que acierta hiere más o menos conforme a la fuerza que se le comunica a aquella parte y conforme a la distancia que llevó el movimiento violento.

Responde a la objeción.

–Pero la punta de la espada es el principio de la herida, al cual sirven todos los otros y, desbaratado el intento de este primero, se desconciertan todos los demás. La daga puede resistir aquella herida con muchos puntos que tiene en su largura, aunque pequeña, y no tiene necesidad de señalar en la cantidad parte alguna que desvíe. Antes, con cualquiera que toca, hace el mesmo efecto en los muchos puntos de la espada.

Séptima treta de la daga.

–Puédese entrar también con la daga haciendo extremos con el cuerpo, dilatando con ellos el movimiento contrario, ahora sean rectos o circulares.

Octava treta.

–Y si acaso la espada hiciere acometimiento por una parte para herir por otra, entonces se ha de convertir la circunferencia que hace la línea helíaca, sin que se mude el centro de la daga. Porque, si lo muda, será superfluo y dañará antes que aprovechará.

Novena treta.

Y– también, haciendo ángulo con la daga en la espada de cualquier especie que sea meter luego el cuerpo en el, regla universal para todas las species de las armas.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Décima.

–Pero si la espada del contrario estuviere fuera de término y del medio que convenga a la daga, y acaso trajere hecho el movimiento primero [fol. 184v] de la herida, haréisle poner la espada delante por medio del movimiento arrojadizo.

Oncena.

–Y, luego que la haya puesto, le detendréis la espada con cualquiera de los atajos, conociendo la fuerza del movimiento contrario por la virtud de los ángulos, moviendo unas veces los pies rectamente atrás, diminuyendo el movimiento circularmente al contrario de la specie de herida que formare la espada.

Docena.

Polemarco –Si cada una de las que habéis dicho es treta universal muchas deben ser las particulares que salen de cada una, según lo que habéis apuntado. Y queda así muy bien para que los ingenios curiosos descubran misterios con los cuales acrecienten la invención y admiración de estas proposiciones. Pero ya que nos habéis dicho copiosamente en lo pasado lo que toca al medio del brazo y a sus extremos y el de los ángulos y el cuerpo, decidme ahora en cuál de ellos está mejor no para hacer postura principal que en la demonstración primera quedó averiguado, sino para formar herida o desvío, y mirad que trato de los extremos del cuerpo.

Meliso –eso no lo tengo yo por muy difícil después que probaron con demonstración que el extremo que hace el cuerpo sobre el pie izquierdo, por tener tan de su parte el poderse reducir al medio y pasar hasta el otro extremo, puede hacer mejor las heridas y desvíos que el extremo del pie derecho.

Eudemio –Y aun con eso se yerran las más de las cosas, por no entender la esencia de ellas y, erradas, vienen a poner culpa a quien no la tiene. ¿No está ya entendido que el extremo que tiene menos impedimentos para reducirse al otro es el extremo de pie derecho? ¿Cómo queréis probar ahora lo contrario, estando de estotra parte la razón? Pero no me espanto que siempre los que tratan con Eucli- [fol. 185r] -des mucho de un punto sólo hacen un grande edificio, por estar aquellas proposiciones tan preñadas que el que las entiende mejor saca de ellas mejores cosas y las aplica milagrosamente. Y llegada a querer entenderla no acaba el hombre de topar donde está el punto de la aplicación. Así debe de ser eso que dudáis ahora.

Meliso –Y aun de esa manera se quiebran los hombres las cabezas porfiando, pensando que han entendido lo que oyeron o leyeron y por ventura se les ha pasado por alto. Y echan la culpa que tan suya es a quien no la tiene, como hacéis ahora a mí. Porque lo que dudo no es negar lo que habéis dicho, ni mi razón en lo que trato es menos fuerte que la vuestra, salvo que diferimos, yo en decir que estando el cuerpo sobre el pie izquierdo se reduce naturalmente al medio y al otro el extremo, y vos en decir que estando sobre el pie derecho se pasa más fácilmente al medio y al otro extremo. Y no hay para qué porfiar en esto, teniendo tan a la mano la demonstración, por no ser como nuestro amigo cuando quiso sustentar que era mejor la postura de pie izquierdo. Y se vino a cegar tanto que dijo que alcanzaba más que todas las posturas, enseñándonos la demonstración que es falto lo uno y lo otro. Así lo que tengo dicho es en parte diferente de lo que vos dijistes, pero no en el todo. Y en esto se verá quién ha entendido mejor la demonstración. Por eso decidme ahora ¿en cuál de los extremos está el cuerpo mejor para hacer desvíos y heridas, que es lo primero que dudé?

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Eudemio –No estoy menos corrido de ver callar tanto a Phylandro, sabiéndolo mejor que ambos. Que de oíros hablar tan largo de un extremo que es de tan corto movimiento, y para que la respuesta sea tan a pro- [fol. 185v] -pósito como merece pregunta tan puntual como la vuestra, conviene que sepamos cómo han de estar los cuerpos en sus perfiles, porque o ha de estar cada uno por sí sin alguna defensa o puesto el cuerpo delante con el extremo contrario. Si cada uno está por sí sin defensa, ambos tienen una mesma libertad para reducirse el uno al otro.

–Y de la demonstración pasada tenemos averiguado que no se puede ir de un extremo a otro sin pasar por el medio. Y así lo dice Euclides en la proposición quince del tercero. Pero si están ambos con sus espadas en sus extremos, veréis que lejos va vuestra opinión de la verdad, porque el extremo del cuerpo sobre el pie izquierdo, después de hecho una vez, no tiene más acción por la parte del mesmo pie, como dicho es.

No se puede ir de un extremo a otro sin pasar por el medio.

–Y así no puede ir más atrás, pues ir a ponerse en el medio, como afirmáis, no puede estando la espada delante, que se lo estorbará. Y este impedimento es grande para las tretas que se comienzan por el perfil del cuerpo, que lo que toca a las demás no trato, porque tienen sus limitaciones, de manera que, no pudiendo el extremo izquierdo por el impedimento de la espada contraria pasarse al medio, mucho menos podrá pasarse al extremo del pie derecho, el cual después de tener necesitado al contrario con su extremo, puede con mucha facilidad reducirse al medio y al extremo izquierdo por no tener algún estorbo que le impida el movimiento de su herida, desvío ni reparo.

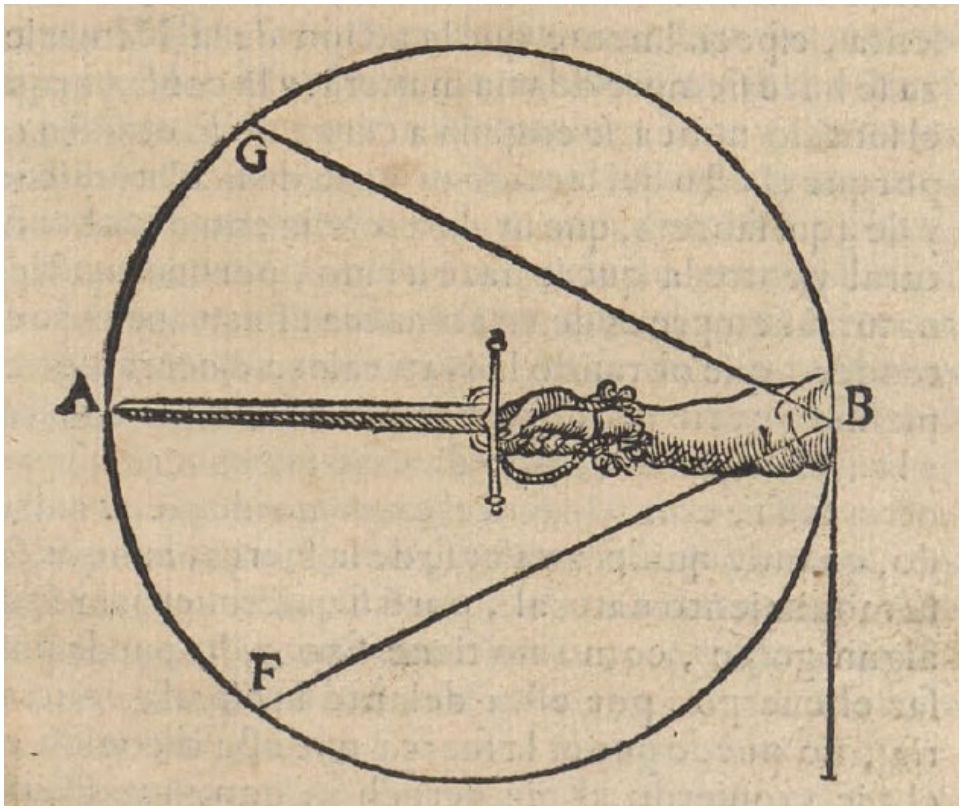
Meliso –Lee vos a Campano sobre la mesma proposición que alegastes de Euclides y veréis cuan a banderas desplegadas contradice vuestra opinión.

Eudemio –Bien he visto esa contradicción y sé que es a diferente propósito del mío y nada en favor del vuestro.

Polemarco –Yo querría ponerme en medio, si no me cupiese tan mala parte como [fol. 186r] a los que ponen paz. Ya tenemos entendido que el extremo más fácil de todos, al reducirse al medio, así de los perfiles del cuerpo como de los ángulos de la espada, es el extremo de pie izquierdo por ir el cuerpo obrando naturalmente, y el extremo de pie derecho violentamente en sus movimientos, de la propria manera que el ángulo obtuso, por bajar naturalmente al ángulo recto, se reduce más presto al medio que el ángulo agudo porque sube lo grave, al trocado del ángulo recto, que tiene acción más fácil al ángulo agudo que al obtuso, por ser la una obra natural y la otra violenta, como ahora veréis por esta demostración:

Demostración.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0



Sea el ángulo recto la línea que señala punta “A” con la línea punto “B”, y el ángulo obtuso la línea más alta que señala punto “G” con punto “B”, y el [fol. 186v] ángulo agudo la línea más baja que señala punto “F” con punto “B”, de suerte que punto “B” sea la línea que formen los tres ángulos que suele hacer el brazo con el cuerpo. Si queremos convertir uno de estos extremos en el otro o reducirlo al medio, más fácilmente se pasará por el punto “G” a punto “A” “F”, porque baja con movimiento natural, que punto “F” subir a punto “A” “G”. Y al trocado punto “A”, que es el recto, se reducirá más presto a punto “F” que a punto “G”, por razón de ser la una obra natural, como dije, y la otra violenta.

Phylandro –Muy bien está absuelta la dificultad con esa demonstración, por ser acción natural la de un extremo, y la del otro violenta, especialmente que la acción de la naturaleza se hace siempre de una manera. Y la causa por qué el sentido nunca se engaña acerca de su objeto es porque el acto del sentido es obra de la naturaleza. Y de aquí sabréis que hay diferencia entre la obra natural y entre la que se hace acaso, porque la acción natural siempre es de una manera. Pero habéis de entender que, obrando la naturaleza acerca de una specie, produce siempre un mesmo efecto. Y la acción que es acaso es unas veces verdadera y otras, falsa, como lo será el extremo de pie izquierdo cuando quisiere valerse de la fuerza, aunque sea su movimiento natural.

La acción de la naturaleza es siempre una mesma.

–Porque si quiere repararse de algún golpe, como no tiene fijo a do pueda pasar el cuerpo por estar delante la espada contraria, no puede poner la fuerza que esta recogida en el izquierdo al pie derecho. Con grandísima dificultad puede resistir el golpe sin quedar ofendido, si no es acaso; ni tampoco cuando resista, si quiere sacar de la resistencia herida como en o- [fol. 187r] -tros términos, en ninguna manera puede sin hacer el cuerpo algo

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

atrás, para fortificar con fuerza la herida o el desvío, por estar ultimada la potencia, y falta la materia para que la forma salga perfecta.

–También el extremo del pie derecho, como su movimiento hacia atrás no es obra natural, se hace de diversas maneras, y le conviene la mesma razón cuando está con la fuerza rematada hacia adelante, de lo cual carece el que está en el medio de esos dos extremos. Porque, como dicho es, puede mover la espada a diversas partes sin hacer más movimiento con el cuerpo del que quisiere para alcanzar a herir.

Eudemio –Si la obra de la naturaleza es siempre de una manera, como decís, ¿en qué están los prodigios y monstruos que salen de sus manos en una mesma specie?

Meliso –Muy bien habéis dudado, a mi parecer, pero sabed que siempre la naturaleza hace de las cosas posibles lo que es mejor. Y en el delineamiento de la criatura en el vientre de su madre de forma y compostura pretende hacer lo más perfecto principalmente en dos cosas. Conviene a saber en el delineamento para que la forma predomine, que es de do resulta la hermosura, según Platón y Temistio. Y en hacer varón, que es el más perfecto de los animales, por cuya causa Aristóteles llamó a las mujeres "varones ocasionados", que quiere decir nacidas por ocasión de generación. Porque la naturaleza siempre querría hacer varón y no lo hace por algunos impedimentos, como es abundancia de materia en lo superfluo o por falta de materia en lo necesario.

–Y si se os da algo por creer a los astrólogos o por los malos aspectos de los cuerpos superiores, cuando el sol y la luna están apartados del ascendiente y estuvieren Saturno y Marte en ángulos, o cuando el señor de la conjunción o oposición y los luga- [fol. 187v] -res de los luminares no acatare al ascendente, y los signos fueren cuadrupedes o fieras, y Júpiter y Venus estuvieren en ángulos, o cuando alguna de las fortunas conviene a saber Júpiter o Venus no acataren a los luminares y ellos estuvieren mal acatados, entonces naturaleza hace cosas monstruosas, de donde nació aquel dicho antiguo, conviene guardarse de los que nascieron señalados de naturaleza, a semejanza del pintor que, yendo con mucho estudio perfeccionando su pintura, y se le va la mano por alguna ocasión, como no lo puede enmendar, echa un rasgo para avisar a los que vieren la falta, que allí va el yerro, que no se pude enmendar, en confirmación de lo cual dice Marcial, hablando de uno que nació señalado, tu haces gran cosa, si eres bueno y para deciros la verdad, según lo que yo creo, los monstruos salen al mundo por permisión de Dios, y por los fines que los hombres no los pueden entender, de manera que, por no estar dispuesta la fuerza en uno de esos dos extremos, aunque el movimiento del uno sea natural, o por más cantidad o por menos, salen los afectos faltos unas veces y otras demasiados, como oís de las obras naturales.

Polemarco –Yo no quiero hablar en esa materia por no caer en el yerro de los que hablan en lo que no saben. Y por eso os dejaré allá envueltos con lo judiciario y me volveré a lo real de la destreza. Por eso decidme si ambos perfiles son extremos, por qué razón puede el del pie derecho herir o desviar sin augmentar movimiento en el extremo que tiene, y ponéis fuerza necesaria al extremo de pie izquierdo.

Phylandro –Con lo que se ha respondido a las dudas pasadas se absuelve esa. Y pues Platón da licencia para que se diga dos veces lo necesario, quiero responderos de nuevo. Y es porque el extremo dere- [fol. 188r -

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

incorrectamente: «186»] -cho tiene al medio y al extremo izquierdo a do puede libremente pasarse, y puede libremente pasarse y puede mejor obrar y prevenirse de fuerza para el movimiento porque, como vistes en la demonstración, no tiene estorbo por aquella parte como lo tiene el que está sobre el pie izquierdo por ambas.

Polemarco –Yo quedo del todo satisfecho en lo que toca a los extremos en potencia y en acto, pues no tengo en ellos duda, que me haga nueva dificultad en tendiéndose que estén ambos extremos apartados de su medio de proporción. Ahora quiero que me digáis si un hombre solo puede reñir con dos o tres o cuatro, y si hay razón para probarlo, que ha mucho tiempo que deseo salir de esta duda. Sólo por reírme y burlar de los que cuentan que riñen voluntariamente con dos o tres hombres, y aun con más, si no le fuesen a la mano.

Si un hombre puede reñir con dos o tres hombres.

Phylandro –Como está en la de cada uno alargarse en las cosas que quiere soltar la lengua, y la experiencia de ellas no puede venir a los ojos de los que las dudaren o afirmaren, quédanse con ellas los historiadores y dejan en duda los ánimos de los que los oyen, sin que determinan el crédito a la afirmación ni a la negación de ellas.

–Bien es verdad que hay hombres de tan bajos ánimos que no hace mucho uno solo en aventajárseles, porque, como he visto muchas veces algunos que van a las pendencias como a mortuorio solamente para hacer bulto al huir, pues no pudieron poner miedo en la pendencia al contrario, acompañan al principal en lo uno y en lo otro, y sírvenles de testigos, acabada la pendencia, trayendo lo que son más leídos en consecuencia de su huida historias antiguas con las cuales quieren disculpar al que huyó. Y aun persuaden que no convenía menos a la perfección de fortaleza el huir que el esperar a su tiempo, porque [fol. 188v] cuando esto sale de su punto, da muy presto el hombre en temerario o tímido, y nunca llega a la cumbre de fuerte.

Nota la disculpa de los cobardes.

–Y siempre los que traen estas moralidades han huido dos a tres de uno, para acicalar la huida pública de quien tiene el vulgo materia para ocuparse perpetuamente. Y así buscan y rodean embustes hasta que pueden poco o salen vencedores con los que no saben la verdad. Mas de esta vez quedará en limpio que cuando un hombre solo lo ha con otro, se puede decir que riñe. Pero si lo ha con dos o tres, podemos decir que riñen con él. Y él solo se defiende entonces si puede, porque yo no he hallado demonstración en toda la destreza cómo puede reñir un hombre con dos que sean hombres como él.

–Porque ya sabemos que todos los movimientos que dan herida se hacen en tiempo, y cada movimiento es particular en la espada, y de diferente naturaleza. Y si son las heridas circulares, constan de dos movimientos, porque de uno ninguna cosa se sigue, el uno violento y el otro natural. Y sabemos que, siendo la herida singular ha de dar forzosamente en lugar no determinado. Veamos ahora cuatro movimientos que constituyen cuatro heridas. Hablando de los que hieren, cosa clara es que darán en cuatro lugares indeterminados, de donde se infiere que no podrá ni aun Hércules con un solo movimiento resistir a cuatro, pues no pudo contra dos.

De un movimiento ninguna cosa se sigue.

Meliso –Menos podrá si están los contrarios unos más apartados que otros si son de diferente cantidad de cuerpo y de espadas y de varias inclinaciones y de diversos afectos de ánimos, por lo cual el uno tirará tajo y otro revés, y otro estocada y otro tendrá parada la espada y arremeterá el que

Los efectos conforme a la calidad de cada uno.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

fuere colérico, y esperará el que fuere flegmático, y [fol. 189r] el sanguino hará acometimiento para sacar herida, y el que fuere melancólico imaginará, indeterminado, si será bueno matar aquel hombre o no, y si convendrá hacerlo con cuchillo of estocada.

Polemarco –Por cierto que tenéis razón que en tanta variedad de movimiento y disposiciones, y en tan diferentes medios, sitios, fuerzas, posturas, ángulos, extremos, [y] voluntades, mal podrá un hombre solo con sólo un movimiento y con un solo medio resistir a tantos y tan diferentes.

Phylandro –Por cierto que lo habéis dicho con todas sus dificultades, sin dejar cosa en lo que toca a lo universal. Y que queda averiguado que es cosa imposible que uno pueda reñir esperando, sin retraerse, con más de uno; cuanto más que la atención de la vista, para comprender bien, ha de estar firme en su lugar y atenta a un punto solo, por ser de acto particular y, acabado uno, hace otro. ¿Cómo comprehenderá lo que hacen cuatro espadas con tan diferentes heridas, y cada una compuesta de dos movimientos proprios, y algunas veces accidentales y en tan diferentes ángulos y naturalezas, figuras, tiempos, principios, medios y fines?

–Porque, como sabéis, la herida de tajo pide diferente defensa que la estocada cuando son de diferentes motores, y el afirmarse quiere defensa tan diferente del revés cuando son de diferentes species y de varios fines, porque la espada puede estar en tantos y tan apartados lugares que apenas el ángulo comprehenden a sus especies, principalmente moviendo al brazo tan diferentes murecillos cuanto son diferentes los movimientos que la espada puede hacer estando en ángulo recto, obtuso o agudo, que son a quien se reduce todas las posturas. Mal podrá el hombre solo ofender a tantas, ni defenderse de alguno.

–No trato del hacerse hacia atrás, que ya hemos dicho [fol. 189v] en su lugar que no hay destreza contra los que continúan los compases. Finalmente, un hombre solo esperando no puede ofender ni defenderse de muchos, ni tampoco tendrá aliento para substentarse, ni hay quien sea tan curioso que haya sacado por aritmética las horas y grados que podrá el hombre tener aliento conveniente para el peligro en que se viere, que es la cosa más importante en esta ciencia y lo que más conviene guardar.

Polemarco –Pues el aliento en la destreza es la cosa que más conviene conservarse para la perfección de sus proposiciones, decidme cómo se podrá guardar, pues habéis experimentado en las veras qué cosas son las que lo alteran, para que el hombre las huya y use de las que más lo conservan.

Lo que conviene guardar el aliento.

Meliso –Advertido habéis como discreto en una duda difícil grandemente de absolver. Y en verdad que tenéis razón de darle tan buen lugar en las armas, pues el no saberlo conservar es causa siempre de grandísimos daños en el peligro, y aun estorba al hombre que no se pueda defender en medio de la necesidad mayor.

Eudemio –Cada día vemos por experiencia que los que riñen, y aun los que esgrimen burlando, por no entender esa doctrina que ahora queréis que se nos declare, andan tan desalentados y traen el cuerpo tan inhabilitado al tirar los golpes que convienen a su defensa que, si algunos tiran, son de tan poca fuerza y tan sin orden y concierto que ni a él le pueden aprovechar ni ofender al contrario.

–Y admírame grandemente vuestro propósito en querer, después de materias tan difíciles, que se trate de la guarda del aliento, como si estuviese

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

en nuestra voluntad conservarlo o perderlo. Porque a lo que yo creo nunca lo perdió nadie si no ha sido no pudiendo hacer otra cosa, salvo si no queréis decir que el respirar o no está en nuestra voluntad, como tirar cuchilladas o [fol 190r] dejar de tirar, lo cual claramente parece falso. Pues, podemos hacer el movimiento de la espada o no hacerlo, conforme a las oportunidades que ofrece el discurso de la destreza, lo cual no es así en la respiración, porque ella se multiplica o disminuye sin tener el hombre aplicada a alguna parte de voluntad a su acción. Porque naturalmente sigue su curso, apresurando o deteniéndose en nosotros conforme a la necesidad que tiene de presteza o tardanza.

Polemarco –Bien estaba eso sí el aliento no alterase sus movimientos conforme a la calidad de los que hace el cuerpo o se quietase según el curso suyo natural con que naturalmente vivimos.

Diferencia entre el calor natural y el húmedo radical.

Meliso –Verdad es que tenemos vida mediante la respiración y que hallamos por experiencia que se altera conforme a la necesidad que hay del aire, que templa el calor natural que está dentro de nosotros junto con el húmedo radical.

Eudemio –Según eso, diferencia hay entre el calor natural y el húmedo radical.

Qué cosa es humedad radical.

Meliso –La diferencia es que el calor natural comprehende espíritus y sangre y humedad substancial de los miembros, a la cual llamaron húmedo radical, conviene a saber húmedo porque es sustancia húmeda, blanda y tierna, radical porque trae principio de la raíz primera y origen de nuestra generación. Y así los niños que tienen mucho húmedo radical tienen los huesos, ternillas, venas y arterias muy blandas como la cera, el cual se va gastando por las edades, de manera que en la vejez están los huesos tan faltos del que de puros secos se pueden fácilmente quebrar; según vemos en los viejos que tienen los huesos hechos ceniza; de suerte que todo húmedo radical es calor natural. Pero no todo calor natural es húmedo radical, porque los espíritus y la sangre son calor [fol. 190v] natural y no son húmedo radical.

Polemarco –Bien me parece lo que habéis dicho, y huelgo de entender esa distinción. Por eso deseo saber ahora cuál es el lugar proprio de ese calor natural que está en la sangre y espiritus.

Meliso –Tiene lugar común y lugar proprio. Su lugar común es todo el cuerpo humano y el proprio es el corazón.

Eudemio –Pues si todo el cuerpo humano es su lugar, ¿de dónde viene a encenderse el corazón sólo con los muchos movimientos de la espada más que las otras partes del cuerpo? Y ¿es esa por ventura la razón por qué el movimiento es causa de calor?

Meliso –Vais tocando cosas tan difíciles que no sé cómo saldremos de ellas, habiendo visto el peligro con que escapamos de las más fáciles. Y por eso de mi mal consejo sería cosa acertada dejarlas para que los médicos doctos salgan de ellas con facilidad, que nos promete su erudición. Verdad es que yo no pongo duda en que esté el respirar o no en nuestra mano, según dice Galeno.

–Y más largamente veréis adelante y, aunque sea así, no por eso es menester que sea tan fácil como tirar cuchillada o dejarlas de tirar. Porque claro está que entre dos movimientos voluntarios puede el uno muy bien ser más fácil que el otro. Y porque no quedéis con tantas dubdas, sabed que de las obras voluntarias unas sirven a necesidades de nuestro cuerpo, como la del

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

respirar que sirve para templar y limpiar nuestro calor natural, y la obra del toser, que sirve para expeler las superfluidades del pecho. Otras hay que son voluntarias del todo, que no sirven a las necesidades del nuestro cuerpo ni a sus virtudes, como es ir a la calle y venir de la plaza. Y por eso estas segundas se dejan más fácilmente impedir, porque no hay necesidad que no incite a ellas, si no solo el querer hacerlas o dejarlas de hacer. Pero en las otras [fol. 191r] incítanos a ellas el sentimiento y la molestia, que se padece en no cumplirlas, porque bien podría un hombre detener tanto el resuello que viniese a morir, y también dejar de toser por mucha ofensa que le hiciese la superfluidad que había de expeler con la tose. Pero harase con mucha dificultad y no menos que sufriendo aquel grave dolor o muerte.

Eudemio –No puedo darme a entender que está el respirar o no en nuestra voluntad, acordándome de que naturaleza es tan amiga de conservar su individuo que entiendo que, aunque uno quisiese detener la respiración se cansaría el pecho de tal manera que al punto que parase su acción, saldría luego fuera el aire. Y el trabajo y cansancio proprio traerá consigo el apetecer otro nuevo, para satisfacer con las nuevas respiraciones al aumento del calor natural.

–Lo cual hallaréis más claro en el toser, que, si estuviésedes alguna vez escondido en parte donde daríades por bien empleado morir antes que ser sentido, y por alguna ocasión que da la superfluidad del pecho, aunque no tengáis voluntad, si mucho os apriete no dejáis de toser. Según esto no está en nuestra voluntad el respirar ni el toser, como parece claro en los que nadan y apuestan quien detendrá más el resuello debajo del agua. Y vemos que no porque unos lo quieren detener más que otros, por eso se detiene más. Antes, aunque pierda mucho, no lo sufre la naturaleza y en el que detuviere el resuello hasta morirse, digo que el demonio no hace lo menos en esa obra, pues no deja de hacer su parte en los que fingen desmayos para dar a entender que sientan las cosas más de lo que es justo.

Polidoro –No falta otra cosa en vuestro discurso, sino tocar algo en los instrumentos [fol. 191v] que sirven de la respiración que en todo lo demás conformes estamos.

Eudemio –Aunque serán venderos vuestras mesmas alhajas, no dejaré de apuntar lo que sé en eso para que entendáis que no he hablado acaso ni de oídas, porque los instrumentos de la respiración son los músculos del pecho, con los cuales se juntan los ocho del vientre para ayudar su parte. Y de esta manera, apretando el par primero la parte más baja del pecho y el segundo junto con el tercero murecillo tirando las costillas hacia arriba, cierran reciamente el pecho. Y el cuarto las mete adentro, apretándolas algún poco. Y sin estos músculos, ayudan también a resollar los que mueven al espinazo juntamente con los que mueven los brazos, aunque poco; salvo en tiempo de gran necesidad. Y mediante sola la diafragma se toma el aire necesario a la vida, y tornándose el pecho a su lugar, lo echa fuera, lo cual hace fácilmente de suyo cuando afloja la diafragma, por ser pesado.

Los instrumentos de la respiración.

–Pero si sucede alguna necesidad particular, ahora sea por estar demasiadamente caliente el corazón o por otra cosa cualquiera, los músculos ayudan de mano en mano, según qué más es menester. Esta es la causa porque respiramos, de dónde podéis bien colegir si está en nuestra voluntad o no. Y

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

no sé cierto qué diríades de la respiración del que duerme o si le llamaríades violenta o natural.

El sueño por dos fines.

Meliso –Ya sabéis que nos dio la naturaleza el sueño por dos fines, el uno para que se recreen los espíritus que han ejercitado sus obras porque, acaso con la fatiga continua del velar, no se resuelvan ni consuman. El otro fin es para poder servirse de la naturaleza de los espíritus y del calor natural en la digestión del manjar [fol. 192r] que, por hacerla perfectamente, causa sueño mediante sus vapores, desistiendo a los sentidos exteriores de sus movimientos, atrayendo los espíritus a lo interior del cuerpo para ocuparlos todos juntos en la nutrición y restauración del animal.

–Y lo mesmo podéis entender cuando el entendimiento comienza a recogerse en sí, que es el gobernador de todos los sentidos y movimientos voluntarios del hombre. Y por hacer mejor este oficio, quiere que salga a virtud de lo interior del cuerpo a las partes exteriores, do están los instrumentos que hacen las tales obras, para llegarse mejor a los objetos que están de fuera. Y de aquí viene que, aunque el hombre esté pensando en alguna cosa, puede ver y oír sin algún impedimento y sin tener voluntad. Mas cuando el entendimiento se retira dentro de sí de todo punto para contemplar con eficacia, huye de las partes exteriores, desamparando al sentido y movimiento. Porque se retira con la mayor parte de la virtud y espíritus en aquella meditación, sin dejar en el cuerpo otra virtud que aquella, sin la cual no se podría sustentar la vida, conviene a saber la vital del continuo movimiento del corazón y anhelito de los espíritus por las arterias para atraer de fuera el aire fresco y echar el de dentro.

–Aquesto queda solamente con una poca de la virtud nutritiva, porque en el pensamiento su mayor parte está impedida. Y así, como en el sueño, haciéndose fuerte con la virtud nutritiva, priva y ocupa el pensamiento perturbando las fantasías con la subida de los vapores al cerebro, que causan sueños varios y desordenados.

Eudemio –Muy bien habéis tocado las obras de la voluntad interiores y exteriores, aunque toca más eso a los actos de los sentidos
[fol. 192v]
y a la virtud nutritiva.

Unos movimientos son más libres que otros.

Meliso –Helo dicho porque veáis que hay muchas cosas que se hacen sin voluntad al parecer, que no se pueden hacer sin los instrumentos del movimiento voluntario, como cuando estáis durmiendo que os volvéis de una parte a otra sin acordaros despierto si os habéis rodeado. Y debe ser esto porque, aunque son todos movimientos sujetos a la voluntad, deben ser más libres unos que otros. Y cuando los principales están parados, obran los menos principales, como veréis en los nervios que sirven al sentido y en los que sirven al movimiento.

Polemarco –Veamos, todos los nervios no son de una calidad, aunque sirven en diferentes lugares. ¿Cómo hacéis esta división?

Meliso:–El mover y el sentir son actos diferentes y nacen de diversas facultades, y las facultades de diversas temperaturas, como veréis en los nervios que ni son todos unos ni usan de un mesmo oficio. Porque son más duros o más blandos en nosotros según son más cortos o más largos. Y por eso los nervios que van a los ojos, oídos, a la boca del estómago y al paladar son más blandos, aunque de estos los que hacen algunos rodeos y vueltas en el camino se endurecen más, según es más seco el lugar por do pasan; lo cual

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

no carece de misterio porque, como los cinco sentidos exteriores mediante los cuales vemos, oímos, olemos, gustamos y palpamos habían menester y tenían necesidad de un instrumento que fuese doblado para recibir estas virtudes y para que los rayos y species que salen continuamente de las cosas lo alterasen o moviesen más fácilmente.

–Si estos nervios fueran duros, no pudieran hacer bien sus oficios, como tampoco los que sirven al movimiento pudieran sin romperse, cada momen- [fol. 193r] -to mover todo nuestro cuerpo, de dónde se saca que de los nervios unos sirven al sentido y otros al movimiento sirven al sentido los nervios que van a los ojos, oídos, narices, paladar a la boca del estómago a las palmas de las manos que son de cuero más templado que ninguna de las demás partes del cuerpo según Galeno.

Los neruios que sirven al sentido.

–Finalmente, sentimos mediante los que van a todo el pellejo, pero todos los demás nervios que sirven al movimiento son privados de sentido, como algunos creyeron engañados de ver que acontece muchas veces perder el sentido y quedar libre el movimiento. Y por el contrario, perder el movimiento y quedar libre el sentido. Y la causa porque alguna parte pierde tan solamente el sentido es porque los ramos de los nervios que venían al pellejo acaso han padecido, quedando salvos los que van a los músculos. Mas cuando se pierde el movimiento sólo, acontece al contrario.

Eudemio –¿Por qué causa los nervios que van al pellejo no hacen mover como hacen los que van a los músculos?

Meliso –En sólo ese punto está el por qué he traído esto, y es de esta manera, para que concluyamos y pasemos adelante a acabar lo comenzado que, como una mesma virtud, no hace ver, oír, gustar, por los mesmos nervios.

–Y cada una de estas obras se hace en lugar particular de nuestro cuerpo, que es el proprio órgano de la tal cosa, y no en otro lugar alguno. Así, ni más ni menos mediante los nervios que van a los músculos nos movemos y sentimos mediante los que van al pellejo a la boca del estómago y a todas las otras partes del cuerpo que tienen disposición y capacidad de recibir sentido. Yo os he satisfecho en esta [fol. 193v] parte.

Cuáles son los nervios que hacen mover.

Decidme vos ahora la causa por qué la naturaleza tuvo necesidad más de la respiración para templar el calor que de otra cosa de las criadas.

Phylandro –Para responderos a eso, hemos de advertir primero que el calor natural tiene dos movimientos, el uno hacia la materia donde está y el otro hacia la esfera, a semejanza del juego de la pelota que se hace de la manera a la pared, y desde la pared recíprocamente a la mano que, en errando de la mano o de la pared, se acaba. De la propria manera es el calor natural que, si le impiden uno de los movimientos, se pierden ambos y se acaba y destruye el calor natural.

El calor natural tiene dos movimientos.

–Y esto no se entiende en el fuego del elemento puro, porque no está en húmedo que lo sustente, sino en el artificial de que usamos entre nosotros, lo cual veréis más claro en el fuego que está en la vela que goza de dos movimientos, el uno hacia el pabilo y el otro hacia su centro. Y veréis que, cuando la ponemos al sol, se va diminuyendo el fuego y viene muchas veces a morirse, porque como el sol atrae y reduce a sí aquella parte de fuego y le impide que no haga el movimiento hacia el pabilo y le falta lo frío del aire para que le resista del todo el acto de su movimiento natural, atráelo a sí el calor del sol y perece. Y al contrario, cuando entramos con la vela en algún lugar demasiadamente frío, como excede la cantidad de la frialdad a la que el fuego

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

había menester para su conservación en la parte do está, hácele perder el movimiento a la esfera y apágase también, como con el exceso del calor del sol que le estorbó el movimiento al pabilo. De la propria manera el calor que está en nuestro cuerpo mueve en círculo los mesmos movimientos, conviene a saber desde el corazón hasta el pellejo, que es el movimiento a la esfe-
[fol. 194r] -ra el otro al corazón que es la fuente do está el calor natural.

Eudemio –Veamos, ¿cómo el corazón, siendo natural, viene a perecer en el hombre?

Phylandro –Viene a perecer por falta de la frialdad del aire, que con su moderada templanza lo tiene en proporción.

Polemarco –El aire no es húmedo y cálido. ¿Cómo le dais nueva calidad sin que corrompa su forma?

Phylandro –Sabed que le viene al aire la frialdad por la vecindad que tiene con la tierra y la agua, y con aquella frialdad accidental templa al calor natural mediante la respiración con la cual se aumentan los espíritus que se forjan en el corazón de la sangre que la vena cava echa en su oreja derecha, la cual va destilándose por los poros de la pared, que está como tabique en medio del corazón, hasta caer en la oreja izquierda, donde con el conocimiento del calor del corazón y de la entrada del aire se hacen los spríritus vitales, que se llaman así por que dan vida, los cuales se difunden por las venas y arterias que son órgano de ellos.

Cómo se hacen los espíritus vitales.

Polemarco –¿La virtud animal obra también con la mesma acción de los spíritus vitales?

Phylandro –No, porque, aunque la virtud animal obra mediante espíritus y aire, difiere de la virtud vital en el origen y nobleza, porque los espíritus vitales les salen del corazón para todo el cuerpo, y los espíritus animales tienen su origen en el cerebro do gozan de propria respiración. Y cuando los espíritus vitales suben por las arterias al cerebro, con ser tan delicada substancia la suya, sirven de materia a los espíritus animales en que estriba su virtud, difundiéndose por todo el cuerpo y, entretejiéndose los unos con los otros, hacen tan maravillosos efectos, como veis, pues como se mueve todo el hombre mediante las coyunturas que son los quiciales [fol. 194v] sobre que se rodean las partes y se levantan, los humos, que tienen ocupado al calor, han de salir fuera de necesidad el tiempo que se gasta en expelerlos pierde el aire de entrar en el cuerpo, y, por falta del regalo continuo, queda con su frialdad. Entiéndese el corazón y hace la respiración más apriesa de los que solía por suplir con su frecuencia el tiempo que se perdió en expeler los humos que levantó el movimiento.

Eudemio –¿Por qué, si cada cosa se conserva mejor con su semejante y se corrompe con su contrario, decís que el calor natural se conserva mejor con el frío que trae el aire que con su calor, habiendo dicho antes lo contrario?

Phylandro –Consérvase el calor natural con la frialdad porque es tan poca que sirve solamente de detenerlo en proporción con tal peso y tal medida que por su falta no venga a consumirse, ni por su exceso venga tampoco a apagarse, y de aquí sabréis de cuanta importancia son la respiración y el pulso para nuestra vida.

El provecho de la frialdad del aire.

Eudemio –Cierto que parece que habéis entendido mi deseo, según vais alumbrándome de lo que yo no acerté a pediros. Por eso, pasa adelante y decid cumplidamente lo que toca a la respiración y al pulso, y el oficio que tiene cada uno, y la utilidad que traen al cuerpo con su frecuencia, y cómo

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

conviene usar de ellos para el ministerio de las armas, pues lo habéis encarecido por cosa tan importante para su perfección.

Phylandro –El pulso y el resuello fueron al hombre más necesarios que el manjar, pues sin comer ni beber pasamos muchos días, y sin pulso no podemos vivir un pequeño rato. Porque el manjar sirve principalmente para substentar el cuerpo y para reparar la substancia que necesariamente se gasta en las obras del calor natural, y el pulso [fol. 195r] y el resuello sirven para conservar la templanza del calor y la purísima y delicadísima substancia de los espíritus vitales y animales, los cuales, por ser de tan delicada pureza, se resuelven y ahogan con mucha más facilidad y presteza. Y así, como la llama de una vela quiere tener para su conservación muy junto la cera de la cual apartada se consume, ni más ni menos nuestro calor natural y espíritus, si les falta el aire que reciben con el pulso y con el resuello, del cual no solamente se substentan, pero también se templan y purifican, luego son consumidos.

De qué sirven el pulso y el resuello.

Polemarco –Pues si para una mesma cosa valen el pulso y la respiración, peréceme que debiera bastar el pulso sin el resuello, o el resuello sin el pulso, pues siempre la naturaleza tiene por mejor el compendio en sus obras, y por demás se hace con dos cosas, lo que con una sola se puede hacer.

Phylandro –Decís muy bien, si ambas obras sirviesen de principal intento a una mesma parte, como sirven el movimiento violento y el natural de la espada para un proprio fin, lo cual no es así en lo que tratamos. Porque, como dice Galeno, el servicio que hace el aliento al corazón ese mesmo es el que hace el pulso a los demás miembros y esa utilidad recibe el corazón con el uno que los demás miembros con el otro.

Eudemio –Declaradnos, pues, qué utilidades son esas que tanto estimáis y el orden que tienen el corazón y los miembros para aprovecharse de ellas.

Phylandro –Las utilidades que reciben el corazón y los miembros son conforme a las necesidades que tienen, porque tal se da siempre el remedio cual tiene la necesidad a que se deba favorecer.

Meliso –No se usa tanta caridad en nuestro tiempo como la que contáis de la naturaleza, pues no hacen merced sino al que es más rico, socorriendo al que [fol. 195v] está menos necesitado porque no tenga con ellos competencia, bien al contrario de un filósofo que deseaba todos los bienes para sus enemigos excepto la fortaleza, porque todos los bienes habían de ser algún tiempo de los fuertes y no de los que los poseían, que por su cobardía no los podrían guardar. Pero ahora desean la fortaleza en los enemigos por quedarse con la riqueza cobardía y vileza.

Eudemio –Ninguna novedad hallo yo en eso, porque se que se usó mucho en todos tiempos y aun en el suyo se quejaba Marcial, cuando dijo a nadie dan tesoro, sino al rico, mas todos se sufriría con buen ánimo si los poderosos no se holgasen tanto de ver a los hombres necesitados solamente para que tengan necesidad de ellos, que si fuera para repararla medio mal sería. Pero es más para poder usar con libertad de su poder y crueldad con los pobres necesitados que para sacarlos de las fatigas y miserias. Y más fiel necesitado es virtuoso, bien puede endecharse y hacerse en vida las exequias que por el mesmo caso lo han de sepultar antes que cumpla las veinte y cuatro horas del derecho.

El vicioso aborrece al virtuoso.

Polemarco –Muchos días ha que es tenida en poco la virtud. Y como unos le van tiranizando el premio con arrogancia y otros impidiéndolo con

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

invidia, impiden también de camino, como dice Plutarco, que no haya virtuosos, y como les queda el campo franco levántase con la honra los viciosos porque les parece que le basta al virtuoso que entiendan que lo es sin que sea necesario honrarlo ni aprovecharlo. Antes lo tratan algunos como a capital enemigo suyo por la desigualdad que hallan entre sus costumbres y las de los otros, y ven que no pueden imitarlos por estar obstinado en la maldad. Procuran despojarlos para tenerlos siempre necesitados de su posibilidad. Y [fol. 196r] lo que yo hallo peor y digno de sentirse más es que cubren las faltas a los viciosos porque son sus semejantes sin reaprehendérselas, y las ponen a los que no las tienen si acaso no quieren acudir a favorecer la sin razón o dejaron de loarles el vicio, bautizándolo con nombre de virtud efecto de la adulación.

Dicho de Filóxeno, poeta.

Meliso –Cierto que, acordándome de eso, honró muchas veces al poeta Filóxeno porque, enseñándole Dionisio el Tirano los versos de una tragedia suya para que se los loase y aprobase y preguntándole que le parecía de ellos, respondió que eran muy malos, de lo cual, enojado, el Tirano lo mandó echar en una cantera para que allí purgase su atrevimiento, lugar por cierto indigno de hombre tan verdadero. Pasado algunos días persuadiéronle sus amigos con ruego que saliese y que de nuevo oyese los versos, creyendo que con el tiempo y con la molesta prisión se le hubiera a medrentado a libertad a la verdad. Y al fin salió y, como tornase a oír a Dionsio que recitaba sus versos sin haberlos mejorado, el poeta se le levantó muy colérico, y preguntándole el Tirano por qué se levantaba, respondió: "voyme porque tengo por mejor acabar mi vida en la cárcel que oír ni loar tus versos sin merecerlo."

–Y así, engrandeciendo mucho Cicerón a este poeta, dice grandes cosas de su ánimo y aprueba su libertad porque estimó en menos morir como esclavo en la cantera que adular al tirano como lisonjero. Y pues esta es tan antigua querella y lo que fue ha de ser, no gastemos tiempo en esto. Por eso acaba lo comenzado del pulso y del resuello donde tanta caridad se guarda.

Propriedad de el estómago.

Phylandro –Aunque estaba encendido ya en esta materia y se habían ofrecido cosas bien a propósito, holgaré de volverme, como dicen con la caña al puesto, por dar lo que pedís, [fol. 196v] y sabed que así como el manjar fue necesario para sustentar los miembros y las demás partes del cuerpo, socorrió naturaleza a esta necesidad con que el estómago sintiese hambre y sed, lo cual ninguno de los otros miembros necesitados pudo sentir, y proveyó de otros miembros necesarios para expeler la superfluidad de estos mantenimientos.

–Así también los espíritus, parte delicadísima y instrumento cómodo del alma, que anda por nuestro cuerpo, vagando principalmente por el corazón y arterias, que nacen de él y se derivan a los demás miembros, tuvieron necesidad de mantenimiento muy delicado, como lo es el aire que respiramos y atraemos con los pulsos a nuestro cuerpo, y de templar y refrescar el calor, con el cual continuamente se consumen, y de expeler también las superfluidades humosas y muy delicadas que resultan de aqueste mantenimiento. Pues la materia del mantenimiento de los espíritus, tomando cuenta a la substancia de todas las cosas criadas, ninguna hubo como el aire. Y así no dio resuello para llevarlo continuamente al corazón, y nos dio pulso para llevarlo a los demás miembros para que, con su presencia frecuente, de la substancia del mesmo aire se repare substancia de los espíritus, y con su frialdad se temple el calor.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Polemarco –Bien se infiere de allí que a tres necesidades socorréis con tres utilidades, conviene a saber a la falta de espíritus con la substancia del aire de que se reparan y al excesivo calor con la frialdad del mesmo aire y a la muchedumbre de humos con la expulsión de ellos. Más no puedo entender que ya que las utilidades responden a las necesidades cómo la medida de las unas pone medida a las otras, porque si yo tengo ne- [fol. 197r] -cesidad de que la espada baje de lo alto, no por eso bajara más presto, que si yo no tuviera necesidad de aquella herida porque, como es el movimiento engendrado de partes que se han de continuar y se ha de hacer en tiempo, en ninguna manera se puede hacer en instante ni apresurarse más de lo posible, ni tampoco porque yo tenga hambre el fuego cocerá más presto el manjar. Porque son agentes naturales, los cuales tienen sus obras de tal manera limitadas que ni la necesidad ni la falta de ellas las puede sacar de su curso, apresurándolas o deteniéndolas más de lo que a su naturaleza conviene.

Los agentes naturales tienen sus obras

–Y decidme ahora, ¿qué mayor privilegio es este que dais a los movimientos del pulso y de la respiración?, pues decís que limitan sus obras conforme a las necesidades de tal manera que cuando hay mayor necesidad, su obra se extiende a más, y cuando menos, se acorta a la medida de ella, de la cual carecen los movimientos de la espada. Porque después de ocupada la fuerza en un golpe, aunque no tenga necesidad de tanta fuerza la herida a quien ha de resistir, ni la flaqueza que ha de fortificar, no por eso se puede quitar de donde una vez se puso principalmente si está ya en acto.

Phylandro –Muy bien decís, y es la duda digna de vuestro ingenio. Y muchas veces he visto que las que son tales traen de la mano la buena respuesta. Quiera Dios que sea algo la que yo diere, aunque en lo que toca a la respiración es más fácil de absolver, porque no se hace por virtud natural limitada como el bajar de la piedra y el quemar del fuego.

–No trato del movimiento natural de la espada, porque, aunque baja a su centro, tiene más aquella con causa del aumento o diminución de la fuerza del cuerpo que lo apresura o lo detiene conforme [fol. 197v] a la cantidad de los espíritus que socorrieron al movimiento, los cuales lo hacen tardo o ligero, según el lugar do comenzó.

–Mas la respiración hácese por virtud libre, conviene a saber la voluntad que es la señora y la causa eficiente de todos los movimientos libre. Y así podemos respirar y no respirar cuando quisiéremos, lo cual confirma y hace claro la historia que Galeno cuenta de un esclavo bárbaro, el cual, queriendo con su muerte rescatar el cautiverio, arrimado a una pared detuvo voluntariamente el resuello hasta que murió. Y pues esta virtud tan libre es la que hace al resuello, no es maravilla que el que tiene calentura y está muy cansado y entendido de algún ejercicio o fatiga que trae la acción de los muchos movimientos del cuerpo y de la espada.

La voluntad es causa eficiente.

Nota de un esclavo bárbaro.

–Así en ofensa como en defensa haga la respiración apresurada mayor y más frecuente, porque, siendo ella libre con su libertad, acrecienta sus obras para templar el mayor calor y, por el contrario, cuando el cuerpo está helado o pasa por lugares fríos y de mucha nieve donde con muy poco aire se refresca y templa el calor natural y usa entonces de muy pequeños tardos y pocos resuellos.

Meliso –También vemos que la voluntad es agente libre y mueve a la espada mediante sus instrumentos, ¿por qué no tendrá en sus movimientos esa manera de disponer la fuerza en el hombre para que no sea más de lo que

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

conviene ni menos de lo necesario? Y sea así como afirmáis en la respiración, ¿qué diréis del pulso, cuyo movimiento no está sujeto a la voluntad como está el aliento y el de la espada? Antes parece que el movimiento del pulso es meramente natural. Porque, aunque yo quiera apresurarlo o detenerlo, nunca el será por eso más tardo ni más presto, como podemos muy bien en los movimientos de la espada pues cuando quere- [fol. 198r] -mos llegar presto con ella, le quitamos partes y queda corto el movimiento. Y cuando algo tarda, lo alargamos hasta que nos parece que el adversario ha hecho de su parte todo lo posible.

Phylandro –Gran dificultad es esa que tocáis, a la cual no se puede satisfacer con respuestas evidentes a la razón como por experiencias de las cosas que pasan en nuestro cuerpo, de las cuales resultará una nueva doctrina que debe ser al entendimiento tan cierta cuanto son los sentidos de las experiencias que le representaren.

Meliso –¿En qué está esa dificultad que se ofrece al entendimiento?, de lo cual le haya de resultar nueva luz, y esto no forzado con razones flacas como el vulgo procura, sino por experiencias claras al sentido que no se puedan negar, y se dejen fácilmente creer.

Las cosas naturales no reciben costumbre.

Phylandro –La dificultad vos la tocastes, y primero Aristóteles en las *Eticas* dijo que las cosas naturales no reciben costumbre de más ni menos. Antes son limitadas en sus obras, porque si quisiéredes acostumbrar a subir una piedra echándola muchas veces hacia arriba, nunca lo aprenderá, ni tampoco la espada, aunque esté muy acostumbrada a andar un camino en su movimiento, no por eso lo aprenderá para que sin ayuda del cuerpo pueda hacerlo por sí sola. Ni porque echéis la piedra muchas veces hacia abajo sabrá bajar más a priesa de lo que a su naturaleza conviene, porque tiene la acción tan limitada con su virtud que siempre hace todo lo que puede, y nunca puede hacer menos de lo que hace.

Polemarco –¿Qué experiencias son las que halláis contra eso?, pues lo que habéis dicho de la piedra y halláis en la espada hallo yo en el fuego que ni sube ni calienta más ni menos de lo que puede, ni a su naturaleza responde, ni la agua humedece ni enfría más, ni hallo cosas de las que carece de entendimiento y voluntad [fol. 198v] que no sean limitadas como esto en sus obras.

Phylandro –Si bien mirásedes lo que dentro de nosotros pasa tan ordinariamente, no pondríades tanto escrúpulo ni estaríades tan codicioso en adivinar lo que buscáis. Pues veis cada hora que si un hombre acostumbra a almorzar ocho o diez días, en dejándolo de hacer se le despierta el apetito a la mesma hora, y dejándolo de usar otros tantos días se pierde también esta gana. Y veréis muchos estómagos flacos de señores acostumbrados a comer más de lo que conviene, los cuales digieren más cantidad de manjar que pueden digerir otros estómagos más fuertes de la gente común, pero menos acostumbrados a comer, y mucho más a ayunar por mil faltas que hay en la posibilidad de los tales.

–Y veréis también otros que tienen cierta hora señalada para descargar las superfluidades del vientre, unos en la mañana y otros en la tarde, conforme a los límites que les puso su costumbre, la cual, si quieren mudar, podrán al principio con más dificultad, y después muy fácilmente pasar la costumbre a otra hora, la cual fácilmente será guardada.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Al trocado del impedir los movimientos de la espada que al principio se impiden con facilidad, como vistes en la demonstración, lo cual se hace después con dificultad, pasado aquel ímpetu primero. Y pues son todas estas obras naturales, los límites ciertos no los veo en ellas.

Polemarco –De la dificultad me advertistes. Las experiencias veo. La doctrina que de esto ha de resultar al entendimiento deseo grandemente.

Phylandro –Estas experiencias nos fuerzan a perfeccionar la doctrina pues las unas se hacen por virtud voluntaria, las cuales son libres del todo, y otras naturales que del todo son limitadas. Las primeras son obras de la voluntad, como es andar, correr, mover la espada y los actos de [fol. 199r] [los] sentidos y el respirar, y las segundas son obras de los elementos y cuerpos animados, como el bajar la piedra o subir y quemar el fuego más presto, o más trecho de lo que conviene.

–Pero Hay otras obras cuya naturaleza es intermedia de estas dos, que ni es libre del todo, como las primeras, ni tan puntualmente limitadas, como las segundas. Estas son las obras de los vegetales porque, como la virtud atractiva de la planta cuando está marchita, sedienta y falta de riego, si le echáis agua, más prestamente y más cantidad atrae a sí de su mantenimiento que cuando está harta. Y la virtud de apetecer del estómago si la dejáis tener hambre con mayor fuerza atrae y contentase más tarde. Y los demás ejemplos y experiencias que dijimos también son de obras que, puesto que no son limitadas ni sujetas a la voluntad, tampoco son tan limitadas que la costumbre y necesidad mayor o menor no las haga mayores o menores de este genero es el pulso, el cual se muda conforme a la utilidad mayor o menor que ha de socorrer.

Eudemio –Resumid eso del pulso con términos más fáciles.

Phylandro –Sabed que hay tres necesidades para el remedio de las cuales fue instituido el pulso del corazón y de las arterias del cuerpo. A las dos socorrió con un movimiento que suele levantar las paredes del corazón y arterias en círculo a todas partes, ensanchando con él sus concavidades, y con espaciarse a modo de fuelle para atraer por los poros, con el cual refresca, los espíritus y al calor natural que con su falta se encendía, y con su substancia da mantenimiento y materia de su generación a los espíritus, cuya mayor parte cada momento se resuelve y consume. Con este movimiento no pudo el corazón y arterias echar de sí [fol. 199v] los humos y ruines exhalaciones que resultan en nuestro cuerpo de la obra continua del calor. Antes, como en el ensancharse el corazón y las arterias sirve para atraer el aire, no pueden atraerlo tan sencillamente para las utilidades dichas que no traigan también los humos y exhalaciones que en el cuerpo se crían, los cuales estragan con su mezcla la pureza de los espíritus. Y si más creciesen, los ahogarían. Por tanto, le fue necesario a la naturaleza hacer otro movimiento para expeler estos humos contrario al que había hecho para atraer el aire. Y así, como en aquel, se ensanchaba por todas partes y se movía de un centro a una circunferencia. Al contrario, en esto estotro se encoge de todas partes y se comprime hacia un centro y, con plegarse y encogerse, expele y exprime de sí por los mesmos poros los humos dichos.

Polemarco –Pues ¿cómo no expele también los espíritus, yendo por vía de expulsión?

Phylandro –Porque los detiene la virtud que rige al cuerpo y a los humos no, que son superfluidades.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Eudemio –Bien me satisface lo que habéis dicho, pero, siendo estos movimientos contrarios, no puedo entender cómo los hace una mesma virtud. ¿Son acaso como el movimiento violento y natural de la espada que, aunque los hace una mesma virtud, son de tan diferentes efectos, como vemos, y salen de tan diversos lugares? Y no será de menos momento para mi gusto, si me declaráis por qué, si la virtud atractiva tiene fuerza de atraer el manjar, esta mesma virtud no servirá al detenerlo. Pues en la piedra imán hallamos que la mesma virtud con que atrae el hierro con esa mesma lo detiene. Siendo así demasiado, fue en la naturaleza la virtud retentiva, pues la atractiva lo puede hacer todo.

Duda sutíl.

Phylandro –Por responderos a lo pri- [fol. 200r – errónemente: «100»] -mero dejaré de dar mi parecer en esa duda sutil a mi juicio, y también porque los físicos doctos, de cuya profesión habéis tratado este tiempo, lo averigüen como cosa que les conviene más que a los diestros. Y cierto que habéis dudado en todo docta y agudamente, y más en lo de los movimientos, porque hicistes mejor que Avicena y casi los más autores. Pero Galeno, en todo más diligente, advirtió, como apuntastes, en que era obra de dos virtudes, una que extiende y otra que encoge al corazón y arterias. Y admírame grandemente la agudeza de vuestro entendimiento que en vuestras dudas de destreza hayáis encontrado una tan rara de filosofía.

Eudemio –Vos habéis dado la ocasión a la duda con vuestras doctas respuestas. Que yo no he hecho más que descubrir la niebla que se puso en mi entendimiento, la cual vos habéis del todo deshecho y alumbrado. Y lo mesmo espero en otras cosas más graves, así en esta materia de pulsos y respiraciones como en las demás que tocaren a la destreza. Y no tengáis a los diestros por tan ignorantes que carezcan de alguna inteligencia en los libros de todas profesiones. Pero veamos, siendo el movimiento que hace la espada y el que hace el aliento ambos voluntarios, ¿cómo no se juntan en una mesma acción de las que hace la voluntad, pues cada uno de los músculos ayuda con su movimiento al que es de su especie? Resumid lo pasado y dadnos en limpio la doctrina.

Phylandro –Eso no es como pensáis porque puede haber dos movimientos voluntarios y cada uno con su fin diferente, como es desviar con la daga y herir con la espada, que sustenta el uno al otro. Y por repartirse la voluntad, no pueden salir fuertes ambos movimientos ni a un mesmo tiempo, porque es menester más fuerza para la herida que para el desvío, y diferente fuerza y músculo para [fol. 200v] subir la espada, y diferente murecillo para bajarla.

–Finalmente, cuando tiramos un golpe con la espada o hacemos movimiento con ella para algún reparo o desvío y se aplica la voluntad a cualquiera de ellos, deja el hombre de respirar; no porque sea su ultimada voluntad no respirar, sino porque ocupa la mayor parte de su voluntad en el movimiento de la espada. Y como el aliento es tan necesario para que el calor natural se temple, el que, como habéis oído, se multiplica con la falta de aire cuando mucho se detiene por haber aplicado la voluntad a otra parte.

–Cuando el hombre respira apriesa es para suplir con las muchas respiraciones lo que faltó del aire al calor natural, por haber detenido el aliento al formar de la herida, de suerte que nos dice la experiencia que cuanto más espesa fueren las cuchilladas, tanto mayor será la necesidad de la respiración, principalmente si el movimiento de los pies se hace para

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

diferente fin que el movimiento de la espada, queriendo, sin poder, acudir a todas partes. Y habiendo de gastar espíritus por los sentidos, será entonces mayor mucho la necesidad de la respiración que si fuesen todos los golpes a un fin siguiendo la voluntad solo un ímpetu. Porque los músculos que sirven a la respiración, cuando la voluntad se aplica a tirar golpes, estando el ánimo alterado, dejan de servir en la respiración y acuden en alguna manera al fin de la voluntad, guiada por la irascible, empleando lo que pueden de su acción en la herida.

Eudemio –¿También los sentidos gastan espíritus?

Phylandro –Sí, salvo que el gasto de ellos es pasión y el de la fuerza es acción. Dejo para su lugar que todo agente haciendo alguna cosa padece, bien es verdad, que entre los sentidos hay [fol. 201r] también mayor y menor atención, como la hay en las partes del cuerpo según está la voluntad aplicada. Pues tanto puede el hombre ocuparse en mirar su contrario que descuide el oído para no advertir el ruido. Y si quisiese poner demasiada atención en los oídos, claro está que la vista no gastará tantos espíritus, como cuando está con atención firme en la parte que conviene.

–Así que, como es tan necesario el movimiento del cuerpo para que la espada lleve fuerza y alcance, júntase el un movimiento con el otro en un mesmo tiempo y gástanse en el hombre más espíritus de los que conviene, queda cansado y inhabilitado el movedor si ha de segundar y pasar adelante con otros movimientos, para remedio de lo cual es cosa importante al diestro que haga solamente aquellos movimientos con los pies, cuerpo, espada y sentidos que más convengan a las heridas y defensa, procurando el diestro, siempre que quiera tirar el golpe, prevenirse de respiración, y esto antes que forme el movimiento. Porque cuando la herida para, sale el aire que se recogió y entra otro de nuevo, sin necesitar al color del corazón ni a la fuerza.

Doctrina para conservar el aliento.

Y de esta suerte conservará el hombre su respiración y andará siempre alentado en todos sus movimientos, sin que le falte cuando sea menester. Finalmente, con esto traerá sosegado el aliento y tendrá abundancia de espíritus para las aplicaciones de los actos de los sentidos y para los movimientos de la espada y del cuerpo sin cansarse, como si el hombre no riñese.

Eudemio –Bien me satisface la doctrina que nos habéis dado, porque ajusta con mi necesidad, y entiendo ahora una cosa que he visto hacer a los que gra- [fol. 201v] -man que, queriendo herir con el mazo en la grama, resuellan junto con dar el golpe, y esto tan a priesa cuantos son los golpes. Y lo mesmo veréis en los que parten leña. Y en mí he experimentado muchas veces yendo leyendo cuando se me olvida de resollar antes que comience algún período largo, quedar tan desalentado para el que se sigue que apenas los puedo pronunciar, sin saber cómo. Ahora que convenía para el descanso prevenirse el hombre de respiración de lo cual entiendo los misterios que la experiencia ha descubierto en todas las cosas, pues por su causa nos habéis dado una doctrina tan nueva y necesaria para la vida del hombre, y para que entienda qué cosa es vida. Y quedo sin dubdas porque no se han de tener cuando con la dificultad concierta la experiencia.

Polemarco –Verdad es que puede el uso mucho en las cosas, pero si a la experiencia de lo particular no acompaña la discreción y juicio del experimentador para el conocimiento de lo universal, nunca es parte la

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

experiencia para más que hallar la verdad, porque el guardarla es oficio de la ciencia.

Meliso –Bien sabemos que todo lo que hace la arte tiene principio de naturaleza y experiencia, por cuya causa dijeron lo filósofos que toda arte es imitación de la naturaleza, y que el fundamento verdadero de todas las ciencias es la experiencia. Por este orden que de muchos sentidos se hizo memoria, y de muchas memorias, la experiencia, y de muchas experiencias se hizo la ciencia. Y de aquí sabréis que el padre de la sabiduría es el uso y la memoria es su madre. Así que la naturaleza hace al hombre hábil y la arte lo hace fácil, y el uso, poderoso, de donde entenderéis que la experiencia de di- [fol. 202r] -versas cosas fue inventora de diversas artes.

–Y en tanto es una ciencia mejor que otra, en cuanto es más cierta y trata de mejor cosa. Pero quiero que sepáis que en la experiencia sola está el acaecimiento muy a la mano, de lo cual carece la arte por estar confirmada con muchos experimentos, para entendimiento de lo cual habéis de advertir que hay tres maneras de doctrina, la una de palabra, y la otra intelectual, y la otra común. La de la palabra hace la doctrina sofística y la intelectual hace la ciencia y el juicio de ella, y la común, si es continua, hace la perfección, de manera que las palabras solas hacen ceguedad, como vimos en el diálogo de la falsa destreza, la mental, la ciencia, como en el diálogo primero, y la común el uso, como en éste, el cual apresura la perfección de la doctrina.

Tres maneras hay de doctrina.

–Y de la manera que la prudencia sin justicia aprovecha poco o nada y la justicia sin prudencia mucho, así la ciencia sin el uso aprovecha poco, y el uso sin ciencia mucho, como aprovecha más ser pródigo que avaro. Porque de estos extremos el pródigo puede reducirse más fácilmente a liberal que el avaro. Porque el uno ha comenzado ya con actos que, acortándolos y enfrenando el ímpetu desordenado, puede hacer hábito de liberalidad; lo que no puede el avaro, por estar menos dispuesto y más lejos del medio, que, aunque está en potencia, es impertinente cuando no se reduce a acto.

Polemarco –La forma de las virtudes morales y la que tiene el primero lugar es la prudencia, a quien los antiguos llamaron madre de todas las virtudes. Pues Socrates filósofo la tuvo en tanto que entendió todas las virtudes ser prudencia, de la [fol. 202v] manera que la caridad es forma de las virtudes teologales. ¿Cómo puede haber justicia y equidad sin prudencia? Pues sabemos ya que ninguna virtud está en su perfección en cuanto de otras no está acompañada, no entiendo cierto a do encamináis vuestro intento, pero con que me saquéis de esta dubda quedaré satisfecho. Y es ¿cuál llegará más presto a la cumbre de perfección, el muy experimentado y usado sin alguna ciencia, o el científico sin alguna experiencia. Y de los dos vicios, osado o tímido, cuál es mejor o está más cerca del medio.

La prudencia es madre de las virtudes.

Meliso –Bien hay que averiguar en la duda, porque San Jerónimo dice que la fortaleza y constancia es un camino real, de tal suerte que el que se aparta a la mano derecha da en temerario o pertinaz, y el que a la siniestra en temeroso o tímido. Y de estos dos extremos el osado es mejor que el tímido. Pero es bien que sepáis que hace más el que modera el miedo, por estar más lejos de la fortaleza, que el que refrena la osadía hasta ajustar con la virtud.

–Y a lo demás digo que de la manera que puede uno con ciencia, por saberlas causas de las cosas con los actos de la mediana experiencia, conseguir presto el hábito, puede también el muy usado ir sabiendo las causas con los muchos actos que tiene, sin perder el uso de ellos y confirmar sus

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

experiencias con la verdad de la ciencia haciendo hábito. Así que puede el uno confirmar y acreditar su ciencia con el uso de la continua experiencia y quedar científico y experimentado y el otro experimentado científico, y igualmente habituados. Y por esto conviene que el diestro imite al médico, que ha de ser docto en lo universal y experimentado en lo particular y naturalmente prudente, para que la disposición de las [fol. 203r] tretas son según el tiempo y el lugar.

Polemarco –Bien entiendo yo que los experimentados están más hábiles para obrar y conseguir fácilmente en muchas cosas lo que pretenden que los muy letrados sin alguna experiencia, por ser, según Aristóteles, la experiencia para solo el conocimiento de los particulares y la arte para los universales, principalmente que las acciones y generaciones son acerca de los singulares. Pero si alguno tiene entendida la razón y causa de una cosa sin la experiencia de ella, y conoce la universal y ignora algún particular de los que comprehende, errará muchas veces, como veréis en la medicina, según el filósofo, que es más sanable el singular.

Eudemio –Como yo no he tratado en particular esos studios no comprendo del todo el fin de vuestras razones. Y por eso querría saber ¿a quién llamáis experimentado, al que lo esta en los juegos de la esgrima, cosa infame, o al que los está en las veras, difícil cosa? Porque a lo que estoy persuadido, debe de estar confundida la fuerza del vocablo, como está la valentía profanada en el vulgo.

Polemarco –Yo tengo por hombre experimentado y por valiente al que, todas las veces que se le ha ofrecido, ha sacado del peligro la parte más honrosa.

Para qué están las virtudes en el hombre.

Phylandro –No es lo que pensáis, ni como el vulgo tiene entendido, porque las virtudes están en el hombre para refrenar los afectos que se engendran en el apetito sensitivo y la fortaleza es la que regula los de la irascible, de la cual hay algunas species: una fortaleza natural a quien propriamente llamamos fuerza, de quien dice muy bien Juan de Mena, fuerza se llama, más no fortaleza la que a los miembros da valentía, la cual consiste en la rezura de los miembros, como la de Milón. Otra fortaleza hay natural que procede de la complexión, que es causa [fol. 203v] de natural inclinación para acometer las cosas peligrosas, que se aposenta en el apetito sensitivo como la fortaleza del León y de algunos hombres que tienen inclinaciones de brutos, como es la de esos a quien el vulgo ignorante engañado llama valientes. Que la de estos no se llamará fortaleza ni virtud digna de ser loada, porque no concurren en ella las cosas que son necesarias a la verdadera fortaleza, conviene a saber el cuándo y el cómo y dónde y por qué, de dónde se infiere que no se puede llamar fuerte el que no teme la muerte en el náufrago o la que se le puede seguir de la enfermedad, y el que no huye de la peste.

En qué consiste la fortaleza.

–Porque la fortaleza consiste en el temor de las cosas difíciles que el sufrirlas o huirlas está en nuestra voluntad, de las cuales haya de resultar gloria a Dios o bien al común y honra al hombre. Porque de otra suerte no merecerá alabanza porque, de la manera que la vida es la primera de todos los bienes, la muerte es la última de las cosas terribles. Y así el peligro y menosprecio del temor a que el hombre se pone por la fe católica o por la patria es la verdadera virtud, y la que hace al hombre fuerte y loable. Por lo cual habéis de entender que todos aquellos se pueden llamar fuertes que, no haciendo caso de los peligros de la vida, se ponen a perderla por Dios o por la

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

virtud o por ocasión de algún gran bien y no por otro fin que a ello les mueva, procurando siempre el bien que se puede seguir de la muerte, sea de mayor momento que el de la propria vida, como hicieron y hacen los mártires, la muerte de los cuales precede en dignidad a la vida.

–También se pueden llamar fuertes los que temen la infamia y la pobreza. Vamos ahora a la fortaleza moral bélica, que en el alma se cría y viste a los cuerpos de rica nobleza de cuerda [fol. 204r] osadía, por la cual se hacen los hechos virtuosos en la guerra. Esta es la que se llama propriamente fortaleza, y no la de esos vulgares, cuyo hábito se gana con muchedumbre de actos virtuosos, los cuales crían una claridad y firmeza en el ánimo del hombre constante que ni se baja ni enflaquece con las adversidades. Y en cualquiera de sus actos concurren temor y osadía, especialmente cuanto el peligro es tan grande que se puede esperar de él la muerte o otro grave daño. Luego viene temor de pasar por él o osadía para poder menospreciar el peligro.

–Y por eso el hombre puesto entre estos dos extremos conviene que escoja en ellos el medio por el cual ni de todo punto tema ni del todo ose, antes ose y tema moderadamente y obre con un moderado temor, y se disponga a hacer lo que más conviene al peligro, de manera que no caiga en el temor cuando en él rehusare lo que según la medida de razón convenía acometer, ni tampoco dé en la osadía cuando, sin consideración del peligro, según dice San Gregorio, obedeciendo al ímpetu de la voluntad, se pone a hacer lo que no debía y a acometer alguna cosa terrible. Porque los efectos y afectos de los ánimos son como los que salen de una mesma flor, que la abeja saca miel y la araña lo convierte todo en veneno, por lo cual dice San Agustín que el verdaderamente fuerte ni temeriamente osa, no habiendo para qué, ni teme sin propósito.

Qué cosa es fortaleza.

–Así que conviene que esté en el medio de estos dos extremos, porque en él consiste la verdadera virtud de fortaleza, que es una disposición o facultad de la alma que mana de la razón acompañada de justicia, para que todo lo que [fol. 204v] hiciere sea justa y rectamente. Y así he dicho muchas veces que conviene al que enseña la arte de la destreza haberse experimentado en las veras para los actos de la fortaleza y crédito de la ciencia, pues sólo el enojo es prueba de su bondad. Porque no basta haber aprendido armas y haber esgrimido toda la vida, como el vulgo dice, para saberlas enseñar ni alcanzar nombre de fuerte.

Polemarco –Bien dicen que por las uñas se conoce el león, y quien con tales reliquias quedó de los studios pasados mucho debió alcanzar en la filosofía moral. Y porque no le parezca a alguno que doy de amigo en lisonjero, tratando verdad quiero dejar esto y pasar adelante en lo comenzado, porque me parece que negáis y abomináis el uso de las armas, sabiendo vos que se debe ejercitar en la destreza el que en la necesidad quisiere hallarse desenvuelto en ella. Y en lo demás que dijistes de la experiencia digo que el entender y conocer de las cosas más conviene a la arte que no a ella. De dónde averiguamos que los que tienen verdadera arte son más sabios que los que tienen experiencia solamente, según dice el filósofo, porque los unos saben la causa y los otros la ignoran. Bien es verdad que los experimentados saben algunas veces lo que es una cosa pero ignoran el por qué.

–Es más, los científicos saben y conocen la quididad de las cosas y el por qué son. Y así veréis muchas veces que los arquitectos teóricos son más sabios y aun más estimados que los que obran el edificio con sus manos,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

porque realmente entienden las causas que saben, pero los otros hácenlo sin saber, que es lo que hacen, como sabe cualquiera vulgar que el fuego quema y que para dar herida es necesaria la espada y para alcan [fol. 205r] -zar llegar los pies, lo cual saben por experiencia y costumbre que tienen de ello. Y así los científicos pueden enseñar por el conocimiento que tienen de las causas, y los experimentados no, porque las ignoran.

El científico puede enseñar solamente.

–Y la demostración de esto hallaréis en la mesma destreza donde muchas veces lleva el diestro determinada una proposición con sólo el presupuesto que la experiencia le enseñó. Y si acaso el otro lo muda como señor absoluto de sus movimientos, pierde la treta en el mesmo punto por no hallar en el adversario firme postura en que antes lo vio y, hallando falta una treta en el peligro, todas las que salieron de ellas os parecerá que lo son, por lo cual conviene que el diestro tome consejo en ellas mesmas.

Lo que debe hacer el diestro.

–Pues aprovecha poco el grande número de tretas si les falta razón y ciencia para aplicarlas, el cual yerro es ordinario en los que están confiados de sola la experiencia. Y sucede al trocado al que obra con ciencia, que aunque el adversario mude el principio y no venga por la parte que primero se pensó, ni permanezca en la postura, como el científico sabe la causa de lo que va obrando, ninguna cosa de las que puede hacer el adversario le impide su efecto. Y ha acontecido muchas veces mudar el contrario postura, creyendo que se mejoraba y ser aquella mudanza más provechosa para la treta que se va a ejecutar, en el que si se estuviera quedo en la postura de antes, y sucediera al revés si no sola la experiencia se emprendiera, por ignorar la causa universal que, sabida bien y enterado en ella el entendimiento, es imposible que sea parte alguna mudanza para estorbar el efecto de la treta verdadera.

Cualquiera cosa estorba al ignorante.

–Porque sabed que se hace grande cualquiera impedimento por pequeño que sea al que empren- [fol. 205v] de la treta, sin saber la causa. Al fin, como salieron las armas de la experiencia, las cuales tratan de verdades que no se pueden mudar ni alterar con ningunos sucesos, así de la ignorancia salen los acaecimientos. Y porque parece que llaman será bien que subamos a cenar para sustentar el cuerpo, ya que las almas han gozado de su manjar. Y quédese el negocio comenzado para que, descansando esta noche, con más fuerza mañana demos fin a nuestro propósito, enseñando al diestro cristiano cómo usará de la ciencia sin ofender a Dios, a sí, ni al próximo.

Fin del tercero diálogo de la filosofía de la destreza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[fol. 206r]

RAZÓN DEL DIÁLOGO CUARTO

Conclusión es en teología y en filosofía natural y moral que la conformidad tiene el primer lugar en las cosas, de tal manera que, preguntando al rey Agesilao cuál era mejor y más principal virtud: la fortaleza o la justicia, respondió si todos nos llegásemos a la justicia, no habría necesidad de la fortaleza, porque le parecía, y no se engañaba, que la unión de las voluntades formara un cuerpo cuyo administrador fuera la razón, para que las vidas de todos en universal y en particular se conservaran y dilataran, sin que las violencias y traiciones las alteraran.

Mas pues la malicia ha echado tantas raíces de discordia en nuestros ánimos, que por momentos es menester que la razón nos castigue como a rebeldes con los sucesos y experiencias, y hemos dicho largamente en lo pasado las cosas que convienen para la conservación de la vida temporal, cosa justa será enseñar al diestro como ha de usar de la ciencia que tiene para conseguir la vida spiritual, tomando por fundamento lo que dice santo Ambrosio, que el que se deja a sí y se llega a la razón, deja lo que es suyo y toma lo que es eterno, advirtiendo a los cristianos cómo se ha de haber consigo y con sus amigos y enemigos, así en los casos de honra como de injuria y afrenta, para que, advertidos de lo que no han estado, de hoy en adelante enderecen sus cosas al servicio de Dios, regulando la valentía y a la honra con la consciencia para que cada uno sepa cómo ha de guardar y ganar la honra, sin usurparla de su próximo, y cómo conservará la vida sin quitarla a nadie ilícitamente.

Porque, a lo que entiendo, si los hombres hubieran esto avisados, de lo que ahora estarán no hubieran emprendido cosas tan abominables como hemos visto [en] [fol. 206v] nuestros tiempos con aparencia de fortaleza y de que vuelven por su honor sin saber qué cosa es virtud ni cómo la honra se gana y si se puede perder por causas exteriores en la cual han ofendido a Dios gravemente, sin quedar satisfechos antes con nueva afrenta, porque han seguido más la voluntad ciega del vulgo que la lumbre de la razón y ley divina debajo de la cual ponemos lo que toca a la honra y a la defensión, según derecho natural y positivo con muchas cosas nuevas en diversos propósitos, sin salir del nuestro, que se verán largamente en la prosecución de esta destreza cristiana.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[fol. 207r]

DIÁLOGO CUARTO

que trata de la defensión y agresión de obra y de palabra en presencia y en ausencia adonde se hallará cuál es la verdadera honra y cómo se puede perder y ganar, declarando qué cosa es traición y alevosía y los casos que pueden suceder en que se halla lo uno y lo otro, interpretando algunas leyes humanas y glosando una del ordenamiento real.

Meliso. Eudemio. Phylandro. Polemarco.

Ocasión de este diálogo.

Aunque los antiguos persuadieron con muchas razones las faltas y miserias del hombre, abominando la obligación con que nació a pagar tributo perpetuo a las calamidades de esta vida, de suerte que se podía juzgar, según dice Plinio, si la naturaleza haya sido mejor madre al hombre o más triste madrastra por haberse mostrado tan avara con él, privándolo de las defensas naturales que pródigamente repartió con los brutos para tolerar los trabajos y peligros a que nació sujeto, pues a él solo entre todos los animales lo adornó y cubrió con riquezas ajenas y atavió a los demás con varias coberturas, dejando al hombre sin hacer caso del desnudo y desamparado en tierra desierta.

Opinión de los filósofos acerca del hombre.

Y entre los muchos que trataron de esto, el que más metió la mano, según dice Aristófanes, fue Timón, un filósofo Atheniense a quien llamaron Mesanthropes porque fue tan capital enemigo de la naturaleza humana que se supo que tuvieses amistad con algún hombre, si no fue con Alci-[fol. 207v] -bíades, al cual no trata por amor, sino porque sospechaba que había de ser azote de los hombres. Y Heráclito, aquel filósofo de quien Luciano burla mucho, que llorando perpetuamente de lo que Demócrito reía, andaba persuadiendo a todos, destilando el corazón por los ojos, que no era otra cosa el hombre sino un lago de miserias.

El hombre imita a la naturaleza.

Mas considerando lo que escribieron en esto y viendo ahora los efectos de la experiencia, contrarios en todo de su opinión con vuestro razonamiento, y acordándome también de los loores que Galeno da al hombre y lo que afirma Lactancio, he estado tan suspenso que casi no he podido reposar esta noche dando y tomando con la consideración en lo mucho que puede el ingenio humano. Y lo que todo me admira es que el hombre imita a la majestad de la naturaleza y al buen orden que tiene en todas sus cosas con tanta facilidad que casi lo tiene ya por oficio, y que, con ser esto ya tan manifiesto, diga Plinio tantas cosas contra el hombre, siendo él solo capaz de alto entendimiento, como dice Ovidio.

Pero al fin era sin lumbre de fe. Que, si la tuviera él, estimara lo que Dios estimó tanto. Porque clara cosa es que, si el hombre tiene trabajos y está sujeto a miseria, él se la buscó y tomó con sus proprias manos y, aunque nació desnudo y despojado de todas las comodidades, cubierto solamente de un cuero de superficie tan delicada que cada cosa por pequeño que sea se lo rompe, no fue sin providencia divina, ni lo hizo Dios sin maduro consejo, como quien sabía muy bien con cuánta más ligereza se había el hombre de aprovechar de los sentidos exteriores que todos los otros a- [fol. 208r] -nimales y que habían de estar sujetos a la presteza del entendimiento, el cual no ha pensado la cosa cuando la querría tener hecha.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Y por esto no convenía que los instrumentos fuesen tan fuertes y robustos como los de los brutos; antes delicados y subtiles. Siendo esto así, nadie habrá tan atrevido ya que ose decir que Dios hizo más merced a los otros animales que al hombre, porque, aunque lo crío de tan baja materia como el limo de la tierra, no por eso perdió su dignidad y alteza. Porque es la obra sola que Dios labró con sus proprias manos para mostrar su poder y saber infinito, que no fue por falta de otra mejor la creación del cielo sol luna y estrellas. Es bastante muestra que no faltaban cosas nobles de qué criarlo. Mas quiso hacerlo de barro para abatir su soberbia y reprimir su arrogancia, dando a entender que no se había de ocupar en las cosas bajas de este mundo inferior, ni poner su fin ellas como hacen los brutos, que toda su felicidad se les acaba con la vida.

Porque hizo Dios al hombre de barro.

Mas, para que sepa el hombre que le va la vida eterna, en poner sus pensamientos en el cielo y, enterado en esto, levante los ojos y el ánimo a suspirar por su antigua y verdadera patria. Porque bien pudiera Dios hacer al hombre tan fuerte y más que al león y tan ligero como al ciervo y tan duro que resistiera a todo y nada pudiera ofenderlo. Pero quiso que fuese de frágil compostura para que estuviese más pronto al contemplar a su criador, y para que entienda al hombre, cuando todas las cosas lo molestaren y injurian en la tierra, que no nació para perpetuarse, sino para que sirva [fol. 208v] de depósito en ella, hasta que la divina voluntad quiera otra cosa. Y pues el hombre es de tanta deidad y natural del cielo nadie lo compare más con los otros animales.

Meliso –Si particularmente, apartándoos de las cosas ordinarias, os pusiésedes en contemplación de su elegancia, hallaríades que son tales y tan cumplidos los privilegios que Dios concedió al hombre que os admirara la excelencia de los efectos que produce en el mundo con cada uno de ellos. Y después de bien considerado, hallaréis por verdad lo que dice Platón, que el hombre es animal digno de ser adorado y reverenciado de los otros animales porque, fuera de grandezas particulares que tiene, con la razón y el entendimiento los pone a todos debajo de su voluntad, a lo cual la grandeza ni fiereza de las otras bestias con sus armas no pudo resistir, pues con fuerza los doma a todos por fuerza no mayor sino más mañosa. Como dice Galeno, ni hay animal por grande, recio y furioso que sea que, en viendo al hombre, aunque nunca le haya visto que luego no le reconozca y tiemble de él.

Lo que dijo Platón del hombre.

–Esta es la gracia que heredo de aquel primer carácter que Dios puso en nuestro primer padre Adán, a quien los antiguos cabalistas llamaban en su lengua. Este es el salvoconducto y la confianza con que el primer hombre se atrevía a vivir entre tantas y espantosas fieras, poniendo nombre a cada una según su specie.

–Y según esto, con razón dijo Aristóteles que el hombre nació para entender y hacer, viendo que no se le esconde cosa en el profundo del mar y que la alteza del [fol. 209r] cielo no es parte para que no penetre con la fuerza de su entendimiento los secretos divinos. Y pues con estudiar tan pocas horas en la librería de la ciencia de Dios, supo y entendió tanto de sus grandezas que os parece que fuera el hombre si se conservara en gracia y no ofendiera a su criador.

–Y por daros contento, ya que tocastes en esa materia, quiero meter las manos en el tesoro humano, porque veáis el valor de su riqueza. Y, como

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

no tiene su caudal en lo que los otros animales, refiriendoos las cosas que a la memoria se me ofrecieren, para que de aquí adelante cada uno sea testigo y juez arbitro, y dé la sentencia por los efectos sin más probanza cómo el ánimo del hombre es divino. Pues va siempre imitando la grandeza de su hacedor, tanto que ninguna suerte de hombre hay que deje de seguir esta maravillosa imitación, ni hay clima tan apartada que los de ella se olviden de emprender este generoso deseo, ni hay hombre tan bárbaro que en naciendo, y aun halla desde las envolturas de la naturaleza, no saque enjerto esto divino conocimiento, porque es el blanco de todos los que procuran avecindarse en todo cuanto pueden a Dios.

Nota la forma de la cabeza del hombre.

–Y antes que discurramos por las grandezas suyas, paremos un poco a considerar que la forma de la cabeza del hombre no es al modo de los otros animales, sino que la hizo la celestial virtud redonda en el todo y en sus partes, y la cubrió de una milagrosa perfección. Por cierto, no sé quién hay tan inadvertido en el mundo que no contemple la extrañeza de esta parte del cuerpo humano que es la torre de homenaje del pequeño mundo y la casa do mora el saber del hombre, la cual estableció el criador para asiento y domicilio de la razón [fol. 209v] con que el mesmo Dios ha de ser contemplado, reverenciado, conocido, servido y adorado. Y diole aquel lugar supremo para que sirva de atalaya de las cosas del cielo y de la tierra. De aquí, como de una fuente mana aquella grande variedad de las obras de los cinco sentidos cosa maravillosa es que de una raíz salgan tantos y tan varios aprovechamientos. Veamos, ¿qué cosa hay en el mundo tan milagrosa a los ojos de los que se quedan a la puerta de los misterios de naturaleza sin penetrar adelante, que el ingenio del hombre con la celestial virtud que tiene no la alcance y se esfuerce a imitarla?

–Pues tenemos evidencia que no hay cosa por ardua y difícil que sea que el hombre no la emprenda y la acabe, queriendo y aun la perfección trabajando, pues lo conocemos inventor de artes innumerables que las ha desplegado y producido la fuerza de su entendimiento. Él sólo entre todos los animales que las ha desplegado y producido la fuerza de su entendimiento, él solo entre todos los animales tiene conocimiento de las cosas pasadas y aun por venir. Y así no hay cosa por difícil que sea que con el ingenio no la alcance. ¿Qué ciencia o que arte no han hallado los hombres?

Las artes que el hombre ha inventado.

Discurramos, pues. Desde la computación de los números, y por el conocer y tratar las calidades de los elementos, y por el entender la virtud de las piedras, pues halló dónde tienen algunas la excelencia que las hace tan preciosas, y a la invención de las leyes que tienen al mundo en paz, aquel entender la virtud de los metales, y el cómo se crían de tan diferente valor, el conocer las propriedades de las yerbas y los grados de calidad que tiene cada una, el conocimiento de las plantas, y de la virtud de los animales; aquel acechar los movimientos celestiales de mucho tiem- [fol. 210r] -po. El hombre halló los extraños modos en toda suerte de música, y se encontró con la oscura proporción de las líneas, y con la gravedad y agudeza de la poesía, y con la elegancia y copia de la oratoria. ¿Qué diremos, pues, de los engaños y astucias que inventó para prender y sujetar las fieras, y del maravilloso artificio del escribir, y de la milagrosa invención de la estampa, y los misterios que halló en la experiencia para acreditar la medicina ciencia por cierto digna de grande alabanza, la diferencia de los planetas y cómo imprimen sus calidades en los cuerpos inferiores, qué cosa es el cuerpo del sol, cómo crece y mengua la luna?

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

El hombre entiende lo que el fuego hace sobre el aire y qué hacen las aguas junto a la tierra y para qué forman ambas figura redonda. Y sabe cómo está la tierra, sin moverse, teniéndola abrazada la agua de su naturaleza movible, y sujeta al ímpetu de los vientos, y qué cosa es el aire y por qué respira con tanta fuerza, y en qué proporción está el un elemento con el otro. El hombre entiende cómo se hace el arco en las nubes, y como en el mar salado se hallan fuentes dulces, y él hizo de madera casas movedizas con que pasea las aguas, y se fía tanto de su industria que, sin más consideración, se entrega a las tempestades que por momentos se levantan en las navegaciones siempre tres de dos de la muerte, como dice Anacarsis. Y sabe cómo se hacen las plantas, conoce las condiciones de los hombres por la fisionomía. Y si lo consideráis con atención, veréis cuan artificiosa fue la manera que tuvo para sangrar los ríos y usar de la agua necesaria y traerla de las fuentes, haciendo con [fol. 210v] mediana industria cada uno en su casa lo que la naturaleza hizo con todo su poder. Y no sólo usa de los elementos para las cosas necesarias, pero de la tierra de la agua y del aire unas veces para la comodidad del mantenimiento y otras para deleite del ánimo, junto con saber y entender los milagros que tiene la naturaleza de cada cosa. Finalmente, ¿qué no sabrá y entenderá el hombre en las cosas naturales?, pues se sube a inquerir los secretos de Dios que son sobre toda naturaleza.

Anacarsis

Phylandro: Eso hace porque lo que el hombre tiene más natural es saber todas las cosas, que no le para ni cansa el deseo después de haber conocido una verdad. Antes le nacen nuevos deseos de buscar otras, hasta tanto que le parece que no hay cosa en el mundo de que se pueda entender que no sepa y entienda algo de ella, por lo cual Homero llamó al hombre descubridor. Porque en nasciendo procura saber entender y descubrir, pues vemos que no se contenta de imitar las obras de la naturaleza inferior, pero perfecciónalas y corrígelas. Y así vemos muchas cosas que comienza con arte, que las perfecciona la naturaleza, y muchas otras que comienza naturaleza que el hombre las perfecciona con arte, según lo afirma Gentil sobre Avicena.

La teología.

Lo que dijo Homero del hombre.

Gentil y Avicena.

–Y parece que para que resplandeciese más la excelencia del hombre quiso Dios dejar algunas cosas de tal manera que el hombre, con el poder suyo que tiene en causa propria, se entremetiese a corregirlas y enmendarlas, porque la fuerza de su entendimiento es divina y es tan codicioso de saber lo que le falta que, no contento con lo que habéis oído, como animal fuera de su elemento natural, aunque está [fol. 211r] presente en la tierra, su deseo no está ausente del cielo ni deja de dar la obediencia a su criador. Y lo que a mí me tiene más suspenso de todo es que las cosas inventadas con el artificio de su ingenio es lo mesmo que hizo la propria naturaleza, como que ya los hombres no fuesen hechura suya, sino imitadores de su admirable elegancia, como lo testifican las uvas que pintó Zeuzis tan semejantes que las aves, engañadas de su propiedad, bajaron a ellas; y que Apeles pintase una yegua y un perro de tal manera naturales que todos los caballos y perros que pasaban les hacían la salva con sus relinches y ladridos.

Las uvas de Zeuzis.

La yegua y el perro de Apeles.

–Pues ¿qué diremos del caballo de alambre labrado con tan sutil arte que todos los caballos que lo vían se hacían pedazos por llegar a él, como si fuera yegua viva, que hizo un ingeniero de Eraclea Proviecia del Peleponeso,

El caballo de alambre.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

según Pausanias? Y admirámonos de que los brutos se engañan con la perfección de las cosas que inventó el entendimiento con arte, sabiendo que Praxiteles pintó una Venus en un templo de los indios de tal manera acabada y en tanto punto hermosa que se enamoraban de ella los que miraban. De todo lo que es invención ¿cuál trae mayor espanto que lo de Architas Tarentino que, según escriben los antiguos, hizo una paloma de madera nivelada con tanta proporción y con tan igual peso que, echada de la mano, se henchía de aire y volaba entre las otras aves, según lo afirma Matfilio en la teología de Platón? Pues ¿qué diremos de las estatuas que hacían los egipcios de sus falsos dioses que andaban, y reverberaba el aire en ellas de tal manera que parecía que hablaban, según [fol. 211v] cuentan los historiadores. Dejo a una parte las pirámides de Egipto y los edificios griegos y lo mucho que pudieron con la fuerza de sus ingenios, porque han de ser encarecidos de aquellos que les sean semejantes, como lo hace Plinio cuando encarece y admira la invención del anfiteatro. Pues no merece menores encarecimientos que las cosas referidas lo que Plutarco cuenta de aquel gran matemático Archimedes Suraeusano que llevó arrastrando una nao grandísima cargada de mercadería por la Plaza de Zaragoza en Sicilia, como si llevara yegua mansa de cabestro. Y ¿qué término de encarecer hay que no quede apurado en la consideración de la esfera de metal que hizo el proprio donde se veían todos los movimientos de los planetas dando, según cuenta Cicerón, las proprias vueltas que en el cielo?
Y en nuestro tiempo vimos lo mesmo más precisamente en un reloj que hizo Xonelo, hombre extranjero de raro ingenio.

Venus de Praxiteles.

La paloma que hizo Architas.

Las estatuas de los egipcios.

Las pirámides de Egipto.

El Anfiteatro.

La nao de Archimedes.

Esfera de Archimedes.

El reloj de Xanelo.

–¿Qué cosa se le ha escapado al hombre por contrahacer, pues para imitar al trueno y al relámpago que pasan allá en la región del aire inventó la bombarda y arcabuz donde se hallan ambas cosas, como en el rompimiento de las nubes? Y no contento de contrahacer lo que pasa en el cielo, aire y tierra tan al natural, como vemos, sino que ahora en nuestro tiempo el hombre inventase una nueva y admirable manera de navegar por debajo del agua con un instrumento de madera donde se puede estar, comer y dormir el tiempo que quisiere sin ser ofendido hecho para descubrir los secretos del centro del mar que naturaleza concedió a solos los peces, que dijeran los [fol. 212r] antiguos, si en su tiempo fuera do Antonio de Luna, inventor de este instrumento, paréceme que hincheran sus historias de alabanzas, celebrando y engrandeciendo tan milagroso ingenio. En esto veréis llanamente la razón que tuvo Favorino cuando dijo que ninguna cosa grande había en la tierra fuera del hombre, por ser mundo menor y en quien se incluyen todas las cosas del mayor, ni tampoco había cosa grande ni preciosa en el hombre fuera del entendimiento.

Polemarco –Por cierto que en ninguna cosa le habéis levantado testimonio al hombre de cuantas habéis referido de su parte. Y ahora acabaremos de entender del todo lo mucho que se pierde cuando el hombre se condena, aunque por otra parte me parece que habéis querido levantar su partido estimando su excelencia porque, como dije, Plinio en algunas partes lo abatió tanto y levantó a la naturaleza de las fieras, puesto caso que Galeno y otros muchos lo sienten bien al contrario.

Lo que Plinio abatió la naturaleza del hombre.

Meliso –No hay para qué el ingenio de nuevo gaste tiempo en vituperar los dones de que la naturaleza hizo participantes a los brutos, ni en loar ahora los que dio al hombre, porque será tan perdido como el que gastó uno en loar la importunidad de la mosca y la lealtad de los mosquitos, viendo

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

claramente que todos los animales viven sin algún arte ni concierto de vida, prueba de lo cual es la bruteza con que hacen la defensa para su conservación, aunque tiene fuerza y ligereza. Y considerando lo proprio en el hombre hallaremos que no solamente hace con la razón y las manos eso mejor que todos, pero próbese de todas las cosas con la industria y el ingenio, y hácelo de suerte que no hay animal de ninguna specie que sea con todas las municiones y pertrechos que les dio la naturaleza de cuernos, dientes, colmillos, uñas [fol. 212v] scama y ponzoña pueden estar seguros de la mano del hombre, como dice Galeno, y él con sólo su ingenio lo puede estar de las asechanzas y astucias de los brutos esclavos de la naturaleza.

Lo que dijo Galeno del hombre.

Polemarco –Tenéis razón por cierto, pues manifiestamente vemos que todos ellos obedecen al hombre, y el hombre, aun no contento de ser obedecido, les fuerza y compele a que imiten a la naturaleza humana enseñando a hablar las aves y a que obedezcan a la voz humana, y, domesticando las más zahareñas, las manda y gobierna con la voz. Y ellas, puestas en su libertad, le obedecen estando retiradas en lo último del aire dando con la industria humana otras muchas habilidades a las fieras que naturaleza les negó.

La cetrería.

–Y amansando la fiereza del caballo, real, generoso, soberbio y ligero animal, como dicen Galeno y Aristóteles, lo manda y tiene sujeto con freno y espuelas a su servicio. Bien es verdad que alguna vez los brutos con las armas que recibieron de la naturaleza pueden acometer y maltratar al hombre. Y él, con su industria y sagacidad, se libre de este ímpetu, pero con las manos que son en virtud todas las armas, y aun las que significan los afectos del ánimo, como diremos adelante, hace el hombre defensas importantes con que se libra del asalto de las fieras. Y no solamente las ahuyenta pero las doma, como dice Galeno y refiere Lactancio, pues nunca se vio el hombre sujeto al bruto de la manera que vemos cada día manadas y estar sujetos.

Epítetos del caballo.

Lo que Lactancio dice del hombre.

–El hombre solo entre todos los animales se entrega a la muerte por el bien común y como está confiado en los sa- [fol. 213r] bores inmortales del cielo, tiene en poco perder todo lo que hay en la tierra. Finalmente, es el hombre animal de tanta perfección que se manda y sujeta primero a sí mesmo, como dice Cicerón, que es lo que ningún linaje de animal puede hacer, y después gobierna y compone su familia, administra y tiene en paz la república, rige a las gentes y manda al mundo.

Lo que Cicerón dice del hombre.

–¿Dirán por ventura ahora los que niegan la inmortalidad de la alma que el hombre es animal caduco y terreno como los brutos y no sempiterno, celestial y divino como los ángeles? Pues viendo que todos los animales viven quietamente en su género, según dice Plinio, y que están congregados y prevenidos para los que no son de su linaje, porque la fuerza de los leones no pelea contra sí, los serpientes no muerden a los serpientes, ni las bestias y peces del mar se embravecen, sino contra los que son de diversa naturaleza que la suya, y que había también podido con la fuerza del ingenio inventar las artes y perfeccionar las ciencias, como dice San Basilio, y que con la industria había sujetado a los animales más fieros y las aves más zahareñas, quedo suspenso y confuso, creyendo que aún no había llegado a la cumbre de lo que pretendía con la excelencia de su ingenio, como nunca para, según dice Euripades, dando vueltas con la consideración, teniendo el ánimo inquieto y olvidado de las cosa pasadas, halló que al hombre le vienen muchos males y peligros del hombre, como dice Plinio, y pareciéndole según esto que le

El ingenio del hombre nunca para.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

quedaba por emprender lo más difícil en esta duda, deshizo la confianza su rueda, porque no era ocupar el entendimiento en la especulación de las [fol. 213v] ciencias ni en investigar causas ni en inventar instrumentos para deleite del ánimo, ni en prender fieras, ni tampoco en domar caballos y en amansar leones, sino en el cómo podría hallar defensas contra un animal de tan grande entendimiento y de tanto ánimo, tan sabio, tan prudente, tan astuto, tan cauteloso, tan sagaz, tan disimulado, tan mañoso, tan agudo, tan delicado, tan industrioso, tan discreto, tan ingenioso, tan ligero, tan fuerte, tan soberbio y tan bravo, tan feroz, tan robusto, tan furioso, tan osado, tan temerario, y tan poderoso como el mesmo hombre.

Los atributos del entendimiento y ánimo del hombre.

–Aquí en esto dio la muestra verdadera de su elegancia y descubrió del todo el remate de su gran virtud, y quedó apurada y calificada su grandeza cuando entendió que no podía hallar cosas tan delicadas como fuesen visibles que al punto el hombre su semejante o a pocas vueltas no topase con ellas.

–Finalmente, viendo a la cara al hombre tan poderoso enemigo del hombre, como dice Phylón, para defenderse de él a su salvo y ofenderlo, si lo apretase, trajo poco a poco los materiales para la fábrica de su defensión y cultivolos con el discurso del tiempo y cortó la madera y labrola, coció el ladrillo y la teja, hizo horno para la cal y forjó instrumentos para labrarlo todo. Y afirmó las zanjas y juntó los materiales y, puesto cada uno en su lugar, formó casas y labró muros. Y pareciéndole que todavía estaba en peligro si llegaban a las manos, inventó el hombre la destreza de las armas con la cual mejora su ánimo, alienta y ejercita el cuerpo, defiende la vida, aumen- [fol. 214r] -ta la honra, conserva la fama y estimación, y guarda el uso de ella para las necesidades en que suelen poner los malos a los buenos.

La invención de la destreza.

Para qué se inventó la destreza.

–Y así permitió Dios su invención y descubrimiento para poner miedo al malo, porque ninguno sea osado con mala voluntad con ira ni invidia de apartar la alma que su majestad juntó con el cuerpo, avisando y amonestando a los hombres que tendrá poca disculpa el que destruyere y deshiciere este elegante edificio racional fabricado para templo suyo. Pues vemos que, por no igualar a las demás cosas con la naturaleza humana, las hizo con sola la palabra.

–Y para hacer al hombre puso Dios las manos en la obra de él y lo retrató a su semejanza y lo crio hidalgo y libre de pecho y alcabala. Hízolo hábil y capaz del gozo de la bienaventuranza que consiste en ver y unirse con su mesmo criador. Hízolo señor de todas sus obras y triunfador de todas sus hazañas, emperador, rey y capitán general de todas las criaturas visibles. Y para dejarlo noble de todo punto, diole la libertad del albedrío. Y por mostrarse con él del todo liberal y obligarlo más, hízole la alma impasible, inmortal, y diole el derecho de poder heredar las riquezas de la gloria esencial. Y al fin lo dejó en su lugarteniente y mandó que todas las cosas le obedeciesen, las cuales, sin exceder ni faltar un punto, han obedecido y hasta el fin del mundo obedecerán a su criador.

Las mercedes que Dios hizo al hombre.

–Más el hombre descortés e ingrato a tan supremos y calificados beneficios fue trasgresor de los preceptos que le puso, siendo tan fáciles de guardar, y por esta desobediencia quedó hecho de justo pecador, de contento [fol. 214v] fue sujeto a dolor y trabajos, y de muy rico y abundante de todos los bienes que se podían desear vino al más vil estado de pobreza por desagradecido a tantos beneficios como sin merecerlos había recibido. Y lo que más se deja sentir de amigo muy grande de Dios vino a ser su capital

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

enemigo. Quebrósele por el pecado a nuestro Dios aquella rica joya en que él tanto se había remirado, por no haber querido el hombre seguir la vocación en que había sido llamado. Porque claro está que si quisiera guardar aquel tesoro de gracia que su criador lo mantuviera en perpetua felicidad y honra.

La misericordia que Dios usó con el hombre.

–Pero Dios, no usando con él del rigor y severidad que tuvo en el castigar la rebelión de los ángeles, que con ingratitud y soberbia se levantaron contra él, antes de infinita misericordia tuvo por bien de darle larga vida para que llorase su pecado y de repararlo y darle un medio cómo pudiese ser restituido en la gracia y se librase de la pena en este medio que se tomó para la reparación de su caída. Mostró nuestro Dios todo su saber. Allí empleó toda su potencia, allí puso de su parte las riquezas más preciadas de su divina bondad y sabiduría. Fue tan extraño el camino y tan ignorado de los hombres por donde el padre eterno guió este negocio para perfeccionar esta divina obra que no hay para qué el entendimiento quiera especularlo, porque infinitamente excede a toda facultad humana. Esta fue obra toda de nuestro misericordioso Dios.

Lo mucho que Dios amó al hombre.

–Y de parte del pecador no hay otra cosa que quererla recibir y saber aprovecharse de ella. Así, el padre eterno amó tanto al hombre viendo que iba despeñándo- [fol. 215r] -se de un mal en otro para reparo de su caída, y porque tuviese satisfacción la culpa cometida a Señor infinito con satisfacción infinita, y que esa faltaba en el mundo, envió a su único hijo, el cual, por redemirnos de la servidumbre del demonio, siendo verdadero Dios, se hizo verdadero hombre y padeció por el linaje humano muerte voluntaria. Y para hacer jornada tan costosa no tomó naturaleza de ángel, porque si la tomara quedaran solamente honrados los ángeles, quiso tomar carne humana y naturaleza de hombre en el cual honró todas las cosas criadas, a las piedras que corresponden en el ser con el hombre, a los vegetales porque la ánima vegetativa del hombre corresponde a las plantas. Honró a los brutos porque con la ánima sensitiva les correspondemos. Finalmente, honró a los ángeles porque el hombre les corresponde con la divinidad del entendimiento. Notad ahora que cosa tan excelente es el hombre y la obligación que tiene a mirar por sí, pues el mesmo Dios, estando ofendido, miró tanto por él y hizo que el mayorazgo del cielo muriese por darle la vida y sacarlo del cautiverio, que él tomó con sus proprias manos, bajándose Dios al suelo por subir al hombre al cielo.

El hombre tiene correspondencia con todas las cosas.

La fuerza de la satisfacción.

Phylandro –Por cierto, que si el hombre se pusiese a considerar algún poco de tiempo lo mucho que debe a Dios, pues le entregó tantos bienes sin tener más fiador que a su divina misericordia para merecerlos, que se emplearía de todo corazón a servir señor tan liberal que por enriquecerlo usó con él de tantas magnificencias. Y acuérdaseme de aquel grande sacerdote y filósofo Hermes Trismegisto aludiendo a esto, después de cansado en la profunda contemplación de las cosas del hombre, [fol. 215v] sin tener lumbre de fe, dijo a voces, «¿Adónde está el excelente pintor de esta maravillosa obra? ¿Quién es el que también supo gastar los vivos colores de tan extraña pintura y aplicarle tan consagrados esmaltes? ¿Quién dibujó también estos hermosos ojos ventanas de todo el cuerpo y claro espejo de la alma? ¿Quién extendió los labios en la boca? ¿Quién entretejió y mezcló tanta multitud de venas que sirven al cuerpo de arroyos, por las cuales, corriendo, la sangre con los otros tres humores substentan y regalan al cuerpo con su humedad y grosura? ¿Quién hizo los huesos tan duros y recios? ¿Quien los encajó y clavó con tanto

Lo que Hermes dijo del hombre.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

concierto para que, como guardas y alabarderos, detengan al pensamiento cuando se levanta muy alto y acaso quiere salir de medida y hacerse fuerte contra la razón y templanza? ¿Quién cubrió la carne de un cuero tan delicado y blando? ¿Quién distinguió y apartó los dedos con sus coyunturas particulares? ¿Quién extendió los pies en tan buena proporción y justa medida para que sirvan de cimiento a todo el cuerpo? ¿Quién abrió tanto camino y puerta como hay en el cuerpo humano? ¿Y quién apretó el brazo tanto que lo dejó en tan grande perfección? ¿Quién tejió tantas redes y raíces en el hígado? ¿Quién acanaló los pulmones? ¿Quién dio lugar tan capaz al vientre? ¿Quien puso a los miembros honrados en la plaza y lugares evidentes para ser vistos de todos, y a los deshonestos repartió por las callejuelas y lugares apartados donde la cobertura los honrase y diese valor?»

–Contemplaba pues, dice Hermes, ¿cuántas y cuáles obras se hicieron para sacar una tan perfecta y acabada, y cuán hermosa es cada una de por sí, y con qué com- [fol. 216r] -pás y medida están asentadas las labores tan diferentes en oficios, servicios, y aprovechamientos? ¿Quién piensas que hizo obras tan extrañas? ¿A quién tienes por padre y inventor de ellas? ¿Quién quieres que sea sino Dios invisible?

Justo juicio.

–Tomemos, pues, ahora cuenta a estos que tienen por oficio o por gusto preciarse de matadores y estiman por la mejor pieza de su arnés haber muerto a un hombre, y tienen en más al que ha muerto más. ¿Qué disculpa dará delante de Dios el que en el juicio final viere dos o tres hombres muertos delante de si con asechanzas y traiciones, y por el recto juez le fuese preguntado, «¿por qué quitaste la vida a este hombre a quien yo di el ser que tenía y quise más que fuese hombre que otro animal y lo crie y conservé y redimí?» Allí, ¿cómo se hablará con el criador de las almas y con el señor de los corazones cuya divinidad penetra los pensamientos. Hase de decir verdad porque es Dios, contra quien jamás pudo prevalecer la mentira, y no valdrá negarse el matador ni los intereses ni enojos serán disculpa bastante, porque dirá el juez, «yo a quien deben las criaturas lo que son te di ser y te crie y morí por ti sin haber obras de tu parte que obligasen y satisficiesen a tan calificado beneficio. Pues siendo tu hechura mía la injuria que a ti hicieron, a mí se hizo, ¿por qué apartaste la alma que yo junté con este cuerpo y te hiciste juez y quitaste la vida que al solo el dador de ella estaba reservado?» Nadie sabrá responder a este justificado rigor, por muy elocuente que sea. Antes, ponderando la pena que le dan con la ofensa que cada uno cometió y viendo quien es el ofensor y el ofendido, conociendo lo mucho que debía al criador y lo mal que respondió [fol. 216v] con servicios a las mercedes que Dios le hizo, tendrá por justificada su sentencia y condenación.

Más es sufrir los males que hacerlos.

Eudemio –Por cierto, que el contento con que estaba de haber oído las excelencias del hombre habéis puesto ahora de horror a mi pensamiento con ese ejemplo, tanto que de aquí adelante tengo de pasar livianamente por las injurias y murmuraciones, pues es más sufrir los males que hacerlos y ha de haber día donde castiguen con pena los maleficios y premien con gloria las buenas obras y sufrimiento. Pero con todo eso es cosa fuerte dejar el hombre de volver por su honra, y si uno le quiere quitar la vida, porque Dios lo castigará, se la deje quitar sin más defensa ni consideración. Sacadme de esta fatiga, pues me pusistes en ella, y decidme si hay ley que defienda al matador o que mande que el hombre se deje matar de su enemigo para que yo sepa en consciencia lo que tengo de hacer con mí destreza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Meliso –A mí no es dado tratar de esa materia por tocar en profesión diferente que la mía. Diga en ella Phylandro su parecer, que, como es en los demás, será obedecido.

Phylandro –No soy tan amigo de la gloria ajena, ni me siento tan falto de merecimiento en las cosas que yo trato, y traigo entre las manos que quiera usurparla, que le viene a Polemarco que lo sabrá mejor por haberse defendido a sí y a otros con armas en la guerra y con leyes en la paz. Por eso, Polemarco, no sean menester muchos ruegos, pues sin ellos he obedecido yo vuestro mandado, decidnos el origen de la defensa natural y el que tuvieron las leyes.

Polemarco –Mucho holgara librarme de la empresa de las leyes por su grande dificultad, mas, confiado en que las de amistad la allanarán algo, me determinaré con algu- [fol. 217r] -na confianza, y también porque de las disciplinas que se inventaron para ataviar y cultivar el ánimo del hombre y reducirlo a trato político, aquella he tenido siempre en mayor estimación, y por más principal que se llega al provecho universal de todos, imitando en esto a los varones graves que han preferido siempre la facultad del derecho a todas las otras partes de la filosofía, viendo que no hay lugar ni momento de tiempo donde no sea necesario.

Cuál es la más provechosa disciplina.

–Pues en público y en secreto le conviene a cada uno en particular y a todos en general, como dice Pindaro, esta parte de la filosofía se extiende a lo que toca a las costumbres y gobierno de la ciudad, incitando los buenos a la virtud y espantando a los malos con castigo, guiando a todos con una ley de razón firme y justa por medio de lo provechoso hasta llegar al buen fin, castigando al que la quebranta y premiando al que la obedece, como dice Platón. Y aunque dificultad y anchura de esta materia no sufren brevedad ni tan poca prevención como yo ahora tengo para tratarla, porque vos nos digáis cómo se entienden en destreza las opiniones de algunos doctores, me pondré a tratar algo de ella.

El efecto de las leyes.

–Y no será mucho porque, como dice Simplicio, todo lo que se sabe es poco respecto de lo que se ignora, y por eso cuando uno sabe más que yo en la facultad que profesó, no me admiro porque, según Eurípides, todos no lo pueden saber ni hacer todo. Ni es cosa justa que los hombres cuerdos sean tan desvariados y estén tan casados con sus imaginaciones que digan atrevidamente esto, ni lo otro sabe nadie mejor que yo. Porque en cierta manera es blasfemia contra la omnipotencia de Dios, [fol. 217v] que crio a todas las cosas debajo de ley y con virtud de diferente efecto y dio a cada animal su don particular y a los hombres la razón, como dice Pontano, para que, como con freno, moderasen y reprimiesen sus afectos, sirviéndoles en todas las cosas de regla para vivir bien. Y así dice Cicerón que la ley que puso la razón entre los hombres es una ligadura que comprehende toda la ciudad, porque ley vino de ligar, pues que obliga a guardarla a la cual Sabino llama regla.

Nota lo que dice Simplicio.

Dios crio todas las cosas debajo de ley.

De qué sirve la razón.

Ley vino de ligar.

–Porque el que sigue la verdadera de cualquiera arte no se aparta de lo justo, el fin de la cual es inducir a los hombres al bien y apartarlos del mal. Y sus actos, según Isidoro y Modestino jurisconsultos, son mandar, prohibir, permitir y castigar. Pero los hombres soltaron la rienda a los vicios y se envolvieron en ellos en desacato de la razón y menosprecio de la naturaleza, de manera que convino que poco a poco se estableciesen leyes universales para amparo de los particulares y de la conservación pública, según dice Papiniano jurisconsulto. Estas leyes fueron ordenadas de Dios y de los

Los actos de las leyes.

Por qué inventaron las leyes.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

hombres por cuyo respecto dijo Pindaro que ley era reina de todos en todo lugar y tuvieron sus principios y autores según la variedad de los tiempos. Y como dicen los antiguos, parte de ellas tomaron los legisladores de Moisén que recibió la ley en el monte Sinai escrita con el dedo de Dios, que quiere decir dada por el Espíritu Santo, como se verá largamente en el Éxodo. Y así fue el verdadero inventor de las leyes divinas, y el que hablaba con Dios cara a cara por momentos y el primero que las dio a los Caldeos, las cuales Ptolomeo Filadelfo hizo tras- [fol. 218r] -ladar en lengua griega.

Moisén dio la ley.

–La otra parte no se acaba de entender ni averiguar. ¿Qué causa ni razón movió a los antiguos a poner las leyes debajo de ficciones y fábulas, afirmando, no sin gran misterio, que las habían recibido de los dioses? Y de los inventores dicen los más graves escritores que Osiris fue el primero que dio leyes a los egipcios, certificando que las había recibido de Mercurio. Otros dicen que las que Zoroastres dio a los persas y bactarianos las recibió de cierto espíritu. Pero Zamolsa dijo que las que dio a los scitas eran de mano de la dios Vesta. Minos Candiano Draco y Solon Athenienses dijeron que las recibieron de Jupiter y Minerva, y las que Licurgo dio a los spartanos juró que eran de Apolo. Numa Pompilo dijo que las que dio a los romanos las había recibido de una ninfa enviada de los dioses, pero los árabes publicaron que un espíritu se las había revelado.

Osiris legislador y los demás.

Eudemio –Por cierto que me admiro mucho tanta variedad de legisladores, y decidme esto, ¿dábanlas escritas o en preceptos poniendo hombres que castigasen a los quebrantadores de ellas?

Polemarco –Algunos las pusieron de esa manera y otros las dieron estampidas. Y los primeros que en su tiempo las establecieron escritas fueron los zofiros, compañeros de Ayax Oileo. Y luego les siguió Zeleuco imitando a las costumbres de los spartanes y cretenses que fue él que las puso más rigurosas. Y Ceres las dio a los Sciculos por cuya causa los poetas la llamaron legisera. Los profetas las dieron a los egipcios. Y los Caldeos a los babilonios. Trimegisto, o Minas como lo llaman algunos, y Filalao Corintho las dieron a los thebanos [fol. 218v] y egipcios la mano de Mercurio. Y los gimnosofistas las dieron a los indios, y Nyno y Rhadamanto a los cretenses. Andronodoro las dio a los calsidionenses que habitaban en Traciare, y Phydo a los corninthos. Hypodamo las dio a los melesios, y Choranda a los cartaginenses, habiendolas recibido de Saturno, Orfeo a los de Tracia, aunque no le fue bien de ello, según cuenta Luciano. Finalmente, Protágoras las dio escritas a los turios. Y como las sectas de los filósofos tomaban el nombre de su autor, conviene a saber de Sócrates, socrática, de Platón, académica, de Aristóteles, peripatética, y las demás. Así las leyes tomaron los nombres de sus inventores como dice Macrobio y Corrando Bruno Juriconsulto. Pero convínoles mucho que interpusiesen la autoridad divina en las leyes, según dice Giraldo, porque los hombres no las menospreciasen y falsasen.

Los primeros que dieron leyes escritas.

Por qué llamaron a Ceres legisera.

Por qué los antiguos interponían la autoridad divina en las leyes.

Eudemio –¿Por qué razón no permanecían las leyes entre ellos? ¿Es porque ninguna es tan justa que a todos esté bien?

Polemarco –Porque como la equidad es la ánima de la ley, la cual apartada perecen las leyes que no se fundan en lo justo y honesto. Y no es otra cosa derecho, según dice Celso Jurisconsulto, que una arte justa y buena. Faltó todo esto a los legisladores, y las demás cosas que dice Cicerón que ha de tener

La equidad es la ánima de la ley.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

a dador de la ley, conviene a saber ingenio, juicio, erudición, uso y experiencia de varias cosas, porque, según Modestino jurisconsulto, el derecho o lo hace el consentimiento de todos o lo constituyó la necesidad o lo confirmó la costumbre. Y por esto las leyes no permanecieron y se fueron alterando de día en día entre ellos, principalmente que cada [fol. 219r] uno, respectando sus particulares intereses, establecía leyes más rigurosas que los delitos por hacerse temer.

Quién hace el derecho.

–Y otros, como más tiranos, las hacían provechosas para sí y dañosas para el común, o leyes provechosas para sus ciudades y dañosas para los comarcamos, como dice Pausanias. Otros las ponían insufribles como Draco, legislador atheniense, que dio pena de muerte a todos los vicios, la cual Solón mitigó y corrigió después. Y Rhadamanto impuso la ley del Talión. Y estos derechos todos se han alterado según los tiempos y las ocasiones y la religión de la gente.

–Porque Federico el tercero fue el primero que estableció ley de ahorcar todos los ladrones que es la que comúnmente se practica entre nosotros. Y sí permaneció es porque está corregida con limitaciones cristianas y justas. Y tendréis razón de espantaros de estos extremos porque los mozos en Lacedemonia y en Egipto tenían al hurtar por cosa de donaire y regocijo. Y Julio César dice en sus comentarios que los germanos no tenían por crimen al hurtar. Mirad que sintiera de esto Federico, así que para creencia y reverencia de las leyes afirmaba cada uno haberlas recibido de algún ministro celestial.

Nota de Lacedonia.

–Pero Platón toma el principio de sus leyes de solo Dios, el cual dice que es el común dador de las leyes justas. Y esto confirmó en el diálogo Protágoras cuando dice que las artes que pertenecen al gobierno humano las enseñó a los hombres Prometeo, que significa la prudencia humana, pero que las leyes de vivir bien las recibieron de Júpiter que, en lenguaje de Platón, quiere decirla providencia divina por medio de Mercurio, que significa inspiración angélica. Y como él mesmo dice en otra parte [fol. 219v] de Minos, Licurgo y Solón que fueron los que dieron las leyes a los griegos, tomó gran parte de las suyas quitando, añadiendo y mudando, enmendando y hallando otras de nuevo y hizo lo porque aquestos las tomaron de Júpiter de Apolo y Minerva en significación que el sol, que es el señor de todos los planetas, dio la potencia a las leyes y Júpiter la clemencia y Minerva la aabiduría, las cuales abrazan las leyes de la naturaleza humana, por lo cual dijo Demóstenes que ley justa es aquella que compele a todos los hombres a obedecerla, sirviendo de regla para los sabios y enmienda de los inadvertidos.

Platón tomó sus leyes de sólo Dios.

Qué significa Júpiter y Minerva.

Qué es ley acerca de Demóstenes.

–Y por eso dice Aristóteles que las virtudes salieron de las leyes, aunque otros dicen que las leyes se hicieron por la virtud y no al contrario, porque los hombres que no viven según virtud viven contra naturaleza, y no se pueden llamar hombres los tales. Y por esta razón los griegos llamaban a las otras naciones bárbaras, porque no vivían según virtud, ni se dejaban sujetar de las leyes.

Por qué los griegos llamaron bárbaras a las otras naciones.

–Y viniendo a nuestro propósito, digo que el hombre es una ciudad dentro de la cual tiene ministros que mandan y gobiernan aquella república, y otros que son gobernados de la justicia general, que es la que por imperio contiene en sí todas las virtudes, la cual definiendo Ulpiano dice que es un habito del ánimo con los actos de la voluntad que en lo que es de su parte hace que el que lo tiene, guardando la utilidad común de a cada uno su dignidad.

Qué cosa es justicia.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Y Aristóteles constituyó dos géneros de ella una que llaman justicia universal y otra particular que se divide en con- [fol. 220r] -mutativa y distributiva. La conmutativa es la que toca a los contratos y da a cada uno lo que es suyo con cierta proporción geométrica, mas la distributiva toca a los bienes comunes, guardando en ella la proporción aritmética, como hemos dicho en el segundo libro de nuestra filosofía moral.

–Pero la justicia universal es la que no hace obedecer los preceptos y se llama justicia legítima porque es amparo de las leyes que se han de guardar en cualquiera ciudad, las cuales son en diversas maneras según los principios justos de do salieron. Y para que mejor se entienda lo que toca a su diversidad, conviene saber primero que Aristóteles las divide en leyes de hombres, que es el derecho de las gentes, y en civiles. Pero entiende por las civiles todas aquellas que se halla en cualquiera ciudad bien gobernada.

Porque se llama justicia legítima

Eudemio –¿Por qué razón el filósofo no metió entre esas leyes a lo que oigo decir comúnmente derecho natural?

Polemarco –Porque se incluyen en las que dijo, como veréis. Pues de las cosas que se han de guardar en cualquiera ciudad, hay algunas que por instinto de la naturaleza están impresas en el entendimiento de los hombres, y de estas hay dos maneras, algunas que son naturales al hombre, no como hombre, sino como animal, que son las que la naturaleza enseñó a los animales, según Ulpiano jurisconsulto. Y por esto son comunes a todos, así como el amor de los hijos y el defendernos de los males y daños, que son las proprias en el bruto. Que en el hombre, según Paulo jurisconsulto y Bartolo, también hay algunas leyes naturales en el hombre, no como animal irracional, sino como hombre. Porque, si miráis en ellos, naturalmente se halla en todos una cierta persuasión de la razón que nos convida e incita a hacer bien por estar algunos principios prácticos puestos en [fol. 220v] nosotros, que naturalmente son conocidos de todos los hombres, según Damasceno, como que Dios ha de ser temido, acatado, reverenciado.

Qué cosa es ley natural.

Otra manera de leyes naturales.

–El agradecimiento de las buenas obras que recibimos, el resistir una fuerza con otra fuerza, y que nadie debe hacer a otro el mal que no quiere que le hagan, los cuales son principios conocidos de todos. Y estos se llaman leyes naturales porque no dependen de orden de hombres y que los constituyan o no. Por eso el hombre es menos ni más obligado a guardarlos por ley de naturaleza, de manera que la ley natural es la que obliga al hombre a guardarla o por ser animal o hombre o por orden de la naturaleza y no por constitución de hombres. Y aquesta ley que por instinto de la naturaleza está arraigada en todos los hombres, no como animales, sino como hombres.

–Hermógenes y los demás jurisconsultos la llamaron derecho de las gentes por ser común a todas las gentes, y porque la injuria conviene a solos los hombres y no a los otros animales. Dicen los doctores que resistir la injuria con moderación es derecho de las gentes, aunque con más razón a mi parecer se podía llamar derecho natural, porque no de uso ni opinión de la gente sino de la mesma naturaleza, o que quiera la gente o no quiera está esculpido en los entendimientos y ánimos de los hombres.

Qué cosa es derecho de las gentes.

Eudemio –Pues ¿a cuál de todas esas llamaremos ley positiva?

Polemarco –A ninguna de ellas, porque la ley positiva no es la que da la naturaleza, sino la que los hombres establecen cada uno apropriando a su ciudad la ley que más le conviene. Que, según Aristóteles y Papiniano jurisconsulto, es un precepto común recibido de igual con [fol. 221r]

Qué cosa es ley positiva.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

sentimiento de todos, de donde entiendo que si los hombres obrasen como deben con solo el instinto natural, así como los brutos, no hubiera necesidad de leyes positivas. Porque de la manera que los otros animales se gobiernan cada uno según su propriedad y que por diferentes leyes que les pusiesen, no obrarían de otra suerte. Así de la mesma manera, si el hombre se gobernara por su instinto y no pudiera obrar sino según aquella propriedad natural suya, fueran en balde todas las leyes que se establecieron para su gobernación. Porque, obrando según los principios dichos, siempre la razón los gobernara y sus obras vinieran a ser naturalmente justas, sin ser menester otras leyes positivas.

La razón es ley de la vida.

–Y por eso algunos filósofos llamaron a la razón ley de la vida y a la ley, don de Dios. Mas como solos los hombres entre todos los animales fueron dotados y mejorados en el mayorazgo de la franqueza y libertad del albedrío, luego que la maldad despertó en sus ánimos, comenzaron a esconderse los unos a los otros la pureza de sus corazones, diciendo cosas que no sentían y entendiendo otras que no querían decir, lo cual llegó a tanto extremo que la habla que les fue dada por fiel intérprete de los conceptos del ánimo. Como dice Aristóteles, usaban de ella al contrario y hacían lo que entendían más dudoso. Y, juntándose a estos malos principios el injuriarse el uno al otro, no solamente con encubrir y disimular sus conceptos e intenciones más con las obras, unas veces hiriéndose, otras matándose, de tal manera que aquello que la naturaleza les había dado en común no lo querían conceder ni admitir, sino [fol. 221v] que cada uno, en hallándose algo fuerte, hacía ley especial para sí en daño de su próximo, por lo cual fue necesario para poder vivir, reprimir y moderar las leyes naturales, según dice Ulpiano jurisconsulto.

Por qué se ordenaron las leyes.

Viendo, pues, aquellos varones que se hallaron con más juicio y con afectos más quietos que la malicia de los hombres se había desvergonzado contra la santa intención de la naturaleza, que siempre quiere las cosas perfectas, como dice el filósofo, y considerando que ninguna cosa era más perniciosa para el trato común que la desfrenada libertad del vulgo, que es de do se levanta el extremo mal de los daños públicos, como la disputa Socrates en Platón y Cicerón tratando de las leyes, hechas sus congregaciones, se resolvieron en que sería bien moderar a los vulgares con freno de razón para con él corregir y enmendarles los vicios, cultivándoles los ánimos casi como en defensa de las leyes de la naturaleza, según dice san Crisóstomo.

Para qué se inventaron la poesía y la oratoria.

–Porque de la manera que el médico procura la sanidad del cuerpo doliente, el legislador procuró la sanidad y corrección de los ánimos, para lo cual inventaron la poesía y la oratoria, con el artificio de las cuales los ablandaba. Y viéndolos tratables, amorosamente los encerraban y recogían en una ciudad donde después preguntaban a cada uno por sí, si quería que alguno lo matase, el cual respondía que no. A esto replicaban los varones, luego, no será justo que vos matéis a nadie. Y si lo hiciéredes, os castigaran y en las demás cosas los reprimían con las persuasiones, ordenando y estableciendo aquello que les parecía más necesario, teniéndolos sujetos unas veces con obras y amenazas otras con penas y miedo, todo lo cual fortificaron aquellos varones graves, acomodando algún gobierno tolerable y moderación ju- [fol. 222r – erróneamente 217] -sta a las leyes de la naturaleza, las cuales se han multiplicado, según han crecido las maldades y delitos de los hombres.

Por qué se han multiplicado las leyes.

–Pero ha llegado la maldad humana a tanta profundidad que tengo por cosa imposible que se imaginen leyes de tantas cautelas y reparos que puedan

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

comprehender el número de las maldades. Pues hecha la ley, luego al punto la malicia del ingenio humano la procuró profanar, anular y defraudar, de manera que de día en día es menester crecer estas leyes positivas con nuevas cautelas e instituciones, y lo mesmo será hasta el fin del mundo, por ser en nosotros más fácil impedir el bien que hacerlo. Este es el orden, aunque yo no le he tenido bueno, como se halló la ley positiva así animal como humana a cuya imitación los legisladores católicos constituyeron leyes, limitando con justicia y enmendando con prudencia según pedía la ocasión.

Qué cosa es ley.

–Porque, como dijo Crisipo según refiere Marciano jurisconsulto, la ley es una reina de todas las cosas divinas humanas que preside en buenos y en malos, en príncipes y en reyes, porque no sea semejante a las telas de las arañas que ligan y comprehenden los animales flacos y menudos y son rompidos de los grandes y poderosos, como dijeron Anacarsis Zeleuce legislador. De suerte que cada precepto positivo presupone alguno de la naturaleza, como es que el hombre naturalmente ha de honrar y socorrer a sus padres. La ley positiva determina que honra conviene que se le haga y la pena que merece el que la quebranta.

Cada precepto positivo presupone alguno de la naturaleza.

Eudemio –Decidme, ¿por qué razón fueron estas leyes limitadas y no univer- [fol. 222v] -sales como las de la naturaleza, pues afirmáis que todas presuponen principio natural?

Por qué fueron las leyes limitadas.

Polemarco: –Porque creció tanto la malicia de los hombres que convino que las leyes fuesen limitadas, porque se tenía experiencia de que cuanto fuesen más universales tanto con más facilidad se daba ocasión a los viciosos de menospreciarlas y quebrantarlas, como hicieron primero a la general de la naturaleza. Y por eso convino que las leyes positivas fuesen limitadas y corregidas como las que profesamos los cristianos, declaradas y puestas por la iglesia católica romana alumbrada por el espíritu santo, de manera que es una ley santa honesta, necesaria, firme, clara y provechosa, establecida, y puesta para nuestra salvación, que no compele a vivir bien y santamente.

Qué es positiva.

–Y como de la malicia humana salen diversas ocasiones en una y en otra ciudad, así se constituyeron en ellas varias leyes, ahora por la naturaleza de los hombres y extrañeza de las naciones, ahora por los diversos sitios y regiones, respectando los climas y usos. Y así hay un adagio que dice «ley y región». Pero esta mudanza y variedad habéis de entender en lo que toca a lo humano, que las leyes de la religión verdadera no pueden padecer mudanza, porque su verdad es infalible en todo tiempo y lugar, y jamás se altera ni respecta a las naciones uso ni fueros extraños como las leyes políticas que se pueden mudar como Proteo según las consideraciones dichas.

Adagio.

Eudemio –Bien sé que la fe católica que profesamos los cristianos no se puede mudar jamás, porque la verdad de ella es el mesmo Dios que nunca puede recibir variedad, ni tampoco concibe las cosas en tiempo porque tiene concepto eterno, de donde se sigue que sola la ley católica nuestra [fol. 223r] es eterna y no capaz de mudanza, y confieso que no hay otra religión con verdad fuera de ella, sino invención mentirosa de falsos engañadores fiscales puestos por el demonio contra la verdad para llevar almas al infierno. Y porque me ha satisfecho el origen de la positiva, ya que habéis comenzado a alumbrarme en esta facultad, satisfaced al deseo que tengo de saber por qué se llaman civiles las leyes del derecho.

La fe católica no se puede mudar jamás.

Por qué no se puede mudarla.

La ley católica.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Polemarco –En cualquiera república bien gobernada se hallan leyes de muchas suertes que toman el hombre de la cuidad por salud y conservación, de la cual son establecidas que, según Papiniano jurisconsulto, se llaman civiles, porque se han de guardar en las ciudades, aunque entre ellas, como dijimos, hay algunas que son naturales. Y otras son compuestas particularmente de los legisladores en las ciudades según la calidad del gobierno de cada una, las cuales crecen o limitan o las renuevan según el tiempo.

–Y para entender lo de arriba, sabed que la ley es en dos maneras divina o humana. La divina o es natural o positiva, conviene a saber natural, como los diez mandamientos de la ley, que se deducen del dictamen de la razón, o es positiva divina, como las leyes que Dios puso sobre el natural del hombre que están en el evangelio, como es que no bauticemos y recibamos el cuerpo y sangre del mesmo hijo de Dios. Pero la ley humana es en otras dos maneras: una que toca al derecho de las gentes derivada de los principios universales de la naturaleza para algún sin necesario conveniente al bien de todos los hombres, como es la división de las haciendas y el tratar, comprar y vender. Otras hay civiles, [fol. 223v] que son las que están puestas en la ciudad para conservación de la salud de los ciudadanos y quietud de todas las repúblicas.

División de las leyes.

Cuáles se llaman leyes civiles.

–A las que tocan a la salvación de la alma llamamos leyes sagradas, católicas, pontificales y canónicas. Finalmente, ley de gracias, que es la que perfecciona la ley de naturaleza. Y todas las demás se llaman civiles, tomando el nombre de su género, como suele acontecer en muchas cosas, que el nombre del género se pone a la specie en diversos respectos. Y sabed que el primero que se llamo derecho civil fue el del pueblo romano, el cual recibió variedad en diversos tiempos. Y los primeros fundadores del fueron Marco Musio, Lucio Bruto, y Publio Manilo. Finalmente, los jurisconsultos llaman leyes civiles también a la parte de las positivas, todas las cuales fueron ordenadas así para el culto de la religión como para amparo de los hombres y ciudades.

Primeros fundadores del derecho civil.

Phylandro –Habeislo tratado tan copiosamente que estamos sin algún escrúpulo en todo lo que toca el origen y división de las leyes. Decidnos algo del derecho que tienen todas las cosas a defenderse naturalmente, para que esta materia quede en su punto.

Polemarco –Es tan prudente y liberal la naturaleza, según dice Olimpo Nemesiano, que no hay animal bruto en quien no haya puesto alguna virtud en la substancia o desvanecimiento en la fantasía en quien confíe y en quien no vaya caballera triunfando la presunción porque no crio cosa en balde, como dice Teodorito.

No hay animal sin alguna defensa.

Defensa natural.

–Y si lo queréis experimentar, buscad el menor animal del mundo y ofendedlo y veréis como según la fuerza de su cuerpo se defiende y aun procura ofender en lo que pue- [fol. 224r] -de para conservar, si pudiese, aquel ser en que Dios y naturaleza lo constituyeron. Y no solamente hará esto, pero no dejará el ser suyo, aunque sea muy humilde por otro mejor y más estimado. Pues si es verdad que ninguna de las coas criadas deja de tener su virtud o ponzoña oculta que la ignoramos o declarada que nos es manifiesta con que se defienden, porque naturalmente todas procuran su conservación y solicitan su defensa, dándose a entender el que es animal no hay otro mejor y más preciado que él, porque en su género no le falta nada, ni desea en sí lo que

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

otros animales poseen. Porque la naturaleza adornó y atavió al caballo de fuertes uñas y lo hizo ligero y soberbio animal. Y al león, como animoso y feroz, lo hizo fuerte con dientes y uñas y diole huesos macizos. Y vemos que el toro y el jabalí tienen armas naturales, el uno cuernos y el otro colmillos. Y al ciervo y liebre, porque son animales temerosos, les dio cuerpo ligero desembarazado y desnudo de todo punto de armas, porque conviene la velocidad y ligereza a los cobardes; y a los osados y fuertes, las armas. Y como dice Galeno, a tanto llegó la prudencia de la naturaleza que nunca armó a los cobardes ni dejó desnudos a los osados.

Las armas naturales de los brutos.

Los animales cobardes no tienen armas.

–Mas el hombre, que es más perfecto y más digno que todos los animales, como dice Paulo jurisconsulto, y que con más razón se debe preferir a todas las cosas criadas que le están sujetas, como es animal tan sabio y divino entre todos los animales que hay en la tierra, aunque, incluido en sí, todo lo que [fol. 224v] naturaleza repartió pródigamente con las fieras tiene más que ellos el entendimiento la razón y las manos y no porque el hombre las tuvo. Por eso es sabio animal, como decía Anaxagoras, sino porque era sabio tuvo mano, órgano conveniente para tan discreto y sabio animal, pues le sirven de lo que las armas naturales a los brutos, y aun de cerca y lejos, lo cual no hacen los animales con las que tienen. Y no solo le sirven para la defensa, pero de otras muchas cosas. Pues son instrumentos para todas las artes y no menos provechoso y hábil para la paz que para la guerra. Como dice Galeno, no tuvo el hombre necesidad de aquellas armas porque siempre que quiere puede tomarlas más fuertes y mejores que las de los brutos. Porque las manos le ayudan, hablan, piden, prometen, llaman, despiden, amenazan, suplican, abominan, temen, preguntan, niegan, juran, afirman. Con ellas manifiesta el hombre el regocijo, la tristeza, la duda, la confesión, la penitencia, la medida, la copia, el número, el tiempo.

Porque el hombre era sabio animal tuvo manos.

Los efectos que hacen las manos.

–Finalmente, junto con lo demás que Quintiliano dice amparan todas las partes del cuerpo y hace el hombre con ellas la defensa natural con que conserva el individuo, porque en ley de virtud, valor y esfuerzo y aun de toda buena razón de hidalguía se ha de conservar la vida y no perderla temerariamente sin algún fruto. Y de aquí entiendo que no habrá hombre tan olvidado de sí, y de ánimo tan caído, y de tan resfriados pensamientos que cuando llegase el punto en que puede perder la vida, no se restituye en su presunción y saque fuerzas de flaqueza para ampararse y defenderse, porque, no lo haciendo, caerá en dos pecados de los mayores y más a- [fol. 225r] -bominables delante de Dios, que es la desesperación en quien está la mayor vileza y cobardía de todas, y el otro es la ingratitud, el primero de los cuales se halla cumplidamente en el que se mata a sí mesmo o se deja matar sin defenderse pudiendo. Y estos ambos andan en un predicamento. El segundo es que, no volviendo el hombre por sí, como debe, tiene en poco su vida y alma que tanto costó a Dios, pues murió por ella, y dejándose matar, estimando en poco lo mucho que recibió, cae en el pecado de la ingratitud, teniendo obligación de guardarse, pues Dios lo conserva, y no dejarse matar, sino fuere por la honra de su criador y por sustentar la fe católica que profesa, que entonces le será lícito y ganará mucho perdiendo poco.

La obligación de la defensa.

–No nos contentemos con que esto sea así, sino porque acabéis de ver cuan exento está en todas las criaturas el defenderse, según derecho natural. pasemos a tomar cuenta a las cosas inanimadas y hallaremos en ellas el proprio apetito natural de conservarse. Pues vemos manifiestamente que

Cuando se defenderá el hombre.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

resisten al contrario lo que les es posible. Y si tomamos a la agua y echamos alguna parte de ella sobre cosa que tenga calidades contrarias, luego las partes se hacen un globo, de donde los naturales vinieron a averiguar que, pues las partes de la agua son redondas, que también lo es el todo. Mas yo estoy persuadido fuera de esto a que, como la figura redonda es la más perfecta de todas y la que toca en solo un punto a cualquiera cosa que se le llega, la agua, como es naturalmente blanda, acógese y retirase a la figura redonda en la cual toca a su contrario en solo un punto, que es lo menos que le puede dar. Porque los [fol. 225v] efectos procuran imitar a su causa en todo lo que pueden, y como las criaturas son efectos de Dios cuyo ser es eterno, procuran perpetuarse en su ser, si pudiesen, por imitarle.

La defensa natural de las cosas inanimadas.

–Notad ahora si es natural la defensa, que si en naturaleza hubiera figura que topara en menos y en que pudiera recogerse más para fortificarse, en esa se convirtiera para mejor conservarse y defenderse. Y así vemos por experiencia que se conserva y sustenta el tiempo que puede en la figura circular, juntando su fuerza, huyendo y apartándose todo lo posible del contrario hasta que la cantidad y la fuerte calidad contraria la vence deshace y convierte lo menos en lo más. Siendo esto así, a nuestros ojos razón será que una cosa tan preciada de Dios como el hombre, que nació para servirle y agradecerle en el tiempo de la vida con servicios, las mercedes que le ha hecho en darle ser de hombre y no de planta ni de bruto, y en hacerlo cristiano y no gentil, que no pierda la vida por su culpa ni la deje quitar de nadie, antes defienda la posesión en que Dios metió a la alma todo lo posible, hasta que, no pudiendo valerse de la defensa, ofenda en lo que pudiere por defenderse.

La obligación de la defensa.

–Pues vemos que las cosas inanimadas procuran su conservación, y la naturaleza, que dio a los troncos y árboles corteza y aun algunas veces doblada para que se defendiesen del frío y de las otras injurias que suelen hacerles los tiempos. Y como lo dice Opiano, según trasladó Laurencio Lyppo, y se refiere Hipólito Salviana, la defensa de los animales es tan natural que cuando el serpiente va a tratar amores con la murena, por no matarla, deja la ponzoña en un lugar señalado. Y [fol. 226r] si acaso no la halla a la vuelta, como el serpiente se ve sin su defensa natural con la cual se tenía por fuerte y seguro de los otros animales, se deja morir allí de dolor y miedo, viendose privado de sus armas.

La defensa natural de los troncos y árboles.

–Y pues los brutos se defienden con instinto natural y se dejan morir viéndose privado de sus armas, cuando no tienen con qué defenderse, los hombres con más razón se han de conservar y han de amparar sus vidas, el cual derecho es como cosa sagrada que nació y ha de morir con el hombre. Y no hay fuerza que lo pueda quitar ni sacar de esta posesión ni valdrá la ley que mandase que el hombre no defienda su vida con la moderación que conviene, ni tampoco, aunque el hombre quisiese, no será en su mano dejarse de defender. Porque, presuponiendo con la voluntad que no defenderá la vida, llegando al efecto de querérsela quitar, ya que le falte la persuasión de la razón, el instinto natural, como un bruto, lo hará defenderse y lo compelerá a amparar la vida cuya conservación naturalmente se desea.

La defensa de los brutos.

La defensa del hombre.

–Y advirtiendo a esto, los doctores de las leyes concedieron facultad y declararon que la tenían los hombres en poder matar sin pena defendiendo sus personas. Mas para que la defensa sea lícita y justificada es necesario que

La defensa que conceden las leyes.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

concurran tres cosas, las cuales inducen la moderación que llaman leyes de inculpable tutela. La primera es que entre el agresor y el acometido haya debida moderación en las armas para que sea defensa proporcionada. Porque si hubiese mucha ventaja de parte del que defiende así en armas como en favor de amigos ya cesaría la defensa para llamarse justa. La segunda, que la defensa se haga [fol. 226v] de presente por amparar la vida sin perder la honra, porque aunque basta probar que se hizo por defenderse, es cosa conveniente probar que se hizo por defensión necesaria, y que de otra manera no pudiera escapar con la vida, ni quedar con honra. Porque si se hiciese con deliberación y pasada la ocasión, sin ser necesitado con la priesa del contrario, faltaría esta calidad que hace justa la propulsión del agresor, porque la razón de la defensa pende de la ofensa injusta. La tercera principal para que la defensa sea lícita y justificada en conciencia es menester que no sea por vengarse el hombre, para conocimiento de lo cual se ha de advertir al tiempo y al lugar la arma y al modo con que se hace según las glosas vulgares.

La primera cosa que se requiere para la defensa.

La segunda.

La tercera cosa que hace justa la destreza.

–Hagamos pues la zanja de este edificio con la doctrina de santo Tomás para que lleve la verdad que conviene y la autoridad que merece materia de que tratan hombres tan graves. Y para que sea cumplido del todo, probaremos sus conclusiones con los más justificados pareceres de los legisladores. Y la primera conclusión del santo es que a nadie fue lícito jamás quitar la vida a su próximo en defensa de su persona si no es cuando no hay otro medio ni camino para escapar con la vida sino matando al agresor. Porque cuando el quitar la vida al que acomete es necesario para escapar con ella, el acometido puede matarlo lícitamente, porque una fuerza se ha de resistir con otra con la moderación que conviene. Y así lo tiene Florentino jurisconsulto.

A nadie es lícito quitar la vida a su próximo.

Cuándo puede matar a su próximo.

Meliso: –La verdad que saco de esas dos conclusiones es que el derecho natural me da licencia y libertad de poder conservar la vida [fol. 227r] pues está ya determinado por injusto lo que sale fuera de la ley. Y por eso la defensa me será lícita, pues es necesaria, porque donde es prohibida la ofensa, ahí es concedida la defensa, según Decio Paulo de Castro y Ángelo. Siendo esto así, más obligado estoy a procurar conservar mi vida que la de mi próximo, de donde se sigue que, siendo yo acometido, no puedo conservar la vida si no es quitándola al que me acomete. Entonces no seré homicida, sino conservador de la vida, que de por sí pretendí guardarla con la defensa. Y si el otro murió, fue por accidente que se siguió a la defensa de mi persona. Y así lo tiene Paulo Jurisconsulto y el Papa Clemente y todos los Legistas.

Todo lo que sale de la ley es injusto.

Polemarco –Mucho conviene que sepa el diestro que a nadie fue lícito jamás acometer a matar a otro con autoridad propria y particular para defensa de su vida, porque este acometimiento en defensa es proprio del príncipe y de la república, publicando guerra contra sus enemigos exteriores o quitando la vida a los interiores, que son los que en la mesma república viven viciosamente, como hace el juez castigando a los malhechores y delincuentes para pacificación de su república.

A nadie es lícito matar con autoridad particular.

Phylandro –Verdad es que no falta quien dice que se podría dar caso donde el acometido fuese obligado en conciencia a dejarse mater porque el agresor no muriese, cosa grave para mí, cuando el rey o el capitán o otra persona muy provechosa a la república acometiese a matar a una persona de poco provecho, ser y momento, cuya vida no es necesario como la del agresor, porque el bien común sea de preferir siempre al bien par- [fol. 227v] -ticular.

Caso 1.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Y no sé yo si es esta causa bastante para que el hombre bajo sea homicida de sí mesmo, principalmente habiendo nuestro Dios muerto igualmente por ambos; y más si el ínfimo defendía cosa justa y el superior injusta, sabiendo todos que el hombre puede matar en su defensa a la persona de cualquiera calidad y dignidad que lo viniere a matar. Porque el derecho positivo no deroga al natural, y así lo tiene Capicio en sus Decisiones y Carrerio.

El hombre puede matar al que lo quiere matar.

Meliso –Si una persona particular es acometida de una universal y necesaria a la comunidad o ejército, como el rey o el capitán, aunque la causa de la agresión sea injusta y el acometido para escapar con la vida no tuviese otro medio más que matar al agresor, en tal caso no puede con buena conciencia matarlo, sino padecer la muerte respectando al bien común, que ha de ser preferido al bien particular de su vida, de donde se sigue que no será homicida de sí mesmo, como decís, sino paciente. Y de aquí infiere muy bien santo Tomás que el rey o capitán que es acometido de otro hombre de poca estima, por razón del bien público será obligado a defenderse so pena de pecado mortal, porque es defensa justa.

Caso 2.

Polemarco –También el hombre puede lícitamente quitar la vida al ladrón así nocturno como diurno.

Meliso –No me parece a mí que es lícito matar al ladrón, principalmente diurno, pues que la vida del hombre vale más que la hacienda, según dice una ley. Y por esta causa está más obligado a tener en más la vida de su próximo que la guarda de su proprio patrimonio. Y así lo tiene Fortunio en la ley vt vim. Y santo Augustín sobre el éxodo dice que no puede matar lícitamente al ladrón [fol. 228r – erróneamente: «226»] diurno si no se defendiere con armas, porque claro está que no viene a matar, sino a robar. Luego, en defensa de la hacienda nadie puede matar al ladrón, porque lo que se permite en defensa de la vida, persona y dignidad no se entiende derechamente por defensa de la hacienda, que tan fácilmente se puede ganar y perder, lo cual no se puede entender por la vida que, quitada una vez al ladrón nocturno no se recupera. Y aun Casaneo tiene que si el ladrón nocturno no se defiende, no lo pueden matar.

La vida vale más que la hacienda.

Polemarco –Ya habéis visto aquel Adagio Jurídico que dice que los bienes y la vida andan en igualdad. Luego, el hombre puede quitar la vida al ladrón que le lleva la hacienda robada en grande cantidad, según Baldo, y más cuando entiende que no tiene otro remedio ni recurso para poder cobrarla si no es matándolo en el mesmo delito, según la ley real que dice amparando sus cosas que le tomaba por fuerza, lo cual no pueden hacer los clérigos ni las demás personas eclesiásticas, según derecho canónico, más que defenderla, pero no matar por ella. Y al seglar se le concede porque la hacienda que el hombre tiene es medio para vivir. Y de la manera que puede matar al agresor que le viene a quitar la vida, así por la mesma razón al que quita los medios del vivir, que es la hacienda que ha de ser en grande cantidad, porque no es justo que por cosa poca se quite la vida a un hombre que tanto vale. Dejemos cuando no hay medio para cobrarla, porque si lo hay por vía de justicia, en ninguna manera se le puede quitar la vida. Porque entonces no es con moderación de inculpable tutela sino de culpable. Dije mientras hurta [fol. 228v] de presente o mientras huye con la hacienda, porque entonces se podrá decir que acomete y si está recogido o encerrado en alguna parte y le hiciese alguna molestia en la persona, sería ya acometerle y no defenderse de él, lo cual no puede hacer, con buena conciencia, más que acudir a la justicia.

Caso 3.

El clérigo no vive con la hacienda.

El seglar vive con la hacienda.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Caso 4.

–Así que es en tanto verdad que no comete culpa el que mata a otro en su defensa, con la dicha moderación, que si alguno matase o hiriese a algún clérigo, no quedaría irregular ni excomulgado en alguna manera, según lo afirma el papa Inocencio Tercero. Y la razón que traen los canonistas es que para incurrir en irregularidad por delito de homicidio, es necesaria culpa de homicidio, al menos alguna, salvo en el juez que, aunque no peca en mandar matar al hombre, es irregular. Y concluyen todos los legistas que el que mata a otro usando de la defensa necesaria para guarecer la vida, no comete culpa alguna, porque hace obra natural santa y justa. Pues como vistes en lo pasado, ninguna cosa hizo el derecho civil más que dar en ley escrita aquella moderación que la naturaleza mandó que se guardase sin alguna templanza. Y junta la una con la otra, han hecho las leyes que sea justa la moderación, de donde se sigue que no queda irregular ni excomulgado, ni el matador hace obra prohibida cuando se defendió con esta templada moderación.

Caso 5.

–Y es tan firme verdad lo que arriba ha dicho santo Tomás que si el hombre usase de la defensa con moderación, estorbando que no le corten algún miembro, que es menos que defender la vida, todavía no quedaría irregular ni excomulgado, porque la alma esta todo el cuerpo y toda en cualquier- [fol. 229r] -ra parte, y de la herida se le podría seguir la muerte. Y así lo tiene Silvestro en *la Suma* y *la Clementina* "Si Furiosus..." , Gonzalo de Villa Diego y Covarrubias.

Caso 6.

–Y en la sagrada escritura hallaréis en el Segundo de los Reyes la justificación de la defensa en un conflicto que pasó entre Joab capitán de David y Abner capitán general de Isbosech, primogénito de Saul, do fue vencido Abner. Y en el alcance Asael, hermano de Joab, iba persiguiendo a Abner para matarlo, pero Abner, volviendo la cara, requirió de Paz dos veces a Asael diciendo que no le persiguiese, porque le forzaría a matarlo, aunque no quisiese. Mas Asael menospreció las amonestaciones y requerimientos de paz no dejando de perseguirle, por lo cual Abner volvió el hierro de la lanza y se lo hincó y mato a Asael en su defensa. Luego que Joab supo la muerte de su hermano, mató a Abner, por el orden que diremos adelante, en la alevosía, la cual muerte fue muy llorada y sentida de David. Y para castigar esta sin razón de su capitán Joab mandó a su hijo Salomón que no dejase este delito sin castigo, como diremos en su lugar.

Caso 7.

Eudemio –Muy a propósito vino ese caso de la escritura sagrada para justificación de la defensa. Pero veamos: ¿si mi enemigo me tuviese encerrado, y supiese yo que está determinado de quitarme la vida y aguarda tiempo para ello, ¿qué es lo que tengo de hacer para salir de este conflicto justificadamente?

Polemarco –A eso responde santo Tomás que no podríades matarlo con buena conciencia, primero que el acometa, mas huid se pudiéredes, porque no será defenderos salir [fol. 229v] a él sino acometerle con autoridad particular, lo cual no es lícito sino a la república o al Príncipe. Y no os alteréis porque dije que huyesedes, que del León se dice que cuando no lo ven huye.

La fama es estado de dignidad.

Meliso –Es verdad, pero cuando siente que lo han visto, se para y espera, y bien sabéis que la fama y estimación de los hombres es un estado de dignidad no tocado, antes venerado de todos cuya conservación está comprobada con leyes y costumbres, según dice Calistraso jurisconsulto. Como veamos queréis que huya el hombre que tiene honra habiéndola de preferir a todas las cosas, según afirma Juliano. Y más, si ha puesto algunas

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

veces a riesgo la vida por la fama, ¿tenéis en poco que caiga en una infamia tan sin reparo? Pues el rey don Alonso dice que se debe conservar la fama por todas las vías del mundo, y poner la vida por ella en tanto punto que llama cruel y homicida de sí mesmo al que menosprecia la vida y tiene en poco perder su fama. Y el eclesiástico dice ten cuidado de buen nombre y de buena fama porque esto dura más que los tesoros, siendo la cosa del mundo que el hombre debe más estimar. ¿Qué razón hay para que huya?, pues haciéndolo perderá el hombre la fama, la estimación, la honra ganada con la virtud de la fortaleza del ánimo, la buena opinión y el crédito, y quedará abatido entre los hombres, que es muerte civil. Porque como con las gentes es ocasión de paz vencer a alguno, así ni más ni menos la huida será ocasión para que todos de ahí adelante se le atrevan, y poco a poco le vayan quitando la vida con que escapó. Que por ventura fuera menos mal perderla entonces por no perder la fama que [fol. 230r- erróneamente: «231»] propriamente es el buen estado del hombre que vive rectamente según ley de razón sin tener en si alguna mancilla, en confirmación de lo cual dice Phylón que el hombre no ha de tener en poco perder la fama, por ser utilísima para todos los estados de la vida así religiosa como seglar. Y lo mesmo dice santo Agustín y san Jerónimo, Casiodoro y Séneca en muchos lugares. Y pues por defender la hacienda puedo matar.

Lo mucho que pierde el que huye.

–Como vistes, la honra mucho más vale que la hacienda, y la injuria personal excede en dignidad a cualquiera de las que se hacen por causa de la hacienda. Siendo así, bien inferiremos con Panormitano que, si soy acometido y no puedo huir sin deshonra, no estoy obligado a huir, Porque la honra y la vida andan en igual estimación, tanto que, si no me puedo defender de una herida o de una bofetada o palos o de otra cualquier injuria o afrenta sin que mate al agresor, lo puedo hacer, siendo el concepto ultimado de mi ánimo defenderme.

La honra vale más que la hacienda.

El hombre deshonrado no es obligado a huir.

–Y si esto se os hace duro, santo Tomás trae en la conclusión trece que si un hombre común y de poco ser acometiese a matar a un ilustre, el cual huyendo pudiese escapar con la vida, dado caso que libremente lo pueda hacer perdiendo su honor, no es obligado a hacerlo, según Felino, Silvestro y Hipólito.

Caso 8.

–Pero decidme, si mi enemigo me tiene cercado y espera gente para entrar y matarme, y a mí me consta, ¿estoy obligado a esperar que venga la gente para que con su venida ni me pueda defender ni ofender a alguno de los agresores? Porque ya sabéis que si espero, según la demostración del diálogo tercero [fol. 230v] enseña, ni me valdrá lo uno ni lo otro. Y en sospecha más justo es que el hombre se llegue a lo que conviene a su vida que a la de su enemigo, pues no tengo de esperar para que se diga defensa de mi parte que el contario me hiera, sino entender que me viene a herir. Y entonces puedo yo herirlo primero.

Caso 9.

–Y si uno viniese la espada desvainada contra mí, puedo defenderme antes que me hiera, según la ley real que dice del mal o de la fuerza que el quiere hacer, porque basta la voluntad del enemigo y las insignias propincuas a la obra, como se verá en esta ley de partida «fueras ende» si lo matase defendiéndose, viniendo el otro contra él trayendo en la mano cuchillo sacado o espada o piedra o palo o otra arma cualquiera con que lo pudiese matar. Y la ley real que dice, mas este defendimiento se debe hacer sobre tal razón si el otro sacare la arma contra él para le matar o le hobiese herido primero,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

porque, según dice Baldo y Jasón, basta el espanto de las armas y el temor de los que vendrán para hacer a la defensa necesaria. Y así lo hallaréis en Bartolo y en la otra ley de partida que dice cada uno se puede amparar contra aquellos que deshonra o fuerza le quisieron hacer. Y concluyen Baldo y los demás que no es necesario en este caso probar el hombre que estaba en peligro de muerte, sino que temía alguna injuria personal.

Lo que basta para la defensa.

Caso 10.

–Aunque se pone este caso que si la mujer sabe que la quiere matar su marido, estando juntos, porque para el efecto ha puesto debajo de la almohada un puñal, puesto caso que no tenga culpa, como muchas veces acontece, dicen que esta mujer no puede matar primero a su marido porque entonces no será defenderse [fol. 231r] sino acometerle, lo cual no puede hacer con buena conciencia. Y si sois servido, quiero decir mi parecer, no para contradecir esta conclusión a quien yo tengo por tan cierta y verdadera, sino para que del todo satisfagáis las dudas que tengo en esta materia.

Caso 11.

Y digo que, si un hombre muy diestro estuviese riñendo con otro no diestro que le acometió, y pudiese el diestro matarlo o no matarlo con la ciencia que tiene, y acaso fuese la cuestión en parte donde el diestro tuviese cierto que saldrán a favorecer al agresor, veamos, ¿el diestro estaría obligado, temiéndose de este socorro, a matar al enemigo antes que venga toda su compañía?

Caso 12.

–Y si mi enemigo viese que con la espada que tiene no puede ofenderme porque soy más diestro y más fuerte que él y la soltase y fuese a tomar un arcabuz que tiene cargado para el efecto, entendiendo cierto que yo no tengo defensa contra el arcabuz, aunque fuese ballesta ¿podría con buena conciencia matarlo? Porque después que lo tenga no tendré yo remedio ni recurso alguno. De la mesma manera entiendo que, si el marido toma el puñal primero para comenzar a matar a la mujer que ella no podrá defenderse y será muerta sin alguna duda, pues salirse huyendo infámanse ambos y dará ocasión de sospecha si el marido no la tenía por mala, pues acometerle primero, que parece lícito, es cosa grave, pudiendo ser las palabras del marido para atemorizarla, pues esperar la mujer a ofender cuando no pueda resistir ni defenderse no sé qué me diga. Mucho [fol. 231v] deseo que los ingenios curiosos echen su contrapunto sobre esta duda.

A quién es concedida la defensa.

Phylandro –Muy bien está puesto el caso, y los ejemplos lo hacen más claro de lo que ha estado hasta aquí, y la defensa es concedida al padre por el hijo, al hermano, al pariente y al amigo, al criado, al vasallo y al siervo en favor del amo.

Caso 13.

–Y el siervo se puede defender de su señor y el hijo de su padre, según Bartolo, si lo quiere matar y no castigar, de tal manera que todos lo doctores tienen que, si al clérigo vestido en el altar vienen a matar, puede matar al contrario en su defensa y volver a acabar la misa sin pecado y sin incurrir en irregularidad, según dice Hipólito y Juan de Ligniano en el tractado de Bello Justo. Y vemos que la defensa se extiende a tanto que dice Ulpiano jurisconsulto que, si veo que muchos matan a uno, puedo ayudar al caído por el exceso de las personas. Siendo esto así, necesariamente se sigue la defensa de la mesma vida.

La justificación de la defensa.

Polemarco –No os maravilléis de eso, que Inocencio dice que puede uno defender a su vecino si lo ve matar, y aun al extraño, según dice Bartholo, principalmente si pide socorro contra el agresor, como dice Baldo. Porque si lo puede favorecer y no lo hace, se ha de creer que favorece a la injuria y que

Nota hasta dónde se extiende la defensa.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

es participante del hecho, porque culpa también se comete por dejar de hacer bien como en hacer mal, o en no impedirlo pudiendo. Y pues es culpa impedir el bien, también la tiene el que no impide el mal pudiendo, porque si no puede estorbarlo carece de ella, según el dicho jursiconsulto. Siendo esto así, más obligado está a defenderse el hombre a sí mesmo.

Meliso –por cierto, que parece cosa dificultosa que se permita que un extraño pue- [fol. 232r] -da ofender y matar al agresor de otro extraño, siendo el uno y el otro próximos y que naturalmente no debe más al uno que al otro.

Polemarco –Muy bien puede porque la defensa de que tratamos en tanto es justa y permitida en derecho natural y positivo, que se puede hacer por el extraño. Pues, según Baldo y Inocencio y Bartholo, estáis obligado a defender a vuestro capital enemigo si lo están matando, aunque diga que no quiere vuestra ayuda ni favor. Porque la agresión e injusticia de parte del que acomete es causa que el extraño, aunque sea su enemigo, justamente lo pueda defender y matar al agresor, defendiendo al acometido que con moderación procura su defensa, no teniendo ánimo ni brazo poderoso para resistir la violencia del que acomete, y también porque el agresor ofende principalmente al adversario y igualmente a la república y, en consecuencia, a todos los del pueblo. Y por eso cualquiera de él puede propulsar la tal injuria y resistirla, y así lo tienen Bartholo, Jasón, Odofredo y todos los legistas y canonistas, y lo confirma la doctrina de Papiniano jurisconsulto.

El hombre está obligado a defender a su enemigo.

Violencia pública es delito universal contra todos.

Eudemio –Yo daré caso. ¿En qué es lícito perder la vida y dejar de matar?

Meliso –Por la fe de Jesucristo no solamente es lícito morir y perder la vida defendiéndola, pero es fe católica. Y decir lo contrario es manifiesta herejía, por cuya causa nuestra madre la iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, celebra con tanta razón la muerte de los bienaventurados mártires, poniéndolos en el número de los santos del cielo, confesando que en el martirio se perdonan todos los pecados. También es cosa lícita morir en defensa de cualquiera virtud, como parece en san [fol. 232v] Juan Bautista. Por defender la virtud de la justicia, que es dar a cada uno lo que es suyo, perdió la vida, diciendo al rey Herodes que volviese la mujer que tenía a su hermano Filipo. Y también se perderá lícitamente la vida en defensa de los consejos del evangelio, como en decir que es santo consejo profesar los votos de la religión, que redunda en amparo y defensa de nuestra santa fe católica.

Caso que es lícito perder la vida.

Polemarco –Todo lo que habéis dicho es firme verdad y cosa lícita, como también lo es perder la vida en defensa de la república cristiana.
Y en caso de necesidad sería obligado el hombre en conciencia, pues la parte se ha de posponer al todo, y por la conservación de todo el cuerpo, damos lugar que nos corten la mano o el brazo.

Por defensa de la república es lícito morir.

Phylandro –Con muy justa razón se perderá la vida en esos trances, pues excede en muchos quilates a la obra. Y si el hombre pierde por Dios una vida temporal, sujeta a trabajos y miserias, le da en recompensa vida y gloria eterna.

Polemarco –De manera que la justificación de la defensa hallaréis que es lícita y permitida en tanto punto que, aunque el acometido, como dicho es, pudiera guarecer la vida huyendo, se dejó de huir. Todavía si mata con la mesma moderación, no incurre en pena, especialmente cuando el agresor está tan junto que, volviendo las espaldas el acometido se pone a peligro que lo hiera o mate. En tal caso no está obligado a huir si con huirse le sigue

Caso 14.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

detrimento a la honra, como vistes en lo pasado. Porque huir o hacer huir un hombre a otro con armas iguales es la última afrenta que se le puede hacer, y la cosa que mayor infamia trae al hombre en las cosas morales, por lo cual debe guardar y amparar la [fol. 233r] honra y anteponerla a todas las ganancias del mundo. Y así lo tiene Antonio Gómez, Juliano y Tullio en los Oficios y en la Oración que hizo en defensa de Millón, donde hallaréis cosas muy esenciales en lo que toca a la defensa natural. Y así lo dicen muchas leyes y todos los doctores, y lo confirma santo Augustín.

Hacer huir es la última afrenta.

–Y lo mesmo habéis de entender del clérigo, a quien no es afrenta huir, si por dejar de huir matase al agresor, no queda irregular, principalmente si por huir, como dicho es, se pusiese en peligro de muerte o en que el contrario cobraría osadía mayor. No está obligado a huir, ni se puede tener por irregular si lo mató pudiendo huir, según Felino, Silvestro y Hipólito, de tal manera que no solamente la defensa es lícita a los hombres, entre los cuales la naturaleza constituyó una manera de deudo por la razón que tienen y porque de derecho natural, como ya probamos, se ha de resistir la violencia contraria y de derecho de las gentes defenderse y ampararse de la injuria que se le quisiere hacer, pero entre los animales brutos con sus semejantes por la amistad que participan de las influencias celestiales, si alguna vez por movimiento accidental con el instinto traban pelea, si el acometido mata al agresor defendiéndose, el dueño no está obligado a la satisfacción del daño ni a entregar al animal por la noxa.

Caso 15.

La defensa natural de los brutos.

Nota la antiguedad de la defensa.

–Y aun el siervo, por no ser suyo, puesto que su señor lo quisiese matar, según derecho antiguo, lo podía hacer sin pena. Si el siervo hiriese o matase al amo en su defensa no sería digno de total castigo porque dado caso que la servidumbre introducida por derecho de las gentes, enemiga de la naturaleza, lo pri- [fol. 233v] -vó de su libertad, no por eso lo pudo privar de su defensa, pues el derecho positivo no deroga al natural, como vistes, de donde se entiende que el siervo se puede obligar naturalmente y dar fiador que a sola la natural obligación se aplica. Y si después recupera la libertad y estado antiguo, quedará tan eficazmente obligado a pagar o hacer lo que se obligó, como si en tiempo o estado hábil lo hiciera. Y porque tengáis por firme esta verdad, os daré un ejemplo. Que puesto un reo acusado de delito digno de pena corporal o de que le corten algún miembro renuncie los términos que el derecho para su defensa le concede, es ineficaz la tal renunciación porque ninguno es señor de su vida, ni de sus proprios miembros, según Ulpiano jurisconsulto, santo Augustín y santo Tomás. Y por eso no los puede dejar indefensos.

Caso 16 de la defensa.

El siervo se puede obligar naturalmente.

Nadie es señor de su vida.

–Y en el delito que Adám cometió en el quebrantamiento del divino precepto hallaréis que, sabiendo Dios que no tenía excusa ni disculpa que fuese legítima, lo llamó para que la diese y se defendiese, de donde los jueces temporales con divino fundamento introdujeron las citaciones según dice el Papa Clemente.

Eudemio –De todo estoy satisfecho y más de saber el origen de las citaciones, pero decidme, ¿no hay otras maneras de defensas para la conservación de la vida y honra sin que intervengan las armas?

Polemarco –También, ¿hay defensas de palabra con las cuales se escusa el hombre de las de obra sin perder punto de honra?

Defensas de palabra.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Eudemio –¡Dadme un ejemplo por vuestra vida!, que esas son las que yo he menester para este tiempo donde valen más las palabras mentirosas de un cobarde que las obras verdaderas del [fol. 234r] fuerte.

Polemarco –No van las defensas de palabra por el camino que pensáis, sino por el de la razón, como las de obra, aunque unas son coléricos y aceleradas que hacen los hombres inconsiderados. Otras son modestas, discretas y agudas. Otras hay arrogantes, injustas y atrevidas, como la que hizo un caballero que estaba en una casa con otros muchos, y a la sazón entró otro con quien no estaba bien y, aunque se levantaron todos al que vino, el otro se estuvo quedo. Y cuando el que entró vido que el caballero que estaba no lo respectó como hicieron los otros, mirándolo a la cara le dijo, «vos después que fuistes traidor perdistes la vergüenza y la crianza», a lo cual respondió el que estaba, «mentís que no nunca fui traidor.» Viéndose el otro desmentido, se atajó y, no teniendo qué responderle, dijo, «no tengo de hacer caso de vos, ni de vuestras palabras, sino mandar a un mozo mío que riña con vos y os castigue de ese atrevimiento». A esto replicó el otro muy en sí, «venga el mozo que yo reñiré con él, que por bellaco que sea será más hombre de bien que vos».

Agresión de palabra.

Meliso –Mucho puede el buen seso en las necesidades, pues con sola una palabra en defensa se libran los hombres discretos de graves daños y peligros, aunque las cosas que lícitamente se pueden disimular es grande yerro apurarlas y querer llegarlas al cabo, como hizo el agresor de ese caso. Pero la cólera de los hombres, como se sujeta pocas veces a la razón, y las más sigue a la voluntad, y es de tal calidad que en comenzando no para hasta el despeñadero, los filósofos naturales y morales dan por remedio para que el hombre no venga a enojarse más de lo que es justo que calle estando enojado y, si hablare, que [fol. 234v] hable quedo porque sus proprias voces no le inciten tanto que lo hagan salir de medida, aunque lo mejor es callar, que es lo que está en la mano del hombre. Porque, en comenzando, ni tiene poder para hablar con justa medida, ni para amansar al contrario. Y por no caer en estos dos delitos, uno diciéndole a otro, «juro a tal que soy tan bueno como vos», respondió muy manso, «no me pesa a mí que seáis tan bueno como yo, sino de ser yo tan bellaco que podáis decir eso con verdad.»

Defensa de palabra primera.

Remedio para no enojarse.

Defensa segunda de palabra.

Defensa tercera de palabra.

Polemarco –Bien aguda fue esa defensa, pero no fue menos buena la que dijo un amigo mío, teniendo rendido en el suelo a su enemigo, «levantaos, que no os quiero matar porque no penséis que os tengo miedo.»

Phylandro –Por cierto, que fue ese dicho de grande ánimo, cuyo oficio es siempre perdonar. Y lo que más me contenta es que fue en la mesma obra donde no se puede atribuir a fanfarronería y arrogancia, como se le atribuyó a un bravo pidiéndole ciertas personas que fuese amigo de unos hombres con quien tenía rencilla, porque si no entendiese que todos estaban determinados de reñir con él, respondió muy airado, «voto a tal que no tengo de pelear con ellos si primero no me hacen una escritura pública de estar a derecho conmigo en el campo sin huirme ninguno.» Mirad que grandísimo desatino y no fue menor lo que otro dijo en Sevilla a este propósito que no había aceptar cierto desafío si primero no le daban los contrarios un poder en causa propria y fiadores llanos y abonados de quien cobrase las armas con que escapasen los fugitivos.

Defensa de palabra arrogante cuarta.

Defensa arrogante quinta.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Polemarco –Por esa causa la defensa de palabra no ha de llevar rastro de soberbia antes de mansedumbre y modestia, co- [fol. 235r] -mo la que hizo uno a otro amigo suyo después de haberle contado ciertas injurias que sus contrarios habían dicho de él. Creyendo que hacía buen oficio, como hay muchos en el mundo que sirven de polvorín a la cólera, después de haberlo oído, respondió, «por cierto, señor, que me pesa de que hayáis tomado licencia con la amistad que os tengo para osarme decir delante, siendo mi amigo, lo que mis enemigos dicen con miedo en mi ausencia.»

Defensa de palabra sexta.

Meliso –Esa fue respuesta para escarmentarlo que no volviese con semejantes cosas y, si era hombre de bien, que daría amedrentado y aun avergonzado, porque es defensa que hizo tres efectos, el primero volver por sí, el segundo reprehender a su amigo y el tercero dar a entender que las palabras que se dicen en ausencia son de miedo. Y así uno, encareciéndole otro el mal que habían dicho de él no sé qué gentes, persuadiéndole que los castigase respondió, «si esos dicen verdad, yo tengo la culpa. Y si mienten ¿qué mejor cosa puede haber para la justificación de mi causa que su mentira? Lleguen ellos a quitarme la capa, que yo la sabré defender,» dándole a entender que el hombre puede guardarse y defenderse del ladrón si le acomete, pero del mentiroso no, si en ausencia miente, que es trance donde la prudencia humana no llega con su jurisdicción.

Defensa de palabra séptima.

Phylandro –Bien se defendió y quedó justificado para consigo y para con el amigo y enemigos, lo cual no hizo uno que, habiendo hecho mucha ventaja riñendo a un bravo, diciéndole algunos que el bravo había jurado de matarlo respondió, «bien puede bravear que de la huida con solo el hablar escapó. Y quien juró de esperar y huyó de creer es, que por hacer- [fol. 235v] -me merced quebrantará ese juramento.»

Defensa de palabra octava.

Eudemio –No andaba fuera de camino si lo hacía por dar a entender que con el enemigo vencido no se ha de tener competencia, imitando a Pyrrho Rey de los Epyrotas que dio por precepto que no se tuviese competencia sobre ninguna cosa el enemigo vencido.

Meliso –No es eso, sino que hay hombres en el mundo que les parece que en bravear consiste la perfecta virtud de fortaleza. Y lo peor es que tienen creído que han de suplir con las palabras lo que les falta en los ánimos, remendando con mentiras la honra destrozada con afrentas públicas. Y persuadidos de esta ceguedad, se dan a decir mal de los buenos. Pero las defensas lícitas, a lo que yo entiendo, convienen en lugares lícitos y en ofreciéndose ocasiones justas y con gente que no sea infame, como fue la que hizo un hombre, persuadiéndolo unos que no dijese bien de otro que decía mucho mal de él, sino que, pues tenía que decir de él con más verdad lo dijese, respondió, «basta señores que sea uno el bellaco. No es razón que lo seamos ambos, aunque otros entendieron que no lo seamos tantos.» Y para que veáis cuan antigua cosa es el injuriarse los hombres de palabra y el defenderse, Ulpiano jurisconsulto en la ley quince de las *Injurias* trae que había hombres antiguamente tan amigos de injuriar y decir mal de otros que se dejaban crecer el cabello y se ponían una ropa humilde con fin de injuriar al que le preguntase algo, admirado de la transformación del traje, como era decir al que les preguntaba la causa de aquella mudanza, «señor, traigo esta ropa porque me han dicho que afrentaron a vuestro padre y siéntolo tanto que no supe con qué significar mi sentimiento, sino con vestirme este hábito.» Otras

Defensa de palabra nona.

Ofensa de palabra décima.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

muchas injurias confor- [fol. 236r – erróneamente: «234»] me a las faltas que sabían de las personas. Y llegó la maldad de estos a tanta disolución que obligó a establecer ley que ninguno fuese osado de ponerse en aquel traje so graves penas, si no fuese por razón de parentesco, como dice un poco más abajo Venuleyo en el mesmo título de *Injurias.* y si ahora se hiciera otra que permitiera a cualquiera cortar la lengua al detractor, anduvieron más reprimidos que andan los malos y los que los imitan.

Agresión de palabra.

Polemarco: –Así pasa como lo habéis contado y admiróme como os encontrastes con esa ley que tuve siempre por tan oscura, aunque con el ejemplo que pusistes no lo será ya. Pero mucho satisface cuando la defensa es blanda, moderada, humilde, esencial y fuerte, lo cual no hace cuando es aparente, áspera, temeraria y arrogante, aunque también digo que puede ser permitida en algunos lugares, principalmente cuando está presente a quien se hace la ofensa, como la que hizo un amigo vuestro a un caballero que, contándole sucesos suyos con mucho desdén y arrogancia reía de ellos y los tenía por fabulosos, porque realmente lo parecían. Hallándose pues juntos un día, le dijo el caballero señor, «todo cuanto me han dicho de vos creo que lo haréis con todos, pero no puedo persuadirme que lo haréis conmigo.» Vuestro amigo calló y pasó por ello, creyendo que allí había parado su necedad. Y al fin el caballero insistió tanto en su porfía que fue como el montañés que por defender una necedad dice diez, de suerte que obligo al otro a quitarse la capa y sacar la daga. Y luego el sacó su espada que era sobre lo que fundaba su incredulidad y, estando el caballero porfiando con ella en la mano haciendo todas sus [fol. 236v] diligencias sin ser parte alguna que el de la daga no entrase, con el muchas veces se corrió y ofendió de manera que demudado el color de el rostro dijo, «voto a tal que si estuviéramos riñendo que no lo hicierades tan fácilmente,» a lo cual respondió el de la daga, «creolo, porque entonces huiréis vos.» A esto replicó el bravo, ya manso, «señor no soy yo de los hombres que huyen.» «Todo eso,» respondió el de la daga, «es para quitarme a mí de trabajo.»

Agresión de palabra.

Defensión de palabra oncena.

Efectos del miedo.

Eudemio –En eso paran los muy bravos, que todo su negocio es nubes y viento sin llover, porque el miedo que los gobierna unas veces los desproporciona como locos y los hace bravear y decir desatinos, y otras los hace tan sujetos que no hay vil que así lo esté como ellos, los cuales, como no tienen otro medio para adquirir aquella honra aparente que profesan, danse a quitarla de los otros que justamente la poseen, levantándoles testimonios. Porque a los que falta mucho para ser honrados nunca les parece que lo son, si no es quitando la honra a los otros. Y, volviendo a nuestra materia, me acuerdo que, refiriéndole a un caballero amigo mio cosas muy graves que sus enemigos habían dicho contra su honra, amonestándole que convenía ir a desmentirlos, respondió con gran modestia, «andad, señor, que el mejor desmentir de todos es hacer mentirosos.»

Defensa de palabra docena.

Meliso –Por cierto que dijo muy bien y que en alguna manera alude a lo que Tiberio Cesar dijo al mesmo propósito que no se espantasen de que murmurasen de él, porque en los lugares y tierras libres también los de ellas han de tener las lenguas libres.

Defensa de palabra de Tiberio trecena.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Phylandro –Por cierto que fue defensa justificada una y la otra, y que cada una incluye en sí lo [fol. 237r] que conviene para lícita, como fue la que hizo uno diciéndole otro que por qué no se enojaba del mal que un enemigo suyo dicía de él respondió que más honra querría ese sino que me acordase de él para que piense algún tiempo que me pudo enojar.

Defensa de palabra catorce.

Eudemio –Parece eso en algo a lo que trae Dion Casio de Tulio César cuando al mesmo propósito dijo César, «qué más querría Tulio sino que yo me acordase de él.» Y no puedo dejar de contaros lo que le pasó a un caballero grande amigo mío que llaman Pedro de Peñalosa, natural de Segovia, con un criado suyo extranjero. Y fue que, yendo camino cerca de Sanlúcar, llegó a una casería donde el criado bebió tanto vino que se emborrachó y, estando así embriagado, echó mano a la espada para su amo. Pero el caballero, como es hombre dicreto, aplacó al mozo con las mejores palabras que pudo, diciéndole que no era aquella buena amistad. Y así lo descuidó de manera que pudo entrar con él a darle hasta que soltase la espada. Pero el mozo, viéndose maltarar, aunque estaba algo fuera de sí, le dijo, «para, que me da vuestra merced, pues sabe que, si no hubiera borrachos y locos, no se echaran de ver los cuerdos y templados.»

Defensa de Cesar quince.

Defensa de un embriagado dieciséis

Polemarco –No fueron esas palabras de hombre que estaba fuera de sí, Eudemio, y si Horacio lo supiera con más razón celebrara las tazas llenas el efecto que hacen, pero yo tengo en mucho una defensa que hizo un amigo mío persuadiendole un pariente suyo que se vengase de no se qué agravio respondió, «eso no haré yo, porque la venganza es cosa tan baja que cualquiera hombre vil tiene ánimo de tomarla. Y las cosas en que los cobardes viciosos tienen puesta [fol. 237v] su felicidad no es cosa justa que la pongan los que se tienen por hombres de bien.»

Defensa de palabra diecisiete.

Meliso –Pues sabed que estas defensas tienen origen más antiguo de lo que pensáis, como lo tienen las ofensas, pues, viniendo un hombre que había ofendido a Catón a pedirle perdón respondió, «amigo, ¿qué dices? Mira que no me acuerdo haberme nadie injuriado.»

Phylandro –Bien parece dicho de Catón y téngolo en mucho porque me trajo a la memoria lo que un capitán de Lacedemonia respondió a uno que le refirió no sé qué injuria que un hombre bajo había querido hacerle en su ausencia, «¿tu has visto por ventura algún tiempo que una hormiga mueva un gran peñasco?» Pero una defensa muy donosa hizo un amigo mío a un muy bravo que llegó a él y y le dijo con palabras muy huecas, «señor a mí me han certificado que sois buen hijo por vuestra persona y que con una daga quitáis una espada. Yo no lo pienso creer si no me la quitáis a mí» Y diciendo esto, echó mano a la espada en medio de una calle pública. Más el otro se reportó y le dijo, «por cierto señor que me pesa que tengáis amigo tan ruin que haya hecho creer a un hombre tan de bien como vos un disparate tan grande como que haya quien con daga quite espada,» Con la cual defensa se aplacó el bravo y reprimió su cólera y, envainando la espada, respondió, «voto a tal que lo creo y que le tengo de asentar la mano al que me lo dijo.» Y con esto se fue muy apriesa corrido de haber llegado con demanda tan vergonzosa. Así que es bien que el diestro sepa estas maneras de defensas para que no averigüe con la espada lo que con una palabra puede hacer a su honra si no fueren

Defensa de Catón dieciocho.

Defensa de un capitán de la Lacedemonia.

Defensa de palabra veinte.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

aquellas cosas que en ley de Dios y de derecho natural no se pueden [fol. 238r] escusar.

Eudemio –Muy bien me han parecido esas maneras de defensas, pero fáltame saber el predicamento en que ponéis a los hombres mal intencionados que sin propósito murmuran de otros en ausencia y no lo asan decir delante. Antes, en viéndose con ellos, los lisonjean y regalan.

Los murmuradores son como las mujeres

Polemarco –Con gran razón dijo un filósofo tratando de eso que de las fieras era la mas abominable el detractor, y de las domésticas el lisonjero, pero aquí no tratamos sino de los casos que pueden suceder a los hombres, que de los que cometen las mujeres, cuya espada es la lengua, no tenemos que tratar, porque allá detractan de ellas sus semejantes. Y, ya que tocastes en las palabras de ausencia, quiero advertiros que por palabras ausente de cualquiera calidad que sean, como el enemigo no las envíe a decir, no está el hombre obligado a defenderse, como si se las dijesen delante. Dejo aparte las que el derecho tiene señaladas, porque aquellas personas a quien el otro dijo el mal están obligadas a informarse de la verdad. Y, después de enterados en lo cierto, satisfacerse de palabra del que levantó el testimonio, amonestándole con que si tales cosas inventa otra vez para injuriarlos so color de decir mal de alguno que lo castigarán con el rigor que merece tan villano atrevimiento.

A lo que están obligados lo que oyen la murmuración .

Eudemio –Ciertamente que tenéis razón de obligar a los que oyen el mal a la satisfacción del daño porque, bien considerado, no es otro el fin del que lo dice de alguno, sino dar a entender a los oyentes que hombre en quien se hallan para que de allí adelante anden recatados del que esta sin culpa, solicitándolo el maldiciente porque no se manifieste la suya. Siendo esto el que dice el mal peca contra Dios primeramente y [fol. 238v] menosprecia a los oyentes y ofende gravemente al próximo por haberlo reprehendido en público con infamia, si acaso es vicio que se halla en el ausente, aunque puede haber otro fin entre los que dicen mal mintiendo contra la dignidad de algún hombre principal, que es cuando los malos se hallan indignos de su amistad, procuran con testimonios falsos apartar a los que lo oyen de él porque no le traten y en el discurso de la familiaridad acaso no hallen ser todo mentira, y porque otros no gocen del bien que él no mereció, dicen mal de sus cosas, creyendo los miserables que por solo su vergonzoso dicho sin más probanza vendrá los discretos a abominarlas.

El fin del que dice mal.

Otro fin del que dice mal.

Phylandro –Bien me satisface la opinión de Eudemio en los fines que tienen los cobardes cuando dicen mal en ausencia de alguno. Pero ¿qué razón hay para que toque más la averiguación de la verdad a los que oyen el mal que al proprio de quien se dice?, pues sabéis que a donde no está su dueño allí está su duelo.

Polemarco –Porque los que lo oyen son los injuriados y ofendidos, habiéndoles hecho creer la mentira para que caigan en la infamia abominable del mentir en daño de tercero, contándolo por verdad en otra parte. Y por esto el que está austente no pierde punto ni puede ser afrentado de su enemigo, porque no está donde lo puede oír. Y así dice proverbio «quien al ausente ofende a los muertos teme», porque claro está que el decir mal de alguno en su ausencia que es por respecto o por miedo que se tiene al ausente. Siendo

La causa de la satisfacción.

Porque no se dice el mal en presencia.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

así, tres delitos comete el maldiciente contra los que le oyen: el primero que les pierde el respecto que tuvo al ausente, el segundo que los quiere manchar con hacer los testigos y aprobadores [fol. 239r] de mentira. El tercero es que, pues se atrevió a decir mal delante de aquellos y no del enemigo pudiendo. Mirad a quien se hizo el agravio y contra quien se cometió el atrevimiento y a quien se perdió el miedo.

Los delitos que comete el maldiciente contra los que le oyen.

–Y en confirmación de esta doctrina veréis que cuando delante de algún hombre grave se dice mal de algún ausente, se enoja y se tiene por injuriado, y procura luego castigar al descomedido que le perdió el respecto hablando contra el ausente, y le parece que aquella injuria se le hace a él, porque al otro no puede. Y como la violencia pública es delito universal contra todos y cada uno en particular puede resistirla, así de la propria manera la murmuración pública es delito universal contra todos los hombres honrados y cado uno en particular puede resistirla y castigarla.

Meliso –Lo que entiendo de esta cristiana doctrina es que el que fuere magnánimo será luego fuerte, y nunca ha de pensar que algún hombre vil lo pudo afrentar. Porque, como dice Plutarco, el provocar a injuria en presencia nace de cobardía y flaqueza, siendo así, cuanto mayor es la de él que provoca en ausencia. Y por esto es gran valor decir del enemigo, «no me pudo dañar, pero tuvo ánimo de dañarme y ofenderme». Y cuando el hombre tuviere al contrario en parte que se pueda vengar de él, ha de tener por gran venganza haberse podido vengar. Y según la ley católica que profesamos la mayor satisfacción de todas es ordenar.

La venganza mayor de todas.

Eudemio: –A eso último me atengo, que es el camino seguro, porque no se ha de dar mal por mal. Pero si los que oyen la murmuración no la creen, ¿para qué han de hacer esa diligencia que decís? ¿No basta tener por vil y cobarde a [fol. 239v] cualquiera que en ausencia dice mal de otro?

[¿Meliso?: –]No basta porque no cumple consigo ni con el próximo. Y a este propósito se me acuerda que uno dijo a otro, «basta que Pedro me dijo mal de vos», a lo cual respondió, «pues informaos si os dijo verdad para [que] paséis livianamente por ello, porque si os dijo mentira y quiere Pedro que vos seáis testigo falso, cuando en alguna parte lo contáredes a gentes que saben acaso lo contrario, vos me parece que sois el injuriado, que a mí no me ha hecho alguna ofensa. Y si lo creístes vos y vuestro crédito la habéis recibido, ¿paréceos que puso al amigo en buena confusión?» Y no se vio en menor que esta uno que me llamó por testigo para informarse de un enemigo suyo si había dicho ciertas cosas mentirosas que le contaron unos amigos suyos.

Defensa justificada.

–Viendo el enemigo que no las pudo negar, respondió, «pues, señor, ¿no holgáis más que sea mentira lo que dije que no que sea verdad? Bien sabéis que nadie me puede quitar a mí que no mienta. Enojaos con vuestros amigos que tienen tan poco crédito de vos y tanto de mí que la mentira que les conté la creyeron como si fuera verdad. Que de mí no tenéis porque quejaros. Que en rigor yo soy el amigo vuestro pues conozco que mentí y ellos son vuestros enemigos pues no lo contradijeron. Antes creyeron que dije verdad y os avisaron de ello como de cosa que convenía que os enmendásedes.»

Nota esta defensa que dio un bravo.

Al fin concluyó esta materia de defensa de palabra y digo que mal nunca se ha de decir de nadie, porque es oficio de mujeres y de cobardes, de infames invidiosos, hombres de resfriadas conciencias y cosa indigna de grande ánimo. Y ya que se diga, ha de ser en presencia y nunca en ausencia y

Nunca se ha de decir mal.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[fol. 240r] el loor es lícito en ausencia y en presencia, porque lo uno es lo que llaman fama y lo otro es lo que llaman honra, de manera que no hay para qué el hombre de bien, ofendiendo a su próximo, se muestre agudo.

Dicho de un satírico.

–Y acuérdeseme por esto que, para sustentar su mala costumbre uno, reaprehendiéndole otro que no fuese maldiciente, respondió, «si son ellos el mal de qué se quejan que sea yo el diciente, bien al contrario de lo que oí a un hombre muy cristiano y cuerdo después de haber porfiado con otro una cosa sin razón a su parecer». Luego que se desapasionó, se dio a entender que había dicho mal. Y dijo al otro en presencia de todos, «señor, yo no tengo razón en lo que digo y vos la tenéis.» Admirados los presentes de una cosa tan nueva y de que hubiese hombre en el mundo que se conociese, le preguntaron el por qué había hecho aquello, pudiendo pasar sin hacer caso de ello. Respondió, «he dicho que no he tenido razón porque sepa mi ánimo. Que cada vez que sustentare lo injusto, ha de padecer esta injuria que ahora le hice. Y con esto lo tengo tan castigado para otras cosas en que va más, que primero que sustenta algo, lo distila la razón. Veamos ahora, Phylandro, los términos de defensa que tiene la destreza para que por allí sepamos las ofensas lícitas.

Nota qué cosa es defenderse el hombre de si mesmo.

Phylandro –No puedo yo responder a esa dificultad sin divertirme algo por las muchas cosas que se han de tocar de camino convenientes a la satisfacción de vuestra duda. Y si, con este presupuesto holgáis que comience, quedando en vuestra libertad el cortar el hilo de la materia cuando quisiéredes, sabed que hay en la destreza dos términos para acometer al enemigo, y otros dos para defenderse de él, para entendimiento de lo cual se ha de advertir que [fol. 240v] hay dos maneras de hacer las proposiciones, la una por la postura de la espada y la otra por el perfil del cuerpo. Las tretas que se comienzan por la postura de la espada contraria son de esta manera.

Dos maneras de ofender en destreza.

–Que lo que tarda el movimiento en acabar, si es su fin desviar, para del desvío sacar la herida, como queda libre el cuerpo del contrario para todos los movimientos, fácilmente se desvía o se llega al adversario, y esto conforme a la muchedumbre de partes que tuvo el movimiento que se comenzó por la espada. Y aunque esté la espada descuidada, porque la atención de la fuerza no puede estar siempre firme en un punto, puede muy bien con cualquiera movimiento del cuerpo defender los que se comienzan con la espada, si acaso no es la que se hace alguna treta de primera intención, porque entonces ni el cuerpo se puede defender como dijimos, ni la espada se podrá valer de los cuatro movimientos cardinales, ni aun de las species de ellos, por causa de la indeterminación en que pone al hombre la súbita brevedad de los movimientos y poca certeza de la parte por do ha de librar la espada del movimiento contrario.

Nota el valor de la treta de primera intención.

Una manera de defensa en la destreza.

–Y de estas dos species de formar las tretas sale la defensa o ofensa. Y así procedemos en la defensa en dos maneras, las cuales responden a las dos que dijimos arriba. La una defensa es por los efectos de la espada contraria, impidiendo y estorbando que no den herida mediante los reparos, desvíos y compases. La otra defensa es por las causas que mueven y producen las heridas, como si uno viniese a matar a otro tirándole muchas cuchilladas. El acometido bien puede impedir algunas de ellas, pero con el tal impedimento no se defiende de las muchas heridas [fol. 241r] que tirara después de impedidas, algunas de las primeras y, aunque con apartarse algún poco se puede entretener algo, no puede detener al adversario que no prosiga en las demás cuchilladas o estocadas, porque si desviando y reparando le quita por

Otra manera de defensa.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

entonces la herida, no le quita la potencia del cuerpo ni la voluntad, que es la causa eficiente de todos los movimientos voluntarios.

Eudemio –Ya sabemos de los fundamentos de la destreza verdadera que la ciencia de ella no enseña a matar sino a poder matar. Veamos, el diestro que sabe matar realmente y no matar ¿cómo se librará del pecado matando al que le acomete pudiendo no matarlo y estando en su libre albedrío hacerlo o dejarlo de hacer sin ofensa de persona y sin estar airado? Porque el que fuere diestro ¿cómo lo ha de ser? No ha menester ira ni cólera para obrar, ni flegma para dejar de obrar, sino cristiandad y buena conciencia y ser temeroso de Dios para que conozca y entienda el mal que puede hacer a su próximo.

Duda sutil del diestro.

Phylandro –Porque se ha de particularizar muchas cosas, querría darme a entender en la respuesta de vuestra duda. Y para sacar más firme la doctrina, tengo que encaminarla por las causas, eficiente, material, formal, y final. La cause eficiente en el diestro es la voluntad, la cual manda a la virtud animal, que se difunda por los nervios y músculos del brazo, que son los instrumentos del movimiento voluntario y los que dan fuerza a las partes de la espada conforme a la vecindad que cada una tiene con el cuerpo del hombre.

La voluntad es causa eficiente.

Eudemio –No tengo yo a la voluntad por absoluta causa eficiente, aunque manda a la virtud animal, pues hay otra causa inmovible de quien es movida y a mi pa- [fol. 241v] recer no sola la virtud animal obra en eso, pero la natural y la vital.

Phylandro –Verdad es que la voluntad es movida y ella manda a la virtud animal de la manera que los nervios, músculos, ligamentos, huesos, y todo el cuerpo, y la espada mueven y son movidos por respecto de la primera causa eficiente. Pero dejando a una parte para otro lugar a la primera causa universal, porque no toca a nuestra materia, la alma mueve la voluntad, aunque es agente libre, y ella obedece como potencia y manda en continente a la virtud animal, la cual se difunde por los nervios, que son los arcaduces y atanores por do va la virtud a los músculos, que tienen oficio de mover al brazo recta o circularmente. Y de estas particularidades se va formando la proposición, aplicándole los reparos, compases y extremos.

La voluntad es agente libre.

–Pero sabed que en los mesmos nervios la causa eficiente es la virtud que traen y la instrumental. La sustancia de ellos, capaz de recibir la virtud y luego el nervio, da fuerza y virtud al músculo, el cual se compone de nervios y ligamentos. Luego la causa eficiente del músculo será en el nervio con la virtud, y la instrumental el proprio murecillo, de manera que el movimiento del brazo tiene al músculo que lo mueve por causa eficiente, y por causa instrumental al brazo con sus huesos y todo lo demás. Y en la herida ejecutada hallaréis que la causa eficiente es todo el brazo y la instrumental la espada, porque la obra o virtud de cualquiera órgano sale de una causa, a la cual sirven todas las demás como instrumentos para consecución de la formal y final, según dice Galeno; aunque algunos quieren decir que es toda una. Dejo aparte al efecto porque [fol. 242r] tienen estas cosas muchas limitaciones y no conviene apurarlas en este lugar.

La causa eficiente de los nervios.

Meliso –De manera que os resumís que en la destreza la causa instrumental son los nervios, murecillos, ligamentos, huesos, brazo y espada, juntando también con ellos a los compases sencillos y doblados, y a los extremos del cuerpo derecho o siniestro, y al movimiento natural y violento,

Los materiales de la destreza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

remiso o mixto, desvíos, reparos, acometimientos, engaños, atajos y las demás cosas que sirven de premisas hasta inferir la conclusión, que es la treta. Así que la espada es movida del brazo y el brazo de los murecillos y los murecillos de los nervios y los nervios de la virtud animal y la virtud animal de la voluntad y en lo demás hasta su causa.

Eudemio –Veamos, los brutos sin tener entendimiento ¿cómo se mueven voluntariamente? Sacadme de esta dificultad que ahora se me ha ofrecido y decidme de camino si la forma de la destreza está primero en el entendimiento que en la obra, pues concluís que todas las cosas referidas son para su cumplimiento.

Lo que es primero en la intención es lo último en la ejecución.

Phylandro –Lo que es primero en la intención del diestro es lo último en la ejecución, de donde se infiere que los diestros que emprenden alguna treta sin llevarla primero formada en la intención yerran. Y si aciertan, por la mayor parte es acaso, pues el irse el hombre a su adversario afirmado, como dicen, no es de esencia de la destreza, sino procurar cómo se pueda mejor poner en práctica la forma que tiene sabida en el entendimiento y, disponiendo los materiales, llega hasta cumplir su intento. Porque, no teniendo el diestro treta en la intención ya señalada para efectuarla, por los medios que digo obrará en confuso, [fol. 242v] y no tendrá ciencia del suceso, y sacará del peligro la peor parte semejante inconsideración, y hará el efecto vario y sin la certeza que suele el hábito científico guiado con razón y fundado en verdadera arte. Y en lo que dudáis del movimiento de los brutos, sabed que se mueven según el ímpetu o impulso del apetito natural o sensitivo, pero los movimientos del hombre van regulados y sujetos al sensitivo o a la razón.

Cómo se mueven los brutos.

Eudemio –Y ese apetito del bruto no está también en el hombre?

Phylandro –Mirad que este lugar no es para tratar de esa materia. Dejadlo, si sois servido, para otro más cómodo. Pero si con todo eso queréis oírlo brevemente, diré lo que entiendo de ello. Y es de esta manera. Que la fuerza sensible motiva, unas veces mueve spiritual por razón y otras corporalmente según el apetito sensitivo, que se mueve en el hombre en dos maneras, o amando o aborreciendo. Y por eso se divide en irascible y en concupiscible, por las cuales la ánima apetece lo bueno y se aparta de lo malo. Y de estas dos nacen estos afectos, conviene a saber gozo, esperanza, dolor, temor, y otros muchos por este orden. Que, si está presente lo que apetecemos, nos holgamos. Si está ausente, lo esperamos. Y, al contrario, si está ausente aquello con que no airamos, lo tememos, y si está presente nos pesa y duele.

Los afectos nacen de la concupiscible y irascible.

Eudemio –Los que sabemos poco de esos studios viéndolos tan suaves, no podemos dejar de molestar con dudas, principalmente a quien con tanta facilidad sale de ellas. Y lo que ahora deseo más es saber en qué difieren la sensualidad y la irascible de la concupiscible.

Qué cosa es la sensualidad.

Phylandro –La sensualidad es una fuerza apetitiva de la alma sensible que nos mueve a aquello mesmo que lo con- [fol. 243r] -cupiscible y la irascible, aunque también la sensualidad apetece las cosas deleitosas y huye de las dañosas, como veréis manifiestamente en los brutos. Pero hay diferencia que esta sensualidad en el bruto no se sujeta a ley de virtud porque no es capaz de ella. Pero en el hombre sí, pues la concupiscible se modera con la templanza y la irascible con la fortaleza. Y así la irascible y la concupiscible

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

se llegan a la razón, pues que el hombre enfrena con ellas los ímpetus desordenados y los rige y modera con virtud, en la cual se funda el varón justo. De donde sabréis que la templanza está en la concupiscible, y la fortaleza en la irascible que, como dijimos en otro lugar, es el alguacil que toma la demanda de todo lo que se hace contra el hombre, así en lo que toca a las injurias del ánimo como en las ofensas del cuerpo.

La irascible toma la demanda de todo.

Eudemio –¿No hay otra diferencia de virtud sin las que habéis dicho?

Phylandro –Tres son las virtudes que gobiernan al cuerpo humano, dejando aparte la generación. La virtud animal que es la principal y se llama así porque da sentido y movimiento y tiene su origen en el cerebro y se comunica a las partes del cuerpo por los nervios que nacen de él por medio de los espiritus animales, que se engendran de los vitales mediante la ilustración. Porque los espíritus salen hasta el cuarto ventrículo del cerebro donde tiene su principio la medula espinal, y de allí adelante se comunica la virtud animal por ilustración súbita.

La virtud animal está en el cerebro.

–Mas la virtud vital reside en el corazón y de allí se comunica a todas las partes por las arterias mediante el espiritu vital que, penetrando por ilustración, va por [fol. 243v] lo fistuloso de la arteria.

La virtud vital está en el corazón.

–Pero la natural tiene virtud de hacer sangre y está en el hígado, el cual como cocinero guisa el manjar de que se han de sustentar todas las partes del cuerpo. Y como cada parte, por pequeña que sea, tiene de suyo y, no comunicada esta virtud de nutrirse, solamente el hígado les administra la sangre que es el mantenimiento de que se sustentan.

La virtud natural está en el hígado.

–Y por no pareceros médico dejaré las cuatro facultades naturales que cada una tiene para nutrirse, ni quiero hacer caudal de la virtud generativa, ni del espíritu natural que está inserto en el principio de nuestra organización, la cual es meramente natural, pues, queramos o no, hace su obra por no tener cosa alguna voluntaria como el animal acerca de lo cual se ha de considerar, porque no os queden tantas dudas, y pasemos adelante.

–Que cuando el entendimiento se retira a contemplar cómo, señor, lleva tras de sí la mayor parte de la virtud de las otras potencias por cuya causa en el hombre studioso o dado a la meditación obra menos la virtud nutritiva, generativa, y aumentativa, de donde se sigue que en el varón aplicado a las letras se doma la concupiscencia. Y por esta causa dijo san Jerónimo, «ama la ciencia y sujetarás y domarás los vicios carnales», como cuando descansa la virtud animal que obra la natural, según vemos en el sueño, a quien llaman holganza y descanso de la virtud animal. Y al fin, resumiendo lo pasado, digo que nos defendemos en dos maneras del hombre, en quien obran todas estas partes cuando nos acomete, la una por los efectos, que es la causa final hasta llegar con la defensa a la causa eficiente.

Nota de dicho de san Jerónimo.

Defensa por los efectos.

–La otra defensión es de la causa al efecto, y esta es la más vehemente de [fol. 244r] ambas porque, aunque yo estorbe que la causa final de la destreza no llegue a su punto, queda el diestro en su ser, que es la causa eficiente, y libre para muchos movimientos, y para dar fuerza de nuevo a las partes universales del cuerpo, de donde se sigue que, estorbando yo la causa final, que es la herida, que por otro nombre llamamos efecto, se queda libre la eficiente, la cual será menester quitar si se ha de destruir la virtud que da ser a los movimientos, que es el cuerpo mediante la voluntad. Porque, no siendo de esta manera, en rigor nadie podrá defenderse.

Nota la defensa.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Y en lo que dudastes del diestro, pudiendo matar o no con la ciencia que sabe, cómo se librará del pecado matando al que lo acomete, digo que podrá ofenderlo si acaso se temiere que vendrá al adversario con brevedad socorro, tal que su brazo no sea poderoso para resistir la fuerza de los que pueden venir a favorecer al enemigo agresor. Porque, como dice Paulo Jurisconsulto, fuerza o ímpetu es de cosa tan grande que no se puede resistir con fuerza ni diligencia humana.

Cuándo podrá matar el diestro al que lo acomete.

–Pero conviene que el diestro no ofenda al agresor luego al principio, porque los movimientos primeros no están en nuestra mano. Y porque podría para el coraje del que acomete en dos o tres cuchilladas, como acontece, el diestro cometería crimen en dar luego herida de muerte, no siguiéndosele peligro en esperar y pudiendo defenderse seguramente de los movimientos contrarios.

–Pero si el agresor insistiere mucho y al acometido no le aprovechare para librarse la defensa que procede de los efectos a las causas, que es la más piadosa de todas, estará luego obligado por la pertinacia del que acomete y por el peligro en que le pondrán los que [fol. 244v] vinieren a favorecer al agresor a defenderse, procediendo de la causa para que de todo punto se impidan los efectos y heridas del adversario por razón de estar ya en peligro, que propriamente es un discrimen en que está puesta la vida del hombre, de tal manera que, aunque puede haber camino y esperanza de salir de él, está muy cerca de la muerte o de otro grave mal.

–Pues si con ser el agresor un hombre sólo, por no querer el diestro matarlo, está en tanto peligro, sobreviniendo ayuda y favor, no se podrá decir que el diestro está peligroso que es el que tiene, como dicho es, algún remedio para escapar, si no desahuciado, que es el que no tiene remedio humanamente, de manera que amparar quiere decir defender aquello que puede recibir defensa. Porque, según Celso jurisconsulto, nadie está obligado a lo imposible. Y si el que acomete fuese de mayores fuerzas que el acometido y por entretenerse el diestro y no matarlo, aunque pueda, se temiese que vendrá a cansarse tanto su fuerza de la resistencia que hiciere a la del enemigo, en defecto de la cual no podrá valerse de su destreza ni de las defensas que tiene para librarse de semejante agresión, y podrá peligrar porque se le cansará el aliento y, como dice una ley, suele acaecer que con el primer golpe que el otro le diese podría morir el que fuese acometido, que será bien que el diestro haga en conciencia, pues no puede el hombre cuando está cansado hacer lo que el León que, sintiéndose sin fuerza, se azota con la cola y se incita con aquellos golpes, de suerte que con el dolor arremete con nueva fuerza a su enemigo, según [fol. 245r] trae Eliano.

Qué cosa es desahuciado.

Nota del León.

Polemarco –Está obligado el diestro a esperar todo lo posible por no matar al agresor para que el homicidio se haga sin pecado, porque el que no espera todo lo que puede no puede decir con verdad haber recibido fuerza, según dice Ulpiano Jurisconsulto.

Eudemio –Parece me que podrá el diestro tirarle algunos golpes que no sean peligrosos y a partes que hay en el cuerpo que no son mortales cortándolas, quiero decir que no morirá de las heridas realmente.

Polemarco –Bien sabéis que el hombre movido con dolor o ira no tiene verdadero juicio y pensará hacer poco y hará mucho, porque no tiene balanza

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

puntual en la mano, de tal suerte que pueda dar los golpes con medida voluntaria sino casual.

Al huir no hay satisfacción.

Meliso –Ya sabéis que el huir es la mayor afrenta que el hombre se puede hacer a sí y la mayor que le pueden hacer, pues para todas las afrentas e injurias del mundo hallaréis satisfacción y no para el huir, y todos los doctores tienen que es siempre cosa afrentosa y muy peligrosa, y que a nadie que, sea noble o no, le es lícito cada uno en su tanto. Según doctrina de Baldo y Ángelo y Tiraquelo el retraerse apriesa es la mayor disposición que puede haber para la huida y aun la que merece mejor nombre de defensa de cuantas se hacen, a mi parecer. Veamos, si yéndose uno retirando lo matase el que lo sigue, ¿cómo se averiguará si fue defensión o agresión fundada en afrenta o injuria, atrevimiento, desacato o castigo?

Notas para los jueces.

Qué cosa es injuria.

Qué cosa es afrenta.

Qué cosa es atrevimiento.

Qué cosa es culpa.

Polemarco –Primero es bien que sepáis para verificarlo, ya que tocastes en leyes del mundo, que hay entre los hombres injuria y atrevimiento. Injuria generalmente se dice todo aquello «quod non iure [fol. 245v] sit» que es la que hace un hombre a otro igual suyo, de donde nace la afrenta a quien los latinos llaman «contumelia», que viene de «contemno», que es menospreciar y tener en poco a otro. Pero el atrevimiento es el desacato que una persona ínfima comete al mayor y más honrado. Y a lo uno y a lo otro llaman culpa, que propriamente es apartarse el hombre de lo bueno, haciendo mal o dejando de hacer bien a sabiendas o por ignorancia.

La afrenta es en dos maneras.

–Pero la afrenta es en dos maneras o que pide satisfacción o venganza. Esto digo hablando según las leyes abominables del mundo. Mas lo que se hace al desacato del ínfimo o del infame no se llamara tomar satisfacción del ni venganza, sino castigo, que es el que corresponde al desacato y atrevimiento, lo cual se puede hacer por tercera persona y lo otro no, como el que hace la justicia a los malhechores, porque han ofendido a la república cristiana con sus vicios.

Cómo se comete injuria.

–Finalmente se comete injuria cuando, con siendo dos iguales, el uno sin alguna razón menosprecia al otro dándole a entender que es indigno de su igualdad, y esto con palabras y desdén o con obras presentes o prometidas. Mas el atrevimiento se comete cuando el ínfimo se quiere hacer igual injustamente al que es mayor.

Eudemio –Bien había que responder a eso, pero dejarelo porque me digáis cómo se entiende lo que dicen comúnmente, que el que no puede honrar no puede deshonrar ni afrentar.

Phylandro –Tened vos a esa por opinión falsa, porque quitar puede cualquiera y dar honra pueden pocos. Y así lo veréis en el refrán castellano que dice, «al bueno porque te honré y al malo porque no te deshonré», de manera que bien podrá quitarme uno la capa que no me la [fol. 246r] puede dar. Y si fuera lo que dicen, aunque el hombre vil pusiera las manos en el honrado, no lo afrentara ni deshonrara. Y con esto a mi parecer queda esa opinión refutada, porque cuando el ínfimo se atreve por alguna causa lo castigan.

Meliso –Tampoco me satisface vuestra opinión, como la del vulgo, aunque habéis traído el adagio para confirmarla. Y la causa es esta, que la virtud es una fuerza del alma adquirida con muchos actos que, según define Cicerón, es un hábito del ánimo que concuerda con la moderación, con el cual obramos lo honesto y huyamos de lo malo. Y la honra es premio de ella. No habiendo virtud, no hay honra, porque la honra sigue a la virtud como la

Qué cosa as virtud.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

sombra al cuerpo que, según dice santo Tomás, es una testificación que señala la excelencia de alguno.

Qué cosa es honra.

–Como veamos, siendo esto así, ¿puede ser honrando el que no es virtuoso?, ni el que posee justamente la honra por la virtud puede ser despojado del que no la tiene. Pues para quitar la sombra se ha de quitar primero el cuerpo que es su causa, para entendimiento de lo cual habéis primero de saber que hay diferencia entre hombre honrado y hombre de honra. Hombre honrado significa pasión y se llama aquel que más por voluntad que por razón es honrado estimado y favorecido sin tener merecimiento alguno; a quien por otro nombre llaman privado, como hacen algunas gentes que, para mostrar su grandeza o manifestar su vileza levantan algunos hombres del polvo de la tierra, sin tener habilidad ni virtud alguna que lo merezca y abaten y sepultan a otros que por sus buenas partes merecen ser estimados y levantados.

Qué cosa es hombre honrado.

Qué cosa es hombre de honra.

–El otro es hombre de honra que significa posesión, que quiere decir que el hombre es dueño de la honra. Y estos son propriamente los [fol. 246v] virtuosos, los cuales la traen consigo aunque las otras gentes se la nieguen. Pero habéis de advertir que los que no quieren honrar al virtuoso y honran al vicioso o al mañoso cometen tres delitos, el primero contra la virtud de la justicia distributiva, que tiene por objeto formal dar a cada uno lo que es suyo con mediocridad, cuya rectitud se quebranta dando honra al indigno. El segundo es que como ve el vicioso que lo honran como si fuera virtuoso lo deja de ser y aborrece la virtud, y se da a entender que si fuera virtuoso por el mesmo caso perdiera toda la honra que le dan no siéndolo. El tercero es que como ve el virtuoso que le quitan el premio, que es la honra, obra tibiamente en la virtud, y muchas veces deja de seguirla cuando de todo punto le tiranizan su premio.

Los delitos que comete el que estima al vicioso.

–Y así dice Aristóteles que siente más uno si es virtuoso que le quiten la honra que se le quitasen toda la hacienda y la vida. Bien es verdad que el honrador ha de ser honrado y ha de haber recibido esta honra por virtud, que no se llamará honra la que le da por gusto de ignorantes, sino la que se da por merecimiento de los que no lo son. Y de esta manera guiará la razón a la voluntad y al gusto, y entonces, para que nunca yerre, gobernará Dios a la razón porque, como la liberalidad para que no de en el vicio, su contrario ha de ser en quien merece la buena obra. Así el fin verdadero de la honra será el merecimiento de parte de él que la da y del que la recibe, porque entonces será justa honra, la cual tiene la calidad de la piedra preciosa que para que sea más estimada ha de estar en poder de quien la conozca y sepa tener en mucho, no poniéndola en precio. Porque, según el filósofo afirma, en esta vida no se puede alcanzar [fol. 247r] premio mayor que la honra.

El honrador ha de ser honrado.

El premio mayor de la virtud es la honra.

Eudemio –Verdad es, pero a mi juicio para ser cumplidamente virtuoso conviene ser justo, sufrido, verdadero, comedido, honesto, y esforzado en todas las adversidades y, aunque vea que no lo honran ni estiman conforme a sus méritos, no por eso se ha de turbar ni desmayar. Antes, como hombre justo ha de tener lástima de la inconsideración de aquellos que, mereciendo honra, se la quitan. Que a él bástale conocer que es digno de ella. Pues dice Silio Itálico que la virtud es premio de sí mesma, y no porque los ignorantes le alteren la honra ha él de alterar la prosecución de los actos virtuosos. Antes ha de menospreciar como fuerte lo que los otros tienen

Lo que ha de tener uno para ser virtuoso.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

en tanto y pasar con rostro firme por todas las persecuciones que comúnmente siguen al virtuoso, pareciéndole que lo que no le dan no es suyo.

La calidad de los ambiciosos.

–Porque santo Augustín dice que entonces se ha de estimar en más la virtud de uno cuando menosprecio más, al contrario de los ambiciosos que se fingen dignos de todas las cosas no con más virtud, que con menospreciar los hombres y obscurecerles sus buenas partes cegándoles el merecimiento, efectos de la invidia vulgar, porque ignoran los miserables que la virtud no ha de seguir a la honra sino la honra a la virtud, que es de calidad del cocodrilo que, según dicen los naturales, sigue a los que le huyen y huye de los que lo persiguen.

Nota de la majestad.

–Y como dice Socrates, ningún camino hay más cierto para la gloria y estimación que por el de la virtud, que es la que sola busca la honra y la halla, en confirmación de lo cual los poetas fingieron que la majestad era hija de la honra y de la reverencia, como se verá largamente en los fastos de Ovidio. Y así [fol. 247v] Catón Uticense decía que quería más ser bueno que parecerlo, y que cuanto más él huya de la honra, tanto más ella lo seguía y acompañaba. Luego certísimo camino para la verdadera honra es la virtud, que no puede ser deshonrada ni se altera, aunque la menosprecien. Porque una de las calidades que tiene la virtud esencial es que está contenta consigo mesma, sin esperar más honra de nadie que servir a Dios en ella. No condeno yo el estimarla, porque dice Plinio que la honra es premio de la virtud y no el oro.

Los romanos tenían a la Honra y la Virtud por dioses.

–Y según trae Plutarco y refiere santo Augustín en la *Ciudad de Dios*, los romanos antiguos tuvieron en tanto a la virtud y a la honra que los veneraron por Dioses. Y el gran Mario o Marcelo después de haber vencido a los cimbrios con los despojos que llevó, les hizo dos templos muy suntuosos en Roma en la Via Apia cerca de la puerta que ahora llaman de San Sebastián de tal suerte situados que ninguno podía entrar en el templo de la Honra si primero no había pasado por el de la Virtud, en significación que no se debe dar honra sino al que fuere digno de ella por la virtud. Y hallaréis en Plinio, si queréis saber más particularidades, que los primeros que pintaron en ellos fueron Cornelio Pino y Actio Prisco.

La codicia de la honra es peligrosa.

–Más que esto, Meliso, adonde voy a parar parece que estoy también tocado de la yerba. Sigamos esta materia que por lo que a mí toca yo dejo a una parte la honra por lo que tengo dicho. Y porque la codicia de ella veo que es peligrosa para la quietud de la conciencia y trabaja siempre de tomar y hurtar la ajena, porque jamás halla merecimiento igual al suyo, y como juzga esto con dañado entendimiento y ve que no le [fol. 248r] dan lo que ella quiere, toma lo que no es suyo por no vivir descontenta. Porque la honra es como la codicia del dinero, que mata y nunca muere por tener sed que, bebiendo, se acrecienta, siendo cruz y grave tormento de los que la desean.

–Verdad es que debiera yo algún tiempo pesar del dinero con la virtud, sin soltar el peso de la mano. Y en pesando más el dinero echarlo del peso, sin que ahora la experiencia me hubiera enseñado que la codicia de lo uno y de lo otro se resiste mejor cuando de todo punto se deja. Y si yo lo hiciere así, la honra me seguirá como la sombra al cuerpo y procuraré estar lejos de los que sirven y pensaré que allí, do yo tuviere libertad para reírme de los que sirven a hombres y desean [estar] servidos de ellos, está la verdadera felicidad.

–Y entonces tendré compasión de los que ahora me han tenido lástima, y allí ni la edad ni la honra voluntaria de los hombres poderosos, ni los favores como tesoro de duende, que no son de más efecto que para añublar

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

a la alma y impedirle los caminos de la salvación con esperanzas vanas. Ni el dinero ni la voluntad ni virtud ajena podrá, aunque estén conjuradas, pervertir la dulzura de mi vida. Y yo me tendré por bienaventurado si constante perserverare en esto voto. Porque no con solo este conocimiento me tendré por bien pagado para con Dios. No saben estos que los virtuosos aman y estiman a los que lo son, como dice Platón, pues nosotros sabemos por el contrario, como dijimos en otro lugar, que los viciosos los han de [fol. 248v] aborrecer.

Cada cosa ama su semejante.

–Pero lo que de todo me satisface más es que el cuerpo humano es un vaso de tal calidad y compostura, que ni se conserva en vasera de oro, ni de duque, ni de rey, de papa, ni de emperador, sino que todos tienen a la vida una entrada y a la muerte muchas salidas, en confirmación de lo cual dijo Horacio que la muerte con igual pie huella la choza del pastor que la alcázar de los reyes. Pero sé ya que se conserva con sola la vasera de virtud tejida con humildad, el todo de la cual va hermoseado a la alma y no la desampara hasta llevarla a su asiento para que fue criada. Y la parte queda entre los que quedan en esta vida que es la memoria, sin la cual no hay amor, ni amistad, ni fidelidad, esperanza, ni verdad. Esta es la que deshace la soberbia, ordena y deshace la presunción, es gloria de los que viven, y viven en ella los que mueren.

La virtud sigue a la alma.

Efectos de la memoria.

–Finalmente, por ella perdieron muchos la vida sin esperar otra vida, así que la virtud se ha de amar por ella mesma sin esperar otro premio que servir a Dios, a quien se ha de amar como a sumo bien, sin tener respecto al mal que hacen los hombres en no honrar a quien lo merece.

Phylandro –Con todo eso es bien que entiendan que no es cosa justa que la honra y los méritos de los virtuosos se ponderen con el peso de la voluntad, sino con la balanza de la razón. Y pues habéis encaminado la cólera a declarar y a alumbrarnos en esta materia, o por mejor decir consolarnos, como se entiende lo que dice Aristóteles que la honra está en el que honra y no en el que es honrado, porque en alguna a manera va contra vuestra opinión, aunque, si no me acuerdo mal, dice en otra parte que no es otra cosa honra que una posesión volun- [fol. 249r] -taria de los ánimos recibida en lugar y señal de virtud.

Qué cosa es honra.

Meliso –La honra, como dijeron los antiguos y gentiles, es premio de la virtud y una testificación con la cual afirmamos que sentimos y conocemos estar la virtud en aquel a quien honramos, que es como una significación exterior con que el ánimo manifiesta que reconoce la excelencia de alguno, y está a quien llaman honra. Cada nación tiene su señal con que la da. Así que, es un tributo que la virtud echa en los ánimos de los hombres cuyo rédito es la reverencia y acatamiento que se debe al virtuoso a quien llaman honra, pues, quieran o no, no pueden dejar de confesar por bueno al que muchas veces ha hecho experiencia de su bondad. Y esta confesión es la honra.

–Y Aristóteles dijo aquello porque para honrar dignamente es necesario que el honrador haya merecido por virtud la honra que tiene, que sean como efecto y causa. Porque el malo bien podrá quitar la vida al virtuoso, pero no la honra con verdad por ser dedicada a sola la virtud, como en señal y testificación de ella. Y de aquí se infiere que solamente puede perder la honra en sí el hombre mesmo, que la gana, extirpando la virtud del ánimo y plantando en su lugar el vicio; de donde se saca que la memoria de honra que

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

queda entre los hombres virtuosos será inmortal permaneciendo en la virtud, porque es efecto de la alma, que es su causa.

–Por la propria razón, la honra ganada con virtud, la cual andará como cábala de lengua en lengua y de mano en mano hasta que se acabe el mundo, y después irá ocupando a las almas virtuosas a la gloria esencial donde se verá con su causa para siempre, de donde se sigue ma- [fol. 249v] -nifiestamente que solos los virtuosos honrados conocen la virtud y pueden juzgar de ella y testificarla, y estos solos principalmente pueden honrar y dar de lo que tienen al virtuoso porque sea la honra entre ellos como los espíritus vitales y animales.

–Y los viciosos no pueden deshonrarlo con verdad, porque está en él dignamente la honra, y de la manera que la honra testifica a la virtud, así la injuria testifica al vicio, por lo cual dice Aristóteles que el injuriador hace la injuria a sí proprio. Y aludiendo a esto, dijo Platón que con las palabras del malo nunca el bueno en lo que es de su parte queda ofendido, antes le afinan el merecimiento y le hacen resplandecer la virtud. Y por el contrario dice Seneca que tiene muchas virtudes el que ama las ajenas.

Nota del injuriado.

–Y volviendo a la solución de vuestra duda digo que para justificación de él que mata al que se retrae, se debe considerar para entender la defensión y agresión si el que se iba retrayendo había hecho alguna injuria, porque no la hay con causa justa. Y después de hecha, se retiraba, porque la presunción está contra a aquel que primero dijo palabras afrentosas y puso mano a la espada. Y tras esto ha de examinar las calidades de ambos, y la proporción o desproporción de las armas, y el lugar que cada uno tomó al principio, si fue aparejado más para ofender que para defenderse. Y hase de advertir en qué lado están las heridas si es el uno izquierdo y el otro derecho o ambos izquierdos o derechos, porque es consideración otra, con la cual se puede saber si el hombre muerto sin testigos estaba en postura de defensa cuando lo mataron y, si tenía la espada desnuda, si lo hizo más [fol. 250r] con la agonía de la muerte que para defenderse. Y venido a experimentar el lugar de las heridas y la parte por do entran, se averiguará si se las dieron por detrás, que es alevosía, y no riñendo. Y porque podría haberle dado la herida en las espaldas yendo el muerto huyendo, y no estando seguro, si el matador estuviere preso, se le ha de preguntar la postura en que estaba el muerto cuando lo hirió para convencerlo de mentira. Y luego el juez sabrá por la respuesta si fue alevoso.

Lo que debe considerar el juez.

–Y esto se entiende en el caso que lo sufriere, para lo cual conviene saber las fuerzas que cada uno tenía y la opinión del pueblo, y cuál de ellos era ejercitado en armas, y si en el discurso de la pendencia habló alguno palabras que pareciesen de ofensa, y lo que con ellas significaba. Pero si la muerte fuere hecha de repente riñendo, para saber si se defendía el muerto o acometía, se ha de saber de los testigos quién comenzó primero y en qué lugar tenía el muerto la espada, si estaba baja como que hubiese tirado golpe de tajo o revés, o si la tenía parada en el lugar que paran las estocadas, que es mucho más bajo que el de la postura de defensa.

–Y tras esto averiguar la postura que el cuerpo tenía para entender que si cayó el muerto hacia do estaba el adversario iba acometiendo y el otro defendiéndose. Y si fue la caída hacia atrás, se defendía el muerto y el matador ofendía, aunque también puede el muerto caer hacia atrás sin irse defendiendo, habiéndose arrojado a matar al que se defiende y el otro por

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

defenderse ponerle la espada delante para detenerlo, y con el ímpetu de la fuerza entrarse ciego por la espada, las cuales caídas son [fol. 250v] atrás a adelante, según es la pierna que sirve de fijo al movimiento que hace el cuerpo.

–Y aludiendo a esto, dice Paulo Jurisconsulto que en las cosas oscuras se ha de considerar lo que es más verosímil o aquello que suele acaecer por la mayor parte, de manera que se puede conocer, según esta consideración, si el hombre murió defendiéndose o acometiendo en el primer ímpetu. Pues, Arriano jurisconsulto dice que por señales se excluye la presunción de la culpa. Y los glosadores del derecho canónico y civil dicen que las cosas que penden de la conciencia y ánimo se ha de probar con presunciones, tanto que en prueba de la defensa se admiten testigos que deponen por "creo" y "paréceme".

Por señales se excluye la presunción.

Eudemio –Todas esas diligencias convienen para condenar a un hombre a muerte, pero lo que ahora deseo saber mucho es si matar a un hombre, no riñendo con él, es traición formada, y si hay caso en que no lo sea. Por eso declaradme la ley del ordenamiento real donde en pocas palabras sucinta y brevemente declara el rey don Alonso que cosa es aleve. Que para mí es de obscuro término cuyas palabras son las que se siguen, «toda muerte se dice segura salvo aquella que fuere fecha en pelea o en riña. Otrosí cualquiera que face muerte segura cae en caso de aleve.»

Polemarco –Por cierto que son todas las palabras de la ley bien esenciales y significativas, y diré lo que supiere en ella porque no estoy obligado a más. Las faltas sufriréis con la amistad por haber de tratar en cosa donde no tengo tan artizado el en [fol. 251r] tendimiento como en las demás que trató ordinariamente. Y lo que a mi parecer significa esa ley es que toda muerte se dice alevosa que se hizo estando el hombre seguro del mal que entonces le vino, y totalmente privado de la defensa. Diráse también muerte alevosa si el agresor llegó por parte tan segura y tan a su salvo que no pudo recibir ofensa del acometido, por haber emprendido el homicidio sobre seguro, lo cual se divide en tres species.

–La primera si el agresor guardó la venganza para cuando el acometido estuviese seguro y no recatado. La segunda es «a seguras», que quiere decir matar al hombre sobre seguro debajo de amistades o de palabras de alguno, sin algún detrimento del matador. La tercera es del que murió a seguras a manos del que no conoció ni ofendió en su vida por precio que dieron al matador, como hemos dicho en otro libro, para entendimiento de lo cual habéis de saber que hay diferencia entre el traidor y el alevoso, que es de do salen la traición y la alevosa traición, porque quiere decir entregar, traer o traspasar de lo justo y de la obligación que cada uno tiene naturalmente a su rey.

La primera specie de alevosía.
Segunda specie.
Tercera specie.

–Se llama traición la que se comete a la persona real, y esta es en muchas maneras: o levantándose contra él, o entregando el alcaide a los enemigos por miedo o por precio o amenazas la fuerza o villa que le dieron en poder, o siendo tercero o medianero para ello, aunque no estén a su cargo las cosas que entrega o procura entregar, sino como hombre particular deseoso que el enemigo se apodere en algún castillo o fuerza. Y pues tratamos del delito que se comete cuando se entrega algún [fol. 251v] castillo o villa por amenazas o por miedo a los enemigos, razón es que digamos algo de la gloria y honra que gana él que con lealtad y esfuerzo la defiende, porque no se pasó en silencio el hecho heroico merecedor de estar por oráculo en la memoria de

Qué cosa es traición.

Especies de traición.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

los hombres que aspiran a cosas grandes con que salió gloriosamente el famoso y excelente caballero don Alonso Pérez de Guzmán.

Eudemio –Ese fue un varón a quien los ánimos de los hombres reconocen y tienen en grande veneración, y deseo mucho que digáis sucintamente lo que os parece de aquél hecho grande que le pasó en Tarifa, si es el que referís, que tan dignamente es celebrado, pues sin tener con quien competir, es admitido por admirable entre los hombres.

Phylandro –Por qué razón encarecéis más ese caso en particular, habiendo hecho tan maravillosas hazañas en el discurso de su vida. Verdad es que cada uno celebra y estima las cosas ajenas dignas de memoria conforme al ánimo que tiene, y por eso deseo también ver el tesoro que vos halláis en ese hecho para engrandecerlo más que a los muchos que hicieron los antiguos.

Polemarco –Brevemente, por daros contento, diré la substancia de él, porque es tal entendido bien que el mayor encarecimiento que os pienso hacer para celebrarlo es deciros la verdad desnuda de aquellos colores que los retóricos suelen poner para hacer parecer con los pintores por arte de perspectiva mayores mucho las cosas de lo que son. Por eso estad advertido que el que os pareciere mayor encarecimiento ese sólo habrá llegado a lo puntual de la verdad.

El caso maravilloso de don Alonso Pérez de Guzmán.

–Y es el caso que, siendo don Alonso Pérez de Guzmán Alcai- [fol. 252r] -de de Tarifa por el rey don Sancho el Bravo, el infante don Juan, su hermano, tenía en aquella sazón en poder al hijo mayor del alcaide y, andando el infante fuera de la gracia del rey su hermano, se fue a valer de los moros y juntos vinieron a cercarle a Tarifa. Y después de haberla combatido muchas veces, estando junto a los muros, persuadieron y pidieron al alcaide que le entregase la fuerza.

–Y viendo que por ruegos ni promesas no acudía a su demanda, acordaron de mudar consejo y amenazarlo con que le matarían el hijo delante si no les entregaba la villa, que la mayor amenaza que se le pudo hacer, por ser en ofensa de la piedad paternal y en desacato del ánimo varonil, y como en los trances de fortaleza ocurren luego temor y osadía, conviene mucho al varón fuerte que sea prudente y discreto para que, con apariencia de virtud, no le acometa y engañe el vicio, antes esté tan advertido que lo conozca, aunque venga más disimulado. Porque, veamos ¿quién pudiera refrenar la cólera de suerte que no le moviera a coraje semejante amenaza para salir a ellos, creyendo librar al hijo, vengar su corazón de semejante injuria, defender su fe, guardar su castillo?

Conviene al fuerte ser prudente.

Cómo se libró el alcaide de no caer en temeridad.

–Pero el valeroso alcaide estuvo tan constante y severo, sujetando al deseo, midiendo con razón los ímpetus de la voluntad, que conoció que hacerlo fuera inconsiderada osadía y no pudiera llamar esfuerzo salir sino locura y temeridad, con la cual pudiera perder la vida sin librar la de su hijo con pérdida de la villa y estrago de los súbditos, pudiera también criar miedo en su heroico corazón, [fol. 252v] si fuera posible, ver delante a su hijo condenado a muerte sin culpa, persuadiéndolo de la una parte el amor, que es gran maestro de aparentes razones, y de la otra el deseo de perpetuarse, que consiste en la conservación de la vida de los hijos, de suerte que, creyendo que hacía acto de fuerte, diera a los ojos de los hombres en tímido sin pensarlo, engañado del amor y persuadido de la piedad, porque no es menor el vicio del que a miedo de los que no debe tenerlo que del que no tiene temor de lo que es razón que se espante.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Considerad vos ahora lo que sentiría el valeroso alcaide metido en este abismo de congojas y engolfado en piélago de tan grandes fatigas, con tormenta en el alma, porque en trances tan peligrosos no puede estar tan puntual la elección del mejor medio que no se incline a la una o la otra parte, principalmente combatiéndolo por un cabo la obligación que tenía a quien era la fidelidad y lealtad que prometió a su rey, la honra presente, la fama o infamia inmortal de lo por venir, la fortuna que lo amenazaba con ojos airadas, conquistándolo por otro cabo el peligro en que se vía el trance de su hijo, el amor paternal que enternece más que todas las cosas de la tierra, la cristiandad, la conciencia, el dolor de la crueldad que querían usar los enemigos.

Las cosas que combatían al alcaide.

–Mas, al fin, de tan gran combate salió aquel heroico corazón, vencedor. En la una mano el cuchillo de la justicia y en la otra, clarificada la fortaleza, y puesta en su punto la lealtad, corrieron a las parejas, rindiéndose la una a la otra, y se venció a sí mesmo, que es la mayor fortaleza de todas, y como fiel alcaide prefirió a la guarda de la villa a la vida de su proprio hijo. Y desde lo [fol. 253r] alto de los muros arrojó el puñal con que se la quitasen, significándoles con aquella constancia que lo mesmo hiciera si como tenían una para matar tuviera muchos hijos suyos, y permitió antes que fuese degollado que entregarles la fuerza, quebrantando la fidelidad a su rey, volviendo las espaldas a la nobleza de sus padres. ¿Qué os parece que sentiría aquel heroico corazón cuando en su presencia se ejecutó semejante impiedad? Si acaso no tuviera su ilustre alma adornada de paciencia porque de las tales es esta vestidura.

Vencerse el hombre es la mayor fortaleza.

Qué significa arrojar el puñal.

Meliso –Por cierto, efectos de ánimo, cuya excelencia no se puede celebrar con palabras ordinarias sin ofender su grandeza ni los hombres discretos por muchos encarecimientos que inventen no llegaran a la alteza de tan maravilloso hecho en el cual, domando y sujetando con la razón el ímpetu del amor, refrenando el dolor de tan triste espectáculo hizo resplandecer todas las virtudes, fortificó el espíritu con la esperanza de que se iba al cielo el inocente, tuvo en poco lo que más amaba en la tierra, pues permitió que delante de sus ojos le diesen cruda muerte antes que faltar a la obligación que tenía a su fe, a sí y a su rey. ¡O ánimo constante en la mayor adversidad, liberal de su propria sangre y justo en la mayor duda y prudente en un caso donde la prudencia humana pierde su fuerza, magnánimo en las mayores perturbaciones, paciente y constante en medio de las cosas más arduas, y al fin fuerte en la mayor y más difícil peligro!

La virtud de la paciencia tuvo el alcaide.

Las virtudes que ejercitó el alcaide.

–Pues con solo un hecho ejercitó tantos actos y tan calificados de virtud y confirmó a la fortaleza en aquel hábito de claridad que resplandecerá para siempre gloriosa- [fol. 253v] -mente en sus descendientes, pues, defendiendo la fe, que es acto spiritual, guardó la villa que le dieron en poder con la mayor lealtad del mundo. Y, cumpliendo con la obligación natural que se debe al rey, miró por los súbditos con entrañas nobles y caritativas, por lo cual con mucha razón dijo su proprio rey que fue segundo Abraham, el cual, aunque voluntad y obediencia ofreció su hijo al sacrificio por su Dios, el valeroso alcaide con voluntad, obediencia y obra por Dios y por su rey entregó el suyo a los agudos filos de la muerte.

Nota del niño hijo del alcaide.

–Qué tal os parece que estaría el niño, viendo que andaba su vida en demandas y respuestas, conociendo la rectitud de su padre y la determinación de los enemigos, y que, con ser esto así, nunca le pidió con lágrimas que

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

eligiese otro medio menos costoso que la perdida de su vida, flaqueza a quien disculparan los pocos años para que su padre replicara, «¡o dichoso hijo que has de ser ejemplo de lealtad y piedad a todos los del siglo venidero, sufre ese martirio por Dios y por tu rey para que admires los ánimos de los presentes y muevas a lástima los corazones de los que están por nacer!,» sino que todo se le fue en callar y obedecer con paciencia la voluntad de su padre.

La obediencia del niño.

–Mas al fin, la fortuna, invidiosa del valor que prometía tan tierna edad, por ser pródiga, en un punto de aquel precioso tesoro le apresuró la muerte, y muerto se fue contento a gozar de las grandezas del cielo, pues las temporales en la tierra su padre las había sumado ya en una, sin dejar a nadie esperanza de igualar a su ánimo y lealtad.

–¡O infante don Juan, si hubiera allí alguno que tuviera espíritu de profesía que os pusiera delante [fol. 254r] a don Filipe nuestro rey, para que la fortaleza de su ánimo os avergonzara y reprimiera, y la rectitud de su justicia y cristiandad os confundieran y refrenaran afecto semejante! ¿Dónde dejastes aquella nobleza natural que sacastes en el ánimo para ejercitar la piedad y justicia y huir la tiranía y crueldad? ¿Cómo se os ha olvidado lo que debéis a caballero para no cometer vileza semejante? ¿No veis que profanáis la sangre real con tan abominable delito y que es contra las leyes de la fortaleza ejercitar vuestro rigor en el inocente sin armas teniendo tan cerca a su padre con ellas? Fin de imprudencia es quitarle la vida dejando al alcaide tan inmovible sin conseguir vuestro intento. ¿No veis que esa voluntad está reducida a la de su padre que tenéis que ver con el niño? Catad, que con quitarle la vida al hijo confirmáis la fortaleza y lealtad de su padre. No seáis ahora pródigo de la sangre inocente. Volved los ojos a la liberalidad con que su padre ofrece a la muerte por su rey, que traición es esa que emprendéis contra tanta lealtad. Obra de infiel comete quien está obligado a guardar la fidelidad y la quebranta.

Nota al infante don Juan.

¿Por ventura pensastes que lo habíades con la mujer de Gutierre Pérez, alcaide de Zamora que, habiéndoos negado el entrego del alcázar que su marido tenía por el rey, procurastes un hijo que le estaban criando fuera de la ciudad, y lo trajistes junto a los muros y lo amenazastes que se lo mataríades delante de los ojos si no os la entregaba; y ella, como mujer flaca que carecía de aquella divinidad que Dios puso en los ánimos de los varones fuertes, como quien tenía ausente a su marido, honra de la mujer, se dejó vencer del amor y de la piedad y, atemorizada con tan cruel [fol. 254v] amenaza, os lo entregó? ¿Pero quien hallara mujer fuerte? ¿Dístesos por ventura a entender que de una mesma causa no era posible salir tan diferentes efectos? ¿No habéis visto por experiencia que la fuerza del calor del sol ablanda y regala la cera y con el mesmo rigor de los rayos enderece y enjuga las peñas y cría oro? No es maravilla, porque ya vuestro ánimo tenía hecho hábito en la crueldad, y quien a ella se sujeta desampara todas las virtudes y procura poner miedo con aquellas cosas que a él se lo pusieran si en trances tan rigurosos se hallara. ¿Movióos por ventura a coraje ver que con ser el mayor de los negocios que se le podía ofrecer en la vida el menor de los cuidados que tenía el alcaide era la redención de su hijo, o ver que con ser su fortaleza tal que nadie podrá imitarla, os parecía, según su constancia, que aún le quedaba valor para mayores cosas, si mayores pudieran ofrecérsele en el mundo? No debió de ser, sino que, como teníades experiencia de que el alcaide tenía en poco padecer y sufrir heridas en el cuerpo, quisistes ahora

Nota lo que pasó al infante con una mujer.

Nota de la cobardía.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

dárselas en la alma. Al fin, Infante, habéis perdido todo lo que se puede perder, que es todo lo que el alcaide ha ganado; y más, pues ganó el renombre de "Bueno" que vuestro ánimo no mereció.

Polemarco –Ciertamente que, aunque todos tienen por cosa grave recibir heridas y aceptar el hombre la muerte, yo tengo por mas grave cosa ver quitar crudamente la vida al hijo delante de los ojos de su padre, estando en su voluntad el remediarlo. Pero como llega luego cerca el tiempo en el cual la honrosa muerte se antepone a la afrentosa vida, y el caballero ha de poner su vida y la de sus hijos por la honra general y no la honra por la [fol. 255r] vida ni por el contentamiento temporal, así pareció mejor a este caballero, después de haber recibido muchas heridas otras veces en servicio de su rey, confirmar ahora gloriosamente su lealtad en trance riguroso con el mayor dolor de los dolores, al contrario de los que con infamia traen el cuerpo entero y el corazón contento a rebeldía de los fuertes.

Los cobardes andan contentos.

–Finalmente, creo que si todos los grandes ánimos de los antiguos se juntaran y hubiera en esta congregación los entendimientos más acendrados de ellos, y estando en la paz sosegados entrara a consultar lo que se debía hacer en trance tan dudoso, no pudiera salir determinada cosa más justa que la fineza del hecho que el valeroso alcaide, solo en medio de tantos peligros, eligió para tan glorioso fin. De aquí le nació a este ilustrísimo varón, a diferencia de los otros, llamarle todos el "Bueno", por excelencia nombre que ha sido siempre recibido con tanto contento de los reyes como celebrado con grande aplauso de todas las naciones, invidiando el origen de su casa por estar fundada sobre la sangre de un mártir inocente. Y, según las consideraciones dichas y la excelencia de su fortaleza y la calidad y circunstancias del hecho, con justo título se puede poner tan valeroso caballero entre los nueve de la fama para que de hoy en adelante se cuenten cuatro cristianos entre ellos.

De dónde vino llamarle "el Bueno"

Eudemio –Por cierto, que merece bien su heroico corazón que lo establezcan en ese lugar, pero decidme quien fueron, porque siempre he oído decir por encarecimiento los nueve de la fama y no he sabido sus nombres en particular.

Polemarco –Los nueve de la fama fueron tres hebreos, tres gentiles, y tres cristianos. Los [fol. 255v - erróneamente: «242»] tres hebreos fueron Josue, David y Judas Macabeo. Los tres gentiles fueron Hector, Alejandro Magno, Julio César. Los cristianos fueron Carlo Magno, Artus, Godufre de Bullón. Ahora quiero poner la justicia de nuestro alcaide en el juicio de los fuertes y prudentes para que sean árbitros en dar lugar a su merecimiento. Porque si la entrada en este número es por merecimiento más que por favor, o por lo uno y lo otro, bien puede entrar don Alonso Pérez de Guzmán "el Bueno", que fue del merecimiento que habéis oído y tan favorecido de Dios, sin el cual era imposible tener tan próspero fin, pues vino por el valor de su persona a ser tan honrado de los reyes y estimado de los hombres, y aun servido de los elementos.

Los nueve de la fama.

–Porque el mar en recompensa de un hijo que perdió en servicio de su rey paga cada un año de los suyos tributo perpetuo a sus descendientes en reconocimiento de su grande esfuerzo y lealtad. ¿Pero cuál de todos los descendientes de tan excelente y heroico principio posee con más justa razón el señorío de la casa y el nombre de "Bueno" que don Alonso Pérez de Guzmán, que hoy vive? Pues según los prometimientos de su ánimo y natural inclinación a las cosas militares, los que le tratan tienen esperanza que,

La pesquería de los atunes.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

ofreciéndose cosa en que pueda echar la raya con su valeroso brazo en defensa de la fe y en servicio de su rey, llegará tan alto que se diga con verdad haber heredado el valor junto con nombre, y se venga a dudar entre los hombres cuál de los dos tiene con más justa razón el nombre de "Bueno", el que lo ganó con la muerte de su hijo o el que lo confirmó con su propria sangre y lo ganará de nuevo, si [fol. 256r] no lo tuviera.

–Porque es de tanto valor y entendimiento que, siendo capitán general de la gente de la Andalucía, que estaba conducida para conquistar el reino del algarbe, do por clima celestial asisten de ordinario los hombres más belicosos de toda la Lusitania, que en aquella sazón estaban prevenidos y pertrechados para la batalla, cansado de esperar los ejércitos, sin llevar más gente que algunos criados de los muchos de su casa, atrajo a sí a los gobernadores y a la mayor parte de la nobleza de Portugal, y allanó todo el reino y lo redujo al servicio de su majestad con tanta suavidad y valor que nunca fue menester sacar la espada en todo este discurso, como lo hacían los demás ejércitos, despedazando cuerpos y arruinando lugares.

Meliso –Razón tenéis, por cierto, de encarecer mucho la antigüedad y nobleza de esta casa, porque, a lo que estoy persuadido, es acepta a Dios desde su origen, y será respetada de los hombres por esa causa hasta la fin del mundo.

–Finalmente, no faltó para que fuese cumplida la felicidad de tan maravilloso caso, sino ser en este tiempo, porque tal capitán era digno de servir a tal rey como el nuestro, cuyo ánimo enriqueció Dios con tan heroicas virtudes que por la una parte el poder suyo excede en mucho al de los otros reyes y por la otra la grandeza de su ánimo señorea en extremo al de todos. Tal rey supiera bien estimar semejante servicio con sus acostumbradas grandezas como quien tiene la mano hecha a ellas, porque solos aquellos saben estimar las hazañas ajenas que tienen ánimo para hacerlas. ¿Pero dónde se hallará un rey tan cristiano, tan fuerte, tan liberal, magnífico, justiciero que así haga dichoso a su reino y lo engrandezca con el valor de su real [fol. 256v] Persona? ¿Quién jamás ha sido tan respetado y temido de los reyes bárbaros? Este monarca solo, en quien resplandecen tantos dotes celestiales, supiera estimar tal hecho. Este a quien todos los reyes de la tierra tienen por su rey y reconocen su grandeza y majestad, que es tanta que, si no fuera rey de España, por valor de su persona fuera estimado en tanto punto que los reyes temporales codiciaran su merecimiento, como ahora respetan su grandeza para poseer con justo título los reinos, este es el rey don Felipe, segundo de este nombre, a quien Dios guarde, pues tiene en pie la cristiandad, ampara la justicia con entrañas nobles y caritativas, que nunca está sino favoreciendo, honrando y amparando a todos como verdadero tesorero y dispensador de tal riqueza, con la presencia del cual los hombres afligidos no sienten los trabajos y miserias de los tiempos, haciendo dichoso al siglo, que tal rey goza.

Las excelencias del rey Felipe.

–Y, según el ejemplo que nos ofrece este valeroso alcaide, grandes han sido las honras que se han adquirido siempre por la armas, y tanto que los señores antiguos, como quien conocía desengañadamente la gloriosa estimación que se alcanza con el uso de ellas, las tuvieron en tanto que mandaban que los enterasen con hábito militar para manifestar con semejante vestidura el oficio de los caballeros, y en significación de la virtud de fortaleza de que era dotada la alma de aquel cuerpo, no queriendo perder

Nota la costumbre de los antiguos.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

ni aun en la muerte aquella honra que tan justamente ganaron, poniendo a riesgo la vida y los señores que no las usaron, mandan ahora lo proprio por gozar siquiera en la muerte de aquella gloria pree- [fol. 257r] -minente que la vida ociosa y cobarde les negó.

Phylandro –Quédese en ese punto hasta que acabéis la historia que tenéis comenzada de los señores de esta casa, y decidme si podría darse traición que fuese lícita y permitida por alguna parte?

Polemarco –Cuando alguna vez se comete la traición en provecho de algún ejército, aman la traición, pero no al traidor, como si uno fuese al rey contrario o enemigo a declarar lo que su rey natural tiene pensado hacer contra él para que esté advertido y fortificado, aunque aquel rey o capitán huelga con la traición, la ama y admite, se recata del traidor y lo aborrece. También hay otras cosas que formalmente son engaño y no son traición.

Qué cosa son engaños y no traición.

–Porque aquella se llamará traición y alevosía que se hace en notable daño de tercero defendiendo cosa injusta, de donde se infiere que los que conspiran en alguna manera contra la fe, o contra el papa, o contra la majestad real, o contra aquellas personas que los reyes y las leyes permiten gozar de estas inmunidades, como son las repúblicas y los príncipes. Todos los que contra estos hicieren algo son traidores y, aunque los maten por detrás o los engañen con palabras por prenderlos y matarlos, como hacen a los bannitos, a quien puede matar cualquiera que llaman en otros reinos forajidos.

Nota de los bannitos.

–Y según fuero de España, son aquellos a quien la justicia da por enemigos más los que siguen a homicidas por la hermandad, o por cualquiera juez competente, o los que persiguen herejes apostatas de nuestra fe católica y religión cristiana, o las espías que entran en tierra de infieles a engañar o matar por engaño tomar o entregar castillos lugares, o cualquiera otra cosa todos [fol. 257v] estos, aunque en lo formal parezca engañar, no lo es porque defienden y siguen cosa justa en comodidad de nuestra fe católica y república cristiana. No se llamarán traidores ni alevosos. Antes los tales han de ser estimados y premiados, y al que los contradijere lo pueden herir, matar o prender y traer a la muerte.

–Porque debe el hereje, el traidor y el alevoso tenerse por amonestado y advertido de esta natural enemistad, y al que defendiere cosa ilícita contra el bien público, cualquiera que lo matare o hiriere o prendiere defiende cosa lícita en comodidad del bien de todos. Y porque este tal, habiendo acometido alguno de los dichos casos, no debe andar seguro, pues nadie lo asegura, la muerte herida o prisión que se le hiciere no es traición ni alevosía.

Eudemio –También los moros, aunque son infieles, están obligados a defender su vida, mujer, hijos y hacienda según el derecho natural.

Polemarco –Aunque los moros tuviesen las mesmas leyes que nosotros tenemos, en lo que toca a ser uno traidor a alevoso, y cuanto a la ley natural, lo es. Cualquiera que mata a otro de ellos no lo es por la ley positiva, porque ellos, espiando o engañando de palabras o de obras a los fieles, cometen el mesmo crimen de traición y alevosía contra nosotros como si algún cristiano lo cometiese. Porque se fundan los moros sobre opinión falsa, como los herejes que dejan la verdad y siguen lo que no tiene rastro de ella, que es la secta abominable que ellos tienen. Sus leyes salieron en conservación y amparo de esta falsedad. Cualquiera ley que tengan entre ellos establecida por ser para defender cosa falsa es ridícula, y su fuerza de ningún momento, antes para real condenación. [fol. 258r]

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Y porque nosotros fundamos las leyes y fueros en defensa de verdad infalible, que no puede faltar. Por eso no cometemos crimen matándolos, hiriéndolos y prendiéndolos. Y los moros y herejes la habrán cometido si hicieron lo mesmo contra nosotros delante de Dios, que castigará con rigor las traiciones y alevosías que los tales hubieren cometido contra nosotros y las que nosotros hubiéramos cometido ilícitamente contra nuestros fieles.

La fe católica no puede faltar.

Nota lo de Judit.

–Y de aquí se infiere que el matar Judit a Olofernes no fue traición como fue la de Cain, primer homicida, contra su hermano Abel. Porque ni Olofernes defendiendo causa injusta, que es guerra contra el pueblo de Dios, se había de fiar ni asegurar de nadie, como dicho es, ni Judit defendiendo causa lícita, que era fundada en verdadero Dios, no lo engañó porque él nunca había de tenerse por seguro de lo que le vino.

Nota lo de Aod y Eglon.

Y veréis también en el tercero de los Jueces, después que murió Josue, capitán del pueblo de Dios, que se levantó un rey de Moab llamado Eglon contra los hijos de Israel por sus idolatrías y pecados. Y Dios, habiendo misericordia de su pueblo, que estaba diez y ocho años había sujeto a este rey, levantó a un capitán llamado Aod, que usaba de ambos manos como si cada una fuera la derecha, el cual hizo una espada y puñal de dos filos. Y el puño de medio la escondió debajo de una ropa larga y tomó presentes, fingiendo ir a visitar y a presentarlos a Eglón. Y después de habérselos dado dijo que de parte de Dios en secreto le quería hablar. Luego el rey mandó salir a todos sus criados, quedando solos los dos y Eglón llegándose a él debajo de amistad, Aod sacó el puñal y se lo hinco hasta la empuñadura por el cuerpo, de la cual herida cayó. [fol. 258v] Y de esta manera de matar Aod a Eglón fue santa y justa pues fue causa que saliese el pueblo de Dios de cautiverio.

Eudemio –Yo daré, si no me acuerdo mal, en la santa escritura una alevosía injusta.

Polemarco –En el capítulo tercero de los “Reyes” hallaréis que como Joab supo que Abner, el que mató a su hermano Asael lícitamente defendiéndose, como dijimos, venía a darle palabra a David de entregarle el reino de Israel pacíficamente. Después de tratado bien y despedido del rey, y le dijo que por qué lo había admitido debiendo saber que Abner lo quiere engañar. Y con este enojo Joab se despidió de el rey y envió a llamar a Abner debajo de seguro, el cual volvió con esta seguridad y, abrazándolo, Joab le dio una puñalada por la ingle, la cual muerte fue muy llorada y sentida de David. Y para castigar esta sin razón de su capitán Joab y la que hizo a Amasa, al tiempo que murió, como parece en el tercero de los reyes, mandó a su hijo Salomón que no dejase este delito sin castigo. Y así Salomón lo mandó y aun sacar del templo donde se había acogido y no queriendo salir, antes haciéndose fuerte y asido del altar, allí lo mandó matar.

Alevosía de Joab contra Abner.

–De manera que sacamos de aquí que traición no es otra cosa sino un engaño injusto contra el bien público como es muerte y sus semejantes. Y muchas veces se castiga esto más por la buena gobernación y pacificación de la república que por la persona particular que recibe el daño, de suerte que traición es la que en cualquiera manera se comete contra la fe o corona real.

Qué cosa es alevosía.

–Pero la alevosía es propriamente la que se hace contra alguna persona particular, en la cual hay siem- [fol 259r] pre parte de traición por la formalidad que tiene con ella, que lo uno y lo otro es engañar. Así que se corresponden como la apostasía y la herejía, según Simancas. Y como dice Demóstenes, los alevosos siempre son la escoria y la más vil y baja gente de

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

los vulgares y quien los malos estiman en más. Porque no es otra cosa la alevosía sino un engaño vil del ánimo bajo que se efectúa con buenas palabras y malas obras, de tal manera que el que las cree queda engañado, burlado, afrentado, herido o muerto. Y por esto la traición formalmente incluye en sí a la alevosía y la alevosía no a la traición, aunque por estar recibido en el vulgo, confunden los vocablos diciendo el uno por el otro, pues no se dirá alevosía la que se comete a los príncipes, sino traición porque difieren en las calidades.

Definición de Alevosía.

–Cométese la alevosía en muchas maneras ahora sea con asechanzas o en caso pensado y determinado en la voluntad de mucho tiempo, asegurando al contrario, si acaso lo encuentra de repente, pudiendo acometerle por delante, de suerte que el enemigo perdiese la seguridad que traía y le acomete por detrás, viniendo el otro salvo y seguro de que por aquella parte hubiese hombre tan mal o y tan cobarde que le acometiese. Y de aquí sabréis que la alevosía procede las más veces del miedo que tiene el hombre a su enemigo, temiéndose que si le acomete por delante no saldrá con su intento, por ser el adversario hombre de valor y de derecho natural obligado a la defensa de su persona.

Caso primero de la alevosía.

De qué se hace la alevosía.

Eudemio –Veamos, ¿si el hombre que no es diestro injuriase a uno muy diestro de suerte que en ley del mundo quedase el diestro obligado a matarlo dondequiera que lo encontrase, y el no diestro sabe de cier- [fol. 259v] -ta ciencia que el otro lo ha de matar en viéndose con él porque entiende que su defensa no será parte para que el diestro no lo mate, si el no diestro, temiéndose de esta ventaja, lo matase o hiriese por detrás sería alevosía?

Caso 2.

Polemarco –Sí, porque tiene todas las calidades que la hacen cumplida.

Eudemio –Pues, ¿qué hará este que no tiene defensa alguna en topándolo el diestro?

Polemarco –Que pues tuvo lengua para injuriar y ofender a hombre de quien no se podía resistir, si llegasen a las manos, la tenga también para desdecirse y pedirle perdón y busque terceros tales que le allanen el paso. Y si no quiere hacer esto, váyase del lugar y apártese de la presencia del ofendido.

Eudemio –Adónde se ha de ir?

Polemarco –Adonde se fuera después de cometida la alevosía y huya ahora del ofendido porque no lo mate como había de huir la justicia porque no lo ahorque. También será alevosía, aunque uno acometa a otro cara a cara, si lo hace de suerte que el adversario no se pueda valer de alguna defensa, como si se metiese en una casa a esperar y espiar a que pase el adversario y, en llegando a la puerta, saliese cara a cara sin poderse valer, lo mesmo es que matarlo o herirlo por detrás, pues no pudo el adversario tener remedio defensivo ni ofensivo contra la alevosa e inopinada agresión.

Caso 3.

–Y así dice la ley. Comete caso de aleve el que hace muerte segura que, como dicho es, se entiende saliendo el acometedor seguro o hallando seguro al acometido del mal que allí le estaba aparejado y, aunque no le esté espiando ni sepa el uno del otro, si acaso se encuentran de repente y el que trae pensada la alevosía asegura al contrario con palabras blandas o amigables o con mirar a otra [fol 160r – erróneamente: «258»] parte, fingiendo que no lo ha visto para que el adversario no se recate y se asegure, y después, teniéndolo asegurado, lo hiere o mata por detrás o por delante, de cualquier suerte que lo haga, no es formalmente alevosía.

Caso 4.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

–Pero es una specie de ella, la más remota, porque el tal hombre no se había de asegurar ni creer de las aparencias del enemigo sino apercebirse y recatarse de él, pues lo vido. Porque según regla de derecho el que sabe el mal que le ha de venir y ve al que lo ha de dañar y no se recata de él no se le hace cumplida injuria, ni se comete contra el engaño formal de alevosía, ni el tal se puede quejar de herida a seguras, pues dice Eurípedes que cuando uno va por tierra de enemigos, todo lo que oye tiene por peligroso y le augmenta la sospechosa imaginación, cuánto más, viendo al enemigo y conociéndolo. Y en otro lugar afirma que por la mayor parte la victoria pende del consejo y recato. Quien no lo tomó ni se recató cuando pudo no tiene de qué quejarse sino de su inadvertencia y confianza. En confirmación de lo cual dice el refrán castellano que el hombre apercibido lo medio ha combatido.

El refrán enmendado.

–Luego bien se sigue que al desapercibido lo halla el contrario medio combatido. También es alevosía y traición traer una cosa en el ánimo y mostrar otra en los hechos y palabras, como si uno trajese a otro con buenas aparencias y promesas de seguridad sin darle a entender que está enojado con él y tuviese gente o lugar prevenida para quitarle la honra o la vida o la hacienda y, engañado con amistad aparente, lo encerrase do perdiese alguna de las tres cosas, que es por quien el rey don Alonso dijo que traición es traer un hombre a otro [fol. 260v] al mal con semejanza de bien. Pero si estuviesen unos riñendo y de la revuelta saliesen dos o tres muertos, aunque las heridas no sean por delante, no se llamarán alevosos los matadores, porque en la pelea o pendencia cada uno se debe mejorar a sí y no ha de esperar que el enemigo esté en buena postura, sino en cualquiera que lo vea ha de procurar su defensa.

Caso 5.

Definición de traición.

Caso 7.

–Alevosía será darle a un hombre por detrás, que es specie propincua de la que el vulgo llama traición. Y por eso se usa decir, queriendo uno reñir con otro, «echa mano a esa espada», que es advertir al enemigo y a la gente que está presente que no le quieren herir ni matar mal ni sobre seguro sino bueno a bueno, como dice el vulgo. Dar un hombre a otro una herida habiendo venido por vía de concierto a algún lugar señalado para afecto de reñir, y viéndose el desafiado con menor arma, y hallando al contrario con una pica, ballesta o arcabuz, temiéndose de la ventaja que el otro le tiene, y habiendo de ir allí con armas iguales, si le diese por detrás no es alevosía cumplidamente, pero es specie de ella. Y en cierta manera lleva rastro de defensa, porque si el enemigo comenzara a ofenderlo con tan excesiva ventaja, no se pudiera defender. Ni el que tiene cautelosamente las tales armas aventajadas merecerá nombre de defensor mientras excediere al contrario en ellas. Y el que parece agresor no las tuviere iguales. Siempre que aquel haga algo con el dicho exceso se puede decir que acomete.

Caso 8.

Eudemio –Bien al contrario es lo que sabe Phylandro, que le pasó a un caballero que para ir a matar a otro una noche juntó a todos sus parientes amigos criados y bien hechores. Y reaprehendiéndole el haber ido tantos y tan apercibidos [fol. 261r] a matar a uno solo, respondió el agresor, «señor, si yo fuera para que él me matara a mí fuérame solo y sin espada. Pero porque iba yo a matarlo a él, y acaso no se me trocase la suerte, llevé tantos conmigo.»

Caso 9.

Polemarco –Nunca les falta a los culpados, si les valiese, una defensa que parezca justificada. También será alevoso el que, viendo reñir a dos hombres, llega por detrás y sin que lo sienta el contrario lo mata o hiere por

Caso 10.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

favorecer al otro. Y notad que no será alevoso si se pone delante del adversario al lado del amigo declarándosele por contrario, que entonces él solo no ha de estar seguro del que a los ojos se le declaró por enemigo, y así debe defenderse de ambos y recatarse tanto de él que llegó como de él que estaba, y no descuidarse de manera que el uno le coja las espaldas. Porque siendo así no se puede decir muerte segura ni el muerto se llamará seguro, sino confiado del enemigo de quien nadie se ha de fiar. *Caso 11.*

Eudemio –A mi parecer también será alevosía si, yendo dos a reñir, el uno de ellos se pasase a la parte de los enemigos, declárandose por contrario de su mesmo compañero. *Caso 12.*

Polemarco –Por cierto, que es esa una de las mayores maldades y ofensas que un hombre puede cometer contra otro no conociéndolo, cuanto más siendo su amigo.

Eudemio –Veamos, si Pedro estuviese salariado para que matase a Juan y Juan lo sabe de cierta ciencia, no entendiéndolo Pedro por cuya causa no se recata de Juan y Juan lo ve venir y Pedro no quiere hacer nada contra Juan ni trae entonces tal propósito, así porque hay gente como porque no osa hasta hacerlo a su salvo, llega Juan de improviso y mata a Pedro, ¿qué specie de delito os parece que habrá cometido, sabiendo cierto que Pedro buscaba tiempo ocasión y lugar pa- [fol. 261v] -ra matarlo, pareciendole que era mejor prevenirse de defensa que ser prevenida con la agresión súbita y inopinada? Porque Demóstenes dice que al acechador para que otro mate se ha de tener por enemigo, cuanto más al que acecha para matar el mesmo, tanto que en otra parte amonesta al hombre que por esto y con grande tiento se libre del malo y no aguarde a recibir el daño, cuando no lo pueda remediar, castigándolo con armas y no con palabras porque no sea como atenienses que, después de recibido el mal, se previenen para él, como los de Frigia. *Caso 13.*

Polemarco –Mucho me espanto de vos, siendo tan cuerdo, querer poner lo que hacían y aconsejaban los gentiles sin lumbre de fe con lo que está obligado el cristiano. Pero si os queréis seguir por la autoridad de ese orador griego, sin aficionaros más al un parecer que al otro, también dice en otra parte que el hombre debe esperar ocasión legítima y principio justo, para cometer la pelea, de suerte que, con todo eso, Juan cometió alevosía en matar a Pedro, porque, aunque le habían certificado que Pedro lo había de matar o lo procuraba, como señor de su voluntad pudo mudar consejo y tener trocado el mal propósito en arrepentimiento, pues está el hombre sujeto por momentos a varias alteraciones y mudanzas, según dice san Basilio.

–Y aunque tuviera propósito firme de matarlo, para que Juan no la acometiera era menester que Pedro comenzara a poner en obra su alevoso propósito para que Juan, pues está prevenido y no descuidado, defendiéndose de aquella alevosa agresión, pudiera lícitamente matarlo. Y así dice una ley del reino, ca entonces si aquel a quien acometen mata al otro que [fol. 262r] lo quiere de esta guisa matar, no cae por ende en pena alguna. No habiendo, pues, comenzado el contrario a ofender ni aun con las aparencias. No goza de esta ley ni de las libertades que da el derecho natural y positivo en favor de la defensa. Porque, según dice Pompiano Jurisconsulto, ninguno debe mudar consejo ni parecer en injuria ni ofensa de otro, aunque entienda sus dañados propósitos, porque castigarlos toca a sólo Dios. Y, como dice San Basilio, la ley de Dios no solamente condena la obra del pecado, pero la determinación de la voluntad en la cual no tienen los hombres que ver hasta que se reduzca en

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

acto; en confirmación de lo cual dice un doctor que si uno amenaza a otro de muerte, no es lícito al amenazado adelantarse y matarlo si no fuere poniendo el otro en obra las amenazas.

Caso 15.

Más absolvedme otra mayor dificultad que se me ha ofrecido. Si, yendo Pedro a matar a Juan por el término que dijistes, llegase a matarlo de manera que Juan lo sintiese y tuviese lugar de echar mano a la espada para él, habiendo Pedro venido a acometer semejante alevosía, ¿estaría obligado en conciencia a defenderse de Juan defendiendo cosa tan injusta como la obra abominable que emprendió y siendo tan culpado e instrumento de tan gran maldad y cautivo de la alevosía? Pues que nadie ha de hacer a otro el mal que no quiere que le hagan, que es, como dijimos, un precepto do se fundaron el derecho natural y el de las gentes y el civil; lo cual confirman Tulio y Séneca en muchos lugares con la común opinión de los jurisconsultos. Y Alejandro Severo traía siempre a la memoria de sus soldados, «no hagas a otro lo que no querrías que te hiciesen». [fol. 262v] Y así lo quiere Dios en sus mandamientos, que son los que el cristiano está obligado a cumplir puntualmente, porque quebrantando el uno es culpado en todos.

Eudemio –Bueno es eso, por cierto, mas déjese matar, estando en pecado mortal, para que se vaya al infierno, quedándosele el derecho natural que lo obliga a defenderse, cuanto más que Pedro entonces no defiende el delito ni lo sustenta, sino la conservación de su vida, porque en trance tan peligroso para la salvación no se le pierda la alma.

Caso 16.

Meliso –Antes me parece que perdió el derecho que decís, porque el ser uno obligado a conservarse y defenderse según derecho natural ha de ser haciendo siempre cosa lícita y, según vuestra opinión, los delincuentes y malhechores a quien la justicia castiga por sus delitos estarían obligados a defenderse según derecho natural y no dejarse castigar, lo cual es al contrario, porque los unos convencidos con testigos y los otros de sus pecados se confiesan por dignos de muerte. Y así en el pregón manifiestan al pueblo y al malhechor que quien tal cosa hace para con la vida temporal en el mundo, porque la violencia y maldad pública es delito universal contra todos, como dicho es, y por eso se ha de castigar públicamente para que la república se satisfaga y los hombres que son los miembros de ella se repriman, recaten y escarmienten, viendo el rigor con que la madre castiga los hijos desobedientes a la razón. Porque cuando la fuerza es justa, la resistencia es injusta, según la glosa y escoto, cuyo parecer esta comúnmente recibido.

Lo que significa el pregón.

Caso 17.

–Y pues entre los doctores graves hay quien dice que si un preso esta justamente condenado a muerte peca si se va de la cárcel si por su huida viniese daño a alguna persona. [fol. 263r] Cuanto mayor pecado será resistir a lo justo y contradecirlo. Y siendo, como dice santo Tomás, la ley de gracia la que perfecciona a ley de naturaleza, cosa fuera de razón es pensar que la ley de gracia ha de favorecer y permitir una cosa tan mal hecha como matar un hombre a otro por dinero, dejando a la ley de naturaleza tan en su fuerza que se pudiese ejercitar emprendiendo cosa lícita y defendiéndola. Pues sabéis que es al contrario, y que, por ser la ley de naturaleza perfeccionada con la ley de gracia, solamente tiene por objeto formal abrazar lo bueno y huir lo malo.

Phylandro –Pues ¿qué ha de hacer Pedro para defenderse de Juan, que defiende su vida, que es lícito?

Polemarco –Huya. Y entonces Juan no estará obligado a seguirlo, porque ya no será defenderse de él si lo sigue sino acometerle con autoridad

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

particular, lo cual toca a la justicia. Porque, en huyendo, Pedro está ya declarado por delincuente.

Eudemio –Y la honra de ese hombre ¿en qué la estimáis, habiendo probado que el que la tiene no ha de huir?

Polemarco –En ninguna cosa. Antes no pudo perder lo que no traía. Bueno sería que tuviese honra el hombre que alquilado por dinero emprende semejante abominación. Pero si yendo tras él volviese, ya se podrá entonces Pedro defender lícitamente.

Caso 18.

Eudemio –Y si yendo Pedro a matar a Juan matase a Francisco, ¿sería digno de muerte?

Polemarco –Cuestión es esa muy reñida entre los doctores. Y la razón en que algunos se fundan para librarlo de la pena ordinaria es que no todo homicidio es digno de muerte, sino el que tuvo dolo y se efectuó voluntariamente, pero a mí parecer Pedro es digno de muerte pues no me podéis negar que no llevaba dolo que era el ir a matar a Juan con agresión ma- [fol. 263v] -nifiesta.

Eudemio –Es verdad que es agresor, pero no tuvo ánimo de matar a Francisco, lo cual lo escusa de la pena ordinaria. Y porque en el hecho no tuvo mala voluntad ni Dolo en el ánimo, aunque lo traía contra Juan, no es digno de total castigo.

Polemarco –Bien contraria es vuestra opinión de la mía. Pues no solamente entiendo que es digno de pena ordinaria por matar a Francisco creyendo que era Juan, pero de mayor pena. Porque veamos, ¿no es alevosía darle a un hombre herida o matarlo sin que se pueda desenvolver para usar libremente de la defensa, como no sea hereje ni moro o traidor contra la república?

Eudemio –Ya tenemos arriba averiguado que matar de esa manera no es alevosía.

Polemarco –Pues yo digo que Pedro cometió tres delitos en esa muerte: uno de la agresión formal, porque el errar la persona no lo libra del pecado ni de la agresión, que es el mal intento de su ánimo. Pues es verdad que cada efecto imita a su causa y la causa que lo movió fue realmente mala, y salió a matar y mató. Luego bien se sigue que el efecto fue injusto, si no queréis negar los principios de filosofía. El otro es de la alevosía, que mató a Francisco sin que en alguna manera pudiese defenderse. Y el otro es que mató al que estaba sin culpa, delito grave. Y fuera menor mal matar al que la tenía. Y pues sabéis que es menos daño dejar sin castigo al culpado que castigar al inocente, ved cuanta mayor pena merece Pedro por matar a Francisco. Que, si matara a Juan, ¿de quien recibió la injuria y con quién tenía el enojo? Y decidme, ¿el juez merece premio por castigar al culpado?

Eudemio –Sí merece, porque hace rectamente su oficio.

Polemarco –Luego claro está que, si acaso por descuido o inadvertencia, castígase al [fol. 264r] sin culpa que tiene pena.

Eudemio –Dadme un ejemplo que aclare vuestro propósito.

Polemarco –Si el Juez ahorcase a Francisco porque se da a entender que es él que mató a Juan y no a Pedro, que es el proprio matador, por no haber hecho las diligencias para seguirse por lo alegado y probado, ¿castigarían al juez porque ahorcó a Francisco que no tenía culpa?

Eudemio –Paréceme que sí, y aun he visto en práctica ese caso. Pero es diferente lo uno de lo otro, que el juez no tuvo dolo contra ninguno de los

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

dos, antes, buen celo, pues lo hizo por castigar al malhechor, que es su oficio, y Pedro lo hizo por vengarse, que a nadie es lícito.

Polemarco –Todo eso hace por mi parte que si el juez, con no tener dolo y hacerlo por castigar al culpado con buen celo, tiene pena por matar al sin culpa el que iba a matar al que lo injurió, que es obra prohibida y mata al que no tenía culpa, mayor pena merece que si matara al que le dio la ocasión.

Eudemio –Todavía me parece en alguna manera que el no llevar ánima de matar a Francisco lo libra de la pena ordinaria, aunque tuvo dolo contra Juan.

Polemarco –Pues queréis que la inadvertencia injusta de Pedro la pague Francisco con la vida que posee justamente, y que se quede vivo, no tenéis justicia.

Eudemio –Pues ¿qué estaba Pedro obligado a hacer para no incurrir en el delito de la alevosía y para no tener tanta culpa en el matar al inocente?

Polemarco –Está obligado a preguntar a Francisco, «¿sois Juan?», para que Juan se previniese de defensa y no se hiciese el delito alevosamente, porque luego Francisco respondiera «no soy Juan» y se librasen ambos, el uno de la muerte injusta y el otro de tan grave delito.

Eudemo –Con todas esas razones, si yo fuese juez, entonces le daría [fol. 264v] a Pedro pena extraordinaria, y más lo condenaría en misa por el ánima del muerto.

Caso 19.

Polemarco –Si yo fuese juez, lo condenaría en eso que decís y lo ahorcaría luego. Y absolvedme esta dubda. Si estuviese Pedro riñendo de palabra con Juan, y Juan le dijese palabras tan afrentosas que obligasen a Pedro a alzar la mano para darle un bofetón, y Francisco llegase a ponerse de por medio y, por dar Pedro a Juan, se lo diese a Francisco y, viendo que erró el golpe, echase mano a la espada para satisfacerse y Francisco, viéndose con el bofetón y que Pedro echa mano a la espada, creyese que es contra él y, ofendido del bofetón y temeroso de verlo con la espada desnuda, echase Francisco mano a la suya y matase a Pedro ¿a cuál de estos tendríades por culpado? Porque Pedro no lo había con Francisco, y Francisco se defendió justamente según las insinias de Pedro.

Caso 20.

Eudemio –No tengo yo tanto voto en esas dificultades que pueda dar algún buen parecer en ellas, pero estoy por decir que ahorcaría a Juan como a causa de todo el daño. Y si, como fue bofetada, fuera cuchillada, ¿estaba Pedro obligado a satisfacer la fealdad del rostro, ya que no tuvo dolo en el hecho?

Polemarco –El cuerpo libre, Eudemio, no recibe estimación. Y por eso no se paga la señal de la herida, según una ley contra Adriano escoto y Juan Mayor que dice ser locura pensar que quien mata el buey de su próximo es obligado a restitución y no el que mata al mesmo próximo. Así que dice la ley que el hombre es inestimable. Y por eso, aunque se paguen las curas de las heridas, no se paga la fealdad del rostro ni la que queda de ellas, si acaso no se quebrase o cortase algún miembro muy necesario para sustentar el hombre la vida.

Caso 21.

Eudemio –Decidme por vuestra vida, si Juan [fol. 265r] recibiese una injuria de Pedro y, yéndose a satisfacer sin salir del delito, llegase Francisco a ponerse de por medio a favorecer la injuria y a estorbar que no se satisfaga con color de meter paz, y Juan, entendiendo, lo matase ¿sería alevosía?

Polemarco –Pues no es alevosía matar al que viene a injuriar. Menos lo será si Juan mata a Francisco porque le estorbó de industria que no se

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

satisficiese, principalmente si es la afrenta tal que el que la recibe queda infame. Porque el poner paz entre dos hombres ha de ser con moderación inculpable.

Caso 22.

Eudemio –Y si Pedro echase mano a la espada contra Juan, y Francisco llegase a ponérseles de por medio a ambos con buen celo y Pedro lo matase ¿sería alevoso?

Polemarco –Si Pedro mató a Francisco porque no se pudo vengar de Juan, es alevoso. Y si lo mató por matar a Juan, aunque no tuvo dolo, habiendo sido Pedro agresor desde el principio, merece pena ordinaria por las razones dichas en Caso 18. Pero si Juan, que es el que se defiende, lo matase por matar a Pedro en su defensa, no tiene pena porque carece de dolo para con ambos.

Caso 23.

Eudemo –Decidme, si un hombre común matase a otro que fuese único en su arte, ¿merecería nueva specie de castigo?

Polemarco –De la manera que la utilidad pública excusa al matador de la pena, principalmente si es algún grande artífice que su vida puede ser de provecho en la república, por la ley *ad bestias* no lo han de condenar a muerte, sino darle pena arbitraria. Así al que quitare a la república un provecho extraordinario lo castigaran con muerte extraordinaria.

Caso 24.

Eudemio –Bien me satisface. Pero si dos caballeros fuesen juntos y un hombre bajo, conociéndolos, echase mano a la espada para ellos ¿qué estarán obligados ambos a hacer para no co [fol. 265v] cometer vileza?

Meliso –Están obligados a amonestarle que se vaya y los deje. Y si no quisiere irse por buenas razones y todavía insistiere en su mal propósito y los quisiere matar, están obligados a defenderse de él.

Phylandro –Pues ¿dos contra uno? ¿No será mayor hidalguía, que pues es uno el agresor, que uno solo se defienda de él?

Meliso –No, porque ambos tienen parte en el atrevimiento, es agraviar y menospreciar al compañero querer uno solo castigar al ofensor de ambos. Y el que tomare la mano se agravia a sí proprio si da a entender que a el sólo se le atrevió y el que mira no hace lo que debe a sí. Pues no está obligado a respetar a quien lo viene a matar y le perdió el respeto, de suerte que la defensión lícita incumbe a ambos. Y porque podría acaso el hombre vil matar al caballero, será menos mal defenderse ambos de él, que es lícito, que estar el caballero que mira la pendencia obligado después, según el mando, a matar al hombre vil si hiere o mata al compañero por haberlo dejado solo con el vil, lo cual será acometerle y no defenderse del que al principio era lícito. Y aunque parece demasía a los ojos de los ignorantes dos contra uno, Ulpiano jurisconsulto dice que carece de culpa el que sabe lo que hace en su defensa, si no lo puede excusar.

Caso 25.

Eudemio –Y si un hombre vil, estando sin espada, dijese a un caballero palabras tan descomedidas que si fueran iguales las personas lo afrentaran, ¿qué está obligado a hacer para no cometer vileza ni exceder los límites de la defensa?

Caso 26.

Meliso: –El caballero puede muy bien castigar al vil con la espada, pero no matarlo ni herirlo. Y decidme si, yendo dos caballeros por una calle, topase a otro caballero que está enojado con uno de los dos y echase mano a la espada desafiando al enemigo, ¿qué es lo que el comp- [fol. 266r] -ñero está obligado hacer porque el caballero que vino no lo ha con ambos sino con el uno?

Polemarco –Está obligado a amonestar al que llega que se detenga y saber de su amigo si quiere reñir con aquel hombre y luego, si diere lugar,

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

persuadirles que no riñan y procurar de apaciguarlos y hacerlos amigos. Y si fueren ambos de parecer que los deje, porque el compañero acometido se agravia, si no puede hacer otra cosa, los ha de dejar.

Caso 27.

Phylandro –Y si agresor que vino va matando al amigo o lo lleva tan apriesa que falta poco para hacerlo huir, ¿qué es lo que ha de hacer el compañero?, pues mi amigo es otro yo, y por esta razón es la injuria o agresión igualmente de ambos.

Polemarco –Está obligado a ponerse luego de por medio y apaciguarlos. Y si el caballero agresor viéndose victorioso no quisiere detenerse, y tuviere en poco al compañero, se le ha de declarar luego por contrario y ponerse al lado del acometido que con moderación no se puede defender, y ha de suplir con su espada lo que le falta de ánimo y fuerza al compañero. Porque aquella agresión es ya común a ambos y el amigo puede defender al amigo si está en su compañía o lo halla en algún peligro, pues está el hombre obligado a defender su capital enemigo si lo ve matar. Porque cuando el objeto es de más merecimiento, tanto es mayor la obligación, y sería alevosía si llegase por detrás a darle, aunque sea en defensa de amigo, y especie de ella si con palabras de paz lo hiriese o matase. Así que se le ha de declarar primero por contrario para que él solo se prevenga contra ambos, sabiendo que son dos los contrarios.

Caso 28.

–Y con esta diligencia será del agresor la culpa del suceso. Y el que iba de vencido, porque el compañero le ayuda, no está obligado a matar al enemigo, aunque pueda, sino a defenderse todavía de él si le tirare [fol. 266v] golpes. Porque la defensa lícita ya incumbe al compañero y no a él, porque cuando dos están contra uno igualmente, siendo desiguales las causas, no se llamará defensa la que hicieren matando al solo, sino agresión, según regla de razón y de derecho.

Caso 29.

Phylandro –Ya sabéis que todo lo que hace el provocado se presume que lo hace más para defenderse que para ofender, porque siempre el que comienza tiene la culpa. Si acaso el vencido estuviese herido, ¿podrá satisfacerse mientras riñe el compañero con el contrario?

Polemarco –No, porque eso es con ánimo de vengarse, lo cual hace injusta la defensa y se puede llamar agresión, si no fuere defendiendo al compañero. Si acaso el otro lo llevare tan de vencida como a él en tanto punto que, si uno está herido de muerte y el acometedor lo ha dejado y se va huyendo, no puede ir tras de él a matarlo sin pecado, porque ya aquello aspira a venganza y, según Ricardo, pasa los límites de la defensión.

Caso 30.

Eudemio –Y si, como es caballero, el solo fuera un hombre vil, ¿qué está el compañero obligado a hacer?

Polemarco –Está obligado a estorbar que el caballero su amigo no llegue a las manos con el vil, si no fuere necesitado de la agresión. Y aun entonces no lo han de matar, porque la obligación natural se extiende hasta defenderse el hombre todo lo posible. Pero la licencia que le conceden las leyes llega hasta poder matar defendiéndose del agresor, porque el acometido en el tal peligro no pierda la vida. Así que sin matarlo han de procurar quitarle las armas y poner las manos en él, que es el castigo que responde al atrevimiento de los tales.

Caso 31.

También será alevosía cuando alguno, aunque fuese por delante, estando dos riñendo debajo de título de paz, mata a uno de ellos habiendo [fol.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

267r] llegado con ánimo de matarlo y, por hacerlo a seguras, lo puso entonces por obra.

Caso 32.

–También es specie de alevosía si uno llega, estando riñendo dos, y con palabras de paz repara las cuchilladas y estocadas del que riñe con su amigo, y con esto le da lugar para que seguramente mate al otro, porque los que riñen, en oyendo decir paz, no se recatan del que viene. De manera que el día que un hombre no da lugar a que el contrario se pueda desenvolver para defenderse libremente es cumplida alevosía.

La calidad del hombre de bien.

–Porque comete caso de aleve el que hace o es causa de muerte segura, y será digno de igual pena el que consiente y da lugar al agente, ahora sea con palabras buenas o malas obras, da favor y presta consentimiento, lo cual el hombre de bien hace siempre al contrario. Porque las palabras que dice, según Aristóteles, son señales de las pasiones del ánimo. Y si acontece estar enojado con alguno luego se lo manifiesta y no lo encubre con palabras, porque la perfecta alevosía es traer una cosa en el ánimo y otra en las palabras, o una en las palabras y ánimo y otra en las obras. También habéis de advertir que si no hubiere testigos de la muerte y el matador fuere acusado de alevoso, ha de dar por probanza la evidencia del hecho, como es el lado en que están las heridas del muerto y la parte por do entran, y las demás cosas que dijimos arriba para conocer la defensión o agresión del muerto o del matador, de suerte que se proceda contra él por matador y no por alevoso.

–Porque según la ley dirase toda muerte «segura» que no se probare ser hecha en pelea o en riña. Y sabed que la partícula sí que está en la ley. No duda allí ni pregunta, sino afirma todo lo de arriba, como si más claramente dijera. Así que cualquiera que comete muerte segura cae en ca- [fol. 267v] -so de aleve, como no se probare ser hecha en pelea o en riña. Dejemos a una parte a «Bellum» y a «Prelium» y a batalla a todo trance, que en España se dice desafío o campo cerrad, a quien llaman duelo en Italia, que es batalla singular entre dos hombres, por la cual el uno pretende probar y sustentar al otro por armas en espacio y término de un día, como es hombre de honra y verdadero y no merecedor de ser injuriado ni menospreciado, y el otro pretende probar lo contrario.

Bellum
Prelium

Duelo.

–Ni trato de esotros vocablos que significan cosas diferentes, como son milicia, certamen, pugna, conflictus, dimicatio, stratagema, naumaquia, hipomaquia y gygantomaquia, los cuales dejaré porque no toca a nuestra materia, sino el declarar qué sea pelea o riña.

–Y sabed que pelea se llama lo que dicen comúnmente pendencia trabada, en la obra de la cual no hay traición ni alevosía, porque no tiene seguridad el uno del otro. Y dícese pelea a «pila», que son ciertas armas que usaban los romanos en sus peleas, según dice Vegecio; aunque no falta quien dice que pelea viene de pugna o de «prelium». Mas riña viene de «rixa», a quien llaman en castellano rencilla, que es obra de rifar, de donde sale rijoso que es el que siempre está puesto a punto para «rijar» o reñir, la cual se comienza luego por palabras y porfías sin haber injuria ni afrenta guardada de atrás, sino que, conforme al enojo presente, obra la cólera, que propriamente es donde no hay sangre ni herida y, aunque puede haber muerte, no muda el nombre. De manera que si no hacen amigo a los que «rijan» se llamará andar en pendencia, la cual incluye en sí a riña y a rija. Y será pelea o pendencia la que tuvieren después que se vean en otra parte. Y

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

no decimos que andan en riña ni en rija, las cuales tocan [fol. 268r] solamente a lo presente

–. Y en lo que hemos dicho de la alevosía no se ha de aceptar amigo ni enemigo, pues teniendo atención a esta doctrina, entendiéndolo cristiana y piadosamente. Se estableció una ley que corrige al derecho común que permitía que al que fuese dado por enemigo se le pudiese herir o matar por detrás sin ser alevoso el matador. Y resumiendo lo de arriba, digo que a todas aquellas personas a quien compete castigar los atrevimientos que contra ellos se hacen y no vengarlos se comete traición. Y, por el contrario, las personas a quien compete satisfacción y no castigo se comete alevosía.

Cuatro casos do se halla la defensa.

–Y en cuatro casos que diré están incluidos todos los que tocan a la defensa. Primeramente, defender la fe católica, que es acto spiritual. El segundo, defender la patria, linaje y amigos, que es mirar por la conservación humana. El tercero, servir a su rey, que es cumplir con la obligación natural que se debe al mayor. El cuarto es mirar por los miserables, que es acto noble virtuoso y caritativo. Esto es para que el diestro hombre de bien y cristiano y temeroso de Dios sepa huir de lo que es traición y alevosía y, sabiendo cuál es la defensión y la agresión, haga sus cosas justificadas con la regla de la razón, sin exceder un punto de ella.

Phylandro –Ahora acabaréis de entender si es cosa justa que se estime y alabe la invención de la destreza, pues hace al hombre estar seguro del hombre que es mayor enemigo que tiene, y aun de las fieras si le acometen, como diremos en otro lugar, con la cual se defiende del bueno si accidentalmente lo quiere ofende, y ofende al malo si le acomete.

Por qué se inventó la destreza.

–Y una de las cosas más princi- [fol. 268v] -pales por qué se inventó la destreza fue para poner miedo al malo, el cual no osa dar por detrás temiendo que si yerra el golpe lo matara el diestro. Ni tampoco se atreve por delante, temiendo la ventaja, porque sabe ya que el más diestro está mas cerca de llevar lo mejor y con menos peligro en las pendencias. Finalmente, es una virtud con que el hombre cultiva al ánimo y compone el ímpetu desordenado de la cólera, unas veces sirviendo de freno y otras de espuelas, según es más o menos la fuerza de la inclinación natural. Así que con la industria de la destreza se mejora y suple la falta del ánimo y afina y conserva al que naturalmente lo tiene bueno. Por ella vivimos en paz y conforme a las leyes de la razón.

Nota de las armas.

–Y para que la estimemos en lo que merece, sabed que Justiniano dice que la majestad imperial no solamente ha de estar armada con leyes, pero también conviene que esté adornada y hermoseada con las armas para que rectamente sea gobernada en paz y en guerra. Y por manifestar la firmeza que tiene la verdad de las leyes, dijo que la república ha de estar amparada y armada con ellas. Pero, como las armas son forma, dan la hermosura al cuerpo de la república, sin amparo de las cuales dejaría de ser, según dice Platón, afirma Plotino y lo confirma Tulio en la oración que hizo por Murena cuando, después de haber particularizado los efectos de las leyes y las excelencias de las armas, concluye con que la virtud militar era más importante que todas las demás, con otras muchas cosas a este propósito.

–Pero de aquí adelante la contienda antigua entre las armas y las letras y lo que han dicho los antiguos, que en presencia de la una calla la otra, puede parar porque, según lo tratado y el parentesco que se ha descubierto entre

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

ellas, [fol. 269r] ambas son mayorazgos y hijas de la prudencia y derivadas de la virtud del ánimo pues hemos verificado que no puede haber armas ni hombres verdaderamente fuertes sin letras ni puede haber letrados sin armas, porque tienen de su parte a la verdad sin el fundamento de la cual las armas más fuertes del mundo no valen cosa alguna, porque si los efectos de las letras salen de la speculación del entendimiento las armas salen de la consideración del ánimo, de dónde se infiere que las letras engendran las armas y las armas amparan las letras, y cada una de ellas tiene su materia y forma.

El parentesco que tienen las letras con las armas.

–Y adviertoos que entre los más religiosos sin algún escrúpulo de conciencia se puede tratar de la destreza contra la opinión de algunos ignorantes mal intencionados que se dieron a entender que la destreza verdadera trataba de matar necesariamente, lo cual es falso según probamos en el diálogo primero, y cómo a su salvo podrá herir al enemigo defendiéndose si le acomete pero no a matar absolutamente. Porque si así fuera la ciencia de ella no podía tener certeza ninguna. Y si lo que han dicho los vulgares fuera verdad y lo esencial de ella consistiera en necesitar a que el hombre hiera o mate por fuerza a su contrario cuando acaso la herida se errase, luego el adversario heriría o mataría al que erró. Y no es así por estar la destreza verdadera fundada en herir o no al adversario, como está en el albedrio de cada uno usar mal o bien de las armas que tuviere y de la ciencia que profesa, pues, siendo así verdad que la destreza se inventó para defenderse el hombre [fol. 269v] de los malos, clara cosa es que a los que fueren más recogidos y mejores cristianos les conviene más.

Lo que enseña la destreza.

–Y aun esto y por decir que están más obligados a saberla, teniendo noticia de la ciencia que enseña a defender la persona con moderación inculpable, con más justa razón que los otros hombres, cuanto son mejores los virtuosos recogidos que los profanos viciosos. Y se pierde más en dejarse el hombre matar de su enemigo por no saberse defender por falta de la destreza que en matar al agresor por defenderse, siendo, como es dicho, el concepto ultimado del ánimo hacer defensa, principalmente estando la vida de los buenos tan en voluntad de los malos. Pues tenemos experiencia que no es menester más causa sino que el malo tenga en poco su vida para no darse nada de quitarla a quien por sus virtudes y recogimiento con justo título goza de ella.

Meliso –Yo estoy copiosamente satisfecho en todo lo que toca a la destreza, porque entiendo sus partes en universal. Mas en este particular de acordársele o olvidarsele al hombre la treta en el peligro no lo estoy del todo, y deseo en extremo librar a mi imaginación de esta sospecha, pues sabéis el daño que hace esta sola potencia cuando se arma en disfavor del ánimo del hombre y el provecho que trae haciéndolo al contrario.

Phylandro –Las demonstraciones de la verdadera destreza nunca se pueden olvidar, como ya hemos probado en muchos lugares, porque el entendimiento en ellas con la certeza que lleva procede en sus actos de la razón y causa conocida al efecto conocido y, medianamente ejercitadas las proposiciones, queda fija la certeza de su verdad, lo cual sirve después de memoria para que en el peligro no se olviden. Y como cada demonstración tiene su causa y cada causa es la [fol. 270r] verdad que busca la razón para satisfacer al entendimiento, quiétase el ánimo cuando el hombre está del todo enterado en ella, de donde se infiere que cada treta trae consigo la memoria

La verdad de la ciencia.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

de sí, porque manifiestamente se conoce la verdad que le da el ser, todo lo cual es al contrario en la destreza vulgar. Porque ninguna treta hay que tenga causa probable que satisfaga al entendimiento, pues vemos que sus demostraciones tampoco convencen al sentido.

La ceguedad de la destreza vulgar.

–Y así veréis que para entender algo de la vulgar es menester largo tiempo hasta que el discurso y el ejercicio van quitando las dudas y alumbrando y sacando al entendimiento de su engaño por haber procedido en ella de los efectos no conocidos, aunque vistos a las causas tampoco conocidas, aunque vistas en confuso.

Lo que importa el método en las cosas.

–Caminando, pues, por tan incierta guía, buenos quedarán los que se fiaren de ella en la necesidad, para que fue inventado el método de la destreza, que es un camino cierto para el entendimiento. Porque con él dispone las cosas que trata de suerte que sin mucho trabajo se halla después cada una en su lugar. Y por eso los que se arrojan a reñir con alguno tratan las cosas confusa y peligrosamente, lo cual ha de huir el diestro. Porque lo que una vez se yerra por confuso no se puede rehacer ni emendar tan presto como en las otras ciencias que, si la proposición no sale de la primera vez con la perfección que conviene, dando y tomando en ella muchas veces se perfecciona, todo lo cual es al contrario en la destreza que, si se yerra la treta una vez en el peligro, cuesta la vida. Y con esto acabaréis de entender del todo cuan dura cosa ha sido pleitear contra la autoridad que ha tenido la ignorancia tantos años en destreza.

Eudemio –Razón tenéis de encarecer con ese [fol. 270v] extremo el yerro del vulgo, pues las falsas, opiniones que han tenido en la destreza han sido causa de grandes maldades en el mundo y de grandísimas ofensas de Dios, pues han muerto muchos por ella defendiendo la mentira, como hacen los herejes.

Meliso –No me traigáis por vuestra vida nombre tan abominable a la memoria. Basta el daño que hacen y han hecho en el mundo sin que nos molestéis con tan horrible sonido. Y más, teniendo esto señores los corazones tan afligidos con la calamidad que por tantas vías nos tienen cercados, pues las guerras por la una parte y la peste por otra andan conjuradas, esquilmando al mundo según ambas vienen rigurosas, ejecutando sus golpes contra los hombres.

Eudemio –Ya que Dios ha sido servido de guardaros, contadnos lo que vistes. Que según lo que en Sevilla oí decir, debió de ser cosa espantosa.

La peste que hubo en Sanlúcar año de 1569.

Meliso –Si en esa sazón se hallara Heráclito, con más justa causa llorara la miseria humana y los trabajos del hombre sin ser reprehendido de nadie, porque, aunque todos se convirtiesen en lágrimas, no acabarían de endecharse y llorar el estado miserable en que nos han puesto nuestros pecados. ¿Qué pedís que os diga? ¿Para qué queréis ser testigo ni hallaros en representación de tragedia tan triste? ¿Qué nos queda ya a los hombres para acabar de ver el azote de la ira de Dios?

–Pues los cielos no influyen con la benignidad que solían, los elementos se han levantado contra nosotros, el calor no deseca las humedades. Antes se deja vencer de cualquiera calidad contraria en daño de nuestra salud, los aires no son tan saludables como solían, el mar nos desfavorece con tormentas y naufragios, la tierra produce con ingratitud, y ha llegado el mal a tal extremo que, con ser esto así, hemos soltado la rienda a los vicios y estamos [fol. 271r] envueltos en ellos, de manera que los hombres

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

somos enemigos capitales de los hombres, por lo cual nos ha venido a todos una hambre tan universal de venganza, ministro diligente de la justicia de Dios, como él mesmo lo afirma por los profetas y apóstoles amenazando a los pecadores con que les dará una tierra de hierro, que quiere decir estéril, y tan sin provecho que no lleve ninguna especie de fruto. Y así también nuestro redentor, contando a sus discípulos las señales que habían de preceder al día del juicio, después de dicho que las gentes se matarían una a otras y que se levantarían los reinos, añade como cosa que va de grado en grado que habrá grandes pestilencias y mortandades en toda la tierra, porque el hambre, guerra y pestilencia son los medios con que Dios comúnmente se suele satisfacer de los pecadores cuando se cansa de esperar su arrepentimiento y penitencia. Veamos, pues, como han escapado los hombres de la mano airada de Dios.

–Dejo ahora de tratar del mal orden que han guardado los tiempos por decir de la miseria presente que por tantas partes no ha rodeado, aunque si miramos en ello días ha ya que Dios ha comenzado a arrojar las saetas de su ira contra nosotros, y con todo eso los hombres no hemos querido conocer ni entender el soberano poder de nuestro criador ni el estado miserable nuestro. ¿Cuándo, veamos, estuvo la religión cristiana más combatida de las falsas opiniones que los herejes han introducido por nuestros pecados? ¿Cuándo el Demonio estuvo tan apoderado de los reinos? Pues ha traído a los hombres de un mal en otro y no ha parado hasta que los ha despeñado en el mayor de los daños que es cegarlos y hacerles negar la verdad y perder la fe.

La rebelión de los moros de Granada de 1569.

–Los reinos se han rebelado, los hijos se levantan contra sus padres, los súbdi- [fol. 271v] -tos contra su rey, los infieles andan briosos con las victorias. Sosegado estaba el mundo y casi contento de las persecuciones que lo tenían cercado, porque al fin todos estos males tenían remedio, que eran enemigos hombres y, con el favor de Dios, hombres los podían amansar. Pero ahí que nuestros pecados han apartado a Dios de nosotros y lo han hecho enemigo nuestro. ¿Dónde no esconderemos que su ira no nos alcance? Ya su justicia ha disparado sobre nosotros guerras dentro de casa, esterilidades, desventuras y pestilencias. Ya se nos ha entrado el mal por las puertas. No hay para qué tener compasión de nuestros vecinos. Convierta cada uno la lástima que tuvo a los extraños en lágrimas y dolor de sí mesmo. ¡O bienaventurados aquellos que no son testigos de la miserable calamidad nuestra! ¡O cosa extraña de oír, pero más monstruosa de ver que ha sido Dios servido de ponernos en tanto aprieto por nuestras culpas que la necesidad nos haya traído a término de no perdonar los padres a los hijos ni las madres a los que parieron!

–Es cosa tan lastimera y dolorosa lo que pedís que no es posible imaginarla sin haberla visto, porque excede en mucho la obra a la pintura de palabra. Pues luego que el mal pestilencial comenzó en Sanlúcar y murieron de él algunas personas, como testigo de vista os digo que fue tan grande el alboroto que parecía que era llegado el fin, según se volvió el buen orden del pueblo en confusión con mal tan repentino, por lo cual andaba la pobre gente tan afligida de esta desdicha y tan hostigada de otros males que se llegaban comúnmente a éste.

–Que era gran compasión ver la soledad y tristeza de un pueblo que poco antes estaba adornado con las riquezas de tan grandes prín- [fol. 272r] -cipes y regocijado con tan principales caballeros y poblado de tan varias

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

naciones. Porque los que tenían con qué pasar y los que no, todos se salieron al campo huyendo de los solares do nacieron y se criaron ellos y sus padres, considerándose sin remedio y sin consejo que bueno les pareciese, porque no lo hay contra Dios airado. Y más, viendo que a cualquiera que le daba el mal lo mataba presentaneamente, y era tal que al que se le pegaba no paraba hasta asolarle la casa, pues los niños antes eran muertos que se sintiese de qué morían.

–Y con este temor comenzaron las gentes a armarse contra las leyes naturales y aborrecerse los unos a los otros, los maridos huir de sus mujeres, las madres desamparar los hijos, y los hijos huir de sus padres, y aun negarlos todos desacordados del amor natural. Y los hijos enfermos transidos con aquel dolor no podían llorar ni pedir a las madres socorro de su necesidad, la cual ellas con sólo un piadoso mirar, casi convertido el amor en desesperación y rabia, de muy lejos procuraban socorrerlos de lo cual daban muestras las lágrimas y suspiros. Viérades a otros andar, hechos montaraces, aborreciendo en un punto lo que antes había amado mucho tiempo.

–Y lo que se me hacía más grave fue ver que era imposible remediar a los más de ellos porque la enfermedad, después de ser peligrosa de esperar y sufrir el temor y recato que tenían unos de tratar con otros, los hacía más tristes y imaginativos. Este fue el tiempo en que se tuvo en poco la honra en medio de su mayor estimación. Aquí la codicia de intereses perdió su brío y la piedad humana hizo su curso. Pues por muchos dineros no se hallaba hombres que enterrasen a hombres, por cuya causa los más de los muertos fueron enterrados como delincuentes y no de [fol. 272v] cualquiera delito de espanto, de lo cual comenzaron todos a huir.

–¿Dónde está aquel ánimo grande del hombre que pone su blanco y felicidad en muy poco, bajo y vil, interese y ofrece mil veces a riesgo la vida por él? Huye ahora que la muerte viene a sus padres por la mano de Dios y admitió y esperó con esfuerzo la que buscó con sus proprias manos. Pues sabed que los que desamparaban a sus hijos y huyan de sus padres también los alcanzaba el mal y los volvían enfermos. Y como ellos huyeron de visitar y acudir a sus padres en tan grande necesidad, de allí a poco espacio sus hijos y mujer huían de ellos. Y acontecía muchas veces que sanaban los desamparados y morían los que huían, delito convertido en deuda a pagar luego.

–Viérades compañías de hombres y mujeres, niños, mozos, viejos y de toda suerte de gente andar asombrados y amarillos por los campos. Otros, rabiando con el mal de la muerte, estaban tendidos en la tierra pidiéndole que abriese sus entrañas y los tragase, creyendo hallar en ella la piedad que sus padres e hijos le habían negado. Otros que habían encubierto el mal algunos días estaban tan flacos y debilitados que no tenían fuerza para echar la palabra y manifestar su dolor a los que les preguntaban su mal, si acaso había alguno tan piadoso y atrevido.

–Otros heridos del mal llegaban solos a la iglesia y recibían los sacramentos, y se iban por su pie a morir, huyendo de ellos los que los encontraban. Gran lástima de ver, como de fiera rabiosa. Y aún les cerraban las puertas de las casas por las calles que pasaban. Otros andaban de ver esto, temblando por el lugar, que parecía que los acababa de emplazar la muerte para otro día. Viérades un hospital que se hizo para recoger los enfermos, por una parte salir heridos cayendo fácil- [fol. 273r] -mente en el suelo y

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

levantándolos con dificultad a recibir el santísimo sacramento. Y por la otra parte os diera grande compasión los que salían de sus lechos debilitados a ser ungidos con el santo olio y, estando ocupados en esto, sacaban a enterrar gran cantidad de muertos arrastrando, aunque después que fueron perdiendo el miedo a la enfermedad los llevaban en andas. Por otro cabo entraban hombres heridos de nuevo. Aquí confesaban a unos, allí se morían otros entre las manos. Por otra parte viérades salir los convalecientes dando gracias a Dios con lágrimas y suspiros por haberlos castigado sin el rigor que a los compañeros ya muertos, tan asombrados y atónitos que casi volvían la cara a ver si venía tras de ellos todavía la ira de Dios.

–Dentro de las casas lamentaban unos a sus padres, otros a sus hijos y las mujeres a sus maridos, temiendo cada uno ser llorado presto, según se les acercaba la desdicha. Así que viérades en un punto el buen orden del pueblo convertido en un clamor confuso, la dura cerviz quebrantada y domada ya con el yugo riguroso de Dios, y los pensamientos profanos todos convertidos en temor de la muerte. Porque en las calles pocos viérades que su tristeza no os provocara a lástima. En esta demanda perecieron algunos curas porque los fieles no muriesen sin los sacramentos, trabajando con grande diligencia por enviar almas al cielo o camino de allá. Y con ser tan notable el peligro, aunque murieron los compañeros en la demanda delante sus ojos, los demás curas, como buenos soldados puestos para el efecto en la milicia de Dios, pasaron adelante sin desmayar un punto. Pues con ser más fácil de contar los que quedaron vivos que los que murieron, ninguno fue por miedo ni negligencia sin sacramentos.

Polemarco –¡O Dios pode- [fol. 273v] -roso qué lastimera representación! Que corazón hubiera tan duro y inhumano que, viendo tan triste spectáculo, no se quebrantara de dolor, y más cuando los hijos huyan de sus padres y las madres de los hijos, como ocupándose todos en ser verdugos de la ira de Dios.

Meliso –Por eso no hay para qué escandalizarnos del estruendo que traen las persecuciones al corazón, ni para qué admirarnos de la carga de los trabajos que nos oprime, ni de las alteraciones del ánimo que nos fatiga, que, bien considerado el castigo, misericordias son todas enviadas por la mano del señor para más regalarnos. Pues, viendo que estábamos condenados a muerte y ya cerrado el proceso, porque no nos fuese tan amarga como merecíamos, saliendo de los regalos, habiéndonos primero sentenciado como señor justiciero, ahora como padre piadoso que nos quiere más que nos quisimos, ni podremos jamás querernos, hace medicina del castigo y permite que vengan trabajos encadenados al hombre que duerme para que despierte. Y es servido que en el progreso de la vida le vengan varias congojas al que vela para que no duerma, porque cuando venga la muerte no halle a todos habituados en la amargura, y nos sea menos grave de sufrir para que los buenos entonces la admitan como por regalo y malos, por principio de castigo.

–Y así fue Dios servido que aconteciese en el tiempo de la peste lo que muchas veces suele acaecer en las batallas, que unos caen en los lugares más seguros y más apartados de peligro, y otros caen de los primeros porque se pusieron en lugar do los contrarios hacían más daño y, aunque estos sean los peor librados al parecer de los que escapan con vida, por haber ellos huido el rostro al peligro, en fin hacen lo que deben [fol. 274r] y son obligados para ser tenidos de los otros hombres por más honrados, ahora vivan o mueran, luego

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

o escapen maltratados del peligro, victoriosos o vencidos, despojados o triunfando. Otros, ya experimentados, no se admiraban mucho de ver caer al compañero que entre los suyos tenían opinión de fuerte, ni se paraban a lamentarlo, viéndolo muerto, porque tenían los enemigos a los ojos y temían que les faltaría tiempo para lamentarse. Así, y para ponerse en salvo según andaban los peligros rodeándolos, antes, como discretos soldados, miraba cada uno por sí, trabajando con gran cuidado de ponerse en parte que de sus enemigos quedase menos ofendido. Al fin escaparon muchos, porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

Phylandro –Por cierto que no sé si quedaron más tristes los que escaparon de tan gran mal, que lo estamos nosotros con la relación del daño, porque nadie habrá que lo oiga que no se escandalice de tan triste representación y haya menester consuelo. Y pues nos habéis enseñado cómo el diestro defenderá su vida y ofenderá lícitamente al que se la quisiere quitar, bien será que nos enseñéis de camino algunas defensas para que, cuando venga la muerte que tan solícita anda estos días, no nos halle desapercibidos. Porque en ninguna sazón las hemos menester como en estado se marean tan barato las vidas. Y pues es suerte que toca a todos, sin escaparse nadie, de la que mejor os pareciere, ya que distes la llaga con caso tan triste, razón será que deis la medicina.

Meliso –Si no tuviera yo experiencia de vuestro ingenio todavía se me levantaran los pensamientos a decir algo en esa materia como quien tiene ya hilo de ella, pero dejarelo [fol. 274v] de hacer porque Eudemio nos diga alguna parte de la carta que Charilao escribió a este propósito. Porque, según me ha contentado, algunos pasos que en ocasiones le ha visto referir creo satisfará a todos.

Phylandro –Tanto os ha contentado esa epístola, siendo en materia tan ordinaria, donde no hay sermonario que no trate de ella ni hay rústico tan inhábil que no sepa dar un pésame.

Polemarco –Ya que el día, que es semejante a la vida, a más andar nos va dejando en manos de la oscuridad de la noche, que es semejante a la muerte, y desde este heredamiento hasta Sanlucar hay tanto espacio que antes no faltará qué tratar, ¡qué camino!, dad una vuelta a la memoria y recitadnos lo que de ella se os acordare. Que, pues hemos sabido con tanta curiosidad cómo nos defenderemos del enemigo que trae armas visibles, razón será que sepamos también algunas defensas contra la muerte cuyas armas son invisibles. Porque sabed que en todas las cosas los hombres bien pueden con su malicia engañarnos, pero en amonestarnos, que aparejemos nuestro viaje con buenas obras y buena vida para que tengamos buena muerte, no puede nadie engañarnos, porque cada uno tiene poder para vivir bien, pero no para vivir mucho. Por eso Eudemio no hay para qué reuséis cosa que tanto regalara los oídos de la alma.

Eudemio –Siempre, como sabéis, Charilao ha tenido amistad con la gente más principal de España. Y entre los amigos que tiene de mayor merecimiento y a quien él estimó siempre en más, por su grande ánimo y valor en las cosas apartadas del vulgo, es el señor don Pedro de Zúñiga. Pues, como Charilao estuviese ya en la casa del excelentísimo señor el duque de Medina, ausente de Sevilla por su orden y por la de aquel gran caballero don Antonio de Zúñiga, marqués de Ayamonte, a esta sazón la du- [fol. 275r] -quesa de Bejar, madre de estos señores, murió. Y como zahorí de sus pensamientos le

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

pareció cosa acertada escribir desde Sanlúcar una carta consolatoria al señor don Pedro, en el discurso de la cual veréis largamente lo que en este caso deseáis, que a lo que entiendo dice así:

Carta consolatoria para el señor don Pedro de Zúñiga.

> Quisiera que el tiempo me diera alguna parte de sí y no fuera conmigo tan avaro o ser tan mío ahora, como solía, para hallarme con vuestra merced en esos sucesos, y relevarle, si pudiera, de algunas fatigas que consigo traen esos negocios. Mas pues vuestra merced no me lo ha mandado con alguna letra suya, entiendo que por ahora huelga con la soledad, aunque yo quisiera esto, por traerle a la memoria muchas cosas, que, por ser conocidas, debe tener olvidadas.
>
> Parecieran bien en este tiempo colmado de congojas, las cuales entiendo que da Dios a los hombres para obrar su divina providencia en ellos varios efectos, algunas veces para que puedan manifestar con ellas su valor a aquellos a quien antes era oculto, otras para despertar del sueño a los que, descuidados de la miseria de la vida humana, duermen sin consideración alguna, dándonos a entender con amonestaciones continuas cuan cerca estamos siempre de aquel forzoso fin que inadvertidamente esperamos, declarándonos por momentos que ha de llegar cuando menos cuidado tengamos de él porque, con los nuevos acontecimientos, permanezca siempre fresca su memoria entre nosotros. Clara cosa es que el sentimiento de ellos es impertinente cuando con él no se remedia el dolor, ni puede repararse la pérdida. Y sin ninguna razón nos quejamos los hombres de la muerte, porque nos arrebata delante de los ojos, sin advertirnos aquellas cosas que en la vida con obligación amamos, habiendo de ejecutar en todos los que quedamos semejan- [fol. 275v] -te crueldad en muy breve espacio y cuando menos pensamos. Y bien puede tenerse por de ningún efecto la fatiga cuando hay tan poca diferencia entre el que perdió y la cosa perdida, porque, como ahora nosotros los perdimos, así nos perdieran ellos si un poco más esperaran, y consoláranse la fuerza que trae consigo el suceso natural. Y por esto nos conviene admitir el dolor sin pesadumbre alguna y tener paz con él. Pues tenemos por averiguado que con brevedad grandísima habemos de seguir a aquellos que perdimos, y entonces nuestros sucesores heredarán de nosotros el dolor y congoja que heredamos de ellos.
>
> Estímese bien la velocidad del tiempo, considérese con atención la brevedad de la vida por la cual corremos muy apriesa, y veremos que mi señora la duquesa no gozó de la menor parte en este siglo. Ofrezcamos a la memoria para nuestro consuelo, como el linaje de los hombres va todo a un fin, y cuan corto espacio hay del uno al otro, y para esto podemos advertir cuan gran parte de nuestra vida es ya pasada, tratando en este caso que no se puede deshacer.
>
> Grande digo porque de sola ella hay certeza a respecto de la duda que tenemos en la que está por venir y, aunque nos parezca perdida a todos la que con su muerte nos ha venido, entendamos que todos partimos de un punto sujetos a esta suerte para parar en otro, sino que los unos llegamos más tarde que los otros, según la diferencia que nos puso el hacedor de las cosas. Y pues habemos de hacer la mesma jornada, razón hay bastante de nuestra parte para que antes

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

invidiemos a los que van delante que tomar congoja de su partida. Y los que son tan discretos como vuestra merced no deben sentir aquello que por tan cierto tenía que había de acontecer y, ofreciendo a la memoria las cosas antes de nosotros sucedidas, creeremos ahora que ninguna cosa [fol. 276r] nueva nos ha acontecido.

Y para que lo vea más claro, considere vuestra merced, ya la muerte tiene atesoradas en su poder las vidas de nuestros pasados y tendrá muy presto las de los que hoy vivimos y están por nacer cuando se les conceda el privilegio de la vida tan breve, como vemos que es que será de la que ya poseemos. Y así, en lugar del sentimiento, prevengámonos para el punto que la voluntad de nuestro señor ordenare, y no pensemos que la de su majestad se ha de regular por la nuestra, que viviremos en notorio engaño y moriremos como engañados de nosotros mesmos, que es el que menos desengaño tiene, sin poder remediarnos. Porque ¿hay alguno por ventura tan curioso en la vida que sepa dar razón cierta del tiempo que ha recibido? Pues sabemos que no se puede trocar una parte de tiempo con otra de voluntad, ni tampoco podemos pagar a Dios con su mesmo tiempo, sino con lo que le sirviéremos en él, porque él nos dio hecho el tiempo cuando nos metió en posesión de esta vida. ¿Quién hay que pueda dejar de haber sido lo que hasta entonces fuere, si la muerte lo halla envuelto en vicios, para enmendar lo por venir y con agradecimiento de razón loar el bien que hasta entonces hubiere recibido de su criador?

Ponga vuestra merced, pues así es la proa de la consideración en la poca o ninguna estima que hace la muerte de todos nosotros. Porque con dificultad ha llegado a hacer su efecto cuando se pasa adelante sin volver el rostro a mirar lo que deja hecho y cuan poco se le da por los que quedan lastimados, habiendo de volver por ellos, pues que no la tenemos por buena cuando envía primero a sus ministros. Y, conforme a nuestro juicio, es para tardarse algún espacio. Paréceme que, en lugar de concertarnos con el dolor, que lo podemos dejar y tomar a nuestro albedrío, nos concertemos con ella para que no nos halle de- [fol. 276v] -sapercibidos poniendo por tercero a las virtudes. Porque estas son las que nos harán vivir de manera que cuando venga por alguna parte sin avisarnos, no la temamos tanto como la temiéramos sin ellas, ni tampoco la deseemos, viéndonos desamparados de las riquezas, que son las que en la vida al parecer del vulgo suelen en aquel punto ser reparo y consuelo.

Y pues la muerte hallará a vuestra merced acompañado de las muchas virtudes, que es razón que tengan los hombres de su suerte, conviértase el dolor en agradecer a Dios la merced que le hizo en no pedirle con la muerte lo corrido del tributo de su vida, llegándole tan cerca, pues tiene ya por experiencia que no guarda la cara a persona alguna, ni le espera a que entre por las armas que tendrá en la recámara de los pensamientos pasados, sino que con las que nos hallare cuando vuelva nos habemos de defender o nos ha de ofender delante de su tribunal.

Tomemos, pues, que así es del fin de esta jornada temor para apresurar la mejoría cuando llegare cerca de nosotros, porque los que

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

piensan no morir notoriamente se hallan engañados. Cuando se les pone término a la vida y les privan de la libertad, entonces se verá claramente cuan desproporcionados traerán la confusión y el miedo a los tales, echando mano para valerse del arrepentimiento de lo pasado, entrando y saliendo a priesa con la razón en la conciencia y, queriendo poner en lugar de freno espuelas, saldrán de esta vida tropezando en muchas partes, creyendo suplir con el deseo las faltas que ha tenido la vida consentida de la voluntad. Y será compelido a pasar con espacio y en poco tiempo lo que en mucho holgara haber pasado y apriesa, aunque entonces tendrán poco que sentir de ello, porque el sentimiento propriamente tiene su lugar cuando nos suceden aque- [fol. 277r] -llas cosas que por ninguna vía en tiempo alguno entendimos que nos podían suceder. Así que, pues la jornada de la vida es tan corta, no hay para qué demos lugar al sentimiento que nos ocupe alguna parte de ella, ni hay para qué reposemos tanto adonde tan poco habemos de sacar y tanto habemos de perder si nos descuidamos. Porque, hallándonos tan desapercibidos, como en esto, las cosas que no merecen ser temidas, entonces nos harán allí dudar mucho.

¿Qué hombre hay en la tierra tan confiado que pueda prometerse larga vida, por muy astrólogo que sea, y que pueda vivir seguramente entre tan grande ejército de vicios, o que se dé a entender que las muchas riquezas le alargarán el curso de la vida que Dios tiene señalado a cada uno? ¿Y quién es tan ignorante que entienda, estando la tierra toda tan abundante de deleites, que la larga vida sea buenaventura si con nuestras obras no la hiciéremos tal? Recatémonos con este suceso de manera que sin miedo salgamos de la vida y, aunque contradiga a nuestra voluntad, franqueémosle la casa a la muerte para que el dolor tenga poco que hacer cuando llegue este punto, no amándonos tanto que en este tranza tan forzoso nos abracemos con la vida. Porque dejaremos el cuerpo por la sombra de él ocupados con el miedo que suelen tener aquellos que viven descuidados en las partes que el río caudaloso con las muchas pluvias que le sobrevienen sale de su ordinario curso, y los arrebata en una noche temerosa y oscura por todas partes cerrada, olvidados incautamente de su peligro, y a los que halla durmiendo la fuerza de la agua ahoga, y a los que coge ociosos y jugando hunde, calándolos hasta el profundo. Otros que con menos descuido están y recelosos de la furia del río, viéndose llevar del ímpetu y corriente de las ondas, echando mano para asirse de las zarzas o [fol. 277v] de otros ásperos remedios por parecerles que lo son, a su fatiga no sienten si dan a las manos alguna pena las espinas. Otros más lejos van por la mañana en la fuerza del agua, de los cuales unos van blandamente a parar en la ribera, otros arrebatados fuertemente con la violencia de las ondas quedan sepultados en el golfo.

Así que irá cada uno haciendo su representación como en el oficio o estado que lo hobiere hallado la muerte, o peligrando con la fuerza de ella, o con su temor y mal atinados irán a favorecerse a lo más temeroso y hondo, como hombres que no saben morir porque no

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

supieron vivir, ni por algún camino entendieron llegar a aquel término.

Y así nos conviene vivir de manera que si la muerte viniere sin sentirla sea bien recibida. Porque cuando el hombre no desea morir en el estado en que está, y les pesa que mueran aquellos que mucho aman en el que tenían de creer, es que la vida no ha sido como debía ser, pues le pasa que le hallen en ella y desea alguna dilación y la pide para arrepentimiento de lo pasado y enmienda de los que está por venir; todo lo cual hallamos al contrario en mi señora la duquesa los que conocimos su gran fe y alto celo de lo divino con su gran bondad y virtud, y vimos sus buenas obras hechas con tanta razón y caridad, lo cual le será a vuestra merced más aparejo para consuelo. Y para quedar por ella triste, témplese la congoja con la esperanza y haga la fortaleza su oficio y pregúntense los hombres a sí mesmos la causa del dolor que les queda de lo que les lleva la muerte y responderá la conciencia de cada uno que la pena es de ningún efecto.

Y entienda vuestra merced que ninguna cosa hay de las que tenemos y dudamos que pasan en la vida que sea tan cierta co- [fol. 278r] -mo la muerte. Y por eso las más de las cosas que esperamos muchas veces nos engañan, porque, como tenemos poder para desear y esperarlas, no lo tenemos para que los varios sucesos del mundo vengan al tiempo que esperamos y a la coyuntura puntual que queremos, porque las cosas que tenemos son más ajenas que nuestras. Y sería cosa indigna del valor de vuestra merced sufrir inmoderadamente el caso presente con querer ahora quejarse de la muerte, que a ninguno jamás engaña ni es para alguno increíble. Hagamos este fundamento para los trabajados de la vida y entendemos que las cosas que el hombre teme deban sin duda venir. ¿Cómo pueden no venir?

Veamos, señor, ¿qué provecho se sique de adelantar el dolor antes que el daño venga si se tiene dolor cierto de cosa incierta? Tiempo suele dar el mal para dejarse sentir después que ha llegado, y traerá consigo un bien que es ponernos dolor de lo perdido y deseo de enmendar lo venidero.

Y si no satisface esto a vuestra merced, sepa que contra las cosas ciertas y ya ordenadas por la providencia divina no puede su dolor dar provisión. Basta que sea parte para relevar alguna de la pena que por nuestras culpas merecemos. Y no parece bien querer pagar a Dios con palabras lo mucho que le debemos. Juntemos con ellas algunas obras y no nos congojemos de lo por venir, que Dios no da más trabajo que el que cada uno puede tolerar. Nosotros somos los que nos cargamos de él, que a cada paso nos derriba. Palabras tenemos de Dios que no pueden en tiempo alguno padecer engaño, y tales obras hemos recibido que por mucho que le sirvamos es pequeña la paga para corresponder [fol. 278v] a tan gran deuda.

En lugar del sentimiento, démosle gracias, que los buenos pensamientos nos ponen a cuenta de la salvación, y consideremos que el mesmo de quien recibimos el principio nos envía el fin. No nos entristezca, que, pues nos alegramos de haber aceptado el nacimiento con esta condición y no es nueva imposición sino fin de la vida que

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

tomamos con tanto contento, alegrémonos ahora de ver cumplida su voluntad con los días. Si al hacernos merced de la vida nos pusieran en nuestra libertad y nos ofrecieran ante los ojos los muchos trabajos y congojas gravísimas que en el discurso de ella habíamos de padecer, con tal condición que a todos los golpes de los sucesos esté ofrecida y propuesta nuestra vida, ¿dejáramos por ventura de aceptarla por el miedo de ellos?

Ninguno hay hasta hoy criado tan medroso y de ánimo tan caído que, por vivir y gozar de Dios, no los posponga todos. Pues, si siendo dados en condición los toleráramos en paciencia, ¿por qué no sufriremos con quieto ahinco los que nosotros nos buscamos cuando nos apartamos del verdadero camino de la razón y nos dejamos guiar por el de la voluntad? ¿Muerte no es la que se le sigue a la vida? ¿Comenzando a vivir no comenzamos a morir? ¿Fin no es el que corresponde al principio? ¿Puede alguno recusar que no vivamos con aquella condición con que nacimos? Pero cosa es cierto digna de admiración para que considere el cristiano pecho que todo lo que vivimos en largos y ciertos años dejamos de vivir en un momento incierto, y lo que más de todo puede y debe satisfacer a vuestra merced es que, pues Dios lo dejó acá, de creer es que será para mayor bien que el que su excelencia podía darle con su vida. Porque Dios no guarda a nadie para mal, ni le priva de la vida en la peor hora de ella, ni le costamos tan poco que no vale más que la tierra y el cielo con todas sus riquezas. [fol. 279r] Y si éstas no le hubieren quedado a vuestra merced conforme a su merecimiento, que debe ser en lo que menos ha parado, crea que si le faltó la ventura en la hacienda le sobró en calidad y en acrecentamiento de crédito entre los de su estado, y en hacerlo Dios señor de la mayor riqueza que jamás tuvieron los hombres, que es mandar muchas voluntades de amigos con la suya, los cuales con el merecimiento de vuestra merced doblarán el efecto de sus cosas en la tierra, que para discurso tan peligroso como el de la vida son más importantes. Y pues de estos está vuestra merced rico, no hay para qué este pobre de consuelo quien tanto merece y tales los tiene ni tiene que temer adversidades en el deseo de las cosas, que ellas se le vendrán prósperas y huirán de los más poderosos cuando las quieran.

Finalmente, pues vuestra merced está rico de lo que no podrán los que lo son mucho, no tuvo necesidad de más de lo que tiene, porque de otra suerte faltárale en lo principal. Lo que falta es que vivamos de manera que no deseemos ni temamos la muerte para que cuando venga la recibamos de suerte que no nos pese de haber vivido. No quiero enfadar más a vuestra merced con mis palabras de lo que está con lo presente porque las guardare si valen algo para cuando quiera Dios que vea a vuestra merced y le bese las manos.

Meliso –¿Paréceos que tengo razón de decir que es la más cumplida carta que he visto?

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Polemarco –No me tengáis por tampoco curioso en las cosas que tocan a mis amigos que ya la había oído y la glosa que le hizo en Salamanca aquel grande ingenio de Sevilla Cristóbal Mosquera de Figueroa. Y antes que entremos en el lugar, decidme ¿de qué tratan los demás libros?

El libro que trata de las demonstraciones.

Phylandro –El libro que se sigue a esta teórica es la práctica de la arte con sus demostraciones para todas las armas inventadas al cual se sigue otro, que tra- [fol. 279v] -ta de doctrina aforística de la destreza. Y tras este viene otro que trata de la perfección del diestro con las demonstraciones matemáticas de los desafíos antiguos y de algunos modernos. Porque, aunque ellos no lo hicieron entonces con ciencia, fue como el sanar las enfermedades antiguamente, que aunque no había médicos había medicinas, dentro del cual van muchas proposiciones de Euclides aplicadas a la destreza, para lo cual es menester buen entendimiento que comprehenda la razón y sentido atento para la demonstración. Y, entendida la teórica de ella, es fácil la práctica, estando tan en arte y en tan infalibles preceptos, como habéis visto. Y sabed que, por estar las armas en matemáticas, contra la opinión de algunos ignorantes, son más fáciles al buen entendimiento, porque están en razón y antes eran obscuros, porque carecían de ella, probando todas sus tretas no con autoridad ni opinión, como hace el vulgo, sino con razón y demostración. Y luego sacaremos a luz la glosa de las injurias, junto con el discurso do probamos que el que se desdice no queda infame, absueltas las dudas que se nos han puesto en este caso, extirpando las falsas opiniones que el vulgo tiene en los casos de honra con una glosa más copiosa a ley de la alevosía.

El libro de la doctrina aforística.

El libro de la perfección del diestro.

Meliso: –Una de las cosas porque huelgo que la destreza salga tan en arte es porque no puedan tractar de ella los que hasta aquí la han maltratado, que cierto es grande ofensa de la dignidad y majestad de las armas el abatimiento que hasta este punto han tenido, aunque yo creo que ha de ser todo a costa de nuestro amigo Charilao, porque los bravos y diestros fingidos que se verán pintados al natural en sus escritos no podrán sufrir sin libertad del invidioso ánimo y mentirosa lengua la ignominia que [fol. 280r] de ellos sacaran.

[Phylandro]: -–No le da eso ninguna fatiga a Charilao, porque los conoce bien y sabe el odio que siempre tienen a la gente principal. Y no es mucho que, no pudiendo ofenderle en la virtud y verdad con que él siempre se ha defendido y amparado y, viendo que es por ella muy estimado de la gente docta y discreta y de los mayores señores de España, han procurado en secreto hacerle todo el mal que han podido, que es ninguno, de lo cual ha resultado grandísimo provecho, porque la contrariedad y repugnancia que hay en la desigualdad de ser costumbres y tracto suyo al de ellos ha declarado, por la distancia que tienen, quien es cada uno.

–Más de lo que yo he tenido sentimiento es que los autores de las maldades y mentiras han recibido de Charilao grandes honras, unos por igualarse con ellos, otros, con amistad fingida, han procurado con falsa calumnia agravarlo de invidia y mover los ánimos de los principales contra él, como si hubiera por traición pretendido el nombre que todos los desengañados les dan, el cual ha renunciado y dejado públicamente delante de todos muchas veces por quitar de su estimación la honra, que la rudeza del vulgo quería darle entre esos que le estaba bien a un hombre de sus prendas igualarse ni aun en el intento con esa baja canalla. Y por dar juntamente lugar al tiempo que de suyo curase sin otra medicina los ánimos dañados de los

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

invidiosos, los cuales digo yo que son como la piedra donde se afila la navaja, porque son causa que el invidiado esté siempre con vigilancia en todas las cosas, quebrándoles los ojos con la luz de su gloria y honra.

Finalmente entenderéis de aquí que la destreza y [fol. 280v] virtud de valentía no ha de estimar en nadie por amistad, pues nunca puede poner lo que no hay en uno ni por el parecer del vulgo, el cual sigue las más veces la opinión, porque no conoce la razón, sino por sí mesmo haciendo verdad en obras cada uno lo que los fanfarrones y charlatanes corrompen con mentiras y engaños. Y con esto me quiero ir. Por eso pongamos fin a estas razones y vosotros nueva fuerza al deseo de ver los demás libros de las armas porque sea todo para honra y gloria de Dios y provecho de la república cristiana.

LAUS DEO.

Acabose este libro de la speculación de la destreza año de 1569. Imprimiose en la ciudad de Sanlucar de Barrameda en casa del mesmo autor por mandado del excelentísimo señor don Alonso Pérez de Guzmán el bueno, duque de Medina Sidonia Caballero de la insigne orden del Tusón.
Año de 1582.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

[¶1r-¶3r][2]
Declaración de lo que significa cada vocablo de los que tocan a la teórica de la arte.

Acometimiento imperfecto es al brazo o al muslo.
Acometimiento perfecto es al rostro.
Afirmarse no es de esencia de la destreza.
Ángulo agudo es cuando la espada se baja del ángulo recto de suerte que el brazo no está del todo junto al cuerpo.
Ángulo es a do está la fuerza del cuerpo.
Ángulo moderado es la buena postura de pies que se aparta de todos los cuatro extremos.
Ángulo obtuso es el que hacen la espada y el cuerpo cuando se forma el movimiento violento para el tajo.
Ángulo recto es el que hace la espada y el brazo estando el cuerpo derecho igualmente sobre ambos pies.
Ángulo sólido es el que hacen el brazo y el cuerpo estando en postura.
Ángulo es el rincón que hace el brazo con la espada o las piernas.
Apartar la línea del punto es desviar la espada de la postura del ángulo recto, que es donde está el medio de la postura del brazo.
Arco es el medio movimiento circular.
Atajo en la destreza es cuando una de las armas se pone sobre la otra, que la que está sujeta tiene menos partes por do salir.
Aviso es una herida de primera intención que se ejecuta sin reparo ni acometimiento.
Calidad es la fuerza que se pone en el movimiento natural.
Cantidad continua es la espada y el movimiento de la herida.
Cantidad discreta es el número con que se gradúan los compases y los tajos.
Cantidad en la destreza es el movimiento largo o breve.
Causa es lo mesmo que la razón en que se funda alguna cosa.
Centro común es la tierra.
Centro en la espada es el nacimiento del brazo en ángulo recto.
Centro es el medio de la circunferencia.
Centro es la empuñadura de la espada en ángulo agudo.
Centro se llama donde está la fuerza del cuerpo.
Compás curvo es cuando el pie se pone a algún lado de la circunferencia.
Compás recto es cuando el pie va por la línea que atraviesa el círculo por medio.
Concausa es cosa que se añade a la causa.
Contiguo es lo que está junto a una cosa.
Desviar es desaviar el movimiento que hace la espada contraria y también estando parada.

[2] En el original, este glosario sufre de numerosos errores de alfabetización, los cuales he remediado.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Engaño en la destreza es dar la herida con diferente postura de la que tuvo la espada al principio.

Estado en destreza es el perfil en que queda el cuerpo después de haber herido, reparado o desviado.

Estar la espada en potencia es estar parada.

Estrechar en destreza es lo mesmo que necesitar al contrario.

Excéntrico de la espada es la empuñadura estando en postura de ángulo agudo.

Fijo es aquel pie sobre que el cuerpo estuviere cargado, que algunas veces se llama centro de la circunferencia que se imaginare.

Fin accidental es el fin imperfecto.

Fin imperfecto es cuando la espada del contrario estorba la herida, que no llegue a do había de dar.

Fin intencional es el fin perfecto.

Fin perfecto es cuando la treta se cumple sin impedimento.

Generalísimo de la espada es el nacimiento del brazo como la cabeza lo es de todos los movimientos y el uno es lugar proprio y el otro lugar común.

Línea circular es el tajo o revés.

Línea del diámetro es la que atraviesa todo el círculo

Línea diagonal es cuando la espada está en postura.

Línea eliaca es la que ciñe la espada con el movimiento de la daga.

Línea es cualquiera movimiento que hace la espada.

Línea espiral en destreza es un movimiento que va rodeando la espada contraria a manera de caracol.

Línea paralela es la que hacen ambas espadas para estocadas por la circunferencia de los compases.

Línea recta es estocada.

Matar el movimiento es cargar la espada sobre la contraria después de haber dada el golpe en la mía.

Medio proporcionado es la distancia determinada que tiene cada especie de herida en todas las armas.

Medir las espadas es elegir el medio de proporción.

Movimiento accidental o extraño es la estocada o el desvío

Movimiento circular es tajo o revés o desvío.

Movimiento mixto es el de los desvíos a los lados.

Movimiento natural es el acto segundo que hace la espada en el tajo o revés con que hiere.

Movimiento proprio es el tajo o el revés.

Movimiento remiso es el que hace la espada a los lados ambos.

Movimiento vehemente es el natural cuando se le aplica fuerza

Movimiento violento es el primer acto que hace la espada en el tajo o revés que nunca hiere.

Necesitar al contrario es sacarlo de la buena postura que tiene y hacer que se ponga en algún extremo.

Objeto es el cuerpo do se endereza la herida.

Paso geométrico es el que hacemos cuando andamos ni a priesa ni a espacio en la destreza.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0

Perfil es la figura del cuerpo buena o mala sin considerarlo con la espada.
Perfil toca a la figura del cuerpo sin que la espada pueda obrar.
Porción de línea es alguna parte del movimiento.
Postura angular es cuando la espada está parada.
Postura comprehende lo que hacen el cuerpo y la espada juntos.
Postura de proporción es cuando el cuerpo está igualmente puesto en el medio sobre ambos pies en ángulo.
Postura extrema es cuando está rematada la fuerza de la espada de cualquiera suerte que esté el cuerpo.
Postura ultimada es lo mesmo que postura extrema.
Propincuo es lo que está cerca del centro.
Proposición es lo mesmo que treta.
Punto es la punta de la espada respecto de toda la cantidad.
Remoto es lo que está más apartado del centro.
Reparo perfecto ha de nacer de la herida y ha de ser de su mesma especie.
Sagita es la estocada que se hace contra el movimiento violento.
Specie es treta de tajo, revés o estocada.
Treta de atajo es la universal.
Treta de aviso es de sólo un movimiento, especie de tretas de primera intención.
Treta doble es la que tiene dos golpes.
Treta particular es la que se hace por sola una parte.
Treta sencilla es la que tiene uno solo.
Treta universal es la que se hace contra tajo contra revés con estocada para arremeter y esperar.
Tretas de primera intención son las que comienzan por el cuerpo o por la espada sin detenerse hasta que se ejecuta el golpe.
Tretas de segunda intención son las que se hacen comenzando primero el contrario.
Tretas formadas son cuando el contrario hace treta de tajo y del mesmo tajo se saca tajo con que le hieren.
Tretas que se convierten son aquellas que acaban de tajo comenzando en estocada, o comenzando de revés acaban en tajo, y son universales.

© 2024 by Brent W. DeVos is licensed under CC BY-NC-ND 4.0